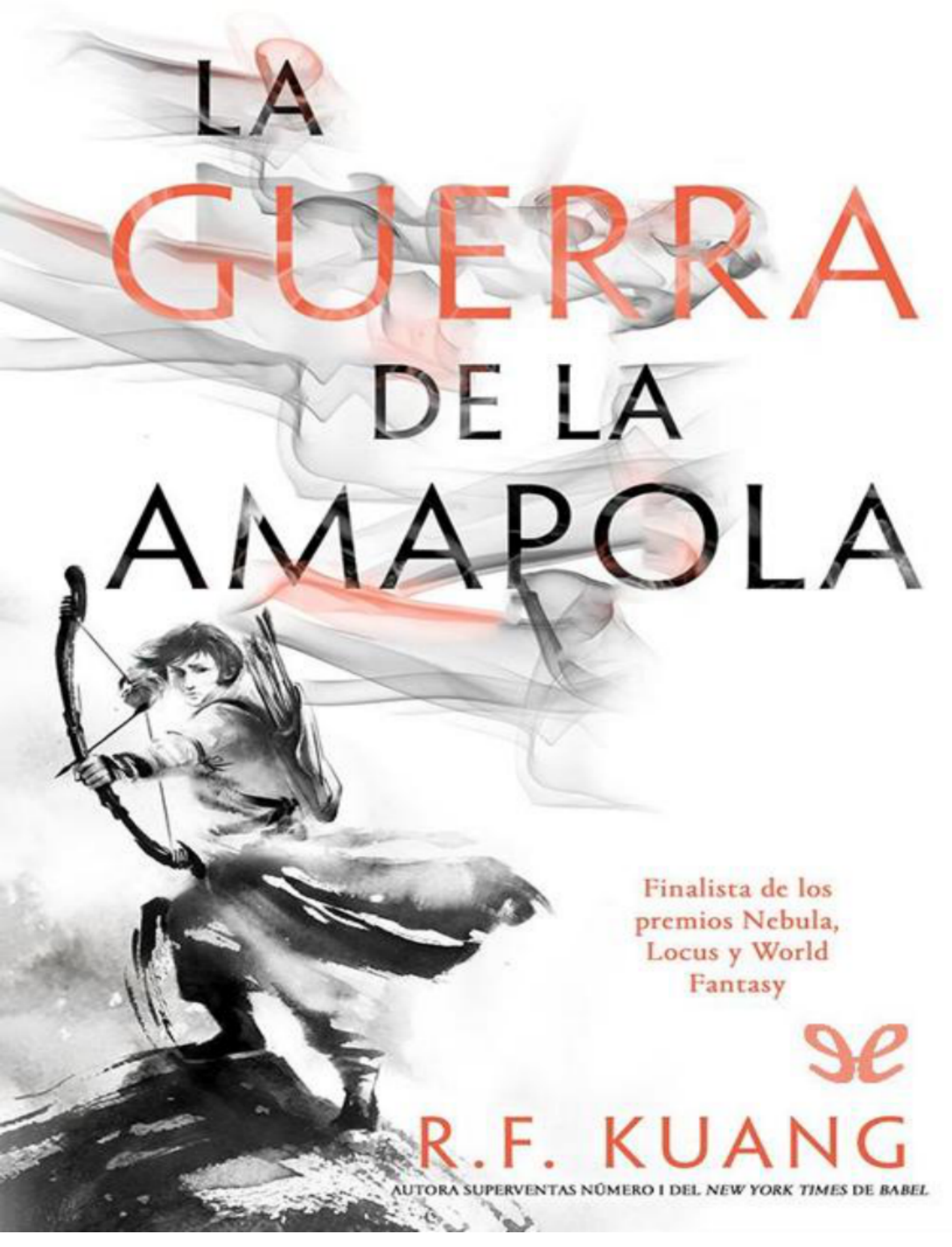

LA
GUERRA
DE LA
AMAPOLA
Finalista de los premios Nebula, Locus y World Fantasy
R.F. KUANG
AUTORA SUPERVENTAS NÚMERO 1 DEL *NEW YORK TIMES* DE *BABEL*

Que Rin superase el keju (una prueba para encontrar a los jóvenes con más talento del Imperio) sorprendió a todo el mundo: a los oficiales que realizaron la prueba, que no podían creer que una huérfana de la provincia de Gallo pudiera superarla sin hacer trampas; a los tutores de Rin, que pensaban que podían casarla y seguir con sus labores delictivas; y a la propia Rin, que se dio cuenta de que al fin se había librado de la servidumbre y la desesperación que marcaban su día a día. Que entrara en Sinegard, la academia militar más elitista de Nikan, fue aún más sorprendente.

Pero las sorpresas no siempre son buenas.

R. F. Kuang

La guerra de la amapola

La guerra de la amapola - 01

ePub r1.0

Titivillus 09.02.2024

Título original: *The Poppy War*
R. F. Kuang, 2018
Traducción: Patricia Henríquez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

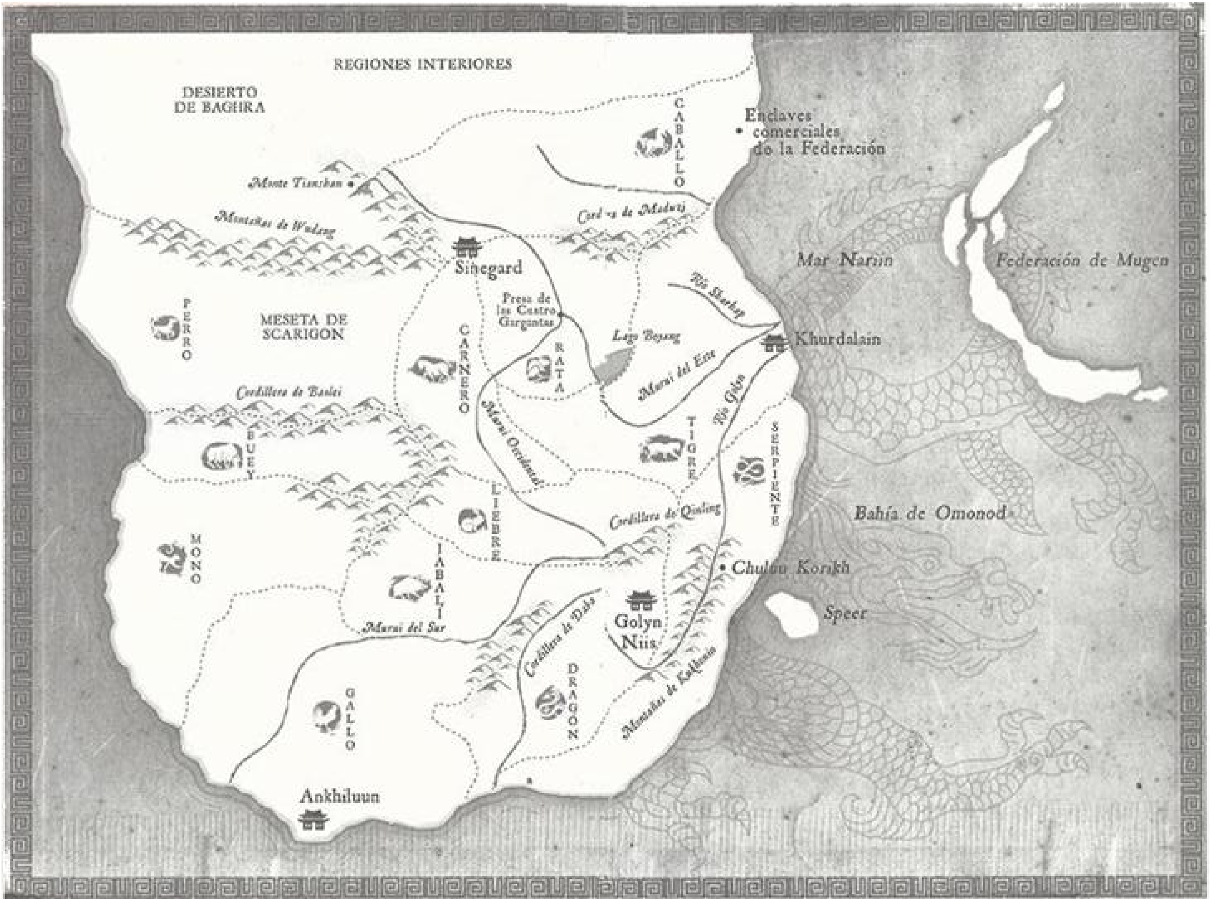
LA GUERRA DE LA AMAPOLA

R. F. KUANG

TRADUCCIÓN DE PATRICIA HENRÍQUEZ

Para Iris.





REGIONES INTERIORES
DESIERTO DE BAGHRA
CABALLO
Enclaves comerciales de la Federación
Monte Tianshan
Montañas de Wudang
Sinegard
Mar Narim
Federación de Mugen
Río Sharhap
Presa de las Cuatro Gargantas
Lago Boyang
Khurdalain
PERRO
MESETA DE SCARIGON
CARNERO
RATA
Murui del Este
Cordillera de Baolei
Murui Occidental
Río Golyn
TIGRE
SERPIENTE
BUEY
LIEBRE
Cordillera de Qinling
Bahía de Omonod
MONO
JABALÍ
Chuluu Korikh
Golyn Niis
Speer
Murui del Sur
Cordillera de Dale
DRAGÓN
GALLO
Montañas de Kukhonin
Ankhiluun

PRIMERA PARTE

1

—Quítate la ropa.

Rin parpadeó.

—¿Cómo?

El supervisor levantó la vista de su libreta.

—Es el protocolo de prevención de trampas. —Señaló hacia el otro extremo de la sala, donde se encontraba una supervisora—. Si lo prefieres, ve con ella.

Rin cruzó los brazos con fuerza alrededor del pecho y se encaminó hacia la mujer. Esta la condujo detrás de una mampara, la cacheó a fondo para asegurarse de que no se hubiera escondido materiales para el examen en ningún orificio y luego le hizo entrega de un saco azul informe.

—Póntelo —le dijo.

—¿Es realmente necesario todo esto? —Los dientes de Rin comenzaron a castañetear mientras se desnudaba. Aquel blusón que debía llevar para hacer el examen le quedaba demasiado largo. Las mangas le tapaban las manos, así que tuvo que remangárselas dándoles varias vueltas.

—Sí. —La supervisora le indicó con un gesto que tomara asiento en un banco—. El año pasado pillamos a doce estudiantes con folios cosidos en el forro interior de sus camisas. Estamos tomando precauciones. Abre la boca.

Rin obedeció.

La supervisora le tiró de la lengua con una varilla fina.

—No la tienes descolorida, eso es bueno. Abre bien los ojos.

—¿Por qué iba alguien a drogarse antes de hacer el examen? —preguntó mientras la supervisora le estiraba los párpados. La mujer no le respondió.

Una vez que estuvo satisfecha, le indicó a Rin con la mano que se dirigiera hacia el pasillo, donde otros estudiantes candidatos aguardaban formando una fila desordenada. Tenían las manos vacías y los semblantes uniformemente tensos a causa de la ansiedad. No

llevaban encima ningún material para hacer el examen, dado que las plumas estilográficas podían vaciarse para introducir en ellas rollos de papel con las respuestas escritas.

—Las manos donde podamos verlas —ordenó el supervisor, dirigiéndose hacia el principio de la fila—. Debéis remangaros el blusón por encima de los codos. A partir de este momento, no hablaréis entre vosotros. Si tenéis que orinar, levantaréis la mano. Hay un cubo al fondo de la sala.

—¿Y si tengo que cagar? —preguntó un chico.

El supervisor le dedicó una mirada prolongada.

—Es un examen de doce horas —añadió el joven a la defensiva.

El supervisor se encogió de hombros.

—Intenta no hacer ruido.

Esa mañana, Rin había estado demasiado nerviosa como para comer. Solo de pensar en comida sentía náuseas. Tenía la vejiga y los intestinos vacíos. Lo único que tenía lleno era la mente, repleta de una asombrosa cantidad de fórmulas matemáticas, poemas, tratados y fechas históricas que volcar sobre el cuadernillo del examen. Estaba lista.

Acomodaron a cien estudiantes en la sala de examen. Los pupitres estaban dispuestos en filas ordenadas de diez. En cada uno de ellos se encontraba un grueso cuadernillo, un tintero y un pincel de tinta.

La mayoría de las otras provincias de Nikan tenían que acondicionar ayuntamientos enteros para poder acomodar a los miles de estudiantes que se presentaban al examen cada año. Pero el municipio de Tikany, en la Provincia del Gallo, era un pueblo de granjeros y campesinos. Allí las familias necesitaban manos que trabajaran la tierra, no mocosos con estudios universitarios. Así que con un aula les bastaba.

Rin entró a la sala junto con el resto de los estudiantes y ocupó el asiento que le habían asignado. Se preguntó qué aspecto tendrían los examinados vistos desde arriba: un cuadrado perfecto de cabellos oscuros, blusones azules uniformes y mesas marrones de madera. Visualizó aquella misma imagen repetida en ese instante en otras aulas idénticas repartidas por todo el país, todos ellos mirando hacia el reloj de agua con expectación y nervios.

Los dientes de Rin castañeteaban a tal velocidad que estaba segura de que todos allí podían escucharla, y no era solo a causa del frío. Apretó la mandíbula con fuerza, pero entonces el temblor se le extendió por las extremidades hasta llegar a las manos y las rodillas. El pincel de tinta se le agitaba entre los dedos, salpicando gotas negras por toda la mesa.

Lo sujetó con más firmeza y escribió su nombre completo en la primera página del examen. *Fang Runin.*

No era la única que estaba nerviosa. Se oían sonidos de arcadas sobre el cubo que se encontraba al fondo de la sala.

Rin se agarró la muñeca y apretó, cerrando los dedos alrededor de las pálidas cicatrices de quemaduras. Luego inspiró. «Concéntrate».

En el rincón, el reloj de agua emitió un leve sonido.

—Podéis comenzar —anunció el examinador.

Cientos de cuadernillos se abrieron, produciendo un sonido como el de un aleteo, como si una bandada de gorriones alzara el vuelo.

Dos años antes, en el día que la magistratura de Tikany había estimado de manera arbitraria que Rin debía de cumplir catorce años, sus padres de acogida la habían llamado a sus dependencias.

Esto rara vez sucedía. A los Fang les gustaba ignorar a Rin hasta que tenían alguna tarea para ella, y luego le hablaban igual que si le estuvieran dando órdenes a un perro. «Cierra la tienda. Tiende la colada. Lleva este paquete de opio a los vecinos y no te vayas de allí hasta que les hayas sacado al menos el doble del precio que hemos pagado nosotros».

Una mujer a la que Rin no había visto nunca ocupaba la silla destinada a los invitados. Tenía el rostro completamente empolvado con lo que parecía ser harina de arroz blanco, salpicado de recargados toques de color sobre los labios y los párpados. Llevaba un vestido lila claro con un estampado de flores de ciruelo y con un corte que quizá le habría sentado mejor a una chica con la mitad de sus años. Su figura achaparrada se extendía hacia los costados tal y como haría un saco de grano.

—¿Esta es la muchacha? —preguntó la mujer—. Mmm. Es un poco oscura… Eso al inspector no le importará demasiado, pero hará que baje algo el precio.

Rin tuvo una repentina y horrible sospecha de qué era lo que estaba pasando.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Siéntate, Rin —le dijo el tío Fang.

El hombre extendió una mano curtida hacia ella para obligarla a tomar asiento. De inmediato, Rin se giró sobre sus talones para salir corriendo. La tía Fang la agarró del brazo y la arrastró de vuelta con ellos. Se produjo un breve forcejeo hasta que la mujer logró dominarla y empujarla hacia la silla.

—¡No pienso acabar en un prostíbulo! —gritó Rin.

—Esta mujer no es del prostíbulo, idiota —le soltó la tía Fang—. Siéntate. Muéstrale algo de respeto a la casamentera Liew.

La invitada parecía impasible, como si su profesión conllevara a menudo acusaciones de explotación sexual.

—Estás a punto de convertirte en una chica muy afortunada, querida —le dijo. Su voz era cantarina, dotada de una falsa dulzura—. ¿Quieres saber por qué?

Rin se agarró al borde de la silla y se quedó mirándole los labios rojos.

—No.

La sonrisa de la casamentera se tensó.

—Vaya encanto de niña.

Al parecer, después de una larga y ardua búsqueda, la casamentera Liew había encontrado a un hombre en Tikany dispuesto a casarse con Rin. Se trataba de un comerciante acaudalado que se ganaba la vida importando orejas de cerdo y aletas de tiburón. Se había divorciado dos veces y le triplicaba la edad.

—¿No es maravilloso? —dijo Liew, sonriente.

Rin salió disparada hacia la puerta. No había dado ni dos pasos cuando la tía Fang estiró la mano y la agarró de la muñeca.

La chica sabía lo que iba a suceder a continuación. Se preparó para el golpe, para las patadas en las costillas, donde los moratones no serían visibles. Sin embargo, la tía Fang se limitó a conducirla de vuelta a la silla.

—Compórtate —le susurró, y apretó los dientes, un gesto que prometía que más tarde se enfrentaría a un castigo. Pero no en ese momento, no delante de la casamentera Liew.

A la tía Fang le gustaba dar rienda suelta a su crueldad en privado.

Liew parpadeó, ajena a todo aquello.

—No te asustes, querida. ¡Esto es emocionante!

Rin se sintió mareada. Giró el rostro para mirar a sus padres de acogida y se esforzó para que no le temblara la voz.

—Creía que me necesitabais en la tienda. —De algún modo, aquello fue lo único que se le ocurrió decir.

—Kesegi puede encargarse de la tienda —aseveró la tía Fang.

—Tiene ocho años.

—No tardará en crecer. —A la mujer le brillaron los ojos—. Y resulta que tu futuro marido es el inspector de importaciones del pueblo.

En ese momento, Rin lo comprendió todo. Los Fang estaban llevando a cabo una simple transacción comercial: una huérfana a la que tenían acogida a cambio de prácticamente el monopolio del mercado negro de opio en Tikany.

El tío Fang le dio una larga calada a su pipa y exhaló, extendiendo

por la estancia un humo denso y empalagoso.

—Es un hombre rico. Serás feliz.

No, los que iban a ser felices eran los Fang. Eso les permitiría importar opio a granel sin tener que soltar tanto dinero para sobornos. Pero Rin mantuvo la boca cerrada. Seguir discutiendo solo le acarrearía más dolor. Era evidente que iban a casarla aunque tuvieran que arrastrarla ellos mismos hasta el lecho nupcial.

Nunca habían querido a Rin. La habían acogido siendo un bebé solo porque la emperatriz había impuesto un mandato tras la Segunda Guerra de la Amapola con el cual obligaba a las familias con menos de tres hijos a adoptar a huérfanos de guerra que, de otro modo, habrían acabado convertidos en ladrones o mendigos.

Dado que el infanticidio estaba mal visto en Tikany, los Fang habían aprovechado la presencia de Rin y la habían puesto a trabajar como tendera y traficante de opio desde que había tenido edad suficiente como para saber contar. Aun así, a pesar de todo el trabajo gratis que hacía para ellos, el coste de mantenerla y alimentarla parecía ser más de lo que estaban dispuestos a cubrir. Y ahora tenían la oportunidad de deshacerse de la carga económica que la chica suponía.

La casamentera Liew argumentó que aquel comerciante podía permitirse alimentar y vestir a Rin durante el resto de su vida. Lo único que ella tenía que hacer era atenderle con ternura, tal y como haría una buena esposa, darle hijos y cuidar de su hogar (el cual, como Liew se aseguró de señalar, tenía no uno, sino dos aseos interiores). Era un acuerdo increíblemente bueno para una huérfana de guerra sin familia ni, por supuesto, contactos.

Un marido para Rin, dinero para la casamentera y drogas para los Fang.

—Caray —dijo la joven con un hilo de voz. El suelo parecía moverse bajo sus pies—. Es estupendo. Realmente estupendo. Magnífico.

La casamentera Liew volvió a sonreír.

Rin disimuló su pánico y se esforzó todo lo posible por mantener su respiración regular hasta que acompañaron a la casamentera a la puerta. Luego, les dedicó una leve reverencia a los Fang y, como si fuera una entregada hija adoptiva, les dio las gracias por las molestias que se habían tomado para asegurarle un futuro tan estable.

Después, regresó a la tienda. Allí trabajó en silencio hasta que se hizo de noche. Tomó pedidos, hizo el inventario y registró la mercancía nueva en el libro de contabilidad.

Para hacer el inventario, uno tenía que ser muy cuidadoso a la

hora de escribir los números. Era muy fácil hacer que un nueve pareciera un ocho. Y aún más fácil que un uno pareciera un siete…

Mucho después de que el sol se pusiese, Rin cerró la tienda y echó la llave al salir.

Luego, se guardó debajo de la camisa un paquete de opio que había robado y salió corriendo.

—¿Rin? —Un hombre menudo y arrugado abrió la puerta de la biblioteca y se asomó para mirarla—. ¡Por la Gran Tortuga! ¿Qué estás haciendo aquí? Está lloviendo a cántaros.

—He venido a devolver un libro —le dijo ella, al tiempo que le mostraba el zurrón impermeable que llevaba consigo—. Además, voy a casarme.

—Ah… ¡Ah! ¿Cómo? Pasa.

El profesor Feyrik impartía clases nocturnas gratuitas a los hijos de los campesinos de Tikany, quienes, de lo contrario, habrían acabado siendo analfabetos. Rin confiaba en él más que en cualquier otra persona, y también conocía sus debilidades mejor que nadie.

Aquello lo convertía en la pieza clave de su plan de fuga.

—El jarrón ya no está —apuntó la chica mientras echaba un vistazo alrededor de la colmada biblioteca.

El profesor Feyrik encendió una pequeña llama en la chimenea y colocó dos cojines delante de esta. A continuación, le hizo señas a Rin para que tomase asiento.

—Ha sido una mala decisión. La verdad es que ha sido una mala noche en general.

El profesor sentía un desafortunado entusiasmo por el divisiones, un juego enormemente popular en las casas de apuestas de Tikany. Aquella afición no habría resultado tan peligrosa si se le hubiera dado mejor jugar.

—No tiene sentido —declaró después de que Rin le hubiese contado las novedades de la casamentera—. ¿Por qué iban los Fang a casarte? ¿No eres su mejor modo de contar con mano de obra no remunerada?

—Sí, pero creen que les seré de más utilidad en la cama del inspector de importaciones.

El profesor Feyrik pareció asqueado.

—Tus padres de acogida son unos bastardos.

—Eso significa que lo hará —dijo Rin, esperanzada—, que me ayudará.

El profesor suspiró.

—Querida niña, si tu familia te hubiera dejado estudiar conmigo cuando eras más joven, podríamos haber considerado esta opción…

Por aquel entonces, se lo comenté a los Fang. Le dije a la señora Fang que tenías potencial. Pero a estas alturas, estás pidiendo lo imposible.

—Pero…

Feyrik levantó una mano.

—Más de veinte mil estudiantes se presentan al keju cada año, y apenas tres mil entran en las academias. De entre todos ellos, solo un puñado de los que se examinan son de Tikany. Estarías compitiendo contra críos ricos, hijos de comerciantes y nobles, que llevan toda su vida estudiando para esto.

—Pero yo también he dado clases con usted. ¿Tan difícil es?

El profesor rio entre dientes.

—Sabes leer. Puedes usar un ábaco. Pero ese no es el tipo de preparación que se necesita para aprobar el keju. En él se evalúa un profundo conocimiento de historia, matemáticas avanzadas, lógica y los clásicos…

—Lo sé, las Cuatro Disciplinas Honorables —respondió Rin con impaciencia—. Pero soy una lectora veloz. Conozco más caracteres que la mayoría de los adultos de este pueblo. Sin duda, más que los Fang. Si me deja intentarlo, puedo ponerme al nivel de sus estudiantes. Ni siquiera tengo que venir a las clases. Tan solo necesito los libros.

—Leer libros es una cosa —dijo el profesor Feyrik—, prepararte el keju es una tarea completamente distinta. Mis alumnos se pasan toda su vida estudiando para ello. Nueve horas al día, siete días a la semana. Y el tiempo que tú pasas trabajando en la tienda supera eso con creces.

—Puedo estudiar allí —protestó Rin.

—¿Es que no tienes responsabilidades?

—Puedo hacer… mmmm… varias cosas a la vez.

El profesor la miró un momento con escepticismo y luego negó con la cabeza.

—Solo te quedan dos años. No podrás conseguirlo.

—Pero no tengo más opciones —dijo Rin, con la voz aguda.

En Tikany, una joven soltera como ella tenía menos valor que un gallo al que no le interesaban las gallinas. Podría pasarse la vida como sirvienta en algún hogar acaudalado, si es que lograba sobornar a las personas adecuadas. De lo contrario, su futuro consistiría en combinar la prostitución con la mendicidad.

Estaba siendo dramática, pero no exagerada. Podía abandonar la ciudad; probablemente contaba con suficiente opio robado como para comprarse un pasaje para ir en caravana a otra provincia… Pero ¿a cuál? No tenía amigos ni familia, nadie que pudiera acudir en su

ayuda si acababan atracándola o secuestrándola. Carecía de habilidades a las que sacarles rentabilidad. Nunca había salido de Tikany y no sabía absolutamente nada sobre cómo sobrevivir en la ciudad.

Y si la pillaban con tanto opio encima… En el Imperio, la posesión de esa sustancia se consideraba un delito capital. Acabarían arrastrándola hasta la plaza de la ciudad, donde la decapitarían públicamente y pasaría a ser la última víctima de la inútil guerra de la emperatriz contra las drogas.

Solo le quedaba aquella opción. Tenía que convencer al profesor Feyrik. Sacó el libro que había ido a devolver.

—Esto es de Mencio. *Reflexiones sobre el arte de gobernar*. Lo tengo solo desde hace tres días, ¿no?

—Sí —respondió el profesor sin mirar su registro.

Rin se lo entregó.

—Léame un fragmento. El que sea.

Feyrik seguía pareciendo escéptico, pero abrió el libro por la mitad para darle el gusto.

—«El sentimiento de conmiseración es el principio de…».

—La benevolencia —terminó de decir Rin—. El sentimiento de vergüenza y de aversión es el principio de la rectitud. El sentimiento de modestia y de complacencia es el principio de… Es el principio del… mmm… decoro. Y el sentimiento de aprobación y de desaprobación es el principio del conocimiento.

El profesor enarcó una ceja.

—¿Y qué significa todo eso?

—Ni idea —admitió Rin—. La verdad es que no entiendo en absoluto a Mencio. Solo me he limitado a memorizarlo.

Feyrik pasó las páginas hasta casi el final del libro, seleccionó otro fragmento y lo leyó:

—«El orden existe en el reino terrenal cuando todos los seres conocen su lugar. Todos los seres conocen su lugar cuando cumplen los papeles que se les han asignado. El pez no intenta volar. El turón no intenta nadar. Solo puede haber paz cuando cada ser respeta el orden divino». —Cerró el libro y levantó la mirada—. ¿Y qué me dices de este fragmento? ¿Entiendes lo que significa?

Rin sabía lo que estaba intentando decirle.

Los nikaras creían en unos papeles sociales estrictamente definidos, en una jerarquía rígida en la que a cada uno se le asignaba su lugar desde su nacimiento. Cada ser tenía su sitio bajo el cielo. Los jóvenes príncipes pasaban a ser jefes militares; los cadetes, soldados; y las tenderas huérfanas de Tikany debían conformarse con seguir siendo

tenderas huérfanas de Tikany. Supuestamente, el keju era una institución académica que se regía por la meritocracia, pero solo la clase alta contaba con el dinero necesario para poder pagar a los tutores que sus hijos requerían para aprobar.

Pues a la mierda el orden divino de las cosas. Si casarse con un asqueroso viejo era el papel preestablecido para Rin en este mundo, estaba dispuesta a reescribirlo.

—Significa que se me da muy bien memorizar largos fragmentos de monsergas —respondió.

El profesor Feyrik guardó silencio durante un momento.

—No tienes memoria eidética —dijo al fin—. Fui yo quien te enseñó a leer. Me habría dado cuenta.

—No la tengo —reconoció Rin—. Pero soy cabezota, estudio mucho y no quiero casarme bajo ningún concepto. He tardado tres días en memorizar a Mencio. Era un libro corto, así que probablemente necesite una semana entera para textos más largos. Pero ¿cuántos textos hay en la lista para el keju? ¿Veinte? ¿Treinta?

—Veintisiete.

—Pues los memorizaré todos. Cada uno de ellos. Es lo único que hace falta para aprobar. Las otras materias no son tan complicadas. Es en los clásicos donde la gente mete la pata. Me lo dijo usted mismo.

Ahora el profesor Feyrik tenía la mirada entornada. Su expresión había dejado de ser escéptica para pasar a ser calculadora. Rin conocía bien ese gesto. Era el mismo semblante que ponía cuando intentaba predecir sus ganancias en el divisiones.

En Nikan, el éxito de un profesor iba ligado a su reputación por los resultados que habían obtenido sus alumnos en el keju. Atraía a clientes si sus estudiantes habían logrado entrar en una academia. Más alumnos se traducían en más dinero y, para un jugador endeudado como Feyrik, cada nuevo estudiante sumaba. Si Rin lograba entrar en una academia, la afluencia de alumnos que ello conllevaría para el profesor podría sacarlo de algunas deudas desagradables.

—Este año no se ha matriculado mucha gente, ¿verdad? —le presionó Rin.

Feyrik hizo una mueca.

—Es un año de sequía. Era evidente que las matriculaciones iban a bajar. No son muchas las familias que quieren pagar una matrícula cuando, de todas formas, sus hijos apenas tienen posibilidades de aprobar.

—Pero yo sí que puedo aprobar —dijo ella—. Y, cuando lo haga, contará con una estudiante que ha entrado en una academia. ¿Cómo cree que afectará eso a sus matriculaciones?

El profesor negó con la cabeza.

—Rin, no podría aceptar el dinero de tu matrícula sin remordimientos.

Aquello planteaba un segundo problema. La chica se armó de valor y lo miró a los ojos.

—No importa porque, de todos modos, no puedo pagar la matrícula.

La reticencia del profesor Feyrik fue palpable.

—En la tienda no gano nada —añadió Rin antes de que el hombre pudiera hablar—. El inventario no es mío. No recibo ningún salario. Necesito que me ayude a estudiar para el keju sin cobrarme, y que me enseñe el doble de rápido de lo que enseñaría a sus otros estudiantes.

Feyrik comenzó a negar con la cabeza de nuevo.

—Querida niña, no puedo… Esto es…

Había llegado la hora de jugar su última baza. Rin sacó su zurrón de debajo de la silla sobre la que estaba sentada y lo soltó sobre la mesa. Cayó sobre esta con un golpe sólido y satisfactorio.

El profesor la observó con ansia mientras ella metía la mano en el zurrón y extraía un fardo pesado y con olor dulzón. Y luego otro. Y otro más.

—Esto es opio de primera calidad por un valor de seis taeles —le dijo con calma. Seis taeles eran la mitad de lo que el profesor Feyrik podía llegar a ganar en un año entero.

—Se lo has robado a los Fang —le respondió él, inquieto.

Rin se encogió de hombros.

—El tráfico de drogas es un negocio complicado. Los Fang conocen los riegos. Se pierden fardos constantemente. Tampoco es que puedan denunciarlo ante un juez.

El profesor se toqueteó los largos bigotes.

—No quiero cabrear a los Fang.

No le faltaban motivos para temer a esa familia. Los ciudadanos de Tikany sabían que no debían hacer enfadar a la tía Fang. Al menos, no si les preocupaba su seguridad. Aquella mujer era tan paciente e impredecible como una serpiente. Podían pasar años sin que respondiera a una determinada afrenta para luego dar el mordisco venenoso en el lugar adecuado.

Pero Rin se había cubierto las espaldas.

—Las autoridades portuarias nos confiscaron uno de nuestros envíos la semana pasada —le explicó a Feyrik—. Y a la tía Fang aún no le había dado tiempo a hacer el inventario. He marcado algunos fardos como perdidos. No puede rastrearlos.

—Aun así, podrían pegarte.

—Pero no se ensañarán mucho. —Se obligó a encogerse de hombros—. No podrían casar a una mercancía dañada.

El profesor Feyrik seguía contemplando el zurrón con una avaricia manifiesta.

—Trato hecho —dijo al fin, y extendió la mano para coger el opio.

Rin se lo quitó de delante.

—Antes, cuatro condiciones. Una: que me dé clase. Dos: que me enseñe gratis. Tres: que no fume cuando vaya a darme clase. Y cuatro: si le dice a alguien de dónde ha sacado esto, les diré a sus acreedores dónde pueden encontrarle.

Feyrik la observó largo rato y luego asintió.

Ella carraspeó.

—También me gustaría quedarme con este libro.

El profesor le dedicó una sonrisa burlona.

—Realmente serías una prostituta horrible. No tienes ningún encanto.

—No —dijo la tía Fang—. Te necesitamos en la tienda.

—Estudiaré por las noches —le aseguró Rin—. O durante mis horas libres.

La tía Fang frunció el ceño mientras fregaba el wok. Todo lo relativo a esa mujer era tosco: su expresión, una abierta muestra de impaciencia e irritación; sus dedos, rojos tras haberse pasado horas limpiando y haciendo la colada; su voz, ronca después de haberle estado gritando a Rin, a su hijo Kesegi, a los traficantes que tenía contratados y al tío Fang, que yacía inerte en su habitación llena de humo.

—¿Qué le has prometido al profesor? —exigió saber con tono de sospecha.

Rin se tensó.

—Nada.

La tía Fang golpeó de forma abrupta el wok contra la encimera. Rin se estremeció, temiendo de pronto que hubiera descubierto lo de su robo.

—¿Qué tiene de malo casarse? —le preguntó la mujer—. Yo me casé con tu tío siendo más joven que tú. Todas las chicas de este pueblo acabarán casadas para cuando cumplan los dieciséis. ¿Acaso te crees mejor que ellas?

Rin se sintió tan aliviada que tuvo que recordarse que debía parecer arrepentida.

—No. Es decir, no creo que sea mejor que ellas.

—¿Tan malo crees que será? —El tono de voz de la tía Fang era ahora peligrosamente tranquilo—. ¿De qué se trata realmente?

¿Tienes miedo de compartir cama con él?

Ni siquiera se había planteado aquello, pero ahora, de tan solo pensarlo, se le cerró la garganta.

La tía Fang elevó las comisuras de los labios, divertida.

—Reconozco que la primera noche es la peor. Métete un algodón en la boca para no morderte la lengua. No grites a no ser que él te lo pida. Mantén la cabeza gacha y haz lo que te diga. Conviértete en su pequeña y muda esclava doméstica hasta que confíe en ti. Y una vez que lo haga, podrás comenzar a atiborrarlo de opio. Al principio, le darás muy poco, aunque dudo que ese caballero lo haya fumado nunca. Luego, le irás aumentando la dosis, día a día. Hazlo por la noche, justo después de que haya terminado contigo, así siempre lo asociará al placer y al poder.

»Sigue dándole más hasta que sea completamente dependiente del opio y de ti. Deja que destruya su cuerpo y su mente. Sí, prácticamente acabarás casada con un cadáver que respira, pero serás dueña de su riqueza, sus propiedades y su poder. —La tía Fang ladeó la cabeza—. ¿Te dolerá tanto compartir su cama entonces?

A Rin le entraron ganas de vomitar.

—Pero yo…

—¿Lo que te da miedo es tener hijos? —La mujer inclinó la cabeza hacia el otro lado—. Siempre hay formas de matarlos cuando aún están en el útero. Trabajas en la botica, así que lo sabes bien. Pero tendrás que darle al menos un hijo. Afianza tu posición como esposa principal para que no pueda despilfarrar su dinero en una concubina.

—Pero yo no quiero nada de eso —respondió ella casi sin voz. «No quiero ser como tú».

—¿Y qué más da lo que quieras? —le preguntó la tía Fang en voz baja—. Eres una huérfana de guerra. No tienes padres ni posición ni contactos. Tienes suerte de que al inspector le dé igual que no seas guapa y solo le importe tu juventud. Esto es lo mejor que puedo hacer por ti. No habrá más oportunidades.

—Pero el keju…

—«Pero el keju…» —la imitó la tía Fang—. ¿Desde cuándo eres tan ilusa? ¿Crees que vas a entrar en una academia?

—Sí que lo creo. —Rin irguió la espalda e intentó imbuir sus palabras de confianza. «Cálmate. Sigues teniendo con qué negociar»—. Y tú me dejarás porque, algún día, las autoridades podrían comenzar a preguntar de dónde sale el opio.

La mujer la contempló durante largo rato.

—¿Es que quieres morir? —le preguntó.

Rin sabía que esa no era una amenaza vana. La tía Fang estaba más

que dispuesta a atar los cabos sueltos. Ella misma la había visto hacerlo en otras ocasiones. Por eso se había pasado la mayor parte de su vida intentando asegurarse de no terminar nunca siendo uno de esos cabos sueltos.

Pero ahora podía plantarle cara.

—Si desaparezco, el profesor Feyrik les contará a las autoridades qué es lo que me ha pasado —declaró en voz alta—. Y le dirá a tu hijo lo que has hecho.

—A Kesegi le dará igual —se mofó la mujer.

—A Kesegi lo he criado yo. Me quiere —dijo Rin—. Y tú lo quieres a él. No quieres que sepa a lo que te dedicas. Por eso no lo envías a la tienda. Y por eso me obligas a retenerlo en nuestra habitación cuando sales a reunirte con tus traficantes.

Aquello funcionó. La tía Fang la observó fijamente, boquiabierta y con las fosas nasales muy dilatadas.

—Al menos, déjame intentarlo —le suplicó Rin—. No te cuesta nada dejarme estudiar. Si apruebo, entonces por fin podrás deshacerte de mí. Y si suspendo, seguirás contando con una novia a la que casar.

La tía Fang cogió el wok. Rin se tensó por puro acto reflejo, pero la mujer se limitó a seguir fregándolo con saña.

—Si te veo estudiando en la tienda, te echaré a la calle —la amenazó—. No quiero que el inspector se entere de nada de esto.

—Trato hecho —mintió la chica entre dientes.

La tía Fang resopló.

—¿Y qué pasará si consigues entrar en una academia? ¿Quién va a pagar tu matrícula? ¿Ese muerto de hambre? ¿El profesor?

Rin titubeó. Había esperado que los Fang le dieran el dinero de su dote para la matrícula, pero ahora comprendía que pensar eso había sido una estupidez.

—La matrícula de Sinegard es gratis —señaló.

La tía Fang se rio en voz alta.

—¡Sinegard! ¿Crees que vas a sacar nota como para entrar en Sinegard?

Rin alzó la barbilla.

—Podría ser.

La academia militar de Sinegard era la institución más prestigiosa del Imperio. Un campo de entrenamiento para los generales y hombres de Estado del futuro. Rara vez reclutaba a gente del sur rural, por no decir nunca.

—Eres una ilusa. —La tía Fang volvió a resoplar—. Muy bien… Si es lo que quieres, si es lo que te hace feliz, estudia. Adelante, preséntate al keju. Pero, cuando fracases, te casarás con ese inspector.

Y estarás agradecida.
Esa noche, bajo la luz de una vela que había robado, tirada en el suelo del reducido dormitorio que compartía con Kesegi, Rin abrió su primer manual de keju.

El keju evaluaba las Cuatro Disciplinas Honorables: Historia, Matemáticas, Lógica y los Clásicos. La burocracia imperial de Sinegard consideraba que estas materias eran fundamentales para el desarrollo de un académico y de un hombre de Estado. Rin tenía que aprender todo aquello antes de cumplir los dieciséis años.

Se fijó un calendario estricto: tenía que terminar al menos dos libros cada semana y estudiar dos materias cada día. Todas las noches, después de haber cerrado la tienda, iba a casa del profesor Feyrik antes de volver a la suya, y regresaba de allí cargada con más libros.

Historia era la materia más fácil de aprender. La historia de Nikan era una saga extremadamente entretenida de guerras constantes. El Imperio había sido formado hacía un milenio bajo la poderosa espada del despiadado Emperador Rojo, que había destruido las órdenes monásticas esparcidas por todo el continente y había creado un Estado unificado de un tamaño sin precedentes. Esa había sido la primera vez que los nikaras se habían considerado a sí mismos una única nación.

El Emperador Rojo regularizó la lengua nikara, estableció un conjunto uniforme de pesos y medidas, y construyó un sistema de carreteras que conectaban su extenso territorio.

Pero el recién concebido Imperio nikara no sobrevivió a la muerte del Emperador Rojo. Sus numerosos herederos convirtieron el país en un caos sangriento durante la era de los Estados en guerra, lo que dividió Nikan en doce provincias rivales.

Desde entonces, el enorme país había sido reunificado, conquistado, explotado, destrozado, y luego se había vuelto a unificar. A su vez, Nikan había entrado en guerra con los kanes de las regiones interiores del norte y con los altos occidentales del otro lado del gran mar. En ambas ocasiones, Nikan había demostrado ser un territorio demasiado extenso como para sufrir una ocupación extranjera durante demasiado tiempo.

De entre todos los conquistadores que habían intentado ocupar Nikan, la Federación de Mugen había sido la que más se había acercado a conseguirlo. El país insular había atacado Nikan en un momento en el que los conflictos internos entre sus provincias estaban en pleno apogeo. Hicieron falta dos Guerras de la Amapola y cincuenta años de ocupación sangrienta para que el país volviese a recuperar su independencia.

La emperatriz Su Daji, último miembro vivo de la troika que se

había hecho con el control del Estado durante la Segunda Guerra de la Amapola, gobernaba ahora una tierra de doce provincias que nunca habían logrado alcanzar del todo la misma unidad que había impuesto el Emperador Rojo.

Históricamente, el Imperio nikara había demostrado ser inconquistable. Pero también era inestable y se encontraba desunido, y no parecía que el actual periodo de paz fuera a perdurar.

Si algo había aprendido Rin sobre la historia de su país era que lo único constante en el Imperio nikara era la guerra.

La segunda materia, Matemáticas, requería más esfuerzo. No es que fuera demasiado complicada, pero sí tediosa y agotadora. El keju no buscaba genios matemáticos, sino más bien estudiantes que pudieran encargarse de cosas como las finanzas del país y los libros de contabilidad. Rin les llevaba la contabilidad a los Fang desde que había aprendido a sumar. Poseía un don innato para calcular mentalmente sumas grandes. Aún tenía que ponerse al día con los teoremas de trigonometría más abstractos, que daba por hecho que serían de utilidad en las batallas navales, pero pronto descubrió que aprenderlos era gratamente sencillo.

La tercera sección, Lógica, era algo completamente nuevo para ella. El keju planteaba acertijos de lógica con preguntas abiertas. Rin tomó un modelo de examen para practicar. La primera pregunta decía: «Un académico que recorre un sendero muy transitado pasa junto a un peral. El árbol está cargado de fruta, tanta que las ramas se doblan a causa del peso. Aun así, el hombre no coge ninguna. ¿Por qué?».

«Porque el peral no es suyo», pensó Rin de inmediato. «Porque puede ser propiedad de la tía Fang, y esta le partiría la crisma con una pala». Pero aquellas respuestas no eran ni morales ni contingentes. La solución del acertijo tenía que encontrarse dentro de la misma pregunta. Por tanto, debía de haber alguna falacia o contradicción en el escenario dado.

Rin se pasó bastante rato pensando hasta que se le ocurrió la respuesta: «Si un árbol que está en un camino transitado tiene tanta fruta, entonces esa fruta debe de tener algo malo».

Cuanto más practicaba, más empezaba a considerar esas preguntas como un juego. Descifrarlas era muy gratificante. Dibujaba diagramas en la tierra, estudiaba las estructuras de los silogismos y memorizaba las falacias lógicas más comunes. En cuestión de meses, responder a ese tipo de preguntas comenzó a llevarle tan solo unos segundos.

La peor materia para ella era, sin duda, los Clásicos. Era la única excepción en su calendario de rotación de materias. Aquella tenía que estudiarla todos los días.

Esa sección del keju requería que los estudiantes recitasen, analizasen y comparasen textos de un corpus predeterminado de veintisiete libros. Esos libros no estaban escritos con el alfabeto moderno, sino en la antigua lengua nikara, que era conocida por sus impredecibles patrones gramaticales y sus complicadas pronunciaciones. Los libros contenían poemas, tratados filosóficos y ensayos sobre el arte de gobernar escritos por eruditos legendarios de la historia de Nikan. Tenían el objetivo de dar forma al carácter moral de los futuros hombres de Estado de la nación. Y todos eran, sin excepción, irremediablemente confusos.

A diferencia de lo que ocurría con la Lógica y las Matemáticas, Rin no podía aprenderse los Clásicos por medio del razonamiento. Estos requerían un conocimiento base que la mayoría de los estudiantes habían ido adquiriendo poco a poco desde que habían aprendido a leer. En dos años, Rin tenía que hacer lo mismo que ellos habían hecho en cinco años de estudio constante.

Y con ese fin, logró la extraordinaria proeza de memorizarlos a base de pura repetición.

Los recitaba a la inversa mientras caminaba sobre los bordes de las antiguas murallas defensivas que rodeaban Tikany. Los recitaba el doble de rápido mientras saltaba de poste en poste a lo largo del lago. Los murmuraba para sí misma cuando estaba en la tienda, y chasqueaba la lengua con irritación cuando los clientes le pedían su ayuda. No se metía en la cama hasta no haber recitado las lecciones de aquel día sin cometer errores. Se despertaba declamando analectas clásicas, algo que aterrorizaba a Kesegi, que creía que unos fantasmas la habían poseído. Y en cierto modo, así era. Soñaba con poemas antiguos escritos por personas que hacía mucho que habían muerto y amanecía temblando a causa de pesadillas en las que había recitado mal dichos poemas.

«El Camino del Cielo trabaja sin cesar y no deja ningún rastro de su influencia en ningún sitio en particular, así que todas las cosas acaban perfeccionadas gracias a él… Así funciona el Camino, y todo lo que hay bajo el cielo se vuelve hacia ellos, y todo lo que se encuentra en el interior de los mares se rinde ante ellos».

Rin dejó los *Anales* de Zhuangzi y frunció el ceño. No solo no tenía ni idea de a qué se refería Zhuangzi, sino que tampoco lograba entender por qué se empeñaba en escribir de la forma más ampulosa e irritante posible.

Comprendía muy poco de lo que leía. Hasta a los académicos del monte Yuelu les costaba entender los Clásicos. Rin no esperaba poder desentrañar su significado por sí misma. Y, como no tenía ni el tiempo

ni la preparación suficientes para profundizar en aquellos textos (ni se le ocurría ninguna regla mnemotécnica útil o atajo para aprenderse los Clásicos), simplemente tuvo que limitarse a memorizarlos palabra por palabra y esperar que aquello fuese suficiente.

Iba a todas partes con un libro. Estudiaba mientras comía. Cuando comenzaba a sentirse cansada, se imaginaba escenarios y el peor futuro posible para sí.

«Recorres el pasillo con un vestido que no es de tu talla. Estás temblando. Él te está esperando al final del camino. Te mira como si fueses un cerdo jugoso y sustancioso, un trozo de carne marmoleada que puede comprar. Se humedece los labios secos. No aparta la mirada de ti durante todo el banquete. Cuando este termina, te lleva a su dormitorio. Te empuja sobre las sábanas».

Acto seguido, Rin se estremecía. Cerraba los ojos con fuerza. Volvía a abrirlos y encontraba el punto de la página por el que se había quedado.

Cuando llegó su decimoquinto cumpleaños, Rin ya retenía una gran cantidad de literatura antigua de Nikan en la cabeza y era capaz de recitar la mayor parte de ella. Pero seguía cometiendo errores: le faltaban palabras, se liaba con oraciones complejas o confundía el orden de las estrofas.

Sabía que, aun así, aquello le serviría para entrar en una facultad para profesores o en la academia médica. Sospechaba que incluso podría acceder al instituto para académicos en el monte Yuelu, donde las mentes más brillantes de Nikan producían las más asombrosas obras de literatura y reflexionaban sobre los misterios del mundo natural.

No obstante, no podía permitirse ninguna de aquellas academias. Tenía que entrar en la de Sinegard. Tenía que encontrarse entre el porcentaje de estudiantes con las notas más altas no solo de su pueblo, sino de todo el país. De lo contrario, sus dos años de estudio habrían sido una pérdida de tiempo.

Tenía que conseguir una memorización perfecta.

Dejó de dormir.

Acabó con los ojos inyectados en sangre e hinchados. La cabeza le daba vueltas después de pasar días estudiando sin parar. Una noche, cuando visitó al profesor Feyrik en su casa para recoger más libros, llegó con la mirada desesperada, desenfocada. No fijó la vista en el profesor mientras este le hablaba. Las palabras del hombre flotaban sobre la cabeza de Rin como si fueran nubes. Apenas era consciente de la presencia de Feyrik.

—Rin. Mírame.

La joven inspiró profundamente y se obligó a fijar la vista en la forma borrosa del profesor.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó él.

—No puedo hacerlo —susurró Rin en respuesta—. Solo me quedan dos meses más y no puedo hacerlo. En cuanto consigo memorizar algo, no tardo en olvidarlo y… —Su pecho subió y bajó rápidamente, agitado.

—Ay, Rin.

Ella sintió que las palabras se le escapaban de entre los labios. Habló sin pensar:

—¿Qué pasará si no apruebo? ¿Y si acabo teniendo que casarme? Supongo que podría asesinarlo. Asfixiarlo mientras duerme, ¿sabe? ¿Heredaría así su fortuna? Eso estaría bien, ¿verdad? —Comenzó a reírse histéricamente. Las lágrimas le caían por las mejillas—. Eso sería más fácil que drogarlo. Nadie se enteraría nunca.

El profesor Feyrik se apresuró a levantarse y a sacar un taburete.

—Siéntate, niña.

Rin se estremeció.

—No puedo. Aún tengo que estudiar las Analectas de Confucio para mañana.

—Runin. Siéntate.

La chica se desplomó sobre el taburete.

El profesor Feyrik tomó asiento frente a ella y le cogió las manos.

—Te contaré una historia —comenzó a decir—. Una vez, no hace mucho tiempo, había un académico que procedía de una familia muy pobre. Era demasiado débil como para trabajar muchas horas en el campo, y la única posibilidad que tenía de asegurar el sustento para sus padres cuando estos fueran mayores era conseguir un puesto en el Gobierno para así poder recibir un cuantioso estipendio. Para ello, tenía que matricularse en una academia. Con lo poco que le quedaba de sus ahorros, el académico se compró libros de texto y se registró para examinarse del keju. Estaba muy cansado porque trabajaba en el campo todo el día y solo podía estudiar por las noches.

Rin cerró los ojos con fuerza. Se le hundieron los hombros y reprimió un bostezo.

El profesor Feyrik chasqueó los dedos delante de su cara.

—El académico tenía que encontrar la forma de mantenerse despierto, así que enganchó la punta de su trenza al techo de tal modo que, cada vez que iba a caerse hacia delante a causa del sueño, sentía un tirón en el pelo y el dolor que esto le provocaba le impedía dormirse. —El profesor le dedicó una sonrisa compasiva—. Ya casi estás, Rin. Solo un poco más. Por favor, no cometas homicidio

conyugal.

Pero Rin ya había dejado de escucharle.

—El dolor hizo que se concentrara —dijo.

—Eso no es lo que intentaba deci…

—El dolor hizo que se concentrara —repitió Rin.

El dolor podía hacer que ella se concentrara.

Así que comenzó a dejar una vela junto a sus libros, de manera que la cera caliente acababa goteando sobre su brazo si se quedaba dormida. Le lloraban los ojos a causa del dolor, se secaba las lágrimas y continuaba con sus estudios.

El día que se presentó al examen, tenía los brazos cubiertos de cicatrices de quemaduras.

Al terminar, el profesor Feyrik le preguntó cómo le había salido el examen. Rin no supo qué responder. Días más tarde, ya no era capaz de recordar aquellas horas terribles y agotadoras. Estas se habían transformado en una laguna mental. Cuando intentaba recordar qué había respondido a una pregunta en concreto, su cerebro se cerraba en banda y no le dejaba rememorarlo.

Tampoco es que quisiera rememorarlo. No quería tener que volver a pensar en ello nunca más.

Tardaban siete días en darles las notas. Cada examen de cada provincia debía ser revisado una, dos, y hasta tres veces.

Para Rin aquellos días fueron insoportables. Apenas durmió. Durante los dos últimos años, se había mantenido todo el día ocupada estudiando frenéticamente. Ahora no tenía nada que hacer. Su futuro no estaba en sus manos, y ser consciente de ello solo la hacía sentirse mucho peor.

Puso a todo el mundo de los nervios con su preocupación. Cometió errores en la tienda. Metió la pata al hacer el inventario. Le gritó a Kesegi y se peleó con los Fang mucho más de lo habitual.

En más de una ocasión, se planteó robar otro fardo de opio y fumárselo. Había oído hablar de las mujeres del pueblo que se suicidaban tragándose piedras de opio enteras. En la oscuridad de la noche, también había llegado a plantearse hacer eso.

Todo había quedado suspendido en el aire. Se sentía como si estuviera a la deriva, como si toda su existencia se hubiese visto reducida a una única puntuación.

Pensó en preparar un plan de emergencia, en tenerlo todo dispuesto para escapar del pueblo en caso de que no hubiera aprobado el examen. Pero su mente se negaba a obsesionarse con el tema. No podía concebir su vida después del keju, porque tal vez ni siquiera tuviera una.

Estaba tan desesperada que, por primera vez en su vida, rezó.

Los Fang no eran religiosos en absoluto. Acudían al templo del pueblo esporádicamente, sobre todo para vender fardos de opio detrás del altar dorado.

No eran ni de lejos los únicos carentes de devoción religiosa. En el pasado, las órdenes monásticas habían ejercido una mayor influencia en el país de la que tenían en aquel momento los jefes militares. Pero entonces, el Emperador Rojo irrumpió en el continente con su gloriosa misión de unificación, masacrando a los monjes y dejando los templos vacíos a su paso.

Las órdenes monásticas habían desaparecido, pero los dioses seguían estando presentes: numerosas deidades que representaban cada categoría existente en temas apasionantes como el amor y la guerra, hasta otras preocupaciones más mundanas como las cocinas y los hogares. En algún lugar, aquellas tradiciones continuaban vivas gracias a fieles devotos que habían tenido que esconderse, pero la mayoría de los ciudadanos de Tikany solo frecuentaban los templos por una cuestión de hábito ritualista. No había ningún verdadero creyente. O, al menos, nadie se atrevía a admitir que lo era. Para los nikaras, los dioses eran tan solo reliquias del pasado: protagonistas de mitos y leyendas, pero nada más.

Sin embargo, Rin no quería arriesgarse. Una tarde, temprano, robó algunas cosas de la tienda y llevó a los pedestales de los Cuatro Dioses una ofrenda que consistía en *dumplings* y raíz de loto rellena.

El templo estaba muy tranquilo. A mediodía, Rin era la única que estaba en el interior. Las cuatro estatuas la miraban en silencio con aquellos ojos pintados. La chica vaciló al colocarse delante de ellas. No estaba del todo segura de a cuál debía rezarle.

Por supuesto, se sabía sus nombres: el Tigre Blanco, la Tortuga Negra, el Dragón Azul y el Pájaro Bermellón. Y también sabía que cada una de ellas representaba uno de los cuatro puntos cardinales, pero que tan solo eran un pequeño subgrupo dentro del vasto panteón de deidades a las que se rendía culto en Nikan. En ese templo también se adoraba a algunos de los dioses guardianes menores, cuyos retratos aparecían en pergaminos que cubrían las paredes.

Había muchos dioses. ¿Cuál sería el dios de los resultados de los exámenes? ¿Cuál sería el dios de las tenderas solteras que querían permanecer como estaban?

Rin acabó decantándose por rezarles a todos.

—Si existís, si estáis ahí arriba, ayudadme. Mostradme una salida de esta cloaca. O, si no podéis hacer eso, provocadle un infarto al inspector de importaciones.

Echó un vistazo alrededor del templo vacío. ¿Qué tenía que hacer ahora? Siempre se había imaginado que rezar consistiría en algo más que solo hablar en voz alta. Divisó varias varillas de incienso sin usar junto al altar. Encendió el extremo de una hundiéndola en el brasero y luego la agitó en el aire a modo de prueba.

¿Tenía que mantener el humo para los dioses? ¿O debía fumarse la varilla? Se estaba llevando el extremo encendido a la nariz justo cuando el guardián del templo salió de detrás del altar.

Se quedaron mirándose el uno al otro, parpadeando.

Lentamente, Rin se apartó la varilla de incienso de la nariz.

—Hola —le dijo—. Estoy rezando.

—Vete, por favor —le contestó el guardián.

Debían publicar los resultados a mediodía en el exterior de la sala de exámenes.

Rin cerró la tienda pronto y se dirigió hacia el centro media hora antes con el profesor Feyrik. Una gran multitud se encontraba ya congregada alrededor del poste, así que ambos fueron hasta un rincón a la sombra que estaba a unos cien metros de distancia y se limitaron a esperar.

Se habían congregado tantas personas en el vestíbulo que Rin no pudo ver el momento en el que colgaron los pergaminos, pero supo que estaban allí porque, de pronto, todos empezaron a gritar y la muchedumbre comenzó a avanzar a toda prisa hacia delante, empujándola a ella y al profesor Feyrik con fuerza hacia el tumulto.

A Rin le latía el corazón a tal velocidad que apenas podía respirar. No veía nada más que las espaldas de la gente que tenía delante. Creyó que iba a vomitar.

Cuando por fin llegaron al frente, tardó bastante tiempo en encontrar su nombre. Examinó el pergamino desde abajo, casi sin atreverse a respirar. Estaba segura de que no podía haber sacado tan buena nota como para encontrarse entre los diez mejores.

No veía escrito Fang Runin por ninguna parte.

Solo cuando miró hacia el profesor Feyrik y vio que este estaba llorando, se dio cuenta de lo que había sucedido.

Su nombre se encontraba en lo más alto del pergamino. No es que estuviera entre los diez primeros. Había quedado por encima de todo el pueblo. De toda la provincia.

Había chantajeado a un profesor. Había robado opio. Se había quemado a sí misma, había mentido a sus padres de acogida, había desatendido sus responsabilidades en la tienda y estaba a punto de romper un acuerdo matrimonial.

Y, además, iba a acudir a Sinegard.

2

La última vez que Tikany envió a un estudiante a Sinegard, el magistrado del pueblo organizó un festival que duró tres días. Los sirvientes fueron ofreciendo cestas de pasteles de judías rojas y jarras de vino de arroz por las calles. El estudiante, que era el sobrino del magistrado, partió hacia la capital entre los vítores de los campesinos ebrios.

Este año, la nobleza de Tikany se sentía bastante avergonzada de que una tendera huérfana se hubiera hecho con la única plaza en Sinegard. Llegaron a enviar al centro examinador varias peticiones anónimas para que se investigase el asunto. Cuando Rin se presentó en el ayuntamiento para matricularse, la retuvieron durante una hora mientras los supervisores intentaban hacer que confesase que había copiado.

—Tienen razón —respondió ella—. El administrador del examen me dio las respuestas. Lo seduje con mi cuerpo joven y atractivo. Me han pillado.

Los supervisores no creían que una chica sin una educación formal hubiera podido aprobar el keju.

Rin les enseñó las marcas de quemaduras.

—No tengo nada que decirles —continuó— porque no hice trampas. Y no tienen ninguna prueba de que las hiciera. Estudié para este examen. Me autolesioné. Estuve leyendo hasta que me ardieron los ojos. No pueden intimidarme para que confiese nada porque estoy diciendo la verdad.

—Piensa en las consecuencias —soltó la supervisora—. ¿Entiendes lo serio que es esto? Podemos invalidar la puntuación y meterte en la cárcel por lo que has hecho. Morirás antes de haber acabado de pagar las multas que se te impongan. Pero, si confiesas ahora, podemos hacer que todo esto desaparezca.

—No, piensen ustedes en las consecuencias —respondió Rin con brusquedad—. Si deciden invalidar mi puntuación, eso significará que una simple tendera ha sido lo bastante lista como para sortear sus

famosos protocolos antitrampas. Y eso significará que son pésimos haciendo su trabajo. Me apuesto lo que sea a que el magistrado estará encantado de echarles a ustedes la culpa de cualquier presunta trampa que yo haya podido hacer en el examen.

Una semana después, Rin fue exonerada de todos los cargos. El magistrado anunció de manera oficial que las puntuaciones habían sido un «error». No tachó a Rin de tramposa, pero tampoco reconoció su resultado. Los supervisores le pidieron a la joven que mantuviera su marcha en secreto, amenazándola torpemente con retenerla en Tikany si no lo hacía.

Rin sabía que era un farol. Ser aceptada en la academia de Sinegard era equivalente a una citación imperial, y cualquier tipo de obstrucción, incluso por parte de las autoridades provinciales, se consideraba una traición. Por ese motivo, los Fang tampoco habían podido evitar que se fuese, por mucho que quisieran obligarla a casarse.

No necesitaba el reconocimiento por parte de Tikany, su magistrado o su nobleza. Iba a marcharse, tenía una salida, y eso era lo único que importaba.

Se rellenaron los formularios y se enviaron las cartas. Rin estuvo inscrita en Sinegard el primer día del siguiente mes.

La despedida de los Fang fue comprensiblemente comedida. Ninguno tuvo ganas de fingir que se sentía especialmente triste de deshacerse del otro.

Tan solo el hermano de acogida de Rin, Kesegi, mostró una verdadera decepción.

—No te vayas —gimoteó, agarrándose a la capa de viaje de Rin.

La joven se agachó y estrechó con fuerza a Kesegi.

—Habría acabado dejándote de todas formas —le dijo—. Si no hubiera sido para ir a Sinegard, habría sido para mudarme a casa de mi marido.

Kesegi no la soltaba. Balbuceaba de un modo patético.

—No me dejes con ella.

A Rin se le encogió el estómago.

—Estarás bien —le murmuró al oído—. Eres un chico. Y eres su hijo.

—Pero no es justo.

—Así es la vida, Kesegi.

El niño comenzó a gimotear, pero Rin se separó de su férreo abrazo y se puso en pie. Él intentó agarrarse a su cintura, pero ella lo alejó con más ímpetu del que pretendía. Kesegi trastabilló hacia atrás, sorprendido, y luego abrió la boca para berrear con fuerza.

Rin se apartó de su rostro anegado de lágrimas y fingió estar ocupada ajustando las correas de su bolsa de viaje.

—Ah, cállate ya. —La tía Fang agarró a Kesegi de la oreja y se la pellizcó con fuerza hasta que dejó de llorar. Luego miró con frialdad a Rin, que permanecía de pie en el umbral de la puerta con su sencillo atuendo de viaje. Era finales de verano y llevaba una ligera túnica de algodón y unas sandalias que había tenido que remendar ya dos veces. Tan solo cargaba con otro atuendo, que se encontraba guardado en el zurrón zurcido que llevaba colgado al hombro. En él, Rin también había metido el tomo de Mencio, un par de pinceles de tinta (regalo del profesor Feyrik) y algo de dinero suelto. Ese zurrón llevaba todo lo que Rin tenía en el mundo.

La tía Fang alzó la comisura de la boca.

—Sinegard acabará contigo.

—Me arriesgaré —dijo Rin.

Fue un gran alivio que la oficina del magistrado le proporcionara dos taeles para cubrir la tarifa del transporte. Debido a la citación imperial que había recibido Rin, el magistrado se había visto obligado a hacerse cargo del coste de su viaje. Con un tael y medio, ella y el profesor Feyrik se las apañaron para conseguir dos asientos en el carromato de una caravana que viajaba desde el norte hasta la capital.

—En la época del Emperador Rojo, una novia sin acompañante podía viajar cargada con su dote desde el extremo sur de la Provincia del Gallo hasta las cumbres más septentrionales de las montañas Wudang. —El profesor Feyrik no podía evitar contar historias mientras subían al carromato—. Hoy en día, un soldado no lograría recorrer ni tres kilómetros en solitario.

Los guardias del Emperador Rojo llevaban mucho tiempo sin patrullar por las montañas de Nikan. Viajar solo por los vastos caminos del Imperio era un método infalible para acabar siendo asaltado, asesinado o devorado. A veces las tres cosas…, y no tenía por qué ser en ese orden.

—La tarifa del viaje sirve para algo más que para asegurarte un asiento en el carromato —dijo el propietario de la caravana mientras recolectaba el pago—. Estás pagando por tener guardaespaldas. Nuestros hombres son los mejores en lo suyo. Si nos encontramos con los Ópera, los espantaremos de inmediato.

La Ópera de la Chatarra Roja era una secta religiosa formada por bandidos y forajidos, conocidos por sus atentados contra la vida de la emperatriz tras la Segunda Guerra de la Amapola. A aquellas alturas, ya habían pasado a convertirse en un mito, pero seguían muy vivos en la imaginación de los nikaras.

—¿Los Ópera? —El profesor Feyrik se rascó la barba de forma distraída—. Llevo años sin escuchar ese nombre. ¿Siguen en activo?

—Durante la última década se han mantenido en la sombra, pero he oído rumores de que los han visto en la cordillera de Kukhonin. Aunque, si la suerte nos acompaña, no veremos ni rastro de ellos. —El líder de la caravana se dio un golpecito en el cinturón—. Iré a cargar vuestras cosas. Quiero ponerme en marcha antes de que haga más calor.

Pasaron tres semanas recorriendo los caminos con la caravana, arrastrándose hacia el norte a un ritmo que a Rin le pareció exasperantemente lento. El profesor Feyrik se pasó el viaje obsequiándola con historias de sus aventuras en Sinegard de hacía décadas, pero sus deslumbrantes descripciones de la ciudad solo hicieron que ella se impacientase aún más.

—La capital se encuentra en la base de la cordillera de Wudang. Tanto el palacio como la academia fueron construidos en la ladera de la montaña, pero el resto de la ciudad se asienta en el valle inferior. A veces, en los días de niebla, si te asomas al borde, te parecerá que estás en una posición más elevada que las propias nubes. Tan solo el mercado de la capital es más grande que todo Tikany. Podrías perderte en ese mercado… Verás a músicos tocando flautas de calabaza, a vendedores ambulantes que pueden freír masa para tortitas con la forma de tu nombre, a maestros calígrafos que pueden pintar abanicos delante de ti por tan solo dos monedas de cobre.

»Ahora que lo digo, tendríamos que cambiar estas monedas en algún momento. —El profesor Feyrik se dio una palmadita en el bolsillo en el que guardaba lo que les quedaba del dinero para el viaje.

—¿No aceptan taeles y monedas de cobre en el norte? —preguntó Rin.

El profesor rio entre dientes.

—Nunca has salido de Tikany, ¿verdad? Probablemente haya veinte tipos de monedas circulando por este imperio: caparazones de tortuga, caparazones de cauri, oro, plata, lingotes de cobre… Cada provincia tiene su propia moneda porque no se fían de dejar el suministro monetario en manos de la burocracia imperial. Las grandes provincias tienen hasta dos o tres monedas. Lo único que todo el mundo acepta son las monedas de plata estándar sinegardianas.

—¿Cuántas podemos conseguir con esto? —preguntó Rin.

—No muchas —le respondió el profesor—. Pero los tipos de cambio serán cada vez peores según nos vayamos acercando a la ciudad. Será mejor que las cambiemos antes de salir de la Provincia del Gallo.

Feyrik también contaba con miles de advertencias sobre la capital.

—Lleva siempre el dinero en tu bolsillo delantero. Los ladrones de Sinegard son atrevidos y están desesperados. Una vez pillé a un niño con la mano metida en mi bolsillo. Forcejeó para llevarse mi dinero, incluso después de que lo hubiera sorprendido con las manos en la masa. Todo el mundo intentará venderte algo. Cuando te encuentres con un vendedor, mantén la vista al frente y finge no haberle escuchado. De lo contrario, te perseguirá durante todo el camino. Les pagan para molestarte. Mantente alejada del licor barato. Si un hombre te ofrece vino de sorgo por menos de un lingote la jarra, es que no es alcohol de verdad.

Rin estaba horrorizada.

—¿Cómo se puede hacer pasar algo por alcohol cuando no lo es?

—Mezclando el vino de sorgo con metanol.

—¿Metanol?

—Alcohol sacado de la madera. Es venenoso. En grandes dosis, puede dejarte ciega. —El profesor se rascó la barba—. Y ya que estás, tampoco te acerques a los vendedores ambulantes de salsa de soja. En algunos lugares emplean cabello humano para simular los ácidos que contiene la salsa de soja a un precio más bajo. He oído que también se puede encontrar pelo en el pan y en la masa de los tallarines. Mmm… De hecho, sería mejor que te mantuvieras alejada de cualquier comida que te ofrezcan en la calle. Te venden tortitas de desayuno por dos monedas de cobre cada una, pero las fríen con aceite de alcantarilla.

—¿Aceite de alcantarilla?

—Aceite que recogen de la calle. Los grandes restaurantes tiran el aceite con el que cocinan a las alcantarillas. Los vendedores ambulantes de comida lo recogen y lo reutilizan.

A Rin se le revolvió el estómago.

El profesor Feyrik alargó un brazo y le dio un tirón a una de sus apretadas trenzas.

—Tendrás que encontrar a alguien que te las corte antes de llegar a la academia.

La chica se tocó el cabello de un modo protector.

—¿Las sinegardianas no se dejan el pelo largo?

—Las mujeres en Sinegard son tan vanidosas con su pelo que se lo embadurnan con huevos crudos para mantenerlo brillante. Esto no es cuestión de estética. No querrás que alguien te tire del pelo en un callejón. Nadie sabrá nada de ti hasta que aparezcas en un burdel meses más tarde.

Rin se miró con tristeza las trenzas. Tenía la piel demasiado oscura y era demasiado escuálida como para ser considerada una gran

belleza, pero siempre había tenido la sensación de que su cabello largo y abundante era una de sus mejores cualidades.

—¿De verdad tengo que hacerlo?

—De todas formas, seguramente te obliguen a cortártelo cuando estés en la academia —le respondió el profesor—. Y te cobrarán por ello. Los barberos sinegardianos no son baratos. —Se frotó la barba mientras pensaba en más advertencias—. Cuidado con las monedas falsas. Puedes saber que una moneda de plata no está hecha con plata imperial si al lanzarla cae por la cara del Emperador Rojo diez veces seguidas. Si ves a alguien tirado en el suelo sin ninguna herida aparente, no le ayudes. Te acusarán de haberle empujado, te llevarán a juicio y te demandarán para quedarse con todo lo que poseas. Y mantente alejada de las casas de apuestas. —El tono del hombre pasó a ser amargo—. Esa gente no se anda con tonterías.

Rin comenzaba a entender por qué Feyrik había abandonado Sinegard.

Pero nada de lo que él decía lograba mitigar su entusiasmo. En todo caso, hacía que estuviera más impaciente por llegar. En la capital no la considerarían una extranjera. No subsistiría a base de comida callejera ni viviría en un barrio marginal. No tendría que pelearse por unas migajas ni contar las monedas que le quedaban para poder comer. Ya se había asegurado un puesto. Era una estudiante de la academia más prestigiosa de todo el Imperio. Sin duda, aquello la mantendría aislada de los peligros de la ciudad.

Esa misma noche, se cortó las trenzas ella misma con un cuchillo oxidado que le pidió prestado a uno de los guardias de la caravana. Se acercó la hoja a las orejas tanto como se atrevió, y luego la movió hacia delante y hacia atrás hasta que el cabello cedió y se desprendió. Tardó más de lo que había esperado. Cuando hubo terminado, se pasó un minuto contemplando los dos gruesos mechones que le habían caído sobre el regazo.

Antes de hacer aquello, había pensado en conservarlos, pero ahora no les encontraba ningún valor sentimental. Eran tan solo matas de pelo muerto. Tampoco es que pudiera venderlo por mucho dinero en el norte. El cabello sinegardiano se caracterizaba por ser fino y sedoso, y nadie iba a querer unos mechones gruesos de una campesina de Tikany. Así que, en lugar de eso, los arrojó por un lateral del carromato y observó cómo iban quedándose atrás en el polvoriento camino.

Su grupo llegó a la capital justo cuando Rin comenzaba a volverse loca de aburrimiento.

Divisó la famosa puerta este de Sinegard a kilómetros de distancia:

una imponente muralla gris coronada por una pagoda de tres pisos, con una dedicatoria al Emperador Rojo inscrita en ella: Fuerza eterna, armonía eterna.

Aquello le resultó irónico, teniendo en cuenta que se trataba de un país que había estado en guerra mucho más tiempo del que había mantenido la paz.

Justo cuando se aproximaban a las puertas arqueadas de la parte baja, su caravana se detuvo abruptamente.

Rin esperó. No sucedió nada.

Pasados veinte minutos, el profesor Feyrik sacó la cabeza del carromato y llamó al guía de la caravana.

—¿Qué sucede?

—Hay un contingente de la Federación ahí delante —anunció el guía—. Han venido por alguna disputa que se ha producido en la frontera. Están revisándoles las armas en la puerta. Tardarán un par de minutos más.

Rin se enderezó en su asiento.

—¿Esos son soldados de la Federación?

Nunca antes había visto soldados mugeneses en persona. Al final de la Segunda Guerra de la Amapola, quienes poseían la nacionalidad mugenesa habían sido expulsados de las zonas en las que habitaban y, o bien habían sido enviados de vuelta a su país, o bien habían sido trasladados a determinadas sedes diplomáticas y comerciales en el continente. Los que habían nacido en Nikan después de la ocupación se habían convertido en espectros de la historia moderna, siempre moviéndose entre fronteras, una amenaza constante cuyo rostro era desconocido.

El profesor Feyrik alargó la mano y agarró a Rin por la muñeca antes de que esta bajara del carromato.

—Vuelve aquí.

—Pero ¡quiero verlos!

—No, no quieres. —La sujetó por los hombros—. Nunca querrás encontrarte con soldados de la Federación. Si los cabreas, si por lo que sea les parece que los has mirado raro, pueden hacerte daño. Y lo harán. Aún cuentan con inmunidad diplomática. Les importa todo una mierda. ¿Lo entiendes?

—La guerra la ganamos nosotros —resopló Rin—. La ocupación se ha terminado.

—Ganamos la guerra por los pelos. —Feyrik la obligó a volver a sentarse—. Y por eso, lo único que les importa a tus profesores de Sinegard es ganar la siguiente.

Alguien gritó una orden desde la parte delantera de la caravana.

Rin sintió una sacudida. Entonces reanudaron la marcha. La joven se asomó por el lateral de su carromato e intentó vislumbrar lo que había delante, pero lo único que divisó fue un uniforme azul que desaparecía al otro lado de las enormes puertas.

Y luego, al fin, ellos también las atravesaron.

El mercado del centro de la ciudad era un asalto a los sentidos. Rin nunca había visto tanta gente ni tantas cosas en un mismo lugar al mismo tiempo. No tardó en sentirse abrumada por el clamor ensordecedor de los compradores que les regateaban los precios a los vendedores, por los colores vivos de las floridas madejas de seda expuestas sobre grandes mostradores y por el empalagoso y penetrante olor a durión y a pimienta en grano que emanaba de las parrillas portátiles de los puestos ambulantes.

—Las mujeres aquí son muy blancas. —Estaba maravillada—. Como las chicas que pintan en los murales.

Los tonos de piel que había contemplado desde la caravana habían ido variando de color según habían ido avanzando hacia el norte. Era consciente de que los habitantes de las provincias del norte eran empresarios y comerciantes. Eran ciudadanos de clase alta y con recursos. No trabajaban la tierra como los granjeros de Tikany. Pero lo que Rin no esperaba era que las diferencias fuesen tan notables.

—Son tan pálidas como un cadáver —declaró el profesor Feyrik con desdén—. Le tienen pavor al sol —masculló irritado cuando un par de mujeres con parasoles pasaron junto a él y le golpearon sin querer en la cara.

Rin no tardó en descubrir que Sinegard tenía la peculiar habilidad de hacer que los recién llegados se sintieran lo menos bienvenidos posible.

El profesor había estado en lo cierto. Todos en Sinegard querían dinero. Los vendedores les gritaban con insistencia desde todas direcciones. Antes de que Rin hubiera siquiera bajado del carromato, un mozo se acercó corriendo hasta ellos y se ofreció a cargar con su equipaje, que consistía en dos bolsas de viaje ridículamente ligeras. Todo por el módico precio de ocho monedas de plata imperiales.

Rin se negó. Esa cantidad era casi una cuarta parte de lo que habían pagado por una plaza en la caravana.

—Ya cargo yo con la mía —tartamudeó, arrebatándole de un tirón la bolsa de viaje al mozo—. De verdad, no hace falta… ¡Que la sueltes!

Huyeron de aquel mozo solo para acabar siendo asaltados por una multitud de personas, cada una de las cuales les ofrecía un servicio distinto.

—¿*Rickshaw*? ¿Necesitáis un viaje en *rickshaw*?

—Pequeña, ¿te has perdido?

—No, solo estamos intentando encontrar la escuela…

—Yo te llevaré hasta allí por una tarifa muy baja. Cinco lingotes, solo cinco lingotes…

—Largo —espetó el profesor Feyrik—. No necesitamos vuestros servicios.

Los buhoneros volvieron a escabullirse hacia el mercado.

Incluso la lengua que se hablaba en la capital hacía que Rin se sintiese incómoda. El nikara sinegardiano era un dialecto chirriante, enérgico y brusco, sin importar lo que se dijera. El profesor tuvo que pedir indicaciones para llegar al campus a tres desconocidos distintos hasta que uno de ellos le dio una respuesta que pudo entender.

—¿No había vivido usted aquí antes? —le preguntó Rin.

—No desde la ocupación —masculló Feyrik—. Es fácil olvidarse del idioma cuando nunca lo hablas.

Rin suponía que tenía razón. A ella misma le parecía que aquel dialecto era prácticamente indescifrable. Daba la sensación de que cada palabra tenía que acortarse para luego añadirle una erre brusca al final. En Tikany, se hablaba de manera lenta y ondulante. En el sur, casi no pronunciaban las vocales, deslizaban las palabras sobre la lengua como si fueran sopa de arroz dulce. En Sinegard, parecía que nadie tuviera tiempo de terminar de hablar.

A la hora de seguir indicaciones, la ciudad parecía igual de incomprensible que su dialecto. Sinegard era la ciudad más antigua del país, y su arquitectura era una clara muestra de los múltiples cambios de poder que habían tenido lugar en Nikan a lo largo de los siglos. Los edificios, o bien eran nuevas construcciones, o bien estaban cayendo en decadencia, con emblemas de regímenes que habían abandonado el poder hacía mucho. En los distritos orientales se encontraban las torres en espiral de los antiguos invasores de las regiones interiores del norte. Hacia el oeste, se hallaban unos recintos en forma de bloque encajados estrechamente unos junto a otros, un remanente de la ocupación de la Federación durante las Guerras de la Amapola. Era el retablo de un país con muchos gobernantes, representado en una única ciudad.

—¿Sabe adonde nos dirigimos? —preguntó Rin tras pasar varios minutos caminando cuesta arriba.

—Tengo una ligera idea. —El profesor Feyrik estaba sudando a mares—. Esto se ha vuelto un laberinto desde la última vez que estuve aquí. ¿Cuánto dinero nos queda?

Rin rebuscó en su monedero y contó lo que le quedaba.

—Una ristra y media de monedas de plata.

—Eso debería ser más que suficiente para pagar lo que necesitamos. —El profesor se secó el ceño con su capa—. ¿Por qué no nos damos el lujo de que nos lleven hasta allí?

Se asomó a la calle polvorienta y levantó un brazo. Casi de inmediato, un *rickshaw* cruzó la carretera y se detuvo con brusquedad delante de ellos.

—¿Adónde? —jadeó el conductor.

—A la academia —respondió el profesor Feyrik. Lanzó sus bolsas a la parte de atrás y se subió al asiento. Rin se agarró a los laterales, y estaba a punto de subir a bordo cuando escuchó un grito agudo a su espalda. Se dio la vuelta, sobresaltada.

Un niño se encontraba tirado en el centro de la carretera. Varios pasos por delante de él, un carruaje tirado por un caballo se había desviado de su rumbo.

—¡Acaba de atropellar a ese crío! —gritó Rin—. ¡Eh, deténgase!

El conductor tiró de las riendas del caballo. El carruaje se paró en seco con un chirrido. El pasajero asomó la cabeza por fuera del carruaje y atisbo al niño agitándose débilmente en la calle.

El niño se puso en pie. Milagrosamente, seguía vivo. La sangre le resbalaba en pequeños riachuelos desde la parte alta de la frente. Se llevó dos dedos a la cabeza y miró hacia abajo, aturdido.

El pasajero se inclinó hacia delante y le dio al conductor una dura orden que Rin no entendió.

El carro dio la vuelta despacio. Por un absurdo momento, Rin creyó que el conductor iba a ofrecerse a llevar al niño a alguna parte. Pero entonces, escuchó el restallido de un látigo.

El niño se tambaleó e intentó echar a correr.

Rin chilló por encima del ruido de unos cascos repiqueteando.

El profesor Feyrik se acercó al conductor del *rickshaw*, que estaba boquiabierto, y le dio un golpecito en el hombro.

—Arranque. ¡Arranque!

El conductor aceleró, arrastrándolos cada vez más rápido por las calles llenas de baches hasta que los alaridos de los transeúntes fueron desapareciendo a sus espaldas.

—El conductor del carruaje ha sido listo —comentó el profesor Feyrik mientras se bamboleaban por el camino pedregoso—. Si dejas lisiado a un niño, tienes que pagarle una compensación por su discapacidad durante el resto de su vida. Pero, si lo matas, solo tienes que pagar los gastos funerarios una única vez. Y solo si te pillan. Si atropellas a alguien, es mejor que te asegures de que ha muerto.

Rin se aferró al lateral del vehículo e intentó no vomitar.

La ciudad de Sinegard era asfixiante, desconcertante y aterradora.

Pero la academia de Sinegard era de una belleza indescriptible.

El conductor del *rickshaw* los dejó en la base de las montañas, en la linde de la ciudad. Rin permitió que el profesor Feyrik se encargara del equipaje y corrió hacia las puertas de la escuela, con la respiración entrecortada.

Llevaba semanas imaginándose cómo sería subir por los escalones hacia la academia. El país entero sabía qué aspecto tenía Sinegard. La imagen de la escuela se encontraba pintada sobre pergaminos colgados en paredes a lo largo de todo Nikan.

Sin embargo, aquellos pergaminos no llegaban a capturar por completo la realidad del campus. Un sinuoso camino de piedra se curvaba alrededor de la montaña, ascendiendo en forma de espiral hacia un conjunto de pagodas construidas en niveles cada vez más elevados. En el más alto de todos había un santuario, en cuya torre se hallaba posado un dragón de piedra, el símbolo del Emperador Rojo. Junto a aquel edificio, una cascada resplandeciente caía como una cortina de seda.

La academia parecía un palacio construido para los dioses. Era un prodigio como sacado de las leyendas. Ese iba a ser su hogar durante los próximos cinco años.

Se había quedado sin palabras.

Un estudiante mayor, que se presentó con el nombre de Tobi, les hizo una visita guiada por el recinto al profesor Feyrik y a ella. Tobi era alto, estaba calvo e iba vestido con una túnica negra y un brazalete rojo. Exhibía una manifiesta mueca de aburrimiento que daba a entender que habría preferido estar haciendo cualquier otra cosa.

Se les unió una mujer esbelta y atractiva que, al principio, confundió al profesor Feyrik con un celador. Después, le pidió disculpas sin sentirse avergonzada lo más mínimo. Su hijo era un chico con unas bonitas facciones que habría sido guapo si no hubiera tenido esa expresión resentida plasmada en el rostro.

—La academia fue construida sobre los terrenos de un antiguo monasterio. —Tobi les indicó que le siguieran por los escalones de piedra hasta el primer nivel—. Los templos y los lugares de culto fueron transformados en aulas cuando el Emperador Rojo unificó las tribus de Nikan. A los estudiantes de primer curso se les asigna la tarea de barrer, así que no tardaréis en familiarizaros con los terrenos. Vamos, intentad seguir el ritmo.

Ni siquiera la falta de entusiasmo de Tobi lograba desmerecer la belleza de la academia, pese a que el joven lo intentaba con todas sus

fuerzas. Recorría los escalones de piedra de forma rápida y práctica, sin molestarse en comprobar si sus invitados podían seguirle el paso. Rin se quedó rezagada para ayudar al jadeante profesor Feyrik en su ascenso por las escaleras peligrosamente estrechas.

La academia contaba con siete niveles. Cada curvatura que adoptaba el camino de piedra hacía visible un nuevo conjunto de edificios y terrenos de entrenamiento, integrados en un frondoso follaje que claramente llevaba cultivándose con esmero desde hacía siglos. Un arroyo caudaloso atravesaba la ladera de la montaña, dividiendo el campus en dos partes muy diferenciadas.

—La biblioteca se encuentra por allí. El comedor por allá. Los nuevos estudiantes se alojan en el nivel más bajo. Arriba están las dependencias de los maestros. —Tobi señalaba con rapidez a varios edificios de piedra muy parecidos entre sí.

—¿Y eso qué es? —preguntó Rin, señalando hacia un edificio de aspecto importante cerca del arroyo.

Tobi elevó la comisura del labio.

—Esa es la letrina, chica.

El atractivo joven soltó una risita. Con las mejillas ruborizadas, Rin fingió estar muy embelesada con las vistas desde la terraza.

—¿De dónde eres? —le preguntó Tobi en un tono poco amistoso.

—De la Provincia del Gallo —murmuró ella.

—Ah, del sur. —Por su tono, parecía que a Tobi le cuadrara todo en ese momento—. Supongo que los edificios de varias plantas son un concepto nuevo para ti, pero intenta no sentirte demasiado abrumada.

Después de revisar y rellenar los documentos de matriculación de Rin, el profesor Feyrik no tenía ningún motivo para quedarse. Se despidieron al otro lado de las puertas de la escuela.

—Sería comprensible que estuvieses asustada —le dijo el profesor.

Rin tragó saliva para deshacerse del gigantesco nudo que se le había formado en la garganta y apretó los dientes. Le zumbaba la cabeza. Sabía que, si no se contenía, un torrente de lágrimas se abriría paso a través de sus ojos.

—No estoy asustada —insistió.

El profesor le sonrió con dulzura.

—Pues claro que no.

Ella contrajo el rostro y corrió a abrazarlo. Enterró la cara en la túnica de Feyrik para que nadie pudiera verla llorar. El hombre le dio una palmadita en el hombro.

Rin había cruzado todo el país para llegar a un lugar con el que llevaba años soñando, solo para acabar descubriendo una ciudad hostil y desconcertante que detestaba a los sureños. No tenía un hogar,

ni en Tikany ni en Sinegard. Dondequiera que viajara, a cualquier parte a la que huyera, seguiría siendo una huérfana de guerra que no debía estar allí.

Se sentía terriblemente sola.

—No quiero que se vaya —le dijo al profesor.

La sonrisa de Feyrik se desvaneció.

—Ay, Rin.

—Odio este lugar —soltó ella de repente—. Odio esta ciudad. El modo en el que hablan, a ese estúpido aprendiz… Es como si pensaran que no debo estar aquí.

—Pues claro que piensan eso —respondió el profesor—. Eres una huérfana de guerra. Eres del sur. No deberías ni haber aprobado el keju. A los señores de la guerra les gusta alardear de que ese examen hace de Nikan una meritocracia, pero el sistema está diseñado para mantener a los pobres y los analfabetos en su sitio. Tu mera presencia aquí les ofende.

Feyrik la agarró por los hombros y se agachó ligeramente para que estuvieran cara a cara.

—Rin, escucha. Sinegard es una ciudad cruel. La academia será mucho peor. Estudiarás junto a los hijos de jefes militares. Jóvenes a los que han instruido en artes marciales desde antes de que supieran caminar siquiera. Te harán sentirte una forastera por no ser como ellos. Pero no pasa nada. No dejes que eso te desanime. Da igual lo que digan, te mereces estar aquí. ¿Lo entiendes?

Rin asintió.

—Tu primer día de clase será como un puñetazo en las tripas —prosiguió el profesor Feyrik—. Seguramente el segundo día sea incluso peor. Las clases te parecerán mucho más duras de lo que fue estudiar para el keju. Pero si alguien puede sobrevivir a este lugar, esa eres tú. No olvides lo que has hecho para llegar hasta aquí.

El profesor se enderezó.

—Y jamás vuelvas al sur. Estás por encima de eso.

A medida que el profesor Feyrik desaparecía camino abajo, Rin se pellizcaba el puente de la nariz, dispuesta a que aquella calidez que sentía detrás de los ojos desapareciera. No podía dejar que sus compañeros de clase la vieran llorar.

Estaba sola, sin un solo amigo, en una ciudad cuyo idioma apenas hablaba y en una escuela a la que ahora no sabía si quería acudir.

«Te conduce por el pasillo. Es viejo y gordo, y huele a sudor. Te mira y se humedece los labios…».

Se estremeció. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos.

Sinegard era un lugar aterrador y desconocido. Pero eso no

importaba. No tenía ningún otro sitio al que ir.

Cuadró los hombros y se encaminó de nuevo hacia las puertas de la escuela.

Aquello era mejor. Sin importar lo que pasara, aquello era mil veces mejor que Tikany.

—Y luego preguntó si la letrina era un aula —dijo una voz casi al final de la fila para matricularse—. Deberíais haber visto lo que llevaba puesto.

Rin sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Era el chico de la visita guiada.

Se giró hacia él.

Era muy guapo, increíblemente guapo, con unos ojos grandes y rasgados y una boca esculpida que era bonita hasta cuando la torcía en una mueca. Tenía la piel tan blanca como la porcelana, de un tono por el que cualquier mujer sinegardiana hubiese matado, y llevaba el cabello sedoso casi tan largo como lo había tenido Rin.

La pilló mirándole y le sonrió con sorna mientras seguía hablando en voz alta como si no la hubiera visto.

—Y me apuesto lo que sea a que su profesor es uno de esos fracasados decrépitos que no pueden conseguir un trabajo en la ciudad, así que se pasan la vida intentando ganarse el pan a costa de los magistrados locales. Cuando estábamos subiendo la montaña, creía que iba a palmarla. No paraba de resollar.

Rin había sufrido abuso verbal por parte de los Fang durante años. Escuchar los insultos de ese chico apenas le afectaba. Pero calumniar al profesor Feyrik, al hombre que la había llevado hasta allí desde Tikany, que la había salvado de un futuro miserable en un matrimonio forzado… Eso era imperdonable.

Avanzó dos pasos hacia el chico y le pegó un puñetazo en la cara.

Le dio con el puño en el ojo, lo que produjo un satisfactorio chasquido. El chico trastabilló hacia atrás, cayó contra los estudiantes que tenía a su espalda y estuvo a punto de acabar en el suelo.

—¡Serás zorra! —chilló. Se enderezó y se lanzó a por Rin.

Ella se encogió, con los puños en alto.

—¡Se acabó! —Un aprendiz con una túnica negra se interpuso entre ambos, con los brazos extendidos para separarlos. Cuando el chico siguió forcejeando para avanzar hacia Rin, el aprendiz lo agarró de la muñeca con el brazo que tenía extendido y se la retorció hasta colocársela detrás de la espalda.

El chico se tropezó. Estaba inmovilizado.

—¿Es que no conocéis las reglas? —La voz del aprendiz era baja, tranquila y comedida—. Nada de peleas.

El chico no dijo nada, pero tenía la boca torcida en una mueca huraña. Rin contuvo las repentinas ganas que le entraron de llorar.

—¿Nombres? —exigió saber el aprendiz.

—Fang Runin —respondió ella enseguida, atemorizada. ¿Se había metido en un lío? ¿Iban a expulsarla?

El chico luchó en vano contra el agarre del aprendiz.

Este último lo sujetó aún con más fuerza.

—¿Nombre? —volvió a preguntarle.

—Yin Nezha —espetó el joven.

—¿Yin? —El aprendiz lo soltó—. ¿Y qué hace el heredero mimado de la dinastía Yin peleándose en un pasillo?

—¡Me ha pegado un puñetazo en la cara! —gritó Nezha. Un feo moratón comenzaba a formarse alrededor de su ojo izquierdo, una vívida mancha de color púrpura contra su piel de porcelana.

El aprendiz arqueó una ceja en dirección a Rin.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—Ha insultado a mi profesor —respondió ella.

—Ah. Bueno, entonces, vale. —El aprendiz parecía estarse divirtiendo—. ¿Es que no te han enseñado a no insultar a los profesores? Eso es algo tabú.

—Te mataré —le gruñó Nezha a Rin—. Voy a matarte, joder.

—Ah, cállate ya. —El aprendiz fingió bostezar—. Estáis en una academia militar. Ya tendréis bastantes oportunidades de mataros el uno al otro a lo largo del curso. Pero esperad hasta después de la orientación, ¿de acuerdo?

3

Rin y Nezha fueron los últimos en entrar al salón principal, que era un templo reconvertido situado en el tercer nivel de la montaña. Aunque la estancia no era particularmente grande, su interior sobrio y poco iluminado lograba crear la ilusión de que se trataba de un gran espacio, y hacía que aquellos que se encontraban en su interior se sintiesen más pequeños de lo que eran en realidad. Rin se imaginó que ese era el efecto que pretendían causar cuando alguien se hallaba en presencia tanto de los dioses como de los profesores.

La clase de los estudiantes de primer año, formada por no más de cincuenta alumnos en total, estaba arrodillada en filas de diez. Tenían las manos entrelazadas sobre los regazos, y parpadeaban y miraban en torno a sí sumidos en un silencio plagado de ansiedad. Los aprendices se encontraban sentados en hileras a su alrededor, y no paraban de hablar como si nada entre ellos. Sus risas parecían más altas de lo normal, como si estuvieran intentando hacer que los de primero se sintieran incómodos a propósito.

Unos segundos después de que Rin se sentara, las puertas principales se abrieron de par en par y cruzó la estancia una mujer menuda, mucho más baja que el alumno más bajito de entre los novatos. Caminaba como una soldado: perfectamente erguida, con un andar preciso y decidido.

Cinco hombres y una mujer, todos vestidos con túnicas marrón oscuro, la siguieron al interior. Formaron una fila detrás de ella al frente de la sala y permanecieron con las manos metidas en el interior de sus mangas. Los aprendices guardaron silencio y se pusieron en pie, con las manos unidas a la espalda y las cabezas inclinadas hacia delante en una leve reverencia. Rin y los otros alumnos de primero tomaron ejemplo y se apresuraron a levantarse.

La mujer los contempló durante un momento y luego les indicó con un gesto que se sentasen.

—Bienvenidos a Sinegard. Soy Jima Lain, gran maestre de esta escuela, comandante de las fuerzas de reserva sinegardianas y

excomandante de la Milicia imperial de Nikan. —Su voz atravesó la sala como si fuese una cuchilla, certera y fría.

Jima señaló hacia las seis personas colocadas detrás de ella.

—Estos son los maestros de Sinegard. Serán vuestros instructores durante vuestro primer año y quienes decidan si os aceptarán como sus aprendices después de las pruebas de final de curso.

Los maestros eran un grupo solemne, cada cual más imponente. Ninguno de ellos sonreía. Cada uno llevaba un cinturón de un color distinto: rojo, azul, violeta, verde y naranja.

Excepto uno. El hombre que estaba a la izquierda de Jima no llevaba ningún cinturón. Su túnica también era diferente: no contaba con ribetes bordados ni con la insignia del Emperador Rojo sobre la parte derecha del pecho. Parecía que se hubiera vestido como si se le hubiese olvidado que ese día debía asistir a la orientación y se hubiese puesto una capa marrón informe en el último momento.

Su cabello era de un blanco tan puro como la barba del profesor Feyrik, pero ni por asomo era tan mayor como este. Curiosamente, su rostro carecía de arrugas, pero no era juvenil. Era imposible determinar su edad. Mientras Jima hablaba, el hombre se metió el meñique en la oreja y luego lo sacó y se lo acercó a los ojos para examinar qué era lo que había extraído de ahí.

De repente, alzó la mirada, pilló a Rin observándolo y le sonrió.

Ella se apresuró a apartar la vista.

—Estáis todos aquí porque habéis obtenido las mejores puntuaciones del país en el keju —declaró Jima, extendiendo las manos de forma magnánima—. Habéis superado a miles de alumnos para tener el honor de estudiar aquí. Enhorabuena.

Los novatos se lanzaron miradas incómodas unos a otros, sin estar seguros de si debían o no aplaudirse a sí mismos. Un par de aplausos tímidos resonaron por la sala.

Jima sonrió.

—El año que viene, una quinta parte de vosotros no seguirá aquí.

Todo quedó en silencio.

—Sinegard no cuenta con el tiempo ni los recursos necesarios para entrenar a cada crío que sueña con alcanzar la gloria en el ejército. Hasta granjeros analfabetos pueden convertirse en soldados. Pero aquí no entrenamos a soldados. Entrenamos a generales. A las personas que tendrán el futuro del Imperio en sus manos. Así que, si decido que alguno de vosotros no merece nuestro tiempo, os pediremos que os marchéis.

»Os habréis fijado en que no se os ha dejado elegir una especialidad. No creemos que esta elección deba estar en manos de los

estudiantes. Al acabar vuestro primer año, se evaluará vuestra competencia en cada una de las materias que impartimos aquí: Combate, Estrategia, Historia, Armamento, Lingüística y Medicina.

—Y Folclore —la interrumpió el maestro de cabello cano.

A Jima le tembló el ojo izquierdo.

—Y Folclore. Si en las pruebas de final de curso consideramos que sois dignos de alguna especialidad, se aprobará vuestra continuidad en Sinegard. Entonces, alcanzaréis el rango de aprendices.

Jima señaló a los estudiantes mayores que los rodeaban. Rin se fijó en que los brazaletes de los aprendices coincidían con los colores de los cinturones de los maestros.

—Si ningún maestro desea contar con vosotros como aprendices, entonces se os pedirá que abandonéis la academia. El porcentaje de continuidad de alumnos de primero suele ser del ochenta por ciento. Mirad a vuestro alrededor. Eso significa que el año que viene, por estas mismas fechas, dos personas de las que hay en vuestra fila ya no estarán aquí.

Rin miró a su alrededor, intentando reprimir una creciente punzada de pánico. Había creído que entrar en Sinegard le garantizaría un hogar durante, al menos, los próximos cinco años, por no hablar de una carrera estable después.

No había contemplado la posibilidad de que pudieran enviarla de vuelta a casa en unos cuantos meses.

—Hacemos una criba por una cuestión de necesidad, no por crueldad. Nuestra labor es entrenar tan solo a la élite, a lo mejor de lo mejor. No tenemos tiempo que perder con aficionados. Fijaos bien en vuestros compañeros. Se convertirán en vuestros amigos más íntimos, pero también en vuestros mayores rivales. Competiréis unos contra otros con el fin de permanecer en esta academia. Creemos que la competitividad es lo que hace destacar a quienes tienen talento. Y los que no lo tengan, serán enviados a casa. Si os lo merecéis, seguiréis aquí el año que viene en calidad de aprendices. Si no…, bueno, entonces tal vez nunca deberíais haber venido, para empezar. —Jima pareció mirar directamente a Rin—. Por último, quiero haceros una advertencia. No toleraré drogas en el campus. Si oléis mínimamente a opio, si se os pilla cerca de una sustancia ilegal, se os expulsará de la academia y se os encerrará en la prisión de Baghra.

Jima les dedicó una última y férrea mirada, para luego despedirse de ellos con un gesto de la mano.

—Buena suerte.

Raban, el aprendiz que había separado a Rin y a Nezha cuando se habían peleado, los condujo desde el salón principal hasta los

dormitorios en el nivel más bajo.

—Sois novatos, así que os toca barrer. Empezaréis la semana que viene —les dijo, caminando de espaldas para poder dirigirse a ellos. Tenía una voz amable y relajante, ese tipo de tono que Rin solo les había escuchado emplear a los médicos del pueblo antes de amputar alguna extremidad—. La primera campana suena al amanecer. Las clases comienzan media hora después de eso. Acudid al comedor antes u os perderéis el desayuno.

Los chicos se alojaban en el edificio más grande del campus, una estructura de tres plantas que parecía haber sido construida mucho antes de que los terrenos de la academia se les hubiesen incautado a los monjes. En comparación, las dependencias de las chicas eran diminutas. Se trataba de un edificio sobrio de una planta que en el pasado había sido una simple sala de meditación.

Rin había esperado que el dormitorio estuviese incómodamente atestado, pero tan solo otros dos catres mostraban indicios de estar ocupados.

—Tres chicas en un mismo año es todo un récord —comentó Raban antes de dejarlas para que se instalasen—. Los maestros se quedaron sorprendidos.

Solas en el dormitorio, las tres chicas se examinaron entre sí con cautela.

—Soy Niang —dijo la joven a la izquierda de Rin. Tenía un rostro redondo y amable, y hablaba con un acento cantarín que manifestaba que no era del norte, aunque no era ni de lejos tan indescifrable como el dialecto sinegardiano—. Soy de la Provincia de la Liebre.

—Encantada —respondió la otra chica, arrastrando las palabras. Estaba inspeccionando sus sábanas. Frotó el fino tejido blanco entre los dedos, puso cara de disgusto y luego soltó la tela—. Yo soy Venka —dijo a regañadientes—. Soy de la Provincia del Dragón, pero me crie en la capital.

Venka era una belleza sinegardiana arquetípica. Tenía una palidez hermosa y era esbelta como la rama de un sauce. A su lado, Rin se sentía tosca y poco sofisticada.

Entonces, se dio cuenta de que ambas la estaban mirando con expectación.

—Runin —dijo—. Pero podéis llamarme Rin.

—«Runin». —Venka destrozó su nombre con su acento sinegardiano, pronunciando las sílabas como si le hubiera dado un bocado a algo desagradable—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es del sur —le explicó ella—. Soy de la Provincia del Gallo.

—Por eso tienes la piel tan oscura —comentó Venka, curvando los

labios—. Marrón como el estiércol de vaca.

A Rin se le dilataron las fosas nasales.

—Una vez me puse al sol. Deberías probarlo.

Tal y como el profesor Feyrik le había advertido, las clases no tardaron en complicarse. El entrenamiento en artes marciales tuvo lugar en el patio del segundo nivel inmediatamente después del amanecer del día siguiente.

—¿Qué es esto? —El maestro Jun, ataviado con el cinturón rojo que lo identificaba como el instructor de Combate, observó a aquella clase apiñada con gesto de disgusto—. Formad una fila. Quiero filas rectas. Dejad de pegaros unos a otros como si fueseis gallinas asustadas.

Jun contaba con un par de fantásticas cejas negras pobladas que casi se unían en el centro de su frente. Cubrían su moreno rostro como si fueran nubarrones sobre aquel ceño permanentemente fruncido.

—Espaldas rectas. —La voz de Jun hacia juego con su cara: brusca e implacable—. Mirada al frente. Los brazos detrás de la espalda.

Rin se esforzó por imitar las posturas de los compañeros que tenía delante. Le picaba el muslo izquierdo, pero no se atrevió a rascárselo. Se había dado cuenta demasiado tarde de que tenía ganas de hacer pis.

Jun se dirigió al frente del patio, satisfecho con que sus alumnos estuvieran lo más incómodos posible. Se paró delante de Nezha.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

A Nezha le había salido un espectacular moratón sobre el ojo izquierdo, una llamativa mancha de color violeta en su semblante, que, por lo demás, estaba inmaculado.

—Me metí en una pelea —masculló el chico.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—Tienes suerte —le dijo Jun—. Si hubiera sido algo más tarde, te habría expulsado.

El maestro elevó la voz para dirigirse a toda la clase.

—La regla principal y más importante de mi clase es la siguiente: no luchéis de manera irresponsable. Las técnicas que vais a aprender son letales a la hora de aplicarlas. Si no se hacen bien, podéis acabar lesionándoos de gravedad vosotros mismos o a vuestros compañeros de entrenamiento. Si lucháis de manera irresponsable, os echaré de mi clase y haré presión para que se os expulse de Sinegard. ¿Me habéis entendido?

—Sí, señor —respondieron todos.

Nezha giró la cabeza por encima del hombro y le lanzó a Rin una

mirada de puro odio. Ella fingió no haberlo visto.

—¿Quién cuenta ya con conocimientos de artes marciales? —preguntó Jun—. Levantad la mano.

Casi la mitad de la clase alzó la mano. Rin miró alrededor del patio y sintió una oleada de pánico. ¿Tantos habían estado entrenando antes de entrar en la academia? ¿Dónde? ¿Cuánto tiempo llevarían haciéndolo? ¿Y si ella no era capaz de seguirles el ritmo?

Jun señaló a Venka.

—¿Cuántos años llevas practicando?

—Doce —respondió la aludida—. Practico el estilo Puño Ligero.

Rin abrió los ojos como platos. Eso significaba que Venka llevaba entrenando casi desde que había aprendido a caminar.

Jun señaló hacia un muñeco de madera.

—Patada creciente hacia atrás. Arráncale la cabeza.

«¿Que le arranque la cabeza?». Rin miró recelosa hacia el muñeco. La cabeza y el torso habían sido tallados en la misma pieza de madera. No habían añadido la cabeza por separado, sino que esta se encontraba conectada sólidamente al torso.

Sin embargo, Venka no pareció inmutarse. Posicionó los pies, miró al muñeco con los ojos entornados y luego echó la pierna hacia atrás con un giro que elevó su pie por encima de su cabeza. El talón dibujó un hermoso y preciso arco en el aire.

Golpeó al muñeco y lo decapitó, enviando su cabeza al otro lado del patio. La pieza chocó contra el muro del rincón y rodó hasta caer de lado.

A Rin se le desencajó la mandíbula.

Jun asintió brevemente en señal de aprobación y dejó que Venka volviera a la fila. La chica ocupó su sitio entre los demás, con aspecto satisfecho.

—¿Cómo lo ha logrado? —preguntó Jun.

«Magia», pensó Rin.

Jun se detuvo delante de Niang.

—Tú. Pareces perpleja. ¿Cómo crees que ha logrado hacer eso?

Niang parpadeó, nerviosa.

—¿Con el Qi?

—¿Y qué es el Qi?

La joven se ruborizó.

—Mmm. Una energía interior. ¿Una energía espiritual?

—«Energía espiritual» —repitió el maestro Jun. Luego resopló—. Cuentos de los pueblos. Los que consideran que el Qi es un misterio o algo sobrenatural les hacen un flaco favor a las artes marciales. El Qi no es más que simple energía. La misma que fluye a través de vuestros

pulmones y por vuestros vasos sanguíneos. La misma que mueve los ríos corriente abajo y provoca que el viento sople.

El maestro señaló hacia el campanario que se encontraba en el quinto nivel.

—El año pasado, dos soldados instalaron una nueva campana. Por sí mismos, nunca habrían podido subir la campana hasta allí. Pero con unas cuerdas estratégicamente colocadas, dos hombres de complexión mediana lograron subir algo que superaba con creces su peso.

»Ese principio también se aplica a la inversa en las artes marciales. Contáis con una cantidad limitada de energía en vuestro cuerpo. Da igual cuánto entrenéis, esto no os permitirá lograr proezas sobrehumanas. Pero si poseéis la disciplina adecuada, si sabéis dónde asestar el golpe y cuándo… —Jun golpeó con el puño cerrado el torso del muñeco. Este se astilló, formando un círculo perfecto de fisuras alrededor de la mano del maestro.

Jun apartó el brazo. El torso del muñeco se deshizo en pedazos que cayeron al suelo.

—Podréis hacer cosas que las personas corrientes creen imposibles. Las artes marciales consisten en acción y reacción. Ángulos y trigonometría. La cantidad de fuerza adecuada aplicada al vector adecuado. Vuestros músculos se contraen y ejercen fuerza, y esa fuerza se disipa hacia su objetivo. Si desarrolláis masa muscular, podréis ejercer una mayor fuerza. Si conseguís dominar una buena técnica, vuestra fuerza se proyectará con mayor concentración y mayor efectividad. Las artes marciales no son más complicadas que la física pura. Si no comprendéis eso, entonces limitaos a seguir el consejo de los grandes maestros. No hagáis preguntas. Simplemente obedeced.

Historia resultó ser una lección de humildad. El maestro Yim, encorvado y calvo, comenzó a explicar los sucesos bochornosos de la historia militar de Nikan antes siquiera de que hubieran terminado de entrar todos en el aula.

—En el último siglo, el Imperio ha librado cinco guerras —dijo Yim—. Y hemos perdido cada una de ellas. Por ese motivo, a este último siglo lo llamamos la era de la humillación.

—Qué alentador —murmuró un chico con el cabello alborotado que estaba en primera fila.

Si el maestro lo escuchó, no le hizo caso. Señaló hacia un gran mapa del hemisferio oriental en un pergamino.

—Este país solía abarcar la mitad del continente bajo el mando del Emperador Rojo. El antiguo Imperio nikara fue la cuna de la civilización moderna. El centro del mundo. Todas las invenciones se

originaron en la antigua Nikan, como los imanes, la imprenta de pergaminos y los altos hornos. Los delegados de este país llevaron la cultura y los métodos de buena gobernanza a las islas de Mugen, en el este, y a Speer, en el sur.

»Pero los imperios caen. El antiguo Imperio fue víctima de su propio esplendor. Tras sus muchas victorias a medida que avanzaba su expansión en el norte, los jefes militares comenzaron a pelearse entre sí. La muerte del Emperador Rojo desencadenó una serie de batallas por la sucesión que no lograron alcanzar una resolución clara. Como consecuencia de ello, Nikan se dividió en doce provincias, cada una dirigida por un jefe militar. Durante la mayor parte de la historia reciente, los jefes militares estuvieron centrados en sus luchas internas, hasta que comenzaron…

—Las Guerras de la Amapola —completó el chico del pelo revuelto.

—Sí, las Guerras de la Amapola. —Yim señaló un país en la frontera de Nikan, una diminuta isla con forma de arco—. Sin previo aviso, el hermano pequeño de Nikan al este, su antigua nación tributaria, se volvió en contra del mismo país que le había proporcionado una civilización. Seguramente ya conocéis el resto de la historia.

Niang levantó la mano.

—¿Por qué se fue al traste la relación entre Nikan y Mugen? La Federación era una pacífica nación tributaria en los días del Emperador Rojo. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Qué era lo que querían de nosotros?

—Las relaciones nunca fueron pacíficas —la corrigió Yim—. Y siguen sin serlo a día de hoy. Mugen siempre ha querido más, incluso cuando era una nación tributaria: La Federación es un país ambicioso y de crecimiento rápido con una población numerosa en una diminuta isla. Imaginaos que sois un país altamente militarizado con más personas en vuestras tierras de las que podéis mantener y ningún sitio hacia el que expandiros. Imaginaos que vuestros gobernantes han propagado una ideología según la cual ellos son dioses y vosotros tenéis el derecho divino de expandir vuestro imperio a lo largo del hemisferio oriental. De pronto, la extensa masa continental al otro lado del mar Nariin os parecería un objetivo prioritario, ¿no es así?

El maestro se giró de nuevo hacia el mapa.

—La Primera Guerra de la Amapola fue un desastre. El Imperio fracturado no podía defenderse contra las entrenadas tropas de la Federación, que llevaban décadas preparándose para esa misión. Respondedme a esta pregunta: ¿cómo ganamos entonces la Segunda

Guerra de la Amapola?

Un chico llamado Han levantó la mano.

—¿Gracias a la Tríada?

Unas risas ahogadas se extendieron por toda el aula. La Tríada (formada por la Víbora, el Emperador Dragón y el Guardián) eran tres heroicos soldados que habían unificado el Imperio al luchar contra la Federación. Eran personas reales. De hecho, la mujer conocida como la Víbora aún ocupaba el trono de Sinegard. Sin embargo, sus legendarias habilidades en lo que respectaba a las artes marciales parecían sacadas de un cuento para niños. Rin se había criado escuchando historias sobre cómo la Tríada había aplastado batallones enteros de la Federación sin ayuda de nadie, provocando tormentas e inundaciones con sus poderes sobrenaturales. Pero incluso a ella le parecía ridículo comentar eso en una clase sobre historia.

—No os riais. La Tríada fue importante. Puede que sin sus maquinaciones políticas nunca hubiéramos conseguido unir las doce provincias —declaró Yim—. Pero esa no es la respuesta que estoy buscando.

Rin levantó la mano. Había memorizado aquella respuesta de los manuales de Historia que le había dejado el profesor Feyrik.

—Arrasamos el interior del país. Apostamos por una estrategia de talarlo y quemarlo todo. Cuando el ejército de la Federación marchó tierra adentro, se quedaron sin suministros y no pudieron alimentar a sus soldados.

Yim se encogió de hombros ante aquel razonamiento.

—Buena respuesta, pero no es cierta. Eso es tan solo la propaganda que han plasmado en los libros de texto de las zonas rurales. La estrategia de talarlo y quemarlo todo les hizo más daño a estas zonas que a Mugen. ¿Alguien más?

Fue el chico con el cabello alborotado de la primera fila quien dio en el clavo:

—Ganamos porque perdimos Speer.

Yim asintió.

—Ponte en pie y elabora tu respuesta.

El chico se echó el pelo hacia atrás y se levantó de su asiento.

—Ganamos la guerra porque, al perder Speer, Hesperia tuvo que intervenir. Y… mmm… las capacidades navales de Hesperia eran, con diferencia, superiores a las de Mugen. Hesperia ganó la guerra en el océano y acabaron metiendo a Nikan en el tratado de paz resultante. La victoria no fue para nada cosa nuestra.

—Correcto —dijo Yim.

El chico volvió a tomar asiento, con aspecto de sentirse

tremendamente aliviado.

—Nikan no ganó la Segunda Guerra de la Amapola —reiteró el maestro—. La Federación se marchó de aquí porque fuimos tan patéticos que las grandes fuerzas navales de occidente sintieron lástima de nosotros. Defendimos nuestro país de un modo tan horrible que hizo falta que se produjera un genocidio para que Hesperia interviniera. Mientras las fuerzas nikaras se encontraban atrapadas en el frente norte, una flota de barcos de la Federación arrasó con la Isla Muerta de la noche a la mañana. Todo hombre, mujer y niño de Speer fue masacrado, y sus cadáveres fueron quemados. Toda una raza entera desapareció de un plumazo en un día.

La clase se quedó en silencio. Habían crecido escuchando historias sobre la destrucción de Speer, la diminuta isla con forma de lágrima que interrumpía el océano entre el mar Nariin y la bahía de Omonod, justo enfrente de la Provincia de la Serpiente. Había sido el último estado tributario del Imperio, conquistado y anexionado en el momento más crítico del reinado del Emperador Rojo. Se trataba de un episodio complicado en la historia de Nikan, un claro ejemplo del gran fracaso del ejército fracturado bajo el régimen de los jefes militares.

Rin siempre se había preguntado si la pérdida de Speer había sido un simple accidente. Si cualquier otra provincia hubiera sido arrasada del mismo modo que aquella isla, el Imperio nikara no se habría aplacado con un tratado de paz. Habría seguido luchando hasta que la Federación de Mugen hubiese terminado reducida a cenizas.

Pero a los esperilianos nunca se les había considerado parte del pueblo nikara, realmente. Altos y con la piel morena, eran isleños que siempre habían estado separados de los nikaras de la península por su etnia. Hablaban su propia lengua, escribían con su propio alfabeto y profesaban su propia religión. Se habían unido a la Milicia imperial forzados a punta de espada por el Emperador Rojo.

Todo aquello había provocado que la relación entre los nikaras y los esperilianos fuera tensa a lo largo de toda la Segunda Guerra de la Amapola. Por eso, pensó Rin, si había que sacrificar algún territorio nikara, Speer era la opción más obvia.

—Hemos sobrevivido este último siglo por pura suerte y gracias a la caridad de occidente —dijo Yim—. Pero hasta con la ayuda de Hesperia, lo único que Nikan consiguió fue expulsar a duras penas a los invasores de la Federación. Presionada por Hesperia, la Federación firmó un pacto de no agresión al final de la Segunda Guerra de la Amapola, y Nikan ha conservado su independencia desde entonces. La Federación ha acabado relegada a enclaves comerciales en la frontera

de la Provincia del Caballo y, durante las últimas dos décadas, en cierta medida se ha comportado.

»Pero los mugeneses están comenzando a impacientarse, y a Hesperia nunca se le ha dado bien mantener sus promesas. De los héroes de la Tríada solo queda uno en pie. El Emperador ha muerto, el Guardián ha desaparecido y la emperatriz es la única que sigue en el trono. Y tal vez lo peor de todo sea que ya no contamos con soldados esperilianos. —El maestro hizo una pausa—. Nuestra mejor fuerza de combate ha desaparecido. Nikan ya no cuenta con los recursos que nos ayudaron a sobrevivir en la Segunda Guerra de la Amapola. No podemos confiar en que Hesperia vuelva a salvarnos. Si los últimos siglos han servido para enseñarnos algo, es que los enemigos de Nikan nunca descansan. Pero esta vez, cuando regresen, pretendemos estar preparados.

La campana de mediodía señaló la hora del almuerzo.

La comida se servía de unos calderos gigantescos alineados a lo largo de la pared del fondo: sopa de arroz, guiso de pescado y bollos de harina de arroz, repartidos por unos cocineros que parecían sentir una absoluta indiferencia hacia su trabajo.

Los estudiantes recibían raciones lo bastante abundantes como para saciar sus estómagos, pero no tan copiosas como para que se sintieran del todo satisfechos. A los que intentaban volver a ponerse en la cola, los enviaban de vuelta a sus mesas con las manos vacías.

A Rin, la perspectiva de contar con comidas aseguradas le parecía más que generosa. En casa de los Fang, a menudo se había ido a la cama sin cenar. Sin embargo, sus compañeros de clase se quejaban a Raban de lo pequeñas que eran las raciones.

—La filosofía de Jima es que el hambre es buena. Hace que te sientas ligero y centrado —les explicó Raban.

—Hará que nos sintamos desdichados —masculló Nezha.

Rin puso los ojos en blanco, pero mantuvo la boca cerrada. Estaban todos sentados casi al fondo del comedor, apiñados en dos filas de veinticinco personas cada una a lo largo de una mesa de madera. Las otras mesas estaban ocupadas por los aprendices, pero ni siquiera Nezha había tenido la osadía de intentar sentarse con ellos.

Rin estaba apretujada entre Niang y el chico del pelo alborotado que había participado en la clase de Historia.

—Soy Kitay —se presentó cuando terminó de olisquear su guiso.

Era un año más pequeño que ella, y se notaba. Era escuálido, pecoso y con unas orejas enormes. También había sacado la mayor nota en el keju de todo el municipio de Sinegard (que era, con diferencia, la región más competitiva en lo que a aquel examen

respectaba), lo cual era bastante asombroso, teniendo en cuenta que se había examinado un año antes de lo que le tocaba. Kitay contaba con una memoria prodigiosa, quería estudiar Estrategia con el maestro Irjah una vez que aprobara las pruebas, y le preguntó a Rin si el maestro Jun le parecía un capullo.

—Sí. Y yo soy Runin. Rin —le respondió cuando Kitay la dejó intervenir.

—Ah, tú eres la chica a la que odia Nezha.

Rin supuso que había peores reputaciones que esa. En cualquier caso, Kitay no parecía tener nada en su contra.

—¿Qué problema tiene ese chico? —le preguntó ella.

—Su padre es el jefe militar del Dragón, y sus tías llevan generaciones siendo concubinas del trono. Tú también serías una imbécil si tu familia fuese rica y atractiva.

—¿Lo conoces? —quiso saber Rin.

—Nos criamos juntos. Nezha, Venka y yo. Compartimos el mismo profesor. Creía que los dos serían más majos conmigo cuando todos estuviéramos juntos en la academia. —Kitay se encogió de hombros y echó un vistazo hacia el extremo de la mesa, desde donde Nezha y Venka parecían estar juzgándolos—. Supongo que estaba equivocado.

A Rin no le sorprendía que Nezha hubiera desterrado a Kitay de su círculo social.

Era evidente que ese chico jamás habría querido conservar a su lado a alguien tan ingenioso… Kitay habría tenido demasiadas oportunidades de eclipsarlo.

—¿Y qué hiciste para ofenderlo?

Kitay hizo una mueca.

—Solo sacar más nota que él en el examen. Nezha tiene mucho ego. ¿Por qué? ¿Qué le hiciste tú?

—Le puse un ojo morado —admitió Rin.

Kitay enarcó una ceja.

—Vaya.

Después del almuerzo tenían clase de Folclore, y luego de Lingüística. Rin llevaba todo el día deseando que llegara la hora de Folclore, pero los aprendices que los condujeron hasta la clase parecían estar intentando aguantarse la risa. Subieron los sinuosos escalones hasta el quinto nivel, a una altura mucho mayor que el resto de sus clases. Al fin, se detuvieron en un jardín vallado.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Nezha.

—Esta es vuestra aula —le respondió uno de los aprendices. Luego, estos se miraron entre sí, sonrieron y se marcharon. Tras cinco minutos, los alumnos de primero descubrieron cuál era la causa de

toda esa diversión. El maestro de Folclore no se presentó. Pasaron diez minutos. Después veinte.

Los estudiantes se pasearon por el jardín, incómodos e intentando averiguar lo que debían hacer.

—Nos están gastando una broma —sugirió Han—. Nos han traído al lugar equivocado.

—¿Qué es lo que cultivan aquí? —Nezha arrancó una flor, se la acercó a la nariz e inspiró—. Qué asco.

Rin les echó un buen vistazo a las flores y luego abrió mucho los ojos. Ya había visto aquellos pétalos antes.

Nezha los reconoció a la vez que ella.

—Mierda —dijo—. Es una amapola.

El resto de la clase reaccionó como lo habría hecho un nido de lirones asustados. Se apresuraron a alejarse de la planta como si solo por estar cerca de ella fueran a colocarse.

Rin contuvo las repentinas ganas que le entraron de reírse. Allí, en el otro extremo del país, había al menos una cosa con la que estaba familiarizada.

—Van a expulsarnos —se lamentó Venka.

—No seas idiota. Esa planta no es nuestra —dijo Kitay.

Venka agitó las manos delante de su rostro.

—Pero Jima dijo que si nos encontraban cerca de…

—No es que puedan expulsar a toda la clase —siguió Kitay—. Me apuesto a que esto es una prueba. Para comprobar si de verdad queremos aprender.

—¡O están intentando ver cómo reaccionaríamos ante drogas ilegales! —chilló Venka.

—Anda, cálmate —dijo Rin—. No puedes colocarte solo con tocarla.

Venka no se calmó.

—Pero Jima no dijo que tuviera que pillarnos colocados, dijo que…

—No creo que esta sea una clase de verdad —los interrumpió Nezha—. Seguro que los aprendices se están riendo de nosotros.

Kitay parecía tener sus dudas.

—Esta clase aparece en nuestro horario. Y vimos al maestro de Folclore en la sesión de orientación.

—Entonces, ¿dónde están sus aprendices? —replicó el otro chico —. ¿De qué color era su cinturón? ¿Por qué no hemos visto a nadie por ahí con la palabra «Folclore» bordada en su brazalete? Esto es una tontería.

Nezha se marchó por la puerta. Envalentonados, el resto de los

alumnos lo siguieron uno a uno, hasta que al final Rin y Kitay fueron los únicos que quedaron en el jardín.

Rin se sentó, se echó hacia atrás apoyándose sobre los codos y admiró la variedad de plantas del jardín. Aparte de las amapolas, con sus pétalos rojos como la sangre, había pequeños cactus con flores rosadas y amarillas, setas fluorescentes que brillaban de forma tenue en rincones oscuros debajo de unas repisas y arbustos de hojas verdes de los que emanaba un olor a té.

—Esto no es un jardín —declaró Rin—. Es una plantación de drogas.

Ahora sí que tenía ganas de conocer al maestro de Folclore.

Kitay se sentó a su lado.

—¿Sabes? Los grandes chamanes de las leyendas solían consumir drogas antes de la batalla. Les otorgaban poderes mágicos, según cuentan las historias. —Le dedicó una sonrisa—. ¿Crees que eso es lo que enseña el maestro de Folclore?

—¿Quieres que sea sincera? —Rin jugueteó con la hierba—. Creo que el maestro solo viene aquí para colocarse.

4

La dificultad de las clases fue aumentando a medida que fueron pasando las semanas. Dedicaban las mañanas a estudiar Combate, Medicina, Historia y Estrategia. La mayoría de los días, para cuando llegaban las doce de la mañana, Rin ya sentía que le daba vueltas la cabeza, plagada como estaba de nombres de teoremas que nunca había oído y de títulos de libros que debía terminar de leer para finales de semana.

La clase de Combate agotaba sus cuerpos a la vez que sus mentes. Jun los sometía a una serie de ejercicios gimnásticos que suponían una tortura. Tenían que subir y bajar corriendo con regularidad las escaleras de la academia, hacer el pino en el patio durante horas y practicar formas básicas de artes marciales con bolsas llenas de ladrillos colgándoles de los brazos. Cada semana, Jun los llevaba hasta un lago al pie de la montaña y les hacía recorrerlo por completo a nado.

Rin y unos cuantos estudiantes más nunca habían aprendido a nadar. Jun les mostró una única vez la forma correcta de hacerlo. Después de aquello, dependía solo de ellos no ahogarse.

Sus deberes eran duros y tenían el claro objetivo de llevar a los alumnos de primero hasta el límite. Por eso, cuando el maestro de Armamento, Sonnen, les enseñó las proporciones de salitre, sulfuro y carbón necesarias para conseguir la mezcla de pólvora que propulsaba los cohetes de guerra, también les encargó que crearan sus propios cohetes improvisados. Y cuando la maestra de Medicina, Enro, les encargó que se aprendieran los nombres de todos los huesos del cuerpo humano, también esperó que conocieran los patrones más comunes de rotura y cómo identificarlos.

Sin embargo, era Estrategia, la asignatura que impartía el maestro Irjah, la clase más dura de todas. En su primer día de clase, el maestro repartió un grueso tomo, *El arte de la guerra* de Sun Tzu, y les anunció que tenían que memorizarlo para finales de aquella semana.

—¡Si es enorme! —se quejó Han—. ¿Cómo vamos a tener tiempo

de terminar el resto de nuestros deberes?

—Altan Trengsin se lo aprendió en una noche —comentó Irjah.

Los alumnos se miraron unos a otros con una expresión desesperada. Los maestros llevaban alabando a Altan Trengsin desde el inicio del curso. Rin suponía que ese joven debía de ser una especie de genio. Al parecer, era el estudiante más brillante que había pasado por Sinegard en décadas.

Han parecía tan irritado como ella.

—Vale, pero nosotros no somos Altan.

—Pues intentad serlo —dijo Irjah—. La clase ha terminado.

Rin se sumió en una rutina de estudio constante y muy pocas horas de sueño. Los horarios de las clases no permitían que los novatos tuvieran tiempo para nada más.

El otoño comenzaba a hacer acto de presencia en Sinegard. Una fría ráfaga de viento los acompañó una mañana mientras subían corriendo las escaleras. Hacía crujir los árboles con un *crescendo* atronador. Los alumnos aún no habían recibido sus túnicas de invierno más gruesas, y los dientes les castañeteaban al unísono mientras se acurrucaban juntos debajo de un gran árbol de la seda, en el extremo más alejado del patio del segundo nivel.

A pesar del frío, Jun se negó a impartir la clase de Combate en el interior antes de que la nieve hiciera imposible llevarla a cabo en el exterior. Era un profesor duro que parecía deleitarse con el malestar de sus alumnos.

—El dolor es bueno para vosotros —declaró cuando los obligó a agacharse y a adoptar una postura defensiva, baja y dolorosa—. Los expertos en artes marciales de antaño solían mantener esta postura durante una hora seguida antes de entrenar.

—Los expertos en artes marciales de antaño debían de tener unos muslos impresionantes —jadeó Kitay.

Sus ejercicios gimnásticos matutinos seguían siendo una tortura, pero, al menos, por fin habían dejado atrás el entrenamiento básico y habían pasado a sus primeras lecciones con armas: técnicas con la vara.

Jun acababa de asumir su posición de cara al patio cuando se produjo un ruidoso crujido de hojas por encima de su cabeza. Un montón de ellas cayeron justo donde estaba plantado.

Todos miraron hacia arriba.

Encaramado a lo alto de una gruesa rama del árbol de la seda, se encontraba su desaparecido maestro de Folclore.

Empuñaba un par de tijeras de podar enormes y cortaba con alegría hojas al azar mientras cantaba una melodía desafinada en voz

alta para sí mismo.

Tras escuchar un par de palabras de la canción, Rin supo que era *Las caricias del Guardián*. La conocía debido a todas las visitas que había hecho a los prostíbulos de Tikany para entregar opio. Se trataba de una cancioncilla obscena que rozaba lo erótico. El maestro de Folclore desafinaba de una forma dolorosa, pero cantaba con desenfreno.

—«No puedo acariciarla ahí, señorita, o morirá de dicha…».

Niang temblaba a causa de la risa que estaba intentando reprimir. Kitay se quedó con la boca muy abierta mientras miraba hacia el árbol.

—Jiang, tengo clase —soltó Jun, irritado.

—Pues sigue con ella —le respondió el otro maestro—. Déjame en paz.

—Necesitamos el patio.

—No necesitas todo el patio. Al menos, no este árbol —replicó Jiang de mal humor.

Jun agitó varias veces su vara de hierro en el aire y golpeó con ella la base del árbol. El tronco tembló a causa del impacto. Se produjo un crujido cuando el peso muerto del maestro de Folclore cayó a través de varias capas de hojas secas del árbol de la seda.

Jiang aterrizó como un muñeco de trapo en el suelo de piedra.

Lo primero en lo que se fijó Rin fue en que no llevaba camisa. Lo segundo, en que debería haber muerto después de ese golpe.

Pero Jiang se limitó a sentarse, se sacudió la pierna izquierda y se echó el pelo blanco hacia atrás sobre los hombros.

—Eso ha sido una grosería —dijo distraídamente mientras la sangre le resbalaba por la sien izquierda.

—¿Es que tienes que ir zumbando por ahí como si fueras un abejorro? —le espetó Jun.

—¿Es que tienes que interrumpir mis sesiones matutinas de jardinería? —respondió Jiang.

—No estás haciendo jardinería. Has venido aquí simplemente para molestarme.

—Creo que te das demasiada importancia.

Jun golpeó su vara contra el suelo, haciendo que Jiang saltara a causa de la sorpresa.

—¡Fuera!

Jiang adoptó una expresión de fingida indignación y se puso en pie. Se apresuró a marcharse del jardín, meneando las caderas como si fuese una bailarina de un prostíbulo.

—«Si tu corazón a mí me anhela, te lameré como una ciruela…».

—Tenías razón —le susurró Kitay a Rin—. Va allí a colocarse.

—¡Atención! —gritó Jun hacia los alumnos boquiabiertos.

El maestro seguía teniendo una hoja pegada en el pelo que se movía cada vez que hablaba.

La clase corrió a formar dos filas alineadas delante de él, con las varas listas.

—Cuando os dé la señal, repetiréis la siguiente secuencia. —Hizo una demostración con su vara mientras hablaba—. Hacia delante. Hacia atrás. Parada superior izquierda. Vuelta. Parada superior derecha. Giro. Parada inferior izquierda. Giro. Parada inferior derecha. Vuelta. Giro. La pasáis por detrás de la espalda. Vuelta. ¿Entendido?

Todos asintieron en silencio. Ninguno se atrevió a admitir que se habían perdido casi toda la secuencia. Las demostraciones de Jun solían ser rápidas, pero en ese momento se había movido a tal velocidad que nadie había sido capaz de seguirlo.

—Pues adelante. —Jun golpeó su vara contra el suelo—. Comenzad.

Fue un fiasco. Se movieron sin ritmo ni propósito. Nezha consiguió reproducir la secuencia el doble de rápido que el resto de la clase, pero fue de los pocos estudiantes que pudieron hacerla completa. Los demás, o bien omitieron parte de ella, o bien no supieron seguir las explicaciones.

-¡Ay!

Kitay, que se detuvo cuando debería haberse girado, golpeó a Rin en la espalda. Esta se cayó hacia delante, golpeando sin querer a Venka en la cabeza.

—¡Parad! —gritó Jun.

Todos dejaron de agitar las varas sin ton ni son.

—Voy a contaros una historia sobre el gran estratega Sun Tzu. —Jun se paseaba entre las filas, respirando profundamente—. Cuando terminó de escribir su gran tratado, *El arte de la guerra*, le entregó los capítulos al Emperador Rojo. El Emperador decidió poner a prueba la sabiduría de Sun Tzu ordenándole que entrenara a un grupo de personas sin experiencia militar: las concubinas del Emperador. Sun Tzu accedió y reunió a las mujeres al otro lado de las puertas de palacio. Les dijo: «Cuando os diga “ojos al frente”, miraréis hacia delante. Cuando diga “izquierda”, miraréis hacia vuestra izquierda. Cuando diga “derecha”, miraréis hacia vuestra derecha. Cuando diga “media vuelta”, daréis un giro de ciento ochenta grados. ¿Queda claro?». Las mujeres asintieron. Entonces, Sun Tzu les hizo la señal. «Derecha». Pero las mujeres se limitaron a echarse a reír.

Jun se detuvo delante de Niang, cuyo rostro estaba contraído a causa del temor.

—Sun Tzu le dijo al Emperador: «Si las palabras de mando no son claras y evidentes, las órdenes no serán comprendidas del todo, y entonces, la culpa será del general». Así que se giró hacia las concubinas y repitió las instrucciones. «Derecha», ordenó. De nuevo, las mujeres se echaron a reír.

Jun fue girando la cabeza poco a poco y estableció contacto visual con cada uno de ellos.

—Y entonces, Sun Tzu le dijo al Emperador: «Si las palabras de mando no son claras, la culpa es del general. No obstante, si las palabras de mando son claras, pero las órdenes no se ejecutan, la culpa es de los líderes de la tropa». Entonces, seleccionó a dos de las concubinas de más edad del grupo e hizo que las decapitaran.

Parecía que a Niang fueran a salírsele los ojos de las órbitas.

Jun volvió a dirigirse con paso acechante al frente del patio y levantó su vara. Mientras los alumnos lo observaban aterrorizados, el maestro repitió la secuencia, aquella vez más despacio, explicando los movimientos a medida que los realizaba.

—¿Ha quedado claro?

Todos asintieron.

El maestro golpeó su vara contra el suelo.

—Podéis comenzar.

Todos bordaron el ejercicio. No cometieron ni un error.

Combate era un calvario extenuante y desalentador, pero al menos las sesiones de entrenamiento nocturnas eran entretenidas. Estas consistían en simulacros de ejercicios guiados que eran supervisados por dos de los aprendices de Jun, Kureel y Jeeha. Los aprendices eran unos maestros bastante desganados y con un entusiasmo desproporcionado a la hora de infligir el mayor dolor posible a sus rivales imaginarios. Por ese motivo, los simulacros normalmente acababan siendo un desastre, con Jeeha y Kureel pululando por allí, soltando consejos a voz en grito mientras los alumnos se enfrentaban entre sí.

—A no ser que tengas un arma, no apuntes a la cara. —Jeeha guio la mano de Venka hacia abajo para que el canto de su palma extendida le acertara a Nezha en la garganta en lugar de en la nariz—. Más allá de la nariz, la cara está prácticamente hecha de huesos por entero. Así solo conseguirás hacerte daño en la mano. El cuello es un blanco mejor. Si empleas la fuerza suficiente, podrás romperle la tráquea de un golpe mortal. Como mínimo, lograrás que le cueste respirar.

Kureel se agachó junto a Kitay y Han, que estaban rodando por el suelo mientras se agarraban el uno al otro en una llave.

—Morder es una técnica excelente si te encuentras en un aprieto.

Un momento después, Han chilló de dolor.

Un montón de novatos se arremolinaron en torno a un muñeco de madera mientras Jeeha les mostraba cómo atacar correctamente con el canto de la mano.

—Los monjes de Nikan creían que este punto era un gran centro del Qi. —Jeeha señaló un punto debajo del estómago del muñeco y lo atravesó con teatralidad.

Rin le siguió el juego para acelerar las cosas.

—¿Y es verdad?

—Qué va. No existe un centro del Qi. Pero esta zona por debajo de la caja torácica tiene mogollón de órganos importantes expuestos. Además, ahí es donde se encuentra el diafragma. ¡Ja! —Jeeha atravesó el muñeco con el puño—. Eso debería inmovilizar a cualquier contrincante durante unos segundos. Te da tiempo para sacarles los ojos.

—Eso parece muy vulgar —dijo Rin.

Jeeha se encogió de hombros.

—No estamos aquí para ser sofisticados. Estamos aquí para reventar a la gente.

—Os enseñaré un último golpe —anunció Kureel cuando la clase llegaba a su fin—. La verdad es que esta es la única patada que necesitáis saber ejecutar. Es una patada con la que podréis vencer hasta a los guerreros más poderosos.

Jeeha parpadeó, confuso. Giró la cabeza para preguntarle a su compañera a qué se refería. Y en ese momento Kureel levantó la rodilla y, con el metatarso del pie, le asestó un golpe en la entrepierna.

Los simulacros obligatorios duraban tan solo dos horas, pero los alumnos de primero comenzaron a quedarse en el gimnasio para practicar sus posiciones hasta mucho después de que la sesión hubiera terminado. El único problema era que los estudiantes que poseían una formación previa aprovechaban la oportunidad para alardear. Nezha llevó a cabo una serie de saltos en espiral en el centro de la sala e intentó lanzar una secuencia de patadas voladoras que fueron volviéndose cada vez más ostentosas. Un pequeño grupo de sus compañeros se agrupó a su alrededor para observarlo.

—¿Estás admirando a nuestro príncipe? —Kitay recorrió la estancia para colocarse al lado de Rin.

—No logro entender cómo va a ser eso útil en una batalla —dijo

ella. Ahora, Nezha estaba dando vueltas de quinientos cuarenta grados en el aire antes de lanzar una patada. Visualmente era muy bonito, pero también increíblemente innecesario.

—Ah, es que no lo es. La mayoría de las artes marciales antiguas son así. Mola contemplarlas, pero son prácticamente inútiles. Esos movimientos fueron adaptados para la representación de una ópera, no para el combate, y luego se readaptaron una vez más. ¿Sabes que de ahí sacó su nombre la Ópera de la Chatarra Roja? Sus miembros fundadores eran expertos en artes marciales que fingían ser artistas callejeros para poder acercarse a sus objetivos. Algún día deberías leer la historia de las artes heredadas, es fascinante.

—¿Hay algo en el mundo sobre lo que no hayas leído? —le preguntó la chica. Kitay parecía tener un conocimiento enciclopédico de casi cualquier tema. Ese mismo día, durante el almuerzo, le había dado a Rin una lección sobre los diferentes métodos de eviscerar pescado en las distintas provincias.

—Las artes marciales son mi debilidad —declaró Kitay—. En fin, es deprimente cuando ves que la gente no es capaz de apreciar la diferencia entre autodefensa y artes escénicas.

Nezha aterrizó, agachándose de un modo impresionante, después de haber dado un salto particularmente alto. Varios de sus compañeros comenzaron a aplaudirle de forma ridícula.

El joven se enderezó, ignorando los aplausos, y miró a Rin a los ojos.

—A esto se le llama artes heredadas —dijo, secándose el sudor de la frente.

—Seguro que toda la escuela acabará temiéndote —le dijo Rin—. Puedes bailar a cambio de dinero. Te lanzaré un lingote.

El rostro de Nezha se contrajo en una mueca burlona.

—Estás celosa porque no has heredado ningún arte marcial.

—Si todas las artes heredadas son tan absurdas como la tuya, me alegro de no haberlo hecho.

—La dinastía Yin inventó la técnica más poderosa del Imperio en lo que a patadas se refiere —le espetó el chico—. Habría que ver qué te pasaría si te enfrentaras a ella.

—Creo que no tendría problema —le respondió Rin—. Aunque sería un espectáculo visual deslumbrante.

—Al menos yo no soy un campesino torpe —soltó Nezha—. No has practicado artes marciales en tu vida. Solo sabes dar un tipo de patada.

—Y tú no dejas de llamarme campesina. Es como si solo conocieras ese insulto.

—Pues rétame entonces —la provocó Nezha—. Luchemos hasta que uno de los dos quede incapacitado durante diez segundos o hasta que acabe sangrando. Aquí y ahora.

—Hecho —comenzó a decir Rin, pero Kitay le tapó la boca con la mano.

—Ah, no. Ah, no, no. —Su amigo tiró de ella hacia atrás—. Ya has escuchado a Jun, no deberías…

Pero Rin se lo quitó de encima.

—Jun no está aquí, ¿verdad?

Nezha esbozó una sonrisa maliciosa.

—¡Venka! ¡Ven aquí!

Venka interrumpió la conversación que estaba manteniendo con Niang en el otro extremo de la sala y se acercó contoneándose, ruborizada por el hecho de haber recibido una orden de Nezha.

—Haz de árbitro —le dijo él, sin apartar la vista de Rin.

Venka se llevó los brazos a la espalda, imitando al maestro Jun, y alzó la barbilla.

—Comenzad.

El resto de la clase ya había formado un círculo alrededor de ellos. Rin estaba demasiado enfadada como para percatarse de sus miradas. Solo tenía ojos para Nezha. Él comenzó a rodearla, balanceándose hacia delante y hacia atrás con unos movimientos rápidos y elegantes.

«Kitay tenía razón», pensó la chica. Realmente daba la impresión de que Nezha estuviese actuando en una ópera. En aquel momento, no parecía particularmente letal, solo idiota.

Rin entornó la mirada y se agachó todo lo que pudo, siguiendo con atención los movimientos de su oponente.

Ahí estaba. Un momento de vulnerabilidad. Rin levantó la pierna y la lanzó con fuerza hacia delante.

Le dio de lleno a Nezha, que en ese instante estaba en el aire, con un satisfactorio ruido sordo.

El joven profirió un chillido antinatural y se llevó las manos a la entrepierna mientras gimoteaba.

El gimnasio se quedó en silencio a medida que todas las cabezas se giraban en su dirección.

Nezha se puso en pie a duras penas, con el rostro enrojecido.

—Tú… ¿Cómo te atreves…?

—Tú mismo lo has dicho. —Rin bajó la cabeza para dedicarle una reverencia burlona—. Solo sé dar un tipo de patada.

Humillar a Nezha hizo que Rin se sintiera muy bien, pero las repercusiones fueron inmediatas y brutales. No tardaron mucho en formarse alianzas en su clase. Nezha, profundamente ofendido, dejó

claro que quienquiera que se asociara con ella acabaría excluido socialmente. Se negó en rotundo a dirigirle la palabra o a reconocer su existencia, a no ser que fuera para hacer comentarios sarcásticos sobre su acento. Uno por uno, todos los miembros de su clase, aterrorizados ante la perspectiva de acabar recibiendo el mismo trato, comenzaron a seguirle el juego a Nezha.

Kitay fue la única excepción. Ya se había ganado la antipatía del joven, según le había contado a Rin, y no era algo que fuera a empezar a importarle ahora.

—Además —le dijo—, ¿esa cara que puso? No tiene precio.

Rin agradecía la lealtad de Kitay, pero le sorprendía lo crueles que podían llegar a ser el resto de los estudiantes. Al parecer, había un sinfín de cosas a las que recurrir para burlarse de ella: su piel oscura, su falta de estatus social, su acento provinciano. Era molesto, pero fue capaz de ignorar las burlas… hasta que sus compañeros comenzaron a soltar risitas cada vez que hablaba.

—¿Tan evidente es mi acento? —le preguntó a Kitay.

—Está mejorando —le respondió el chico—. Solo intenta alargar un poco más el final de las palabras. Acorta las vocales. Y pronuncia más la letra erre. Esa es la regla de oro.

—Er. Erre —probó Rin—. ¿Por qué los sinegardianos tienen que hablar como si estuvieran rumiando?

—Lo que hace que algo sea aceptable es el poder —reflexionó Kitay—. Si la capital se hubiera establecido en Tikany, estoy seguro de que todos tendríamos la piel tan oscura como la corteza de un árbol.

En los días posteriores a aquel suceso, Nezha no le dirigió la palabra a Rin, porque tampoco le hizo falta. Sus aduladores adeptos no perdían la oportunidad de burlarse de ella. Las manipulaciones de Nezha resultaron ser brillantes. Una vez que estableció que Rin era el principal blanco de todas las mofas, solo tuvo que sentarse y observar.

Venka, que estaba unida a Nezha de una forma obsesiva, le hacía desaires a Rin cada vez que se le presentaba la ocasión. Niang era mejor; no dejaba que la asociaran con Rin en público, pero al menos le dirigía la palabra en la intimidad de su dormitorio.

—Podrías intentar disculparte —le susurró una noche cuando Venka ya se había dormido.

Disculparse era lo último que a Rin se le habría pasado por la cabeza. No iba a admitir su derrota y alimentar así el ego de Nezha.

—Fue idea suya que nos batiéramos en duelo —replicó de forma brusca—. No es culpa mía que recibiera su merecido.

—Eso da igual —dijo Niang—. Solo dile que lo sientes y así se olvidará de ti. A Nezha solo le gusta que lo respeten.

—¿Y por qué iba a respetarlo? —exigió saber Rin—. No ha hecho nada para ganarse mi respeto. Lo único que ha hecho es comportarse de forma altiva, como si fuera muy especial solo por ser de Sinegard.

—Disculparte no te servirá de nada —intervino Venka, quien aparentemente no estaba dormida—. Y ser de Sinegard sí que nos hace especiales. Nezha y yo —siempre que tenía la oportunidad, Venka soltaba eso de «Nezha y yo»— llevamos entrenando para entrar en la academia desde que aprendimos a caminar. Lo llevamos en la sangre. Es nuestro destino. Pero ¿tú? Tú no eres nada. Solo eres una vagabunda del sur. Ni siquiera deberías estar aquí.

Rin se sentó con la espalda recta sobre la cama, sintiendo una repentina rabia.

—Hice el mismo examen que tú, Venka. Tengo todo el derecho a estar en esta escuela.

—Solo estás aquí para guardar las apariencias —replicó la otra chica—. O sea, el keju tiene que parecer justo.

Por muy irritante que fuese Venka, Rin apenas tenía el tiempo o la energía necesarios para prestarle demasiada atención. Habían dejado de meterse la una con la otra pasados unos días, pero solo porque estaban demasiado agotadas como para hablar. Cuando terminaron las sesiones de entrenamiento de esa semana, se arrastraron hasta su dormitorio, con los músculos tan doloridos que casi no podían ni andar. Sin decir ni una palabra, se quitaron sus uniformes y se desplomaron sobre sus catres.

Se despertaron casi de inmediato cuando alguien llamó a su puerta.

—Arriba —dijo Raban cuando Rin abrió de golpe.

—Pero ¿qué…?

Raban echó un vistazo por detrás de Rin hacia Venka y Niang, que estaban gimoteando de forma incoherente en sus camas.

—Vosotras dos también. Daos prisa.

—¿Qué sucede? —murmuró Rin, malhumorada, mientras se frotaba los ojos—. Nos toca ponernos a barrer dentro de seis horas.

—Seguidme.

Todavía quejándose, las chicas se pusieron sus túnicas de cualquier manera y acompañaron a Raban al exterior, donde los chicos ya estaban reunidos.

—Si esto es algún tipo de novatada para los de primero, ¿podéis dejarme volver a la cama? —pidió Kitay—. Ya me siento acosado e intimidado, así que dejadme dormir.

—Callaos y seguidme. —Sin decir ni una palabra más, Raban enfiló hacia el bosque.

Los demás se vieron obligados a trotar para seguirle el ritmo. Al principio, Rin pensó que los estaba conduciendo a la parte más profunda del bosque en la ladera de la montaña, pero aquello tan solo era un atajo. Pasado un minuto, aparecieron delante de la sala principal de entrenamiento. El interior estaba iluminado y se escuchaban unas voces ruidosas que procedían de dentro.

—¿Más clases? —preguntó Kitay—. ¡Por la Gran Tortuga! Me voy a poner en huelga.

—Esto no es una clase. —Por algún motivo, Raban parecía entusiasmado—. Entrad.

A pesar del griterío audible, la sala estaba vacía. Los alumnos comenzaron a dar tumbos sumidos una confusión somnolienta, hasta que Raban les indicó con un gesto que lo siguieran por las escaleras en dirección al sótano. Aquel lugar estaba atestado de aprendices que se arremolinaban alrededor del centro de la estancia. Fuera lo que fuese lo que les llamaba la atención, parecía extremadamente emocionante. Rin estiró el cuello para echar un vistazo por encima de las cabezas de los aprendices, pero no pudo ver nada más que cuerpos.

—Aquí están los novatos —gritó Raban, guiando a su pequeño grupo hacia la multitud. El joven dio unos enérgicos codazos y abrió un camino para ellos entre los aprendices.

El espectáculo que había en el centro consistía en dos fosos circulares cavados en el suelo, cada uno de al menos tres metros de diámetro y dos metros de profundidad; se hallaban pegados el uno al otro y estaban rodeados por barras de metal que llegaban hasta la cintura para evitar que los espectadores cayeran dentro. Uno de los fosos estaba vacío. El maestro Sonnen se encontraba plantado en el centro del otro, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—Sonnen siempre hace de árbitro —les explicó Raban—. Se lleva la peor parte porque es el más joven.

—¿Árbitro de qué? —preguntó Kitay.

Raban esbozó una amplia sonrisa.

La puerta del sótano se abrió. Comenzaron a entrar más aprendices, que llenaron hasta los topes la ya de por sí atestada estancia. Aquella gran concentración de personas hizo que los de primero acabaran peligrosamente cerca del borde de los fosos. Rin se agarró a la barandilla para evitar caerse.

—¿Qué sucede? —preguntó Kitay mientras los aprendices se empujaban entre sí para conseguir un mejor puesto cerca de los fosos. Había tanta gente en la sala que los del fondo habían llevado consigo taburetes para encaramarse a ellos.

—Esta noche le toca a Altan —dijo Raban—. Nadie quiere

perdérselo.

Debía de ser la duodécima vez aquella semana que Rin escuchaba ese nombre. Toda la academia parecía estar obsesionada con él. El estudiante de quinto año Altan Trengsin contaba con todos los récords de la escuela. Era el alumno favorito de todos los maestros, la excepción a toda regla. Y ahora se había convertido en una broma recurrente entre los de su clase.

«¿Puedes mear por encima del muro y apuntar a la ciudad? Porque Altan sí que puede».

De pronto, una figura alta y esbelta cayó en el foso del maestro Sonnen sin molestarse en usar la escalera de cuerda. Mientras su oponente bajaba con dificultad, la figura estiró los brazos por detrás de la espalda, con la cabeza inclinada hacia el techo. En sus ojos se reflejó la luz de la lámpara que había arriba.

Eran de color escarlata.

—Por la Gran Tortuga —exclamó Kitay—. Es un verdadero esperiliano.

Rin echó un vistazo al interior del foso. Kitay estaba en lo cierto. Altan no parecía nikara en absoluto. Su piel era mucho más oscura que la de cualquier otro estudiante. Era incluso más oscura que la de Rin. Pero el tono bronceado de la joven la hacía parecer tosca y poco sofisticada, mientras que la piel de Altan le daba un aire único y regio. Tenía el cabello del color de la tinta húmeda, que se acercaba más al violeta que al negro. Su rostro era anguloso, sin expresión y sorprendentemente hermoso. Y aquellos ojos… Escarlata, de un rojo intenso.

—Creía que los esperilianos habían muerto —comentó Rin.

—Casi todos —le respondió Raban—. Altan es el último que queda.

—Soy Bo Kobin, aprendiz del maestro Jun Loran —anunció su contrincante—. Reto a Altan Trengsin a una lucha hasta la incapacitación.

Kobin debía de pesar el doble que Altan y le sacaba varios centímetros de altura. Aun así, Rin sospechaba que aquella no sería una pelea particularmente reñida.

Altan se encogió de hombros sin más.

Sonnen parecía aburrido.

—Bueno, pues adelante —dijo.

Los aprendices adoptaron sus posiciones iniciales.

—¿Cómo? ¿No se presenta? —preguntó Kitay.

Raban parecía divertido.

—Altan no necesita presentación.

Rin arrugó la nariz.

—Se lo tiene un poco creído, ¿no?

—Altan Trengsin —musitó Kitay—. ¿Altan es el nombre de su clan?

—El nombre de su clan es Trengsin. Los esperilianos ponían el nombre del clan al final —se apresuró a explicarles Raban. Entonces, señaló hacia el foso—. Ahora callaos u os lo perderéis.

Ya se lo habían perdido.

Rin no había escuchado a Altan moverse, ni siquiera había visto comenzar la pelea. Pero, cuando volvió a bajar la vista hacia el foso, vio a Kobin inmovilizado contra el suelo, con un brazo doblado en una postura antinatural detrás de la espalda. Altan se encontraba agachado encima de él y aumentaba poco a poco la presión sobre el brazo de su contrincante. El esperiliano parecía impasible, distante, casi indiferente.

Rin se agarró con fuerza a la barandilla.

—¿Cuándo ha…? ¿Cómo ha…?

—Es Altan Trengsin —dijo Raban, como si esa fuese razón suficiente.

—Me rindo —gritó Kobin—. ¡Qué me rindo, joder!

—Separaos —declaró Sonnen, bostezando—. Gana Altan. Siguiente.

Altan soltó a su oponente y le tendió una mano. Kobin dejó que lo ayudase a levantarse y, cuando estuvo en pie, le estrechó la mano; se tomó su derrota con mucha elegancia. Parecía que no era ninguna deshonra que Altan Trengsin lo hubiera vencido en menos de tres segundos.

—¿Ya está? —preguntó Rin.

—No se ha acabado —dijo Raban—. Altan tiene más contrincantes esta noche.

La siguiente era Kureel.

Raban frunció el ceño, negando con la cabeza.

—No deberían haberle permitido participar en este combate.

A Rin le pareció una valoración injusta. Kureel, que era una de las preciadas aprendices de Combate de Jun, tenía la reputación de ser cruel. Altan y ella parecían ser de la misma altura y contar con la misma fuerza. Seguramente la joven podría defenderse.

—Comenzad.

Kureel cargó de inmediato contra Altan.

—Por la Gran Tortuga —murmuró Rin. Le costaba seguir con la mirada los ataques que se lanzaban Kureel y Altan en ese combate cuerpo a cuerpo. Consiguieron asestarse múltiples golpes y hacer varias paradas por segundo, esquivándose y rodeándose el uno al otro

como si fueran una pareja de baile.

Pasó un minuto. Kureel flaqueaba de manera visible. Sus golpes comenzaron a ser descuidados y sobredimensionados. Le caían gotas de sudor desde la frente cada vez que se movía. Pero Altan permanecía impasible y seguía moviéndose con esa misma elegancia felina de la que había hecho gala desde el principio del combate.

—Está jugando con ella —sentenció Raban.

Rin no podía apartar la mirada de Altan. Sus movimientos eran como una danza, hipnóticos. Cada acción transmitía puro poder: no se trataba del corpulento músculo que había encarnado Kobin, sino de una energía compacta, como si Altan fuera un muelle extremadamente tenso a punto de saltar.

—No tardará en acabar —predijo Raban.

Al final aquello se convirtió en el juego del gato y el ratón. Kureel no había sido nunca rival para Altan. Este luchaba a un nivel completamente distinto. Le había seguido el juego para contentarla en un principio, y luego con el fin de agotarla. Los movimientos de Kureel se ralentizaban con cada segundo que pasaba. Y, a modo de burla, Altan también disminuyó el ritmo para adaptarse al de ella. Finalmente, Kureel se lanzó con desesperación hacia delante, intentando asestarle un golpe al esperiliano en el abdomen. Pero, en lugar de bloquearlo, Altan saltó a un lado, corrió hacia la pared de tierra del foso, rebotó contra ella y se retorció en el aire. Le acertó una patada a Kureel en un lateral de la cabeza. La joven cayó de espaldas.

Había quedado inconsciente antes de que Altan aterrizara detrás de ella y se agachara como un gato.

—Por las tetas del Tigre —dijo Kitay.

—Por las tetas del Tigre —coincidió Raban.

Dos aprendices con el brazalete naranja de Medicina saltaron de inmediato al foso para sacar de allí a Kureel. Ya la estaba esperando una camilla a un lado. Altan permaneció en el centro, con los brazos cruzados, aguardando con calma a que terminaran. Mientras sacaban a la chica del sótano, otro estudiante bajó por la escalera de cuerda.

—Tres contrincantes en una noche —dijo Kitay—. ¿Eso es normal?

—Altan pelea mucho —le respondió Raban—. Todos quieren ser la persona que acabe venciéndolo.

—¿Ha pasado eso alguna vez? —preguntó Rin.

Raban se limitó a reírse.

El tercer contrincante giró su cabeza rapada hacia la lámpara y Rin se percató, sorprendida, de que se trataba de Tobi, el aprendiz que le había hecho la visita guiada por la academia.

«Bien», pensó. «Espero que Altan le dé una buena tunda».

Tobi se presentó en voz alta, alentando los vítores de sus compañeros de clase de Combate. Altan se remangó y, de nuevo, no dijo nada. Tal vez pusiera los ojos en blanco, pero, debido a la tenue iluminación, Rin no podía estar segura.

—Comenzad —declaró Sonnen.

Tobi flexionó los brazos y se acuclilló. En lugar de cerrar las manos en puños, curvó sus nudosos dedos con fuerza como si estuviera agarrando una pelota invisible.

Altan inclinó la cabeza como diciendo: «Venga, vamos».

El combate no tardó en perder su elegancia. Se convirtió en una lucha por derribar al otro, plagada de nudillos ensangrentados y carente de restricciones. Fue torpe y brusca, repleta de fuerza bruta y animal. No había nada prohibido. Tobi fue a arañarle con furia la cara a Altan, pero este agachó la cabeza y le asestó un codazo en el pecho.

El otro chico trastabilló hacia atrás, con la respiración entrecortada. Altan le dio un revés en la cabeza, como si se tratara de un niño al que había que disciplinar. Tobi cayó al suelo y luego se puso en pie con un complicado salto, cargando hacia delante. Altan levantó los puños de forma preventiva, pero su oponente se lanzó hacia su cadera y ambos cayeron al suelo.

El esperiliano se golpeó en la espalda contra el suelo de tierra. Tobi le tiró del brazo derecho hacia atrás y le clavó las uñas en el estómago. Altan abrió la boca para emitir un grito ahogado. Tobi le enterró cada vez más los dedos y los retorció. Rin podía ver las venas que se le marcaban en la parte inferior del brazo. Tenía el rostro contraído como si fuera un lobo gruñendo.

Altan convulsionó bajo el agarre del joven y tosió. Le salió sangre por la boca.

A Rin se le revolvió el estómago.

—Mierda —repetía Kitay una y otra vez—. Mierda, mierda, mierda.

—Eso es la Garra del Tigre —explicó Raban—. La técnica particular de Tobi. Artes marciales heredadas. Altan se pasará una semana sin poder cagar en condiciones.

Sonnen se inclinó hacia delante.

—Vale, separaos…

Pero entonces, Altan le envolvió el cuello a Tobi con la mano que tenía libre y tiró de él hacia su propia frente. Una vez. Dos veces. El otro chico aflojó su agarre.

El esperiliano lo empujó y se abalanzó sobre él. Medio segundo después, habían intercambiado sus posturas. Tobi yacía inerte en el suelo, mientras que Altan se encontraba encima de él, clavándole la

rodilla y aferrándole con firmeza el cuello con las manos. Tobi le dio unos toques desesperados en el brazo.

Altan lo apartó de un empujón con desdén. Miró hacia el maestro Sonnen como si aguardara más instrucciones.

Sonnen se encogió de hombros.

—Se acabó.

Rin dejó escapar un suspiro. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Los aprendices de Medicina saltaron al foso y levantaron a Tobi, que gimió. Le sangraba la nariz profusamente.

Altan se echó hacia atrás y se apoyó contra la pared de tierra. Parecía aburrido, indiferente, como si no le hubieran retorcido el estómago con una horrible llave, como si no le hubieran hecho ni un rasguño. La sangre le resbalaba por la barbilla y manchaba su labio superior, y mientras él se relamía para limpiárselo, Rin lo contempló, fascinada y horrorizada a partes iguales.

El esperiliano cerró los ojos durante largo rato. Luego inclinó la cabeza hacia atrás y espiró lentamente por la boca.

Raban sonrió cuando vio la cara que habían puesto los de primero.

—¿Lo entendéis ahora?

—Eso ha sido… —Kitay agitó las manos—. ¿Cómo? ¿Cómo?

—¿Acaso siente dolor? —preguntó Rin—. No es humano.

—No lo es —respondió Raban—. Es esperiliano.

Al día siguiente, durante el almuerzo, los de primero eran incapaces de hablar de cualquier cosa que no fuera Altan.

Había embelesado, de un modo u otro, a toda la clase, pero Kitay estaba especialmente obsesionado con él.

—La forma en la que se mueve es… —Agitó los brazos en el aire, sin saber qué decir.

—No habla mucho, ¿no? —dijo Han—. Ni siquiera se presentó. Qué capullo.

—No necesita presentación —resopló Kitay—. Todos saben quién es.

—Fuerte y misterioso —dijo Venka con aire soñador. Niang y ella dejaron escapar una risita.

—Puede que no sepa hablar —sugirió Nezha—. Ya sabéis cómo eran los esperilianos. Salvajes y sanguinarios. Casi ni sabían qué hacer si no recibían órdenes.

—Los esperilianos no eran idiotas —protestó Niang.

—Eran primitivos. Poco más inteligentes que un niño —insistió Nezha—. He oído que se asemejaban más a los monos que a los seres humanos. Sus cerebros eran más pequeños. ¿Sabíais que no tenían ni

siquiera un lenguaje escrito antes de la llegada del Emperador Rojo? Se les da bien luchar, pero poco más.

Varios de sus compañeros asintieron como si aquello tuviera sentido, pero a Rin le costaba creer que alguien que había luchado con una precisión tan grácil como Altan pudiera tener la capacidad cognitiva de un mono.

Desde su llegada a Sinegard, había aprendido lo que era que consideraran estúpida a una persona por el tono de su piel. Eso la sacaba de quicio. Se preguntaba si Altan habría pasado por lo mismo.

—No estás bien informado. Altan no es idiota —comentó Raban—. Es el mejor estudiante de nuestra clase. Probablemente de toda la academia. Irjah dice que nunca ha tenido un aprendiz tan brillante.

—Yo he oído que, cuando se gradúe, tendrá asegurado un puesto como alto mando —añadió Han.

—Yo he oído que se droga —dijo Nezha. Era evidente que le molestaba no ser el centro de atención. Parecía decidido a minar la credibilidad de Altan de cualquier forma posible—. Consume opio. Se le nota en los ojos. Los tiene siempre inyectados en sangre.

—Los tiene rojos porque es esperiliano, idiota —replicó Kitay—. Todos los esperilianos tienen los ojos carmesíes.

—No, no es verdad —dijo Niang—. Solo los guerreros.

—Bueno, Altan claramente es un guerrero. Y lo que tiene rojo es el iris —insistió Kitay—, no las venas de alrededor. No es un adicto.

Nezha curvó el labio hacia arriba.

—Te pasas mucho tiempo contemplando los ojos de Altan, ¿eh?

Kitay se ruborizó.

—No has oído lo que comentan los otros aprendices —continuó Nezha con aire de suficiencia, como si tuviera acceso a una información privilegiada que los demás no conocían—. Altan sí que es un adicto. He oído que Irjah le proporciona amapola cada vez que gana. Por eso se esfuerza tanto en las peleas. Los adictos al opio hacen lo que sea para conseguirlo.

—Eso es absurdo —intervino Rin—. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Ella sí que sabía el aspecto que tenía un adicto. Los fumadores de opio eran sacos de carne, amarillentos e inútiles. No luchaban como lo hacía Altan. No se movían como él. No eran unos seres tan bellos, perfectos y letales.

«Por la Gran Tortuga». Rin fue consciente entonces de lo que le pasaba. «Yo también estoy igual de obsesionada con él».

—Seis meses después de haber firmado el pacto de no agresión, la emperatriz Su Daji prohibió de manera oficial la posesión y el

consumo de toda sustancia psicoactiva dentro de las fronteras de Nikan e instauró una serie de severas penas retributivas en un intento por acabar de un plumazo con el consumo ilegal de drogas. Como no podía ser de otro modo, el mercado negro de opio sigue prosperando en muchas provincias, lo que ha provocado debates sobre la eficiencia de dichas políticas. —El maestro Yin contempló a sus alumnos, que no dejaban de moverse en la silla, de pintarrajear sus libros o de mirar por la ventana—. ¿Es que estoy impartiendo la clase en un cementerio?

Kitay levantó una mano.

—¿Podemos hablar sobre Speer?

—¿Qué? —Yim frunció el ceño—. Speer no tiene nada que ver con lo que estamos… Ah. —Suspiró—. Habéis conocido a Trengsin, ¿no?

—Es alucinante —dijo Han con fervor, a lo que los demás respondieron con asentimientos.

El maestro pareció exasperado.

—Todos los años igual —masculló—. Todos los años. Vale. —Echó a un lado sus apuntes para esa lección—. Si queréis hablar sobre Speer, hablaremos sobre Speer.

Entonces, la clase comenzó a prestar mucha atención. Yim puso los ojos en blanco mientras rebuscaba entre una gruesa pila de mapas en el cajón de su mesa.

—¿Por qué bombardearon Speer? —preguntó Kitay, impaciente.

—Lo primero es lo primero —dijo Yim. Ojeó varios pergaminos hasta que encontró el que buscaba: un mapa arrugado de Speer y de la frontera sur de Nikan—. No toleraré una historiografía apresurada —declaró mientras lo clavaba en la pizarra—. Comenzaremos con el contexto político. Speer pasó a convertirse en una colonia nikara durante el mandato del Emperador Rojo. ¿Quién puede hablarme sobre la anexión de Speer?

A Rin le pareció que «anexión» era una palabra muy amable para describir lo que había sucedido. La verdad no era tan simple. Siglos atrás, el Emperador Rojo había tomado la isla por la fuerza y había obligado a los esperilianos a formar parte de su ejército, para luego convertir a los guerreros isleños en el contingente más temido de la Milicia hasta su exterminio en la Segunda Guerra de la Amapola.

Nezha levantó la mano.

—Speer se anexionó cuando lo gobernaba Mai’rinnen Tearza, la última reina guerrera de la isla. El antiguo Imperio nikara le pidió que abandonara el trono y que le rindiese tributo a Sinegard. Tearza accedió, en gran parte porque estaba enamorada del Emperador Rojo o algo así, pero el Consejo esperiliano se opuso. Según la leyenda, en

su infinita desesperación, Tearza se apuñaló a sí misma, y aquel último acto convenció al Consejo esperiliano de su pasión por Nikan.

El aula se quedó en silencio durante un momento.

—Esa —masculló Kitay— es la historia más tonta que he oído en mi vida.

—¿Por qué iba a suicidarse? —preguntó Rin en voz alta—. ¿No habría sido más útil que siguiera viva para defender su postura?

Nezha se encogió de hombros.

—Es parte del motivo por el que las mujeres no deberían estar al mando de pequeñas islas.

Eso provocó una algarabía de respuestas. Yim levantó una mano para hacerlos callar.

—No fue tan simple. La leyenda, cómo no, ha enturbiado la realidad. El relato de Tearza y el Emperador Rojo es una historia de amor, no una anécdota histórica.

Venka levantó una mano.

—Yo he oído que el Emperador Rojo la traicionó. Le prometió que no invadiría Speer, pero rompió su palabra.

Yim se encogió de hombros.

—Esa es una teoría popular. El Emperador Rojo era conocido por su crueldad. Una traición de esas características no hubiese supuesto ninguna sorpresa. La verdad es que no sabemos por qué murió Tearza o si alguien la asesinó. Solo sabemos que, efectivamente, murió, que la tradición de los monarcas guerreros en Speer se perdió y que la isla se anexionó al Imperio hasta la Segunda Guerra de la Amapola.

»Desde el punto de vista económico, Speer apenas era una colonia útil. La isla no exportaba casi nada que el Imperio pudiera necesitar, aparte de soldados. Se cree que los esperilianos ni siquiera conocían la agricultura. Antes de la influencia civilizadora de los emisarios del Emperador Rojo, los esperilianos eran un pueblo primitivo que practicaba unos rituales vulgares y barbáricos. Tenían muy poco que ofrecer cultural o tecnológicamente. De hecho, parecían estar décadas por detrás del resto del mundo. Sin embargo, desde el punto de vista militar, los esperilianos valían su peso en oro.

Rin levantó una mano.

—¿Es cierto que los esperilianos eran chamanes del fuego?

Unas risas apagadas se extendieron por toda la clase y la chica se arrepintió de inmediato de haber hablado.

Yim parecía asombrado.

—¿En Tikany seguís creyendo en los chamanes?

A Rin le ardieron las mejillas. Se había criado escuchando una historia tras otra sobre Speer. Todos en Tikany estaban enormemente

obsesionados con las desenfrenadas fuerzas guerreras del Imperio y sus presuntas habilidades sobrenaturales. Ella sabía que no debía tomarse las historias al pie de la letra. Pero aun así sentía curiosidad.

No obstante, había hablado sin pensar. Como era de esperar, los mitos que la habían cautivado en Tikany no eran más que historias anticuadas y provincianas en la capital.

—No… Es decir, no… —tartamudeó—. Es solo algo que he leído, y me preguntaba si…

—No se lo tenga en cuenta —intervino Nezha—. En Tikany siguen creyendo que perdimos las Guerras de la Amapola.

Más risas burlonas. Nezha se reclinó hacia atrás con una actitud engreída.

—Pero los esperilianos sí que contaban con algunas habilidades extrañas, ¿no? —Kitay salió enseguida en defensa de Rin—. ¿Por qué si no iba Mugen a atacar Speer?

—Porque era un objetivo conveniente —dijo Nezha—. Situado justo entre el archipiélago de la Federación y la Provincia de la Serpiente. ¿Por qué no iban a hacerlo?

—Eso no tiene sentido. —Kitay negó con la cabeza—. Por lo que he leído, Speer era una isla sin ningún valor estratégico. Ni siquiera servía como base naval. A la Federación le habría venido mucho mejor navegar directamente por el estrecho hasta Khurdalain. Mugen solo se habría preocupado tanto por Speer en caso de que los esperilianos hubieran podido hacer algo que les aterrorizara.

—Los esperilianos eran aterradores —siguió Nezha—. Unas bestias primitivas y adictas a las drogas. ¿Quién no iba a querer erradicarlos?

Rin no podía creer que Nezha fuese tan terriblemente grosera a la hora de describir una trágica masacre, y le asombró que el maestro Yim asintiera ante sus palabras.

—Los esperilianos eran una raza bárbara y obsesionada con la guerra —dijo este—. En cuanto sus niños aprendían a caminar, los entrenaban para la batalla. Durante siglos, subsistieron a base de saquear con regularidad las localidades costeras de Nikan porque no contaban con una agricultura propia. Sin embargo, los rumores de chamanismo seguramente tendrán que ver más con su religión. Los historiadores creen que llevaban a cabo extraños rituales en los que juraban fidelidad a su dios, el Fénix Bermejo del Sur. Pero eso era tan solo un ritual, no una destreza militar.

—Pero la inclinación de los esperilianos por el fuego está bien documentada —dijo Kitay—. He leído los informes de guerra. Más de un par de generales, tanto de Nikan como de la Federación, creían que los esperilianos podían manipular el fuego a su antojo.

—Todo eso son mitos —declaró Yim con desdén—. La habilidad de los esperilianos para manipular el fuego era un rumor extendido para atemorizar a sus enemigos. Probablemente se originara a raíz de las armas llameantes que utilizaban durante los saqueos nocturnos. Pero, en la actualidad, la mayoría de los académicos coinciden en que la destreza de los esperilianos en la batalla se debe completamente a su condicionamiento social y a su duro entorno.

—Entonces, ¿por qué no podría hacer lo mismo nuestro ejército? —preguntó Rin—. Si los guerreros esperilianos de verdad eran tan poderosos, ¿por qué no copiamos sus tácticas? ¿Por qué tuvimos que esclavizarlos?

—Speer era una colonia tributaria, no de esclavos —respondió Yim con impaciencia—. Y sí que podríamos recrear sus programas de entrenamiento, pero repito: sus métodos eran barbáricos. Por lo que cuenta Jun, ya os cuesta bastante superar un entrenamiento básico. No creo que os agradara veros sometidos a un régimen esperiliano.

—¿Y Altan qué? —insistió Kitay—. Él no se crio en Speer, ha entrenado en Sinegard…

—¿Y has visto que Altan pueda invocar el fuego a su antojo?

—Por supuesto que no, pero…

—¿Es que su mera imagen os ha dejado atontados? —preguntó el maestro Yim—. Quiero dejar algo totalmente claro: no existen los chamanes. No hay más esperilianos. Altan es tan humano como cualquiera de vosotros. No posee magia ni ninguna habilidad divina. Lucha bien porque lleva entrenando desde que aprendió a caminar. Altan es el último vestigio de una raza erradicada. Si los esperilianos le rezaban a su dios, es evidente que eso no los salvó.

Su obsesión por Altan no fue completamente inútil en todas sus clases. Tras presenciar los combates de los aprendices, los novatos redoblaron sus esfuerzos en la clase de Jun. Querían convertirse en luchadores gráciles y letales como Altan. No obstante, Jun continuó con su meticuloso entrenamiento. Se negó a enseñarles las técnicas ostentosas que habían presenciado en el foso hasta que hubieran dominado a la perfección las más básicas.

—Si intentarais llevar a cabo ahora la Garra del Tigre de Tobi, no mataríais ni a un conejo —se burló el maestro—. Solo acabaríais rompiéndoos los dedos. Os quedan aún meses antes de ser capaces de canalizar el Qi necesario para ese tipo de técnica.

Al menos, ya se había cansado de hacerles practicar los ejercicios mientras estaban en formación. Los alumnos ya manejaban las varas de un modo bastante competente y, por suerte, las lesiones accidentales eran mínimas. Un día, casi al final de la clase, Jun los

dispuso en filas y les ordenó que pelearan entre sí.

—De manera responsable —insistió—. Si hace falta, más lento. No soporto las lesiones tontas. Practicad los golpes y las paradas que ya habéis ensayado en solitario.

Rin terminó plantada delante de Nezha. Cómo no. Él le dedicó una sonrisa malévola.

Por un momento, la muchacha se preguntó cómo iban a lograr acabar ese combate sin herirse el uno al otro.

—A la de tres —anunció Jun—. Uno, dos…

Nezha se abalanzó hacia delante.

La fuerza de su ataque sorprendió a Rin. Apenas tuvo tiempo de levantar la vara por encima de su cabeza para bloquear aquel golpe que la habría dejado inconsciente. El impacto hizo que le temblaran los brazos.

Pero Nezha continuó avanzando, ignorando por completo las instrucciones de Jun. Balanceaba su vara con un abandono salvaje, pero también con una puntería sorprendentemente buena. Rin empuñó su arma de manera torpe; aún la sentía como un objeto extraño entre sus manos, nada que ver con esa forma borrosa que giraba entre las de Nezha. Ella casi ni era capaz de mantenerla sujeta. En dos ocasiones estuvo a punto de caérsele. Nezha le lanzó muchos más golpes de los que ella consiguió bloquear. Los dos primeros, un golpe en el codo y otro en la parte superior del muslo, le dolieron. Entonces, Nezha le asestó tantos seguidos que Rin dejó de sentirlos.

Se había equivocado con respecto a él. Quizás las otras veces hubiera estado alardeando, pero su dominio de las artes marciales era prodigioso y muy real. La última vez que se habían enfrentado, Nezha se había mostrado demasiado arrogante. El golpe que le había asestado Rin había sido pura suerte.

Ahora Nezha no estaba siendo arrogante.

El joven le acertó con la vara en la rodillas y se escuchó un crujido enfermizo. Rin abrió mucho los ojos; luego se desplomó sobre el suelo.

Nezha ni se molestó en seguir golpeándola con el arma. Le dio patadas mientras permanecía ahí tendida, cada una más violenta que la anterior.

—Esta es la diferencia entre tú y yo —murmuró—. Yo llevo toda mi vida entrenando para esto. No puedes venir aquí y dejarme en evidencia. ¿Lo entiendes? No eres nada.

«Va a matarme. Va a matarme de verdad».

Se había acabado lo de usar la vara. Rin no podía defenderse con un arma que no sabía usar. La soltó y saltó hacia delante para rodearlo por la cintura. A Nezha se le escapó su vara de las manos y cayó de

espaldas. Rin aterrizó encima de él. El chico le lanzó un puñetazo a la cara y ella le estampó la palma de la mano contra la nariz. Se atacaron con furia el uno al otro, creando una maraña caótica de extremidades.

Entonces, algo tiró del cuello de la túnica de Rin y le cortó la respiración. Jun los separó con una impresionante muestra de fuerza, los mantuvo suspendidos en el aire durante un minuto y luego los arrojó a ambos al suelo.

—¿Qué parte de «bloqueos y paradas» no os ha quedado clara? —bramó.

—Ha empezado ella —se apresuró a decir Nezha. Consiguió sentarse en el suelo y señaló a Rin—. Ha soltado su…

—Lo he presenciado todo —espetó Jun—. He visto cómo rodabais por el suelo como un par de idiotas. Si me gustara entrenar animales, estaría con los Cike. ¿Queréis que les pida que os acepten entre sus filas?

Nezha bajó la mirada.

—No, señor.

—Guarda tu arma y márchate de mi clase. Estás suspendido durante una semana.

—Sí, señor. —Nezha se puso en pie, lanzó su vara hacia el armero y se marchó.

Entonces, Jun pasó a centrar su atención en Rin. La chica tenía el rostro cubierto de sangre, que le caía desde la nariz y le corría por la frente. Se limpió torpemente la barbilla, demasiado nerviosa como para mirar al maestro a los ojos.

Este se cernió sobre ella.

—Tú. Levanta.

Rin se puso en pie como pudo. Al hacerlo, su rodilla aulló de dolor.

—Borra ese patético gesto de tu cara. No recibirás compasión por mi parte.

No esperaba su compasión, pero tampoco lo que vino a continuación.

—Esa ha sido la exhibición más miserable que he visto por parte de una estudiante desde que abandoné la Milicia —le dijo—. Tus técnicas básicas son espantosas. Te mueves como si fueras parapléjica. ¿Qué acabo de presenciar? ¿Acaso has estado durmiendo el último mes durante mis clases?

«Nezha se movía demasiado rápido. No podía seguirle el ritmo. No cuento con los años de entrenamiento que ha tenido él». Incluso mientras esas palabras cruzaban su mente, le parecieron unas excusas ridículas. Abrió la boca y la cerró, demasiado aturdida como para responder.

—Detesto a los estudiantes como tú —continuó Jun, implacable. El ruido de las varas chocando entre sí se había detenido hacía ya rato. Toda la clase estaba escuchando—. Vienes a Sinegard desde tu pequeño pueblo y te crees que esto es todo, que ya lo has conseguido, que vas a hacer que mamá y papá se sientan orgullosos. Puede que fueras la cría más lista de tu pueblo. ¡Hasta puede que fueras la mejor alumna que haya visto tu profesor! Pero ¿sabes qué? Para dominar las artes marciales hace falta mucho más que saber memorizar un par de Clásicos.

»Todos los años tenemos a alguien como tú, una paleta de campo que se cree que solo por haber hecho bien un examen se merece mi tiempo y mi atención. Debes entender una cosa, sureña, ese examen no demuestra nada. La disciplina y la competencia: esas son las únicas cosas que importan en esta escuela. Puede que ese chico —Jun señaló con el pulgar en la dirección por la que se había marchado Nezha— sea un capullo, pero tiene madera de comandante. Sin embargo, tú solo eres escoria campesina.

En ese instante, toda la clase contemplaba a Rin. Kitay la miraba con compasión. Incluso Venka parecía estar atónita.

Empezaron a pitarle los oídos, lo suficiente como para ahogar el sonido de las palabras del maestro. Se sentía diminuta. Sentía como si fuese a derrumbarse. «No llores». Le palpitaban los ojos a causa de la presión de contener las lágrimas. «Por favor, no llores».

—No tolero a alborotadores en mi clase —declaró Jun—. No cuento con el satisfactorio privilegio de poder expulsarte, pero, en calidad de maestro de Combate, sí que puedo hacer una cosa: de ahora en adelante, tienes prohibido el acceso a la zona de prácticas. No tocarás el armero. No entrenarás en el gimnasio en tus horas libres. No pondrás un pie aquí mientras sea yo quien imparta esta clase. No les pedirás a los estudiantes mayores que te enseñen. No quiero que causes más problemas en mi gimnasio. Y ahora, lárgate de mi vista.

5

Rin cruzó a trompicones la puerta del patio. No paraba de reproducir una y otra vez las palabras de Jun en su cabeza. De pronto, se sintió mareada. Le temblaron las piernas y lo vio todo negro durante un momento. Se apoyó contra el muro de piedra y se dejó caer. Se llevó las rodillas al pecho mientras la sangre le bombeaba con intensidad en los oídos.

Entonces, la presión de su pecho se incrementó y Rin lloró por primera vez desde el día de la orientación, sollozando con el rostro entre las manos para que nadie pudiera oírla.

Lloró a causa del dolor. De la vergüenza. Pero, sobre todo, lloró porque esos dos largos años de estudio para el keju no habían servido para nada. Llevaba años de retraso en comparación con sus compañeros de Sinegard. No tenía ninguna experiencia en artes marciales, y mucho menos en artes marciales heredadas, aunque fueran tan ridículas como las de Nezha. No llevaba entrenando desde su infancia como Venka. No era tan inteligente ni tenía una memoria eidética como Kitay.

Y lo peor era que no tenía forma de compensar todo aquello. Sabía que sin la tutela de Jun, por muy frustrante que fuera, se había quedado sin posibilidades de aprobar las pruebas. Ningún maestro querría contar con una aprendiza que no supiera luchar. Sinegard era principalmente una academia militar. Si no era capaz de defenderse en el campo de batalla, entonces ¿qué pintaba allí?

El castigo de Jun era, al fin y al cabo, lo mismo que una expulsión. Rin estaba acabada. Todo se había acabado. En menos de un año estaría de vuelta en Tikany.

«Pero Nezha me ha atacado primero».

Cuanto más pensaba en ello, más rápido se transformaba su desesperación en rabia. Ese chico había intentado matarla. Ella solo había actuado en defensa propia. ¿Por qué la habían echado de clase y Nezha había acabado con poco más que un toque de atención?

El motivo estaba claro. Él era un noble sinegardiano, el hijo de un

jefe militar, y ella era una campesina sin contactos ni posición social. Él importaba. Ella no.

No… No podían hacerle eso sin más. Tal vez creyeran que podían barrerla como si fuese basura, pero Rin no tenía por qué dejarlo estar y aceptarlo. Venía de la nada. Y no iba a volver a ella.

Las puertas del patio se abrieron cuando la clase terminó. Sus compañeros se apresuraron a pasar de largo y fingieron no verla. El único que se quedó atrás fue Kitay.

—Jun entrará en razón —le dijo.

Rin tomó la mano que su amigo le tendía y se puso de pie en silencio. Se secó la cara con la manga y se sorbió la nariz.

—Lo digo en serio —continuó Kitay, y apoyó una palma sobre el hombro de Rin—. A Nezha solo lo ha suspendido durante una semana.

Ella le apartó con brusquedad mientras seguía secándose con rabia los ojos.

—Eso es porque Nezha nació con un lingote de oro en la boca. Se ha ido de rositas porque su padre tiene a la mitad de los profesores bien agarrados de las pelotas. Nezha es de Sinegard, así que eso lo hace especial. Este es su sitio.

—Venga ya, este también es tu sitio. Aprobaste el keju…

—El keju no significa nada —respondió Rin en un tono mordaz—. El keju es una treta para mantener a los campesinos analfabetos justo donde siempre han estado. Si logras superar el keju, simplemente buscarán otro modo de expulsarte. El keju mantiene aplacada a la clase baja. Nos permite soñar. No es una escalera para ascender en la sociedad, es una forma de hacer que la gente como yo permanezca exactamente en el mismo lugar en el que ha nacido. El keju es una droga.

—Eso no es cierto, Rin.

—¡Sí que lo es! —La joven estrelló el puño contra la pared—. Pero no van a deshacerse de mí de este modo. No de una forma tan fácil. No se lo permitiré. No lo haré.

De repente, se tambaleó. La visión se le oscureció y luego volvió a aclarársele.

—Por la Gran Tortuga —exclamó Kitay—. ¿Estás bien?

Rin se giró hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Estás sudando.

¿Sudando? No estaba sudando.

—Estoy bien —respondió. Habló en un tono excesivamente alto. Le pitaban los oídos. ¿Estaba gritando?

—Rin, cálmate.

—¡Estoy calmada! ¡Estoy extremadamente calmada!

No estaba calmada ni de lejos. Quería destrozar algo. Quería gritarle a alguien. La rabia la envolvió como si fuese una ola de calor.

Entonces, sintió un dolor agudo en el estómago, como si la hubiesen apuñalado. Jadeó bruscamente y se agarró el vientre. Era como si alguien le estuviera rajando las entrañas con una piedra afilada.

Kitay la sujetó por los hombros.

—¿Rin? ¿Rin?

La invadieron unas repentinas ganas de vomitar. ¿Acaso los golpes de Nezha le habían causado daños internos?

«Estupendo», pensó. «Ahora también acabarás humillada y lesionada. Espera a que Nezha te vea llegar cojeando a clase. Lo va a disfrutar».

Apartó a Kitay de un empujón.

—No necesito… ¡Déjame en paz!

—Pero estás…

—¡Estoy bien!

Rin se despertó aquella noche con una sensación pringosa profundamente extraña.

Los pantalones de su pijama estaban fríos, igual que cuando era pequeña y se hacía pis mientras dormía. Pero tenía las piernas demasiado pegajosas como para que aquello fuese orina. Mientras su corazón latía con fuerza, se levantó del catre y encendió una lámpara con los dedos temblorosos.

Bajó la mirada y estuvo a punto de soltar un chillido. La tenue luz de la vela iluminó unos charcos carmesíes que se extendían por todas partes. Rin estaba cubierta de una ingente cantidad de sangre.

Intentó no entrar en pánico, obligó a su mente somnolienta a pensar de un modo racional. No sentía ningún dolor agudo, solo una profunda incomodidad y una gran irritación. No la habían apuñalado. Tampoco había expulsado repentinamente todos sus órganos internos. Un riachuelo de sangre fresca le bajó por la pierna en ese momento y Rin la rastreó hasta el origen, manchándose los dedos.

Entonces, se sintió confusa.

Volver a dormirse no era una opción. Se limpió con las partes de la sábana que no estaban empapadas en sangre, se colocó un trozo de tela entre las piernas y salió corriendo del dormitorio para acudir a la enfermería antes de que se despertase el resto del campus.

Llegó a la enfermería hecha un amasijo de sudor y sangre, a punto de sufrir un ataque de nervios. El médico de guardia le echó un vistazo y mandó llamar a la mujer que tenía como ayudante.

—Es una de esas situaciones —le informó.

—Por supuesto. —La ayudante parecía estar haciendo un esfuerzo por aguantarse la risa. A Rin aquella situación no le hacía ni pizca de gracia.

La mujer la condujo detrás de una cortina, le entregó una muda de ropa limpia y una toalla, y luego se sentó con ella para mostrarle un diagrama detallado del cuerpo femenino.

El hecho de que Rin no hubiera oído hablar de la menstruación hasta ese día era, tal vez, una muestra evidente de la falta de educación sexual que imperaba en Tikany. Durante los siguientes quince minutos, la ayudante del médico le explicó en detalle los cambios que se estaban produciendo en su cuerpo, señalando varias zonas en el diagrama y haciendo unos gestos muy gráficos con las manos.

—No te estás muriendo, cariño. Simplemente tu cuerpo está desprendiendo el recubrimiento uterino.

Rin se quedó con la mandíbula desencajada durante un minuto entero.

—¿Qué cojones…?

Regresó a su catre con una faja para mujeres increíblemente incómoda debajo de los pantalones y un calcetín lleno de granos de arroz calientes sin cocinar. Se colocó el calcetín sobre la parte baja del torso para aliviar el dolor, pero los calambres eran tan horribles que no pudo salir de la cama antes de que comenzaran las clases.

—¿Quieres que vaya a buscar a alguien? —le preguntó Niang.

—No —balbuceó Rin—. Estoy bien. Vete.

Pasó todo el día en la cama, agobiada por las clases que se estaba perdiendo.

«No pasará nada», se repetía a sí misma una y otra vez para no entrar en pánico. Perder un día de clase no la afectaría. Los alumnos enfermaban constantemente. Kitay le dejaría sus apuntes si se los pedía. Podría ponerse al día.

Pero aquello iba a pasarle todos los meses. Cada maldito mes, su útero se desharía en pedazos, enviándole descargas de rabia por todo el cuerpo y provocando que acabara hinchada, torpe, aturdida y, lo peor de todo, débil. No era de extrañar que las mujeres rara vez permanecieran en Sinegard.

Tenía que solucionar aquel problema.

Ojalá no le resultase tan profundamente embarazoso. Necesitaba ayuda. Venka parecía ser alguien que ya habría empezado a menstruar. Pero Rin hubiera preferido la muerte antes que preguntarle cómo lidiaba ella con eso. En su lugar, le hizo aquellas preguntas una

noche a Kureel, después de asegurarse de que Niang y Venka se habían dormido.

Kureel se rio en voz alta en la oscuridad.

—Solo tienes que ponerte tu faja para ir a clase. No te pasará nada. Te acostumbrarás a los calambres.

—Pero ¿con cuánta frecuencia tengo que cambiármela? ¿Y si me gotea en clase? ¿Y sí me mancho el uniforme? ¿Y si alguien lo ve?

—Relájate —le dijo Kureel—. La primera vez es duro, pero acabarás habituándote. Haz un seguimiento de tu ciclo menstrual y así sabrás cuándo te toca la próxima vez.

Eso no era lo que Rin quería oír.

—¿No hay ninguna forma de detenerlo para siempre?

—No, a no ser que te extirpes el útero —se burló Kureel. Luego se detuvo y contempló la expresión de Rin—. Lo decía en broma. No es una posibilidad.

—Sí que lo es. —Arda, que era una aprendiza de Medicina, las interrumpió en voz baja—. Existe una intervención que ofrecen en la enfermería. A tu edad, ni siquiera es necesario una cirugía. Te darán un mejunje. Eso detendrá el proceso de manera definitiva.

—¿De verdad? —La esperanza se abrió paso en el pecho de Rin. Desplazó los ojos de una aprendiza a la otra—. ¿Y por qué no habéis hecho eso vosotras?

Ambas le dedicaron una mirada de incredulidad.

—Te destruye el útero —respondió al fin Arda—. Básicamente, se carga uno de tus órganos internos. Nunca podrás tener hijos.

—Y duele que te cagas —dijo Kureel—. No merece la pena.

«Pero yo no quiero tener hijos», pensó Rin. «Quiero permanecer en la escuela».

Si aquella intervención podía evitar que menstruara, si podía ayudarla a permanecer en Sinegard, entonces merecía la pena.

Una vez que dejó de sangrar, Rin regresó a la enfermería y le explicó al médico lo que quería. El hombre no se lo discutió. De hecho, pareció complacido.

—Llevo años intentando convencer a las chicas de aquí para que lo hagan —le dijo—. Ninguna de ellas me ha hecho caso. No me extraña que sean tan pocas las que superan el primer año. Deberían hacer que esto fuese obligatorio.

La hizo esperar mientras desaparecía en un cuarto trasero y mezclaba los medicamentos que necesitaba. Diez minutos después, volvió con una taza humeante.

—Bébete esto.

Rin aceptó la taza. Era de porcelana oscura, así que no pudo

discernir el color del líquido que contenía. Se preguntó si debería sentir alguna cosa. Aquello era significativo, ¿no? Jamás tendría hijos. Nadie accedería a casarse con ella después de eso. ¿No debería importarle?

No. No, claro que no. Si hubiera querido que su barriga se hinchara para gestar a unos mocosos chillones, se habría quedado en Tikany. Había acudido a Sinegard para escapar de ese futuro. ¿Por qué iba a dudar ahora?

Intentó hallar en su interior algún resquicio de arrepentimiento. Nada. No sentía absolutamente nada, igual que tampoco había sentido nada el día en el que había abandonado Tikany, mientras observaba cómo aquel pueblo polvoriento desaparecía para siempre en la lejanía.

—Te dolerá —le advirtió el médico—. El dolor es mucho peor que el que sientes cuando menstrúas. Tu útero se debilitará en las próximas horas. Luego dejará de cumplir su función. Cuando tu cuerpo haya madurado del todo, podrás someterte a una cirugía para extraer el útero por completo, pero este procedimiento debería servir para resolver tus problemas mientras tanto. No podrás asistir a clase durante al menos una semana después de esto. Pero luego serás libre para siempre. Ahora estoy obligado a preguntarte una vez más si estás segura de que quieres hacerlo.

—Estoy segura. —Rin no quería darle más vueltas. Contuvo el aliento y se llevó la taza a la boca, encogiéndose de asco ante el sabor.

El médico le había añadido miel para enmascarar la acidez, pero ese toque dulce solo había servido para empeorarlo. Su sabor era igual que el olor del opio. Tuvo que tragar muchas veces antes de vaciar toda la taza. Cuando se la terminó, sintió el estómago adormecido y extrañamente saciado, hinchado y gomoso. Pasados un par de minutos, notó un extraño hormigueo en la parte baja del torso, como si alguien le estuviera clavando pequeñas agujas desde dentro.

—Vuelve a tu dormitorio antes de que comience a dolerte —le aconsejó el médico—. Les diré a los maestros que estás indispuesta. Esta noche, la enfermera irá a ver cómo vas. No tendrás ganas de comer, pero haré que uno de tus compañeros te lleve comida por si acaso.

Rin le dio las gracias y corrió con paso tambaleante de vuelta a su dormitorio, agarrándose el abdomen. El hormigueo se había transformado en un dolor agudo que se le extendía por toda la parte inferior del estómago. Sentía como si se hubiera tragado un cuchillo y este estuviera retorciéndose en su interior en un lento círculo.

De algún modo, logró llegar hasta su cama.

«El dolor es solo un mensaje», se dijo a sí misma. Podía escoger

ignorarlo. Podía... Podía...

Era horrible. Gimoteó en voz alta.

No durmió, sino que se limitó a quedarse allí tumbada, aturdida por la fiebre. Se removió delirante entre las sábanas, soñando con niños nonatos y deformes, con Tobi clavándole las uñas en el estómago.

—Rin. ¿Rin?

Alguien se cernía sobre ella. Era Niang, que sostenía un cuenco de madera.

—Te he traído un poco de sopa de calabaza blanca. —Se agachó a su lado y le acercó el cuenco hasta la cara.

Rin olfateó la sopa. El estómago se le encogió dolorosamente.

—No tengo hambre —dijo con debilidad.

—También te he traído este sedante. —Niang le acercó una taza—. El médico ha dicho que puedes tomártelo ahora si quieres, pero no es necesario.

—¿Estás de coña? Dame eso. —Rin tomó la taza y se la bebió de un trago. La mente se le adormeció de inmediato. La habitación se volvió deliciosamente borrosa. Los puñales de su abdomen desaparecieron. Entonces, algo ascendió por su garganta y ella se inclinó sobre un lado de la cama para vomitar en la palangana que había dejado allí. La sangre salpicó la porcelana.

Rin bajó la vista hacia la palangana y sintió una satisfacción retorcida. «Es mejor que la sangre salga de este modo», pensó. «Toda de golpe, en lugar de poco a poco, cada mes, durante años».

Mientras continuaban dándole arcadas, escuchó cómo se abría la puerta del dormitorio.

Alguien entró y se detuvo delante de ella.

—Estás mal de la cabeza —le dijo Venka.

Rin alzó la vista para mirarla, con la sangre chorreándole por la boca, y sonrió.

Rin se pasó cuatro delirantes días postrada antes de poder volver a clase. Cuando logró salir de la cama, en contra de las recomendaciones de Niang y el médico, se dio cuenta de que se había quedado muy atrasada.

En Lingüística, se había perdido una unidad entera de conjugaciones de verbos mugeneses; en Historia, el capítulo sobre la caída del Emperador Rojo; en Estrategia, el análisis sobre predicción geográfica de Sun Tzu; y en Medicina, los detalles para colocar una férula. No esperaba indulgencias por parte de los maestros, y no recibió ninguna.

Estos la trataron como si perderse las clases hubiera sido culpa

suya, y así había sido. No tenía excusa. Solo podía limitarse a aceptar las consecuencias.

Siempre que los maestros le preguntaban algo, daba una respuesta equivocada. Sacó la nota más baja en todos los exámenes. No se quejó. Durante toda una semana, aguantó la condescendencia de los maestros en silencio.

Curiosamente, no se sintió desesperanzada, sino más bien como si se hubiera quitado una venda de los ojos. Sus primeras semanas en Sinegard habían sido como un sueño. Había quedado maravillada por la magnificencia de la ciudad y de la academia, se había dejado llevar por la corriente.

Ahora le habían recordado de una forma dolorosa que su estancia allí no era algo permanente.

El keju no había significado nada. Solo había puesto a prueba su capacidad para recitar poemas como un loro. ¿Por qué había pensado que estaría preparada para una institución como Sinegard?

Sin embargo, el keju le había enseñado algo: que el dolor era el precio del éxito.

Y ya llevaba mucho tiempo sin quemarse a sí misma con una vela.

Se había conformado con llegar a la academia. Se había vuelto vaga. Había perdido de vista lo que estaba en juego. Había necesitado que le recordaran que no era nada, que podían enviarla de vuelta a casa en cualquier momento. Que, por muy mal que estuviese en Sinegard, lo que la aguardaba en Tikany era mucho peor.

«Te mira y se humedece los labios. Te lleva a la cama. Te pone una mano entre las piernas. Gritas, pero nadie te escucha».

Se quedaría allí. Permanecería en Sinegard aunque eso acabase con ella.

Se volcó en sus estudios. Las clases se volvieron un campo de batalla, cada interacción era un enfrentamiento. En cada mano levantada y en cada tarea asignada, Rin competía contra Nezha, Venka y cualquier otro sinegardiano. Tenía que demostrar que merecía seguir allí, que merecía seguir formándose.

Había tenido que fracasar para recordar que no era como los sinegardianos. No se había criado hablando hesperiano como si nada, no estaba familiarizada con la jerarquía de mando de la Milicia imperial ni conocía las relaciones políticas entre los doce jefes militares como la palma de su mano. Los sinegardianos habían adquirido ese conocimiento en su niñez. Ella tendría que aprenderlo ahora.

Cada hora que permanecía despierta y que no pasaba en clase, estaba en los archivos. Leía los textos obligatorios en voz alta para sí

misma, envolviendo la lengua en torno a aquel desconocido dialecto sinegardiano hasta que dejó de arrastrar las palabras como los sureños.

Comenzó a quemarse de nuevo. Encontraba cierto alivio en aquel dolor. Le resultaba reconfortante, familiar. Era un martirio al que estaba acostumbrada. El éxito requería sacrificio. El sacrificio conllevaba dolor. El dolor significaba éxito.

Dejó de dormir. Se sentaba en primera fila para no tener opción de cabecear siquiera. Tenía una jaqueca constante. Siempre sentía ganas de vomitar. Dejó de comer.

Hizo que su vida fuera miserable. Aunque, de todas formas, todas sus opciones la conducían a la miseria. Podía huir. Podía subirse a un barco y escapar a otra ciudad. Podía vender drogas para otro traficante de opio. Podía, si al final no le quedaba otra, volver a Tikany, casarse y esperar que nadie descubriera que no podía tener hijos hasta que fuese demasiado tarde.

Pero ahora se sentía miserable de una forma satisfactoria. Se deleitaba en esa miseria, porque era algo que había elegido ella misma.

Un mes después, Rin sacó una de las mejores notas en uno de los frecuentes exámenes de Lingüística de Jima. Obtuvo dos puntos más que Nezha. Cuando Jima anunció las cinco notas más altas, Rin se enderezó de pronto, sorprendida gratamente.

Se había pasado toda la noche repasando los tiempos verbales hesperianos, que eran increíblemente confusos. El hesperiano moderno era un idioma que no tenía orden ni concierto. Sus normas eran prácticamente aleatorias y sus guías de pronunciación poco sistemáticas y plagadas de excepciones.

No podía razonar el hesperiano, así que lo memorizó igual que hacía con todo lo que no entendía.

—Bien —dijo Jima escuetamente cuando le entregó a Rin su pergamino de examen.

A ella le sorprendió cuánto le gustó oír ese «bien».

Descubrió entonces que los elogios de sus maestros la motivaban. Los elogios significaban que al fin (¡al fin!) habían dejado de considerarla insignificante. Podía llegar a ser brillante, a ser merecedora de su atención. Adoraba los elogios. Los anhelaba, los necesitaba, y se dio cuenta de que solo se sentía aliviada cuando por fin los obtenía.

También se dio cuenta de que sentía por los elogios lo mismo que los adictos sentían por el opio. Cada vez que recibía un nuevo halago, solo podía pensar en cómo recibir más. El éxito era un subidón. El

fracaso era peor que el síndrome de abstinencia. Sacar buenas notas en los exámenes tan solo le aportaba un alivio pasajero y un orgullo temporal. Disfrutaba de aquel periodo de gracia durante varias horas antes de comenzar a entrar en pánico otra vez a causa de su siguiente examen.

Anhelaba tanto ese reconocimiento que lo sentía en los huesos. E igual que un adicto, hacía todo lo que estaba en su mano para conseguirlo.

Durante las siguientes semanas, Rin se abrió camino desde abajo hasta convertirse en una de las mejores estudiantes de cada clase. Competía con frecuencia con Nezha y Venka por las notas más altas en prácticamente todas las materias. En Lingüística, era la segunda de la clase, por detrás de Kitay.

La que más disfrutaba era la de Estrategia.

El maestro Irjah, que lucía un bigote canoso, era el primer profesor que Rin había tenido que no apostaba principalmente por la memorización como método de aprendizaje. Hacía que sus estudiantes resolvieran silogismos lógicos. Les pedía que definieran conceptos que daban por sentados, como «ventaja», «victoria» y «guerra». Los obligaba a ser más precisos y concretos en sus respuestas. Rechazaba aquellas que estuvieran expresadas de forma imprecisa o que pudieran contar con varias interpretaciones. Les abría la mente, tiraba por tierra sus ideas preconcebidas sobre la lógica y luego volvía a reconstruirlas.

No era habitual que alabara a alguien, pero cuando lo hacía, se aseguraba de que toda la clase lo escuchara. Rin anhelaba su aprobación más que nada.

Ahora que habían terminado de analizar *El arte de la guerra* de Sun Tzu, Irjah se pasó la segunda mitad de la clase presentándoles situaciones militares hipotéticas, retándolos a pensar en cómo salir de distintos aprietos. A veces, aquellas simulaciones eran tan solo una cuestión de logística («Calculad cuánto tiempo y cuántos suministros serían necesarios para mover un peso de este tamaño a través de este estrecho»). Otras veces, dibujaba mapas para ellos, indicando con símbolos cuántas tropas tenían a su disposición y obligándolos a concebir un plan de batalla.

—Estáis atrapados detrás de este río —anunció Irjah—. Vuestras tropas se encuentran en una posición privilegiada para un asalto a distancia, pero vuestra columna principal se ha quedado sin flechas. ¿Qué hacéis entonces?

La mayoría de la clase sugirió un saqueo a los carruajes de armamento del enemigo. Venka abandonó por completo esa idea y quiso pasar a un ataque frontal directo. Nezha propuso encargarles a

los granjeros de la zona que fabricaran flechas en masa en una noche.

—Hay que reunir los espantapájaros de los granjeros de la zona —dijo Kitay.

Nezha resopló.

-¿Qué?

—Déjalo hablar —intervino Irjah.

—Se viste a los espantapájaros con los uniformes que sobren, se los mete en un barco y se los envía río abajo —prosiguió Kitay, ignorándolo—. Esta zona es una región montañosa conocida por sus fuertes precipitaciones. Podemos dar por sentado que ha llovido hace poco, así que debería haber niebla. Eso dificultará que las fuerzas enemigas puedan ver el río con claridad. Sus arqueros confundirán a los espantapájaros con soldados de verdad y dispararán hasta que parezcan alfileteros. Entonces, enviaremos a nuestros hombres corriente abajo para que recojan las flechas. Y así, usaremos las flechas de nuestro propio enemigo para matarlo.

Kitay ganó con aquel planteamiento.

En otra ocasión, Irjah les presentó un mapa de la región montañosa de Wudang marcado con dos cruces rojas que indicaban que dos batallones de la Federación rodeaban al ejército nikara desde ambos extremos del valle.

—Estáis atrapados en este valle. Se ha evacuado a casi todos los aldeanos, pero el general de la Federación ha tomado a todos los niños de una escuela como rehenes. Dice que los liberará si vuestro batallón se rinde. No tenéis ninguna garantía de que vaya a cumplir con su palabra. ¿Qué le respondéis?

Todos se quedaron contemplando el mapa durante varios minutos. Sus tropas no tenían ninguna ventaja, ninguna salida fácil.

Hasta Kitay estaba desconcertado.

—¿Y un asalto por el flanco izquierdo? —sugirió—. ¿Evacuar a los niños mientras están ocupados con una pequeña guerrilla?

—Están en un terreno más elevado —declaró Irjah—. Os derribarían antes de que tuvierais la oportunidad de desenfundar vuestras armas.

—Se puede incendiar el valle —probó Venka—. ¿Para distraerlos con el humo?

—Es un buen sistema si queréis terminar quemándoos vosotros mismos —resopló Irjah—. Recordad que no estáis en un terreno elevado.

Rin levantó la mano.

—Rodeamos al segundo ejército y nos metemos en la presa. La destruimos. Inundamos el valle y dejamos que todos se ahoguen.

Sus compañeros se giraron hacia ella con gesto horrorizado.

—Nos olvidamos de los niños —añadió Rin—. No hay ningún modo de salvarlos.

Nezha se rio en voz alta.

—Lo que intentamos es ganar esta simulación, idiota.

Irjah le indicó a Nezha que guardara silencio.

—Runin, elabora, por favor.

—Esto no se puede ganar de ninguna forma —siguió ella—. Pero si el precio es tan elevado, yo iría con todo. De este modo, ellos mueren y nosotros perdemos a la mitad de nuestras tropas, pero ahí se queda la cosa. Sun Tzu dice que ninguna batalla es un acto aislado. Este es tan solo un pequeño movimiento dentro del gran proyecto de la guerra. Las cifras que usted nos ha dado indican que esos batallones de la Federación son enormes. Supongo que constituyen un gran porcentaje dentro de todo el ejército de la Federación. Así que, si sacrificamos una parte de nuestras propias tropas, reducimos su ventaja en las próximas batallas.

—¿Prefieres matar a tu propia gente antes que dejar que el ejército de tu contrincante se retire? —le preguntó Irjah.

—Matarlos no es lo mismo que dejarlos morir —objetó Rin.

—Son bajas, al fin y al cabo.

Rin negó con la cabeza.

—No puedes dejar que el enemigo se marche si estás seguro de que, más tarde, supondrá una amenaza para ti. Te deshaces de él. Si se ha adentrado tanto en el territorio, conoce la disposición de prácticamente todo el país. Tiene una ventaja geográfica. Esta sería nuestra única oportunidad de acabar con la mayor fuerza de combate de nuestro enemigo.

—Sun Tzu decía que siempre hay que proporcionarle una salida al enemigo —afirmó Irjah.

Rin pensó que aquel era uno de los principios más estúpidos de Sun Tzu, pero no tardó en ocurrírsele un contraargumento.

—Pero Sun Tzu no quería decir que les permitieras tomar esa salida realmente. Solo hay que dejar que el enemigo crea que la situación es menos grave de lo que es en verdad, de modo que no caiga en la desesperación y haga algo estúpido y destructivo para ambos. —Rin meditó por un momento—. Supongo que podrían intentar escapar nadando.

—¡Está hablando de diezmar pueblos enteros! —protestó Venka—. No puedes destrozar una presa de esa forma. Llevaría años reconstruirla. Todo el delta del río se inundaría, no solo ese valle. Causarías hambruna. Disentería. Te cargarías la agricultura de toda

una región, originarías un montón de problemas que traerían consigo décadas de sufrimiento…

—Esos problemas pueden resolverse —insistió Rin con terquedad —. ¿Cuál era tu solución? ¿Dejar que la Federación se marchase sin problema hacia el interior? ¿De qué te servirán las regiones agrícolas cuando todo el país haya sido ocupado? Les estarías ofreciendo el país en bandeja.

—Basta. Basta. —Irjah golpeó la mesa con la mano para silenciarlas—. Nadie ha ganado esta vez. Podéis retiraros por hoy. Runin, quiero hablar contigo. Ven a mi despacho.

—¿Cómo se te ha ocurrido esta solución? —Irjah sostuvo un cuadernillo en alto.

Rin reconoció su propia caligrafía irregular en la parte superior.

La semana anterior, el maestro les había encargado que escribieran respuestas desarrolladas para otros aprietos simulados. Aquel consistía en un caso hipotético en el que la Milicia había perdido el apoyo popular para llevar a cabo un movimiento de resistencia contra la Federación. No podían confiar en que los campesinos les proporcionasen a los soldados comida o alimento para los animales, y no podían hacer uso de sus hogares como alojamiento sin forzar la entrada. De hecho, las rebeliones en las áreas rurales añadían complicaciones a la hora de coordinar los movimientos de las tropas.

La solución dé Rin había sido incendiar una de las islas menores de aldeanos.

Lo sorprendente era que la isla en cuestión pertenecía al Imperio.

—El primer día en clase de Yim hablamos sobre cómo perder Speer puso fin a la Segunda Guerra de la Amapola —explicó la joven.

Irjah frunció el ceño.

—¿Has basado este desarrollo en la masacre de los esperilianos?

Rin asintió.

—Perder Speer durante la Segunda Guerra de la Amapola llevó a Hesperia al límite. Los hizo sentirse lo bastante incómodos como para no querer que Mugen se expandiera más hacia el interior del continente. Consideré que la destrucción de otra isla menor podría tener el mismo efecto en la población de Nikan, que los convencería de que el verdadero enemigo es Mugen. Que les recordaría cuál es la amenaza.

—Si las tropas de la Milicia atacasen una provincia del Imperio, sin duda se estaría enviando el mensaje equivocado —objetó Irjah.

—No sabrían que son tropas de la Milicia —dijo Rin—. Fingiríamos que se trata de un escuadrón de la Federación. Supongo que debería haber dejado esa parte más clara en mi desarrollo. Lo mejor sería que

Mugen se nos adelantase y atacara la isla por nosotros, pero no podemos dejar esas cosas al azar.

El maestro asintió lentamente mientras le echaba un vistazo a su examen.

—Brutal. Brutal, pero inteligente. ¿Crees que fue eso lo que sucedió?

Rin tardó un momento en entender su pregunta.

—¿En esta simulación o en las Guerras de la Amapola?

—En las Guerras de la Amapola. —Irjah ladeó la cabeza, contemplándola con cautela.

—No estoy del todo segura de que no fuera eso lo que sucedió —afirmó Rin—. Hay indicios de que se permitió que el ataque a Speer tuviera éxito.

La expresión de Irjah no revelaba nada, pero tamborileó con los dedos sobre su mesa de madera.

—Explícate.

—Me resulta difícil creer que la mayor fuerza de combate de la Milicia fuera aniquilada con tanta facilidad. Eso sumado al hecho de que la isla estuviera tan sospechosamente mal defendida.

—¿Qué sugieres?

—Bueno, no lo sé a ciencia cierta, pero parece como si…

Es decir, puede que alguien desde dentro, un general nikara o una persona que estuviera al corriente de cierta información, supiera que iba a producirse un ataque a Speer, pero no alertara a nadie.

—¿Y por qué íbamos a querer perder Speer? —preguntó Irjah con calma.

A Rin le llevó un momento concebir un argumento coherente.

—Puede que supieran que Hesperia no lo iba a dejar pasar. Puede que así esperaran conseguir el apoyo popular y distraer la atención de las acciones de la Chatarra Roja. Puede que necesitaran un sacrificio y Speer fuese más prescindible que otras regiones. No podíamos permitir que falleciera ningún nikara. Pero ¿los esperilianos? ¿Por qué no?

La chica había estado dando palos de ciego cuando había empezado a desarrollar su argumento, pero nada más decirlo, se dio cuenta de que su respuesta era de lo más plausible.

Irjah parecía increíblemente incómodo.

—Debes entender que esa es una parte muy delicada de la historia de Nikan —dijo—. La forma en la que se trató a los esperilianos fue… lamentable. El Imperio los utilizó y los explotó durante siglos. Sus guerreros eran considerados poco más que unos perros rabiosos. Salvajes. Hasta que Altan llegó a Sinegard, no creo que nadie creyera realmente que los esperilianos eran capaces de pensar de manera

racional. En Nikan no nos gusta hablar de Speer, y con razón.

—Entiendo, señor. Solo era una teoría.

—Da igual. —Irjah se reclinó hacia atrás en su silla—. Esto no era de lo único de lo que quería hablar. Tu estrategia para la situación del valle ha cumplido el objetivo del ejercicio, pero ningún gobernante competente daría nunca esas órdenes. ¿Sabes por qué?

Rin reflexionó en silencio durante un minuto.

—He confundido las tácticas con la gran estrategia —respondió al fin.

Irjah asintió.

—Elabora tu respuesta.

—La táctica habría funcionado. Incluso podríamos haber ganado la guerra. Pero ningún gobernante hubiera escogido esa opción porque el país habría acabado dividido después de eso. Mi táctica no garantizaba la posibilidad de que hubiera paz.

—¿Y a qué se debe eso? —insistió el maestro.

—Venka tenía razón con eso que ha dicho sobre destruir la principal región agrícola. Nikan sufriría una hambruna que duraría años. Las rebeliones, como la de la Ópera de la Chatarra Roja, se extenderían por todas partes. El pueblo consideraría que pasa hambre por culpa de la emperatriz. Si empleáramos mi estrategia, lo que sucedería a continuación posiblemente sería el estallido de una guerra civil.

—Bien —dijo Irjah. Alzó las cejas—. Muy bien. ¿Sabes? Eres sorprendentemente brillante.

Rin intentó ocultar su regocijo, pese a que sentía una oleada de calor extendiéndosele por el cuerpo.

—Si obtienes buenos resultados en las pruebas —continuó Irjah—, podrías acabar como aprendiza de Estrategia.

Bajo cualquier otra circunstancia, sus palabras la habrían entusiasmado. La muchacha logró esbozar una sonrisa resignada.

—No estoy segura de poder llegar tan lejos, señor.

El maestro enarcó una ceja.

—¿Y eso por qué?

—El maestro Jun me ha expulsado de su clase. Probablemente no pase las pruebas.

—¿Y cómo diantres ha sucedido eso? —exigió saber Irjah.

Rin le contó lo sucedido en su última y desastrosa clase con Jun sin molestarse en alterar los acontecimientos.

—A Nezha simplemente lo echó unos días de clase, pero a mí me dijo que no volviera.

—Ah. —Irjah frunció el ceño—. Jun no te castigó porque te

metieras en una pelea. Tobi y Altan hicieron cosas mucho peores en su primer año. Te ha castigado porque es un purista en lo relativo a la escuela. Cree que no merece la pena invertir su tiempo en cualquier estudiante que no proceda de la familia de un jefe militar. Pero da igual lo que opine Jun. Eres lista. Aprenderás las técnicas que les haya enseñado a tus compañeros este mes sin mucha dificultad.

Rin negó con la cabeza.

—Eso no supondrá ninguna diferencia. Jun no va a dejarme volver.

—¿Qué? —El maestro parecía indignado—. Eso es absurdo. ¿Jima está al corriente de esto?

—Jima no puede intervenir en un asunto de Combate. O, al menos, no lo hará. Ya he preguntado. —Rin se puso en pie—. Gracias por su tiempo, maestro. Si logro superar las pruebas, será un honor continuar estudiando con usted.

—Encontrarás el modo de hacerlo —le dijo Irjah. Le brillaron los ojos—. Sun Tzu lo encontraría.

No había sido del todo sincera con Irjah. El maestro tenía razón: Rin acabaría encontrando el modo de conseguirlo.

Para empezar, no había dejado de practicar artes marciales.

Jun le había prohibido el acceso a su clase, pero no a la biblioteca. Las estanterías de Sinegard contenían una gran cantidad de tomos con instrucciones sobre artes marciales, la mayor colección que había en todo el Imperio. Tenía a su alcance los secretos de muchas artes heredadas, excepto aquellas técnicas celosamente protegidas, como las de la dinastía Yin.

En el transcurso de su investigación, Rin descubrió que la literatura existente sobre las artes marciales era increíblemente exhaustiva y desalentadoramente compleja. Aprendió que las artes marciales giraban en gran medida en torno a los linajes: diferentes posturas que pertenecían a distintas familias, técnicas similares transmitidas y mejoradas por alumnos que habían compartido el mismo maestro. La mayoría de las veces, las escuelas acababan dividiéndose a causa de rivalidades y desavenencias, así que las técnicas se fragmentaban y se desarrollaban de forma independiente.

La historia era profundamente entretenida, casi tanto como una novela. Pero practicar dichas técnicas resultó ser endemoniadamente complicado. La mayoría de los tomos eran demasiado densos como para considerarlos manuales útiles. En muchos, se daba por sentado que el estudiante los estaba leyendo junto con un maestro que podía enseñarle las técnicas en tiempo real. En otros, se exponían a lo largo de muchas páginas las técnicas de respiración y la filosofía de combate de una escuela específica, mencionando tan solo de forma esporádica

cosas como patadas y puñetazos.

—No quiero leer sobre el equilibrio del universo —mascullaba Rin, echando a un lado lo que parecía ser el centésima texto que había ojeado—. Quiero saber cómo puedo darle una paliza a alguien.

Intentó pedirles ayuda a los aprendices.

—Lo siento —le dijo Kureel sin mirarla a los ojos—. Jun ha dicho que enseñarles a los de primero fuera de las salas de entrenamiento va contra las reglas.

Rin dudaba que aquella fuese una norma real, pero debería haber sabido que no serviría de nada pedirles ayuda a los aprendices de Jun.

Pedírselo a Arda tampoco era una opción. La chica pasaba todo su tiempo en la enfermería con Enro y nunca volvía al dormitorio antes de la medianoche.

Iba a tener que aprender por sí misma.

Pasado un mes y medio, por fin encontró una mina de información en los textos de Ha Seejin, intendente bajo el mando del Emperador Rojo. Los manuales de Seejin estaban maravillosamente ilustrados, plagados de descripciones detalladas y diagramas definidos con claridad.

Echó un vistazo a las páginas con regocijo. Ya lo tenía. Eso era lo que necesitaba.

—Este no puedes sacarlo —le dijo el aprendiz que se encontraba en el mostrador de la biblioteca.

—¿Por qué no?

—Porque está en las estanterías restringidas —le respondió, como si fuese algo obvio—. Los de primer año no tienen acceso a esas.

—Ah, lo siento. Lo devolveré, entonces.

Rin fue hasta el fondo de la biblioteca y miró disimuladamente a su alrededor para asegurarse de que nadie la estaba observando. Se metió el tomo debajo de la camisa y luego dio media vuelta y se marchó de allí con él.

Sola en el patio, con el libro en la mano, se puso a estudiar. Aprendió a darle forma al aire con los puños, a imaginar una gran bola giratoria sobre sus brazos para guiar sus movimientos. Aprendió a afianzar las piernas contra el suelo para no caerse, ni siquiera cuando sus oponentes la doblaban en tamaño. Aprendió a cerrar los puños con los pulgares hacia fuera, a protegerse siempre la cara y a cambiar su equilibrio con rapidez y suavidad.

Comenzó a dársele muy bien asestar puñetazos a objetos inmóviles.

Acudió con regularidad a los combates en los fosos. Llegaba pronto al sótano y se aseguraba un sitio junto a la barandilla para no perderse ni un solo puñetazo o patada. Esperaba ser capaz de interiorizar las

técnicas de los aprendices a base de observar cómo peleaban.

Aquello la ayudó… en cierta medida. Al examinar de cerca los movimientos de los aprendices, aprendió a identificar el lugar y el momento adecuados para aplicar distintas técnicas. Cuándo dar una patada, cuándo esquivar, cuándo rodar como una loca por el suelo para evitar un golpe… Ah, no, que eso último había sido un accidente. Jeeha simplemente se había caído. Rin no tenía la memoria muscular que se adquiría al enfrentarse a otra persona, así que debía retener todas aquellas contingencias en la cabeza. Pero presenciar un combate ajeno era mucho mejor que nada.

También acudía a los combates para observar a Altan.

Se habría estado mintiendo a sí misma si no hubiera admitido que contemplarlo le producía un inmenso placer estético. Con su forma esbelta y musculosa y su mandíbula marcada, Altan era innegablemente atractivo.

Pero también era el ejemplo de lo que significaba tener una buena técnica. Altan hacía todo lo que el texto de Seejin recomendaba. Nunca bajaba la guardia, nunca exponía puntos débiles, nunca perdía la concentración. Jamás dejaba entrever cuál sería su siguiente movimiento, no saltaba de forma errática ni se apoyaba firmemente sobre los talones para anunciarle a su oponente el momento en el que iba a darle una patada. Siempre atacaba desde los laterales, nunca de frente.

En un principio, Rin había considerado que Altan era simplemente un luchador bueno y fuerte. Ahora se daba cuenta de que era, en todos los aspectos, un genio. Su técnica de combate era un estudio trigonométrico, una hermosa composición de trayectorias y fuerzas de rebote. Ganaba constantemente porque controlaba a la perfección la distancia y la torsión. Seguía una serie de fórmulas matemáticas, haciendo de la lucha una ciencia.

Combatía a menudo. A lo largo del semestre, sus adversarios no hicieron más que crecer en número. Parecía que cada uno de los aprendices de Jun quería probar a luchar contra él.

Para cuando llegó el final del otoño, Rin había visto a Altan participar en veintitrés combates. No había perdido ni uno.

6

El invierno cayó con crudeza sobre Sinegard. Los estudiantes disfrutaron de un último día agradable de sol otoñal y a la mañana siguiente, al despertar, vieron que una fina capa de nieve había caído sobre la academia. Contemplar la nieve era algo precioso durante cosa de dos minutos. Luego pasaba a ser un verdadero incordio.

Todo el campus se convirtió en un escenario propicio para partirse extremidades. Los arroyos se congelaron y las escaleras se volvieron resbaladizas y traicioneras. Las clases que se llevaban a cabo en el exterior pasaron a impartirse en el interior. A los alumnos de primer año se les asignó la tarea de esparcir sal por todos los caminos de piedra a intervalos regulares para derretir la nieve. Sin embargo, pese a todo, aquellos senderos resbaladizos enviaron a más de un estudiante a la enfermería.

En lo que a Folclore respectaba, el clima gélido fue la gota que colmó el vaso para la mayor parte de la clase, que había estado acudiendo de manera intermitente al jardín con la esperanza de que el maestro Jiang hiciera acto de presencia. Pero una cosa era esperar en ese jardín de drogas a un maestro que nunca aparecía, y otra muy distinta esperar bajo temperaturas glaciales.

En los meses que habían pasado desde el inicio del semestre, Jiang no se había presentado ni una vez en clase. De cuando en cuando, los estudiantes lo veían por el campus haciendo cosas inexcusablemente groseras. Le había volcado la bandeja del almuerzo a Nezha de entre las manos y se había marchado silbando. Le había dado un golpe en la cabeza a Kitay mientras hacía un ruido similar al arrullo de una paloma. Y había intentado cortarle el pelo a Venka con unas tijeras de podar.

Cuando algún estudiante lograba acorralarlo para preguntarle por su clase, Jiang apoyaba la boca sobre el hueco del codo para hacer una sonora pedorreta y después se escabullía.

Rin era la única que seguía frecuentando el jardín de la clase de Folclore, pero solo porque era un buen lugar para entrenar. Ahora que

los de primero evitaban el jardín por despecho, era el único sitio en el que podía estar sola.

Agradecía que nadie la viera lidiando torpemente con el texto de Seejin. Había entendido lo más básico sin problema, pero había descubierto que incluso la segunda forma era endemoniadamente complicada de ejecutar.

Seejin sentía predilección por los juegos de pies rápidos y enrevesados. Y ahí los diagramas no la ayudaban en absoluto. Los pies de las figuras que aparecían en los dibujos estaban posicionados en ángulos completamente distintos al pasar de una imagen a otra. Seejin había escrito que si un luchador era capaz de zafarse de cualquier posición incómoda, sin importar lo cerca que estuviera de caerse, habría conseguido el equilibrio perfecto y, por tanto, obtendría una ventaja en la mayoría de las posturas de combate.

En teoría, sonaba bien. En la práctica, se traducía en muchas caídas.

Seejin recomendaba que los alumnos practicaran la primera forma en una superficie elevada, preferiblemente en la gruesa rama de un árbol o en lo alto de un muro. Pese a saber que era mala idea, Rin trepó hasta la mitad del gran sauce que dominaba el jardín y posicionó los pies con vacilación contra la corteza del árbol.

A pesar de la ausencia de Jiang durante todo el semestre, el jardín había continuado impecablemente bien cuidado. Era un caleidoscopio de estridentes tonos brillantes, similar a la paleta de colores de los adornos que decoraban el exterior de los prostíbulos de Tikany. Aunque hacía frío, las amapolas violetas y escarlatas seguían en flor, con sus hojas recortadas en hileras ordenadas. Los cactus, que habían alcanzado el doble del tamaño que tenían al principio del curso, habían sido trasplantados a unas nuevas macetas de cerámica pintadas con inquietantes patrones en negro y naranja tostado. Debajo de las repisas, las setas luminiscentes seguían brillando con un resplandor débil y perturbador, como si fueran diminutas lámparas de cristales de colores.

Rin suponía que un adicto al opio podría pasarse días enteros en ese lugar. Se preguntó si aquello era lo que hacía Jiang.

Manteniendo una postura precaria sobre el sauce y luchando por permanecer en pie frente al implacable viento, sostuvo el libro con una mano y masculló las instrucciones en voz alta mientras colocaba los pies tal y como se indicaba.

—Pie derecho por fuera, señalando hacia delante. Pie izquierdo hacia atrás, perpendicular a la línea recta que forma el derecho. Echar el peso hacia delante, levantar el pie izquierdo…

Entendió entonces por qué Seejin consideraba que aquello era una buena práctica de equilibrio. También entendió por qué no recomendaba intentar hacer ese ejercicio sin compañía. Se tambaleó varias veces de forma peligrosa y recuperó la estabilidad tan solo después de agitarse frenéticamente durante un par de aterradores segundos. «Cálmate. Céntrate. Levanta el pie derecho, da la vuelta…».

El maestro Jiang apareció en el jardín, silbando con fuerza la melodía de *Las caricias del Guardián*.

A Rin se le resbaló el pie derecho. Se balanceó sobre el borde de la rama, se le cayó el libro, y se habría dado de bruces contra el suelo de piedra si no hubiera sido porque el tobillo izquierdo se le quedó enganchado en el recodo entre dos ramas.

Frenó en seco con el rostro a unos centímetros del suelo y soltó un grito ahogado de alivio.

Jiang la contempló en silencio. Rin le devolvió la mirada, con la cabeza retumbándole a causa de la sangre que se acumulaba en sus sienes. Las últimas notas de la canción del maestro se apagaron y se las llevó el viento.

—Hola —dijo al fin Jiang. Su voz concordaba con su apariencia. Era plácida, desinteresada y agradablemente curiosa. En cualquier otro contexto, podría haber resultado reconfortante.

Con muy poca gracilidad, Rin luchó por incorporarse.

—¿Estás bien? —le preguntó el maestro.

—Estoy atascada —masculló ella.

—Mmm. Eso parece.

Era evidente que no iba a ayudarla a bajar. Rin retorció el tobillo para sacarlo de entre las ramas, cayó al suelo y aterrizó dolorosamente a los pies de Jiang. Con las mejillas ruborizadas, se levantó y se sacudió la nieve del uniforme.

—Qué elegante —comentó Jiang.

El maestro ladeó la cabeza muy hacia la izquierda, examinándola con atención como si fuera un espécimen particularmente fascinante. De cerca, Jiang tenía un aspecto aún más extraño de lo que Rin había pensado en un principio. Su rostro era todo un misterio. No estaba arrugado por la edad ni desprendía juventud, sino que era inmune al paso del tiempo, como una piedra lisa. Tenía los ojos de un tono azul claro que ella no le había visto nunca a nadie en el Imperio.

—Eres un poco temeraria, ¿no? —Jiang parecía estar aguantándose la risa—. ¿Sueles colgarte a menudo de los árboles?

—Me ha asustado, señor.

—Puf. —El maestro hinchó las mejillas y sopló como si fuera un niño—. Eres la alumna mimada de Irjah, ¿no?

Rin se ruborizó.

—Pues… No sé…

—Sí que lo eres. —Jiang se rascó la barbilla y recogió el libro del suelo, hojeando las páginas con una ligera curiosidad—. La pequeña campesina prodigio de tez morena. No deja de presumir de ti.

Rin cambió el peso de un pie a otro, preguntándose a dónde quería ir a parar con aquello. ¿Le acababa de hacer un cumplido? ¿Tenía que agradecérselo? Se atusó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ah.

—No te hagas la tímida. Te encanta. —El maestro le echó un vistazo despreocupado al libro y luego alzó la vista hacia ella—. ¿Qué estás haciendo con un texto de Seejin?

—Lo he encontrado en los archivos.

—Ah. Retiro lo de antes. No eres temeraria, solo estúpida.

Cuando el gesto de Rin pasó a ser de confusión, Jiang se explicó:

—Jun prohibió expresamente que se leyera a Seejin hasta, al menos, el segundo año.

Ella no estaba al tanto de esa norma. No le extrañaba, entonces, que el aprendiz no le hubiera dejado sacar el libro de los archivos.

—Jun me expulsó de su clase. No estaba informada de eso.

—Jun te expulsó —repitió Jiang, despacio. Rin no tenía claro si aquello le divertía o no—. ¿Qué diantres le hiciste?

—Mmm. Derribé a otro estudiante durante una especie de pelea. El que empezó fue él —se apresuró a añadir—. Me refiero al otro estudiante.

Jiang parecía impresionado.

—Estúpida e impulsiva.

El maestro dirigió la mirada hacia las plantas situadas sobre la repisa que quedaba detrás de Rin. Rodeó a la chica, se llevó una amapola a la nariz y la olfateó a modo de experimento. Puso una cara rara. Rebuscó en los profundos bolsillos de su túnica, sacó un par de tijeras de podar y luego cortó el tallo y lo lanzó a una pila que había en un rincón del jardín.

Rin comenzó a dirigirse hacia la puerta. Tal vez, si se marchaba ya, Jiang se olvidaría del asunto del libro.

—Le pido disculpas si no debía estar aquí… Lo siento…

—Ah, no, no lo sientes. Simplemente te molesta que te haya interrumpido durante tu sesión de entrenamiento y esperas marcharte antes de que mencione nada sobre el libro que has robado. —Jiang cortó otro tallo de amapola—. Eres muy osada, ¿sabes? Te han prohibido el acceso a la clase de Jun y has pensado que podías aprender tú sola con Seejin.

Entonces, emitió varios sonidos sibilantes y sincopados. Rin tardó un poco en darse cuenta de que se estaba riendo.

—¿Qué le hace tanta gracia? —quiso saber—. Señor, si va a delatarme, tan solo quería decirle que…

—Oh, no voy a delatarte. ¿Qué gracia tendría eso? —Jiang seguía riéndose—. ¿De verdad estabas intentando aprender las lecciones de Seejin de ese libro? ¿Es que acaso quieres morir?

—No es tan complicado —respondió Rin a la defensiva—. Solo tengo que seguir los dibujos.

El maestro se giró hacia ella. Su expresión era de una incredulidad divertida. Abrió el libro, pasó las páginas con una mano experta y se detuvo en una en la que se detallaba la primera forma. Entonces, le tendió el libro a Rin.

—Esta. Hazla.

La joven hizo lo que le pedía.

Era una forma complicada, plagada de movimientos de traslación y cambios de pies. Cerró con fuerza los ojos mientras se movía. No podía concentrarse con esas setas luminosas a plena vista y aquellos extraños cactus vibrantes.

Para cuando abrió los ojos, Jiang había dejado de reírse.

—No estás ni por asomo preparada para Seejin —dijo. Cerró el libro de golpe con una mano—. Jun estaba en lo cierto. Con tu nivel no deberías siquiera acercarte a este texto.

Rin contuvo una oleada de pánico que amenazaba con apoderarse de ella. Si ni siquiera podía hacer uso del texto de Seejin, más le valdría marcharse ya a Tikany. No había dado con ningún otro libro que fuera ni la mitad de útil o claro que aquel.

—Tal vez te vengan bien algunos movimientos esenciales basados en animales —continuó Jiang—. El trabajo de Yinmen. Fue el predecesor de Seejin. ¿Has oído hablar de él?

Ella contempló al maestro, confundida.

—He buscado esos pergaminos. Están incompletos.

—Obviamente no vas a estudiar de unos pergaminos —dijo Jiang con impaciencia—. Hablaremos de ello mañana en clase.

—¿En clase? ¡Si no se ha presentado a ninguna en todo el semestre!

El maestro se encogió de hombros.

—No me apetece mucho molestarme con los novatos si no me resultan particularmente interesantes.

A Rin le parecía que aquello era un sistema de enseñanza algo irresponsable, pero quería que Jiang siguiera hablando. Ahí estaba el maestro, en un peculiar momento de lucidez, ofreciéndose a enseñarle

las artes marciales que no podía aprender por sí misma. Le asustaba un poco decir lo que no debía y que el hombre saliera corriendo como una liebre atemorizada.

—Entonces, ¿me considera interesante? —preguntó ella, despacio.

—Eres un desastre con patas —dijo Jiang con franqueza—. Estás intentando aprender unas técnicas arcaicas a una velocidad que acabará conduciéndote inevitablemente a una lesión, y no será una lesión de esas de las que te recuperas. Has malinterpretado tanto los textos de Seejin que creo que tú solita te has inventado un nuevo tipo de arte marcial.

Rin frunció el ceño.

—¿Y entonces por qué me ayuda?

—Básicamente para fastidiar a Jun. —Jiang se rascó la barbilla—. Detesto a ese hombre. ¿Sabías que la semana pasada pidió que me despidieran?

Más que cualquier otra cosa, a la chica le sorprendía que Jun no hubiese intentado aquello antes.

—Además, cualquiera tan obstinado como tú merece recibir algo de atención, aunque solo sea para evitar que te conviertas en un peligro andante para todos los que te rodean —prosiguió el maestro—. ¿Sabes una cosa? Tu juego de pies es formidable.

Rin se ruborizó.

—¿De verdad?

—La colocación es perfecta. Unos ángulos preciosos. —Ladeó la cabeza—. Claro que todo lo que estás haciendo no sirve para nada.

Ella volvió a fruncir el ceño.

—Bueno, pues si no va a enseñarme, entonces…

—No he dicho eso. Lo has hecho bastante bien para estar trabajando solo con el texto —reconoció Jiang—. Mejor de lo que lo habrían hecho muchos otros aprendices. El problema está en la fuerza de la parte superior de tu cuerpo. Es decir, que no tienes ninguna. —El maestro la agarró por la muñeca y tiró de su brazo hacia arriba como si estuviera examinando un maniquí—. Muy delgada. ¿No eras agricultora o algo así?

—No todos los que venimos del sur somos agricultores —soltó Rin —. Era tendera.

—Mmm. Entonces, no hacías trabajos pesados. Te tenían consentida. Eres inútil.

La joven cruzó los brazos sobre el pecho.

—No me tenían consentida…

—Ya, ya. —Jiang alzó una mano para hacerla callar—. Eso no importa. Te diré algo: ni toda la técnica del mundo te servirá si no

tienes la fuerza necesaria para ejecutarla. No necesitas a Seejin, niña. Necesitas Qi. Necesitas músculos.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Calistenia?

El maestro se quedó inmóvil mientras meditaba durante largo rato. A continuación, sonrió.

—No, tengo una idea mejor. Te veo en las puertas del campus para la clase de mañana.

Antes de que Rin pudiese responder, Jiang ya había abandonado el jardín.

—Caray. —Raban soltó sus palillos—. Debes de haberle caído muy bien.

—Me llamó estúpida e impulsiva —dijo Rin—. Y luego me dijo que no llegara tarde a clase.

—Sin duda, le gustas —le dijo el aprendiz—. Jiang nunca le ha dicho nada amable a nadie de mi clase. Se limita a gritarnos que nos alejemos de sus narcisos. Le dijo a Kureel que con esas trenzas parecía que le estuvieran saliendo serpientes de la nuca.

—Yo he oído que la semana pasada se emborrachó con vino de arroz y meó en la ventana de Jun —intervino Kitay—. Parece una persona alucinante.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí Jiang? —preguntó Rin. El maestro de Folclore parecía increíblemente joven. Como mucho, tendría la mitad de la edad de Jun. Rin no podía creer que los otros maestros toleraran un comportamiento tan ofensivo de alguien que era claramente más joven que ellos.

—No estoy seguro. Ya estaba aquí cuando entré en la academia, pero eso no significa mucho. He oído que vino desde el Castillo de la Noche hace veinte años.

—¿Jiang era de los Cike?

Entre las divisiones de la Milicia, solo los Cike tenían mala reputación. Eran una división de soldados que se refugiaban en el Castillo de la Noche, en el interior de la cordillera de Wudang, y cuya única tarea consistía en cometer asesinatos para la emperatriz. Los Cike luchaban sin honor. No respetaban ninguna regla de combate y eran conocidos por su brutalidad. Trabajaban al amparo de la oscuridad. Hacían el trabajo sucio de la emperatriz y no recibían ningún reconocimiento por ello. La mayoría de los aprendices preferían abandonar la Milicia antes que unirse a los Cike.

A Rin le costaba conciliar la extravagante imagen que tenía del maestro de Folclore con la de un asesino despiadado.

—Bueno, esos son los rumores que corren por ahí. Ninguno de los maestros dice nada sobre él. Me da la sensación de que consideran a

Jiang una vergüenza para la escuela. —Raban se rascó la nuca—. Los aprendices adoran los rumores. Todas las clases juegan a «¿Quién es Jiang?». Mi clase está convencida de que es el fundador de la Ópera de la Chatarra Roja. La verdad ha sido manipulada tantas veces que lo único que es seguro es que no sabemos absolutamente nada sobre él.

—Pero habrá tenido aprendices —dijo Rin.

—Jiang es el maestro de Folclore —comentó Raban despacio, como si le estuviera hablando a una niña—. Nadie escoge esa especialización.

—¿Porque Jiang no acepta a ningún estudiante?

—Porque Folclore es un maldito chiste —contestó el joven—. Cualquier otra especialización en Sinegard te prepara para un puesto en el Gobierno o para ser un alto mando en la Milicia. Pero Folclore es… No sé, es raro. Creo que, en un principio, quisieron que fuera un estudio sobre las regiones interiores, para ver si había algo de cierto en sus rituales de magia, pero todos perdieron el interés bastante rápido. Sé que tanto Yim como Sonnen le han pedido a Jima que suprima esa materia, pero sigue ofertándose cada año igualmente. No estoy seguro de por qué.

—Sin duda, en el pasado ha tenido que haber estudiantes de Folclore —dijo Kitay—. ¿Qué dicen ellos?

Raban se encogió de hombros.

—Es una nueva disciplina. Las otras se llevan enseñando desde que el Emperador Rojo fundó esta escuela, pero Folclore solo se imparte desde hace dos décadas o algo así. Y nadie ha seguido en esa clase hasta el final. He oído que, hace un par de años, algunos pringados mordieron el anzuelo, pero abandonaron Sinegard y nunca volvió a saberse nada más de ellos. Ninguna persona en su sano juicio querría solicitar esa especialización. Altan fue la excepción, pero nadie sabe qué se le pasa a él por la cabeza.

—Creía que Altan era aprendiz de Estrategia —dijo Kitay.

—Altan podría estar en la especialidad que quisiera. Por algún motivo, se decantó por Folclore, pero más tarde Jiang cambió de opinión y Altan tuvo que irse con Irjah.

Era la primera vez que Rin oía aquello.

—¿Eso pasa a menudo? ¿Lo de que los estudiantes escojan a sus maestros?

—En muy raras ocasiones. La mayoría de nosotros nos damos con un canto en los dientes si recibimos la propuesta de un maestro. Es realmente impresionante que un solo alumno consiga dos.

—¿Cuántos maestros le hicieron propuestas a Altan?

—Seis. Siete, si incluyes al de Folclore, pero Jiang retiró su

propuesta en el último minuto. —Raban le dedicó a Rin una mirada cómplice—. ¿Por qué sientes tanta curiosidad por Altan?

—Solo me lo preguntaba —se apresuró a aclarar ella.

—Te gusta nuestro héroe de ojos escarlata, ¿eh? No serías la primera. —Raban sonrió—. Ten cuidado, Altan no es muy amable con sus admiradores.

—¿Cómo es? —Rin no se pudo resistir a preguntar—. Como persona, quiero decir.

Raban se encogió de hombros.

—No hemos estado juntos en clase desde nuestro primer año. No lo conozco muy bien. No creo que nadie lo conozca realmente. Es bastante reservado. Es callado. Entrena solo y no tiene amigos.

—Se parece a alguien que conozco. —Kitay le dio un codazo a Rin.

La joven se enfureció.

—Cállate, yo sí que tengo amigos.

—Tienes un amigo —le dijo Kitay—. En singular.

Ella le pegó un empujón.

—Pero Altan es tan bueno… —dijo Rin—. En todo. Todo el mundo lo adora.

Raban volvió a encogerse de hombros.

—En este campus, Altan es prácticamente un dios. Pero eso no quiere decir que sea feliz.

Una vez que la conversación comenzó a girar en torno a Altan, Rin se olvidó de la mitad de las preguntas que querría haber hecho sobre Jiang. Kitay y ella interrogaron a Raban para conocer anécdotas sobre el esperiliano hasta que la cena llegó a su fin. Esa noche, Rin intentó sacarles algo de información a Kureel y Arda, pero ninguna de las dos pudo confirmarle nada trascendental.

—A veces he visto a Jiang en la enfermería —dijo Arda—. Enro tiene reservada una cama aislada solo para él. Pasa allí un día o dos cada par de meses y luego se marcha. Puede que tenga alguna enfermedad. O tal vez simplemente le guste mucho el olor a desinfectante, no lo sé. Enro lo pilló una vez intentando colocarse con los efluvios de los medicamentos.

—A Jun no le cae bien —afirmó Kureel—. El motivo es evidente. ¿Qué clase de maestro se comporta así? Sobre todo en Sinegard. —Contrajo el rostro para mostrar su desaprobación—. Creo que es una vergüenza para la academia. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —dijo Rin—. Solo tengo curiosidad.

Kureel se encogió de hombros.

—Todas las clases pican al principio. Todos creen que Jiang es mucho más de lo que parece, que Folclore es una verdadera materia

que merece la pena aprender. Pero ahí no hay nada. Jiang es un chiste. Estás perdiendo el tiempo.

Pero el maestro de Folclore era real. Jiang era miembro de la facultad de la academia, aunque lo único que hiciera fuera merodear por ahí y fastidiar a los otros maestros. Nadie más podría haberse ido de rositas después de provocar a Jun tal y como hacía él a diario. Así que, si Jiang no se molestaba en enseñar nada, ¿qué estaba haciendo en Sinegard?

Rin quedó ligeramente sorprendida cuando, a la tarde siguiente, vio a Jiang esperándola en las puertas del campus. No le habría extrañado que el maestro se hubiera olvidado sin más. Abrió la boca para preguntarle a dónde iban, pero el hombre se limitó a hacerle un gesto con la mano para que lo siguiera.

Ella dio por hecho que iba a tener que acostumbrarse a seguir a Jiang sin recibir ninguna explicación.

Acababan de comenzar a descender por el camino cuando se encontraron con Jun, que regresaba después de haber estado patrullando la ciudad con un grupo de sus aprendices.

—Ah, el cortito y la campesina. —El maestro de Combate ralentizó el paso hasta detenerse. Sus aprendices parecían guardar cierta cautela, como si ya hubieran presenciado aquel intercambio antes—. ¿Y adónde vais los dos en una tarde como esta?

—No es asunto tuyo, Loran —respondió Jiang despreocupadamente. Intentó rodear a Jun, pero este no dejaba de bloquearle el camino.

—Un maestro que abandona la academia solo con una estudiante… Me pregunto qué dirá la gente. —Jun entornó la mirada.

—Probablemente que un maestro de mi rango y mi posición podría aspirar a mucho más que a tontear con una de sus estudiantes —replicó Jiang con tono alegre, mirando directamente hacia los aprendices de Jun. Kureel parecía indignada.

El maestro de Combate frunció el ceño.

—La chica no tiene permiso para abandonar el recinto. Necesita una autorización por escrito de Jima.

Jiang extendió el brazo derecho y se remangó. Al principio, Rin creyó que iba a golpear al otro maestro, pero simplemente se llevó el hueco del codo a la boca e hizo una escandalosa pedorreta.

—Eso no es ninguna autorización por escrito. —Jun parecía indiferente. Rin sospechaba que ya había presenciado aquel gesto muchas veces antes.

—Soy el maestro de Folclore —declaró Jiang—. Y eso tiene sus privilegios.

—¿Privilegios como no dar nunca clase?

Jiang alzó la barbilla y dijo con prepotencia:

—Le he enseñado a su clase la desalentadora sensación que produce la decepción, y una lección aún más relevante: que no son tan importantes como se creen.

—Le has enseñado a su clase, y a todas las que la han precedido, que el Folclore es un chiste y que su maestro es un idiota incompetente.

—Entonces, dile a Jima que me despida. —Jiang levantó las cejas—. Sé que ya lo has intentado.

Jun miró hacia el cielo con una expresión de profundo sufrimiento. Rin supuso que aquella solo era una pequeña parte de una discusión que llevaban manteniendo años.

—Voy a informar de esto a Jima —advirtió el maestro de Combate.

—Jima tiene cosas más importantes con las que perder el tiempo. Siempre y cuando traiga a la pequeña Runin de vuelta para la cena, dudo que le preocupe. Ahora, deja de bloquearnos el camino.

Jiang chasqueó los dedos y le indicó a Rin que lo siguiera. La joven cerró la boca de golpe y comenzó a avanzar a trompicones detrás de él.

—¿Por qué le odia tanto? —le preguntó Rin mientras subían por el paso de montaña hacia la ciudad.

Jiang se encogió de hombros.

—Me han dicho que maté a la mitad de los hombres que tenía bajo su mando durante la Segunda Guerra. Sigue guardándome rencor por ello.

—¿Hizo usted eso? —Se sentía obligada a hacer esa pregunta.

El maestro volvió a encogerse de hombros.

—No tengo la más mínima idea.

Rin no sabía cómo responderle a aquello, y Jiang no dio más detalles.

—Bueno, háblame de tu clase —le pidió el maestro pasado un rato—. ¿Se trata del acostumbrado grupito de malcriados con aires de grandeza?

—No los conozco muy bien —admitió—. Son todos… En fin…

—¿Más listos? ¿Mejor entrenados? ¿Más importantes que tú?

—Nezha es hijo del jefe militar del Dragón —soltó Rin—. ¿Cómo se supone que voy a competir con eso? El padre de Venka es el ministro de Finanzas. El padre de Kitay, el de Defensa o algo así. Los familiares de Niang son médicos a las órdenes del jefe militar de la Liebre.

Jiang resopló.

—Típico.

—¿Típico?

—A Sinegard le gusta recolectar a tantos vástagos de los jefes militares como le sea posible. Así el Imperio los vigila atentamente.

—¿Para qué? —preguntó Rin.

—Para tener algo contra ellos. Para adoctrinarlos. Los jefes militares de esta generación se odian demasiado entre sí como para coordinar cualquier cosa de importancia nacional. Y la burocracia imperial tiene tan poca autoridad local que no puede obligarlos. Solo tienes que fijarte en el estado de la flota imperial.

—¿Tenemos una flota? —preguntó Rin.

—A eso me refiero. —Jiang soltó una carcajada—. Antes sí que la teníamos. En fin, Daji espera que Sinegard forje a una generación de líderes que se lleven bien entre ellos… Y lo que es más importante, que obedezcan a quien ocupa el trono.

—Conmigo le ha tocado el gordo, entonces —murmuró Rin.

Jiang esbozó una sonrisa de soslayo.

—¿Cómo dices? ¿No vas a ser una buena soldado para el Imperio?

—Lo seré —se apresuró a aseverar ella—. Solo que no creo que les caiga bien a la mayor parte de mis compañeros. Ni que eso vaya a cambiar nunca.

—Bueno, eso es porque eres una campesina malcriada y de piel oscura que no puede pronunciar bien las erres —respondió Jiang despreocupadamente. Se adentró en un estrecho callejón—. Por aquí.

La condujo hasta el distrito de las carnicerías, donde las calles eran estrechas, estaban atestadas y olían exageradamente a sangre. A Rin le dieron arcadas y se llevó la mano a la nariz mientras caminaban. Las carnicerías se encontraban alineadas en los callejones, tan pegadas unas a otras que casi parecían filas desiguales de dientes aserrados. Después de veinte minutos de giros y vueltas, se detuvieron delante de una casucha al final de una manzana. Jiang dio tres golpes sobre la desvencijada puerta de madera.

—¿Qué? —chilló una voz desde el interior. Rin se sobresaltó.

—Soy yo —respondió el maestro, impasible—. Tu persona favorita en el mundo entero.

Dentro del local, se produjo un ruido de metales entrechocando. Pasado un momento, una mujer menuda y arrugada con un delantal morado les abrió la puerta. Saludó a Jiang con un leve asentimiento de cabeza, pero se quedó contemplando a Rin con recelo.

—Esta es la viuda Maung —la presentó Jiang—. Me vende cosas.

—Drogas —aclaró la mujer—. Soy su camello.

—Se refiere a que me vende *ginseng*, raíces y esas cosas —continuó

el maestro—. Para mi salud.

La viuda Maung puso los ojos en blanco.

Rin observó aquel intercambio fascinada.

—La viuda Maung tiene un problema —prosiguió Jiang alegremente.

La aludida se aclaró la garganta y escupió una gran flema en la tierra, justo al lado de donde se hallaba plantado Jiang.

—No tengo un problema. Te lo estás inventando tú por razones que se escapan a mi entendimiento.

—Aun así —dijo él, manteniendo su sonrisa idílica—, la viuda Maung ha sido muy gentil al permitirte que la ayudes a resolver su problema. Señora, ¿sería usted tan amable de sacar al animal?

La mujer desapareció hacia el fondo de la tienda. Jiang le indicó a Rin que lo siguiera al interior. La joven escuchó un fuerte chillido que procedía de detrás de un muro. Un momento después, la viuda regresó con un animal que se retorcía entre sus brazos. Lo puso sobre el mostrador, delante de ellos.

—He aquí un cerdo —declaró Jiang.

—Eso es un cerdo, sí —coincidió Rin.

El cerdo en cuestión era pequeño, no más grande que el antebrazo de Rin. Tenía la piel moteada de negro y rosa. Por el modo en el que curvaba el morro, parecía que estuviese sonriendo. Era curiosamente adorable.

Rin le rascó por detrás de las orejas y el animal le acarició el antebrazo con cariño.

—Lo he llamado Sun Tzu —dijo Jiang en tono jovial.

Parecía que la viuda Maung estuviera deseando que el maestro se marchase.

Jiang se apresuró a explicarse:

—La viuda Maung necesita que el pequeño Sun Tzu beba agua todos los días. El problema es que este animal necesita un tipo de agua muy especial.

—Sun Tzu podría beber aguas residuales y no le pasaría nada —aclaró la viuda—. Te estás inventando todo esto para tu ejercicio de entrenamiento.

—¿Podemos ceñirnos a lo que habíamos ensayado? —le pidió Jiang. Era la primera vez que Rin veía al maestro exasperado con alguien—. Estás fastidiándolo todo.

—¿No te dicen eso a ti a menudo? —preguntó la viuda.

Jiang se rio, divertido, y le dio una palmadita a Rin en la espalda.

—Pasa lo siguiente: la viuda Maung necesita que Sun Tzu beba un agua muy especial. Por suerte, esta agua, fresca y cristalina, se

encuentra en el arroyo que hay en lo más alto de la montaña. La pega es que hay que llevar a Sun Tzu hasta allí. Ahí es donde intervienes tú.

—Estará de broma —dijo Rin.

Jiang sonrió.

—Todos los días vendrás a la ciudad a visitar a la viuda Maung. Cargarás con este adorable cerdito hasta lo alto de la montaña y dejarás que beba. Luego lo traerás de vuelta y regresarás a la academia. ¿Entendido?

—¡Se tarda dos horas en subir la montaña y volver a bajar!

—Se tarda dos horas ahora —dijo con alegría Jiang—. Tardarás más cuando este pequeñín comience a crecer.

—Pero tengo clase —protestó la joven.

—Pues entonces será mejor que te levantes temprano. De todas formas, tampoco es que tengas clase de Combate por las mañanas, ¿recuerdas? ¿No te habían expulsado?

—Pero…

—Parece que alguien —la interrumpió Jiang, arrastrando las palabras— no tiene muchas ganas de quedarse en Sinegard. La viuda Maung resopló sonoramente.

Con el ceño fruncido, Rin cogió al cerdo Sun Tzu entre sus brazos e intentó no arrugar la nariz a causa del olor.

—Supongo que nos veremos a menudo —refunfuñó la chica.

Sun Tzu se retorció y le acarició con el morro el hueco del codo.

Cada día durante los siguientes cuatro meses, Rin estuvo levantándose antes de que saliera el sol; bajaba corriendo lo más rápido posible el paso de la montaña y se adentraba en el distrito de las carnicerías para recoger a Sun Tzu. Luego, con el lechón amarrado a la espalda, corría montaña arriba. Tomaba el camino más largo para subir, rodeando Sinegard para que ninguno de sus compañeros pudiera verla corriendo por ahí con un cerdo chillón.

A menudo llegaba tarde a la clase de Medicina.

—¿Dónde diantres estabas? ¿Y por qué hueles a cochino? —Kitay arrugó la nariz mientras la joven tomaba asiento a su lado.

—He estado cargando con un cerdo montaña arriba —le dijo—. Por orden de un chiflado. Para solucionar mi problema.

Era un comportamiento desesperado, pero Rin se encontraba en un momento desesperado. Ahora solo le quedaba confiar en el tarado del campus para continuar en Sinegard. Comenzó a sentarse en el fondo del aula para que nadie pudiera percibir su olor a Sun Tzu cuando regresaba de la carnicería de la viuda Maung.

Por el modo en el que todos mantenían la distancia con ella, no estaba segura de que aquello importara siquiera.

Jiang hizo más que obligarla a cargar con el cerdo. En una sorprendente racha de formalidad, el maestro esperaba a Rin cada mañana a la hora de su clase en el jardín.

—¿Sabes? Las artes marciales basadas en animales no fueron desarrolladas para usarse en combate —le dijo—. En un principio fueron creadas para conseguir salud y longevidad. El Juego de los Cinco Animales —expuso el maestro, sujetando en alto el pergamino de Yinmen que tantas veces antes había examinado Rin— es en realidad un conjunto de ejercicios que promueven la circulación de la sangre y retrasan las molestias que trae consigo la vejez. No fue hasta mucho más tarde cuando esos movimientos se adaptaron al combate.

—Entonces, ¿para qué voy a aprendérmelos?

—Porque, en sus clases, Jun se salta por completo el Juego. Enseña una versión simplificada y descafeinada de las artes marciales, adaptada únicamente a la biomecánica humana. Pero se deja fuera demasiadas cosas. Sintetiza esos siglos de tradición y refinamiento con el fin de conseguir eficiencia militar. Jun puede enseñarte a ser una soldado en condiciones, pero yo puedo enseñarte la clave del universo —dijo Jiang con aires de grandeza, antes de golpearse la frente con una rama baja.

Entrenar con él no se parecía en nada a entrenar con Jun.

En las clases del maestro Jun existían unas jerarquías obvias, una clara progresión de las técnicas más básicas hacia las más avanzadas.

Pero Jiang le enseñaba cualquier cosa que se cruzara por aquella mente tan impredecible. Repetía una lección si le parecía particularmente interesante y, si no, fingía que nunca había ocurrido. De vez en cuando, soltaba largas peroratas sin venir a cuento.

—Hay cinco elementos fundamentales presentes en el universo… No pongas esa cara, no es tan absurdo como parece. Los maestros de antaño solían creer que todas las cosas estaban hechas de fuego, agua, aire, tierra y metal. Por supuesto, la ciencia moderna ha demostrado que eso es falso. Aun así, se trata de un método mnemotécnico útil para comprender los distintos tipos de energía.

»El fuego es el calor que sientes en la sangre en medio de un combate, la energía cinética que hace que tu corazón lata más deprisa. —Jiang se golpeó el pecho—. El agua es el flujo de la fuerza de tus músculos hacia tu objetivo, de la tierra hacia tu cintura, hacia tus brazos. El aire es el aliento que sueltas y que te mantiene viva. La tierra es el modo en el que consigues anclarte al suelo, el modo en el que obtienes energía a través de la postura que adoptas con respecto a la superficie. Y luego está el metal de las armas que empuñas. Un buen experto en artes marciales debe contar con esos cinco elementos de

forma equilibrada. Si eres capaz de controlar cada uno de ellos con la misma destreza, serás imparable.

—¿Cómo sabré que he logrado controlarlos?

El maestro se rascó un punto detrás de las orejas.

—Buena pregunta. La verdad es que no estoy seguro.

Pedirle a Jiang que aclarara algo era inevitablemente exasperante. Siempre formulaba sus respuestas de una manera extraña y absurda. Algunas no adquirían sentido hasta días después, mientras que con otras eso no sucedía nunca. Si Rin le pedía que se explicara mejor, el maestro cambiaba de tema. Si dejaba pasar sus comentarios más absurdos («¡Tu elemento de agua no está equilibrado!»), Jiang la provocaba y le echaba en cara que no le estuviera haciendo más preguntas.

El maestro hablaba de un modo peculiar, o demasiado rápido o demasiado lento, con extrañas pausas entre sus palabras. Tenía dos formas distintas de reírse. Una era desequilibrada: nerviosa, aguda y obviamente forzada. La otra era grandiosa, profunda y retumbante. La primera era la que Rin escuchaba más a menudo. La segunda era más inusual, y la chica se sorprendía siempre que hacía acto de presencia. Jiang rara vez la miraba directamente a los ojos. En su lugar, se centraba siempre en un punto en mitad de su frente.

El maestro se movía por el mundo como si no formara parte de este. Se comportaba como si procediera de un país de semihumanos, de personas que actuaban igual que si fueran nikaras, pero no del todo, y su actitud era la de un visitante confundido que había dejado de esforzarse por intentar imitar a aquellos que lo rodeaban. Jiang no encajaba allí. No solo en Sinegard, sino en el plano físico de la Tierra. Se comportaba como si las reglas de la naturaleza no se aplicasen a él.

Y tal vez fuera así.

Un día acudieron hasta el nivel más alto de la academia, más allá de las dependencias de los maestros. El único edificio que había en aquel nivel era una pagoda alta y con forma de espiral, nueve pisos apilados con elegancia unos encima de otros. Rin nunca había estado en el interior.

De aquella visita guiada que había hecho hacía tantos meses, Rin recordaba que la academia de Sinegard había sido construida sobre un antiguo monasterio. La pagoda situada en el nivel más alto bien podría haber seguido siendo un templo. En la entrada de la misma se hallaban unas viejas zanjas de piedra para quemar incienso. A ambos lados de la puerta, se encontraban dos grandes cilindros montados sobre sendas varillas altas que ejercían de eje para que estos pudieran girar sobre sí mismos. Cuando Rin los miró de cerca, vio que había

una serie de caracteres en nikara antiguo grabados en sus laterales.

—¿Para qué sirven? —preguntó, haciendo girar distraídamente uno de los cilindros.

—Son ruedas de plegaria. Pero no tenemos tiempo para hablar de eso hoy —respondió Jiang. Le hizo un gesto para que lo siguiera—. Por aquí.

Rin esperaba que las nueve plantas de la pagoda fueran pisos normales conectados por tramos de escaleras, pero el interior consistía únicamente en una escalera de caracol que llevaba hasta lo más alto, con un hueco cilíndrico en el centro. Un único rayo de luz brillaba desde una abertura cuadrada que había en el techo, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire. Una serie de pinturas enmohecidas se hallaban colgadas en las paredes de la escalera. Parecía que no las hubieran limpiado desde hacía décadas.

—Aquí es donde solían estar las estatuas de los Cuatro Dioses —comentó Jiang, señalando hacia el oscuro vacío más arriba.

—¿Y dónde están ahora?

El maestro se encogió de hombros.

—Cuando se hizo con el control de Sinegard, el Emperador Rojo ordenó que la mayor parte de las imágenes religiosas se retiraran y se expoliaran. La mayoría de ellas se fundieron para fabricar joyas. Pero eso no importa. —Animó a Rin a que lo siguiera por la escalera.

Jiang continuó explicándose mientras ascendían:

—Las artes marciales llegaron al Imperio gracias a un guerrero llamado Bodhidharma que procedía del continente sudeste. Cuando Bodhidharma se topó con el Imperio durante sus viajes por el mundo, acudió a un monasterio y exigió que le permitieran entrar, pero el abad al mando le negó el acceso. Así que el guerrero plantó el culo en una cueva cercana y permaneció allí nueve años mirando a una pared, escuchando los gritos de las hormigas.

—¿Escuchando el qué?

—Los gritos de las hormigas, Runin. Presta atención.

Rin murmuró algo que era mejor no repetir. Jiang la ignoró.

—Según la leyenda, la intensidad de la mirada de Bodhidharma abrió un agujero en la pared de la cueva. Los monjes se sintieron tan conmovidos por su compromiso, o tal vez tan impresionados por el hecho de que alguien pudiera ser tan obstinado, que al final lo dejaron entrar en el templo. —Jiang se detuvo delante de un cuadro en el que se representaba a un guerrero de piel oscura y a un grupo de hombres pálidos vestidos con túnicas—. Ese que está ahí en el centro es Bodhidharma.

—Al tipo de la izquierda le está saliendo sangre de un muñón —

comentó Rin.

—Ya. También según la leyenda, ese monje quedó tan impresionado con la tenacidad de Bodhidharma que se cortó su propia mano en solidaridad.

Rin recordó el mito del suicidio de Mai'rinnen Tearza en favor de la unificación de Speer con el continente. La historia de las artes marciales parecía estar repleta de personas que hacían sacrificios inútiles.

—En fin, a los monjes del templo les interesó lo que Bodhidharma tenía que decirles, pero debido a sus vidas sedentarias y a su mala dieta, eran unos enclenques de cuidado. Estaban incluso más delgaduchos que tú. No dejaban de quedarse dormidos durante las lecciones. A Bodhidharma aquello lo exasperaba, así que ideó tres series de ejercicios para mejorar su salud. Por otra parte, estos monjes corrían un peligro físico constante a causa de los forajidos y los ladrones, pero su código religioso también les prohibía portar armas, así que modificaron muchos de los ejercicios para crear un sistema de autodefensa sin armas.

Jiang se detuvo ante otro cuadro. Este mostraba una fila de monjes alineados contra un muro, congelados en posturas idénticas.

Rin se quedó asombrada.

—Esa es…

—La primera forma de Seejin, sí. —Jiang asintió en señal de aprobación—. Bodhidharma les advirtió a los monjes que las artes marciales consistían en el perfeccionamiento del individuo. Las artes marciales bien empleadas podían dar lugar a un sabio comandante, a un hombre que pudiera ver con claridad a través de la niebla y comprender la voluntad de los dioses. En sus inicios, las artes marciales no se usaban solo como herramientas militares.

A Rin le costaba concebir las técnicas que Jun le había enseñado a su clase como simples ejercicios saludables.

—Pero las artes marciales tuvieron que acabar evolucionando.

—Correcto. —Jiang aguardó a que le preguntara lo que él quería oír.

Rin le dio el gusto.

—¿Cuándo pasaron las artes marciales a adaptarse para su extendido uso militar?

Jiang movió la cabeza de arriba abajo, complacido.

—Poco antes de la época del Emperador Rojo, el Imperio se vio invadido por los jinetes de las regiones interiores del norte. Las fuerzas de ocupación introdujeron una serie de medidas represivas para controlar a la población, entre las que se incluía prohibir que los

nikaras portaran armas.

El maestro volvió a detenerse delante de otro cuadro que representaba a una horda de cazadores de las regiones interiores montados sobre unos inmensos caballos. Sus rostros estaban contraídos en unos ceños fruncidos, salvajes y aterradores. Sostenían arcos que eran más largos que sus torsos. En la parte baja del cuadro, los monjes nikaras se encontraban encogidos a causa del miedo o esparcidos por ahí en distintos estados de desmembramiento.

—Los templos que en otro tiempo habían sido santuarios libres de violencia se convirtieron en un refugio para los que se oponían a los norteños y un centro para planificar la revolución y entrenar. Soldados y simpatizantes se ataviaban con las túnicas de los monjes y se afeitaban la cabeza, pero entrenaban para la guerra en los terrenos del templo. En espacios sagrados como estos, conspiraron para derrocar a sus opresores.

—Y, evidentemente, los ejercicios enfocados a conservar la salud no les habrían servido de mucho —comentó Rin—. Tuvieron que adaptar las técnicas de las artes marciales.

Jiang volvió a asentir.

—Exacto. Las artes que se enseñaban entonces en el templo requerían el dominio progresivo de cientos de movimientos largos e intrincados. Se podía tardar décadas en perfeccionarlos. Por suerte, los líderes de la rebelión se dieron cuenta de que aquella forma de abordarlo no era compatible con el rápido desarrollo de una fuerza de combate.

El maestro se dio la vuelta para mirar a Rin a la cara. Llegaron a lo alto de la pagoda.

—Y así fue como se desarrollaron las artes marciales modernas: un sistema basado en la biomecánica humana en lugar de en los movimientos de los animales. Todas aquellas técnicas tan variadas, algunas de las cuales eran solo mínimamente útiles para un soldado, fueron sintetizadas en unas formas básicas que podían aprenderse en cinco años en lugar de en cincuenta. Esta es la base de lo que te enseñan en Sinegard. Es el núcleo común que se enseña a la Milicia imperial. Esto es lo que están aprendiendo tus compañeros. —Jiang le sonrió—. Yo te voy a enseñar a combatirlo.

Jiang era un instructor de combate efectivo, aunque poco convencional. Hizo que Rin lanzara patadas al aire para luego obligarla a quedarse congelada en esa posición durante varios minutos, manteniendo la pierna elevada hasta que esta empezara a temblarle. Hizo que realizara el mismo ejercicio con los ojos tapados y después, más tarde, admitió que lo había hecho solo porque creía que

sería divertido.

—Es usted un verdadero capullo —le dijo Rin—. Es consciente de ello, ¿verdad?

Una vez que Jiang estuvo satisfecho con sus movimientos básicos, comenzaron a enfrentarse el uno al otro. Combatían todos los días durante horas. Peleaban con los puños y con armas. A veces, Rin lo hacía con los puños mientras el maestro blandía un arma.

—Tu estado mental es tan importante como tu estado físico —le explicó Jiang—. En medio de la confusión de la batalla, tu mente debe estar tan serena y firme como una roca. Debes conectar tu centro con la tierra, ser capaz de verlo y controlarlo todo. Cada uno de los cinco elementos debe estar equilibrado. Demasiado fuego y acabarás atacando de forma imprudente. Demasiado aire y lucharás con aprensión, siempre en posición defensiva. Demasiada tierra y… ¿Me estás escuchando?

No, Rin no lo estaba escuchando. Costaba concentrarse mientras Jiang la atacaba con una alabarda, obligándola a bailar a su alrededor para evitar acabar repentinamente empalada.

En general, las metáforas de Jiang no significaban mucho para ella, pero no tardó en aprender a evitar lesiones. Y quizás ese fuera el objetivo. Rin desarrolló memoria muscular. Aprendió que el cuerpo humano solo podía moverse de determinadas formas, que solo existía un número determinado de ataques que funcionaban y que podía esperar de su oponente. Aprendió a reaccionar automáticamente a ellos. Aprendió a predecir los movimientos de Jiang con segundos de antelación, a interpretar la inclinación de su torso y el brillo de su mirada para saber qué iba a hacer a continuación.

Jiang la presionaba sin tregua. Luchaba con más fiereza cuando Rin estaba agotada. Y cuando la joven se caía, el maestro la atacaba nada más ponerse en pie. Rin aprendió a estar constantemente en guardia, a reaccionar al más leve movimiento que percibiera por su visión periférica.

Un día, al fin, inclinó la cadera contra la de Jiang de tal forma que lo obligó a llevar su peso hacia un lado. Entonces, concentró toda su fuerza en él en un ángulo con el que consiguió lanzarlo por encima de su hombro derecho.

Jiang derrapó por el suelo de piedra y chocó contra el muro del jardín, lo que hizo temblar los estantes de tal manera que un cactus estuvo a punto de caer al suelo.

El maestro se quedó en aquella postura durante un momento, aturdido. Luego alzó la vista, se encontró con la mirada de Rin y sonrió.

El último día de Rin con Sun Tzu fue el más duro.

El animal había dejado de ser un lechón adorable y se había convertido en un monstruo ridículamente gordo que olía fatal. Ya no era nada mono. Cualquier cariño que Rin hubiera llegado a sentir por aquellos confiados ojos marrones quedó enterrado bajo la enorme circunferencia del animal.

Cargar a Sun Tzu hasta lo alto de la montaña fue una tortura. El cerdo ya no cabía en ningún tipo de hatillo o cesta. Rin tuvo que echárselo sobre los hombros, agarrándolo por las dos patas delanteras.

No podía avanzar tan rápido como lo había hecho cuando aún podía llevar a Sun Tzu entre sus brazos, pero tenía que hacerlo si no quería perderse el desayuno o, peor aún, una clase. Se levantó más temprano de lo habitual. Corrió más rápido que nunca. Subió la montaña tambaleándose, jadeando a cada paso. Sun Tzu iba apoyado contra su espalda, con el morro posado sobre uno de sus hombros; disfrutaba del sol de la mañana mientras los músculos de la chica comenzaban a resentirse.

Tan pronto como llegó a la zona en la que el cerdo bebía, Rin lo dejó en el suelo y se desplomó.

—Bebe, pedazo de glotón —masculló mientras Sun Tzu retozaba en el arroyo—. Estoy deseando que llegue el día en el que te descuarticen y te coman.

Cuando le tocó bajar la montaña, el sol había empezado a brillar con intensidad, lo que provocó que Rin comenzara a sudar a chorros a pesar del frío invernal. Recorrió renqueando el distrito de las carnicerías hasta la casucha de la viuda Maung y depositó sin delicadeza a Sun Tzu en el suelo.

El animal rodó sobre sí mismo, gruñó escandalosamente y corrió en círculo, persiguiendo su propia cola.

La viuda Maung apareció cargando un cubo con desechos.

—Volveré mañana —dijo Rin sin aliento.

La viuda negó con la cabeza.

—No habrá un mañana. Al menos no para este. —Le frotó el morro a Sun Tzu—. El matarife se encargará de él esta noche.

Rin parpadeó.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Sun Tzu ya ha alcanzado su peso máximo. —La viuda le dio unas palmadas al animal en los costados—. Fíjate en esta panza. Ninguno de mis cerdos ha llegado a ser tan pesado. Puede que el loco de tu profesor tenga razón con lo del agua de la montaña. Tal vez deba llevar hasta allí a todos mis cerdos.

Rin esperaba que no lo hiciera. Con el pecho agitado, le dedicó una

reverencia a la viuda.

—Gracias por dejarme cargar con su cerdo.

La viuda Maung carraspeó.

—Qué raritos sois en la academia —murmuró para sí misma antes de conducir a Sun Tzu de vuelta a la pocilga—. Venga, vamos a prepararte para el matarife.

«¿Oink?». Sun Tzu miró con ojos implorantes hacia Rin.

—A mí no me mires —le dijo ella—. Este es el final del camino para ti.

No pudo evitar sentir una punzada de culpa. Cuanto más miraba a Sun Tzu, más recordaba los días en que había sido solo un lechón. Apartó la vista de aquellos ojos apagados e ingenuos y se encaminó de nuevo montaña arriba.

—¿Tan pronto? —Jiang pareció sorprendido cuando Rin le informó del destino de Sun Tzu. El maestro estaba sentado sobre el muro más alejado del jardín, balanceando las piernas por el borde como si fuese un niño hiperactivo—. Ah, esperaba mucho de ese puerco. Pero, al final, un cerdo es un cerdo. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy destrozada —respondió Rin—. Sun Tzu y yo por fin comenzábamos a entendernos.

—No, idiota. Me refiero a tus brazos, a tu centro, a tus piernas. ¿Cómo los tienes?

La joven frunció el ceño y agitó los brazos.

—¿Doloridos?

El maestro bajó del muro de un salto y se encaminó hacia ella.

—Voy a pegarte —le anunció.

—Espere, ¿qué?

Rin clavó los talones en el suelo y consiguió levantar los codos justo antes de que Jiang le pegara un puñetazo en la cara.

La fuerza del golpe fue inmensa. Le había pegado más fuerte que nunca. Rin sabía que tenía que esquivar el ataque en un determinado ángulo y enviar el Qi dispersado hacia el aire, donde se disiparía sin causar daños. Pero la había pillado tan desprevenida que solo fue capaz de bloquearlo de frente. Apenas se acordó de agacharse para canalizar sin peligro el Qi contenido en ese golpe a través de su cuerpo y hacia el suelo.

Un crujido similar al de un trueno sonó a su lado.

Rin saltó hacia atrás, perpleja. La piedra bajo sus pies se había partido a causa de la fuerza de aquella energía disipada. Una larga grieta se extendió entre los pies de la joven hasta el borde del bloque de piedra.

Ambos se quedaron mirándola. La grieta seguía quebrando el suelo

de piedra y recorrió todo el camino hasta llegar al fondo del jardín, donde se detuvo en la base del sauce.

Jiang echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

Era una risa escandalosa y descontrolada. El maestro se rio hasta que se quedó sin aire en los pulmones. Se rio hasta que dejó de parecer humano. Extendió los brazos hacia fuera y los agitó en el aire, moviéndose con un vertiginoso abandono.

—Ay, querida niña —le dijo, volviéndose hacia ella—. Eres brillante.

Rin esbozó una sonrisa.

«A la mierda», pensó, y corrió a abrazar a su maestro.

Jiang la levantó del suelo y le dio vueltas en el aire, girando sin parar entre las coloridas setas caleidoscópicas.

Se sentaron juntos bajo el sauce, contemplando tranquilamente las amapolas. El viento estaba en calma aquel día. La nieve seguía cayendo con suavidad sobre el jardín, pero los primeros indicios de la primavera ya habían llegado. Los duros vientos invernales se habían marchado a otra parte. Por una vez, el aire parecía tranquilo. Armonioso.

—Se acabó el entrenamiento por hoy —declaró Jiang—. Descansa. A veces debemos destensar un poco la cuerda para dejar que la flecha salga volando.

Rin puso los ojos en blanco.

—Debes escoger Folclore como especialidad —continuó él, emocionado—. Nadie, ni siquiera Altan, aprendía las cosas así de rápido.

De pronto, Rin se sintió muy incómoda. ¿Cómo iba a decirle que el único motivo por el que había querido aprender a combatir era para poder pasar las pruebas y estudiar con Irjah?

Jiang odiaba las mentiras, así que decidió que lo mejor sería ser clara con él.

—He estado pensando en especializarme en Estrategia —comentó con vacilación—. Irjah me dijo que probablemente me haría una propuesta.

Jiang agitó una mano.

—Irjah no puede enseñarte nada que no puedas aprender por ti misma. Estrategia es una asignatura limitada. Solo tienes que pasar el tiempo suficiente en el terreno de combate con *El arte de la guerra* de Sun Tzu a tu lado para aprender todo lo que necesitas saber sobre ganar una batalla.

—Pero…

—¿Quiénes son los dioses? ¿Dónde habitan? ¿Por qué hacen lo que

hacen? Esas son las cuestiones fundamentales de Folclore. Puedo enseñarte más sobre el manejo del Qi. Puedo mostrarte el camino hasta los dioses. Puedo convertirte en una chamana.

¿Dioses y chamanes? A menudo era difícil discernir si Jiang estaba bromeando o no, pero parecía realmente convencido de que podía comunicarse con las fuerzas celestiales.

Rin tragó saliva.

—Maestro…

—Esto es importante —insistió Jiang—. Por favor, Rin. Es un arte en vías de extinción. El Emperador Rojo casi acabó con él. Si no lo aprendes, si nadie lo aprende, entonces desaparecerá para siempre.

La repentina desesperación que destilaba su voz hizo que Rin se sintiese profundamente incómoda.

La joven retorció una brizna de hierba entre los dedos. —Por supuesto que sentía curiosidad por la asignatura de Folclore, pero sabía que no era aconsejable renunciar a cuatro años de entrenamiento con Irjah para cursar una disciplina en la que el resto de los maestros habían perdido la fe hacía ya mucho. Rin no había ido a Sinegard para perseguir ciertas historias solo por capricho, sobre todo si dichas historias eran desdeñadas por el resto de la gente en la capital.

Era cierto que le fascinaban los mitos y las leyendas y, por el modo en el que Jiang hablaba de ellos, parecían casi reales. Pero a ella le interesaba más aprobar las pruebas. Y un aprendizaje con Irjah le abriría las puertas a la Milicia; prácticamente le garantizaría un puesto de oficial y la posibilidad de elegir una división. Irjah tenía contactos relacionados con cada uno de los doce jefes militares, y sus protegidos siempre acababan en buenos puestos.

Una vez que se hubiera graduado, Rin podría llegar a liderar su propia tropa en tan solo un año. Y en tan solo cinco, podría acabar convertida en una comandante de renombre a nivel nacional. No podía tirar todo aquello por la borda por una simple fantasía.

—Maestro, solo quiero aprender a ser una buena soldado —le dijo.

A Jiang se le demudó el rostro.

—Tú y el resto de esta escuela —le respondió el maestro.

7

Jiang no se presentó en el jardín al día siguiente, o el día después de ese. Rin siguió acudiendo a aquel lugar con la esperanza de que regresara, pero en el fondo sabía que el maestro había terminado de compartir sus enseñanzas con ella.

Una semana más tarde, lo vio en el comedor. La chica soltó con brusquedad su cuenco y fue derecha hacia él. No tenía ni idea de qué iba a decirle, pero sabía que al menos necesitaban hablar. Se disculparía, le prometería estudiar con él aunque fuese aprendiza de Irjah o le diría cualquier otra cosa…

Antes de que pudiese acorralarlo, el maestro volcó su bandeja sobre la cabeza de un sorprendido aprendiz y corrió hacia la puerta de la cocina.

—Por la Gran Tortuga —dijo Kitay—. ¿Qué le has hecho?

—No lo sé —respondió Rin.

Jiang era impredecible y frágil, como un animal salvaje que se asustaba con facilidad, y Rin no había sido consciente de lo valiosa que era su atención hasta que la había perdido.

Después de aquello, Jiang comenzó a actuar como si ni siquiera la conociera. Ella seguía viéndolo de vez en cuando por el campus, igual que todos los demás, pero el maestro se negaba a prestarle atención.

Debería haberse esforzado más en arreglar las cosas con él. Debería haberlo buscado con más ímpetu y haber admitido su error, pese a que no tenía muy claro cuál había sido.

Pero aquello fue volviéndose menos y menos prioritario para Rin a medida que se acercaba el final del trimestre y la competición entre los alumnos de primero alcanzaba un punto álgido.

A lo largo de todo el año, la posibilidad de ser expulsados de Sinegard había sido como tener una espada contra el cuello. Ahora, la amenaza era inminente. En dos semanas se someterían a la serie de exámenes que constituían las pruebas.

Raban los había informado de las normas. Las pruebas las preparaba y las supervisaba todo el profesorado. Basándose en los

resultados, los maestros les propondrían a algunos alumnos que se convirtieran en sus aprendices. Si un estudiante no recibía ninguna propuesta, él o ella tendría que abandonar la academia en la más absoluta deshonra.

Enro eximía de presentarse a su examen a todos los estudiantes sin pretensiones de ser aprendices de Medicina, pero las otras materias eran obligatorias: Lingüística, Historia, Estrategia, Combate y Armamento. Por supuesto, no había ningún examen de Folclore programado.

—Irjah, Jima, Yim y Sonnen harán exámenes orales —les dijo Raban—. Os harán preguntas delante de un panel formado por los maestros. Os interrogarán por turnos y, si la cagáis, se pondrá fin al examen de esa materia. Cuantas más preguntas respondáis, más podréis demostrar cuánto sabéis. Así que estudiad mucho… y hablad con calma.

Jun no realizaba ningún examen oral. La prueba de Combate consistía en un torneo.

Este se celebraba a lo largo de dos días. Los alumnos de primer año se enfrentaban en duelo en los cuadriláteros, ciñéndose a las mismas normas que seguían los aprendices en sus combates. Competían en tres rondas preliminares determinadas por sorteo y, basándose en los porcentajes de victorias y derrotas, ocho de ellos avanzarían hasta las rondas de eliminación. Esos ocho serían emparejados entre sí al azar y lucharían hasta la ronda final.

Llegar a la fase final del torneo no garantizaba que fuesen a conseguir el apoyo de ningún maestro, igual que perder al principio no suponía una expulsión segura. Sin embargo, los estudiantes que llegaran más lejos en el torneo tendrían más posibilidades de demostrarles a los maestros lo bien que luchaban. Y el ganador siempre recibía una propuesta.

—Altan ganó en su año —dijo Raban—. Y Kureel en el suyo. Habréis notado que ambos consiguieron los puestos de aprendizaje más prestigiosos de Sinegard. No se recibe ningún premio por ganar, pero a los maestros les gusta apostar. Si te pegan una paliza, ningún maestro querrá contar contigo.

—Quiero especializarme en Medicina, pero tengo que memorizar muchos textos adicionales además de las lecturas que hemos hecho hasta el momento. Y si lo hago, no tendré tiempo para estudiar Historia… ¿Crees que debería especializarme en Historia? ¿Crees que le caigo lo bastante bien a Yim? —Niang agitó las manos en el aire, nerviosa—. Mi hermano dice que no debería contar con que voy a conseguir una plaza en Medicina. Somos cuatro los que vamos a

presentarnos al examen de Enro, y ella solo escoge a tres aprendices, así que es posible que no entre…

—Para ya, Niang —soltó Venka—. Llevas días con lo mismo.

—¿En qué quieres especializarte tú? —siguió Niang.

—En Combate. Y esta es la última vez que vamos a hablar del asunto —respondió la otra joven, irritada. Rin sospechaba que si Niang decía una palabra más, Venka comenzaría a gritar.

Pero Rin no podía culpar a Niang. Ni a Venka, en realidad. Los de primero cotilleaban obsesivamente sobre el tema de las especializaciones, y era algo tan comprensible como molesto. Rin había aprendido cuál era la jerarquía entre los maestros gracias a las conversaciones que había escuchado a hurtadillas en el comedor. Especializarse con Jun e Irjah era ideal para aprendices que quisieran un puesto de alto mando en la Milicia. Jima rara vez escogía aprendices, a no ser que fueran miembros de la nobleza destinados a convertirse en diplomáticos de la corte. Y una propuesta de Enro solo era relevante para aquellos que querían convertirse en médicos militares.

—Ser aprendiz de Irjah estaría bien —dijo Kitay—. Claro que los aprendices de Jun luego pueden elegir la división en la que quieren estar. Pero Irjah puede meterme en la Segunda.

—¿La división de la Provincia de la Rata? —Rin arrugó la nariz—. ¿Por qué esa?

Kitay se encogió de hombros.

—Son la inteligencia militar. Me encantaría trabajar para la inteligencia de la Milicia.

Jun no era una opción para Rin, aunque esperaba que Irjah la aceptase. Pero sabía que el maestro de Estrategia no le haría una propuesta a no ser que demostrara que dominaba las artes marciales para respaldar su habilidad estratégica. Una estratega que no sabía luchar no tenía cabida en la Milicia. ¿Cómo iba a trazar planes de batalla si nunca había estado en el frente? ¿Si no sabía cómo era un combate real?

Para ella, todo se reducía a lo que sucediera en el torneo.

Y para los aprendices, al parecer, aquello era lo más emocionante que iba a pasar en el campus en todo el año. Comenzaron a especular sobre quién ganaría y quién vencería a quién. Y ni siquiera se esforzaron por ocultarles sus libros de apuestas a los estudiantes de primer año. No tardó en correrse la voz sobre quiénes eran los favoritos.

La mayoría había apostado su dinero por los sinegardianos. Venka y Han eran fuertes candidatos para llegar a las semifinales. Nohai, un

chico enorme de una isla pesquera de la Provincia de la Serpiente, contaba con mucho respaldo para llegar a los cuartos de final. Kitay tenía bastantes apoyos, aunque eso se debía en gran parte a que había demostrado tener tanto talento a la hora de esquivar golpes que la mayoría de sus rivales, pasados unos minutos, acababan frustrados y se volvían descuidados.

Curiosamente, algunos aprendices apostaron una cantidad decente de dinero por Rin. Cuando se corrió la voz de que había estado entrenando en privado con Jiang, los aprendices comenzaron a sentir un interés desmesurado por ella. También ayudó el hecho de que estuviera pisándole los talones a Kitay en cada una de sus clases.

No obstante, el claro favorito era Nezha.

—Jun asegura que es el mejor alumno que ha tenido en su clase desde Altan —dijo Kitay, removiendo con vehemencia su comida—. No deja de hablar de él. Deberías haberle visto derribar ayer a Nohai. Es una verdadera amenaza.

Nezha, que tan solo era un guaperas delgado al comienzo del año, ahora había conseguido ganar una absurda cantidad de músculo. Se había cortado su larga cabellera y lucía un corte militar similar al de Altan. A diferencia del resto, Nezha ya parecía estar listo para llevar un uniforme de la Milicia.

También se había ganado la reputación de atacar primero y pensar después. A lo largo del trimestre, había lesionado a ocho compañeros de combate, siempre a causa de «accidentes» cada vez más graves.

Pero, cómo no, Jun nunca lo penalizaba. Al menos no con tanta severidad como se merecía. ¿Por qué iba a aplicarse algo tan mundano como unas normas al hijo del jefe militar del Dragón?

A medida que se acercaba la fecha de los exámenes, la biblioteca se sumió en un silencio opresivo. El único sonido que se escuchaba entre las estanterías era el de las plumas escribiendo con frenesí sobre el papel mientras los de primero intentaban aprenderse de memoria todas las lecciones de ese año. La mayoría de los grupos de estudio se habían disuelto, ya que cualquier ventaja que se le pudiera dar a un compañero podía significar un puesto potencialmente perdido en las filas.

Pero Kitay, que no necesitaba estudiar, ayudó a Rin por puro aburrimiento.

—El decimoctavo mandato de Sun Tzu. —Su amigo ni se molestaba en mirar el texto. Había memorizado por completo *El arte de la guerra* después de tan solo una lectura. Rin habría dado lo que fuera por tener esa capacidad.

La muchacha entrecerró los ojos para concentrarse. Sabía que

parecía idiota, pero la cabeza le daba vueltas, y entornar la vista era el único modo de detenerlo. Tenía mucho frío y calor al mismo tiempo. Llevaba tres días sin dormir. Lo único que quería era desplomarse sobre su cama, pero otra hora de estudio era más valiosa que otra hora de sueño.

—No es una de las siete consideraciones… Espera, ¿sí que lo es? No, vale. ¿Modificar siempre los planes según las circunstancias…?

Kitay negó con la cabeza.

—Ese es el decimoséptimo mandato.

Rin maldijo en voz alta y se masajeó la frente con los puños.

—Me pregunto cómo lo hacéis los demás —musitó Kitay—. Quiero decir, eso de tener que intentar recordar las cosas realmente. Vuestras vidas parecen muy complicadas.

—Voy a asesinarte con este pincel de tinta —refunfuñó Rin.

—El apéndice de Sun Tzu se centra en por qué los extremos blandos no sirven como armas. ¿No has hecho las lecturas complementarias?

—¡Callaos! —les soltó Venka desde la mesa de enfrente.

Kitay hundió la cabeza para esconderse de la chica y le dedicó una sonrisa a Rin.

—Te daré una pista —susurró—. Menda en el templo.

Rin apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza. «Ah, pues claro».

—Toda guerra se basa en el engaño.

Para prepararse para el torneo, toda la clase se había tomado al pie de la letra el decimoctavo mandato de Sun Tzu. Los alumnos habían dejado de hacer uso de las salas de entrenamiento durante las horas más concurridas. Cualquiera que contase con artes heredadas había dejado de presumir de ellas repentinamente. Hasta Nezha había detenido sus exhibiciones nocturnas en el gimnasio.

—Esto pasa todos los años —les había dicho Raban—. Es una tontería, la verdad. Como si alguien de vuestra edad con conocimientos de artes marciales fuera a tener un movimiento que mereciera la pena robar.

Fuese o no una tontería, su clase estaba realmente asustada. Todos acababan siendo acusados de llevar un arma escondida bajo la manga. Quien nunca había hecho gala de un arte marcial heredada era acusado de tener una que se guardaba para sí.

Una noche, Niang le confió a Rin que Kitay era en realidad el heredero del olvidado Puño del Viento Norteño, un arte marcial que permitía incapacitar al oponente solo con tocar un par de puntos de presión.

—Puede que haya sido yo quien ha hecho correr esa historia —

admitió Kitay cuando Rin le preguntó al respecto—. Es lo que Sun Tzu llamaría una guerra psicológica.

Ella resopló.

—Sun Tzu llamaría a eso una gilipollez.

Los de primer año tenían prohibido entrenar después del toque de queda, así que el periodo de preparación se convirtió en una especie de concurso para ver quién encontraba el modo más creativo de hacerlo sin que los maestros se enterasen. Como era de esperar, los aprendices comenzaron a patrullar por el campus después del toque de queda para pillar a los alumnos que se habían escabullido para entrenar. Nohai les comentó que en el dormitorio de los chicos se había topado con una hoja de clasificación en la que se detallaban los puntos obtenidos con cada captura.

—Es casi como si estuvieran disfrutando de esto —masculló Rin.

—Claro que lo disfrutan —dijo Kitay—. Nos ven sufrir igual que sufrieron ellos. El año que viene, por estas fechas, nosotros seremos igual de detestables.

Mostrando una absoluta falta de empatía, los aprendices también se aprovecharon de la ansiedad que sentían los de primero para montar un próspero negocio de «ayudas para el estudio». Rin se rio cuando Niang regresó al dormitorio con lo que creía que era una corteza de sauce de cien años de antigüedad.

—Eso es una raíz de jengibre —le dijo Rin con una sonrisilla. Sopesó la raíz arrugada sobre una mano—. Supongo que estará rica en un té.

—¿Cómo lo sabes? —Niang parecía consternada—. ¡He pagado veinte monedas de cobre por eso!

—En el jardín de mi casa, arrancábamos constantemente raíces de jengibre —le explicó—. Si las dejas al sol, luego puedes vendérselas a los ancianos que buscan una cura para la pérdida de virilidad. No sirve absolutamente para nada, pero hace que se sientan mejor. También vendíamos harina de trigo y la llamábamos cuerno de rinoceronte. Me apuesto lo que sea a que los aprendices también han estado vendiendo harina de cebada.

Venka, a quien Rin había visto hacía un par de noches guardándose debajo de la almohada un botecito de algo en polvo, tosió y miró para otro lado.

Los aprendices también les vendían información. La mayoría eran respuestas de examen falsas. Otros ofrecían listas de supuestas preguntas de examen que parecían completamente plausibles, pero cuya veracidad obviamente no podía confirmarse hasta que hubieran hecho las pruebas. Pero los peores eran los aprendices que fingían

venderles algo a los que querían hacer trampas solo para delatarlos.

Menda, un chico de la Provincia del Caballo, había accedido a reunirse con un aprendiz en el cuarto nivel del templo para comprarle una lista de preguntas para el examen de Jima. Rin no sabía cómo había calculado tan bien los tiempos aquel aprendiz, pero Jima se encontraba meditando en el templo esa misma noche.

Al día siguiente, Menda ya no estaba en el campus.

Las comidas se habían vuelto una actividad silenciosa y reservada. Todos comían con un libro abierto delante de las narices. Si algún estudiante se atrevía a iniciar una conversación, el resto de la mesa se apresuraba a mandarle callar de forma violenta. En resumen: se habían convertido en unos desgraciados.

—A veces creo que esto es tan malo como la masacre de Speer —decía alegremente Kitay—. Pero luego pienso…: «Qué va». ¡Nada puede ser tan malo como el genocidio de una raza entera! Aunque esto también es horrible.

—Kitay, cállate, por favor.

Rin siguió entrenando sola en el jardín. No volvió a ver a Jiang, pero habría dado igual. Los maestros no tenían permitido entrenar a los estudiantes para el torneo, aunque ella sospechaba que Nezha seguía recibiendo la ayuda de Jun.

Un día, la chica escuchó unos pasos a medida que se acercaba a la verja del jardín. Había alguien allí.

Al principio, esperaba que se tratase de Jiang, pero al abrir la puerta se topó con una figura esbelta y grácil con el cabello negro añil.

Tardó un momento en procesar lo que estaba viendo.

Altan. Había interrumpido a Altan Trengsin durante su entrenamiento.

El esperiliano empuñaba un tridente de tres puntas… No, no se limitaba a empuñarlo, lo sujetaba de forma íntima, lo curvaba en el aire como si fuera un lazo. Era tanto una extensión de su brazo como una pareja de baile.

Rin debería haber dado media vuelta y haberse marchado, debería haber ido en busca de otro sitio en el que entrenar, pero no pudo evitar sentir curiosidad. No lograba apartar la mirada. De lejos, Altan era extraordinariamente hermoso. De cerca, era hipnotizante.

El joven se giró al escuchar el sonido de los pasos de Rin. La vio y se detuvo.

—Lo siento mucho —tartamudeó ella—. No sabía que estabas…

—Es uno de los jardines de la escuela —le respondió Altan en tono neutral—. No tienes que irte por mí.

Su voz era más sombría de lo que Rin había esperado. Se había imaginado que su tono sería duro como un ladrido, a juego con sus brutales movimientos en el cuadrilátero, pero la voz de Altan era sorprendentemente melodiosa, suave y profunda.

Tenía las pupilas extrañamente contraídas. Rin no sabía si se debía simplemente a la luz que había en el jardín, pero los ojos del chico no parecían rojos en aquel momento. Por el contrario, parecían castaños, igual que los suyos.

—Nunca antes había visto esa forma —dijo ella al fin.

Altan arqueó una ceja. La muchacha se arrepintió de inmediato de haber abierto la boca. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué existía siquiera? Quería convertirse en cenizas y esparcirse por el aire.

Pero él no parecía enfadado, solo sorprendido.

—Sigue un poco más de tiempo con Jiang y aprenderás muchísimas formas arcanas. —Cambió el peso a la pierna que tenía echada hacia atrás y llevó los brazos hacia su otro costado con un movimiento fluido.

A Rin se le enrojecieron las mejillas. Se sentía muy torpe y enorme, como si, aunque se encontrara en el otro extremo del jardín, estuviera ocupando un espacio que le pertenecía a Altan.

—El maestro Jiang no me había dicho que nadie más viniese aquí.

—A Jiang le gusta olvidar muchas cosas. —Altan ladeó la cabeza en su dirección—. Debes de ser una estudiante excelente si el maestro ha mostrado interés por ti.

¿Percibía cierta amargura en su voz o se estaba imaginando cosas?

Entonces recordó que Jiang había retirado su propuesta a Altan justo después de que este hubiera declarado que quería ser aprendiz de Folclore. Se preguntó qué habría pasado y si el esperiliano seguiría molesto por aquello. Se preguntó si lo habría hecho enfadar al hablar de Jiang.

—Robé un libro de la biblioteca —logró decir—. A Jiang le pareció divertido.

¿Por qué seguía hablando? ¿Por qué seguía allí?

Altan elevó la comisura de la boca para formar una sonrisa increíblemente atractiva, lo que hizo que a ella se le acelerara el pulso.

—Menuda rebelde.

Rin se ruborizó, pero Altan se dio la vuelta y completó aquella forma.

—No dejes que interrumpa tu sesión de entrenamiento —le dijo el esperiliano.

—No, he… he venido aquí a pensar. Pero si estás tú aquí…

—No, perdona. Puedo irme.

—No, no pasa nada. —Rin no sabía ni lo que estaba diciendo—. Iba a ir a… Es decir, solo… Adiós.

Y se apresuró a marcharse del jardín. Altan no dijo nada más.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Rin enterró la cara entre las manos y soltó un gemido.

—¿Hay cabida para la docilidad durante la batalla? —preguntó Irjah. Esa era la séptima pregunta que le había hecho.

Rin estaba en racha. Siete era el número máximo de preguntas que un maestro podía hacer y, si clavaba aquella respuesta, bordaría el examen de Irjah. Y se sabía la respuesta, la había sacado directamente del vigésimo segundo mandato de Sun Tzu.

Levantó la barbilla y respondió con voz alta y clara:

—Sí, pero solo con el fin de llevar a cabo un engaño. Sun Tzu dice que si tu oponente tiene un temperamento propenso a la cólera, debes intentar irritarlo. Fingir que eres débil para que se vuelva arrogante. Un buen estratega juega con su enemigo igual que un gato juega con un ratón. Debes fingir debilidad e inmovilidad para luego abalanzarte sobre él.

Los siete maestros anotaron algo en sus pergaminos. Rin cambió ligeramente el peso de un talón al otro, esperando a que continuasen.

—Bien. No hay más preguntas. —Irjah asintió y señaló hacia sus compañeros—. ¿Maestro Yim?

Yim empujó su silla hacia atrás y se puso en pie lentamente. Consultó durante un momento su pergamino y luego miró a Rin por encima de sus gafas.

—¿Por qué ganamos la Segunda Guerra de la Amapola?

La chica tomó una bocanada de aire. No se había preparado aquella pregunta. Era tan básico que no había creído que le hiciera falta. Yim había preguntado eso mismo el primer día de clase, y la respuesta había sido una falacia lógica. No había ningún porqué, ya que Nikan no había ganado la Segunda Guerra de la Amapola. La había ganado la República de Hesperia, y Nikan simplemente se había sumado al carro de aquellos extranjeros para entrar en un tratado de victoria.

Se planteó responder a la pregunta directamente, pero luego pensó que quizá podría intentar dar una respuesta más original. Solo tenía una oportunidad para hacerlo. Quería impresionar a los maestros.

—Porque entregamos Speer —dijo.

Irjah levantó la cabeza del pergamino.

Yim enarcó una ceja.

—¿Quieres decir que fue porque perdimos Speer?

—No, digo que sacrificar la isla fue una decisión estratégica para que el parlamento de Hesperia decidiera intervenir. Creo que los altos mandos en Sinegard sabían que el ataque se iba a producir y no avisaron a los esperilianos.

—Yo estuve en Speer —interrumpió Jun—. En el mejor de los casos, esto puede considerarse una historiografía curiosa. En el peor, una calumnia.

—No, usted no estuvo allí —dijo Rin sin poder contenerse.

Jun la miró estupefacto.

—¿Disculpa?

Los siete maestros se quedaron contemplándola atentamente. Rin recordó demasiado tarde que a Irjah no le había gustado esa teoría. Y que Jun la detestaba.

Pero ya no podía recular. Ya había sopesado los contras en su cabeza. Los maestros compensaban la valentía y la creatividad. Si se echaba atrás ahora, sería una señal de vacilación. Había comenzado a cavar aquel hoyo, así que más le valía llegar hasta el final.

Respiró hondo.

—Usted no pudo haber estado en Speer. He leído los informes. Nadie de la Milicia estuvo allí la noche en la que atacaron la isla. Las primeras tropas no llegaron hasta el amanecer, después de que la Federación se hubiese marchado. Después de que todos los esperilianos hubieran sido asesinados.

El rostro de Jun se ensombreció, adoptando el mismo color que una ciruela madura.

—¿Te atreves a acusarme de…?

—No está acusando a nadie de nada —interrumpió Jiang con calma. Era la primera vez que el maestro hablaba desde que Rin había comenzado su examen. Ella lo contempló sorprendida, pero Jiang se limitó a rascarse la oreja sin ni siquiera mirarla—. Solo está intentando dar una respuesta inteligente a una pregunta de lo más obvia. La verdad, Yim, es que esa pregunta resulta ya repetitiva.

El aludido se encogió de hombros.

—Muy bien. Pues no hay más preguntas. ¿Maestro Jiang?

Todos los maestros se crisparon. Por lo que Rin tenía entendido, Jiang solo estaba allí por pura formalidad. Nunca hacía ningún examen. Se limitaba a burlarse de los estudiantes cuando se hacían un lío con sus respuestas.

Jiang la miró a los ojos.

La joven tragó saliva, sintiendo inquietud a causa de su escrutadora mirada. Era como si Rin fuese tan transparente como el agua para él.

—¿Quiénes están encarcelados en la Chuluu Korikh? —le preguntó.

Rin parpadeó. Ni una vez en los cuatro meses que había estado entrenándola le había mencionado la Chuluu Korikh. Tampoco el maestro Yim o el maestro Irjah. Ni siquiera Jima. «Chuluu Korikh» no era un término médico, ni una referencia a una famosa batalla, ni un término lingüístico aplicado a las artes marciales. Podía ser una frase cargada de significado. También podía ser una absoluta sandez.

O bien Jiang le estaba planteando una adivinanza, o simplemente quería desconcertarla.

Pero ella no quería rendirse. No quería que pareciera que no tenía ni idea delante de Irjah. Jiang le había hecho una pregunta, y él nunca hacía preguntas durante las pruebas. Los maestros esperaban ahora una respuesta interesante. Rin no podía decepcionarlos.

¿Cuál era la forma más inteligente de decir «no lo sé»?

La Chuluu Korikh. Rin había estudiado nikara antiguo con Jima durante el tiempo suficiente como para saber que significaba «montaña de piedra» en el dialecto de antaño, pero eso no le daba ninguna pista. Ninguna de las grandes prisiones de Nikan había sido construida bajo una montaña. Estas se encontraban o bien en el desierto de Baghra, o bien en las mazmorras del palacio de la emperatriz.

Y Jiang no le había preguntado qué era la Chuluu Korikh, sino quién estaba encarcelado allí.

¿Qué clase de prisionero no podía ser retenido en el desierto de Baghra?

Reflexionó sobre ello hasta que halló una respuesta insatisfactoria para una pregunta insatisfactoria.

—¿Criminales antinaturales —contestó despacio— que han cometido crímenes antinaturales?

Jun resopló sonoramente. Jima y Yim parecían incómodos.

Jiang se encogió débilmente de hombros.

—Bien —respondió—. No tengo más preguntas.

Los exámenes orales concluyeron a media mañana del tercer día. Enviaron a los alumnos a almorzar, aunque ninguno de ellos comió nada, y luego los condujeron hasta los cuadriláteros para que diera comienzo el torneo.

El primer oponente de Rin fue Han.

Cuando llegó su turno de luchar, la joven bajó por la escalera de cuerda y levantó la vista. Los maestros se encontraban en fila alrededor de la barandilla. Irjah le dedicó un leve asentimiento de cabeza, un diminuto gesto que le aportó seguridad. Jun había cruzado

los brazos sobre el pecho. Jiang estaba limpiándose las uñas.

Rin no se había enfrentado a ninguno de sus compañeros desde que la habían expulsado de la clase de Combate. Ni siquiera los había visto luchar. La única persona contra la que había peleado era Jiang, y no tenía ni idea de si el maestro se acercaba mínimamente al nivel que podrían tener sus compañeros.

Iba a entrar en ese torneo completamente a ciegas.

Cuadró los hombros y respiró hondo, intentando, al menos, parecer calmada.

Han, por su parte, parecía muy desconcertado. Recorría con la mirada el cuerpo de Rin y luego volvía a contemplarle la cara, como si fuera un animal salvaje con el que nunca antes se había encontrado, como si no supiera qué hacer con ella.

«Tiene miedo», pensó la chica.

Han debía de haber oído los rumores de que Rin había estado estudiando con Jiang. No sabía qué creer de lo que había escuchado. No sabía qué esperar.

Además, Rin era la que tenía las de perder en ese combate. Nadie esperaba que fuera a luchar bien. Pero Han llevaba todo el año entrenando con Jun. Era sinegardiano. Tenía que ganar; si no, no sería capaz de volver a mirar a sus compañeros a la cara.

Sun Tzu decía que siempre había que identificar y explotar las debilidades del enemigo. El punto débil de Han era psicológico. Él se jugaba muchísimo más, y aquello le creaba inseguridad. Eso hacía que fuese posible vencerlo.

—¿Qué? ¿Es que nunca antes has visto a una chica? —le preguntó Rin.

Han enrojeció a causa de la rabia.

Bien. Lo había puesto nervioso. Rin le dedicó una amplia sonrisa, enseñándole los dientes.

—Qué suerte tienes —le dijo—. Vas a ser el primero en caer en mis manos.

—No tienes ni una posibilidad —bramó él—. No sabes nada de artes marciales.

La joven se limitó a sonreír y adoptó la cuarta postura inicial de Seejin. Dobló la pierna que tenía echada hacia atrás, preparándose para correr hacia delante, y levantó los puños para protegerse la cara.

—¿Seguro?

La duda se vio reflejada en el rostro de Han. Había reconocido aquella postura; era intencionada y estaba bien ejecutada. No era en absoluto la posición que adoptaría alguien sin formación en artes marciales.

Rin se abalanzó sobre él en cuanto Sonnen indicó que podían empezar.

Han optó por una táctica defensiva desde el principio. Cometió el error de dejar que Rin cogiera impulso hacia delante, y no logró recuperarse. Desde el comienzo, ella controló cada aspecto de la pelea. Rin atacaba, Han reaccionaba. Rin dirigió aquella danza y decidió cuándo dejar que Han la esquivara y la dirección que iban a tomar. Peleó de forma metódica, siguiendo su memoria muscular. Fue eficiente. Hizo que los movimientos de Han se volvieran en su contra, y eso lo confundió.

Los ataques del chico seguían unos patrones predecibles.

Si fallaba una de sus patadas, se echaba hacia atrás y volvía a intentarlo una y otra vez hasta que Rin lo obligaba a cambiar de dirección.

Al final, Han bajó la guardia y dejó que Rin se le acercara demasiado. Esta le dio un fuerte codazo en la nariz y sintió un satisfactorio crujido. El muchacho cayó al suelo como una marioneta a la que acabaran de cortarle las cuerdas.

Rin sabía que no lo había herido de gravedad. Jiang le había pegado a ella en la nariz al menos un par de veces. Han estaba más perplejo que herido. Podría haberse levantado, pero no lo hizo.

—Separaos —ordenó Sonnen.

Rin se secó el sudor de la frente y levantó la mirada hacia la barandilla.

En lo alto del cuadrilátero solo había silencio. Sus compañeros tenían la misma cara que habían puesto el primer día de clase: de sorpresa y perplejidad. Nezha parecía atónito.

Entonces, Kitay comenzó a aplaudir. Fue el único que lo hizo.

Rin participó en dos combates más aquel día. Ambos fueron similares al de Han: identificaba el patrón que seguía su contrincante, confundía a su rival y asestaba el golpe de gracia. Ganó en ambas ocasiones.

En cuestión de un día, pasó de ser una clara perdedora a convertirse en la principal aspirante. Todos esos meses que había pasado cargando con aquel estúpido cerdo le habían proporcionado una resistencia que sus compañeros no poseían. Aquellas horas, largas y frustrantes, que había pasado imitando las formas de Seejin le habían proporcionado un impecable juego de pies.

El resto de su clase había aprendido lo básico de Jun. Todos se movían del mismo modo y, cuando se ponían nerviosos, caían en los mismos patrones por defecto. Pero Rin no. Su mayor ventaja era su imprevisibilidad. Combatía de un modo que ninguno esperaba y eso

los descolocaba, así que la joven continuó ganando.
Al final del primer día, Rin y otros seis, entre los que se encontraban Nezha y Venka, llegaron invictos a las rondas de eliminación. Kitay terminó la jornada con un resultado de 2-1, pero se clasificó gracias a que su técnica había sido buena.

Los cuartos de final habían sido programados para el segundo día. Sonnen llevó a cabo unos emparejamientos aleatorios y los reflejó en un pergamino que luego procedió a colgar en la entrada del vestíbulo principal para que todos lo vieran. Rin había acabado emparejada con Venka para combatir a primera hora de la mañana.

La otra chica llevaba años entrenándose en artes marciales, y se notaba. Asestaba golpes rápidos, y su juego de pies era impecable y hábil. Luchaba con una crueldad salvaje. Su técnica era precisa y su elección del momento, perfecta. Era igual de rápida que Rin, o tal vez más.

La única ventaja que tenía Rin era que Venka nunca había luchado estando lesionada.

—Ha combatido un montón de veces —le contó Kitay—. Pero nadie está dispuesto a asestarle un golpe. Todos se detienen siempre antes de tocarla. Hasta Nezha. Me apuesto lo que sea a que ninguno de sus antiguos tutores se atrevía a pegarle tampoco. Los habrían despedido de inmediato, o puede que incluso los hubieran metido en la cárcel.

—Te estás quedando conmigo —le dijo ella.

—Yo nunca la he tocado, desde luego.

Rin cerró un puño y lo frotó contra la palma de su otra mano.

—Entonces, tal vez le venga bien que alguien lo haga.

Sin embargo, herir a Venka no fue una tarea fácil. Por pura suerte más que por otra cosa, Rin consiguió acertarle un golpe al principio del combate. Venka, que había subestimado la rapidez de su rival, había vuelto a subir la guardia demasiado despacio después de intentar un gancho con la izquierda. Rin aprovechó esa oportunidad y le asestó un revés en la nariz.

Sintió cómo se rompía el hueso con un sonoro crujido bajo su puño.

Venka se retiró de inmediato. Se llevó una mano a la cara, agarrándose la nariz inflamada. Bajó la mirada hacia sus dedos, ahora cubiertos de sangre, y luego volvió a levantarla en dirección a Rin. Se le ensancharon los orificios nasales. Las mejillas se le quedaron completamente pálidas.

—¿Algún problema? —le preguntó Rin.

La mirada que le lanzó Venka transmitía una rabia asesina.

—Ni siquiera deberías estar aquí —bramó en respuesta.

—Eso díselo a tu nariz —le respondió Rin.

Venka quedó claramente trastornada. Su bonita sonrisa burlona había desaparecido, tenía el pelo revuelto, la cara ensangrentada y los ojos desorbitados y desenfocados. Estaba al límite, desubicada. Intentó lanzar un par de golpes más hasta que Rin le asestó una patada giratoria en un lateral de la cabeza.

La sinegardiana cayó despatarrada de lado y se quedó tirada en el suelo. Su pecho subía y bajaba muy rápido. Rin no sabía si estaba llorando o jadeando.

Ni le importaba.

Los aplausos que recibió al salir del cuadrilátero fueron escasos. El público había apostado por Venka. Se suponía que era ella la que tenía que llegar a la final.

A Rin tampoco le importaba todo eso. A aquellas alturas ya se había acostumbrado.

Y no era a Venka a quien anhelaba vencer.

Nezha se abrió paso en sus eliminatorias con una eficacia implacable. Sus combates siempre estaban programados a la misma hora que los de Rin y en el cuadrilátero de al lado, y siempre acababan antes. Rin no pudo ver al chico en acción. Tan solo veía salir a sus oponentes en camilla.

El único de los contrincantes de Nezha que había salido ileso del combate había sido Kitay. Había durado un minuto y medio antes de rendirse.

Corrían rumores de que el sinegardiano acabaría siendo descalificado por incapacitar a alguien de forma intencionada, pero Rin no se hacía ilusiones. Los miembros del profesorado querían ver al heredero de la dinastía Yin en la final. Por lo que ella sabía, Nezha podía acabar matando a alguien y no sufrir ninguna represalia. No cabía duda de que Jun lo permitiría.

A nadie le sorprendió que Rin y Nezha ganaran en sus semifinales. La final fue pospuesta hasta después de la cena para que los aprendices también pudieran asistir y presenciarlo.

Nezha desapareció en mitad de aquel descanso. Seguramente estaría recibiendo un entrenamiento privado por parte de Jun. Por un momento, Rin se planteó denunciarlo para que lo descalificaran, pero sabía que así solo conseguiría una victoria vacía. Quería llegar hasta el final eh condiciones.

Jugueteó con la comida. Era consciente de que necesitaba la energía, pero solo de pensar en comer le entraban ganas de vomitar.

Hacia la mitad de la cena, Raban se acercó a su mesa. Estaba

sudando profusamente, como si hubiera ascendido corriendo desde el nivel más bajo.

Rin creía que iba a felicitarla por haber llegado hasta la final, pero lo único que le dijo fue:

—Deberías rendirte.

—Será broma —le respondió ella—. Voy a ganar.

—Mira, Rin… No has presenciado ninguna de las peleas de Nezha.

—He estado algo ocupada con las mías.

—No sabes de lo que es capaz. Acabo de tratar en la enfermería a su oponente de las semifinales. A Nohai. —Raban parecía muy alterado—. No están seguros de si podrá volver a caminar. Nezha le ha destrozado la rótula.

—Eso es problema de Nohai. —Rin no quería escuchar nada sobre las victorias de Nezha. Ya se sentía demasiado intranquila tal y como estaban las cosas. Solo podría superar la final si se convencía a sí misma de que era posible vencer a Nezha.

—Sé que te odia —prosiguió Raban—. Podría dejarte lisiada de por vida.

—Solo es un crío —se mofó Rin con una seguridad que no sentía.

—¡Y tú también! —Raban parecía nervioso—. Me da igual lo buena que te creas. Nezha te saca quince centímetros y nueve kilos de músculo, y te aseguro que quiere matarte.

—Tiene puntos débiles —replicó ella con cabezonería. Debía tenerlos, ¿no?

—¿Acaso importa? ¿Por qué significa tanto para ti este torneo? —le preguntó el aprendiz—. De ninguna manera van a echarte ahora de la academia. Todos los maestros van a hacerte una propuesta. ¿Por qué quieres ganar?

Raban tenía razón. A esas alturas, Irjah no tendría ningún reparo en hacerle una propuesta. Rin tenía asegurada su plaza en Sinegard.

Pero aquello ya no tenía que ver con las propuestas de los maestros, sino con su orgullo. Era una cuestión de poder. Si se rendía ante Nezha, este se lo recordaría durante el resto de su estancia en la academia. No… Se lo recordaría durante el resto de su vida.

—Porque puedo —respondió Rin—. Porque Nezha creía que podía deshacerse de mí. Porque quiero partirle esa cara de idiota.

El sótano estaba sumido en el más absoluto silencio cuando Rin y Nezha entraron al cuadrilátero. La expectación, una sed de sangre perversa, inundaba el ambiente. Esos meses de rivalidad habían llegado a un punto álgido, y todos querían ser testigos del resultado de su desencuentro.

Tanto Jun como Irjah tenían una expresión neutral con la que no

dejaban entrever nada. Jiang no estaba presente.

Nezha y Rin se dedicaron una leve reverencia, sin apartar la mirada el uno del otro, y enseguida se alejaron.

El sinegardiano siguió observándola fijamente, con aquellos ojos almendrados entrecerrados y completamente alerta. Tenía los labios apretados en señal de concentración. No hubo insultos ni burlas. Ni siquiera un gruñido.

Rin supo entonces que Nezha la tomaba en serio. La consideraba una igual.

Por algún motivo, eso hizo que se sintiera profundamente orgullosa. Se quedaron mirándose el uno al otro, retándose mutuamente a romper el contacto visual.

—Comenzad —declaró Sonnen.

Rin se tiró hacia Nezha de inmediato. Lanzó hacia delante la pierna derecha, una y otra vez, obligándolo a recular.

Kitay se había pasado toda la cena ayudándola a concebir una estrategia. Rin sabía que Nezha podía ser asombrosamente rápido. Una vez que conseguía impulso, no se detenía hasta que su oponente acababa incapacitado o muerto.

Rin debía apabullarlo desde el principio. Tenía que hacer que estuviera constantemente a la defensiva porque, si era ella la que tenía que defenderse de Nezha, la derrota estaría asegurada.

El problema era que el sinegardiano era increíblemente fuerte. No poseía la fuerza bruta de Kobin ni de Kureel, pero era tan certero en sus movimientos que eso no importaba. Canalizaba su Qi con una precisión espectacular, concentrándolo todo para luego expulsarlo a través de un minúsculo punto de presión, creando así el máximo impacto posible.

A diferencia de Venka, Nezha podía reponerse de los ataques y seguir adelante. Rin le había alcanzado una o dos veces. El joven se recuperaba y le devolvía el golpe. Y los suyos dolían.

Estuvieron así dos minutos. Rin ya estaba durando más que cualquiera de los otros oponentes que se habían enfrentado a él, y se había percatado de algo: Nezha no era invencible. Las técnicas que antes le habían parecido imposibles de imitar ahora le resultaban increíblemente fáciles de superar. Cuando Nezha lanzaba una patada, sus movimientos eran amplios y obvios, como los de un jabalí. Sus patadas tenían una potencia aterradora, pero solo si acertaban en su objetivo.

Rin se aseguró de que eso no pasara nunca.

No iba a permitir que Nezha la dejara lisiada. Pero no estaba allí solo para sobrevivir. Estaba allí para ganar.

«Dragón Explosivo. Tigre Agazapado. Grulla Extendida». Rin emuló los movimientos del Juego de los Cinco Animales de Seejin según los fue necesitando. Los había practicado tantas veces antes, encadenándolos uno detrás de otro siguiendo aquella maldita forma, que fue capaz de ejecutarlos automáticamente.

Pero si a Nezha le desconcertó el estilo de lucha de Rin, no lo demostró. Mantuvo la calma y siguió concentrado, atacando con una eficiencia metódica.

Ya llevaban cuatro minutos. Rin sentía que se quedaba sin aire en los pulmones, que su cuerpo agotado buscaba oxígeno. Pero sabía que, si ella estaba cansada, Nezha también tenía que estarlo.

—Cuando se cansa, se desespera —le había dicho Kitay—. Y desesperado es mucho más peligroso.

Nezha estaba desesperándose.

Ya no tenía control sobre su Qi. Lanzaba un puñetazo tras otro en dirección a Rin. Le daba igual la norma que prohibía lisiar a un adversario durante el combate. Si conseguía inmovilizarla en el suelo, la mataría.

Nezha le asestó una patada baja por detrás de las rodillas. Rin tomó una decisión precipitada y dejó que la alcanzara. Se echó hacia atrás y fingió que perdía el equilibrio. El sinegardiano avanzó de inmediato, cerniéndose sobre ella. Rin se tiró al suelo y lanzó una patada hacia arriba.

Le acertó a Nezha en todo el plexo solar con más fuerza de la que había empleado nunca. Pudo sentir cómo los pulmones del joven se quedaban sin aire. Entonces, se levantó y se asombró al ver que Nezha seguía retrocediendo y jadeando en busca de aire.

Se abalanzó sobre él y le golpeó con furia en la cabeza.

Nezha se desplomó sobre el suelo.

Unos murmullos de conmoción se extendieron entre el público.

Rin rodeó a su oponente con la esperanza de que no se levantara, pero sabiendo que lo haría. Quería acabar con él. Clavarle el talón en la nuca. Pero los maestros valoraban mucho el honor. Si le pegaba mientras estaba tendido en el suelo, la expulsarían de Sinegard en menos de lo que cantaba un gallo.

Sin importar que, si él hubiese hecho algo así, Rin dudaba que alguien hubiera pestañeado siquiera.

Pasaron cuatro segundos. Nezha levantó una mano temblorosa y golpeó con ella el suelo. Se arrastró hacia delante. Le sangraba la frente, y un riachuelo color escarlata se le metía en los ojos. Parpadeó y levantó la mirada hacia Rin.

Sus ojos eran los de un asesino.

—Continuad —dijo Sonnen.

Rin rodeó con cautela a Nezha, que se agazapó como un animal, como un lobo herido apoyándose sobre los cuartos traseros.

Cuando ella lanzó el siguiente golpe, Nezha la agarró por el brazo y la atrajo hacia sí. Rin se quedó sin respiración. El sinegardiano le arañó la cara y la clavícula.

Rin se zafó de su agarre y se apresuró a echarse hacia atrás. Sintió un fuerte escozor debajo del ojo izquierdo y a lo largo del cuello. Le había hecho sangre.

—Contrólate, Yin —le advirtió Sonnen.

Ambos lo ignoraron. «Como si una advertencia fuera a servir de algo», pensó la chica. Cuando Nezha volvió a abalanzarse sobre ella, Rin tiró de él para arrastrarlo al suelo consigo. Rodaron por la tierra, tratando de inmovilizarse el uno al otro y fracasando en el intento.

Nezha lanzaba golpes desesperados al aire, puñetazos descontrolados hacia la cara de Rin.

Ella esquivó el primero. Nezha echó hacia atrás el puño y le dio con el revés de la mano, algo que la dejó sin aliento. Sintió que se le entumecía la mitad inferior del rostro.

La había abofeteado.

La había abofeteado de verdad.

Rin podía soportar una patada. Podía absorber una *tegatana*. Pero un bofetón traía consigo una intimidad salvaje. Un matiz de superioridad.

Algo se rompió en su interior.

No podía respirar. Comenzó a oscurecérsele la visión. Primero lo vio todo negro, y luego escarlata. Una terrible rabia se apoderó de ella, consumiendo por completo sus pensamientos. Necesitaba venganza igual que necesitaba respirar. Quería hacerle daño a Nezha. Quería castigarlo.

Contraatacó, con los dedos curvados en forma de garra. Nezha la soltó para poder saltar hacia atrás, pero Rin lo siguió, redoblando sus frenéticos ataques. No era tan rápida como él. Nezha respondía a sus golpes y ella se movía demasiado despacio como para bloquearlos. El sinegardiano la alcanzó en el muslo y en el brazo, pero su cuerpo no asimilaba los daños. El dolor era un mensaje que había decidido ignorar por el momento, ya lo sentiría más tarde.

No… El dolor conducía a la victoria.

Nezha la golpeó en la cara una, dos y hasta tres veces. Le pegaba como si fuera un animal y, aun así, Rin seguía luchando.

—¿A ti qué te pasa? —siseó Nezha.

Pero lo más importante era lo que le pasaba a él. Tenía miedo. Rin

podía vérselo en los ojos.

Nezha la había acorralado contra la pared y le rodeaba el cuello con las manos, pero Rin lo agarró de los hombros, le clavó la rodilla en el tórax y le propinó un codazo en la nuca. El chico se desplomó en el suelo y comenzó a respirar con dificultad. Ella se le echó encima y le clavó el codo en la parte baja de la columna. Nezha pegó un grito y arqueó la espalda con agonía.

Rin le pisó el brazo izquierdo para inmovilizárselo contra el suelo y evitó que moviera el cuello presionándoselo con el codo derecho. Cuando Nezha forcejeó, le dio un golpe con el puño en la parte baja de la cabeza y le hundió el rostro en la tierra hasta que fue evidente que no iba a poder levantarse.

—Separaos —ordenó Sonnen, pero Rin apenas lo oyó. Sentía la sangre palpitándole en los oídos al ritmo de unos tambores de guerra. Lo veía todo a través de un filtro rojo con el que solo divisaba a sus enemigos.

Cogió a Nezha del pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás para golpeársela contra el suelo.

—¡Separaos!

De pronto, tenía los brazos de Sonnen alrededor del cuello, reteniéndola, apartándola de la forma inerte de Nezha.

Rin se alejó de Sonnen tambaleándose. Tenía el cuerpo caliente, febril. Se echó hacia atrás, sintiéndose repentinamente mareada. Creyó que iba a entrar en combustión a causa del calor. Tenía que disiparlo, obligarlo a salir, o de lo contrario estaba segura de que moriría. Pero el único lugar al que podía enviarlo era a los cuerpos del resto de las personas que la rodeaban…

Algo en el fondo de su mente racional gritó.

Raban se le acercó mientras salía del cuadrilátero.

—Rin, ¿qué…?

La chica le apartó la mano.

—Aparta —jadeó—. Aparta.

Pero los maestros la rodearon: un barullo de voces, de manos que se extendían hacia ella, de bocas que se movían. Su presencia era asfixiante. Sintió que, si gritaba, podía hacer que se desintegraran por completo. Quería que se desintegraran. Pero esa diminuta parte de su ser que seguía siendo racional la obligó a correr a trompicones hacia la salida.

Milagrosamente, la gente le abrió paso. Avanzó entre la multitud de aprendices y corrió hacia las escaleras. Las subió a toda velocidad, atravesó la puerta del vestíbulo principal hacia el aire fresco del exterior e inspiró hondo.

No era suficiente. Seguía ardiendo.

Ignorando los gritos de los maestros a su espalda, Rin echó a correr.

Jiang estaba en el primer lugar donde lo buscó, en el jardín de Folclore. Se hallaba sentado con las piernas cruzadas, los ojos cerrados y tan inmóvil como la piedra sobre la que descansaba.

Rin cruzó la verja del jardín tambaleándose y agarrándose al marco de la entrada. El mundo dio vueltas a su alrededor. Lo veía todo rojo: los árboles, las piedras y, sobre todo, a Jiang, que refulgía delante de ella como si fuese una antorcha.

El maestro abrió los ojos cuando oyó que cruzaba la verja.

—¿Rin?

Esta había olvidado cómo se hablaba. Las llamas en su interior salían en dirección a Jiang, sintiendo su presencia igual que el fuego sentía la leña y anhelaba consumirla.

Acabó convencida de que, si no lo mataba, terminaría explotando.

Se movió para atacar. El maestro se puso en pie a duras penas, esquivó los brazos extendidos de Rin y la derribó con un hábil movimiento. La chica cayó de espaldas. Jiang la inmovilizó en el suelo con los brazos.

—Estás ardiendo —le dijo, asombrado.

—Ayúdeme —jadeó Rin—. Ayuda.

Él se inclinó hacia delante y le tomó la cabeza entre las manos.

—Mírame.

Rin obedeció con dificultad. El rostro de Jiang apareció ante sus ojos.

—Por la Gran Tortuga —murmuró el maestro antes de soltarla.

Luego puso los ojos en blanco y comenzó a emitir unos ruidos indescifrables, sílabas que no se parecían a ningún idioma que Rin conociera.

Jiang abrió los ojos y presionó la palma de la mano contra la frente de la joven.

Su mano estaba helada. Un frío gélido fluía desde su palma hasta la frente y el resto del cuerpo de Rin, a través de los mismos riachuelos por los que corría la llama, deteniendo el fuego y calmando sus venas. Rin sintió como si la hubieran sumergido en un baño helado. Se retorció en el suelo, con la respiración agitada, temblando a medida que el fuego abandonaba su sangre.

Y entonces, todo se quedó en calma.

Lo primero que vio cuando volvió en sí fue el rostro de Jiang. El maestro tenía la ropa arrugada y unos profundos círculos debajo de los ojos, como si llevara días sin dormir. ¿Cuánto tiempo había estado

dormida? ¿Le había hecho compañía el maestro durante todo ese rato?

Rin levantó la cabeza. Se encontraba tendida sobre un camastro en la enfermería, pero, por lo que podía ver, no estaba herida.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Jiang en voz baja.

—Magullada, pero bien. —Se sentó lentamente e hizo una mueca. Sentía la boca pastosa, como si la tuviera llena de algodón. Tosió y se frotó la garganta, frunciendo el ceño—. ¿Qué ha pasado?

Jiang le ofreció un vaso de agua que había al lado del camastro. Rin lo aceptó, agradecida. La sensación del agua deslizándose por su garganta seca fue maravillosa.

—Enhorabuena —le dijo Jiang—. Eres la campeona de este año.

Su tono no parecía en absoluto de felicitación.

Rin no sintió la euforia que debería haber sentido. Ni siquiera era capaz de disfrutar del hecho de que había vencido a Nezha. No se sentía para nada orgullosa, solo asustada y confusa.

—¿Qué he hecho? —susurró.

—Te has topado con algo para lo que no estabas preparada —le respondió el maestro. Parecía inquieto—. Nunca debería haberte enseñado el Juego de los Cinco Animales. De ahora en adelante, solo vas a ser un problema para ti misma y para todos los que te rodean.

—No si usted me ayuda —le dijo Rin—. No si me enseña a no serlo.

—Creía que solo querías ser una buena soldado.

—Y así es —contestó.

Pero, por encima de eso, quería poder.

No tenía ni idea de lo que había pasado en el cuadrilátero. Sería una idiota si no le aterrorizara lo ocurrido. Y, sin embargo, nunca había sentido un poder semejante. En aquel instante, había tenido la sensación de que podía vencer a cualquiera. Matar cualquier cosa.

Quería volver a tener ese poder. Quería lo que Jiang podía enseñarle.

—Ese día en el jardín fui una desagradecida —le dijo, escogiendo sus palabras con mucha cautela. Si lo alababa en exceso, acabaría ahuyentándolo. Pero si no se disculpaba, entonces el maestro creería que no había aprendido nada desde la última vez que habían hablado —. No estaba pensando con la cabeza. Le pido disculpas.

Rin observó los ojos de Jiang con aprensión, en busca de aquella expresión distante que le indicaba que lo había perdido.

Las facciones del maestro no se suavizaron, pero tampoco se levantó para marcharse.

—No. Fue culpa mía. No me había dado cuenta de lo mucho que te pareces a Altan.

Rin levantó la cabeza con brusquedad al escuchar aquel nombre.

—¿Sabes? Él también ganó en su año —dijo Jiang, sin más—. Se enfrentó a Tobi en la final. Fue un combate llevado a lo personal, como el tuyo con Nezha. Altan odiaba a Tobi. Este, había hecho algunos comentarios desagradables sobre Speer en su primera semana de clases, y Altan jamás se lo perdonó. Pero él no era como tú. No se pasó todo el año riñendo con Tobi como si fuera una mosca cojonera. Altan se tragó su rabia y la ocultó bajo una máscara de indiferencia hasta que, justo al final, delante de un público entre el que se encontraban seis jefes militares y la mismísima emperatriz, desató un poder tan potente que hizo falta que interviniéramos Sonnen, Jun y yo para sujetarlo. Pero, para cuando se disipó el humo, Tobi estaba tan gravemente herido que Enro tuvo que pasarse cinco días sin dormir para poder tratarlo.

—Yo no soy así —dijo Rin. No le había pegado una paliza tan brutal a Nezha. ¿O sí? Le costaba recordar nada más allá de la rabia que le había nublado la mente—. No soy… No soy como Altan.

—Eres exactamente igual que él. —Jiang sacudió la cabeza—. Eres demasiado imprudente. Rencorosa. Alimentas tu rabia y dejas que explote. Y no eres cuidadosa con las enseñanzas que adquieres. Entrenarte sería un error.

A Rin le dio un vuelco el estómago. De pronto, sintió pavor ante la posibilidad de volverse loca. Había obtenido una tentadora muestra de un poder increíble, pero ¿era ahí donde acababa todo?

—¿Por eso le retiró su propuesta a Altan? —le preguntó al maestro —. ¿Por eso se negó a enseñarle?

Jiang parecía confuso.

—No retiré mi propuesta —contestó—. Insistí en que lo dejaran bajo mi tutela. Altan era un esperiliano predispuesto a la rabia y al desastre. Sabía que yo era el único que podía ayudarle.

—Pero los aprendices dicen…

—Los aprendices no saben una mierda —explotó Jiang—. Le pedí a Jima que me dejara entrenarlo. Pero la emperatriz intervino. Era consciente del valor militar que tenía un guerrero esperiliano. Estaba tan emocionada… Al final, los intereses nacionales primaron sobre la cordura de un simple chico. Lo pusieron bajo la tutela de Irjah y cultivaron su rabia como si fuera un arma, en lugar de enseñarle a controlarla. Ya lo has visto en el cuadrilátero. Ya sabes cómo es.

Jiang se inclinó hacia delante.

—Pero tú… La emperatriz no sabe que existes. —Eso último lo murmuró más para sí mismo que para ella—. No estás a salvo, pero lo estarás… No se inmiscuirán. Esta vez no…

Rin contempló el rostro de Jiang, sin atreverse aún a hacerse ilusiones.

—¿Significa eso que…?

El maestro se puso en pie.

—Te aceptaré como aprendiza. Espero no llegar a arrepentirme de esto.

Extendió una mano hacia ella. Rin se incorporó y se la tomó.

De los cincuenta estudiantes que habían entrado en Sinegard a principios del semestre, solo treinta y cinco recibieron propuestas para ser aprendices. Los maestros enviaron sus pergaminos a la oficina en el vestíbulo principal para que los alumnos los recogieran allí.

Los que no obtuvieran ningún pergamino debían entregar sus uniformes y prepararlo todo para abandonar la academia de inmediato.

La mayoría de los estudiantes recibieron tan solo un pergamino. Para su regocijo, Niang, junto con otros dos alumnos, acabó entrando en Medicina. Nezha y Venka se decantaron por Combate.

Durante todo el camino hasta la oficina, Kitay, convencido de que no recibiría ninguna propuesta por haberse rendido ante Nezha, se estuvo atusando el cabello con tanto nerviosismo que Rin temió que fuera a quedarse calvo.

—Fue una estupidez —dijo el chico—. Fui un cobarde. Nadie se ha rendido sin sufrir ninguna lesión en las últimas dos décadas. Ahora ningún maestro querrá tomarme como aprendiz.

Antes de la celebración del torneo, Kitay esperaba recibir propuestas de Jima, Jun e Irjah. Pero solo un pergamino le esperaba en la secretaría.

Kitay lo desenrolló. Una sonrisa se abrió paso en su rostro.

—Irjah cree que rendirme fue una táctica brillante. ¡Voy a especializarme en Estrategia!

A Rin le entregaron dos pergaminos. Sin necesidad de abrirlos, ya sabía que eran de Irjah y Jiang. Podía escoger entre Estrategia y Folclore.

Eligió la última.

8

La academia de Sinegard les dejaba cuatro días libres a sus estudiantes para celebrar el Festival de Verano. El siguiente semestre comenzaría en cuanto regresaran.

La mayoría de los alumnos aprovechaban la oportunidad para visitar a sus familias. Pero Rin no tenía tiempo para ir hasta Tikany y volver, y tampoco es que le apeteciera. Había planeado pasar las vacaciones en la academia, hasta que Kitay la invitó a quedarse en su casa.

—A no ser que no quieras —le dijo, nervioso—. Es decir, si ya tienes planes…

—No tengo planes. Me encantaría.

A la mañana siguiente, hizo su equipaje para su excursión a la ciudad. Eso solo le llevó unos segundos. No tenía muchos efectos personales. Dobló cuidadosamente las dos túnicas escolares dentro de su viejo zurrón de viaje y esperó que a Kitay no le pareciera de mal gusto que llevara puesto su uniforme durante el festival. No tenía otra ropa. En cuanto había tenido la oportunidad, se había deshecho de sus viejas túnicas sureñas.

—Pediré un *rickshaw* —se ofreció Rin cuando se reunió con Kitay en las puertas de la escuela.

Su amigo parecía confuso.

—¿Para qué necesitamos un *rickshaw*?

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí si no?

Kitay abrió la boca para responder justo en el mismo momento en que un enorme carruaje tirado por caballos se detenía en la entrada. El conductor, un hombre corpulento vestido con ropajes de tonos dorados y burdeos, se bajó del vehículo y le dedicó una profunda reverencia a Kitay.

—Amo Chen.

Luego parpadeó en dirección a Rin, como si estuviera intentando decidir si inclinarse también ante ella. Al final, acabó dedicándole un

somero asentimiento.

—Gracias, Merchi. —Kitay le entregó al sirviente sus bolsas de viaje y ayudó a Rin a subir al carruaje.

—¿Cómoda?

—Mucho.

Desde su posición ventajosa dentro del carruaje podían ver casi toda la ciudad ubicada en el valle de abajo: las pagodas en espiral del distrito administrativo que se elevaban a través de una ligera capa de niebla, casas blancas con tejados curvos de tejas construidas en las laderas del valle, y los sinuosos muros de piedra de los callejones que conducían hacia el centro de la urbe.

Desde el interior del vehículo, Rin se sentía aislada de las sucias calles de la ciudad. Se sentía limpia. Por primera vez desde que había llegado a Sinegard, tenía la sensación de que pertenecía a aquel lugar. Se apoyó contra el lateral y disfrutó de la cálida brisa veraniega sobre su rostro. No había descansado de ese modo desde hacía mucho tiempo.

—Ya hablaremos con detalle de lo que te ha pasado cuando regreses —le había dicho Jiang—. Pero tu mente ha sufrido un trauma muy particular. Lo mejor que puedes hacer por ti misma ahora es descansar. Dejar que la experiencia germine. Dejar que tu mente sane.

Kitay demostró poseer mucho tacto al no preguntarle qué le había sucedido. Y Rin se lo agradecía.

Merchi los condujo a un ritmo ligero por el paso de montaña. Siguieron la ruta principal a la ciudad durante una hora y luego doblaron hacia la izquierda en un camino aislado que conducía hacia el distrito Jade.

Un año antes, cuando Rin había llegado a Sinegard, el profesor Feyrik y ella habían cruzado el distrito de la clase trabajadora, donde el hospedaje era barato y había casas de apuestas en cada esquina. Sus visitas diarias a la viuda Maung la habían llevado a las partes más bulliciosas, sucias y apestosas de la ciudad. Hasta ahora, lo que había visto de Sinegard no era muy distinto a Tikany. Solo era más ruidoso y estaba más atestado.

En ese instante, montada en el carruaje de la familia Chen, vio lo espléndida que podía llegar a ser Sinegard. Los senderos del distrito Jade habían sido pavimentados recientemente y relucían como si los hubieran limpiado esa misma mañana. Rin no vio ninguna choza de madera ni ningún lugar claramente destinado a alojar los desechos de los orinales. No vio amas de casa malhumoradas cocinando panes y dumplings en parrillas al aire libre, demasiado pobres como para poder permitirse una cocina de interior. Tampoco vio mendigos.

Esa calma le resultaba inquietante. Tikany siempre estaba bullendo de actividad: vagabundos que recogían basura para volver a empaquetarla y venderla; ancianos sentados en escalones en el exterior, fumando o jugando al mahjong; niños vestidos con jerséis que les dejaban las nalgas al aire y que deambulaban por las calles seguidos de cerca por unos abuelos en cuclillas, listos para agarrarlos cuando se tropezaran.

Allí no vio nada de eso. El distrito Jade contaba con unas vallas inmaculadas y unos jardines tapiados. A excepción de su carruaje, los senderos estaban vacíos.

Merchi detuvo el vehículo delante de las puertas de un complejo enorme. Estas se abrieron pesadamente y revelaron cuatro largos edificios rectangulares dispuestos en un cuadrado, en cuyo centro se encontraba un enorme cenador. Varios perros corrieron hacia la entrada. Eran unas cositas blancas cuyas patas estaban tan inmaculadamente limpias como el camino de baldosas por el que iban.

Kitay soltó un grito, se bajó del carruaje y se agachó. Sus perros le saltaron encima, agitando los rabos con frenesí a causa de la emoción.

—Él es Emperador Dragón. —Kitay rascó a uno de los perros por debajo de la barbilla—. Todos tienen nombres de grandes gobernantes.

—¿Cuál es el Emperador Rojo? —le preguntó Rin.

—Ese que te va a mear en el pie como no te muevas.

El ama de llaves de la propiedad era una mujer bajita y regordeta con la piel pecosa y curtida llamada Lan. Hablaba con una voz amable y aniñada que nada tenía que ver con su rostro arrugado. Su acento sinegardiano era tan fuerte que Rin apenas podía entenderla, a pesar de haberse pasado meses escuchando el acento cerrado de la viuda Maung.

—¿Qué queréis comer? Cocinaré lo que os apetezca. Conozco los estilos culinarios de las doce provincias. Excepto el de la Provincia del Mono. Demasiado picante. No os sentaría bien. Tampoco hago tofu apestoso. Mi única limitación es lo que haya en el mercado, pero puedo conseguir casi cualquier cosa en la tienda de importación. ¿Algún plato favorito? ¿Langosta? ¿Castañas de agua? Decidid qué queréis y yo os lo cocinaré.

Rin, que estaba acostumbrada a comer la sosa bazofia del comedor de la academia, no sabía qué responder. ¿Cómo podía explicar que no conocía el gran repertorio de platos que Lan esperaba que le recitara? En Tikany, a los Fang les gustaba mucho un plato al que llamaban «de todo» y que, literalmente, contenía todas las sobras que quedaran en la tienda, normalmente huevos fritos y fideos de soja.

—Yo quiero sopa siete tesoros —intervino Kitay, haciendo que Rin se preguntara qué diantres era eso—. Y cabeza de león.

La chica parpadeó.

—¿Qué?

Kitay parecía divertido.

—Ah, ya lo verás.

—Podrías dejar de comportarte como una campesina deslumbrada —le dijo Kitay mientras Lan desplegaba ante ellos un surtido de codorniz, huevos de codorniz, sopa de aleta de tiburón servida en el caparazón de una tortuga e intestinos de cerdo—. Es una simple comida.

Pero «una simple comida» eran unas gachas de arroz. Tal vez algunas verduras. Un filete de pescado, de cerdo o de pollo, cuando pudieran conseguirlo.

Pero nada de lo que había en esa mesa era «una simple comida».

La sopa siete tesoros resultó ser una especie de arroz congee con dátiles rojos, castañas con miel, semillas de loto y otros cuatro ingredientes que Rin no supo identificar. Para su alivio, descubrió que la cabeza de león no era una verdadera cabeza de león, sino más bien una bola de carne rebozada en harina y hervida con tiras de tofu blanco.

—Kitay, es que soy una campesina deslumbrada. —Intentó coger un huevo de codorniz con los palillos, pero no tuvo ningún éxito. Al final, acabó rindiéndose y lo hizo con los dedos—. ¿Comes siempre así?

Kitay se ruborizó.

—Te acabas acostumbrando. La primera semana en la academia lo pasé muy mal. El comedor era horrible.

Le costaba no sentir celos de su amigo. Su baño privado era más grande que el estrecho dormitorio que Rin había compartido con Kesegi. Su biblioteca estaba a la altura de la de Sinegard. Todo lo que Kitay poseía era reemplazable. Si se ensuciaba de barro los zapatos, los tiraba. Si se rompía la camisa, compraba una nueva, confeccionada a medida para su altura y su peso exactos.

Había pasado su infancia rodeado de un cómodo lujo, con nada mejor que hacer que estudiar para el keju. Para él, entrar en Sinegard había sido una agradable sorpresa, una confirmación de algo que siempre había sabido que era su destino.

—¿Dónde está tu padre? —le preguntó Rin. El padre de Kitay era el ministro de Defensa de la propia emperatriz. En el fondo, la chica se sentía aliviada de no tener que hablar aún con él (la mera idea de hacerlo le parecía aterradora), pero no podía evitar sentir curiosidad

por ese hombre. ¿Sería una versión mayor de Kitay, con el pelo enmarañado e igual de brillante, solo que mucho más poderoso?

Kitay hizo una mueca.

—Tiene reuniones con el resto del ministerio de Defensa. No estarás al corriente, pero la ciudad se encuentra en alerta máxima. Toda la guardia de Sinegard estará en activo durante esta semana. No queremos otro incidente con la Ópera.

—Creía que la Ópera de la Chatarra Roja había muerto —respondió Rin.

—Casi del todo. Pero no se puede matar a un movimiento. En algún lugar ahí fuera, unos lunáticos religiosos están planeando asesinar a la emperatriz. —Kitay tomó un pedazo de tofu—. Mi padre se quedará en el palacio hasta que acabe el desfile. Es directamente responsable de la seguridad de la emperatriz. Si algo sale mal, el que se juega el cuello es él.

—¿Y eso no le preocupa?

—En realidad no. Lleva décadas haciendo esto. Estará bien. Además, la emperatriz es experta en artes marciales. No es que sea un blanco fácil. —Y entonces, el joven procedió a confiarle una serie de anécdotas que su padre le había contado sobre su trabajo en el palacio, sobre encuentros hilarantes de la emperatriz con los doce jefes militares, sobre rumores de la corte y sobre la política de las provincias.

Rin escuchó con asombro. ¿Cómo sería crecer sabiendo que tu padre era la mano derecha de la emperatriz? Qué gran diferencia marcaba el lugar de nacimiento de uno. Si el mundo hubiese sido distinto, Rin podría haberse criado en una propiedad como aquella, con todos sus deseos al alcance de su mano. Si el mundo hubiese sido distinto, tal vez podría haber nacido en el seno de una familia poderosa.

Rin pasó la noche en una habitación inmensa que tenía para ella sola. No había dormido tanto ni tan bien desde que había llegado a Sinegard. Fue como si su cuerpo se hubiese derrumbado después de tantas semanas de abusos. Se despertó sintiéndose mejor y más despejada de lo que se había sentido en meses.

Después de un desayuno informal de arroz congee dulce y huevos de ganso con especias, Kitay y ella fueron caminando hasta el centro para acudir al mercado.

Rin no había pisado el centro de la ciudad desde su viaje con el profesor Feyrik hacía ya un año. La viuda Maung vivía al otro lado de Sinegard, y su estricto horario académico no le había dejado nada de tiempo para explorar la urbe por su cuenta.

El año anterior, el mercado le había parecido abrumador. Ahora, en el momento de máxima actividad durante el Festival de Verano, parecía que la ciudad hubiese explotado. Por todas partes había aparcados carros de vendedores ambulantes, ocupando los callejones de tal forma que los compradores tenían que atravesar el mercado en fila. Pero las vistas… Menudas vistas. Rin vio una hilera tras otra de collares de perlas y brazaletes de jade. Puestos de rocas lisas y del tamaño de un huevo con caracteres (y a veces hasta poemas enteros) grabados en ellas que solo aparecían si las mojabas en agua. En otros puestos, personas expertas en caligrafía escribían nombres en unos abanicos gigantes y preciosos, blandiendo sus pinceles de tinta con el mismo cuidado y valentía que un espadachín.

—¿Para qué sirven estas? —Rin se detuvo delante de un atril que contenía diminutas estatuas de madera de chicos regordetes. Estos tenían los ropajes bajados, exponiendo sus penes. No daba crédito a que algo tan obsceno estuviera a la venta.

—Ah, esas son mis favoritas —le respondió Kitay.

A modo de explicación, el vendedor cogió una tetera y vertió agua sobre las estatuillas. La arcilla se oscureció a medida que se humedecían. Entonces, el agua comenzó a salir a través de los penes como si fuera orina.

Rin se rio.

—¿Cuánto cuestan?

—Cuatro monedas de plata cada una. Te doy dos por siete.

La joven palideció. Lo único que le quedaba del dinero que el profesor Feyrik la había ayudado a cambiar era una ristra de monedas de plata imperiales y un puñado de monedas de cobre. En la academia no tenía que pagar por nada, y no se había parado a pensar en lo caras que podían ser las cosas en Sinegard cuando la escuela no cubría sus gastos.

—¿Quieres una? —le preguntó Kitay.

Rin agitó las manos con frenesí.

—No, no hace falta. No puedo…

Su amigo cambió el gesto al entenderlo todo.

—Te la regalo yo. —Le entregó unas cuantas monedas de plata al vendedor—. Una estatua meona para mi amiga, que no necesita mucho para divertirse.

Ella se ruborizó.

—Kitay, no puedo aceptarla.

—No vale nada.

—Para mí vale mucho —le respondió Rin.

Él le depositó la estatua en la mano.

—Si vuelves a mencionar lo del dinero, me marcho y dejo que acabes por aquí perdida.

El mercado era tan gigantesco que Rin se sentía reacia a alejarse demasiado de la entrada principal. Si se perdía en esos sinuosos caminos, ¿cómo iba a encontrar la salida? Pero Kitay se movía por el mercado con la facilidad de un veterano experto, señalando qué tiendas le gustaban y cuáles no.

El Sinegard de Kitay rebosaba maravillas, era completamente accesible y estaba plagado de cosas que le pertenecían a él. El Sinegard de Kitay no era aterrador porque él tenía dinero. Si se tropezaba y caía, la mitad de los dueños de las tiendas en esa calle correrían a ayudarlo, esperando conseguir así alguna propina. Si le robaban, volvería a casa y cogería otro monedero. Él podía permitirse ser víctima de la ciudad porque tenía margen para fracasar.

Rin no. Y debía recordarse aquello constantemente a sí misma. A pesar de la absurda generosidad de su amigo, nada de eso le pertenecía a ella. Su único modo de permanecer en esa ciudad era a través de la academia, y tendría que trabajar duro para poder conservar su plaza allí.

Por la noche, el mercado se iluminaba con farolillos, uno por cada puesto. En conjunto, todos los farolillos parecían una horda de luciérnagas y proyectaban unas sombras sobrenaturales sobre todo lo que la luz tocaba.

—¿Has visto alguna vez un teatro de sombras? —Kitay se detuvo delante de una gran carpa de lona. Había una cola de niños en la entrada que entregaban conchas de cobre para acceder al interior—. A ver, es para niños pequeños, pero…

—Por la Gran Tortuga. —Rin abrió mucho los ojos. En Tikany se contaban historias sobre los espectáculos de sombras. Buscó el dinero que llevaba suelto en su bolsillo—. Yo te invito.

La carpa estaba abarrotada de niños. Kitay y Rin se sentaron al fondo, intentando fingir que no tenían, como mínimo, cinco años más que el resto de los espectadores. En la parte delantera, una enorme pantalla de seda colgaba desde lo alto de la carpa, iluminada por detrás con una tenue luz amarilla.

—Os hablaré del renacimiento de esta nación.

El titiritero hablaba desde una caja que había tras la pantalla. De ese modo, hasta su silueta era invisible. Su voz profunda, suave y resonante inundaba la atestada carpa.

—Esta es la historia de la salvación y la unión de Nikan. Esta es la historia de la Tríada, de los tres guerreros legendarios.

La luz que iluminaba la pantalla se atenuó y entonces surgió un

brillante tono escarlata.

—El Guerrero. —Apareció la primera sombra en la pantalla: la silueta de un hombre con una espada enorme, casi tan alta como él. Llevaba una robusta armadura con unas hombreras de las que sobresalían unas púas. El penacho de su yelmo se curvaba en el aire por encima de él.

»La Víbora. —Junto al Guerrero apareció la figura esbelta de una mujer. Tenía la cabeza ladeada en actitud coqueta y el brazo izquierdo detrás de la espalda, como si estuviera ocultando algo. Tal vez un abanico. O una daga.

»Y el Guardián. —Este era el más menudo de los tres, una figura encorvada envuelta en una túnica. A su lado, se arrastraba una gran tortuga.

El tono escarlata de la pantalla pasó a convertirse en un amarillo tenue que palpitaba lentamente, casi como el latido de un corazón. Las sombras de la Tríada aumentaron de tamaño y luego se esfumaron. En su lugar, apareció la silueta de un terreno montañoso. Y entonces, el titiritero se metió de lleno en su relato.

—Hace sesenta y cinco años, después de la Primera Guerra de la Amapola, el pueblo de Nikan sufría a manos de sus opresores de la Federación. El país estaba enfermo, febril bajo el humo de la amapola. —Unas cintas traslúcidas se elevaron desde el perfil de la campiña, creando la ilusión del humo—. La gente estaba hambrienta. Las madres vendían a sus hijos por medio kilo de carne o por un rollo de tela. Los padres mataban a sus hijos para no tener que verlos sufrir. Sí, habéis oído bien. ¡A niños como vosotros!

»Los nikaras creían que los dioses los habían abandonado. De lo contrario, ¿cómo era posible si no que los bárbaros del este sembraran tal destrucción en sus tierras?

La pantalla pasó a ser del mismo amarillo enfermizo que adoptaban las mejillas de los adictos a la amapola. Apareció una fila de campesinos nikaras que se arrodillaban con las cabezas inclinadas hacia el suelo, como si estuvieran llorando.

—Los jefes militares no protegieron al pueblo. Los gobernantes de las doce provincias, que tan poderosos habían sido antes, ahora eran débiles y estaban desorganizados. Se aferraban a antiguos rencores, y perdían tiempo y soldados enfrentándose los unos a los otros en lugar de unirse para expulsar a los invasores de Mugen. Derrochaban el oro en bebida y mujeres. Inhalaban la droga de la amapola como si fuera aire. Cobraban unos impuestos desorbitados a sus provincias sin darles nada a cambio. Ni siquiera hicieron nada cuando la Federación destruyó sus pueblos y violó a sus mujeres. No había nada que

pudieran hacer.

»Los ciudadanos rezaban pidiendo la llegada de héroes. Se pasaron veinte años rezando hasta que, por fin, los dioses se los enviaron.

Una silueta de tres niños cogidos de la mano apareció en la esquina inferior izquierda de la pantalla. El del centro era más alto que el resto. La que estaba a su derecha tenía el pelo largo y ondulante. El tercer niño, que se encontraba algo más apartado de los otros dos, tenía el perfil girado hacia el otro extremo de la pantalla, como si estuviese mirando algo que los otros dos no podían ver.

—Los dioses no enviaron a estos héroes desde los cielos, sino que escogieron a tres niños; huérfanos de guerra, campesinos cuyos padres habían sido asesinados en los ataques a los pueblos. Su origen era humilde, pero estaban destinados a caminar entre los dioses.

El niño del centro se dirigió con paso decidido hasta la mitad de la pantalla. Los otros dos lo siguieron guardando cierta distancia, como si él fuese el líder. Las extremidades de las sombras se movían con tanta fluidez que bien podrían haber sido pequeños hombrecillos disfrazados tras esa pantalla, en lugar de títeres hechos de papel y cuerda. Rin, pese a estar completamente metida en la historia, no pudo evitar maravillarse con la técnica que aquello requería.

—Cuando su pueblo ardió, los tres niños hicieron un pacto para vengarse de la Federación y liberar a su país de los invasores, de modo que ningún otro niño tuviera que sufrir lo mismo que ellos.

»Entrenaron durante muchos años con los monjes del templo de Wudang. Para cuando se hicieron adultos, su dominio de las artes marciales era prodigioso, y estaba a la altura del de hombres hechos y derechos que llevaban décadas entrenando. Al finalizar su periodo de aprendizaje, se encaminaron hacia el punto más alto de todo el país: hacia el monte Tianshan.

Entonces, apareció una enorme montaña en escena. Ocupaba casi toda la pantalla. Las sombras de los tres héroes eran minúsculas a su lado. Pero a medida que la Tríada se dirigía hacia la montaña, el pico se iba haciendo cada vez más pequeño, cada vez más plano, hasta que los héroes se encontraron en la parte llana de la cumbre.

—Hay siete mil escalones que llevan a la cumbre del monte Tianshan. Y arriba del todo, tan alto que ni el águila más fuerte puede rodear la cúspide, se halla un templo. Desde ese templo, los tres se adentraron en los cielos y accedieron al Panteón, el hogar de los dioses.

Las tres figuras se acercaban ahora a una entrada similar a la de la academia. Las puertas doblaban a los héroes en tamaño, estaban decoradas con intrincados patrones de mariposas y tigres, y se

encontraban custodiadas por una gran tortuga que inclinaba la cabeza en una reverencia baja para dejarlos pasar.

—El primer héroe, el más fuerte de entre sus compañeros, recibió la llamada del señor del Dragón. El héroe les sacaba una cabeza a sus amigos. Tenía la espalda ancha y los brazos como los troncos de un árbol. Los dioses pasaron a considerarlo el líder de entre los tres.

»«Si voy a estar al mando de los ejércitos de Nikan, debo contar con una hoja grandiosa», les dijo, y, a continuación, se arrodilló a los pies del señor del Dragón. Este le ordenó que se incorporara y le otorgó una enorme espada. Y así fue como se convirtió en el Guerrero.

La figura del Guerrero blandió la gigantesca arma en un gran arco por encima de su cabeza y la bajó con un golpe seco. Unos destellos de luces rojas y doradas emergieron del lugar donde había caído la espada.

—La segunda heroína fue la chica. Pasó de largo al señor del Dragón, al del Tigre y al del León, ya que eran dioses de la guerra y, por tanto, dioses de los hombres. Dijo: «Soy una mujer, y nosotras necesitamos armas distintas a las de los hombres. El lugar de una mujer no está en el fragor de la batalla. El terreno de combate de una mujer es el engaño y la seducción». Y se arrodilló ante el pedestal de la diosa caracol Nüwa. A la diosa le agradaron sus palabras, y la convirtió en un ser tan mortífero como una serpiente, tan cautivadora como la más hipnótica de ellas. Y así fue como nació la Víbora.

Una gran serpiente salió reptando por debajo del vestido de la Víbora y le rodeó el cuerpo, envolviéndola hasta llegar a su hombro. El público aplaudió embelesado ante aquel truco.

—El tercer héroe era el más humilde de entre sus compañeros. Débil y enfermizo, nunca había llegado a entrenar tanto como sus amigos. Pero era leal y poseía una devoción inquebrantable hacia los dioses. No suplicó el favor de ninguna deidad del Panteón, ya que sabía que no lo merecía. En su lugar, se arrodilló ante la humilde tortuga que lo había dejado pasar.

»«Solo te pido fortaleza para proteger a mis amigos y valor para proteger a mi país», le dijo. La tortuga respondió: «Te otorgaré eso y más. Toma la cadena con las llaves que tengo alrededor del cuello. De ahora en adelante serás el Guardián. Tienes el poder de abrir la casa de las fieras de los dioses, dentro de la cual se encuentran bestias de todo tipo: tanto criaturas hermosas como monstruos vencidos por los héroes de antaño. Les darás las órdenes que creas convenientes».

Despacio, la sombra del Guardián alzó las manos desde el interior de las mangas de su túnica y, a su espalda, surgieron muchas más sombras de distintas formas y tamaños. Dragones. Demonios. Bestias.

Envolvieron al Guardián como una mortaja de oscuridad.

—Cuando bajaron de la montaña, los monjes que los habían entrenado en el pasado se dieron cuenta de que los tres superaban en habilidad al maestro más anciano del templo. Se corrió el rumor y los expertos en artes marciales de todo el país se inclinaron ante la técnica prodigiosa de los héroes. La reputación de la Tríada creció y, ahora que sus nombres eran conocidos en las doce provincias, decidieron enviarles un mensaje a todos los jefes militares para invitarlos a un gran banquete en la base del monte Tianshan.

Doce figuras aparecieron en la pantalla, en representación de las diferentes provincias. Cada una llevaba un yelmo con una pluma que adoptaba la forma de la provincia de la que procedía: Gallo, Buey, Liebre, Mono, etcétera.

—Uno por uno, los jefes militares, que eran muy orgullosos, se enfurecieron al descubrir que los otros once también habían sido invitados. Cada uno de ellos creía ser el único al que la Tríada había llamado. Lo que mejor se les daba eran las intrigas y, casi de inmediato, se pusieron a planear su venganza contra los tres héroes.

La pantalla emitió una niebla sombría y color púrpura. Las sombras de los jefes militares tenían las cabezas inclinadas para acercarse las unas a las otras sobre sus cuencos, como si estuvieran llevando a cabo infames negociaciones.

—Pero a mitad de la comida, se dieron cuenta de que no podían moverse. La Víbora había envenenado sus bebidas con un anestésico, y los jefes militares habían bebido muchos cuencos de vino de sorgo. Mientras seguían incapacitados en sus asientos, el Guerrero se plantó en la mesa delante de ellos. Anunció: «Hoy me declaro emperador de Nikan. Si os oponéis a mí, os haré pedazos y vuestras tierras pasarán a ser mías. Pero si juráis servirme como aliados, si juráis luchar como generales bajo mi mando, os lo recompensaré con estatus y poder. Nunca más tendréis que luchar para defender vuestras fronteras de otro jefe militar. Nunca más tendréis que luchar para mantener vuestro dominio. Todos seréis iguales y yo seré el mayor líder que haya tenido este reino desde el Emperador Rojo».

La sombra del Guerrero levantó su espada hacia lo alto. De la punta salió un rayo, señal de que los propios cielos le daban su bendición.

—Cuando los jefes militares recuperaron la movilidad de sus extremidades, todos accedieron a servir al nuevo Emperador Dragón. Y así fue como Nikan volvió a estar unida sin tener que derramar ni una sola gota de sangre. Por primera vez desde hacía siglos, los jefes militares lucharon bajo el mismo estandarte, uniéndose a la Tríada. Y,

por primera vez en la historia reciente, Nikan presentó un frente unido contra los invasores de la Federación. Al fin, logramos expulsar a los opresores y el Imperio volvió a ser libre.

De nuevo, apareció en escena el perfil montañoso del país, solo que esta vez la tierra estaba plagada de pagodas en espiral, de templos y montones de pueblos. Era un país libre de invasores. Era un país bendecido por los dioses.

—Hoy celebramos la unidad de las doce provincias —declaró el titiritero—. Celebramos a la Tríada. Y rendimos homenaje a los dioses que nos la otorgaron.

Los niños prorrumpieron en aplausos.

Cuando abandonaron la carpa, Kitay estaba frunciendo el ceño.

—No me había dado cuenta de lo horrible que es esa historia —dijo en voz baja—. Cuando eres pequeño, los miembros de la Tríada te parecen muy inteligentes, pero, en realidad, es solo una historia de envenenamiento y coacción. Lo habitual en la política nikara.

—No sé nada sobre política nikara —respondió Rin.

—Yo sí. —Kitay hizo una mueca—. Mi padre me ha contado todo lo que sucede en palacio. Es lo mismo que ha dicho el titiritero. Los jefes militares están siempre enfrentados, compitiendo por la atención de la emperatriz. Es patético.

—¿Qué quieres decir?

El chico parecía nervioso.

—¿Sabes eso de que los jefes militares estaban demasiado ocupados peleándose entre sí como para impedir que Mugen destrozara todo el país durante las Guerras de la Amapola? Mi padre está convencido de que volverá a suceder. ¿Recuerdas lo que dijo Yim el primer día de clase? Estaba en lo cierto. Mugen no se está limitando a esperar pacientemente en esa isla. Mi padre cree que es cuestión de tiempo que nos vuelvan a atacar, y le preocupa que los jefes militares no se estén tomando la amenaza lo suficientemente en serio.

La fragmentación del Imperio parecía ser una preocupación que compartían todos los maestros de la academia. Aunque técnicamente la Milicia estaba bajo el control de la emperatriz, sus doce divisiones reclutaban en gran medida soldados de sus propias provincias y se encontraban bajo el mando directo de los jefes militares provinciales. Y las relaciones entre provincias nunca habían sido buenas… Rin no había sido consciente de la existencia de ese desprecio tan arraigado por parte del norte hacia el sur hasta que había llegado a Sinegard.

Pero no quería hablar de política. Esas vacaciones le permitían relajarse por primera vez en mucho tiempo, y no quería andar pensando en asuntos como una guerra en ciernes que ella no podía

evitar. Seguía maravillada por el espectáculo de sombras y deseaba que Kitay dejara a un lado los temas más serios.

—Me ha gustado la parte del Panteón —dijo, pasado un rato.

—Pues claro. Es la única parte que es pura ficción.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó Rin—. ¿Quién puede afirmar que los miembros de la Tríada no eran chamanes?

—Los miembros de la Tríada eran expertos en artes marciales. Políticos. Unos soldados increíblemente talentosos. Pero la parte del chamanismo es tan solo una exageración —le respondió su amigo—. A los nikaras les encanta adornar las historias de guerra, ya lo sabes.

—Pero, entonces, ¿de dónde han salido esas historias? —insistió ella—. Los poderes de la Tríada son demasiado específicos como para haber sido sacados de un cuento para críos. Si sus poderes son solo un mito, ¿por qué el mito es siempre el mismo? Hemos oído hablar de ellos incluso en Tikany. En todas las provincias, la historia nunca cambia. Siempre están el Guardián, el Guerrero y la Víbora.

Kitay se encogió de hombros.

—Algún poeta se puso creativo y esos personajes tuvieron gancho. No resulta tan difícil de creer. En cualquier caso, es más verosímil que la existencia de chamanes.

—Pero hubo chamanes en la antigüedad —siguió Rin—. Antes de que el Emperador Rojo conquistara Nikan.

—No hay pruebas fehacientes. Son solo anécdotas.

—Los escribas del Emperador Rojo registraban todas las importaciones extranjeras, hasta el último racimo de plátanos —objetó Rin—. No creo que fueran proclives a exagerar sobre sus enemigos.

Kitay parecía escéptico.

—Vale, pero nada de eso demuestra que los miembros de la Tríada fueran verdaderos chamanes. El Emperador Dragón está muerto, y nadie ha visto u oído nada del Guardián desde la Segunda Guerra de la Amapola.

—Puede que se esté ocultando. Tal vez siga ahí fuera, esperando a que se produzca la siguiente invasión. O quizás… ¿Y si los Cike son chamanes? —Aquella idea se le acababa de ocurrir—. Por eso no sabemos nada sobre ellos. Puede que sean los únicos chamanes que quedan…

—Los Cike son tan solo asesinos. —Kitay resopló—. Apuñalan, asesinan y envenenan. No invocan a los dioses.

—Que tú sepas —le respondió ella.

—Estás obsesionada con la idea de los chamanes, ¿eh? Es solo una historia para críos, Rin.

—Los escribas del Emperador Rojo no habrían documentado de

una forma tan minuciosa una historia para críos.

Kitay suspiró.

—¿Por eso escogiste especializarte en Folclore? ¿Crees que puedes convertirte en chamana? ¿Crees que podrás invocar a los dioses?

—No creo en los dioses —le dijo Rin—. Pero sí en el poder. Y creo que los chamanes contaban con algún tipo de fuente de poder a la que el resto de nosotros no sabemos acceder. También creo que es posible aprender a hacerlo.

Su amigo meneó la cabeza.

—Te diré lo que son los chamanes. En algún momento de la historia, algunos expertos en artes marciales resultaron ser muy poderosos y, cuantas más batallas ganaban, más relatos se difundían sobre ellos. Seguramente ellos mismos alentaran esos rumores con el objetivo de asustar a sus enemigos. No me sorprendería que la propia emperatriz estuviera detrás de esas historias que afirman que los miembros de la Tríada eran chamanes. Sin duda, eso la ayudaría a mantenerse en el poder. Ahora lo necesita más que nunca. Los jefes militares comienzan a impacientarse… Me apuesto lo que sea a que dentro de unos años se producirá un golpe de Estado. Pero, si la emperatriz de verdad es la Víbora, entonces, ¿por qué no ha invocado a serpientes gigantes para postrar a los jefes militares a sus pies?

A Rin no se le ocurría ningún contraargumento para esa teoría, así que guardó silencio. Debatir con Kitay acababa siendo inútil pasado un rato. Estaba tan convencido de sus propios razonamientos, de su conocimiento enciclopédico sobre la mayoría de las cosas, que no era capaz de concebir que hubiera lagunas en su comprensión del mundo.

—Me he dado cuenta de que el titiritero ha pasado por alto cómo ganamos realmente la Segunda Guerra de la Amapola —dijo ella después de un momento—. Ya sabes, lo de Speer. La masacre. Miles de muertos en una sola noche.

—Al fin y al cabo, era una historia para niños —respondió Kitay—. Y el genocidio es un poco deprimente.

Rin y Kitay pasaron los siguientes dos días holgazaneando, aprovechando para ser todo lo perezosos que no habían podido ser en la academia. Jugaron al ajedrez. Se tumbaron en el jardín, contemplaron con despreocupación las nubes y chismorrearon sobre sus compañeros de clase.

—Niang es bastante mona —comentó Kitay—. Igual que Venka.

—Venka está obsesionada con Nezha desde que llegamos —dijo Rin—. Hasta yo me he dado cuenta.

El chico enarcó una ceja.

—Cualquiera diría que la que está obsesionada con Nezha eres tú.

—No seas desagradable.

—Sí que lo estás. Siempre me preguntas por él.

—Porque siento curiosidad —respondió—. Sun Tzu dice que debes conocer a tu enemigo.

—A la mierda Sun Tzu. Lo que te pasa es que te parece guapo.

Rin le lanzó el tablero de ajedrez a la cabeza.

Por insistencia de Kitay, Lan les cocinó un estofado de pimienta picante y, aunque estaba delicioso, Rin vivió la particular experiencia de llorar mientras comía. Se pasó la mayor parte del día siguiente acuclillada sobre el inodoro con una sensación de quemazón en el recto.

—¿Crees que fue así como murieron los esperilianos? —le preguntó Kitay—. ¿Y si una diarrea abrasadora es el precio por toda una vida de devoción al Fénix?

—El Fénix es un dios vengativo —gimió Rin.

Probaron todos los vinos que tenía el padre de Kitay en su mueble bar y acabaron maravillosa y asombrosamente borrachos.

—Nezha y yo nos pasamos la mayor parte de nuestra infancia saqueando este mueble bar. Prueba este. —Kitay le pasó una pequeña botella de cerámica—. Vino blanco de sorgo. Cincuenta por ciento de alcohol.

A Rin le costó tragarlo. Le resbaló por la garganta provocándole un extraordinario ardor.

—Es fuego líquido —dijo—. Es el sol en una botella. Es la bebida de un esperiliano.

Kitay soltó una risita.

—¿Quieres saber cómo elaboran esto? —le preguntó—. El ingrediente secreto es la orina.

Rin escupió el vino.

Kitay se rio.

—Ahora lo hacen con polvo alcalino, pero, según la leyenda, un oficial descontento meó en una de las destilerías del Emperador Rojo. Probablemente fuera el mejor descubrimiento accidental de aquella época.

Rin se tendió bocabajo para dedicarle una mirada de soslayo.

—¿Por qué no fuiste a estudiar al monte Yuelu? Deberías ser un académico. Un sabio. Sabes mucho sobre muchas cosas.

Kitay podía extenderse durante horas sobre cualquier tema y, aun así, parecía mostrar muy poco interés en sus estudios. Había superado sin problemas las pruebas gracias a que su memoria perfecta le ahorraba el tener que estudiar, pero se había rendido ante Nezha en cuanto el torneo se había vuelto peligroso. Kitay era brillante. Sin

embargo, su lugar no era Sinegard.

—Quería hacerlo —admitió—. Pero soy el único hijo de mi padre. Y es ministro de Defensa, así que ¿qué otra opción tenía?

Rin jugueteó con la botella.

—Entonces, ¿eres hijo único?

Su amigo negó con la cabeza.

—Tengo una hermana mayor. Kinata. Ahora está en Yuelu… Estudia Geomancia o algo así.

—¿Geomancia?

—Consiste en ubicar de forma ingeniosa los edificios y demás. —Kitay agitó las manos en el aire—. Es pura estética. Supuestamente es importante…, si tu mayor aspiración en la vida es casarte con alguien relevante.

—¿En esa materia no eres un experto?

—Solo leo sobre cosas interesantes. —Kitay se apoyó sobre el estómago—. ¿Y tú? ¿Algún hermano?

—Ninguno —respondió ella, y luego frunció el ceño—. Bueno, la verdad es que sí. No sé por qué he dicho eso. Tengo un hermano… En fin, un hermano de acogida. Kesegi. Tiene diez años. Tenía. Ahora ya tendrá once.

—¿Lo echas de menos?

Rin se llevó las rodillas al pecho y se las rodeó con los brazos. No le gustaba esa sensación que había invadido su estómago de pronto.

—No. A ver… No sé. Era muy pequeño cuando me marché. Solía cuidar de él. Supongo que me alegro de no tener que seguir haciendo eso.

Kitay enarcó una ceja.

—¿Le has escrito?

—No. —Rin vaciló—. No sé por qué. Será que he dado por hecho que los Fang no querrán saber nada más de mí. O puede que simplemente crea que le irá mejor si me olvida.

Al principio había querido escribir al profesor Feyrik, pero las cosas le habían ido tan mal en la academia que no soportaba la idea de contárselo. Entonces, el tiempo había seguido avanzando y sus trabajos de clase se habían vuelto cada vez más agotadores. Le dolía tanto pensar en su hogar que había dejado de hacerlo sin más.

—No estabas muy contenta en tu casa, ¿eh? —inquirió
Kitay.

—No me gusta mucho pensar en ello —masculló ella.

Nunca quería pensar en Tikany. Prefería fingir que nunca había vivido allí… No, más bien que ese lugar nunca había existido. Porque si podía borrar su pasado sin más, entonces lograría transformarse en

quien quisiera ser en el presente. En una estudiante. En una académica. En una soldado. Lo que fuera menos lo que había sido antes.

El Festival de Verano culminó con un desfile por el centro de la ciudad de Sinegard.

Rin acudió con los miembros de la dinastía Chen: el padre y la esbelta madre de Kitay, sus dos tíos con sus respectivas esposas y su hermana mayor. Había olvidado lo importante que era en realidad el padre de Kitay hasta que había visto a todo su clan engalanado con los colores de su dinastía, el burdeos y el dorado.

De repente, su amigo la agarró del codo.

—No mires a tu izquierda. Finge que hablas conmigo.

—Pero es que estoy hablando contigo. —De inmediato, desvió la mirada hacia su izquierda.

Y divisó a Nezha entre un grupo de gente que lucía unas túnicas plateadas y cerúleas. El chico llevaba un enorme dragón bordado en la espalda de la suya, el emblema de la dinastía Yin.

—Ah. —Rin se apresuró a apartar la cabeza con brusquedad—. ¿Podemos ponernos por allí?

—Sí, vamos.

Una vez que estuvieron instalados de forma segura detrás del voluminoso tío segundo de Kitay, Rin echó un vistazo para contemplar a los miembros de la dinastía Yin. Se topó con dos versiones mayores de Nezha, un hombre y una mujer. Ambos estarían cerca de la treintena y eran injustamente atractivos. De hecho, toda la familia de Nezha parecía sacada directamente de un mural. Parecían versiones idealizadas de seres humanos en lugar de personas de verdad.

—El padre de Nezha no está presente —dijo Kitay—. Interesante.

—¿Por qué?

—Es el jefe militar del Dragón —le respondió—. Uno de los doce.

—Puede que esté enfermo —sugirió ella—. O tal vez deteste los desfiles tanto como tú.

—Y, sin embargo, aquí estoy, ¿no? —Kitay intentó colocarse las mangas de la túnica—. No puedes perderte el desfile de verano sin más. Es una muestra de unidad de las doce provincias. Un año, mi padre se rompió la pierna el día anterior, y aun así asistió. Estuvo hasta arriba de sedantes todo el tiempo. Si el líder de la dinastía Yin no ha venido, es porque quiere enviar un mensaje.

—Quizás esté avergonzado —comentó Rin—. Furioso con su hijo por haber perdido el torneo. Está demasiado abochornado como para dejarse ver en público.

Kitay esbozó una sonrisa.

Una corneta resonó a través de la ligera brisa de la mañana, seguida del grito de un sirviente que les indicaba a todos los participantes del desfile que ocuparan sus puestos.

Kitay se volvió hacia Rin.

—Oye, no sé si te dejarán…

—No pasa nada —respondió ella. Pues claro que no iría en la carroza de la dinastía Chen. No era pariente de Kitay. No pintaba nada en el desfile. Le ahorró a su amigo el tener que abordar ese tema—. Lo veré desde el mercado.

Después de muchos empujones y codazos, Rin logró abrirse paso entre la muchedumbre y encontró un lugar en lo alto de un puesto de verdura desde donde tendría una buena vista del desfile sin necesidad de acabar aplastada por la horda de sinegardianos que se había apelotonado en la ciudad. Siempre y cuando el techo de paja no cediera de repente, el dueño del puesto no tenía ni por qué enterarse de que estaba allí.

El desfile comenzó con un homenaje a las Bestias Celestiales, el grupo de criaturas mitológicas que, según las leyendas, habían existido en la era del Emperador Rojo. Dragones gigantes y leones serpentearon por entre la multitud, ondulándose hacia arriba y hacia abajo sobre unos palos controlados por unos bailarines que se escondían en su interior. Unos petardos explotaron rítmicamente mientras las bestias se movían, como si fueran estallidos de truenos coordinados. A continuación, sobre unos altos postes, apareció una inmensa efigie llameante de color escarlata que había sido cuidadosamente prendida: el Fénix Bermejo del Sur.

Rin contempló con curiosidad al Fénix. Según sus libros de historia, aquel era el dios al que veneraban los esperilianos por encima de cualquier otro. De hecho, Speer nunca le había rendido culto al gran panteón de dioses de los nikaras. Los esperilianos solo le rezaban al Fénix.

La criatura que siguió al Fénix no se parecía a nada que hubiera visto en su vida. Tenía la cabeza de un león, astas como las de un ciervo y el cuerpo de una criatura cuadrúpeda. Quizá se tratara del tronco de un tigre, pero sus patas terminaban en cascos. Avanzaba en silencio por el desfile. Sus titiriteros no tocaban los tambores, no cantaban nada ni hacían sonar ninguna campana para anunciar su llegada.

Aquella criatura la desconcertó hasta que asoció su descripción con una de las historias que había escuchado en Tikany. Era un qilin, la más noble de las bestias terrenales. Los qilin caminaban por las tierras de Nikan solo cuando fallecía un gran líder y cuando corrían tiempos

de gran peligro.

Entonces, la procesión pasó a exhibir a sus ilustres dinastías y Rin no tardó en perder el interés. Más allá de ver la cara de abatimiento de Kitay, no había nada divertido en contemplar un palanquín tras otro de gente importante vestida con los colores de su dinastía.

El sol brillaba con fuerza en lo alto. A Rin le caía el sudor por las sienes. Deseó haber llevado consigo algo de beber. Se protegió el rostro con una de sus mangas y esperó a que terminara el desfile para poder ir en busca de Kitay.

Pero entonces la muchedumbre comenzó a gritar. La chica se percató con un sobresalto de que se debía a un palanquín envuelto en seda dorada y rodeado de un pelotón formado tanto por músicos como por guardaespaldas. La emperatriz había llegado.

La emperatriz tenía muchos defectos.

Su rostro no era completamente simétrico. Llevaba las cejas finamente arqueadas, una un poco más alta que la otra, lo que le otorgaba una expresión de desdén constante. Tenía la boca irregular, con una de las comisuras algo más curvada.

Y, aun así, era sin lugar a dudas la mujer más hermosa que Rin había visto nunca.

No bastaba con describir su cabello, que era más oscuro que la noche y más brillante que las alas de una mariposa. O su piel, que era más pálida y lisa que la de cualquier otra sinegardiana. O sus labios, que eran del color de la sangre, como si acabara de chupar una cereza. Todas esas cosas podrían haberse aplicado de manera abstracta a una mujer corriente, incluso podrían haber sido destacables por sí mismas. Pero en la emperatriz, aquellos rasgos eran simples inevitabilidades, verdades sin más.

Venka habría palidecido en comparación.

Rin opinaba que la juventud era un amplificador de la belleza. Era un filtro que podía enmascarar aquello de lo que alguien carecía y potenciar incluso los rasgos más mediocres. Pero la belleza carente de juventud era algo peligroso. La belleza de la emperatriz no necesitaba de unos labios juveniles, carnosos y suaves, del rubor de unas mejillas núbiles ni de la suavidad de una piel joven. Esa belleza era profundamente afilada, como un cristal roto. Era inmortal.

Más tarde, Rin no sería capaz de describir lo que la emperatriz había llevado puesto. No podría recordar si había llegado a hablar o no, o si había saludado en su dirección. No podría recordar nada en absoluto sobre ella.

Lo único que recordaría eran esos ojos, unos profundos pozos de oscuridad. Unos ojos que hicieron que se sintiera como si se estuviera

ahogando, igual que le sucedía con el maestro Jiang. Pero este era un ahogamiento en el que Rin no buscaba el aire, no lo necesitaba siempre y cuando pudiera seguir contemplando esos brillantes abismos de obsidiana.

No podía apartar la mirada. Ni siquiera podía concebir hacerlo.

Cuando el palanquín de la emperatriz desapareció de su vista, Rin sintió una extraña punzada en el pecho.

Habría destruido reinos por esa mujer. La habría seguido hasta las puertas del infierno y más allá. Ella era su gobernante. Era la persona a la que debía servir.

9

—Fang Runin de Tikany, Provincia del Gallo —dijo Rin—. Aprendiza de segundo año.

El administrativo estampó el escudo de la academia en el espacio que había al lado de su nombre en el pergamino de inscripción y luego le hizo entrega de tres pares de túnicas negras de aprendiza.

—¿Especialización?

—Folclore —respondió ella—. Con el maestro Jiang Ziya. El administrativo volvió a mirar el pergamino.

—¿Estás segura?

—Muy segura —repuso, pese a que se le aceleró el pulso. ¿Había pasado algo?

—Enseguida vuelvo —le dijo el administrativo, y desapareció en dirección a un despacho.

Rin aguardó junto al mostrador, cada vez más impaciente según iban pasando los minutos. ¿Habría abandonado Jiang la academia? ¿Lo habrían despedido? ¿Habría sufrido una crisis nerviosa? ¿Lo habrían detenido por posesión de opio fuera del campus? ¿Por posesión de opio dentro del campus?

De pronto, recordó el día en el que se había inscrito para acudir a Sinegard, cuando los supervisores habían intentado arrestarla por copiar. ¿Habría presentado una queja contra ella la familia de Nezha por haberle robado la victoria a su heredero? ¿Acaso era aquello posible?

Al fin, el administrativo regresó con gesto avergonzado.

—Perdona —le dijo—, pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien solicitó especializarse en Folclore. No tenemos muy claro de qué color debe ser tu brazalete.

Acabaron tomando un retal que les había sobrado de los uniformes de los alumnos de primer año y le hicieron con él un brazalete blanco.

Las clases comenzaron al día siguiente. Aunque había escogido su especialización, seguía pasando la mitad de su tiempo con el resto de los maestros. Como era la única alumna de Folclore, estudiaba

Estrategia y Lingüística junto con los aprendices de Irjah. Para su desgracia, pese a no haber elegido Medicina, los de segundo tenían que cursar una clase obligatoria de Triaje de Emergencias con Enro. Historia había sido sustituida por Relaciones Internacionales, impartida por el maestro Yim. Jun seguía sin permitirle entrenar con él, pero Rin pudo practicar el combate con armamento bajo la tutela de Sonnen.

Cuando por fin terminaron sus clases matutinas, le quedaba aún la otra mitad del día para pasarlo con Jiang. Corrió escaleras arriba hacia el jardín de Folclore. Era hora de reunirse con su maestro. Era hora de obtener respuestas.

—Descríbeme lo que estamos estudiando —le pidió Jiang—. ¿Qué es el folclore?

Rin parpadeó. Lo cierto es que esperaba que eso se lo dijera él.

Durante las vacaciones, había intentado en numerosas ocasiones racionalizar por qué había escogido especializarse en esa materia, solo para acabar soltando tópicos imprecisos y repetitivos.

Todo se reducía a una intuición. Una verdad de la que estaba segura, pero que no podía demostrarle a nadie más. Estudiaba Folclore porque sabía que Jiang había dado con alguna otra fuente de poder, con algo real y misterioso. Porque ella había dado con esa misma fuente de poder el día del torneo. Porque había sentido que el fuego la consumía, había visto cómo el mundo se teñía de rojo, había perdido el control de sí misma y la había salvado el mismo hombre al que todos en la escuela consideraban un demente.

Rin había estado al otro lado del velo, y ahora su curiosidad era tal que iba a volverse loca si no lograba comprender qué le había pasado.

Eso no quería decir que tuviese la más mínima idea de lo que estaba haciendo.

—Cosas raras —respondió—. Estudiamos cosas muy raras.

Jiang enarcó una ceja.

—Qué elocuente.

—No sé —le dijo—. Solo estoy aquí porque quiero estudiar con usted. Por lo sucedido durante las pruebas. La verdad es que no sé en qué me estoy metiendo.

—Ah, sí que lo sabes. —El maestro alzó el dedo índice y le tocó un punto en la frente, precisamente el hueco entre los ojos, el lugar desde el que había logrado apaciguar el fuego de su interior—. En lo más profundo de tu subconsciente sabes la verdad de las cosas.

—Quería…

—Quieres saber qué fue lo que te sucedió durante el torneo. —Jiang ladeó la cabeza—. Te diré lo que sucedió: invocaste a un dios y

este respondió a tu llamada.

Rin hizo una mueca. ¿Otra vez con lo de los dioses? Se había pasado todas las vacaciones deseando obtener respuestas. Había pensado que tal vez Jiang le aclararía las cosas una vez que regresara. Sin embargo, ahora estaba más confusa que nunca.

El maestro levantó una mano antes de que pudiese protestar.

—No sabes aún qué significa nada de esto. No sabes si serás capaz de replicar lo que sucedió en el cuadrilátero. Pero lo que sí sabes es que, si no obtienes las respuestas ahora, el ansia te consumirá y tu mente estallará. Has echado un vistazo al otro lado y no podrás descansar hasta que rellenes los espacios en blanco, ¿cierto?

—Cierto.

—Lo que te sucedió era algo común en la época anterior al Emperador Rojo, cuando los chamanes de Nikan no sabían lo que estaban haciendo. Si el efecto hubiera persistido, habrías perdido la cabeza. Pero yo estoy aquí para asegurarme de que eso no suceda. Voy a mantenerte cuerda.

Rin se preguntó cómo alguien que solía dar paseos desnudo por el campus podía decirle aquello con el semblante serio.

Y también qué decía de ella el hecho de que confiara en él.

Como siempre ocurría con Jiang, la comprensión fue llegando en dosis exasperantemente pequeñas. Rin había descubierto antes de las pruebas que el método preferido del maestro a la hora de dar clase era poner algo en práctica primero y explicarlo, si acaso, después. Tampoco había tardado en aprender que si hacía la pregunta incorrecta, no recibiría la respuesta que deseaba.

—Si me estás preguntando eso —le decía Jiang—, es que no estás preparada para saberlo.

Aprendió a cerrar el pico y a limitarse a seguir sus indicaciones.

El maestro sentaba cuidadosamente las bases para ella, aunque al principio sus exigencias parecieran insignificantes e inútiles. Hizo que Rin transcribiera su libro de texto de Historia al nikara antiguo y luego volviera a pasarlo al nikara moderno. Hizo que se pasara una fría tarde de otoño acuclillada en el arroyo para atrapar pececillos con sus propias manos. Le exigió que completara todas las tareas de cada clase con la mano izquierda, aun sabiendo que era diestra, para que así tardara el doble en terminar todas sus redacciones y pareciera que las había escrito un niño. Le ordenó que no durmiera durante un mes seguido. Luego hizo que se volviera un ser nocturno durante dos semanas para que no viera otra cosa más que el cielo de noche y un Sinegard siniestramente silencioso, y no fue nada comprensivo cuando ella se quejó de que se estaba perdiendo el resto de sus clases. Quiso

comprobar cuánto tiempo podía pasar Rin sin dormir. Y también quiso comprobar cuánto tiempo podía pasar durmiendo sin despertarse.

La chica se tragó su escepticismo, decidió darle un voto de confianza y optó por seguir sus directrices con la esperanza de acabar comprendiéndolo todo una vez que hubiera terminado. Aun así, la fe que ponía en él no era del todo ciega, porque sabía qué era lo que le esperaba al otro lado. A diario veía la prueba de aquel conocimiento ante sí.

Porque Jiang hacía cosas que ningún humano debería ser capaz de hacer.

La primera vez, hizo que las hojas que había a sus pies diesen vueltas sobre sí mismas sin tener que mover ni un músculo.

Rin creyó que se trataba de un truco del viento.

Y entonces Jiang volvió a hacerlo. Y también una tercera vez, solo para demostrarle que era él quien tenía un control absoluto sobre ello.

—Joder —dijo Rin, para luego volver a repetir—: Joder. Joder. Joder. ¿Cómo…? ¿Cómo?

—Fácil —le respondió el maestro.

Ella se quedó contemplándolo boquiabierta.

—Esto es… No son artes marciales, es…

—¿Qué es? —insistió Jiang.

—Es sobrenatural.

El maestro puso cara de satisfacción.

—«Sobrenatural» es una palabra que se emplea para designar cualquier cosa que no encaje con tu comprensión actual del mundo. Necesito que dejes esa incredulidad de lado. Tienes que aceptar sin más que estas cosas son posibles.

—¿Tengo que aceptar como cierto que usted es un dios?

—No seas tonta. No soy ningún dios —respondió—. Soy un mortal que ha despertado, y estar consciente te otorga poder.

Jiang hacía que el viento silbase a su voluntad. Hacía que los árboles crujieran solo con señalar hacia ellos. Provocaba ondulaciones en el agua sin tocarla y, con el susurro de una palabra, conseguía que cualquier sombra se retorciera y se estirara.

Rin se percató de que el maestro le mostraba aquellas cosas porque ella no lo habría creído si tan solo le hubiera dicho que eran posibles. Estaba presentándole un mundo de posibilidades, creando una red de nuevos conceptos. ¿Cómo se le podía explicar a un niño lo que era la gravedad si nunca había experimentado lo que significaba caerse?

Algunas verdades podían aprenderse a través de la memorización, por medio de libros de historia o lecciones de gramática. Otras debían ser inculcadas poco a poco, tenían que ir convirtiéndose en verdades

porque eran una parte inevitable del patrón de todas las cosas.

«El poder dicta la aceptabilidad», le había dicho Kitay una vez. ¿Se aplicaba el mismo principio al tejido del mundo natural?

Jiang reconfiguró la percepción que Rin tenía de lo que era real. A través de la demostración de actos imposibles, recalibró el modo en el que ella abordaba el universo material.

El hecho de que Rin estuviera más que dispuesta a creer facilitaba el proceso. La chica introducía en su mente aquellos desafíos a su concepción de la realidad y los asimilaba sin demasiado esfuerzo. Ya había pasado por la etapa traumática. Había sentido cómo el fuego la consumía. No habían sido imaginaciones suyas. Eso había sucedido.

Aprendió a resistirse a la tentación de negar lo que Jiang le mostraba solo porque no encajara en su anterior concepción de cómo funcionaban las cosas. Aprendió a dejar de asombrarse.

Su experiencia durante el torneo había abierto un agujero enorme e irregular en su entendimiento del mundo, y Rin esperaba que Jiang lo llenara por ella.

A veces, si se acercaba a hacer la pregunta adecuada, el maestro la enviaba a la biblioteca a buscar la respuesta por sí misma.

Cuando Rin le preguntó dónde se ponía en práctica el folclore, Jiang hizo que se embarcara en una búsqueda inútil de todo lo que fuera extraño y críptico. Le hizo leer textos sobre los antiguos caminantes de los sueños de las islas del sur y sus prácticas sanadoras, que se basaban en los espíritus de las plantas. Hizo que redactara informes detallados sobre los chamanes de los pueblos de las regiones interiores del norte, sobre cómo entraban en trance y se desplazaban como si fueran espíritus dentro de los cuerpos de las águilas. Hizo que estudiara minuciosamente décadas de testimonios de campesinos nikaras del sur que declaraban ser clarividentes.

—¿Cómo describirías a todas esas personas? —le preguntó el maestro.

—Rarezas. Individuos con habilidades o que fingen tenerlas. —Aparte de eso, Rin no veía ninguna conexión entre esos grupos de personas—. ¿Cómo las describiría usted?

—Yo diría que son chamanes —respondió—. Gente que habla con los dioses.

Cuando ella le preguntó qué quería decir con eso, Jiang hizo que estudiara religión. No solo la nikara, sino todas las religiones del mundo, cada una de las que se habían practicado desde el inicio de los tiempos.

—¿Qué entendemos por «dioses»? —le preguntó Jiang—. ¿Por qué tenemos dioses? ¿Para qué sirve un dios en una sociedad? Plantéate

estos temas. Encuéntrame esas respuestas.

En cuestión de una semana, Rin había redactado lo que creía que era un brillante informe sobre la diferencia entre las tradiciones religiosas de Nikan y las de Hesperia. Con orgullo, le transmitió sus conclusiones a Jiang en el jardín del Folclore.

Los hesperianos tenían una única Iglesia. Creían únicamente en una entidad celestial: un Creador Divino, independiente y por encima de todos los asuntos mortales, moldeado a imagen y semejanza de un hombre. La joven argumentó que ese dios, ese creador, era un medio que el Gobierno de Hesperia usaba para mantener el orden. Los sacerdotes de la Orden del Creador Divino no ocupaban ningún cargo político, pero ejercían más control cultural que el Gobierno central de Hesperia. Dado que este era un país grande sin jefes militares que tuvieran un poder absoluto sobre cada uno de sus estados, el imperio de la ley se imponía mediante la propagación del mito de los códigos morales.

En contraste, Nikan era un país al que Rin calificaba de ateo supersticioso. Por supuesto, allí abundaban los dioses. Pero, al igual que los Fang, la mayoría de los nikaras solo eran religiosos cuando les convenía. Los monjes errantes del Imperio constituían una minoría de la población. Eran simples custodios del pasado, más que miembros de una institución con verdadero poder.

Los dioses en Nikan eran los héroes de los mitos, símbolos culturales, iconos a los que se les daba reconocimiento durante los eventos importantes de la vida como las bodas, los nacimientos y las muertes. Eran la personificación de las emociones que sentían los propios nikaras. Pero, en realidad, nadie creía que fuera a tener mala suerte durante el resto del año si se olvidaba de encender el incienso del Dragón Azul. Tampoco que pudiera mantener a salvo a sus seres queridos solo por rezarle a la Gran Tortuga.

Sin embargo, los nikaras practicaban estos rituales de todas formas, lo hacían por inercia, porque sentían cierto consuelo al hacerlo, porque era un modo de expresar sus ansiedades sobre los altibajos que sufría su suerte.

—Así que la religión es simplemente un constructo social tanto en el este como en el oeste —concluyó Rin—. La diferencia está en su utilidad.

Jiang había estado escuchándola con atención durante toda su presentación y, cuando ella hubo terminado, sopló el aire que había acumulado en sus carrillos como si fuera un niño y se frotó las sienes.

—Entonces, ¿crees que la religión nikara es simple superstición?

—La religión nikara es demasiado aleatoria como para tener algo

de cierto —respondió Rin—. Están los cuatro dioses cardinales: el Dragón, el Tigre, la Tortuga y el Fénix. Luego están los dioses locales de cada dinastía, los dioses guardianes de cada pueblo, los dioses animales, los dioses de los ríos, los dioses de las montañas… —Fue contándolos con los dedos—. ¿Cómo es posible que existan todos en el mismo plano? ¿Cómo tendría que ser entonces el reino espiritual, con todos esos dioses compitiendo por imponerse? La mejor explicación es que cuando decimos «dios» en Nikan, nos referimos a una historia. Nada más.

—¿Así que no tienes fe en los dioses? —le preguntó el maestro.

—Creo en los dioses igual que cualquier otro nikara —replicó—. Creo en los dioses como una referencia cultural. Como metáforas. Como cosas a las que recurrimos para sentirnos seguros cuando no podemos hacer nada más. Como manifestaciones de nuestras neuras. Pero no como cosas que considere verdaderamente reales. No como cosas que tengan auténticas consecuencias para el universo.

Dijo todo aquello con una expresión seria, pero estaba exagerando.

Porque sabía que algo de real sí tenían. Sabía que, en cierto modo, existía algo en el cosmos más allá de lo que podía ver en el mundo material. No era tan escéptica como fingía ser.

Pero la mejor forma de conseguir que Jiang le explicara algo era adoptando posturas radicales. Al hacer un argumento desde un extremo, el maestro, en respuesta, daba su mejor contraargumento.

Parecía que aún no había mordido el anzuelo, así que Rin prosiguió:

—Si existe un creador divino, una autoridad moral definitiva, entonces, ¿por qué les pasan cosas malas a las buenas personas? ¿Y por qué iba esta deidad a crear a las personas, cuando son unos seres tan imperfectos?

—Pero, si nada es divino, entonces, ¿por qué les atribuimos una condición divina a esas figuras mitológicas? —replicó Jiang—. ¿Por qué nos postramos ante la Gran Tortuga? ¿Ante la diosa caracol Nüwa? ¿Por qué quemamos incienso para el panteón celestial? Creer en cualquier religión requiere sacrificio. ¿Por qué haría sacrificios un pobre granjero arruinado a sabiendas de que las entidades que conoce son solo mitos? ¿A quién beneficia eso? ¿Cuál es el origen de dichas prácticas?

—No lo sé —admitió la chica.

—Pues entonces averígualo. Averigua cuál es la naturaleza del cosmos.

A Rin no le pareció razonable que le pidiera que descifrara un misterio que los filósofos y los teólogos llevaban intentando resolver

desde hacía milenios, pero igualmente regresó a la biblioteca.

Y salió de allí con más preguntas aún.

—Pero ¿en qué me afecta la existencia o inexistencia de los dioses? ¿Por qué es importante cómo surgió el universo?

—Porque tú formas parte de él. Porque existes. Y, a no ser que solo quieras vivir una existencia minúscula sin comprender tu relación con la gran red de las cosas, entonces lo explorarás.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque sé que lo que quieres es poder. —Volvió a darle un golpecito en la frente—. ¿Cómo vas a extraer el poder de los dioses si no entiendes lo que son?

Bajo las órdenes de Jiang, Rin pasó más tiempo en la biblioteca que la mayoría de los aprendices de quinto año. El maestro le mandaba escribir ensayos a diario, cuyo tema siempre derivaba de algún asunto surgido tras horas de conversación. Hacía que Rin encontrara las conexiones entre textos de distintas disciplinas, entre textos que habían sido escritos con siglos de diferencia y entre textos en distintas lenguas.

—¿Qué relación guardan las teorías de Seejin sobre la transmisión del Qi a través del aire con la práctica de los esperilianos de inhalar las cenizas de los fallecidos?

»¿Cómo ha cambiado la plantilla de dioses nikaras a lo largo del tiempo y cómo se ha visto reflejado esto en el prestigio de los diferentes jefes militares en distintos momentos de la historia?

»¿Cuándo comenzó la Federación a adorar a su soberano como si fuese una entidad divina y por qué?

»¿Cómo afecta la doctrina de la separación entre Iglesia y Estado a la política hesperiana? ¿Dónde está la ironía en esta doctrina?

Jiang desmontó la mente de Rin y la reconstruyó. Luego decidió que no le gustaba el orden que había adquirido y volvió a desmontarla. Llevaba al límite su capacidad mental igual que lo hacía Irjah, con la diferencia de que el maestro de Estrategia ampliaba su mente dentro de unos parámetros lógicos. Los trabajos que Irjah le asignaba no hacían más que otorgarle agilidad en espacios con los que ya estaba familiarizada. Jiang la obligaba a expandir su mente hacia fuera, hacia unas dimensiones completamente nuevas.

Básicamente, fue el equivalente mental de hacerle cargar con un cerdo montaña arriba.

Rin obedecía en todo momento y se preguntaba qué visión alternativa del mundo estaba intentando que concibiera, qué intentaba enseñarle, más allá de que ninguna de las nociones que ella tenía sobre el funcionamiento del mundo era cierta.

La meditación era la peor parte.

En el tercer mes del semestre, Jiang le anunció que a partir de ese momento pasaría una hora cada día meditando con él. Rin casi esperaba que se acabara olvidando de aquello, del mismo modo que, de vez en cuando, olvidaba en qué año estaban o cómo se llamaba.

Sin embargo, de entre todas las normas que Jiang le imponía, esa era la única que decidió seguir a pies juntillas.

—Te sentarás quieta durante una hora, cada mañana, en el jardín, sin excepción.

Y así lo hizo. Lo detestaba.

—Presiónate el paladar con la lengua. Siente cómo se te alarga la espina dorsal. Siente los espacios entre tus vértebras. ¡Despierta!

Rin inspiró con intensidad, intentando espabilarse. La voz del maestro, siempre tan suave y relajante, había terminado dándole sueño.

Entonces, comenzó a picarle un punto justo por encima de la ceja izquierda. Se movió, incómoda. Si se rascaba, Jiang la reprendería. Así que optó por levantar la ceja todo lo que pudo. El picor se intensificó.

—Quédate quieta —le dijo el maestro.

—Me duele la espalda —se quejó.

—Eso es porque no estás sentada con la espalda recta.

—Creo que la tengo agarrotada de combatir.

—Y yo creo que tienes mucho cuento.

Pasaron cinco minutos en silencio. Rin retorció la espalda hacia un lado y luego hacia el otro. Algo crujió. Se estremeció.

Estaba increíblemente aburrida. Se contó los dientes con la lengua. Volvió a hacer lo mismo, pero en dirección contraria. Cambió el peso de una nalga a la otra. Sintió una intensa necesidad de levantarse, de moverse, de saltar de un lado a otro, de hacer cualquier otra cosa.

Abrió un poco un ojo y vio al maestro Jiang contemplándola fijamente.

—Quédate quieta.

Rin se aguantó las ganas de protestar y obedeció.

La meditación le parecía una enorme pérdida de tiempo, ya que estaba acostumbrada a años de estrés y estudio constante. Le daba la sensación de que no estaba bien quedarse sentada tan quieta, no tener la mente ocupada en nada. Apenas podía aguantar tres minutos de aquella tortura, mucho menos sesenta. Le aterrorizaba tanto la idea de no pensar que no era capaz de lograrlo porque no podía dejar de pensar en no pensar.

Por el contrario, Jiang podía meditar indefinidamente. Se volvía como una estatua, sereno y tranquilo. Parecía hecho de aire, como si

fuera a desaparecer si Rin no se concentraba lo suficiente en él. Parecía que simplemente abandonara su cuerpo y se marchara a otro lugar.

Una mosca se posó en la nariz de Rin y la hizo estornudar escandalosamente.

—Empezamos de cero —dijo Jiang con calma.

—¡Mierda!

Cuando la primavera volvió a Sinegard, cuando el clima fue lo bastante cálido como para que Rin dejara de envolverse con su gruesa ropa de invierno, Jiang la llevó de caminata a la cercana cordillera de Wudang. Anduvieron durante dos horas en silencio, hasta el mediodía, cuando el maestro decidió detenerse en un nicho soleado desde el que se veía todo el valle desde arriba.

—El tema de la lección de hoy serán las plantas. —Tomó asiento, soltó su zurrón, comenzó a sacar su contenido y a dejarlo sobre la hierba. Allí había una gran variedad de plantas y polvos, el brazo cortado de un cactus, varias amapolas rojas y brillantes que todavía contaban con algunas vainas, y un puñado de setas secas.

—¿Vamos a colocarnos? —le preguntó Rin—. Vaya, caray. Sí que vamos a colocarnos, ¿verdad?

—El que se va a colocar soy yo —le respondió—. Tú vas a observar.

Fue dándole explicaciones mientras machacaba las semillas de amapola dentro de un pequeño cuenco de piedra con un mortero.

—Ninguna de estas plantas es autóctona de Sinegard. Estas setas fueron cultivadas en los bosques de la Provincia de la Liebre. No las encontrarás en ningún otro sitio. Solo crecen debidamente en lugares con climas tropicales. Este cactus se cultiva mejor en el desierto de Baghra, entre nuestra frontera norte y las regiones interiores. Este polvo procede de un arbusto que solo se puede encontrar en las selvas tropicales del hemisferio sur. El arbusto en cuestión produce una pequeña fruta naranja, insípida y pegajosa. Pero la droga se obtiene de las raíces secas y trituradas de la planta.

—Y la posesión de cualquiera de estos ingredientes en Sinegard es un delito castigado con la pena de muerte —dijo Rin, porque sentía que al menos uno de ellos debía mencionarlo.

—Ah, la ley. —Jiang olisqueó una hoja extraña y luego la descartó —. Tan inconveniente, tan irrelevante. —De repente, la miró a ella—. ¿Por qué desaprueba Nikan el consumo de drogas?

Solía hacer aquello a menudo: le lanzaba preguntas para las que Rin no se había preparado ninguna respuesta. Si ella hablaba demasiado rápido o se apresuraba a generalizar, el maestro la retaba,

la acorralaba en un rincón argumentativo hasta que Rin expresaba exactamente qué era lo que quería decir y lo justificaba con vigor.

A esas alturas, la chica ya tenía bastante práctica como para saber que debía razonar con cautela antes de contestar.

—Porque el consumo de sustancias psicodélicas está asociado con alucinaciones, con potenciales desperdiciados y con el caos social. Porque los drogadictos pueden aportar muy poco a la sociedad. Porque es una plaga que afecta a nuestro país gracias a la querida Federación.

Jiang asintió lentamente.

—Bien dicho. ¿Y estás de acuerdo con eso?

Rin se encogió de hombros. Había visto los suficientes fumaderos de opio en Tikany como para saber cuáles eran los efectos de la adicción. Entendía por qué las leyes eran tan severas.

—Ahora mismo sí que lo estoy —repuso con cautela—. Pero supongo que cambiaré de parecer después de lo que usted me tenga que decir.

Jiang le dedicó una sonrisa torcida.

—La naturaleza de todas las cosas es tener un doble propósito —le dijo—. Ya has visto lo que la amapola le hace a un hombre corriente. Y dado lo que sabes sobre la adicción, tus conclusiones son razonables. El opio convierte a hombres sabios en idiotas. Destruye las economías locales y debilita a países enteros.

Sopesó otro puñado de semillas de amapola sobre la palma de su mano.

—Pero algo tan destructivo posee intrínseca y simultáneamente un maravilloso potencial. Más que nada, la amapola es un ejemplo de la dualidad de los alucinógenos. Conoces esta planta de tres maneras distintas. En su forma más común, como piedras de opio que se fuman en pipa, la amapola te deja inútil. Te adormece y te aísla del mundo. Luego está la increíblemente adictiva heroína, que se extrae en forma de polvo de la savia de la flor. Pero ¿las semillas? Estas son el sueño de cualquier chamán. Las semillas, acompañadas de la preparación mental adecuada, te proporcionan acceso a todo el universo contenido dentro de tu mente.

El maestro soltó las semillas de amapola y señaló hacia la gran variedad de sustancias psicodélicas que tenía delante de él.

—Los chamanes de todos los continentes llevan siglos usando las plantas para alterar sus estados de consciencia. Los curanderos de las regiones interiores han usado esta flor para volar tan alto como una flecha y de este modo poder comulgar con los dioses. Esta droga te hará entrar en un trance desde el cual tal vez puedas acceder al

Panteón.

Rin abrió mucho los ojos. Así que de eso se trataba. Poco a poco, todo comenzaba a adquirir sentido. Por fin empezaba a entender cuál era el objetivo de los últimos seis meses de investigación y meditación. Hasta el momento, había estado siguiendo dos líneas de investigación distintas: los chamanes y sus habilidades, y los dioses y la naturaleza del universo.

Ahora, con la introducción de las plantas psicodélicas, Jiang estaba uniendo aquellos hilos en una única teoría unificada, una que consistía en la conexión espiritual con el mundo de los sueños, donde tal vez residieran los dioses, a través de las sustancias psicodélicas.

La mente de la chica comenzaba a establecer conexiones entre ambos conceptos, como si se hubiera formado una red de la noche a la mañana. De repente, el contexto formativo que Jiang había estado presentándole cobró sentido.

Rin tenía un esbozo, pero el dibujo no estaba aún del todo claro. Algo no le cuadraba.

—¿Dentro de mi mente? —repitió con cautela.

El maestro la miró de soslayo.

—¿Sabes lo que significa la palabra «enteógeno»?

Ella negó con la cabeza.

—Significa la creación del dios interior —le explicó. Extendió el brazo y le dio un toquecito en la frente, en el mismo punto de siempre —. La fusión entre el dios y la persona.

—Pero no somos dioses —le dijo Rin. Se había pasado toda la semana anterior en la biblioteca intentando dar con el origen de la teología nikara. La mitología religiosa de Nikan estaba plagada de encuentros entre lo mortal y lo divino, pero en ninguna parte de su investigación había encontrado mención alguna a la creación de un dios—. Los chamanes se comunican con los dioses. No los crean.

—¿Cuál es la diferencia entre un dios interior y un dios exterior? ¿Cuál es la diferencia entre el universo contenido en tu mente y el universo externo? —El maestro le dio unos golpecitos en las sienes—. ¿No era eso lo que criticabas de la jerarquía teológica de Hesperia? ¿Que no tenía sentido la idea de un creador divino que fuera ajeno a nosotros y que, aun así, nos gobernase?

—Sí, pero… —Guardó silencio, intentando encontrarle sentido a lo que quería decir—. No me refería a que fuéramos dioses, quería decir que… —No estaba segura de lo que había querido decir. Contempló a Jiang con una mirada suplicante.

Por una vez, este le dio una respuesta sencilla:

—Debes fusionar ambos conceptos. El del dios exterior y el del dios

interior. Una vez que comprendas que los dos son lo mismo, una vez que seas capaz de aceptar ambos conceptos y saber que son ciertos, entonces serás una chamana.

—Pero no puede ser tan sencillo —tartamudeó Rin. La cabeza le daba vueltas. Le costaba expresar lo que pensaba—. Entonces… Pero… Entonces, ¿por qué no hace esto todo el mundo? ¿Por qué no se topa con los dioses cualquiera que vaya a los fumaderos?

—Porque no saben qué es lo que deben buscar. Los nikaras no creen en sus deidades, ¿recuerdas?

—Vale —respondió ella, negándose a morder el anzuelo que Jiang le lanzaba al echarle en cara sus propias palabras—. Pero ¿por qué no? —El escepticismo religioso de los nikaras le había llegado a parecer razonable, pero no cuando personas como Jiang podían hacer determinadas cosas—. ¿Por qué no hay más creyentes?

—Llegó a haberlos —le respondió el maestro, y a Rin le sorprendió lo amargo que fue su tono—. Antes había infinidad de monasterios. Pero entonces el Emperador Rojo, en su afán de unificación, llegó y los quemó todos. Los chamanes perdieron su poder. Los monjes, al menos los que tenían verdadero poder, murieron o desaparecieron.

—¿Dónde están ahora?

—Escondidos —le dijo—. Olvidados. En la historia reciente, solo los clanes nómadas de las regiones interiores y las tribus de Speer han contado con alguien que pudiera comulgar con los dioses. Esto no es ninguna coincidencia. El afán nacional por modernizarse y movilizarse conlleva tener fe en la propia capacidad para controlar el orden mundial. Y, cuando esto sucede, se pierde la conexión con los dioses. Cuando el hombre comienza a creer que es el único responsable de escribir el curso de la historia del mundo, olvida las fuerzas que diseñan nuestra realidad. En el pasado, esta academia fue un monasterio. Ahora es un campamento militar de entrenamiento. Verás que este mismo patrón se ha repetido con todos los grandes poderes de este mundo que se han adentrado en una época a la que llaman «civilizada». Mugen no tienen chamanes. Hesperia tampoco. Les rinden culto a ciertos hombres a los que consideran dioses, no a los verdaderos dioses.

—¿Y qué pasa con la superstición nikara? —preguntó la joven—. Es decir…, es evidente que en Sinegard, donde las personas reciben una educación, la religión ha desaparecido. Pero ¿qué pasa con los pueblos pequeños? ¿Y las religiones populares?

—Los nikaras creen en iconos, no en dioses —replicó Jiang—. No entienden a qué le están rezando. Han priorizado el ritual sobre la teología. ¿Sesenta y cuatro dioses de la misma categoría? Qué

conveniente y absurdo. La religión no se puede presentar de una forma tan clara. Los dioses no están tan bien organizados.

—Pero no lo entiendo —siguió Rin—. ¿Por qué han desaparecido los chamanes? ¿No hubiera sido mucho más poderoso el Emperador Rojo si hubiese contado con chamanes en su ejército?

—No. De hecho, es todo lo contrario. La creación de un imperio requiere cierta conformidad y una obediencia uniforme. Requiere unas enseñanzas que puedan transmitirse en masa por todo el país. La Milicia es una entidad burocrática que está únicamente interesada en los resultados. Lo que yo enseño no se puede replicar en una clase de cincuenta personas, mucho menos en una división de miles. La Milicia está compuesta casi por completo de personas como Jun, que creen que las cosas solo importan si proporcionan resultados inmediatos, unos resultados que se puedan reproducir y reutilizar. Sin embargo, el chamanismo es y siempre ha sido un arte impreciso. ¿Cómo iba a ser otra cosa? Tiene que ver con las verdades más fundamentales sobre todos y cada uno de nosotros, con la forma en que nos relacionamos con el fenómeno de la existencia. Pues claro que es impreciso. Si lo comprendiéramos a la perfección, entonces seríamos dioses.

Rin seguía sin estar convencida.

—Pero seguro que una parte de las enseñanzas pueden difundirse.

—Sobreestimas al Imperio. Piensa en las artes marciales. ¿Por qué fuiste capaz de vencer a tus compañeros de clase en el torneo? Porque ellos aprendieron una versión edulcorada, sintetizada y adaptada a sus necesidades. Lo mismo sucede con la religión.

—Pero no pueden haber olvidado la religión por completo —dijo Rin—. Se sigue impartiendo la clase de Folclore.

—Esta clase es un chiste —respondió el maestro.

—A mí no me parece ningún chiste.

—Eres la única que piensa así —dijo Jiang—. Hasta Jima duda del valor de esta materia, pero no se decide a suprimirla. En cierta medida, Nikan nunca ha perdido del todo la esperanza de poder recuperar a sus chamanes.

—No le hace falta recuperarlos. Ya los tiene —respondió Rin—. Yo traeré de vuelta el chamanismo a este mundo.

Miró esperanzada hacia su maestro, pero este permanecía sentado, inmóvil, contemplando el borde del precipicio como si su mente estuviera muy lejos de allí. De pronto, pareció muy triste.

—La era de los dioses se ha acabado —dijo al fin—. Puede que los nikaras hablen de los chamanes en sus leyendas, pero no pueden soportar la posibilidad de lo sobrenatural. Para ellos, somos unos chiflados. —Tragó saliva—. No lo somos, pero ¿cómo podemos

convencer a alguien de lo contrario cuando todos los demás lo creen así? Una vez que el Imperio se ha convencido de esta visión del mundo, cualquier muestra de lo contrario debe ser eliminada. Los habitantes de las regiones interiores fueron desterrados al norte, condenados por ser sospechosos de brujería. Los esperilianos acabaron siendo marginados, esclavizados, lanzados a la batalla como perros salvajes y, por último, sacrificados.

—Pues entonces les enseñaremos —dijo Rin—. Les haremos recordar.

—Nadie más tendría la paciencia para aprender lo que te he enseñado a ti. Nuestro trabajo consiste simplemente en recordar. Llevo años buscando un aprendiz, y en todo este tiempo solo tú has comprendido la verdad del mundo.

Rin sintió una punzada de decepción al oír aquellas palabras. No por ella, sino por el Imperio. Era duro enterarse de que vivía en un mundo en el que los humanos habían tenido la capacidad de comunicarse libremente con los dioses y la habían perdido.

¿Cómo era posible que una nación entera olvidase sin más a los dioses que podían concederles un poder inimaginable?

De una forma muy sencilla.

El mundo era mucho más simple cuando lo único que existía era lo que una persona podía percibir delante de sus narices. Era fácil olvidar las fuerzas subyacentes que configuraban el sueño. Era fácil creer que la realidad tan solo existía en un único plano. Hasta ese momento, Rin había llegado a creer eso mismo, y a su mente le estaba costando reajustarse.

Pero ahora conocía la verdad, y eso le otorgaba poder.

Se quedó contemplando en silencio el valle que quedaba a sus pies, aún intentando asimilar la magnitud de lo que acababa de aprender. Entretanto, Jiang introdujo el polvo en una pipa, la encendió y le dio una calada larga y profunda.

El maestro cerró los ojos despacio. En su rostro apareció una sonrisa serena.

—Allá vamos —dijo.

Lo malo de ver a alguien drogarse era que, si tú no te estabas colocando también, pasado un rato todo se volvía muy aburrido. Rin sacudió ligeramente a Jiang después de un par de minutos y, como no se movió, bajó de las montañas ella sola.

Si Rin había llegado a pensar que Jiang iba a permitirle comenzar a consumir alucinógenos para meditar, estaba equivocada. La obligó a ayudarlo en el jardín, a regar sus cactus y a cultivar las setas, pero le prohibió que probara ninguna de las plantas hasta que él le diera

permiso.

—Sin la preparación mental adecuada, los psicodélicos no te servirán de nada —le explicó—. Solo serás increíblemente insufrible durante un rato.

Al principio, Rin lo había aceptado, pero ya habían pasado semanas.

—¿Y cuándo voy a estar mentalmente preparada?

—Cuando puedas permanecer sentada durante cinco minutos sin abrir los ojos —le dijo.

—¡Sé permanecer sentada! ¡Llevo haciéndolo casi un año! ¡Es lo único que he estado haciendo!

Jiang la señaló con sus tijeras de podar.

—Cuida tu tono conmigo.

Con un golpe seco, la chica dejó sobre el estante la bandeja que llevaba en las manos, donde había ido depositando los trocitos podados de los cactus.

—Sé que hay cosas que no me está enseñando. Sé que me las oculta a propósito. Pero no entiendo el motivo.

—Porque me preocupas —le confesó Jiang—. Tienes un talento para el folclore que no he visto en ninguna otra persona antes, ni siquiera en Altan. Pero eres impaciente. Descuidada. Y meditas de pena.

Sí que meditaba mal. Se suponía que debía llevar un diario de meditación para documentar cada vez que conseguía hacerlo durante una hora entera con éxito. Pero a medida que se le habían ido acumulando los deberes de sus otras clases, había comenzado a dejar de lado su obligación diaria de pasar un rato sin hacer nada.

—Es que me parece inútil. Si lo que quiere es que me concentre, eso puedo hacerlo. Puedo concentrarme en lo que sea. Pero ¿dejar la mente en blanco? ¿Desprovista de cualquier pensamiento? ¿De cualquier conciencia de mí misma? ¿Para qué sirve eso?

—Sirve para alejarte del mundo material —le respondió el maestro—. ¿Cómo esperas alcanzar el reino espiritual si estás obsesionada con las cosas que tienes delante de ti? Sé por qué te resulta tan difícil. Te gusta superar a tus compañeros de clase. Te gusta alimentar tus viejos rencores. Odiar sienta bien, ¿verdad? Hasta ahora, has estado acumulando tu rabia y usándola para impulsarte. Pero, a no ser que aprendas a dejarla ir, nunca encontrarás el verdadero camino hasta los dioses.

—Entonces, déjeme probar un psicodélico —sugirió ella—. Oblígueme a dejarla ir.

—Ahora estás siendo impulsiva. No te dejaré meterte en cosas que

apenas comprendes todavía. Es demasiado peligroso.

—¿Cómo de peligroso puede ser estar sentada sin moverme?

Jiang se enderezó. Dejó caer a un costado la mano con la que sostenía las tijeras de jardinería.

—Esta no es ninguna historia de hadas en la que puedas agitar la mano y pedirles a los dioses tres deseos. Aquí no nos andamos con gilipolleces. Se trata de fuerzas que podrían destrozarte.

—No me va a pasar nada —soltó Rin con brusquedad—. Llevo meses sin que me pase nada. No deja de parlotear sobre ver a los dioses, pero lo único que sucede cuando medito es que me aburro, me pica la nariz y cada segundo me parece una eternidad.

Extendió una mano hacia las amapolas.

Jiang le dio un manotazo para apartársela.

—No estás lista. Ni siquiera te acercas a estarlo.

Rin se ruborizó.

—Solo son drogas…

—¿Que solo son drogas? ¿Solo drogas? —El maestro elevó el tono de voz—. Voy a hacerte una advertencia. Y solo te lo diré una vez. No eres la primera estudiante que se especializa en Folclore, ¿sabes? Sinegard lleva años intentando crear un chamán. Pero ¿quieres saber por qué nadie se toma esta clase en serio?

—¿Porque usted no deja de tirarse pedos en las reuniones de profesores?

Jiang ni siquiera se rio, lo cual quería decir que todo ese asunto era más grave de lo que Rin había pensado.

De hecho, el maestro parecía entristecido.

—Lo intentamos —siguió diciendo él—. Hace diez años. Tenía cuatro estudiantes tan brillantes como tú, pero sin la rabia de Altan y sin tu impaciencia. Les enseñé a meditar, les hablé del Panteón, pero esos aprendices tan solo tenían una cosa en mente: invocar a los dioses y absorber su poder. ¿Te haces una idea de lo que les sucedió?

—¿Invocaron a los dioses y se convirtieron en grandes guerreros? —le preguntó Rin, esperanzada.

Jiang fijó en ella su mirada pálida y asfixiante.

—Todos se volvieron locos. Cada uno de ellos. Dos estaban lo suficientemente tranquilos como para ser encerrados en un manicomio durante el resto de sus vidas. Los otros dos suponían un peligro para sí mismos y para quienes los rodeasen. La emperatriz los envío a Baghra.

Rin se quedó contemplando al maestro. No sabía qué responder a eso.

—He visto espíritus que no fueron capaces de volver a encontrar sus cuerpos —le dijo Jiang. En ese momento, parecía demasiado

mayor—. He conocido a hombres que se encontraban solo a medio camino del reino espiritual, atrapados entre nuestro mundo y el siguiente. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que no… te… andes… con… gilipolleces. —Cada palabra había ido acompañada de un golpecito en la frente—. Si no quieres destrozar esa pequeña y brillante mente que tienes, harás lo que yo te diga.

Rin solo se sentía con los pies verdaderamente en la tierra durante sus otras clases. Estas avanzaban el doble de rápido que las de su primer año y, aunque apenas lograba mantenerse al día debido a la absurda carga de trabajo que le había asignado Jiang, era agradable estudiar cosas que, para variar, sí que tenían sentido.

Ella siempre había sido una marginada entre sus compañeros, pero, a medida que fue avanzando el año, comenzó a sentir que habitaba en un mundo completamente distinto al del resto de los estudiantes. Cada vez se alejaba más del mundo en el que las cosas funcionaban como se suponía que debían funcionar, donde la realidad no sufría cambios continuamente, donde creía que conocía la forma y la naturaleza de las cosas y no recibía recordatorios constantes de que en verdad no sabía nada en absoluto.

—En serio —le inquirió Kitay un día durante el almuerzo—, ¿qué estás aprendiendo?

Él, como el resto de sus compañeros, creía que Folclore era una clase de historia de la religión, un batiburrillo de antropología y mitología popular. Rin no se había molestado en corregirlos. Era más fácil difundir una mentira creíble que convencerlos de la verdad.

—Que ninguna de mis creencias sobre el mundo es cierta —respondió distraídamente—. Que la realidad es maleable. Que existen conexiones ocultas en cada objeto vivo. Que el mundo entero es simplemente un pensamiento, el sueño de una mariposa.

—¿Rin?

—¿Sí?

—Tienes el codo metido en mi cuenco de gachas.

Rin parpadeó.

—Ay, perdona.

Kitay alejó más su cuenco del brazo de su amiga.

—Hablan de ti, ¿sabes? Los otros aprendices.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y qué dicen?

Kitay hizo una pausa.

—Seguramente ya te harás una idea. Nada… mmm… bueno.

¿Acaso esperaba algo distinto? Rin puso los ojos en blanco.

—No les gusto. Vaya sorpresa.

—No se trata de eso —le dijo el chico—. Te tienen miedo.

—¿Porque gané el torneo?

—Porque irrumpiste aquí desde un pueblo rural del que nadie había oído hablar y luego rechazaste una de las propuestas de especialización más prestigiosas de la escuela para acabar formándote con el loco de la academia. No entienden de qué vas. No comprenden qué pretendes. —Kitay ladeó la cabeza mientras la miraba—. En serio, ¿qué es lo que pretendes?

Ella vaciló. Conocía bien esa mirada. Últimamente, Kitay se la había estado dedicando a menudo, a medida que los estudios de Rin se alejaban cada vez más de temas que podría haberle explicado con facilidad a una persona laica. Su amigo detestaba no tener acceso a toda la información, y ella odiaba ocultarle cosas. Pero ¿cómo iba a explicarle para qué servía estudiar Folclore cuando ni siquiera ella era capaz de justificárselo a sí misma?

—Aquel día, en el cuadrilátero, me sucedió algo —dijo al fin—. Intento averiguar qué fue.

Se preparó para lidiar con el escepticismo cínico de Kitay, pero el joven se limitó a asentir.

—¿Y crees que Jiang tiene las respuestas?

Rin suspiró.

—Si no las tiene él, entonces no las tiene nadie.

—Pero habrás oído los rumores…

—Los locos. Los que abandonaron los estudios. Los prisioneros en Baghra —dijo Rin. Todos contaban su propia historia de terror sobre los anteriores aprendices de Jiang—. Lo sé. Créeme, lo sé.

Kitay le dedicó una mirada larga y escrutadora. Al final, señaló con la cabeza hacia el cuenco de gachas de Rin, que ella aún no había tocado. Había estado repasando para uno de los exámenes de Jima y se había olvidado de comer.

—Asegúrate de que te cuidas —le dijo Kitay.

Los de segundo año tenían permiso para pelear en el cuadrilátero.

Ahora que Altan se había graduado, la estrella de los combates resultó ser Nezha, que no tardó en volverse un luchador incluso más formidable a causa del brutal entrenamiento al que lo sometía Jun. En cuestión de un mes, fue retado por estudiantes de dos o tres cursos superiores. Para cuando llegó su segunda primavera en la academia, se había convertido en el campeón invicto de los cuadriláteros.

Rin ansiaba participar en los combates, pero una conversación con Jiang había puesto fin a sus aspiraciones.

—No lucharás —le dijo el maestro un día mientras se balanceaban sobre unos postes que había sobre el arroyo.

Rin se cayó de inmediato al agua.

—¿Qué? —balbuceó una vez que consiguió salir.

—Esos combates son solo para aprendices que cuentan con el permiso de sus maestros.

—¡Pues deme permiso!

Jiang metió un dedo del pie en el agua y lo sacó despacio.

—No.

—Pero ¡quiero pelear!

—Interesante, pero irrelevante.

—Pero…

—No hay pero que valga. Soy tu maestro. No cuestionarás mis órdenes, sino que las obedecerás.

—Obedeceré las órdenes que tengan sentido —replicó ella mientras se tambaleaba exageradamente sobre un poste.

Jiang resopló.

—Lo importante en los combates no es ganar, sino demostrar nuevas técnicas. ¿Qué es lo que piensas hacer, ponerte a arder delante de todo el alumnado?

Rin no insistió más en el asunto.

Salvo en los combates, a los que Rin acudía como público regularmente, rara vez veía a sus compañeras de habitación. Niang siempre estaba trabajando horas extra con Enro, y Venka se pasaba todo el día patrullando con la guardia de la ciudad o entrenando con Nezha.

Kitay había comenzado a estudiar con Rin en el dormitorio femenino, pero solo porque era el único lugar del campus que siempre estaba vacío. La nueva promoción de novatos no contaba con ninguna mujer, y Kureel y Arda habían abandonado la academia cuando Rin había finalizado su primer año. A ambas les habían propuesto prestigiosos cargos como suboficiales en las divisiones Tercera y Octava, respectivamente.

Altan también se había marchado, pero nadie sabía a qué división se había unido. Rin casi había esperado que aquello se convirtiera en la comidilla del campus. Sin embargó, el esperiliano había desaparecido de las conversaciones como si nunca hubiese estado en Sinegard. La leyenda de Altan Trengsin había comenzado a desvanecerse entre sus compañeros, y el siguiente grupo de novatos que entró a Sinegard ni siquiera sabía de su existencia.

A medida que pasaban los meses, Rin se dio cuenta de que ser la única aprendiza de Folclore tenía un inesperado beneficio, y era que ya no competía directamente con el resto de sus compañeros.

Aquello no hizo que fueran más amables con ella ni por asomo,

pero dejó de oír bromas sobre su acento, Venka paró de arrugar la nariz cada vez que ambas estaban juntas en el dormitorio femenino y, uno por uno, el resto de los sinegardianos, aunque sin demasiado entusiasmo, se acabaron acostumbrando a su presencia.

Nezha era la única excepción.

Estaban juntos en todas las clases salvo en Combate y Folclore. Ambos hacían todo lo posible por ignorar por completo la existencia del otro. Muchas de sus clases avanzadas eran tan reducidas que aquello resultaba increíblemente incómodo, pero Rin suponía que ese frío desinterés era mejor que un acoso activo.

Aun así, la joven seguía prestándole atención a Nezha. ¿Cómo no iba a hacerlo? Se había vuelto claramente la estrella de la clase; estaba por debajo de Kitay solo en Estrategia y Lingüística, quizás, pero, por lo demás, básicamente se había convertido en el nuevo Altan de la escuela. Los maestros lo adoraban. La nueva promoción de alumnos lo consideraba un dios.

—No es tan especial —le dijo un día Rin a Kitay—. Ni siquiera ganó el torneo de su año. ¿Acaso no saben eso?

—Claro que lo saben. —Su amigo, sin levantar la vista de sus deberes de idiomas, habló con el tono exasperado de alguien que ya había mantenido esa misma conversación muchas veces antes.

—Entonces, ¿por qué no es a mí a quien veneran? —se quejó Rin.

—Porque no luchas en el cuadrilátero. —Kitay completó el último espacio en blanco de su tabla de conjugaciones verbales hesperianas —. Y también porque les pareces rara y no eres tan guapa como él.

Sin embargo, en general, las riñas infantiles con sus compañeros se habían acabado. Por una parte, se debía a que simplemente se habían hecho mayores, y por otra, a que había desaparecido el estrés por las pruebas: los aprendices tenían asegurada su estancia en la academia siempre y cuando mantuvieran sus buenas notas. También tenía que ver con el hecho de que los deberes que les asignaban eran cada vez más complicados, lo que no les dejaba tiempo para preocuparse por rivalidades insignificantes.

Aun así, cuando se acercaban al final de su segundo año, la clase comenzó a dividirse de nuevo, esta vez basándose en las provincias y las posturas políticas.

La causa inmediata fue una crisis diplomática provocada por la presencia de unas tropas de la Federación en la frontera de la Provincia del Caballo. Una refriega en un puesto avanzado entre comerciantes mugeneses y trabajadores nikaras había acabado con algunos muertos. Los mugeneses habían enviado a policías armados para asesinar a los instigadores. La patrulla fronteriza de la Provincia

del Caballo había respondido del mismo modo.

El maestro Irjah fue convocado de inmediato para formar parte del destacamento diplomático de la emperatriz, lo que significaba que la clase de Estrategia se canceló durante dos semanas. Sin embargo, los estudiantes no se enteraron de aquello hasta que encontraron una nota escrita a toda prisa que el maestro había dejado para ellos.

—«No sé cuándo volveré. Fuego abierto por parte de ambos bandos. Han muerto cuatro civiles» —leyó Niang en voz alta—. Por los dioses. Eso quiere decir que se avecina una guerra, ¿no?

—No necesariamente. —Kitay era el único que parecía guardar la calma por completo—. Hay escaramuzas constantemente.

—Pero ha habido muertos…

—Siempre los hay —continuó—. Esto lleva sucediendo desde hace casi dos décadas. Nosotros los odiamos, ellos nos odian a nosotros y un puñado de gente muere por eso.

—¡Han muerto ciudadanos nikaras! —exclamó Niang.

—Ya, pero la emperatriz no va a hacer nada al respecto.

—No hay nada que pueda hacer —intervino Han—. La Provincia del Caballo no tiene tropas suficientes para mantener el frente. Nuestra población es muy poco numerosa y no se puede reclutar a nadie más. El verdadero problema es que algunos jefes militares no saben anteponer los intereses nacionales.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —dijo Nezha.

—Lo que sé es que los hombres de mi padre están muriendo en la frontera —prosiguió Han. El odio que impregnaba su voz pilló por sorpresa a Rin—. Entretanto, tu padre está sentado como si nada en su pequeño palacio, mirando hacia otro lado porque él está bien y a salvo entre dos provincias que lo protegen.

Antes de que nadie pudiera moverse, Nezha lanzó una mano hacia la nuca de Han y le golpeó la cara contra la mesa.

El aula se quedó en silencio.

Han alzó la vista, demasiado estupefacto como para devolverle el golpe. Se le había roto la nariz con un crujido audible y la sangre le caía a borbotones hasta la barbilla.

Nezha le soltó el cuello.

—No vuelvas a hablar de mi padre.

Han escupió algo que parecía un trozo de diente.

—Tu padre es un puto cobarde.

—Te he dicho que te calles…

—Tenéis la mayor reserva de tropas de todo el Imperio y no la desplegáis —siguió Han—. ¿Por qué, Nezha? ¿Es que planeáis emplearlas para otra cosa?

Los ojos de Nezha relampaguearon.

—¿Quieres que te parta el cuello?

—Los mugeneses no van a invadirnos —se apresuró a intervenir Kitay—. Montarán algo de jaleo en la frontera de la Provincia del Caballo, pero no enviarán fuerzas terrestres. No quieren cabrear a Hesperia…

—A los hesperianos todo esto les importa una mierda —replicó Han—. Llevan años sin preocuparse por el hemisferio este. No envían embajadores ni diplomáticos…

—Eso es por el armisticio —declaró Kitay—. No creen que sea necesario. Pero si la Federación desequilibra la balanza, tendrán que intervenir. Y los líderes de Mugen son conscientes de ello.

—También son conscientes de que no contamos con una defensa fronteriza coordinada y de que no tenemos fuerzas navales —le espetó Han—. No seas iluso.

—Una invasión por tierra no tendría sentido para ellos —insistió Kitay—. El armisticio los beneficia. No quieren perder a miles de hombres en el corazón del Imperio. No habrá ninguna guerra.

—Ya. —Han se cruzó de brazos—. Entonces, ¿para qué estamos entrenando?

La segunda crisis tuvo lugar dos meses después. Varias ciudades fronterizas en la Provincia del Caballo habían comenzado a boicotear las mercancías mugenesas. Los gobernadores generales de Mugen respondieron cerrando, saqueando y luego incendiando metódicamente cualquier negocio nikara que se encontrara en el lado mugenés de la frontera.

Cuando se conoció la noticia, Han se marchó repentinamente de la academia para unirse al batallón de su padre. Jima le amenazó con una expulsión permanente si se iba sin su permiso, pero, a modo de respuesta, Han le dejó su brazalete sobre la mesa.

La tercera crisis fue la muerte del emperador de la Federación. Los espías nikaras informaron de que el príncipe heredero Ryohai sería el siguiente en ocupar el trono, y aquella noticia inquietó sobremanera a todos los maestros de la academia. El joven, impulsivo y violentamente nacionalista príncipe Ryohai era uno de los miembros destacados de la facción belicista de Mugen.

—Lleva años abogando por una invasión por tierra —le explicó Irjah a la clase—. Ahora tiene la posibilidad de hacerlo realidad.

Las siguientes seis semanas fueron terriblemente tensas. Incluso Kitay dejó de argumentar que Mugen no haría nada. Varios estudiantes, sobre todo aquellos procedentes de las zonas situadas más al norte, solicitaron permiso para marcharse a casa. Se lo negaron a

todos, sin excepción. Aun así, algunos se fueron de igual forma, aunque la mayoría obedeció la orden de Jima. Si al final acababan entrando en guerra, era mejor tener algún tipo de afiliación a Sinegard.

El nuevo emperador Ryohai no declaró ninguna invasión por tierra. La emperatriz envió un destacamento diplomático a la Isla del Arco y, según dijeron todos, fue recibida con cortesía por parte de la nueva administración de Mugen. La crisis quedó atrás, pero un nubarrón de ansiedad seguía cerniéndose sobre la academia. Y no había nada que pudiera frenar el creciente temor de que tal vez su clase fuera la primera en graduarse durante una guerra.

La única persona que no parecía interesada en las novedades políticas de la Federación era Jiang. Si le preguntaban por Mugen, el maestro hacía una mueca y evitaba hablar del tema. Si lo presionaban, cerraba los ojos con fuerza, sacudía la cabeza y se ponía a cantar en voz alta como si fuese un niño.

—Pero ¡usted luchó contra la Federación! —exclamó Rin—. ¿Cómo puede darle igual?

—No recuerdo nada de eso —respondió Jiang.

—¿Cómo no va a recordarlo? —le espetó—. Estuvo en la Segunda Guerra de la Amapola. ¡Todos ustedes estuvieron!

—Eso me han dicho.

—Entonces…

—No lo recuerdo —dijo Jiang en voz muy alta, y su tono adquirió un matiz frágil y tembloroso que hizo que Rin comprendiera que era mejor dejar pasar el tema. De lo contrario, se arriesgaba a que el maestro estuviera una semana entera sin aparecer por clase o comportándose de forma errática.

Pero siempre y cuando ella no sacara a colación el asunto de la Federación, Jiang continuaba impartiendo sus lecciones de la misma forma divagante y distraída. Hasta el final de su primer año como aprendiza, Rin no fue capaz de meditar durante una hora seguida sin moverse. Una vez que logró aquella hazaña, Jiang pasó a exigirle que lo hiciera durante cinco horas. Tardó otro año entero en alcanzar ese objetivo. Cuando al fin lo consiguió, Jiang le hizo entrega de una pequeña petaca opaca, igual a las que se usaban para guardar el vino de sorgo, y le indicó que la llevara hasta lo alto de la montaña.

—Hay una cueva cerca de la cima. Sabrás cuál es en cuanto la veas. Cuando estés allí, bebe de esta petaca y comienza a meditar.

—¿Qué lleva esto?

Jiang se examinó las uñas.

—Un poco de esto y un poco de lo otro.

—¿Cuánto tiempo debo pasar meditando?

—Todo el que haga falta. Días. Semanas. Meses. No puedo decírtelo antes de que hayas empezado.

Rin avisó a los otros maestros de que se ausentaría de sus clases durante un periodo de tiempo indefinido. Para aquel entonces, todos se habían resignado ya a los sinsentidos de Jiang. La dejaron marchar y le pidieron que intentara no estar fuera más de un año. Rin esperaba que estuvieran bromeando.

Jiang no la acompañó hasta la cima de la montaña. Se despidió de ella en el nivel más alto del campus.

—Aquí tienes una capa en caso de que tengas frío. No hay mucho a lo que puedas recurrir allí para protegerte de la lluvia. Nos vemos al otro lado.

Estuvo lloviendo durante toda la mañana. Rin hizo el recorrido a pie sintiéndose miserable y limpiándose el barro de los zapatos a cada par de pasos. Cuando llegó a la cueva, temblaba tanto que estuvo a punto de caérsele la petaca.

Echó un vistazo al interior embarrado. Quería encender un fuego para calentarse, pero no encontraba ningún material para hacerlo que no estuviese empapado. Se acurrucó en el extremo más apartado de la cueva para mantenerse lo más alejada posible de la lluvia y se sentó con las piernas cruzadas. Después, cerró los ojos.

Pensó en el guerrero Bodhidharma, que se había pasado años meditando mientras escuchaba gritar a las hormigas. Sospechaba que las hormigas no serían las únicas que gritarían cuando ella hubiera acabado lo que había ido a hacer allí.

El contenido de la petaca resultó ser un té ligeramente amargo. Pensó que podría tratarse de un alucinógeno destilado, pero pasaron las horas y su mente seguía tan despejada como siempre.

Cayó la noche. Meditó en la oscuridad.

Al principio, fue terriblemente complicado.

No podía quedarse quieta. Transcurridas seis horas, le entró hambre. En lo único en lo que podía pensar era en su estómago. Pero, después de un rato, el hambre pasó a ser tan abrumadora que no podía seguir pensando en ello porque no lograba recordar ningún momento de su vida en el que no hubiese estado así de hambrienta.

El segundo día se sintió mareada. Se tambaleaba a causa del hambre; tenía tanta que no podía sentir el estómago. ¿Acaso tenía estómago? ¿Qué era un estómago?

El tercer día, sintió la cabeza placenteramente ligera. Estaba hecha de aire, era solo respiración, un simple órgano respiratorio. Un abanico. Una flauta. Dentro, fuera, dentro, fuera, y así sucesivamente.

El quinto día, todo pasó demasiado rápido, demasiado despacio o no pasó nada en absoluto. El lento avance del tiempo la hizo enfurecer. Su cerebro iba a toda velocidad, no podía calmarlo. Sintió que su corazón latía más rápido que el de un colibrí. ¿Cómo no se había disuelto todavía? ¿Cómo no se había convertido en pura nada?

El séptimo día, se precipitó al vacío. Su cuerpo se quedó muy quieto, tanto que llegó a olvidar que tenía uno. Le picó el dedo índice izquierdo y se sorprendió ante aquella sensación. No se lo rascó, sino que observó el picor desde fuera y le maravilló que, después de mucho tiempo, acabara desapareciendo solo.

Aprendió el recorrido que hacía el aire por su cuerpo, como si se colara en una casa vacía. Aprendió a colocar sus vértebras, una encima de otra, para que su columna formara una línea recta perfecta, un canal libre de obstáculos.

Pero su cuerpo inmóvil se volvió muy pesado. Y cuanto más pesado era, más fácil le resultaba ignorarlo y dejarlo a un lado, para luego ascender, ingrávida, hacia ese lugar que solo podía divisar con los párpados cerrados.

El noveno día, sufrió un ataque geométrico de líneas y figuras sin forma ni color, desprovistas de cualquier valor estético más allá de la aleatoriedad.

«Estúpidas figuras», pensó una y otra vez, como si fuera un mantra. «Malditas putas figuras».

El decimotercer día, tuvo la horrible sensación de estar atrapada, como si la hubieran enterrado entre piedras, como si la hubieran cubierto de fango. Era ligera, carecía de peso, pero no tenía a dónde ir. Dio vueltas por el interior de aquel extraño habitáculo llamado cuerpo, como una luciérnaga encerrada.

El decimoquinto día, acabó convencida de que su conciencia se había expandido para abarcar la totalidad de la vida en el planeta: desde la germinación de las flores más pequeñas hasta la muerte de uno de los árboles más altos. Presenció un proceso infinito de transferencia de energía, crecimiento y muerte, y ella misma participó en todas sus fases.

Vio un estallido de color y de animales que probablemente no existían. No eran exactamente visiones, porque estas habrían sido mucho más vívidas y concretas. Pero aquellas apariciones tampoco eran meros pensamientos. Eran como sueños, como un plano de la realidad incierto que se encontraba en un punto intermedio y que solo podía percibir con claridad si eliminaba cualquier otro pensamiento de su mente.

Dejó de contar los días. Viajó a otro lugar más allá del tiempo. Un

lugar en el que un año y un minuto parecían ser lo mismo. ¿Cuál era la diferencia entre limitado e infinito? Estaba la existencia y la inexistencia, y nada más. El tiempo no era real.

Las apariciones pasaron a ser sólidas. O bien estaba soñando, o bien había trascendido a otro lugar. Sin embargo, cuando dio un paso adelante, tocó con el pie la piedra fría. Miró a su alrededor y vio que se encontraba en una sala con azulejos, no mucho más grande que un cuarto de aseo. No había ninguna puerta.

Una forma apareció delante de ella, vestida con un atuendo extraño. Al principio, creyó que se trataba de Altan, pero las facciones de la figura eran más suaves, y sus ojos carmesíes, más redondos y amables.

—Dijeron que vendrías —anunció la figura. Su voz era femenina, profunda y triste—. Los dioses ya sabían que vendrías.

Rin se había quedado sin palabras. Había algo en la Mujer que le resultaba increíblemente familiar, y no era solo su gran parecido con Altan. La forma de su rostro y la ropa que llevaba… despertaban en ella recuerdos que no sabía que tenía; de arena, agua y cielos abiertos.

—Te pedirán que hagas lo que yo me negué a hacer —le dijo la Mujer—. Te ofrecerán un poder inconmensurable. Pero te advierto algo, pequeña guerrera: el precio del poder es el dolor. El Panteón controla el tejido del universo. Para salirte del orden preestablecido, debes darles algo a cambio. Y en cuanto a los dones del Fénix, tendrás que pagar un alto precio por ellos. El Fénix quiere sufrimiento. Quiere sangre.

—Tengo sangre de sobra —respondió Rin. No tenía ni idea de qué la había empujado a decir eso, pero prosiguió—: Puedo darle al Fénix lo que él quiera, siempre que me otorgue poder.

El tono de la Mujer se volvió más ansioso:

—El Fénix no otorga. No de forma permanente. El Fénix te arrebata una y otra y otra vez… El fuego es insaciable, único entre los elementos… Te devorará hasta que no seas nada…

—No le tengo miedo al fuego —declaró Rin.

—Deberías —siseó la Mujer. Se deslizó lentamente hacia ella. No movió las piernas para hacerlo, no caminó, simplemente pareció crecer y acercarse más y más con cada segundo que pasaba…

Rin no podía respirar. No se sentía nada tranquila. Aquello no tenía nada que ver con la paz que se suponía que debía alcanzar. Era terrible… De pronto, escuchó una cacofonía de alaridos que le retumbaron en los oídos. Entonces, la Mujer comenzó a gritar y a chillar, a retorcerse en el aire como una bailarina torturada. Pero, aun así, extendió el brazo para tomar el de Rin…

Un montón de imágenes aparecieron en la cabeza de la chica. Bailarines con la piel oscura que danzaban alrededor de una fogata, con las bocas abiertas en expresiones grotescas, gritando palabras en un lenguaje que sonaba como algo que había escuchado en un sueño que ya no recordaba… La hoguera se avivó y los cuerpos cayeron hacia atrás, quemados, calcinados, desintegrándose hasta no ser nada más que unos huesos blancos y brillantes. Rin creyó que ese era el final, que la muerte terminaría con todo, pero los huesos volvieron a ocupar su lugar y continuaron con su danza… Uno de los esqueletos la miró, dedicándole una sonrisa desprovista de dientes, y la señaló con una mano descarnada:

—Venimos de las cenizas y en cenizas nos convertiremos…

La Mujer agarró a Rin con más fuerza de los hombros. Se inclinó hacia delante y le susurró con fiereza al oído:

—Vete por donde has venido.

Pero Rin se sentía atraída por el fuego… Miró más allá de los huesos, hacia las llamas que se retorcían hacia arriba como si estuvieran vivas, adoptando la forma de un verdadero dios, de un animal, de un ave…

El ave inclinó la cabeza hacia ellas.

La Mujer ardió en llamas.

Entonces, Rin volvió a flotar hacia arriba, volando como una flecha lanzada al cielo en dirección al reino de los dioses.

Cuando abrió los ojos, Jiang se encontraba agachado delante de ella, contemplándola fijamente con aquellos ojos claros.

—¿Qué has visto?

Rin inspiró hondo. Intentó asimilar que volvía a tener un cuerpo. Se sentía patosa y pesada, como una marioneta mal moldeada a partir de arcilla húmeda.

—Una gran sala circular —dijo, vacilante y entrecerrando los ojos para recordar su última visión. No sabía si lo que le pasaba era que le costaba encontrar las palabras o si simplemente su boca se negaba a obedecerla. Cada orden que le daba a su cuerpo parecía ser ejecutada con cierto retardo—. Estaba dispuesta en una serie de trigramas, pero con treinta y dos puntos que se dividían en sesenta y cuatro. Y a lo largo de todo el círculo había criaturas sobre tarimas.

—Pedestales —la corrigió Jiang.

—Tiene razón. Pedestales.

—Has visto el Panteón —le dijo—. Has dado con los dioses.

—Supongo. —Rin se quedó callada. Se sentía algo confundida. ¿Había dado con los dioses? ¿O solo se había imaginado a esas sesenta y cuatro deidades, dando vueltas a su alrededor como cuentas de

cristal?

—Pareces escéptica —le dijo el maestro.

—Estaba cansada —respondió ella—. No sé si ha sido real o… Es decir, podría haberlo soñado todo. —¿En qué se diferenciaban sus visiones de su imaginación? ¿Había visto esas cosas solo porque había querido verlas?

—¿Soñado? —Jiang ladeó la cabeza—. ¿Alguna vez has visto algo como el Panteón? ¿En un diagrama? ¿O en un cuadro?

Rin frunció el ceño.

—No, pero…

—Los pedestales. ¿Esperabas encontrártelos?

—No —admitió—, pero ya he visto pedestales antes, y no habría sido demasiado complicado imaginarme el Panteón.

—Pero ¿por qué un sueño tan específico? ¿Por qué iba tu mente dormida a extraer de tu memoria esas imágenes, en lugar de cualquier otra? ¿Por qué no te has imaginado un caballo, un campo de jazmines o al maestro Jun montado encima de un tigre con el culo al aire?

Rin parpadeó.

—¿Usted sueña con eso?

—Responde a la pregunta.

—No lo sé —repuso, frustrada—. ¿Por qué sueña la gente con lo que sueña?

El maestro sonreía, como si aquello fuera precisamente lo que había querido oír.

—Exacto, ¿por qué?

Rin no tenía respuesta para eso. Se quedó contemplando fijamente la entrada de la cueva, reflexionando sobre aquellas ideas, y se dio cuenta de que se había despertado en más de un sentido.

Su mapa del mundo, su comprensión de la realidad, había cambiado. Era capaz de ver los contornos, pese a que no sabía cómo rellenar los huecos. Sabía que los dioses existían y que hablaban, y eso era más que suficiente.

Había tardado mucho tiempo, pero al fin contaba con el vocabulario necesario para lo que le estaba enseñando el maestro. Los chamanes eran aquellos que comulgaban con los dioses. Los dioses eran fuerzas de la naturaleza, entidades tan reales y a la vez efímeras como el propio viento o el fuego, cosas inherentes a la existencia del universo.

Cuando los hesperianos escribían acerca de «Dios», escribían acerca de lo sobrenatural.

Cuando Jiang hablaba de «dioses», hablaba de lo eminentemente natural.

Comulgar con los dioses era caminar por el mundo de los sueños, el mundo espiritual. Significaba renunciar a lo que ella era y fundirse con el estado esencial de las cosas. El espacio en el limbo donde la materia y las acciones no estaban aún determinadas, la fluctuante oscuridad donde el mundo físico no había pasado a existir.

Los dioses eran simplemente esos seres que habitaban en aquel espacio, fuerzas de creación y destrucción, amor y odio, cuidado y abandono, luz y oscuridad, frío y calor… Se oponían los unos a los otros al mismo tiempo que se complementaban. Eran verdades esenciales.

Eran los elementos que constituían el propio universo.

Rin veía ahora que la realidad era una fachada, como un sueño evocado por las fuerzas ondulantes que se encontraban debajo de aquel fino velo. Y por medio de la meditación, al ingerir un alucinógeno, al olvidar su conexión con el mundo material, era capaz de despertar.

—Entiendo la verdad de las cosas —murmuró—. Sé lo que significa existir.

Jiang sonrió.

—Es maravilloso, ¿verdad?

Entonces, Rin comprendió que el maestro no estaba loco en absoluto.

De hecho, tal vez fuera la persona más cuerda que había conocido nunca.

Se le pasó una idea por la cabeza.

—¿Y qué sucede entonces cuando morimos?

Jiang arqueó una ceja.

—Creo que tú misma puedes responder a eso.

La chica lo meditó durante un momento.

—Volvemos al mundo espiritual. Dejamos… Dejamos atrás la ilusión. Nos despertamos.

El maestro asintió.

—Morir es volver al vacío. Nos disolvemos. Perdemos nuestro ego. Pasamos de ser una sola cosa a convertirnos en el todo. Al menos, la mayoría de nosotros.

Rin abrió la boca para preguntarle qué quería decir con eso, pero Jiang extendió un brazo y le dio un golpecito en la frente.

—¿Cómo te sientes?

—Increíble —respondió ella. Se sentía más lúcida de lo que se había sentido en meses, como si durante todo ese tiempo hubiera estado intentando ver a través de la niebla y esta se hubiera disipado de repente. Estaba eufórica. Había resuelto el acertijo. Sabía cuál era

la fuente de su poder, y ahora solo le quedaba aprender a canalizarlo a su voluntad—. Bueno, ¿y ahora qué?

—Ya hemos resuelto tu problema —le dijo Jiang—. Ahora sabes cuál es tu conexión con la gran red de las fuerzas cósmicas. En ocasiones, los expertos en artes marciales que se encuentran particularmente en sintonía con el mundo pueden sentirse sobrepasados por una de estas fuerzas. Sufren un desequilibrio, una afinidad hacia un solo dios por encima del resto. Eso es lo que te sucedió en el cuadrilátero. Pero ahora sabes de dónde provino esa llama y, cuando vuelva a sucederte, podrás viajar hasta el Panteón para encontrar el equilibrio. Ya estás curada.

Rin levantó la cabeza para mirar a su maestro.

¿Curada?

¿Curada?

Jiang parecía satisfecho, aliviado y sereno, pero ella se sentía confundida. No había estudiado Folclore para poder extinguir las llamas. Sí, lo que el fuego le había hecho sentir había sido horrible, pero también poderoso. Ella misma se había sentido poderosa.

Quería aprender a canalizarlo, no a suprimirlo.

—¿Algún problema? —le preguntó Jiang.

—Pues… no… —Se mordió el labio antes de que las palabras se le escaparan de la boca. El maestro se oponía con vehemencia a hablar sobre cualquier cosa relacionada con la guerra. Si Rin seguía preguntándole sobre el uso que podía darle a ese poder dentro del ejército, era posible que él volviera a abandonarla igual que había hecho antes de las pruebas. Jiang ya la consideraba demasiado impulsiva, muy imprudente e impaciente. Y ella sabía lo fácil que era ahuyentarlo.

Pero no le importaba. Si el maestro no iba a enseñarle cómo invocar el poder, entonces lo averiguaría ella misma.

—¿Para qué sirve todo esto, entonces? —le preguntó a Jiang—. ¿Solo para sentirme bien?

—¿Para qué sirve? ¿Para qué? Has visto la luz. ¡Entiendes el cosmos mejor que la mayoría de los teólogos vivos! —Agitó las manos alrededor de su cabeza—. ¿Te haces una idea de lo que puedes conseguir con ese conocimiento? Los habitantes de las regiones interiores llevan años interpretando el futuro, leyendo las grietas de los caparazones de las tortugas para adivinar lo que está por venir. Pueden curar enfermedades del cuerpo por medio de la sanación del espíritu. Pueden hablarles a las plantas, curar enfermedades de la mente…

Rin se preguntó qué motivo podrían tener aquellas gentes de las

regiones interiores para haber aprendido a hacer todas esas cosas si no pensaban darles un uso militar a sus habilidades, pero se mordió la lengua.

—¿Y cuánto tardaré en conseguir eso?

—No tiene sentido medir este progreso en años —le respondió el maestro—. Los habitantes de las regiones interiores no permiten que nadie interprete las adivinaciones sin haberse sometido a cinco años de entrenamiento previo, como mínimo. La preparación chamánica es un proceso que dura toda una vida.

Rin no podía aceptar aquello. Quería poder, y lo quería ahora. Sobre todo si se encontraban a punto de entrar en guerra con los mugeneses.

Jiang la contempló con curiosidad.

«Ve con cuidado», se recordó a sí misma. Aún le quedaba mucho por aprender de Jiang. Tenía que seguirle la corriente.

—¿Algo más? —le preguntó el maestro pasado un rato.

Rin recordó las advertencias de la Mujer esperiliana.

Pensó en el Fénix, en el fuego y el dolor.

—No —respondió—. Nada más.

SEGUNDA PARTE

10

La embarcación Emperador Ryohai llevaba doce noches patrullando la frontera oriental nikara en el mar Nariin. El Ryohai era un buque de estructura ligera, un modelo elegante de la Federación diseñado para desplazarse con rapidez por aguas revueltas. Llevaba a bordo a unos cuantos soldados. Su cubierta no era lo bastante grande como para alojar un batallón. No estaba en misión de reconocimiento. Ningún ave mensajera volaba en círculos alrededor del mástil sin bandera. Ningún espía abandonó el barco al amparo de la bruma oceánica.

Lo único que hizo el Ryohai fue recorrer ansiosamente la costa, yendo de un lado a otro por las aguas como si fuera un ama de casa inquieta. Esperaba algo. A alguien.

La tripulación pasaba los días en silencio. El Ryohai solo contaba con una plantilla mínima: el capitán, un par de marineros y un contingente reducido de las Fuerzas Armadas de la Federación. Llevaba a un prestigioso invitado a bordo: el general Gin Seiryu, gran mariscal de las Fuerzas Armadas y preciado consejero del propio emperador Ryohai. También contaba con un visitante, un nikara que había estado acechando entre las sombras de la bodega desde que el Ryohai se había adentrado en las aguas del mar Nariin.

A Tyr, el comandante de los Cike, se le daba bien ser invisible. Cuando se hallaba en aquel estado, no necesitaba comer ni dormir. Sumido en las sombras, envuelto por la oscuridad, apenas necesitaba respirar.

El aburrimiento hacía que el paso de los días le resultara tedioso, pero había llevado a cabo misiones de vigilancia más largas que aquella. Se había pasado una semana aguardando en el armario del dormitorio del jefe militar del Dragón. Había pasado un mes entero escondido bajo el entarimado que pisaban los líderes de la República de Hesperia.

Ahora estaba esperando a que los hombres a bordo del Ryohai revelaran sus intenciones.

A Tyr le había sorprendido recibir la orden de Sinegard para que se

infiltrase en el barco de la Federación. Durante años, los Cike solo habían operado dentro del Imperio, asesinando a los disidentes que la emperatriz consideraba particularmente problemáticos. Su gobernante no enviaba a los Cike al extranjero. Al menos, no desde su desastroso intento de asesinar al joven emperador Ryohai, que había acabado con dos operativos muertos y otro tan enloquecido que había tenido que ser transportado, entre gritos, a una mazmorra en la prisión de piedra.

Pero el deber de Tyr no era cuestionar, sino obedecer. Se agazapó en el interior de las sombras, pasando desapercibido para todos. Y aguardó.

Era una noche tranquila y sin viento. Era una noche cargada de secretos.

Muchas décadas atrás, en una noche igual que aquella, cuando la luna estaba llena y resplandeciente en el cielo, el maestro de Tyr lo había conducido hasta las profundidades de los túneles subterráneos, donde jamás llegaría la luz. Lo había guiado por un sinuoso recodo tras otro, dándole vueltas en la oscuridad para que no pudiera hacerse un mapa mental de ese laberinto bajo tierra.

Al llegar al centro del laberinto, su maestro lo había abandonado en el interior. «Encuentra la salida», le había ordenado. «Si la diosa te acepta, te guiará. Si no lo hace, perecerás».

Tyr jamás le había guardado rencor a su maestro por haberlo dejado en la oscuridad. Así era como debían ser las cosas. Pese a todo, su miedo había sido real y acuciante. Pasó días deambulado por los túneles sin ventilación, presa del pánico. Primero, sintió sed. Luego, hambre. Cuando se tropezó con algo en la oscuridad, algo que repiqueteaba y resonaba a su alrededor, supo que se trataba de huesos.

¿A cuántos aprendices habían enviado a ese mismo laberinto subterráneo? ¿Cuántos habían logrado salir de allí?

De su generación, solo uno lo había conseguido. El linaje chamánico de Tyr se mantenía puro y fuerte a través de la habilidad demostrada por sus herederos, y solo a un superviviente podían otorgársele los dones de la diosa para que los transmitiera a la siguiente generación. El hecho de que a Tyr le hubieran ofrecido aquella oportunidad significaba que cada uno de los aprendices que le habían precedido lo había intentado, había fracasado y había muerto.

En aquel momento, Tyr había estado muy asustado.

Ahora no lo estaba.

Ahora, a bordo del navío, la oscuridad lo cubrió de nuevo igual que había hecho hacía treinta años. Tyr se envolvió en ella, como un nonato en el vientre de su madre. Rezarle a su diosa era volver a aquel

estado primordial antes del nacimiento, cuando el mundo había estado en calma. Nadie podía verlo. Nada podía hacerle daño.

La goleta se abrió camino por el mar de medianoche; navegaba con aprensión, como un niño haciendo algo que no debía. El pequeño barco no formaba parte de la flota nikara. Le habían quitado de forma torpe todas las marcas identificativas de su casco.

Pero venía desde la costa de Nikan. O bien la goleta había tomado una ruta muy larga y enrevesada para acercarse al Ryohai con el objetivo de engañar al asesino que el navío no sabía que tenía a bordo, o bien se trataba de una embarcación nikara.

Tyr se agazapó detrás del mástil, con el catalejo apuntando hacia la cubierta de la goleta.

Cuando emergió de la oscuridad, experimentó un repentino vértigo. Eso le sucedía cada vez con más frecuencia, sobre todo cuando pasaba demasiado tiempo esperando en las sombras. Empezaba a resultarle más y más complicado caminar en el mundo de lo material, desligarse de su diosa.

«Ten cuidado», se advirtió a sí mismo. «O no serás capaz de regresar».

Sabía bien lo que sucedería si eso pasaba. Se convertiría en un conducto impetuoso e imparable para los dioses, una puerta al reino espiritual sin ningún cerrojo. Se convertiría en un receptáculo colérico, inútil y agarrotado, y alguien tendría que acabar llevándolo a la Chuluu Korikh, donde no podría causar ningún mal. Alguien registraría su nombre en las Ruedas y contemplaría cómo se sumía en la prisión de piedra, del mismo modo que él había encerrado allí a muchos de sus subordinados.

Recordaba su primera visita a la Chuluu Korikh, cuando había emparedado a su propio maestro en la montaña. Se había plantado delante de él, cara a cara, mientras los muros de piedra se iban cerrando alrededor de su figura. Los ojos de su maestro estaban cerrados. Dormía, pero no estaba muerto.

Pronto llegaría el día en el que él se volvería loco si se marchaba, y mucho más loco si no lo hacía. Pero aquel era el destino que les aguardaba a los hombres y a las mujeres de los Cike. Ser uno de los asesinos a sueldo de la emperatriz traía consigo una muerte prematura o la locura, o tal vez ambas cosas.

Creía que aún le quedaban una o dos décadas más, igual que a su maestro antes de que este renunciara a la diosa para cedérsela a Tyr. Creía que aún tenía bastante tiempo para entrenar a un iniciado y enseñarle cómo recorrer el vacío. Sin embargo, seguía la cronología establecida por su diosa, y no tenía ni voz ni voto sobre el momento

en el que esta lo reclamaría.

«Debería haber elegido a un aprendiz. Debería haber escogido a uno de entre los míos».

Cinco años atrás, se había planteado escoger al vidente de los Cike, aquel crío delgado de las regiones interiores. Pero Chaghan era muy frágil y extraño, incluso entre su propio pueblo. El chico habría ejercido un liderazgo como el de un demonio. Habría obtenido una obediencia absoluta por parte de sus subordinados, pero solo porque les habría arrebatado su voluntad. Chaghan habría destrozado mentes.

El nuevo lugarteniente de Tyr, un chico que le habían enviado desde la academia, era mejor candidato. Había sido elegido para liderar a los Cike cuando llegara el momento en el que Tyr no estuviese en condiciones de seguir haciéndolo.

Pero ese chico ya contaba con su propio dios. Y los dioses eran egoístas.

La goleta se detuvo bajo la sombra del Ryohai. Una única figura encapuchada se metió en un bote y cruzó la poca distancia que quedaba entre ambos navíos.

El capitán del Ryohai ordenó que soltaran las cuerdas. La mitad de la tripulación y él se quedaron en la cubierta principal, esperando la llegada del representante de los nikaras.

Dos marineros ayudaron a subir a cubierta a la figura encapuchada.

Esta se retiró la capucha oscura de la cabeza, dejando al descubierto una gran mata de pelo largo y brillante. Era del color de la obsidiana. Tenía la piel igual de blanca que un mineral, resplandeciente como la misma luna. Los labios eran de un tono rojo como la sangre.

La emperatriz Su Daji estaba en el barco.

Tyr se sorprendió tanto que estuvo a punto de salir de entre las sombras.

¿Qué hacía ella allí? Su primer pensamiento fue increíblemente nimio: ¿acaso no confiaba en que él fuera capaz de encargarse de aquello solo?

Algo tenía que haber salido mal. ¿Había acudido hasta allí por voluntad propia? ¿O la había obligado la Federación?

¿O tal vez las órdenes que Tyr tenía habían cambiado?

La mente del asesino empezó a dar vueltas a toda velocidad, preguntándose cómo debería reaccionar. Podía intervenir en ese instante, matar a los soldados antes de que tuvieran ocasión de herir a la emperatriz. Pero Daji estaba al tanto de su presencia allí. Si hubiera querido a los hombres de la Federación muertos, le habría hecho

alguna señal.

Solo le quedaba esperar. Esperar y observar cuál sería la jugada de Daji.

—Alteza. —El general Gin Seiryu era un soldado enorme, un gigante entre los hombres. Su larga figura se cernía sobre la emperatriz—. Habéis tardado mucho en venir. El emperador Ryohai está perdiendo la paciencia con vos.

—No soy un perro al que Ryohai pueda darle órdenes. —La voz de Daji retumbó por todo el barco. Era fría y clara como el hielo, afilada como un cuchillo.

Los soldados formaron un círculo alrededor de la emperatriz, rodeándolos al general y a ella. Pero Daji se mantuvo erguida, con la barbilla alta y sin mostrar ni una pizca de temor.

—Pero sí puede mandaros llamar —dijo el general con dureza—. El emperador Ryohai comienza a impacientarse con vuestras demoras. Estáis perdiendo la ventaja que teníais, emperatriz. No tenéis una buena mano, y sois consciente de ello. Deberíais agradecer que el emperador se haya dignado a hablar con vos.

Daji curvó los labios en una sonrisa.

—Sin duda, su excelencia es muy amable.

—Dejemos de perder el tiempo. Decid lo que tengáis que decir.

—Todo a su debido momento —respondió Daji con calma—. Antes tenemos otro asunto que atender.

Y entonces, miró directamente hacia las sombras entre las que se encontraba Tyr.

—Bien. Aquí estás.

Tyr interpretó aquello como una señal.

Con los cuchillos en alto, salió a toda prisa de las sombras…, solo para acabar cayendo de rodillas cuando Daji lo detuvo con la mirada.

Sintió que se ahogaba, era incapaz de hablar. Notaba las extremidades dormidas, inmóviles. Lo único que podía hacer era permanecer erguido. Sabía que Daji poseía el poder de la hipnosis, pero nunca lo había empleado con él.

Todos los pensamientos abandonaron su mente. No podía pensar en nada que no fueran aquellos ojos. Al principio eran grandes, luminosos y oscuros. Poco a poco, se volvieron amarillos como los de una serpiente, con unas pupilas estrechas que lo atraían como una madre extendiendo los brazos hacia su bebé, como una cruel imitación de la diosa de Tyr.

Y, al igual que su diosa, era hermosa. Muy hermosa.

Ensimismado, Tyr bajó sus cuchillos.

Ante él danzaron varias imágenes. Aquellos enormes ojos amarillos

se fijaron en los suyos. De repente, pasaron a ser gigantescos y ocuparon todo su campo de visión, arrastrándolo hacia el mundo de la emperatriz.

Tyr vio formas sin nombres. Vio colores que no se podían describir. Divisó mujeres sin rostro bailando a través de tonos bermellón y cobalto, cuerpos que se curvaban igual que los lazos de seda que agitaban con las manos. Entonces, con su presa en trance, la Víbora cayó sobre él con sus colmillos y le inyectó su veneno.

El ataque psicoespiritual fue devastador e inmediato.

Hizo añicos el mundo de Tyr como si fuese de cristal, como si el asesino existiese en el interior de un espejo y la emperatriz lo hubiese estrellado contra una esquina afilada. Tyr se quedó suspendido en el momento de la rotura, así que no fue algo que acabara en cuestión de segundos, sino que se alargó durante eones. En algún lugar, alguien comenzó a chillar, y su tono se volvió cada vez más agudo. No se detenía. Los ojos de la Víbora adquirieron un blanco incoloro, clavándosele en la visión y transformándolo todo en dolor. Tyr buscó refugio en las sombras, pero no podía encontrar a su diosa en ninguna parte. No obstante, aquellos ojos hipnóticos estaban por todos lados. Mirara donde mirase, esos ojos lo seguían. La gran serpiente siseó, con la mirada fija en él, taladrándolo, paralizándolo…

Tyr volvió a intentar llamar a su diosa, pero esta guardó silencio. Había sido expulsada por un poder que era infinitamente más fuerte que la propia oscuridad.

Su Daji había canalizado algo más antiguo que el propio Imperio. Algo tan antiguo como el tiempo.

El mundo de Tyr dejó de girar. La emperatriz y él iban juntos a la deriva en el ojo de un huracán de colores, ralentizado tan solo por la generosidad de ella. Tyr volvió a adquirir forma, igual que ella. Ya no era una víbora, sino una diosa con la forma de Su Daji, la mujer.

—No me guardes rencor por esto. No puedes entender lo que hay en juego. Se trata de fuerzas frente a las cuales tu vida se vuelve irrelevante. —Aunque su apariencia era mortal, su voz procedía de todas partes, se originaba en el interior de Tyr y hacía que le vibraran los huesos. Pasó a ser lo único que existía, hasta que Su Daji se aplacó y le permitió hablar.

—¿Por qué estás haciendo esto? —susurró Tyr.

—Las presas no cuestionan los motivos de su depredador —siseó aquella cosa que no era Su Daji—. Los muertos no cuestionan a los vivos. Los mortales no retan a los dioses.

—He matado por ti —dijo—. Habría hecho lo que fuera por ti.

—Lo sé —le respondió ella, y le acarició el rostro. Hablaba con

cierto pesar y, por un instante, su voz pareció de nuevo la de la emperatriz. Los colores se atenuaron—. Fuisteis estúpidos.

Lo empujó por la borda del barco.

Tyr se percató entonces de que el sufrimiento al morir ahogado se producía cuando uno se resistía. Pero él no podía resistirse. Cada parte de su ser estaba paralizada. Era incluso incapaz de parpadear o de cerrar los ojos para evitar el escozor del agua salada.

No podía hacer otra cosa que no fuera morir.

Se hundió en la oscuridad. Regresó a las profundidades, donde no se escuchaba nada, donde no se veía nada, donde no se sentía nada, donde no vivía nada.

De vuelta a la cálida quietud del vientre.

De vuelta con su madre. De vuelta con su diosa.

La muerte de un chamán no pasaba desapercibida en el mundo del espíritu. La destrucción de Tyr provocó una onda expansiva psicoespiritual a lo largo de todo el reino de las cosas desconocidas.

Llegó a sentirse en las cimas de las montañas de Wudang, donde el Castillo de la Noche se encontraba escondido del mundo. Lo sintió el vidente de los Niños Insólitos, el hijo perdido del último kan verdadero de las regiones interiores.

El vidente de piel pálida recorría el plano espiritual con tanta facilidad como quien cruzaba una puerta. Y cuando buscó a su comandante, solo vio oscuridad y la silueta destrozada de lo que antes había sido un humano. Vio un batallón de barcos cruzando el angosto estrecho. Vio el inicio de una guerra.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó Altan Trengsin.

El vidente de cabello blanco inclinó la cabeza hacia el cielo, dejando al descubierto unas cicatrices largas e irregulares que recorrían los laterales de su pálido cuello. Profirió una carcajada áspera y sonora.

—Se ha ido —dijo—. Se ha ido de verdad.

Los dedos de Altan se tensaron alrededor del hombro del vidente.

Este abrió los ojos de golpe. Detrás de aquellos finos párpados no había nada más que blanco. No tenía pupilas ni iris ni una pizca de color. Solo un pálido paisaje montañoso, como nieve recién caída, como la propia nada.

—Hay un hexagrama.

—Descríbemelo —le pidió Altan.

El vidente giró el rostro hacia él.

—Veo la verdad de tres cosas. La primera: nos encontramos al borde de una guerra.

—Eso ya lo sabíamos —respondió Altan, pero el vidente lo

interrumpió.

—La segunda: tenemos un enemigo al que amamos.

El joven esperiliano se puso rígido.

—Y la tercera: Tyr está perdido.

Altan tragó saliva con fuerza.

—¿Qué significa eso?

El vidente le tomó la mano. Se la llevó a los labios y la besó.

—He visto el fin de las cosas —declaró—. La forma del mundo ha cambiado. Los dioses ahora caminan en el interior de los hombres de un modo que no se ve desde hace mucho mucho tiempo. Tyr no regresará. Los Niños Insólitos siguen ahora tus órdenes, y solo las tuyas.

Altan suspiró despacio. Sentía simultáneamente un inmenso dolor y un tremendo alivio. Se había quedado sin comandante. No. Ahora él era el comandante.

«Tyr ya no puede detenerme», pensó.

La muerte de Tyr la llegó a sentir el propio Guardián, que seguía presente después de tantos años, no del todo muerto, pero tampoco del todo vivo, refugiado en el caparazón de un mortal, pero sin ser mortal él mismo.

El Guardián estaba roto y confuso, y había olvidado en gran parte lo que era. Pero si había algo que nunca olvidaría era la mancha del veneno de la Víbora.

Sintió cómo ese antiguo poder se disipaba en el vacío que los separaba tanto como los unía. Levantó la cabeza hacia el cielo y supo que un enemigo había regresado.

La llegó a sentir la joven aprendiza en Sinegard que estaba meditando en soledad mientras sus compañeros dormitaban. Frunció el ceño ante aquella perturbación que sintió con intensidad, pero que no alcanzaba a entender.

Se preguntó, como hacía constantemente, qué pasaría si desobedecía a su maestro, si ingería una semilla de amapola y cruzaba al otro lado para comulgar de nuevo con los dioses.

Si hacía algo más que comulgar con ellos. Si se llevaba a alguno de vuelta consigo hasta ahí abajo.

Aunque tenía prohibido invocar al Fénix, eso no impedía que el Fénix la llamara a ella.

«Pronto», le susurró el ave a la joven mientras dormía. «Pronto me invocarás para que te otorgue mi poder y, cuando llegue el momento, no serás capaz de resistirte. Pronto ignorarás las advertencias de la Mujer y del Guardián, y caerás en mi ardiente abrazo».

«Puedo hacerte grandiosa. Puedo convertirte en una leyenda».

Ella intentó resistirse.

Intentó vaciar su mente, tal y como Jiang le había enseñado. Intentó expulsar la rabia y el fuego de su cabeza.

Se dio cuenta de que no podía hacerlo.

Se dio cuenta de que no quería hacerlo.

El primer día del séptimo mes, se produjo otra escaramuza en la frontera; esta vez entre el Decimoctavo Batallón de las Fuerzas Armadas de la Federación y la patrulla nikara de la Provincia del Caballo apostada en la zona lindante con las regiones interiores al norte. Después de seis horas de combate, ambas partes acordaron un alto el fuego. Pasaron la noche en una tregua incómoda.

El segundo día, hubo un soldado de la Federación que no se presentó para la patrulla matutina. Tras registrar a fondo el campamento, el general de la Federación asignado a la ciudad fronteriza de Muriden le exigió al general nikara que le abriera las puertas de su campamento para buscarlo allí.

El general nikara se negó.

El tercer día, el emperador Ryohai de la Federación de Mugen emitió una petición formal, por medio de una paloma mensajera, para que la emperatriz Su Daji dejase volver a su soldado de Muriden.

La emperatriz convocó a los doce jefe militares para que se presentasen ante su trono en Sinegard, donde estuvieron deliberando durante setenta y dos horas.

El sexto día, la emperatriz le respondió formalmente a Ryohai que podía irse a la mierda.

El séptimo día, la Federación de Mugen le declaró la guerra al Imperio de Nikan. En toda la Isla del Arco, las mujeres derramaron lágrimas de alegría y compraron imágenes del emperador Ryohai para colgarlas en sus hogares, los hombres se alistaron para servir en las fuerzas de reserva y los niños corrieron por las calles gritando con esa sed de sangre tan característica de una nación en guerra.

En el octavo día, un batallón de soldados de la Federación atracó en el puerto de Muriden y diezmó la ciudad. Cuando la Milicia de la provincia les plantó cara, los mugeneses ordenaron que todos los hombres de Muriden, incluidos niños y bebés, fueran capturados y fusilados.

Las mujeres solo se salvaron porque el ejército de la Federación tenía prisa por avanzar hacia el interior. El batallón saqueó pueblos a su paso, incautó grano y animales de transporte para sí. Lo que no podían llevarse consigo, lo mataban. No necesitaban suministros. Tomaban lo que querían de la tierra a medida que iban avanzando. Cruzaron el centro del país con la intención de llevar la guerra hasta

la capital.

En el decimotercer día, un águila mensajera llegó al despacho de Jima Lain en la academia. La nota solo decía:

«La Provincia del Caballo ha caído. Mugen avanza hacia Sinegard».

—La verdad es que, en cierto modo, es emocionante —declaró Kitay.

—Sí —le respondió Rin—. Está a punto de invadirnos nuestro más antiguo enemigo, tras haber roto el tratado de paz que ha mantenido la frágil estabilidad geopolítica durante dos décadas. Qué emocionante, sí.

—Al menos ahora sabemos que tenemos trabajo seguro —prosiguió su amigo—. Todos quieren más soldados.

—¿Podrías ser algo menos frívolo al respecto?

—¿Podrías tú ser algo menos deprimente?

—¿Podríamos darnos algo más de prisa? —les preguntó el magistrado.

Rin y Kitay se miraron el uno al otro.

Ambos preferirían haber estado haciendo cualquier otra cosa que no fuera ayudar en la evacuación de civiles. Dado que Sinegard se encontraba demasiado al norte como para garantizar su seguridad, la burocracia del Imperio se estaba trasladando a la capital en tiempos de guerra, Golyn Niis, que se hallaba en el sur.

Para cuando llegara el batallón de la Federación, Sinegard sería poco más que una ciudad fantasma. Una ciudad de soldados. En teoría, eso significaba que Rin y Kitay tenían la importantísima labor de asegurarse de que los principales líderes del Imperio sobrevivieran, aunque la capital no lo hiciera.

En la práctica, eso significaba tener que lidiar con los burócratas de la ciudad, que, por norma general, eran bastante gordos e insufribles.

Kitay trató de subir la última caja al carromato y no tardó en tambalearse debido a su peso.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó, bamboleándose mientras intentaba apoyarse la caja sobre la cadera.

Rin se apresuró a ayudarlo a subirla al carromato, que también se tambaleaba debido al peso de las muchas pertenencias del magistrado.

—Mis teteras —dijo el hombre—. ¿Veis lo que pone en el lateral? Tened cuidado de no volcarlas.

—Sus teteras —repitió Kitay, incrédulo—. Sus teteras son la prioridad ahora mismo.

—Fueron un regalo que el Emperador Dragón, que en paz descanse, le hizo a mi padre. —El magistrado le echó un vistazo al carromato, que estaba cargado hasta arriba—. Ah, eso me recuerda…

No os olvidéis del jarrón del patio.

El hombre le dedicó una mirada suplicante a Rin.

Esta se sentía mareada a causa del calor de la tarde, agotada por haberse pasado horas cargando toda la casa del magistrado en varios vehículos mal preparados. En mitad de su estupor, se dio cuenta de que al magistrado le temblaba la papada de un modo muy gracioso cada vez que hablaba. En otras circunstancias, tal vez se lo hubiera comentado a Kitay. En otras circunstancias, su amigo tal vez se habría reído.

El tipo volvió a señalar el jarrón.

—Tened cuidado con eso, ¿de acuerdo? Tiene tantos años como el Emperador Rojo. Tal vez sea mejor que lo amarréis al fondo de la carreta.

Rin lo observó sin poder creérselo.

—¿Señor? —inquirió Kitay.

El magistrado se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Qué?

Con un gruñido, Kitay levantó la caja por encima de su cabeza y la dejó caer al suelo. Aterrizó sobre la tierra con un golpe seco, y no con el estruendoso estrépito que Rin había esperado. La tapa de madera de la caja se abrió. Del interior salieron rodando varias tazas de porcelana buena, esmaltadas con un precioso patrón floral. A pesar del impacto, parecían intactas.

Entonces, Kitay las golpeó con un trozo de madera.

Cuando hubo terminado de hacerlas añicos, se apartó los ásperos rizos del rostro y se abalanzó sobre el sudoroso magistrado, que se encogió en su asiento como si temiera que Kitay fuera a hacerle pedazos a él también.

—Estamos en guerra —le dijo el chico—. Y a usted le estamos evacuando porque, por algún motivo que solo los dioses conocen, se le considera importante para la supervivencia del país. Así que haga su trabajo. Tranquilice a su pueblo. Ayúdenos a mantener el orden. Y no se ponga a guardar sus putas teteras.

En cuestión de días, la academia pasó de ser un campus a ser un campamento militar. Los terrenos se vieron invadidos por soldados vestidos de verde de la Octava División de la cercana Provincia del Carnero, y los estudiantes acabaron mezclándose con ellos.

Los soldados de la Milicia eran un grupo estoico y brusco. Aceptaron a regañadientes la integración de los estudiantes de la academia a sus filas, pero dejando muy claro que opinaban que esos jóvenes no tenían cabida en la guerra.

—Se trata de un asunto de superioridad —especuló más tarde

Kitay—. La mayoría de los soldados no han estado jamás en Sinegard. Es como si te dijeran que trabajases con alguien que, dentro de tres años, será tu superior, a pesar de que le sacas una década de experiencia en combate.

—Ellos tampoco tienen experiencia en combate —argumentó Rin—. Llevamos dos décadas sin librar ninguna guerra. Tienen menos idea de lo que están haciendo que nosotros.

Kitay no podía discutirle aquello.

Al menos, la llegada de la Octava División había significado el regreso de Raban, al que le habían encomendado la labor de evacuar de la ciudad, junto con los civiles, a los estudiantes de primer año.

—Pero ¡quiero luchar! —protestó un estudiante que apenas le llegaba a Rin al hombro.

—Para lo que iba a servir… —le respondió Raban.

El novato alzó la barbilla.

—Sinegard es mi hogar y lo defenderé. No soy un crío. No necesito que me saquen de la mano de aquí, como a todas esas mujeres y niños aterrorizados.

—Ya estás defendiendo Sinegard. Vas a proteger a sus ciudadanos. ¿Todas esas mujeres y niños que dices? Te encargarás de su seguridad. Tu trabajo es garantizar que llegan al paso de montaña. Es una labor muy seria.

Raban llamó la atención de Rin mientras dirigía a los de primero hacia la entrada principal.

—Temo que alguno de los más jóvenes vuelva a colarse dentro —le dijo en voz baja.

—Son dignos de admiración —respondió ella—. Su ciudad está a punto de ser invadida y su primer impulso es protegerla.

—Están siendo unos idiotas. —Raban no hablaba con la paciencia que lo caracterizaba. Parecía agotado—. Este no es el momento de hacerse el héroe. Esto es la guerra. Si se quedan, están muertos.

Se diseñaron planes de huida para los estudiantes. Si la ciudad caía, debían huir hacia un barranco poco conocido al otro lado del valle. Allí se unirían al resto de los civiles en un refugio de montaña al que no podían llegar los batallones de la Federación. Aquel plan no incluía a los maestros.

—Jima no cree que podamos ganar —dijo Kitay—. El profesorado y ella van a caer con la escuela.

—Jima solo está siendo cauta —replicó Raban, intentando levantarles el ánimo—. Sun Tzu decía que hay que estar preparado para cualquier contingencia, ¿no?

—También decía que cuando cruzas un río, debes quemar todos los

puentes para que tu ejército no pueda contemplar siquiera una retirada —argumentó Kitay—. Yo creo que esto se parece mucho a una retirada.

—La prudencia no tiene nada que ver con la cobardía —siguió discutiéndole Raban—. Además, Sun Tzu también escribió que nunca se debe atacar a un enemigo acorralado, pues este luchará con más fuerza de la que nadie cree posible. Porque un enemigo acorralado no tiene nada que perder.

Los días se les hacían eternos, pero también les parecía que acababan antes de que les diera margen a hacer nada. Rin tenía la incómoda sensación de que se estaban limitando a esperar a que el enemigo llegara a sus puertas. Al mismo tiempo, no se sentía lista en absoluto, como si las preparaciones para la batalla no se estuviesen llevando a cabo con la premura necesaria.

—Me pregunto qué aspecto tendrá un soldado de la Federación —comentó Kitay mientras bajaban la montaña para recoger unas armas recién afiladas de la armería.

—Tendrá brazos y piernas, supongo. Puede que hasta una cabeza.

—No, me refiero a sus facciones. ¿Son como los nikaras? Toda la Federación procede del continente oriental. No son como los hesperianos, así que deben de tener un aspecto normal.

Rin no entendía la relevancia de aquello.

—¿Acaso importa?

—¿No quieres verle la cara al enemigo? —le preguntó Kitay.

—No, no quiero —respondió—. Porque si se la veo, igual paso a considerarlos humanos. Y no lo son. Hablamos de las personas que les dieron opio a los niños la última vez que nos invadieron. Las personas que masacraron Speer.

—Puede que sean más humanos de lo que creemos —le dijo su amigo—. ¿Alguna vez se ha parado alguien a preguntarle a la Federación qué es lo que quiere? ¿Por qué tienen que enfrentarse a nosotros?

—Porque están hacinados en esa diminuta isla y creen que Nikan debería ser suya. Porque ya se han enfrentado a nosotros antes y estuvieron a punto de ganar —repuso Rin con brusquedad—. ¿Qué más da? Vienen a por nosotros y aquí vamos a esperarlos. Al final, gana el bando que acaba vivo. La guerra no determina quién tiene la razón. La guerra determina quién sigue en pie.

Se interrumpieron todas las clases en Sinegard. Los maestros volvieron a ocupar los puestos que habían abandonado hacía décadas. Irjah asumió el mando estratégico de las fuerzas de reserva sinegardianas.

Enro y sus aprendices regresaron al hospital central de la ciudad para montar un centro de triaje. Jima asumió el mando de toda la urbe, un puesto que compartía con el jefe militar del Carnero. Aquello implicaba, en parte, gritarles a las autoridades municipales y a los obstinados líderes de los escuadrones.

El panorama era desalentador. La Octava División estaba compuesta por tres mil hombres, lo cual no era suficiente para enfrentarse a la presunta fuerza invasora de diez mil soldados. El jefe militar del Cordero había pedido apoyo a la Tercera División, que regresaba a la ciudad tras patrullar el norte cerca de las regiones interiores, pero era improbable que llegara antes que la Federación.

Jiang no solía estar disponible. Siempre se encontraba o bien en el despacho de Jima, repasando los planes de contingencia con Irjah, o bien fuera del campus. Cuando Rin consiguió dar con él, parecía agobiado e impaciente. La joven tuvo que echar a correr para seguirle el ritmo mientras bajaba las escaleras.

—Vamos a poner en pausa nuestras clases —le dijo el maestro—. Seguro que te habrás dado cuenta de que ahora no hay tiempo para eso. No puedo dedicarme a entrenarte debidamente.

Intentó esquivarla, pero Rin lo agarró de la manga.

—Maestro, quería preguntarle… ¿Y si invocamos a los dioses? Es decir, para enfrentarnos a la Federación.

—¿De qué estás hablando? —Parecía ligeramente horrorizado—. Ahora no es el momento para esto.

—Seguro que hay alguna forma de aplicar en el campo de batalla lo que hemos estado estudiando —insistió Rin.

—Hemos estado estudiando cómo hacerles consultas a los dioses, no cómo traerlos hasta aquí abajo.

—Pero ¡podrían ayudarnos a combatir!

—¿Qué? No. No. —Jiang agitó las manos, poniéndose cada vez más nervioso a medida que hablaba—. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho en estos últimos dos años? Te he dicho que los dioses no son armas que puedas desempolvar y usar. No se puede convocar a los dioses para que acudan a la guerra.

—Eso no es cierto. He leído los informes de las cruzadas del Emperador Rojo. Sé que los monjes invocaron a los dioses para enfrentarse a él. Y las tribus de las regiones interiores…

—Los habitantes de las regiones interiores consultan a los dioses para que los ayuden a sanar. Buscan guía y esclarecimiento —la interrumpió Jiang—. No invocan a los dioses para que bajen hasta aquí porque saben que sería un error. Cada guerra que hemos librado con la ayuda de los dioses, la hemos ganado con consecuencias

terribles. Hay un precio que pagar. Siempre lo hay.

—Entonces, ¿de qué ha servido todo esto? —explotó Rin—. ¿Para qué me molesto en aprender Folclore?

La expresión del maestro fue terrible. Puso la misma cara que el día en el que Sun Tzu, el cerdo, había sido sacrificado; la misma que cuando ella le había dicho que quería especializarse en Estrategia. Parecía dolido. Traicionado.

—El objetivo de cada lección no tiene por qué ser la destrucción —le dijo—. Te he enseñado Folclore para ayudarte a encontrar el equilibrio. Para que puedas entender por qué el universo va más allá de lo que percibimos. No te lo he enseñado para que puedas usarlo como un arma.

—Los dioses…

—Los dioses no están a nuestra disposición. Los dioses se alejan tanto de nuestra comprensión que cualquier intento de convertirlos en un arma solo puede acabar en desastre.

—¿Y qué pasa con el Fénix?

Jiang dejó de caminar.

—Ah, no. Ah, no, no, no.

—El dios de los esperilianos —continuó Rin—. Cada vez que se le ha invocado, ha respondido. Si pudiéramos…

El maestro parecía incómodo.

—Ya sabes lo que les sucedió a los esperilianos.

—Pero ¡ellos ya canalizaban el fuego mucho antes de que tuviera lugar la Segunda Guerra de la Amapola! ¡Llevaban siglos practicando el chamanismo! El poder…

—El poder te consumirá —dijo Jiang con dureza—. Eso es lo que hace el fuego. ¿Por qué crees que los esperilianos jamás recuperaron su libertad? Cualquiera habría dicho que una raza como la suya no podría permanecer subyugada durante demasiado tiempo. Habrían conquistado todo Nikan si su poder hubiese sido manejable. ¿Cómo es posible que nunca se rebelaran contra el Imperio? El fuego los mató, Rin, del mismo modo que les dio poder. Los hizo enloquecer, les arrebató su capacidad de pensar por sí mismos hasta que lo único que supieron hacer fue combatir y destruir, tal y como les ordenaban. Los esperilianos estaban obsesionados con su propio poder y, siempre y cuando el emperador les diese permiso para dar rienda suelta a su sed de sangre, lo demás les importaba muy poco. Todos los esperilianos se engañaban a sí mismos. Sí, invocaban el fuego, pero ni por asomo merece la pena seguir su ejemplo. El Emperador Rojo era cruel y despiadado, pero hasta él fue lo bastante sensato como para no adiestrar nunca a chamanes en su Milicia, al margen de los

esperilianos. Tratar a los dioses como si fueran armas solo acaba en muerte.

—¡Estamos en guerra! Seguramente acabemos muertos de todos modos. Tal vez invocar a los dioses nos dé una oportunidad. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Eres demasiado joven —dijo Jiang en voz baja—. No tienes ni idea.

Después de aquello, Rin no volvió a verle el pelo a Jiang por el campus. Sabía que la estaba evitando, igual que había hecho antes de las pruebas, igual que hada cada vez que no quería mantener una conversación. Ella encontraba la situación increíblemente frustrante.

«Eres demasiado joven».

Eso era aún más frustrante.

No era tan joven como para no ser consciente de que su país estaba en guerra. No la consideraban tan joven como para no pedirle que lo defendiera.

Los niños dejaban de ser niños cuando les ponían una espada en la mano. Cuando les enseñaban a luchar en una guerra, los armaban y luego los ponían en primera línea de batalla, dejaban de ser niños y pasaban a ser soldados.

A Sinegard se le acababa el tiempo. Las unidades de reconocimiento informaban a diario de que el ejército de la Federación estaba casi a sus puertas.

Rin no podía dormir, aunque lo necesitara desesperadamente. Cada vez que cerraba los ojos, la ansiedad caía sobre ella como una avalancha. Durante el día, notaba la cabeza embotada y le ardían los ojos. Aun así, no era capaz de relajarse lo suficiente como para poder descansar. Intentó meditar, pero el terror se apoderaba de su mente. El corazón le latía acelerado y la respiración se le entrecortaba a causa del miedo.

Por la noche, cuando se quedaba tumbada y sola en la oscuridad, escuchaba una y otra vez la llamada del Fénix. Este plagaba sus sueños y le susurraba seductoramente desde el otro reino. La tentación era tan grande que estaba a punto de hacerla enloquecer.

«Voy a mantenerte cuerda», le había prometido Jiang.

Pero no lo había hecho. Le había mostrado un gran poder, uno tentadoramente maravilloso y lo suficientemente potente como para proteger su ciudad y su país, y luego le había prohibido acceder a él.

Rin obedeció porque Jiang era su maestro, y la lealtad entre maestro y aprendiza aún guardaba cierto significado, incluso en tiempos de guerra.

Pero eso no evitó que acudiera al jardín cuando sabía que Jiang no

estaba en el campus y se guardara un puñado de semillas de amapola en el bolsillo.

11

Cuando la sección principal de las Fuerzas Armadas de la Federación entró en Sinegard, no intentó ocultar su llegada. No era necesario. En la ciudad ya sabían que la Federación estaba al caer, y el terror que esta infligía les proporcionaba una mayor ventaja estratégica que el elemento sorpresa. Avanzaron en tres columnas, marchando desde todas las direcciones menos desde el oeste, donde Sinegard se encontraba protegida por las montañas de Wudang. Se movían hacia delante con unos enormes estandartes carmesíes ondeando por encima de ellos, iluminados por las antorchas que sostenían en alto.

POR RYOHAI, se leía en ellos. POR EL EMPERADOR.

En *El arte de la guerra*, el gran teórico militar Sun Tzu se oponía a atacar al enemigo cuando este ocupaba una posición más elevada. Si el objetivo contaba con más altura, tenía la ventaja de poder vigilarlo todo y no necesitaría agotar a sus tropas al hacerlas subir por una colina.

La estrategia de la Federación para invadirlos era el equivalente a hacerle una peineta a la teoría de Sun Tzu.

Para poder atacar Sinegard desde una posición más alta, tendrían que haber rodeado las montañas de Wudang, lo que habría retrasado el asalto casi una semana más. La Federación contaba con las armas y los soldados necesarios para invadir Sinegard desde abajo.

Desde su puesto elevado en la muralla sur de la ciudad, Rin contempló el avance de las fuerzas de la Federación como si fuera una serpiente, grande y fiera, que se abría camino a través del valle y rodeaba Sinegard con el objetivo de aplastarlo y tragárselo. Vio cómo se acercaban y se echó a temblar.

«Quiero esconderme. Quiero que alguien me diga que voy a estar a salvo, que todo esto es solo una broma, una pesadilla».

En aquel momento, se dio cuenta que todo ese tiempo había estado jugando a ser una soldado, a ser valiente.

Pero ahora, en la víspera de la batalla, no podía seguir fingiendo.

El miedo le bullía en el fondo de la garganta, tan denso y tangible que estuvo a punto de ahogarse en él. El miedo hizo que los dedos le temblasen con violencia, tanto que casi se le cayó la espada al suelo. El miedo hizo que se olvidara de respirar. Tuvo que obligarse a introducir el aire en sus pulmones. Cerró los ojos y contó para sus adentros mientras inspiraba y espiraba. El miedo hizo que se sintiese mareada y con náuseas, que quisiese asomarse por la muralla para vomitar.

«Solo es una reacción psicológica», se dijo a sí misma. «Es cosa de tu mente. Puedes controlarlo. Puedes hacer que se vaya».

Ya habían tratado ese asunto en los entrenamientos. Les habían advertido que era posible que sintieran todo aquello. Les habían enseñado a controlar su miedo, a usarlo en su beneficio, a utilizar esa adrenalina para estar alerta, para evitar la fatiga.

Pero un par de días de entrenamiento no podían anular lo que su cuerpo sentía por instinto, que era la inminente certeza de que iba a sangrar, de que iba a sufrir y de que probablemente iba a morir.

¿Cuándo había sido la última vez que había tenido tanto miedo? ¿Había sentido ese terror paralizante antes de entrar en el cuadrilátero con Nezha hacía dos años? No, por aquel entonces había sentido rabia, y también orgullo. Se había creído invencible. Había estado deseando que llegara el momento de pelear, había ansiado el derramamiento de sangre.

Ahora, eso le parecía una estupidez. Una gran estupidez. La guerra no era un juego en el que se combatía por el honor y la admiración, donde los maestros evitaban que sufrieran cualquier daño real.

La guerra era una pesadilla.

Quería gritar. Quería gritar y esconderse detrás de alguien, detrás de uno de los soldados, y quería gimotear: «Estoy asustada. Quiero despertar de este sueño. Por favor, sálvame».

Pero nadie iba a ir a buscarla. Nadie iba a salvarla. No había forma de despertarse.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Kitay.

—No —le respondió ella, temblando. Su voz era un chirrido aterrado—. Tengo miedo. Kitay, vamos a morir.

—No, no vamos a morir —le dijo su amigo con fiereza—. Vamos a ganar y vamos a vivir.

—Tú también has hecho los cálculos. —Los superaban en número, tres a uno—. La victoria no es una posibilidad.

—Tienes que creer que sí que lo es. —Kitay agarraba con tanta fuerza la empuñadura de su espada que se le habían puesto los dedos blancos—. La Tercera llegará aquí a tiempo. Tienes que convencerte

de que así será.

Rin tragó saliva y asintió. «No te han entrenado para lloriquear y acobardarte», se dijo. La chica de Tikany, la novia a la fuga que nunca había visto una gran ciudad, habría estado asustada. Esa chica de Tikany ya no existía. Ahora era una aprendiza de tercer año de la academia de Sinegard, era una soldado de la Octava División y había sido entrenada para luchar.

Y no estaba sola. Llevaba semillas de amapola en el bolsillo. Tenía a un dios de su parte.

—Dame la señal —le dijo Kitay. Tenía la espada suspendida sobre la cuerda que mantenía sujeta la trampa que habían preparado para defender el perímetro exterior. El mismo había diseñado esa trampa. La soltaría en cuanto el enemigo estuviera dentro de su alcance.

La Federación estaba tan cerca que Rin podía ver la luz de las antorchas iluminando sus rostros.

A Kitay le tembló la mano.

—Todavía no —susurró ella.

El primer batallón de la Federación cruzó el perímetro.

—Ahora.

Su amigo cortó la cuerda.

Liberó una avalancha rodante de troncos que, empujados por la gravedad, se llevaron por delante a la principal fuerza de avance. Los troncos rodaron de forma caótica, partieron extremidades y aplastaron huesos, produciendo un sonido como el de un trueno infinito. Por un momento, el estruendo de la carnicería fue tan maravilloso que Rin pensó que tal vez hubieran ganado la batalla incluso antes de que esta empezara, que tal vez habían dañado seriamente a la fuerza de avance. Dejándose llevar por la histeria, Kitay vitoreó por encima de aquel clamor y se sujetó a Rin para evitar caerse mientras las puertas temblaban debajo de ellos.

Sin embargo, cuando el ruido de los troncos se apagó, los invasores continuaron marchando hacia Sinegard al ritmo constante de los tambores de guerra.

Un nivel por encima de Rin y Kitay, sobre uno de los precipicios más altos de la puerta sur, los arqueros dispararon una ráfaga de flechas. La mayoría repiquetearon inútilmente contra escudos alzados. Algunas se abrieron camino entre los huecos y se clavaron en esa parte carnosa de los cuellos de los enemigos que no contaba con ninguna protección. Pero los soldados de la Federación, tan pesadamente armados, se limitaron a pasar por encima de los cadáveres de sus camaradas caídos y siguieron con su incansable asalto hacia las puertas de la ciudad.

El líder del escuadrón gritó pidiendo otra oleada de flechas.

Apenas sirvió de nada. Había muchos más soldados que flechas. La defensa externa de Sinegard era endeble en el mejor de los casos. Habían activado cada una de las trampas de Kitay y, aunque todas menos una tuvieron éxito, no bastaron para hacer mella en las filas enemigas.

No había nada que hacer más que esperar. Aguardar hasta que tiraran abajo la puerta, hasta que se escuchara aquel tremendo estruendo. Entonces, los gongs de alarma comenzaron a sonar, avisando a todos los que aún no lo sabían de que la Federación había traspasado los muros. La Federación estaba en Sinegard.

Marcharon al son de la cacofonía de los cañonazos y los proyectiles, bombardeando las defensas externas de Sinegard con sus máquinas de asedio.

La puerta cedió y se rompió a causa de la presión.

Los soldados entraron como una marabunta de hormigas, como una nube de avispas, imparables e infinitos, superándolos abrumadoramente en número.

«No podemos ganar». Presa de la desesperación, Rin se quedó aturdida, con la espada colgándole a un costado. ¿Qué diferencia supondría que se defendiera? Tal vez retrasara su sentencia de muerte unos segundos, quizás unos minutos, pero al acabar la noche estaría muerta, su cuerpo destrozado y sanguinolento en el suelo, y todo daría igual…

Esa batalla no era como las de las leyendas, donde las cifras no eran relevantes, donde un puñado de guerreros como la Tríada podía aplastar a toda una legión. Daba igual lo buenas que fueran sus técnicas, lo único que importaba era que las cifras estuvieran equilibradas.

Y los sinegardianos se encontraban en una clara desventaja numérica.

A Rin le dio un vuelco el corazón mientras observaba cómo las tropas armadas avanzaban hacia la ciudad, en filas y columnas que se extendían hacia el infinito.

«Voy a morir aquí», pensó. «Van a masacrarnos a todos».

—¡Rin!

Kitay la empujó con fuerza. La chica se golpeó contra las piedras justo en el mismo momento en el que un hacha se clavaba en el muro donde antes había estado su cabeza.

El soldado que la empuñaba arrancó el arma de la pared y la balanceó en su dirección, pero esta vez Rin la bloqueó con su espada. El impacto hizo que la adrenalina le fluyera por las venas.

Era imposible acabar con el miedo. Igual de imposible que acabar

con la voluntad de sobrevivir.

Rin se agachó por debajo del brazo del soldado y, desde esa postura, levantó la espada y le atravesó esa curvatura suave que quedaba justo por debajo de la barbilla, fuera de la protección del yelmo. Cortó la carne y el tendón, sintió cómo la punta de su espada le atravesaba la lengua y llegaba más allá de la nariz, hasta el lugar donde se encontraba el cerebro. La carótida del hombre explotó y manchó todo el largo de la espada de acero. Rin se vio empapada en sangre desde la mano hasta el codo. El soldado convulsionó un poco y cayó sobre ella.

«Está muerto», pensó aturdida. «Lo he matado».

A pesar de todo su entrenamiento en combate, Rin nunca se había parado a pensar cómo sería realmente arrebatarle la vida a otra persona. Cómo sería cortar una arteria, y no solo fingir hacerlo. Cómo sería destrozar un cuerpo hasta el punto de hacer que todas sus funciones vitales cesaran, que nunca más volviera a moverse.

En la academia les habían enseñado a incapacitar a alguien. Los habían entrenado para luchar contra sus amigos. Actuaban siguiendo las estrictas normas de los maestros, monitorizados de cerca para evitar lesiones. Pese a todas las charlas y teorías que les habían dado, no los habían preparado realmente para matar.

Rin había creído que sentiría cómo la vida abandonaba el cuerpo de su víctima. Había creído que sería capaz de registrar esa muerte en su cabeza con un pensamiento más significativo que «Uno menos, solo quedan diez mil más». Había creído que sentiría algo.

No le causó ninguna impresión. Solo experimentó una conmoción temporal, seguida de la sombría certeza de que tendría que volver a hacer eso una y otra y otra vez.

Sacó su arma de la mandíbula del hombre justo cuando una nueva espada se dirigía hacia su cabeza. Rin levantó su hoja y bloqueó el golpe del otro soldado. Y esquivó. Y arremetió. Y volvió a derramar sangre.

La segunda vez no fue en absoluto más fácil.

Parecía que el mundo estuviera plagado de soldados de la Federación. Todos se parecían entre sí: tenían yelmos idénticos y armaduras idénticas. «Acabas con uno y viene otro».

En mitad del tumulto, Rin no tuvo tiempo de pensar. Luchó por puro reflejo. Cada acción exigía una reacción. Ya no veía a Kitay. Había desaparecido entre un mar de cuerpos, en un océano de metal y antorchas.

Luchar contra la Federación era algo completamente distinto a luchar en el cuadrilátero. Rin no tenía experiencia combatiendo en

una refriega. El enemigo llegaba desde todos los ángulos, no solo desde uno, y vencer a un oponente no hacía que estuviera más cerca de ganar la batalla.

La Federación no contaba con adiestramiento en artes marciales. Sus movimientos eran cuadriculados y estudiados. Sus patrones eran predecibles. Pero tenían práctica con las formaciones, con el combate en grupo. Se movían como si tuvieran mentalidad de colmena. Esas acciones coordinadas eran producto de años de entrenamiento. Estaban mucho mejor entrenados. Estaban mucho mejor equipados.

Los soldados de la Federación no combatían con elegancia. Luchaban con brutalidad. Y no le temían a la muerte. Si acababan heridos, caían, y sus camaradas seguían avanzando por encima de sus cadáveres. Eran implacables. Eran demasiados.

«Voy a morir».

A no ser que… A no ser que…

Las semillas de amapola que llevaba en el bolsillo le suplicaban a gritos que se las tragara. Podía tomárselas en ese mismo momento. Podía acudir al Panteón y hacer descender a un dios. ¿Qué más daban las advertencias de Jiang cuando, de todas formas, iban a acabar muertos?

Había visto el rostro del Fénix. Sabía qué clase de poder tenía al alcance de sus dedos, solo tenía que pedirlo.

«Puedo hacerte grandiosa. Puedo convertirte en una leyenda».

No quería ser una leyenda, pero quería seguir con vida. Lo que más quería en el mundo era vivir, le daban igual las consecuencias, y si la única forma de conseguirlo era invocando al Fénix, pues que así fuera. La advertencia de Jiang no significaba nada para ella, no mientras a sus compatriotas y a sus compañeros de clase los hacían pedazos a su alrededor, no mientras no supiera si cada segundo que pasaba iba a ser el último de su vida. Si iba a morir, no sería de ese modo: sintiéndose pequeña, débil e indefensa.

Tenía una conexión con un dios.

Moriría siendo una chamana.

Con el corazón desbocado, se agazapó en un rincón. En ese par de segundos en los que nadie la veía, se metió la mano en el bolsillo y sacó las semillas. Entonces, se las llevó a la boca.

Vaciló.

Si se las tragaba y no funcionaba, moriría sin lugar a dudas.

No podría luchar drogada, mareada y sufriendo alucinaciones.

El sonido de un cuerno de batalla inundó el aire. Rin levantó la cabeza de golpe. Era una señal de socorro que procedía de la puerta este.

Pero en la puerta sur no tenían tropas de las que pudieran prescindir. Había crisis por todas partes. Los superaban en número, tres a uno. Si enviaban a la mitad de sus tropas a la puerta este, dejarían que la Federación entrase a sus anchas a la ciudad sin vigilancia.

Sin embargo, el escuadrón de Rin tenía la orden de acudir a ayudar si escuchaba la señal de socorro. La joven se quedó paralizada, sin saber qué hacer, con las semillas aún en la palma de la mano. En ese instante no podía tragárselas. La droga tardaba un rato en hacer efecto, y permanecería en el limbo durante un tiempo indefinido mientras buscaba el camino hacia el Panteón. Incluso si pudiera despejar su mente el tiempo suficiente para invocar a los dioses, no sabía qué respuesta obtendría.

¿Debía quedarse allí, escondida, e intentar invocar a un dios? ¿O debía acudir a ayudar a sus camaradas?

—¡Vamos! —le gritó el líder de su escuadrón por encima del fragor de la batalla—. ¡A la puerta!

Rin echó a correr.

En la puerta sur se había producido una refriega, pero en la puerta este había tenido lugar una verdadera matanza.

Los soldados nikaras habían caído. Rin corrió hacia sus puestos, pero, cuanto más se acercaba a ellos, más perdía la esperanza. No veía a nadie con armadura nikara que todavía siguiera luchando. Los soldados de la Federación no dejaban de entrar por la puerta sin encontrar ninguna resistencia.

A esas alturas quedaba claro que el principal objetivo de las fuerzas de la Federación había sido la puerta este. Allí habían apostado el triple de tropas y habían desplegado un sofisticado armamento de asedio al otro lado de las murallas de la ciudad. Una serie de fundíbulos lanzaban escombros en llamas hacia las torres de vigilancia, que no respondían a los ataques.

Rin divisó a Niang desplomada en un rincón, tirada sobre un cuerpo inerte que llevaba un uniforme de la Milicia. Cuando pasó por su lado, la chica levantó el rostro, surcado de lágrimas y sangre. Aquel era el cadáver de Raban.

Rin sintió como si la hubieran apuñalado en el estómago. «No, Raban no…».

Algo la golpeó en la espalda. Se dio la vuelta. Dos soldados de la Federación se le habían acercado sigilosamente por detrás. El primero levantó su espada de nuevo y lanzó un corte hacia abajo. Ella esquivó la trayectoria del arma y arremetió con la suya.

El metal se topó con un tendón del enemigo. La sangre salpicó los

ojos de Rin, cegándola. No podía ver qué era lo que estaba cortando. Solo sintió una gran tensión, que rápidamente se aflojó. Entonces, el soldado de la Federación cayó de rodillas y aulló de dolor.

Rin bajó la hoja con fuerza sin pensárselo. Y el aullido cesó.

En ese momento, el otro soldado le asestó un golpe con su escudo en el brazo con el que sostenía la espada. Ella gritó y dejó caer el arma. El hombre alejó la espada de una patada y estampó su escudo contra las costillas de Rin. Luego, alzó su propia hoja para darle el golpe de gracia mientras se encontraba indefensa.

El brazo del soldado tembló y después cayó inerte a su costado. El tipo emitió un gorgoteo mientras miraba perplejo la espada que le atravesaba el estómago.

Se desplomó hacia delante y se quedó inmóvil.

Nezha miró a Rin a los ojos y luego extrajo su hoja de la espalda del soldado. Con la otra mano, le pasó a la chica un arma que llevaba de repuesto.

Ella la cogió en el aire. Cerró los dedos con confianza alrededor de la empuñadura. Sintió cómo la recorría una oleada de alivio. Tenía un arma.

—Gracias.

—A tu izquierda —respondió Nezha.

Sin pensárselo, ambos se colocaron en posición: espalda contra espalda, luchando al mismo tiempo que se cubrían los puntos ciegos mutuamente. Formaban un equipo sorprendentemente bueno. Rin cubrió los ataques desmedidos de Nezha y él cubrió los ángulos inferiores de Rin. Ambos estaban muy familiarizados con las debilidades del otro: ella sabía que Nezha era lento a la hora de volver a subir la guardia después de errar un golpe; el sinegardiano paraba los golpes desde arriba mientras Rin se agazapaba para atacar cuerpo a cuerpo desde abajo.

No es que Rin pudiera leerle la mente. Simplemente había pasado tanto tiempo observándolo que sabía exactamente cuándo iba a atacar. Eran como una máquina bien engrasada. Eran un baile coordinado de forma espontánea. No se movían como uno solo, aún no, pero se acercaban bastante.

Si no hubieran pasado tanto tiempo odiándose el uno al otro, pensó la chica, tal vez habrían entrenado juntos.

Con las espaldas pegadas y apuntando a sus enemigos con sus respectivas armas, ambos lucharon con una desesperación salvaje. Combatieron mejor que algunos hombres que les doblaban la edad. Aprovechaban los puntos fuertes de cada uno. Siempre y cuando Nezha estuviese atacando y no flaqueara, Rin tampoco se sentía

fatigada. Porque ahora no solo luchaba para salvar su propia vida, sino que luchaba con un compañero. Combatieron tan bien que casi se convencieron a sí mismos de que saldrían de allí indemnes. De hecho, la ofensiva estaba perdiendo fuerza.

—Se están retirando —dijo Nezha, incrédulo.

Por un breve y maravilloso momento, Rin sintió que la esperanza le inundaba el pecho, hasta que se dio cuenta de que Nezha se equivocaba. Los soldados no estaban huyendo de ellos. Estaban abriéndole paso a su general.

El general le sacaba una cabeza al hombre más alto que Rin hubiera visto en su vida. Sus extremidades eran como los troncos de un árbol y su armadura contaba con el suficiente metal como para cubrir a tres hombres más pequeños. Iba montado sobre un caballo de guerra tan enorme como él; una criatura monstruosa revestida de acero. El general llevaba el rostro oculto detrás de un yelmo metálico que le cubría todo menos los ojos.

—¿Qué significa esto? —Su voz produjo una reverberación antinatural, como si el mismo suelo temblase cuando hablaba—. ¿Por qué os habéis detenido?

Paró su caballo delante de Rin y Nezha.

—Dos cachorritos —dijo, bajando la voz y empleando un tono divertido—. Dos cachorritos nikaras defendiendo una puerta ellos solos. ¿Es que Sinegard ha caído tan bajo que ahora deja la defensa de la ciudad en manos de niños?

Nezha estaba temblando. Rin estaba demasiado asustada como para temblar.

—Fijaos bien —les dijo el general a sus soldados—. Así es como lidiamos con la escoria nikara.

Rin extendió un brazo y agarró a Nezha por la muñeca.

El chico asintió levemente en respuesta a la pregunta que ella no había formulado en voz alta.

«¿Juntos?».

«Juntos».

El general encabritó a su monstruoso caballo y cargó contra ellos.

Ya no había nada que pudieran hacer. En aquel momento, Rin solo fue capaz de cerrar los ojos con fuerza y esperar que llegara su fin.

Su fin no llegó.

Un estruendo ensordecedor atravesó el ambiente. Era el sonido del metal contra el metal. El propio aire tembló a causa de la vibración sobrenatural producida por la repentina detención de una gran fuerza.

Cuando Rin fue consciente de que no la habían partido por la mitad ni pisoteado hasta matarla, abrió los ojos.

—¿Qué cojones? —exclamó Nezha.

Jiang se había plantado delante de ellos, con su cabello canoso aún suspendido en el aire, como si le hubiera caído un rayo encima. No tocaba el suelo con los pies. Tenía ambos brazos extendidos, bloqueando la inmensa potencia de la alabarda del general con su propia vara de hierro.

El general intentó apartar la vara del maestro, y sus brazos temblaron debido a la gran presión que tuvo que ejercer. Sin embargo, no parecía que Jiang estuviera haciendo ninguna fuerza. El aire crepitó de forma antinatural, similar al rugido prolongado de un trueno. Los soldados de la Federación retrocedieron, como si pudieran sentir que se avecinaba una explosión inminente.

—Jiang Ziya —dijo el general—. Así que sigues vivo después de todo.

—¿Te conozco? —preguntó el maestro.

El general respondió atacando de nuevo con su alabarda. Jiang agitó su vara y lo bloqueó sin esfuerzo, igual que si estuviese espantando una mosca. Dispersó el ímpetu del golpe hacia el aire y el suelo bajo sus pies. Los adoquines temblaron a causa del impacto y estuvieron a punto de hacer caer a Rin y a Nezha.

—Ordena a tus hombres que se retiren.

Aunque el tono de Jiang era tranquilo, su voz retumbó igual que si hubiera gritado. Parecía haber ganado altura. No era más voluminoso, sino más extenso de algún modo, igual que su sombra se había vuelto más extensa contra el muro que tenían detrás. Había dejado de ser esbelto e inquieto. Parecía una persona completamente distinta. Alguien más joven, alguien infinitamente más poderoso.

Rin lo contempló maravillada. El hombre que había ante ella no era la vergüenza senil y excéntrica de la academia. Ese hombre era un soldado.

Ese hombre era un chamán.

Cuando Jiang volvió a hablar, su voz contenía un eco en sí misma. Hablaba con dos tonos distintos al mismo tiempo, el normal y otro mucho más grave, como si su sombra repitiera todo lo que él decía, pero el doble de alto.

—Ordena a tus hombres que se retiren o invocaré cosas que no deberían estar en este mundo.

Nezha tomó a Rin del brazo. Tenía los ojos muy abiertos.

—Mira.

El aire se estaba deformando a espaldas de Jiang, resplandeciendo y volviéndose más oscuro que la propia noche.

El maestro tenía los ojos en blanco y recitaba algo en voz alta,

cantando en aquel idioma desconocido que Rin solo le había escuchado usar una vez antes.

—¡Estás sellado! —bramó el general. No obstante, se apartó con rapidez de aquel vacío y agarró con fuerza su alabarda.

—¿Eso crees? —Jiang extendió los brazos.

Detrás de él sonó un fuerte gemido, demasiado agudo como para pertenecer a cualquier bestia conocida por el hombre.

Algo estaba atravesando aquella oscuridad.

Al otro lado del vacío, Rin vislumbró siluetas que solo deberían existir en un teatro de sombras, figuras de criaturas sacadas de las leyendas. Un león de tres cabezas. Una zorra de nueve colas. Una masa de serpientes entrelazadas las unas con las otras, con sus múltiples mandíbulas chasqueando y mordiendo en todas direcciones.

—Rin. Nezha. —Jiang no se giró para mirarlos—. Corred.

Entonces, Rin lo comprendió todo. Fuera lo que fuese lo que estaba invocando, el maestro no podía controlarlo. «No se puede invocar a los dioses y esperar que acudan voluntariamente a la batalla. Siempre exigirán algo a cambio». Jiang estaba haciendo exactamente lo que le había prohibido hacer a ella.

Nezha tiró de Rin para obligarla a ponerse en marcha. Ella sintió un intenso dolor en la pierna izquierda, como si le hubieran clavado cuchillas al rojo vivo en la rótula. Gritó y se tambaleó contra el chico.

Este la ayudó a enderezarse. Tenía los ojos muy abiertos a causa del terror. No había tiempo de echar a correr.

Jiang convulsionó en el aire delante de ellos y luego perdió el control por completo. El vacío estalló hacia fuera, desgarró el tejido del mundo e hizo que el muro que los rodeaba se viniera abajo. El maestro golpeó su vara contra el aire. Una oleada de fuerza surgió del lugar en el que había impactado y explotó formando un anillo visible. Por un momento, todo quedó en calma.

Y luego, la muralla oriental cayó.

Rin gimió y rodó sobre un costado. Apenas podía ver ni sentir nada. Ninguno de sus sentidos funcionaba. Se hallaba envuelta en una crisálida de oscuridad en la que solo penetraban rayos de dolor. Tocó algo blando y humano con la pierna y extendió el brazo para tocarlo. Se trataba de Nezha.

La chica soltó un quejido y se obligó a abrir los ojos. Nezha se encontraba desplomado contra ella, con un corte en la frente que le sangraba profusamente. Tenía los ojos cerrados.

Rin consiguió sentarse entre muecas de dolor y lo agitó por el hombro.

—¿Nezha?

Su compañero se movió ligeramente y ella sintió una oleada de alivio.

—Tenemos que levantarnos… Nezha, venga, tenemos que…

Una lluvia de escombros estalló desde la esquina más alejada de ellos, junto a la puerta.

Había algo enterrado debajo, entre las ruinas. Algo que estaba vivo.

Rin agarró a Nezha de la mano y observó cómo se movían los cascotes, esperando con todo su ser que se tratara de Jiang, que el maestro hubiera sobrevivido al terror que había invocado y que estuviera bien, que volviera a ser él mismo, que salvara a…

La mano que salió de entre los escombros estaba ensangrentada, era enorme y se encontraba cubierta por una armadura.

Rin debería haber matado al general antes de que el hombre pudiera salir de aquella montaña de desechos. Debería haber cogido a Nezha y haber echado a correr. Debería haber hecho algo.

Pero sus extremidades no respondían a las órdenes que les enviaba su cerebro. Sus nervios no registraban nada más que ese miedo y esa desesperación. Se quedó paralizada en el suelo, con el corazón martilleándole contra las costillas.

El general se puso en pie a trompicones, dio un paso tentativo hacia delante, y luego otro. Había perdido el yelmo. Cuando se giró hacia ellos, a Rin se le cortó la respiración. La mitad de su rostro había desaparecido con la explosión, y una horrible sonrisa esquelética asomaba bajo la piel desgarrada.

—Escoria nikara —masculló mientras se les acercaba. Se le enganchó el pie con la forma inerte de uno de sus propios soldados. Sin mirar, lo apartó de una patada con cara de asco. Su mirada furiosa seguía fija en ella y en Nezha—. Os enterraré.

El chico profirió un gemido de terror.

Los brazos de Rin reaccionaron por fin. Intentó levantar a Nezha, pero sus propias piernas seguían estando demasiado débiles a causa del miedo y no lograba ponerse en pie.

El general se cernió sobre ellos. Alzó su alabarda.

Medio delirante a causa del pánico, Rin levantó su espada y trazó un gran arco con ella. El arma chocó inútilmente contra el torso acorazado del hombre.

El general cerró una mano enguantada alrededor de la delgada hoja de Rin y tiró para arrebatársela. Sus dedos hicieron surcos en el acero.

Temblando, Rin dejó escapar la espada. El general la agarró del cuello y la lanzó hacia lo que quedaba de la muralla. La joven se

golpeó la cabeza contra la piedra. Se le oscureció la visión. Luego vio manchas de luz y, por último, todo se volvió borroso. Parpadeó lentamente, solo para vislumbrar al general alzando su alabarda poco a poco sobre la forma inerte de Nezha.

Justo cuando Rin abría la boca para gritar, el hombre clavó la afilada punta en el estómago de Nezha. Este emitió un sonido estridente y agonizante. Una segunda estocada acabó por silenciarlo.

Sollozando de miedo, Rin rebuscó en su bolsillo las semillas de amapola. Cogió un puñado y se lo llevó a la boca. Se las tragó en el mismo momento en el que el general se percató de que seguía con vida.

—No, no te lo permitiré —gruñó, cogiéndola por la túnica para levantarla en el aire. La atrajo hacia sí, acercando mucho sus rostros y mirándola despectivamente con aquella horripilante media sonrisa—. Se acabó vuestra brujería nikara. Ni siquiera los dioses pueden ocupar un cuerpo muerto.

Rin se agitó con desesperación bajo su agarre, y las lágrimas resbalaron por su rostro mientras intentaba coger aire. Le dolía la cabeza allí donde se la había golpeado contra la piedra. Se sentía como si estuviera flotando, nadando en la oscuridad, aunque no sabía si se debía a las semillas de amapola o a la contusión. O bien se estaba muriendo, o bien iba a ver a los dioses. Tal vez ambas cosas.

«Por favor», suplicó. «Por favor, acudid a mí. Haré lo que sea».

Entonces, cayó al vacío. Se encontraba de nuevo en el túnel que conducía a los cielos, ascendiendo, precipitándose a una velocidad vertiginosa hacia un lugar desconocido. Los bordes de su visión se ensombrecieron y luego pasaron a adoptar un familiar tono rojo, una capa carmesí que se extendió por todo su campo de visión como si fuera una lente de cristal.

En su mente vio cómo aparecía ante ella la Mujer. Esta extendió una mano hacia Rin, pero…

—¡Aparta de mi camino! —gritó la chica. No tenía tiempo para una guardiana ni para advertencias. Necesitaba a los dioses, a su dios.

Para su asombro, la Mujer obedeció.

Y Rin traspasó la barrera y siguió ascendiendo hasta que llegó a la sala del trono de los dioses, al Panteón.

Todos los pedestales estaban vacíos menos uno.

Entonces lo vio, en todo su esplendor ardiente. Una voz terrible y magnífica retumbó en su mente. Retumbó por todo el universo.

«Puedo otorgarte el poder que buscas».

Ella luchó por respirar, pero el general no hacía más que aumentar la presión sobre su garganta.

«Puedo otorgarte la fuerza para derrocar imperios, para hacer arder a tus enemigos hasta que sus huesos no sean más que cenizas. Te daré todo eso y más. Ya sabes cuál es el trato. Ya conoces las condiciones».

—Lo que sea —susurró Rin—. Te daré cualquier cosa.

«Todo».

Algo parecido a una ráfaga de viento sopló por la cámara. Rin creyó escuchar una carcajada.

Abrió los ojos. Ya no estaba mareada. Extendió los brazos y cogió al general por las muñecas. Se sentía profundamente débil, su agarre no debería haberle hecho más que cosquillas a aquel hombre. Sin embargo, el general aulló. La soltó y, cuando levantó los brazos para golpearla, Rin vio que sus muñecas habían adquirido un tono rojizo moteado y burbujeante.

La chica se agachó y levantó los codos por encima de su cabeza para formar un patético escudo.

Una gran cortina de fuego apareció ante ella. Sintió sobre el rostro el calor que desprendía. El general trastabilló hacia atrás.

—No… —Abrió la boca sin poder creérselo. La contempló como si estuviera mirando a otra persona—. Tú no.

Rin se puso en pie a duras penas. Las llamas seguían saliendo de su interior, unas llamas que no podía controlar.

—¡Estabas muerta! —gritó el general—. ¡Yo te maté!

Rin se irguió despacio; las llamas brotaban de las palmas de sus manos como riachuelos que los envolvían ambos, que no dejaban escapatoria. El general aulló de dolor cuando el fuego le lamió las heridas abiertas, las llagas del rostro y luego el resto del cuerpo.

—¡Te vi arder! ¡Os vi arder a todos!

—A mí no —susurró Rin, y abrió las palmas de las manos en su dirección.

El fuego surgió hacia el exterior con ansias de venganza. La joven sintió una especie de desgarro, como si saliera de su estómago, de algún lugar dentro de ella. La atravesó por completo, sin causarle ningún daño pero inmovilizándola. La usaba como un conducto. Rin no controlaba esa llama más de lo que podría hacerlo la mecha de una vela. El fuego se concentraba en ella y la envolvía.

Vio al Fénix en su mente, ondulante sobre su pedestal en el Panteón. Observando. Riéndose.

No podía ver al general a través de las llamas, solo una silueta, un contorno con armadura que se encogía y se plegaba sobre sí mismo, una pila arrodillada de algo que era cada vez menos un hombre y más un montón de piel, carbón y metal achicharrado.

—Basta —susurró Rin. «Por favor, haz que pare».

Pero el fuego siguió ardiendo. La masa que antes había sido el general se tambaleó hacia atrás y se desplomó, una bola de fuego que se hacía más y más pequeña, hasta que se extinguió por completo.

Rin tenía los labios secos y cuarteados. Cuando los movió, le sangraron.

—Por favor, para.

El fuego rugió con más intensidad. Rin no podía escuchar nada más. No lograba respirar a través del calor. Se hundió de rodillas, cerrando los ojos con fuerza y llevándose las manos al rostro.

«Te lo suplico».

En su mente, el Fénix retrocedió, como si estuviera irritado. Abrió sus alas en toda su ardiente extensión para luego volver a replegarlas.

El camino hacia el Panteón se cerró.

Rin se tambaleó y cayó.

El tiempo perdió todo su sentido. A su alrededor se estaba librando una batalla y de pronto, al momento siguiente, ya no. Rin se vio envuelta en un silo de nada, aislada de todo lo que ocurría en torno a ella. No existía nada más, hasta que dejó de ser así.

—Está ardiendo —le escuchó decir a Niang—. Está febril… He comprobado si hay veneno en sus heridas, pero no tiene nada.

«No es fiebre», quiso decirle Rin. «Es un dios». El agua que Niang le había echado por la frente no hizo nada para sofocar las llamas que seguían recorriéndola por dentro.

Intentó preguntar por Jiang, pero la boca no le respondía.

No podía hablar. No podía moverse.

Le pareció que podía ver, pero no sabía si estaba soñando porque, cuando abrió los ojos, lo que vio fue un rostro tan hermoso que estuvo a punto de llorar.

Unas cejas arqueadas, una piel lisa como la porcelana. Unos labios rojos como la sangre.

¿La emperatriz?

Pero la emperatriz se encontraba muy lejos de allí, con la Tercera División, todavía de camino desde el norte. Era imposible que hubiera llegado tan pronto, antes del alba.

¿Ya había amanecido? Rin creyó vislumbrar los primeros rayos del sol, el amanecer después de aquella noche tan larga y horrible.

—¿Cómo se llama? —quiso saber la emperatriz.

«¿Se refiere a mí?».

—Runin. —Era la voz de Irjah—. Fang Runin.

—Runin —repitió la emperatriz. Su voz era como una cuerda pulsada en un arpa de mesa. Afilada, penetrante y hermosa a la vez—.

Runin, mírame.

Rin sintió los dedos de la emperatriz sobre sus mejillas. Estaban fríos como la nieve, como la brisa del invierno. Abrió los ojos y los fijó en esa hermosa mirada. ¿Cómo era posible que alguien tuviera unos ojos así de bellos? No se parecían en absoluto a los de una víbora. No eran los ojos de una serpiente. Eran salvajes, oscuros y extraños, pero hermosos, como los de un cervatillo.

Y las visiones… Rin pudo ver una nube de mariposas, cintas de seda ondeando al viento. Vio un mundo que solo consistía en belleza, color y ritmo. Habría dado lo que fuera por quedarse atrapada en el interior de esa mirada.

La emperatriz inspiró profundamente y las visiones desaparecieron.

Agarró a Rin del rostro con más fuerza.

—Vi cómo ardías —le dijo—. Pensaba que te había visto morir.

—No estoy muerta —intentó decirle ella, pero le pesaba demasiado la lengua en la boca y lo único que consiguió fue emitir un sonido ahogado.

—Shhh. —La emperatriz le posó un dedo helado contra los labios —. No hables. No pasa nada. Sé lo que eres.

Entonces, Rin sintió la fría presión de una boca contra su frente, el mismo frescor que Jiang le había introducido en el cuerpo después de las pruebas, y el fuego en su interior se extinguió.

12

Cuando Rin pudo prescindir de la supervisión de Enro, la trasladaron al sótano del vestíbulo principal, donde solían celebrarse los combates. Aquello debería haberle parecido extraño, pero estaba demasiado mareada como para darle muchas vueltas a nada. Durmió en exceso. En el sótano no había reloj, pero a menudo dormitaba hasta que se ponía el sol. Le costaba permanecer despierta durante más de un par de minutos. Le llevaban la comida y, cada vez que comía, volvía a dormirse casi de inmediato.

Una vez, mientras dormía, escuchó voces por encima de ella.

—Esto es poco elegante —dijo la emperatriz.

—Esto es inhumano —coincidió Irjah—. La estáis tratando como a una criminal cualquiera. Es posible que esta chica nos hiciera ganar la batalla.

—Y es posible que haga arder toda la ciudad —dijo Jun—. No sabemos de lo que es capaz.

—Solo es una chica —insistió Irjah—. Estará asustada. Alguien tiene que contarle qué es lo que le está pasando.

—Pero es que no sabemos qué le está pasando —replicó el maestro de Combate.

—Es obvio —intervino la emperatriz—. Es como Altan.

—Entonces dejemos que Tyr se encargue de ella cuando llegue —propuso Jun.

—Tyr viene desde el Castillo de la Noche —comentó el maestro de Estrategia—. ¿Vas a mantenerla sedada durante una semana entera?

—Lo que tengo claro es que no voy a dejarla deambular por la ciudad —respondió Jun—. Ya habéis visto lo que hizo el Guardián en la muralla oriental. Su Sello se está rompiendo, Daji. Supone una amenaza mucho mayor que la Federación.

—Ya no —dijo la emperatriz con frialdad—. Nos hemos encargado del Guardián.

Cuando Rin se atrevió a abrir los ojos, no vio a nadie cerniéndose sobre ella, y solo recordaba a medias lo que habían dicho. Tras otro

periodo indefinido durante el que continuó durmiendo sin soñar, dejó de estar segura de si aquello había sucedido de verdad o si se lo habría imaginado.

Llegado el momento, acabó recuperando la cordura. Pero cuando decidió abandonar el sótano, la retuvieron por la fuerza tres soldados de la Tercera División que se encontraban apostados en la puerta.

—¿Qué sucede? —exigió saber la chica. Seguía un poco mareada, pero lo bastante consciente como para saber que aquello no era normal—. ¿Por qué no puedo irme?

—Es por tu seguridad —le respondió uno de ellos.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién ha autorizado esto?

—Nuestras órdenes son mantenerte aquí abajo —se limitó a explicarle el soldado—. Si intentas salir por la fuerza, tendremos que hacerte daño.

El que se encontraba más cerca de ella ya tenía la mano sobre su arma. Rin retrocedió. Comprendió que no lograría salir de allí razonando.

Así que recurrió al método más primitivo que existía. Abrió la boca y chilló. Se retorció en el suelo. Golpeó a los soldados con los puños y les escupió en la cara. Los amenazó con ponerse a orinar delante de ellos. Les gritó obscenidades sobre sus madres. Y sobre sus abuelas.

Siguió con aquello durante horas.

Al final, accedieron a llevarle a alguien que estuviera al mando.

Por desgracia, a quien fueron a buscar fue al maestro Jun.

—Esto no es necesario —declaró Rin de malas formas cuando el maestro llegó. Se había apresurado a colocarse bien la ropa para que no pareciera que había estado rodando por el suelo—. No voy a hacerle daño a nadie.

Daba la impresión de que lo último que haría Jun sería creerla.

—Has demostrado que posees la capacidad de entrar en combustión espontánea. Le has prendido fuego a la mitad oriental de la ciudad. ¿Entiendes por qué no podemos dejarte merodear por el campamento?

Rin consideraba que la combustión había sido más deliberada que espontánea, pero no creía que explicar cómo lo había hecho fuera a hacer que pareciera una amenaza menor.

—Quiero ver a Jiang —pidió.

La expresión de Jun era indescifrable. Se marchó sin responderle.

Cuando Rin se sobrepuso a la indignación de hallarse encerrada, decidió que lo mejor que podía hacer era esperar. Le era leal a la emperatriz. Era una buena soldado. Los otros maestros de Sinegard responderían por ella, aunque Jun no lo hiciera. Mientras siguiera

conservando la cabeza, no tenía nada que temer. Llegó a la absurda conclusión de que, si iba a meterse en problemas por algo, sería por la posesión de opio.

Al menos no la mantenían aislada. Acabó descubriendo que los visitantes podían entrar libremente en el sótano. Simplemente, ella no podía abandonarlo.

Niang iba a verla a menudo, pero no le daba mucha conversación. Cuando le sonreía, era forzado. Se movía con desgana. No se reía cuando Rin intentaba animarla. Pasaban las horas sentadas una al lado de la otra en silencio, escuchando sus propias respiraciones. Niang estaba aturdida por el duelo y Rin no sabía cómo consolarla.

—Yo también echo de menos a Raban —intentó decirle una vez, pero aquello solo hizo que Niang se derrumbara y se marchara.

Por otro lado, a Kitay lo avasallaba sin piedad para que le contara todas las novedades. Su amigo la visitaba siempre que podía, pero requerían su presencia a menudo en operaciones de socorro.

Poco a poco, Rin fue enterándose de lo que había sucedido después de la batalla.

La Federación había estado a punto de tomar Sinegard hasta que ella mató a su general. Eso, junto con la oportuna llegada de la emperatriz y de la Tercera División, había vuelto la batalla a su favor. Entretanto, la Federación se había retirado. Kitay dudaba que fuera a regresar pronto.

—Todo acabó bastante rápido una vez que llegó la Tercera —le dijo. Llevaba el brazo en un cabestrillo, pero le aseguró a Rin que solo se trataba de una pequeña torcedura—. Influyó mucho… Bueno, ya sabes. La Federación se asustó. Creo que temieron que contáramos con más de un esperiliano.

Rin se irguió.

—¿Qué?

Kitay parecía confuso.

—Bueno, eso es lo que eres, ¿no?

¿Una esperiliana? ¿Ella?

—Eso es lo que se dice en toda la ciudad —le contó Kitay. Rin podía percibir su incomodidad. La mente de su amigo trabajaba a mucha más velocidad que la de cualquier otra persona normal. Su curiosidad era insaciable. Necesitaba saber qué había hecho Rin, qué era y por qué no se lo había contado.

Pero la joven no tenía nada que decirle. Ni ella misma lo sabía.

—¿Qué es lo que dicen? —le preguntó.

—Que tenías una desenfrenada sed de sangre. Que luchaste como si te hubiera poseído una horda de demonios. Que el general te rajó

sin parar, te apuñaló dieciocho veces y, aun así, seguías moviéndote.

Rin extendió los brazos.

—Ninguna marca de apuñalamiento. Eso se lo hizo a Nezha.

Kitay no se rio.

—¿Es cierto? Te han encerrado aquí abajo, así que tiene que serlo.

Así que su amigo no sabía lo del fuego. Se planteó contárselo, pero vaciló.

¿Cómo podía explicarle el chamanismo a Kitay, que estaba tan convencido de su propia racionalidad? Era el parangón del pensamiento moderno que tanto detestaba Jiang. Era ateo, un escéptico, y no podía aceptar que se rebatiera su visión del mundo. Pensaría que Rin estaba pirada. Y ella estaba demasiado agotada como para discutírselo.

—No sé qué fue lo que sucedió —le dijo—. Es todo un borrón. Y no sé lo que soy. Era una huérfana de guerra. Podría ser de cualquier parte. Podría ser cualquier persona.

Kitay no parecía satisfecho.

—Jun está convencido de que eres esperiliana.

Pero ¿cómo iba a ser eso posible? Rin no habría sido más que un bebé cuando se había producido el ataque a Speer, y no había forma de que hubiera sobrevivido cuando nadie más lo había hecho.

—Pero la Federación masacró a los esperilianos —replicó ella—. No dejaron supervivientes.

—Altan sobrevivió —dijo Kitay—. Tú sobreviviste.

Hubo una mayor cantidad de bajas entre los estudiantes de la academia que entre los soldados de la Octava División. Apenas había sobrevivido la mitad de su clase, la mayoría de ellos con lesiones leves. Fallecieron quince de sus compañeros. Otros cinco estaban en estado crítico en el centro de triaje de Enro, con sus vidas pendiendo de un hilo.

Nezha se encontraba entre ellos.

—Hoy van a someterlo a una tercera ronda de operaciones —dijo Kitay—. No saben si saldrá adelante. Y, aunque lo haga, puede que nunca más vuelva a luchar. Dicen que la alabarda le atravesó el torso hasta salir por el otro lado. Que le partieron la columna vertebral.

Rin se sintió aliviada al saber que Nezha no había muerto. No obstante, no se había parado a pensar en que la alternativa podría ser peor.

—Espero que muera —dijo Kitay de repente.

Rin se giró hacia él, atónita, pero su amigo añadió:

—Si sus opciones son la muerte o pasar toda la vida como un tullido, espero que le toque lo que menos le haga sufrir. Nezha no

podría vivir sin luchar.

Ella no supo qué responder a eso.

La victoria nikara les había conseguido algo más de tiempo, pero no les garantizaba el control de la ciudad. Según la información recabada por la Segunda División, los refuerzos de la Federación habían sido enviados por mar, y las principales fuerzas invasoras estaban aguardando a encontrarse con ellos.

Cuando la Federación los atacara por segunda vez, los nikaras no serían capaces de defender la ciudad. Estaban evacuando Sinegard por completo. Los burócratas imperiales habían sido trasladados a Golyn Niis, lo que significaba que la seguridad de Sinegard ya no era una prioridad.

—Están cerrando la academia —le dijo Kitay—. A todos nos han reclutado en alguna de las divisiones. A Niang la enviarán a la Undécima y a Venka a la Sexta en Golyn Niis. A Nezha no lo enviarán a ninguna parte hasta que… Bueno, ya sabes. —Se detuvo—. A mí me llegó la carta ayer para unirme a la Segunda. Suboficial.

Esa había sido la división a la que Kitay siempre había querido unirse. En otras circunstancias, lo lógico habría sido felicitarlo. Sin embargo, en ese momento, no le parecía adecuado celebrarlo. Rin lo intentó de todas formas.

—Es estupendo. Es lo que querías, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Están desesperados por encontrar soldados. Ya no se trata de una cuestión de prestigio. Han comenzado a reclutar a gente del campo. Pero estará bien servir bajo el mando de Irjah. Parto mañana.

Rin apoyó una mano en el hombro del chico.

—Cuídate.

—Tú también. —Kitay no le devolvió el gesto—. ¿Tienes idea de cuándo te dejarán salir de aquí?

—Tú sabes más que yo.

—¿No ha venido nadie a hablar contigo?

Rin negó con la cabeza.

—No desde la visita de Jun. ¿Han encontrado ya a Jiang?

Kitay le dedicó una mirada compasiva y ella supo cuál era la respuesta antes de que hablara. Era la misma que le había estado dando durante días.

Jiang se había ido. No es que estuviera muerto… Había desaparecido. Nadie lo había visto ni sabía nada de él desde que la batalla había llegado a su fin. Se había llevado a cabo una búsqueda exhaustiva entre los escombros de la muralla oriental para encontrar supervivientes, pero no habían hallado ni rastro del maestro de

Folclore. No había ninguna prueba de que estuviera muerto, pero tampoco ninguna esperanza de que siguiera vivo. Parecía haber desaparecido en el vacío que él mismo había creado.

Cuando Kitay partió con la Segunda División hacia Golyn Niis, no quedó nadie que le hiciera compañía a Rin. La chica pasaba el tiempo durmiendo. Quería dormir todo el día, sobre todo después de las comidas, y cuando lo hacía, se sumía en un descanso profundo y sin sueños. Se preguntó si estarían echándole algo en la comida y la bebida. En cierto modo, lo agradecía. Quedarse a solas con sus pensamientos habría sido peor.

Ahora que había conseguido invocar a un dios, no estaba a salvo. No se sentía poderosa. Estaba encerrada en un sótano. Sus propios comandantes no confiaban en ella. La mitad de sus amigos estaban al borde de la muerte o ya habían muerto, su maestro se hallaba perdido en el vacío y a ella la retenían por su seguridad y la de todos los que la rodeaban.

Si aquello era lo que significaba ser una esperiliana (si es que al final resultaba serlo), Rin no estaba segura de que mereciera la pena.

Así que dormía y, cuando no podía seguir obligándose a dormir, se acurrucaba en un rincón y lloraba.

En el sexto día de su confinamiento, poco después de que Rin despertara, la puerta que daba al vestíbulo principal se abrió. Irjah echó un vistazo al interior, comprobó que estuviera despierta y se apresuró a cerrar la puerta tras de sí.

—Maestro Irjah. —La joven se alisó la túnica arrugada y se puso en pie.

—Ahora soy el general Irjah —le dijo. No parecía particularmente contento al respecto—. Resulta que con las muertes llegan los ascensos.

—General —se corrigió Rin—. Mis disculpas.

Irjah se encogió de hombros y le indicó con un gesto que volviera a sentarse.

—A estas alturas carece de importancia. ¿Cómo estás?

—Cansada —respondió. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, dado que no había ningún taburete en el sótano.

Tras un momento de vacilación, Irjah también tomó asiento en el suelo.

—Bueno. —El maestro apoyó las manos sobre las rodillas—. Se dice por ahí que eres una esperiliana.

—¿Qué es lo que sabe? —le preguntó Rin con un hilo de voz. ¿Sabía que había invocado el fuego? ¿Estaba al tanto de lo que Jiang le había enseñado?

—Crie a Altan yo mismo después de la Segunda Guerra —le dijo Irjah—. Lo sé todo.

Rin sintió un profundo alivio. Si sabía cómo era Altan, de lo que eran capaces los esperilianos, entonces seguro que podía hablar en su favor, convencer a la Milicia de que no era peligrosa… Al menos no para ellos.

—Han tomado una decisión con respecto a ti —le comunicó Irjah.

—No sabía que yo fuera objeto de debate —respondió ella, solo para hacerse la difícil.

El hombre le dedicó una sonrisa fatigada que no se le reflejó en la mirada.

—No tardarás en recibir órdenes de traslado.

—¿De verdad? —Rin se irguió, sintiéndose de pronto emocionada. Iban a dejarla salir. Por fin—. Esperaba poder unirme a la Segunda División con Kitay…

Irjah la interrumpió.

—No te unirás a la Segunda. A ninguna de las doce divisiones, en realidad.

Su euforia fue sustituida de inmediato por temor. De pronto fue consciente de una débil vibración en el aire.

—¿Qué quiere decir?

El maestro jugueteó incómodo con sus pulgares y luego dijo:

—Los jefes militares han decidido que es mejor que te unas a los Cike.

Por un momento, Rin se quedó allí sentada con cara de tonta.

¿Los Cike? ¿La infame Decimotercera División? ¿El escuadrón de asesinos de la emperatriz? ¿Los asesinos sin honor ni reputación ni gloria? ¿Aquella fuerza de combate que era lo bastante vil y perversa como para que la Milicia prefiriera fingir que no existía?

—¿Rin? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—¿Los Cike? —repitió ella.

—Sí.

—¿Me van a enviar con el escuadrón de los bichos raros? —Se le entrecortó la voz. De pronto, sintió unas repentinas ganas de llorar—. ¿Con los Niños Insólitos?

—Los Cike son una división de la Milicia igual que cualquier otra —se apresuró a añadir Irjah. El tono calmado que estaba empleando era muy forzado—. Son un contingente completamente respetable.

—¡Son unos perdedores y unos marginados! Son…

—Sirven a la emperatriz igual que el ejército.

—Pero… —Rin tragó saliva con dificultad—. Creía que era una buena soldado.

El maestro suavizó su expresión.

—Ay, Rin, y lo eres. Eres una soldado increíble.

—Entonces, ¿por qué no puedo estar en una verdadera división? —Era completamente consciente de lo infantil que sonaba. No obstante, dadas las circunstancias, creyó que tenía derecho a comportarse como una cría.

—Ya sabes por qué —le dijo Irjah con calma—. Los esperilianos no luchan junto con las doce provincias desde la última Guerra de la Amapola. Y, antes de eso, cuando lo hacían, la colaboración siempre era… complicada.

Rin conocía la historia. Sabía a lo que se refería Irjah. La última vez que los esperilianos habían luchado junto con la Milicia, habían sido considerados unas rarezas sanguinarias, igual que les sucedía a los Cike ahora. Los esperilianos causaban estragos y luchaban dentro de sus propios campamentos. Eran un peligro andante para todos los que se encontraran cerca, ya fueran amigos o enemigos. Seguían órdenes, pero no al pie de la letra. Se les proporcionaban blancos y objetivos, pero el oficial que intentara llevar a cabo alguna maniobra sofisticada con ellos debía tener la suerte de su lado.

—La Milicia odia a los esperilianos.

—La Milicia teme a los esperilianos —la corrigió Irjah—. A los nikaras nunca se les ha dado bien tratar con aquello que no entienden. Y Speer siempre ha hecho que Nikan se sienta incómodo. Supongo que a estas alturas ya sabes a qué se debe.

—Sí, señor.

—He sido yo quien ha recomendado tu ingreso en los Cike. Y lo he hecho por ti, niña. —Irjah fijó su mirada en la de Rin—. La rivalidad entre los jefes militares nunca ha desaparecido por completo, ni siquiera después de su alianza bajo el mando del Emperador Dragón. Aunque puede que sus soldados te odien, los doce jefes militares están deseando echarle el guante a un esperiliano. Cualquier división en la que acabaras obtendría una ventaja injusta. Y puede que a las otras divisiones no les gustase esa descompensación de poder. Si te enviara a una de las doce divisiones, terminarías amenazada por las otras once.

—Pero… —Rin no se había planteado todo eso—. Pero ya hay un esperiliano en la Milicia —dijo—. ¿Qué pasa con Altan?

La barba de Irjah tembló ligeramente.

—¿Te gustaría conocer a tu comandante?

—¿Qué? —Ella parpadeó, sin entender nada.

El maestro se giró y llamó a alguien que se encontraba al otro lado de la puerta.

—Puedes pasar.

La puerta se abrió. El hombre que entró era alto y ágil. No lucía el uniforme de la Milicia, sino una túnica negra sin ningún tipo de insignia. Cargaba con un tridente de plata que llevaba sujeto a la espalda.

Rin tragó saliva, conteniendo el ridículo impulso de atusarse el cabello. Sintió que se ruborizaba y que el calor se le concentraba en la punta de las orejas.

Aquella persona contaba con un par de cicatrices más de las que había tenido la última vez que Rin lo había visto, entre ellas dos en su antebrazo y una que le atravesaba la cara, desde la esquina inferior derecha de su ojo izquierdo hasta el lateral derecho de la mandíbula. Ya no llevaba el cabello rapado al estilo militar como lo había llevado en la escuela, sino que había dejado que le creciera rebelde y salvaje, como si no se hubiera molestado en arreglárselo desde hacía meses.

—Hola —le dijo Altan Trengsin—. ¿Qué decías sobre los perdedores y los marginados?

—¿Cómo diantres sobreviviste a las bombas incendiarias?

Rin abrió la boca, pero ninguna palabra salió de ella.

Altan. Altan Trengsin. Intentó darle una respuesta coherente, pero lo único que fue capaz de procesar era que su héroe de la infancia se encontraba plantado delante de sus narices.

Altan se agachó frente a ella.

—¿Cómo es posible que existas? —le preguntó en voz baja—. Creía que era el único que quedaba con vida.

Al fin, Rin encontró las palabras.

—No lo sé. Nunca me han contado qué les sucedió a mis padres. Mi familia de acogida no lo sabía.

—¿Y nunca sospechaste lo que eras?

Rin negó con la cabeza.

—No hasta que… Es decir, cuando…

De pronto, se le entrecortó la voz. Los recuerdos que había estado suprimiendo llegaron a ella de repente: la Mujer chillando, la risa del Fénix, el horrible calor que le había atravesado todo el cuerpo, el modo en el que la armadura del general se había doblado y derretido bajo el fuego…

Se llevó las manos al rostro y se dio cuenta de que le estaban temblando.

No había sido capaz de controlarlo. Ni tampoco de apagarlo. Las llamas habían seguido saliendo de su interior sin parar. Podría haber hecho arder a Nezha, a Kitay. Podría haber reducido a cenizas todo Sinegard si el Fénix no hubiera escuchado su plegaria. E incluso

cuando las llamas se habían extinguido, el fuego había seguido corriendo por su interior hasta que la emperatriz la había besado en la frente y lo había apagado.

«Estoy enloqueciendo», pensó. «Me he convertido en todo aquello contra lo que me advirtió Jiang».

—Ey, ey.

Unos dedos fríos le envolvieron las muñecas. Con dulzura, Altan le apartó las manos del rostro.

Rin levantó la mirada y la fijó en sus ojos. Eran de un tono carmesí más brillante que los pétalos de las amapolas.

—No pasa nada —le dijo él—. Lo sé. Sé lo que se siente. Te ayudaré.

—Los Cike no son tan malos cuando llegas a conocerlos —le dijo mientras la sacaba del sótano—. Es decir, matamos personas siguiendo órdenes, pero, por lo demás, somos bastante majos.

—¿Todos sois chamanes? —preguntó Rin. Se sentía mareada.

Altan negó con la cabeza.

—No todos. Tenemos dos miembros a los que no les gusta involucrarse con los dioses: un experto en municiones y un médico. Pero el resto sí. Tyr era el que más experiencia tenía de entre todos nosotros antes de llegar a los Cike. Se crio con una secta de monjes que adoraban a una diosa de la oscuridad. Los otros son como tú: individuos rebosantes de poder y de potencial chamánico, pero confusos. Los llevamos al Castillo de la Noche, los entrenamos y luego los soltamos sobre los enemigos de la emperatriz. Todos salimos ganando.

Rin intentó sentirse reconfortada por aquellas palabras.

—¿De dónde son los demás?

—De todas partes. Te sorprendería en cuántos lugares siguen estando vivas las antiguas religiones —le dijo—. Hay muchas sectas ocultas por todas las provincias. Algunas contribuyen proporcionándoles a los Cike un nuevo miembro cada año a cambio de que la emperatriz los deje tranquilos. No es fácil encontrar chamanes en este país, y menos en los tiempos que corren, pero la emperatriz los saca de donde puede. Muchos de ellos proceden de la prisión de Baghra. Los Cike son su segunda oportunidad.

—Pero no formáis parte de la Milicia realmente.

—No. Somos asesinos. Aunque en tiempos de guerra desempeñamos el papel de la Decimotercera División.

Rin se preguntó a cuánta gente habría matado Altan. A quién habría matado.

—¿Y qué hacéis en tiempos de paz?

—¿En tiempos de paz? —El joven le dedicó una mirada sarcástica —. Para los Cike nunca hay tiempos de paz. Siempre hay personas a las que la emperatriz quiere ver muertas.
Altan le ordenó que recogiera sus cosas y que se reuniera con él en la puerta de acceso a Sinegard. Tenían previsto marcharse aquella misma tarde con el escuadrón del oficial Yenjen de la Quinta División hacia el frente, donde el resto de los Cike habían acudido hacía una semana.

A Rin le habían confiscado todas sus pertenencias después de la batalla. Apenas le dio tiempo a sacar un arma de la armería antes de tener que atravesar toda la ciudad. Los soldados de la Quinta División cargaban con poco equipaje y con tan solo dos armas cada uno. Rin solo llevaba una espada con una hoja ligeramente roma y su correspondiente vaina. No parecía en absoluto preparada, y tampoco sentía que lo estuviera. Ni siquiera tenía una segunda muda de ropa. Sospechaba que no tardaría mucho en comenzar a oler mal.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó cuando empezaron a descender el sendero de la montaña.

—A Khurdalain —le respondió Altan—. A la Provincia del Tigre. Tardaremos dos semanas marchando hacia el sur hasta que lleguemos al río Murui Occidental, y desde allí tomaremos un transporte hasta el puerto.

A pesar de todo, Rin sentía cierta emoción. Khurdalain era una ciudad portuaria costera cerca de la parte oriental del mar Nariin, un próspero centro de comercio internacional. Era la única ciudad del Imperio que trataba con regularidad con extranjeros. Hacía siglos que los hesperianos y los bolonianos habían establecido embajadas allí. Incluso los comerciantes de la Federación habían llegado a ocupar aquellos muelles, hasta que Khurdalain se había convertido en el escenario central de las Guerras de la Amapola.

Se trataba de una ciudad que había presenciado dos décadas de guerras y había sobrevivido. Y ahora la emperatriz quería volver a establecer un frente allí para atraer a los invasores de la Federación hacia el este y el centro de Nikan.

Altan le confió la estrategia de defensa de la emperatriz durante el camino.

Khurdalain era la ubicación ideal para establecer el frente inicial. Las columnas armadas de la Federación podrían haber contado con una gran ventaja en terrenos abiertos como el norte de Nikan, pero en Khurdalain abundaban los ríos y los arroyos, lo que favorecía las operaciones defensivas.

Dirigir a la Federación hacia Khurdalain los obligaría a combatir sobre el peor terreno posible para ellos. El ataque a Sinegard había

sido un atrevido intento de separar las provincias del norte de las del sur. Si de los generales de la Federación hubiese dependido, sin lugar a dudas se habrían adentrado directamente en el interior de Nikan marchando hacia el sur. Pero si Khurdalain estaba bien defendida, la Federación se vería forzada a cambiar la dirección de su ofensiva: avanzarían de este a oeste, y no de norte a sur. De ese modo, Nikan tendría espacio de maniobra en el suroeste para retirarse y reagruparse si Khurdalain caía.

Lo ideal habría sido que la Milicia hubiera intentado un movimiento de pinza para presionar a la Federación desde ambos lados, cortándoles el acceso a sus rutas de escape y a sus líneas de suministro. Pero la Milicia no era tan competente ni tan grande como para lograr aquello. Los doce jefes militares apenas habían conseguido coordinarse a tiempo para acudir en defensa de Sinegard. Ahora, cada uno de ellos se centraba demasiado en defender su propia provincia de forma independiente en lugar de intentar una acción militar conjunta.

—¿Por qué no pueden aunar fuerzas igual que hicieron durante la Segunda Guerra? —preguntó Rin.

—Porque el Emperador Dragón está muerto —le explicó Altan—. Esta vez no puede reunir a los jefes militares bajo su mando, y la emperatriz no inspira la misma lealtad que él. Ah, los jefes militares se inclinarán ante Sinegard y le jurarán lealtad a la emperatriz en persona, pero a la hora de la verdad, siempre pondrán a sus provincias por delante.

Defender Khurdalain no sería fácil. La última ofensiva en Sinegard había demostrado que la Federación tenía un ejército claramente superior en temas de movilidad y armamento. Y Mugen mantenía la ventaja en la costa norte; podían reforzar fácilmente sus tropas a través del estrecho mar. Con una sola travesía de un día en barco, podían obtener más tropas y suministros.

Khurdalain tenía poca ventaja en cuanto a estructuras de defensa. Era una ciudad portuaria abierta, diseñada como enclave para los extranjeros antes de las Guerras de la Amapola. Las mejores estructuras de defensa de Nikan habían sido construidas a lo largo del delta inferior del río Murui Occidental, muy al sur de Khurdalain. En comparación con Golyn Niis, la guarnecida capital bélica, Khurdalain era un blanco fácil que recibía con los brazos abiertos a los invasores.

De igual modo, había que defender la ciudad. Si Mugen avanzaba hacia el interior y conseguía hacerse con Golyn Niis, podría dirigirse fácilmente hacia el este para ir a por lo que quedara de la Milicia en la costa. Y si los acorralaban en el mar, la penosa y pequeña flota nikara no podría salvarlos. Así que Khurdalain era un punto crucial sobre el

que descansaba el destino del resto del país.

—Somos la última frontera —dijo Altan—. Si fracasamos, este país estará perdido. —Le dio una palmada a Rin en el hombro—. Qué emocionante, ¿eh?

13

Cling.

A Rin casi no le dio tiempo a desenvainar su espada para evitar que el tridente de Altan le partiera la cara por la mitad. Hizo todo lo que pudo por anclarse a la tierra, por hacer que el Qi del golpe se dispersara uniformemente por su cuerpo y hacia el suelo. Aun así, las piernas le temblaron a causa del impacto.

Daba la impresión de que Altan y ella llevaran horas haciendo lo mismo. Le dolían los brazos y los pulmones le pedían aire.

Pero Altan no había acabado. Cambió el tridente de mano, atrapó la hoja de la espada de Rin entre dos puntas y la retorció con fuerza. El arma se escapó de entre los dedos de la chica debido a la presión y cayó con un tintineo contra el suelo. Altan le posó la punta del tridente sobre la garganta. Ella alzó las manos en señal de derrota.

—Reaccionas guiada por el miedo —le dijo su comandante—. No tienes el control del combate. Necesitas despejar la mente y concentrarte. Concéntrate en mí, no en mi arma.

—Es un poco complicado cuando no dejas de intentar sacarme los ojos —masculló, apartando el tridente de su cara. Altan bajó su arma.

—Sigues cubriéndote. Te resistes. Tienes que dejar que el Fénix te invada. Una vez que has invocado al dios, cuando camina contigo, entras en un estado de éxtasis. Es un amplificador del Qi. No te cansas. Eres capaz de ejercer un esfuerzo extraordinario. No sientes dolor. Tienes que sumirte en ese estado.

Rin recordaba a la perfección el estado mental que le pedía que alcanzara. El sentimiento ardiente en sus venas, el filtro rojo que cubría su visión. Cómo el resto de las personas pasaban a convertirse en objetivos. Cómo no necesitaba descansar y solo quería dolor para avivar el fuego.

Las únicas veces en las que Rin se había sumido en ese estado de forma consciente había sido durante las pruebas, y luego otra vez en Sinegard. En ambas ocasiones se había sentido furiosa, desesperada.

No había sido capaz de alcanzar el mismo estado mental desde

entonces. No había estado tan enfadada desde entonces. Tan solo se había sentido confundida, nerviosa y, como en este mismo instante, agotada.

—Aprende a dominarlo —le dijo Altan—. Aprende a entrar y salir de él. Si te concentras solo en el arma de tu enemigo, siempre estarás a la defensiva. Mira más allá del arma para ver a tu objetivo. Concéntrate en lo que quieres matar.

Altan era mucho mejor profesor que Jiang. El maestro era frustrantemente disperso, despistado y obtuso de forma deliberada. A Jiang le gustaba tergiversar las respuestas, dar rodeos cerca de la verdad como si fuera un buitre hambriento antes de proporcionarle un satisfactorio bocado de conocimiento.

Pero Altan no perdía el tiempo. Iba directo al grano y le daba las respuestas exactas que buscaba. Comprendía sus miedos y sabía de lo que era capaz.

Entrenar con él era como hacerlo con un hermano mayor. Era tan extraño que alguien le dijera que eran iguales…; que le dijera que sus articulaciones se extendían igual que las de ella, por lo que le aconsejaba girar el pie de tal o cual manera. Compartir similitudes con otra persona, unas que se encontraban en lo más profundo de sus genes, era una sensación abrumadoramente maravillosa.

Con Altan experimentaba una sensación de pertenencia, no solo a la misma división o al ejército, sino a algo más profundo y ancestral. Sentía que ocupaba un lugar en un antiguo entramado de linajes. Que ocupaba un lugar en el mundo. Que no era una huérfana de guerra sin nombre. Era una esperiliana.

O, al menos, todos parecían creer que lo era. Pero, a pesar de todo, no podía evitar sentir que algo no encajaba. No era capaz de invocar al dios con tanta facilidad como lo hacía Altan. No podía moverse con la misma elegancia que él. ¿Tendría eso que ver con su herencia genética o con el entrenamiento?

—¿Siempre fuiste así? —le preguntó a su comandante.

Este pareció tensarse.

—¿A qué te refieres?

—Pues tan… tú. —Señaló de forma imprecisa hacia él—. No eres… como el resto de los estudiantes. Como los otros soldados. ¿Siempre has podido invocar el fuego? ¿Siempre has podido luchar de la forma en la que lo haces?

La expresión de Altan era indescifrable.

—Estuve entrenando en Sinegard durante mucho tiempo.

—¡Y yo también!

—A ti no te entrenaron como a una esperiliana. Pero también eres

una guerrera. Lo llevas en la sangre. No tardaré en inculcarte nuestra cultura a base de golpes. —Altan apuntó hacia ella con su tridente—. En guardia.

—¿Por qué un tridente? —le preguntó Rin cuando él por fin le permitió tomarse un descanso—. ¿Por qué no una espada? —No había visto a ningún otro militar que no empuñara la alabarda reglamentaria de la Milicia o una espada.

—Tiene mayor alcance —le respondió Altan—. Los adversarios no se acercan demasiado a ti cuando combates desde el interior de un anillo de fuego.

Rin acarició las puntas del tridente. Las habían afilado muchas veces. No eran brillantes ni lisas, sino que contaban con marcas de múltiples batallas.

—¿Es de fabricación esperiliana?

Tenía que serlo. Era completamente metálico, no como las armas nikaras, que tenían empuñaduras de madera. Era cierto que el tridente era más pesado, pero Altan necesitaba un arma que no ardiera cuando la tocara.

—Procede de la isla —repuso él. La empujó con el extremo romo y le hizo un gesto para que recogiera su espada—. Deja de perder el tiempo. Vamos, arriba. Otra vez.

Rin levantó los brazos en señal de agotamiento.

—¿No podemos colocarnos? —le preguntó. No sentía que el incesante entrenamiento físico la estuviese ayudando a estar más cerca de invocar al Fénix.

—No, no podemos colocarnos —contestó Altan. Volvió a empujarla con el tridente—. Holgazana. Esa mentalidad es un error de novata. Cualquiera puede tragarse unas semillas y llegar al Panteón. Esa es la parte fácil. Pero formar un vínculo con el dios, canalizar su poder a tu voluntad y hacerlo bajar a la tierra…, eso requiere disciplina. A no ser que tengas práctica a la hora de mantener la concentración, perderás fácilmente el control. Piensa en ello como si fuera una presa. Los dioses son fuentes de energía potencial, como el agua que fluye ladera abajo. La droga es como la puerta: abre el camino para dejar que los dioses pasen. Pero si la puerta es demasiado grande o de construcción endeble, entonces el poder se abre camino sin obstáculos. El dios ignora tu voluntad. Se desata el caos. Si no quieres hacer arder a tus propios aliados, tendrás que recordar el motivo por el que has invocado al Fénix. Tendrás que poder redirigir su poder.

—Es como una plegaria —dijo Rin.

Altan asintió.

—Es exactamente eso. Todas las plegarias consisten en simples

repeticiones, una imposición de tus súplicas a los dioses. La diferencia entre los chamanes y el resto de la gente es que nuestras plegarias sí que funcionan. ¿No te enseñó Jiang todo esto?

El maestro le había enseñado todo lo contrario. Jiang le había pedido que dejara la mente despejada durante la meditación, que dejara atrás su propio ego, que olvidara que era un ser independiente del universo. Le había enseñado a suprimir su propia voluntad. Lo que Altan le estaba pidiendo era que impusiera su voluntad a los dioses.

—Tan solo me enseñó a acceder a los dioses, no a traerlos a nuestro mundo.

Altan parecía asombrado.

—Entonces, ¿cómo invocaste al Fénix en Sinegard?

—Se suponía que no debía hacerlo —replicó—. Jiang me advirtió que no lo hiciera. Me dijo que los dioses no debían ser usados como armas. Que solo estaban ahí para hacerles consultas. Me enseñó a calmarme, a encontrar mi conexión con el gran cosmos y a corregir mi desequilibrio… o lo que fuera —terminó dejando entrever su inseguridad.

Cada vez le resultaba más evidente lo poco que Jiang le había enseñado en realidad. No la había preparado en absoluto para aquella guerra. Tan solo había intentado impedir que ejerciera un poder al que ahora ella sabía que podía acceder.

—Eso no sirve para nada —dijo Altan con desdén—. Jiang era un académico. Yo soy un soldado. A él le preocupaba la teología; a mí la destrucción. —Abrió un puño, lo giró hacia fuera y un pequeño anillo de fuego bailó sobre las líneas de la palma de su mano. Con la otra, extendió su tridente. La llama se propagó desde las yemas de sus dedos, pasó sobre sus hombros y recorrió todo el tridente hasta llegar a sus tres puntas.

Rin se quedó maravillada con su control absoluto sobre el fuego: el modo en el que le daba forma, igual que un escultor a la arcilla; cómo lo doblegaba a su voluntad con el más mínimo movimiento de sus dedos. Cuando ella había invocado al Fénix, el fuego había salido de su interior en una oleada descontrolada. Pero Altan lo dominaba como si fuera una extensión de su propio cuerpo.

—Jiang no se equivocaba al ser precavido —le dijo el joven comandante—. Los dioses son imprevisibles. Son peligrosos. Y nadie puede entenderlos, no del todo. Pero en el Castillo de la Noche hemos perfeccionado el uso de los dioses con fines bélicos hasta convertirlo en un arte. Hemos alcanzado una comprensión de los dioses que los monjes jamás lograron. Hemos desarrollado el poder de reescribir el tejido de este mundo. Si no le damos uso, entonces, ¿para qué sirve

todo esto?
Tras dos semanas de marcha continua, dos días de travesía en barco y otros tres más de marcha, llegaron a las puertas de Khurdalain poco antes de que cayera la noche. Cuando salieron de la linde del bosque hacia el camino principal, Rin pudo atisbar el océano por primera vez.

Dejó de caminar.

Sinegard y Tikany eran dos regiones sin litoral. Ella había visto ríos y lagos, pero nunca una masa de agua tan grande como esa. Se quedó boquiabierta ante aquella gran expansión azul que se extendía más allá de los límites de su visión, más lejos de lo que habría podido imaginar.

Altan se detuvo a su lado. Contempló su gesto de estupefacción y sonrió.

—¿No habías visto el océano antes?

Rin no podía apartar la mirada. Se sentía igual que el primer día que había visto Sinegard en todo su esplendor, como si hubiera dado con un mundo fantástico en el que las historias que había oído eran ciertas.

—Lo había visto en pinturas —respondió—. Había leído descripciones. En Tikany, los comerciantes que venían de la costa nos contaban historias sobre sus aventuras en el mar. Pero esto… Nunca me había imaginado que pudiera existir algo así.

Altan tomó su mano y señaló con ella hacia el océano.

—La Federación de Mugen se halla justo al otro lado del estrecho. Si subes la cordillera de Kukhonin, puedes vislumbrarla desde allí. Y si tomas un barco un poco más al sur, cerca de Golyn Niis y en la Provincia de la Serpiente, llegas a Speer.

Rin no podía ver aquello desde donde se encontraban, pero aun así se quedó contemplando el agua reluciente, imaginándose una isla pequeña y solitaria al sur del mar Nariin. Speer había pasado décadas aislada antes de que los grandes poderes continentales destrozasen la isla debido al conflicto que tenían entre sí.

—¿Cómo era?

—¿Speer? Speer era preciosa. —La voz de Altan era suave, nostálgica—. Ahora la llaman la Isla Muerta, pero lo único que yo recuerdo es que era verde. Por un lado podías ver la costa del Imperio nikara. Por el otro, el agua llegaba hasta el infinito, un horizonte sin fin. Tomábamos barcos y navegábamos hacia aquel océano sin saber qué nos encontraríamos, travesías enteras en una oscuridad interminable para averiguar qué había al otro lado del mundo. Los esperilianos dividieron el cielo nocturno en sesenta y cuatro constelaciones, una por cada dios. Y siempre que puedas dar con la

estrella austral del Fénix, podrás encontrar el camino de vuelta a Speer.

Rin se preguntó qué aspecto tendría ahora la Isla Muerta. Cuando Mugen había destruido Speer, ¿había arrasado también con los pueblos? ¿O aún quedaban en pie cabañas y posadas, como ciudades fantasma a la espera de unos habitantes que jamás regresarían?

—¿Por qué te marchaste? —le preguntó a Altan.

Se dio cuenta entonces de lo poco que sabía sobre él. La supervivencia del esperiliano era un misterio para ella, igual que su propia existencia era un misterio para el resto del mundo.

Altan debía de haber sido muy joven cuando había llegado a Nikan, un refugiado de una guerra que había aniquilado a su pueblo. No podía haber tenido más de cuatro o cinco años. ¿Quién lo había sacado de esa isla? ¿Y por qué solo a él?

¿Y por qué a ella?

Pero el joven no le respondió. Se quedó en silencio durante un rato, contemplando cómo se oscurecía el cielo, para luego volver a emprender la marcha.

—Vamos —le dijo, tomándola del brazo—. Nos estamos quedando atrás.

El oficial Yenjen izó una bandera nikara ante las murallas de la ciudad y luego le ordenó a su escuadrón que se pusiera a cubierto detrás de los árboles hasta que recibieran una respuesta. Tras media hora de espera, una chica menuda, vestida de pies a cabeza de negro, se asomó por la entrada de la ciudad. Les hizo señas desesperadas para que el destacamento se diera prisa y entrara. Una vez que estuvieron en el interior, se apresuró a cerrar la puerta.

—Vuestra división os está esperando en el antiguo distrito pesquero. Queda al norte de aquí. Seguid el camino principal —le indicó al oficial Yenjen. Luego se giró y saludó a su comandante—. Trengsin.

—Qara.

—¿Esta es nuestra esperiliana? —dijo mirando a Rin.

—Esta es.

Qara ladeó la cabeza y la escudriñó. Era una mujer diminuta (más bien una chica joven, en realidad) cuya altura no superaba el hombro de Rin. El cabello le caía en una trenza oscura y densa que descendía más allá de su cintura. Sus facciones eran extrañamente alargadas, no como las de los nikaras, pero tampoco como las de otra nacionalidad que Rin pudiera reconocer.

Un enorme halcón de caza se hallaba sentado sobre su hombro izquierdo, inclinando la cabeza en dirección a Rin con una expresión

desdeñosa. Los ojos de la criatura y los de Qara eran de un idéntico tono dorado.

—¿Cómo están los nuestros?

—Bien —respondió Qara—. Bueno, mayormente bien.

—¿Cuándo regresará tu hermano?

El halcón de Qara estiró la cabeza hacia arriba y luego volvió a encorvarla hacia abajo, alzando las plumas como si estuviera inquieto. Qara extendió la mano y acarició el cuello del ave.

—Cuando tenga que regresar —respondió.

Yenjen y su escuadrón ya habían desaparecido por los sinuosos callejones de la ciudad. Qara les indicó con un gesto a Rin y a Altan que la siguieran por unas escaleras adyacentes a las murallas de la ciudad.

—¿De dónde es? —le murmuró Rin a Altan.

—Es de las regiones interiores —respondió él, y la agarró del brazo cuando estuvo a punto de tropezarse en las desvencijadas escaleras—. No te caigas.

Qara los condujo por una pasarela elevada que se extendía a lo largo del primer par de manzanas de Khurdalain. Una vez que llegaron arriba del todo, Rin se dio la vuelta y pudo echarle un buen vistazo a la ciudad portuaria.

Khurdalain bien podría haber sido una ciudad extranjera arrancada desde los cimientos y colocada directamente en la otra punta del mundo. Era una mezcla de distintos estilos arquitectónicos, una extraña amalgama de edificios de diferentes países en varios continentes. Rin divisó iglesias que solo había visto en bocetos de libros de historia, muestra de la antigua ocupación boloniana. Vio edificios con columnas helicoidales, construcciones con elegantes torres monocromáticas que contaban con profundos surcos grabados en sus laterales en lugar de las pagodas de tejados inclinados típicas de Sinegard.

La ciudad de Sinegard era la insignia del Impero nikara, pero Khurdalain era la ventana de Nikan hacia el resto del mundo.

Qara los guio por la pasarela hasta una azotea llana. Recorrieron otra manzana más, pasando por encima de los techos planos de las casas, construidas siguiendo el estilo de la antigua Hesperia. Una vez que los edificios comenzaron a guardar más distancia entre sí, bajaron para recorrer la calle. Entre los huecos de las construcciones, Rin pudo ver el sol poniente reflejado sobre el océano.

—Esto antes era un asentamiento hesperiano —comentó Qara, señalando hacia el muelle. Aquel largo trecho era un paseo marítimo rodeado por fachadas en bloque. La pasarela estaba construida con

gruesos tablones de madera empapados por el agua del mar. Todo en Khurdalain olía ligeramente a mar. La propia brisa estaba impregnada de la sal del océano—. Ese grupo de edificios de ahí, los que tienen los tejados adosados, eran antes los consulados bolonianos.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Rin.

—Que llegó el Emperador Dragón —replicó Qara—. ¿Es que no conoces tu propia historia?

El Emperador Dragón había expulsado a los extranjeros de Nikan en los días turbulentos que siguieron a la Segunda Guerra de la Amapola, pero Rin sabía que aún había un puñado de hesperianos dispersos por ahí, misioneros que tenían la intención de difundir la palabra de su Creador Divino.

—¿Aún quedan hesperianos en la ciudad? —preguntó, esperanzada. Nunca había visto a uno. En Nikan, los extranjeros no tenían permitido viajar tan al norte como para llegar hasta Sinegard. Solo podían comerciar por unas cuantas ciudades portuarias, entre las cuales Khurdalain era la más grande. Rin se preguntaba si era cierto que los hesperianos tenían la piel clara y estaban cubiertos de pelo, si su cabello era realmente de un tono anaranjado como el de una zanahoria.

—Un par de cientos —dijo Altan, pero Qara negó con la cabeza.

—Ya no. Se marcharon cuando se produjo el ataque a Sinegard. Su Gobierno envió un barco para que los recogiera. Intentaron subir a tanta gente que estuvo a punto de volcar. Quedan uno o dos misioneros y un par de ministros extranjeros. Están documentando lo que ven, enviándoles esa información a sus Gobiernos. Pero eso es todo.

Rin recordó lo que Kitay le había dicho sobre pedirle ayuda a Hesperia y resopló.

—¿Y se creen que así están ayudando?

—Son hesperianos —dijo Qara—. Siempre creen que están ayudando.

La parte antigua de la ciudad, el barrio nikara, se hallaba ubicada entre edificios bajos integrados dentro de un entramado de callejuelas atravesadas por un sistema de canales entrelazados; aquellas calles eran tan estrechas que ni siquiera una pequeña carreta podría desplazarse cómodamente por ellas. Tenía sentido que el ejército nikara hubiera establecido su base en esa parte de la ciudad. Aunque la Federación se hiciera una ligera idea de dónde se encontraban, su abrumador número de soldados no tendría ninguna ventaja en esas calles torcidas y angostas.

Dejando a un lado la arquitectura, Rin se imaginaba que, en

circunstancias normales, Khurdalain era tal vez una versión más ruidosa y sucia de Sinegard. Antes de la ocupación, aquel lugar debía de haber sido un bullicioso centro de intercambio comercial, más emocionante incluso que los mercados del centro de Sinegard. Pero en mitad del asedio, Khurdalain era una ciudad silenciosa y apagada, casi hosca. No vio a ningún civil durante su recorrido. O bien los habían evacuado, o bien obedecían las advertencias de la Milicia y permanecían escondidos allí donde los soldados de la Federación no pudieran verlos.

Mientras caminaban, Qara los fue poniendo al día sobre la situación de la batalla.

—Llevamos ya casi un mes bajo asedio. Los campamentos de la Federación nos rodean por tres bandas, a excepción de por donde habéis llegado. Lo peor es que han estado invadiendo las zonas urbanas poco a poco. Las murallas de Khurdalain son altas, pero ellos tienen fundíbulos.

—¿Qué extensión de la ciudad han conseguido ocupar? —preguntó Altan.

—Solo una estrecha franja de playa junto al mar y la mitad del barrio extranjero. Podríamos recuperar las embajadas bolonianas, pero la Quinta División no cooperará.

—¿Que no cooperará?

La chica frunció el ceño.

—Estamos teniendo algunas… mmm… dificultades a la hora de integrarnos. Ese nuevo general que tienen tampoco ayuda. Jun Loran.

Altan parecía tan consternado como Rin.

—¿Jun está aquí?

—Llegó hace tres días.

Rin se estremeció. Al menos no estaba bajo sus órdenes directas.

—¿La Quinta no es de la Provincia del Tigre? ¿Por qué no está al mando el jefe militar del Tigre?

—El jefe militar del Tigre es un crío de tres años cuyo tutor es un político sin experiencia militar. Los jefes militares del Carnero y el Buey también están aquí con sus divisiones provinciales, pero han estado discutiendo entre sí por los suministros más de lo que han estado combatiendo contra la Federación. Y a ninguno se le ocurre un plan de ataque que no ponga las zonas civiles en la línea de fuego.

—¿Por qué siguen aquí los civiles? —preguntó Rin. Tenía la impresión de que el trabajo de la Milicia sería mucho más sencillo si proteger a los civiles no fuera una prioridad—. ¿Por qué no los han evacuado como a los sinegardianos?

—Porque Khurdalain no es una ciudad que se pueda abandonar

por las buenas —le dijo Qara—. La mayoría de sus ciudadanos se ganan la vida con la pesca o en las fábricas. Aquí no hay agricultura. Si se trasladan al interior del país, se quedarán sin nada. La mayoría de los campesinos se mudaron aquí para escapar de la miseria rural. Si les pedimos que se marchen, morirán de hambre. La gente está decidida a quedarse, y tenemos que asegurarnos de que sigan con vida.

De repente, el halcón de Qara ladeó la cabeza como si hubiera escuchado algo. Después de avanzar un par de pasos más, Rin también pudo oírlo: voces elevadas procedentes de la parte trasera de las instalaciones del general.

—¡Cike!

Rin se encogió. Hubiera reconocido esa voz en cualquier parte.

El general Jun Loran apareció súbitamente en el callejón en el que se encontraban y se dirigió hacia ellos con el rostro enrojecido por la rabia.

—¡Ay, ay!

A su lado, Jun arrastraba a un chico esmirriado por la oreja, dándole unos violentos tirones. El joven llevaba un parche sobre el ojo izquierdo y del derecho le caían lágrimas de dolor mientras se tambaleaba detrás de Jun.

Altan se detuvo en seco.

—Por las tetas del Tigre.

—Ramsa —maldijo Qara entre dientes. Rin no supo interpretar si aquel era el nombre del chico o un insulto en su idioma.

—Tú. —Jun se detuvo delante de Qara—. ¿Dónde está vuestro comandante?

Altan dio un paso al frente.

—Ese soy yo.

—¿Trengsin? —Jun lo contempló con incredulidad—. Debe de ser una broma. ¿Dónde está Tyr?

El rostro del esperiliano se contrajo a causa de la irritación.

—Tyr ha muerto.

—¿Qué?

Altan se cruzó de brazos.

—¿Nadie se ha tomado la molestia de informarle?

Jun ignoró aquella pulla.

—¿Qué está muerto? ¿Cómo es posible?

—Gajes del oficio —replicó Altan, lo que hizo que Rin sospechara que no tenía ni idea.

—Así que han puesto a un crío al mando de los Cike —murmuró Jun—. Increíble.

Altan desplazó la mirada entre Jun y el chico, que seguía agachado al lado del general, gimoteando de dolor.

—¿De qué va esto?

—Mis hombres lo han pillado con las manos en la masa en nuestro almacén de municiones —explicó Jun—. Es la tercera vez esta semana.

—¡Creía que era nuestro vagón de municiones! —protestó el chico.

—Vosotros no tenéis ningún vagón de municiones —soltó Jun—. Eso ya te lo dejamos claro las dos primeras veces.

Qara soltó un suspiro y se frotó la frente con la palma de la mano.

—No tendría que robar nada si ellos lo compartieran —se justificó el muchacho de forma lastimera, dirigiéndose a Altan. Su voz era suave y aflautada, y su ojo bueno parecía enorme sobre su rostro delgado—. No puedo hacer mi trabajo si no tengo pólvora.

—Si a tus hombres les faltan materiales, deberíais haber pensado en traerlos desde el Castillo de la Noche.

—Gastamos todos nuestros materiales en lo de la embajada —masculló el chico—. ¿No lo recuerda?

Jun le tiró de la oreja hacia abajo y el joven aulló de dolor.

Altan llevó una mano atrás para coger su tridente.

—Suéltalo, Jun.

El general contempló el arma y curvó los labios hacia arriba.

—¿Me estás amenazando?

Altan no sacó el tridente, ya que apuntar al comandante de otra división con un arma se habría considerado alta traición. Sin embargo, no apartó la mano del mango. Por un momento, a Rin le pareció ver un destello de fuego en la punta de los dedos del esperiliano.

—Te estoy haciendo una petición.

Jun dio un paso atrás, pero no soltó al chico.

—Tus hombres no tienen acceso a los suministros de la Quinta División.

—Y disciplinarlos es mi responsabilidad, no la tuya —dijo Altan—. Suéltalo. Ahora, Jun.

El hombre profirió un sonido de disgusto y soltó al chico, que se apresuró a alejarse y a ponerse al lado de Altan, frotándose un lateral de la cabeza con gesto pesaroso.

—La última vez me colgaron por los tobillos en la plaza de la ciudad —se quejó. Hablaba igual que un niño chivándose de un compañero de clase ante un profesor.

Altan parecía indignado.

—¿Tratarías a alguien de la Primera o de la Octava de este modo? —quiso saber.

—La Primera y la Octava división tienen suficiente sentido común para no hurgar entre los suministros de la Quinta —replicó Jun—. Tus hombres no hacen más que causar problemas desde que llegaron.

—¡Hemos estado haciendo nuestro maldito trabajo! —explotó el chico—. Vosotros sois los que os escondéis detrás de las murallas como unos puñeteros cobardes.

—Calla, Ramsa —le espetó Altan.

Jun profirió una carcajada breve y burlona.

—Sois un escuadrón formado por diez personas. No sobreestiméis vuestro valor dentro de esta Milicia.

—Sea como sea, servimos a la emperatriz igual que tú —dijo Altan —. Abandonamos el Castillo de la Noche para prestaros refuerzos. Así que tratarás a mis hombres con respeto o tendré que contarle esto a la emperatriz.

—Cómo no. Sois los niñatos especiales de la emperatriz —dijo Jun arrastrando las palabras—. «Refuerzos». Menudo chiste.

Le dedicó una mirada desdeñosa a Altan y se marchó. A Rin fingió no verla.

—Pues así hemos estado toda la semana —dijo Qara con un suspiro.

—¿No habías dicho que todo iba bien? —respondió Altan.

—Estaba exagerando.

Ramsa levantó la vista hacia su comandante.

—Hola, Trengsin —dijo jovialmente—. Me alegro de que estés de vuelta.

Altan se llevó las manos al rostro y luego inclinó la cabeza hacia arriba, inspirando profundamente. Dejó caer los brazos y suspiró.

—¿Y mi despacho?

—Al final de ese callejón, a la izquierda —le indicó Ramsa—. He despejado la antigua oficina de aduanas. Te gustará. Te hemos traído mapas.

—Gracias —le dijo Altan—. ¿Dónde se han estacionado los jefes militares?

—En el antiguo complejo gubernamental que hay al doblar la esquina. Han estado celebrando consejos de forma habitual. No nos invitan por… Bueno, ya sabes. —Ramsa guardó silencio, con una repentina expresión de culpa.

Altan le lanzó a Qara una mirada interrogante.

—Ramsa hizo saltar por los aires la mitad del barrio extranjero que da al muelle —le informó—. No advirtió a los jefes militares.

—Solo hice saltar por los aires un edificio.

—Era un edificio grande —dijo Qara sin más—. La Quinta División

aún tenía a dos de sus hombres dentro.

—Bueno, ¿y sobrevivieron? —preguntó Altan.

Qara se quedó mirándolo con incredulidad.

—Ramsa les tiró el edificio encima.

—Entonces, no habéis hecho nada útil durante mi ausencia —sentenció Altan.

—¡Hemos levantado fortificaciones! —dijo Ramsa.

—¿En la línea de defensa? —preguntó su comandante, esperanzado.

—No, solo alrededor de tu despacho. Y de nuestros barracones. Los jefes militares ya no nos dejan acercarnos a la línea de defensa.

Altan parecía sumamente ofendido.

—Tengo que ir a aclarar esto. ¿El complejo gubernamental está en esa dirección?

—Sí.

—Vale. —Altan le dedicó una mirada distraída a Rin—. Qara, Rin necesitará equiparse. Ayúdala a prepararse y a acomodarse. Ramsa, acompáñame.

—¿Eres la lugarteniente de Altan? —preguntó Rin mientras Qara la conducía por otro montón de sinuosos callejones.

—Yo no, mi hermano —le respondió la joven. Aceleró la marcha, pasó agachada por una puerta redondeada incrustada en un muro y esperó a que Rin la siguiera—. Ocupo su lugar mientras está fuera. Te alojarás aquí conmigo.

La guio por otro tramo más de escaleras que descendían hasta una húmeda habitación subterránea. Era una sala diminuta, casi del mismo tamaño que la letrina de la academia. Una corriente de aire se coló por la puerta aún abierta de aquel sótano. Rin se frotó los brazos y tembló.

—Tenemos el barracón de las mujeres para nosotras solas —le dijo Qara—. Qué afortunadas somos.

Rin echó un vistazo por la estancia. Las paredes eran de tierra compacta, no de ladrillo, lo que significaba que no tenían aislamiento. Había una sola estera extendida en un rincón, rodeada por un montón de pertenencias de Qara. Dio por sentado que tendría que conseguir una manta propia si no quería dormir entre las cucarachas.

—¿No hay mujeres en las divisiones?

—Nosotros no compartimos barracones con las divisiones. —Qara rebuscó en una bolsa que estaba cerca de su estera, sacó un montón de ropa y se la lanzó a Rin—. Deberías quitarte ese uniforme de la academia. Dame tu ropa vieja. Enki aprovecha telas usadas para hacer vendajes.

Rin se apresuró a quitarse su túnica de la academia, desgastada a causa del viaje, y se puso las nuevas prendas antes de entregarle su ropa usada a Qara. Su nuevo uniforme consistía en una túnica negra anodina. A diferencia del uniforme de la Milicia, no contaba con ninguna insignia del Emperador Rojo sobre la parte derecha del pecho. Habían diseñado los uniformes de los Cike para que no tuvieran ninguna marca identificativa.

—El brazalete también. —Qara tenía la mano extendida, expectante.

Rin se tocó el brazalete blanco, abrumada. No se lo había quitado desde que había tenido lugar la batalla, pese a que ya no era oficialmente la aprendiza de Jiang.

—¿Tengo que quitármelo? —Había visto que muchos soldados del escuadrón de Yenjen lucían sus brazaletes de la academia; incluso aquellos que, a todas luces, habían dejado de ser aprendices hacía muchos años. Los oficiales de Sinegard a menudo los llevaban puestos durante mucho tiempo después de graduarse, en señal de orgullo.

Qara se cruzó de brazos.

—Esto no es la academia. Aquí tu especialización no importa.

—Lo sé… —comenzó a decir Rin, pero la otra chica la interrumpió.

—No lo entiendes. Esto no es la Milicia. Estás con los Cike. Nos han traído aquí porque nos consideran aptos para matar, pero no para estar en una división. La mayoría de nosotros no hemos acudido a Sinegard, y los que lo han hecho no tienen muy buenos recuerdos de ese lugar. A nadie aquí le importa quién fue tu maestro, y alardear de ello no hará que te ganes su simpatía. Olvídate de recibir aprobación, de las clasificaciones, la gloria o cualquier otra mierda a la que aspiraras en Sinegard. Eres de los Cike. Así que, por defecto, no tendrás una buena reputación.

—Mi reputación me da igual… —protestó Rin, pero, de nuevo, Qara la interrumpió.

—No, escúchame. Ya no estás en la escuela. No estás compitiendo con nadie. No estás intentando conseguir buenas notas. Vives con nosotros, luchas con nosotros, mueres con nosotros. De ahora en adelante, toda tu lealtad es para los Cike y el Imperio. Si querías una carrera ilustre, deberías haberte unido a las divisiones. Pero no ha sido así, lo que significa que tienes algún defecto y que estás atrapada con nosotros. ¿Lo entiendes?

—Yo no he pedido venir aquí —soltó Rin a la defensiva—. No he tenido elección.

—Ninguno de nosotros la ha tenido —replicó Qara tajantemente—. Espabila.

Rin intentó memorizar la disposición de la base a medida que la recorrían, hacerse una imagen mental del laberinto que era Khurdalain, pero se rindió tras doblar el decimoquinto recodo. Tenía la leve sospecha de que Qara la estaba llevando deliberadamente por una ruta enrevesada para llegar a donde tenían que ir.

—¿Cómo conseguís llegar a ningún sitio aquí? —preguntó Rin.

—Memorizamos las rutas —le respondió Qara—. Cuanto más difícil sea encontrarnos, mejor. Y si quieres dar con Enki, solo tienes que seguir el sonido de los quejidos.

Rin estuvo a punto de preguntar qué quería decir con aquello cuando oyó otro par de voces elevadas a la vuelta de la esquina.

—Por favor —suplicó una voz masculina—. Por favor, duele mucho.

—Mira, te entiendo, de verdad —dijo una segunda voz, mucho más profunda—. Pero lo cierto es que no es mi problema, así que me da igual.

—¡Solo son un par de semillas!

Rin y Qara doblaron la esquina. Las voces pertenecían a un hombre flacucho y de piel oscura y a otro de aspecto miserable que lucía una insignia que indicaba que era un soldado raso de la Quinta División. El brazo derecho del soldado terminaba en un muñón ensangrentado a la altura del codo.

Rin se encogió ante aquella imagen. Casi podía ver la gangrena a través del deficiente vendaje. No le extrañaba que estuviera suplicando un poco de amapola.

—Si te doy un par de semillas a ti, luego tendré que dárselas al siguiente desgraciado que me las pida, y también al que venga después de ese —dijo Enki—. Al final, me quedaré sin semillas y mi división no tendrá nada con lo que luchar. Entonces, la próxima vez que tu división se encuentre arrinconada, mi división no podrá hacer su trabajo ni salvará vuestros patéticos culos. Ellos tienen la prioridad aquí. No vosotros. ¿Entendido?

El soldado escupió en el umbral de la puerta de Enki.

—Bichos raros.

Apartó a Enki con un hombro y salió al callejón, dedicándoles una sombría mirada a Rin y a Qara al pasar junto a ellas.

—Tengo que trasladarme —se quejó Enki a Qara mientras la joven cerraba la puerta tras de sí. El interior era una sala pequeña y abarrotada, inundada por el olor amargo propio de las hierbas medicinales—. Así no se pueden almacenar materiales en condiciones. Necesito un lugar seco.

—Si te acercas más a los barracones de las divisiones, tendrás a

miles de soldados en tu puerta exigiéndote un remedio rápido para aliviar su dolor —le dijo Qara.

—Mmm. ¿Crees que Altan dejará que me mude al trastero?

—Creo que a Altan le gusta tener el trastero para él solo.

—Probablemente tengas razón. ¿Quién es esta? —Enki examinó a Rin de pies a cabeza, como si estuviera buscando signos de lesiones. Su voz era realmente encantadora, potente y aterciopelada. Rin se adormecía con tan solo escucharlo—. ¿Qué es lo que te aqueja?

—Es la esperiliana, Enki.

—¡Ah! Lo había olvidado. —El hombre se frotó la cabeza afeitada por detrás—. ¿Cómo lograste escapar del azote de Mugen?

—No lo sé —dijo Rin—. Yo misma acabo de enterarme.

Enki asintió despacio, aún analizándola como si fuera un espécimen particularmente fascinante. Mantuvo una expresión deliberadamente neutral que no revelaba nada.

—Pues claro. No tenías ni idea.

—Necesita estar equipada —dijo Qara.

—Por supuesto, no hay problema. —Enki desapareció en el interior de un armario empotrado que había al fondo de la habitación. Lo oyeron trastear durante un rato hasta que regresó cargado con una bandeja de plantas secas—. ¿Te sirve alguna de estas?

Rin nunca había visto tantos tipos distintos de psicodélicos en un mismo lugar. Había más variedades de drogas allí que en todo el jardín de Jiang. El maestro habría estado encantado.

Rozó con los dedos las vainas de opio, las setas arrugadas y los turbios polvos blancos.

—¿Qué diferencia hay entre unos y otros? —preguntó.

—Es realmente una cuestión de preferencia —le explicó Enki—. Estas drogas conseguirán colocarte, pero la clave es encontrar la mezcla ideal que te permita invocar a los dioses sin acabar tan drogada que no puedas ni empuñar tu arma. Los alucinógenos más potentes te llevarán directamente al Panteón, pero perderás toda percepción del mundo material. No te servirá de mucho invocar a un dios si no puedes ni ver la flecha con la que te están apuntando a la cara. Las drogas más suaves requieren mucha más concentración para alcanzar ese estado mental, pero te permiten tener un mayor control de tu cuerpo. Si cuentas con formación en meditación, entonces, si fuera tú, yo me quedaría con las más moderadas.

Rin no creía que un asedio fuese el mejor momento para ponerse a experimentar, así que decidió optar por lo que ya conocía. Entre la colección de Enki encontró la misma variedad de semillas de amapola que había robado del jardín de Jiang. Extendió la mano para coger un

puñado, pero Enki apartó la bandeja de su alcance.

—Así no. —El hombre sacó una balanza de debajo del mostrador y comenzó a medir las cantidades exactas y a meterlas en pequeños saquitos—. Acudirás a mí para que te dé tus dosis y tomaré nota de ello. Calcularé la cantidad que debes recibir basándome en tu peso corporal. No eres muy grande. Sin duda, no necesitarás tanto como el resto. Úsalas con moderación y solo cuando te lo ordenen. Un chamán adicto está mejor muerto que vivo.

Rin no se había parado a pensar en ello.

—¿Suele pasar eso a menudo?

—¿En nuestra profesión? —dijo Enki—. Es prácticamente inevitable.

Las raciones de comida de la Milicia hacían que la cantina de la academia pareciera un verdadero restaurante. Rin estuvo haciendo cola durante media hora y recibió un mísero cuenco de gachas con arroz. Removió la masa gris y aguada con la cuchara y varios grumos crudos subieron a la superficie.

Echó un vistazo alrededor del comedor en busca de uniformes negros y divisó a unos cuantos miembros de su contingente alrededor de una larga mesa en el fondo de la sala. Estaban muy apartados del resto de los soldados. Las dos mesas que les quedaban más cerca se encontraban vacías.

—Esta es nuestra esperiliana —anunció Qara cuando Rin tomó asiento.

Los Cike levantaron la vista hacia ella con una mezcla de aprensión e interés cauteloso. Qara, Ramsa y Enki estaban sentados con un hombre al que Rin no reconocía; los cuatro lucían uniformes totalmente negros sin ninguna insignia ni brazalete. Le sorprendió lo jóvenes que eran todos. Ninguno parecía ser mayor que Enki, y ni siquiera él parecía haber vivido cuatro ciclos zodiacales completos. La mayoría debían de rondar los veintitantos. Ramsa no llegaría ni a los quince años.

No era de extrañar que no tuvieran reparos a la hora de contar con un comandante de la edad de Altan, o con el hecho de que los llamaran los Niños Insólitos. Rin se preguntó si los reclutarían muy jóvenes o si simplemente morirían antes de hacerse mayores.

—Bienvenida al escuadrón de los bichos raros —dijo el hombre sentado a su lado—. Soy Baji.

Baji poseía la robusta constitución de un mercenario y un profundo vozarrón. A pesar de su considerable tamaño, era atractivo de una forma ruda y misteriosa. Se asemejaba a los traficantes de opio de los Fang. Llevaba atado a la espalda un enorme rastrillo de nueve puntas.

Aquella arma debía de ser increíblemente pesada. Rin se preguntó la fuerza que se necesitaría para blandiría.

—¿Estás admirando esto? —Baji le dio una palmadita a su rastrillo. Las puntas estaban manchadas de un sospechoso tono marrón—. Nueve puntas. Una pieza única. No encontrarás uno así en ningún otro lugar.

«Porque ningún herrero crearía un arma tan estrafalaria», pensó Rin. «Y porque a los granjeros no les sirve de nada un rastrillo afilado para matar».

—Parece poco práctico.

—Eso es lo que le dije yo —convino Ramsa—. ¿Qué eres, un granjero que cultiva patatas?

Baji señaló al chico con la cuchara.

—Cierra la boca o te juro por los cielos que te haré nueve agujeros perfectamente alineados a un lado de la cara.

Rin se llevó una cucharada de gachas de arroz a la boca e intentó no imaginarse lo que acababa de describir Baji. Posó la mirada en un barril situado justo detrás de él. El agua que contenía era extrañamente turbia, y en la superficie aparecían de vez en cuando ondas, como si en su interior nadaran peces.

—¿Qué hay en ese barril? —preguntó.

—Es el fraile. —Baji se retorció en su asiento y dio un par de golpecitos con los nudillos en el reborde de madera—. ¡Eh, Aratsha! ¡Sal a saludar a la esperiliana!

Durante un segundo, el barril permaneció inmóvil. Rin se preguntó si Baji estaría del todo bien de la cabeza. Había oído rumores que afirmaban que los operativos de los Cike estaban locos, que los enviaban al Castillo de la Noche cuando perdían la cordura.

Pero entonces el agua comenzó a elevarse del barril, como si estuviera cayendo al revés, y se solidificó en una forma que se asemejaba ligeramente a la de un hombre. Dos orbes bulbosos, que podrían haber sido dos ojos muy abiertos, se fijaron en Rin. Algo que parecía levemente una boca se movió.

—¡Vaya! Te has cortado el pelo.

Rin estaba demasiado ensimismada y boquiabierta como para responder.

Baji profirió un sonido de impaciencia.

—No, idiota. Esta es la nueva. La de Sinegard —aclaró, poniendo énfasis en la última palabra.

—Ah, ¿de verdad? —La masa de agua hizo un gesto similar a una reverencia. Cuando hablaba, unas vibraciones se propagaban por toda su forma—. Deberíais habérmelo dicho. Si no cierras la boca, te van a

entrar moscas.

Rin se apresuró a cerrarla.

—¿Qué te ha pasado? —logró decir al fin.

—¿A qué te refieres? —La figura acuosa parecía preocupada. Inclinó la cabeza, como para examinarse el torso.

—No, es decir… —tartamudeó Rin—. ¿Qué…? ¿Por qué…?

—Si puede, Aratsha prefiere pasar su tiempo con esa forma —intervino Baji—. No quieras ver su forma humana. Es espeluznante.

—Ni que tú fueras un placer para la vista —resopló el aludido.

—A veces lo soltamos en el río cuando necesitamos envenenar el agua —le contó Baji.

—Se me dan muy bien los venenos —reconoció Aratsha.

—¿Sí? Creía que lo contaminabas con tu mera presencia.

—No seas malo, Baji. Eres tú el que no se toma la molestia de limpiar su arma.

Baji bajó su rastrillo amenazadoramente hacia el barril.

—¿Quieres que la limpie en ti? ¿Qué parte tuya hay aquí, por cierto? ¿Una pierna? ¿El…?

Aratsha dio un grito ahogado y volvió a zambullirse en el barril. En cuestión de segundos, el agua se quedó completamente en calma. Podría haberse tratado de un simple barril de agua de lluvia.

—Es un rarito —dijo. Baji alegremente, volviendo a dirigirse a Rin —. Es un iniciado de un dios menor de los ríos. Está mucho más comprometido con su religión que el resto de nosotros.

—¿A qué dios invocas tú?

—Al dios de los cerdos.

—¿Cómo?

—Invoco al espíritu luchador de un jabalí muy cabreado. Supéralo. No todos los dioses son tan gloriosos como el tuyo, cariño. Escogí al primero que vi. Los maestros quedaron muy decepcionados.

¿Los maestros? ¿Había acudido Baji a Sinegard? Rin recordaba que Jiang le había contado que, antes de ella, había habido otros estudiantes de Folclore, jóvenes que habían acabado enloqueciendo. Supuestamente estaban encerrados en instituciones mentales o en Baghra. Eran demasiado inestables y habían sido aprisionados por su propio bien.

—Entonces, eso significa…

—Significa que soy un hacha destrozando cosas, cariño. —Baji vació su cuenco, echó la cabeza hacia atrás y eructó. Su expresión dejó claro que no quería seguir hablando del asunto.

—¿Puedes moverte un poco? —Un joven muy delgado con una fina perilla se acercó a su mesa con un cuenco colmado de raíz de loto y

tomó asiento al otro lado de Rin.

—Unegen puede transformarse en un zorro —dijo Baji a modo de presentación.

—¿Transformarse en…?

—Mi dios me permite cambiar de forma —le explicó Unegen—. Igual que el tuyo te permite escupir fuego. No es para tanto. —Cogió una buena cucharada de loto hervido y se la metió en la boca. Tragó, sonrió y luego eructó—. Parece que el cocinero ya ni se esfuerza. ¿Cómo puede ser que le falte sal? Si estamos al lado del océano.

—No se puede echar agua del mar en la comida —intervino Ramsa —. Tiene que pasar por un proceso de saneamiento.

—No puede ser muy difícil. Somos soldados, no bárbaros. —Unegen se inclinó sobre la mesa y dio un golpecito para llamar la atención de Qara—. ¿Dónde está tu otra mitad?

La chica pareció molesta.

—Ha salido.

—Bueno, ¿y cuándo regresará?

—Cuando tenga que regresar —respondió Qara malhumorada—. Chaghan viene y va a su antojo. Ya lo sabes.

—Bueno, mientras tenga en cuenta cosas como que estamos en medio de una guerra y eso… —dijo Baji—. Al menos podría darse prisa.

Qara resopló.

—A vosotros dos ni siquiera os cae bien Chaghan. ¿Para qué queréis que vuelva?

—Llevamos días comiendo gachas de arroz. Es hora de que nos sirvan algo de postre. —Baji sonrió, mostrando sus incisivos afilados —. Y me refiero a azúcar.

—Creía que Chaghan había ido a buscar algo para Altan —dijo Rin, confundida.

—Sí, claro —contestó Unegen—. Eso no quiere decir que no pueda pararse en una pastelería de camino hacia aquí.

—¿Está cerca, al menos? —preguntó Baji.

—No soy la paloma mensajera de mi hermano —rezongó Qara—. Sabremos dónde ha estado cuando regrese.

—¿No podéis hacer…, ya sabes, esa cosa vuestra? —Unegen se tocó las sienes.

Qara puso mala cara.

—Somos mellizos ancla, no pozos espejo.

—Ah, ¿no podéis hacer lo de los pozos espejo?

—Nadie puede hacerlo —soltó la muchacha—. Ya no.

Unegen miró a Rin y le guiñó un ojo, como si provocar a Qara

fuera algo que Baji y él hicieran habitualmente por diversión.

—Dejad en paz a Qara.

Rin se giró sobre su asiento para encontrarse con Altan. Se acercaba caminando en su dirección, mirando por encima de ella.

—Alguien tiene que patrullar el perímetro exterior. Baji, te toca.

—Ah, no puedo —le respondió el joven.

—¿Por qué no?

—Porque estoy comiendo.

Altan puso los ojos en blanco.

—Baji.

—Manda a Ramsa —se quejó Baji—. Lleva sin salir desde…

¡Bang!

La puerta del comedor se abrió de par en par. Todas las cabezas se giraron hacia el fondo de la estancia, donde una figura ataviada con la túnica negra de los Cike atravesaba la puerta tambaleándose. Los soldados de las divisiones que se encontraban cerca de la salida se apresuraron a apartarse, despejando el camino para aquel gigantesco desconocido.

Los únicos que continuaban impasibles eran los Cike.

—Ya ha vuelto Suni —dijo Unegen—. Sí que ha tardado.

Suni era un gigante con cara de niño. Una gruesa capa de vello dorado le cubría los brazos y las piernas. Tenía más pelo del que Rin hubiera visto nunca en ningún hombre. Caminaba dando extrañas zancadas como las de un simio, como si prefiriera estar columpiándose de árbol en árbol en lugar de desplazarse pesadamente sobre la tierra. Tenía los brazos casi más anchos que todo el torso de Rin. Daba la impresión de que, si quisiera, podría aplastarle la cabeza a la chica como si fuera una nuez.

Fue derecho hacia los Cike.

—Por la Gran Tortuga —murmuró Rin en voz baja—. ¿Y él qué es?

—La madre de Suni se folló a un mono —dijo Ramsa alegremente.

—Cállate, Ramsa. Suni invoca al dios mono —le informó Unegen —. Es un alivio que esté de nuestra parte, ¿eh?

Rin no estaba segura de que aquello hiciera que le tuviera menos miedo, pero Suni ya había llegado a su mesa.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Unegen en tono jovial—. ¿Te han visto?

Suni no pareció escucharlo. Ladeó la cabeza hacia un lado, como si los estuviera olisqueando. Tenía las sienes manchadas de sangre seca. Su pelo alborotado y su mirada vacía hacían que pareciera más un animal que un humano, como una bestia salvaje que tratara de decidir si debía atacar o huir.

Rin se tensó. Algo iba mal.

—Hacen mucho ruido —dijo Suni. Su voz era un gruñido bajo, áspero y gutural.

A Unegen se le desvaneció la sonrisa del rostro.

—¿Qué?

—No dejan de gritar.

—¿Quién no deja de gritar?

Suni recorrió la mesa con la mirada. Tenía los ojos desorbitados y desenfocados. Rin se tensó una décima de segundo antes de que aquel gigante saltara sobre ellos. Agarró a Unegen por el cuello con un brazo, inmovilizándolo contra el suelo. Unegen empezó a asfixiarse y golpeó con frenesí el torso corpulento de Suni.

Rin saltó hacia un lado, sosteniendo en alto su silla a modo de arma mientras Qara sacaba su arco largo.

Suni forcejeó furiosamente con Unegen en el suelo. Se produjo un chasquido y entonces apareció un pequeño zorro rojo donde antes había estado Unegen. Estuvo a punto de librarse del agarre de su compañero, pero entonces Suni ejerció más fuerza y aferró al zorro por la garganta.

—¡Altan! —gritó Qara.

Altan saltó por encima de la mesa volcada, apartando a Rin del camino. Se abalanzó sobre Suni antes de que este pudiera retorcerle el cuello a Unegen. Sobresaltado, Suni arremetió con el brazo izquierdo y le acertó a Altan en el hombro. Su comandante ignoró aquel golpe y le abofeteó con fuerza.

El gigante gruñó y soltó a Unegen. El zorro se escabulló y corrió hacia los pies de Qara, donde se desplomó, jadeando por la falta de aire.

Suni y Altan luchaban ahora en el suelo, intentando inmovilizarse el uno al otro. Altan parecía diminuto en comparación con el inmenso Suni, que debía de pesar el doble que él. Tenía agarrado al comandante de los Cike por los hombros, pero este le sujetaba la cara y le apretaba los ojos con los dedos.

Suni aulló y le dio un empujón a Altan para alejarlo de sí. Por un momento, el esperiliano pareció un muñeco de trapo al que hubieran lanzado por el aire, pero aterrizó de pie y se tensó igual que un gato justo cuando Suni volvía a cargar contra él.

Los Cike formaron un círculo alrededor de ellos. Qara apuntaba con una flecha preparada en su arco, lista para atravesarle la frente a Suni. Baji sostenía su rastrillo en alto, pero el gigante y Altan rodaban tan frenéticamente que era imposible que acertara el golpe. Rin cerró los dedos con fuerza alrededor de la empuñadura de su espada.

Altan le asestó una buena patada a Suni en el esternón. Un crujido resonó por toda la sala. El chico retrocedió a trompicones, aturdido. Altan se acuclilló, interponiéndose entre él y el resto de los Cike.

—Retroceded —les dijo con calma.

—Hablan muy alto —dijo Suni. No parecía enfadado. Sonaba asustado—. ¡Hablan muy alto!

Baji y Unegen retrocedieron a regañadientes. Pero Qara permaneció en su posición, con la flecha apuntando a la cabeza de Suni.

—Hablan muy alto —insistió él—. No entiendo lo que dicen.

—Yo puedo decirte todo lo que necesitas saber —dijo Altan en voz baja—. Solo tienes que bajar los brazos, Suni. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Tengo miedo —gimoteó el gigante.

—No apuntamos con flechas a nuestros amigos —espetó Altan sin mover la cabeza.

Qara bajó el arco. Los brazos le temblaban visiblemente.

El esperiliano se acercó lentamente hacia Suni, con los brazos extendidos en señal de súplica.

—Soy yo. Solo soy yo.

—¿Vas a ayudarme? —le preguntó Suni. Su voz no encajaba con su aspecto. Sonaba igual que un niño pequeño, aterrorizado e indefenso.

—Solo si me lo permites —le respondió Altan.

Suni dejó caer los brazos.

A Rin le temblaba la espada entre los dedos. Estaba segura de que Suni iba a partirle el cuello a Altan.

—Hablan muy alto —repitió el chico—. No dejan de decirme que haga cosas. No sé a quién debo escuchar…

—Escúchame a mí —le indicó Altan—. Solo a mí.

Con unos pasos rápidos y enérgicos, acortó la distancia que lo separaba de Suni.

Este se tensó. Qara se apresuró a llevar las manos de nuevo hacia su arco. Rin se agachó, preparada para correr hacia delante.

La enorme mano de Suni se cerró alrededor de la de Altan. El gigante respiró hondo. Altan le tocó la frente con delicadeza y se la acercó a la suya.

—No pasa nada —le susurró—. Estás bien. Eres Suni y formas parte de los Cike. No tienes que escuchar a ninguna de esas voces. Solo tienes que escucharme a mí.

Con los ojos cerrados, Suni asintió. Su respiración agitada se calmó. Una sonrisa torcida apareció en su rostro. Cuando abrió los ojos, aquel salvajismo había desaparecido.

—Hola, Trengsin —le dijo—. Me alegro de que hayas vuelto.

Altan suspiró despacio. A continuación, asintió y le dio una palmadita a Suni en el hombro.

14

—Pues menudo asedio. Todo el día sentados —se quejó Ramsa—. ¿Sabes cuánto hemos combatido en realidad desde que la Federación desembarcó en tropel en la playa? Nada. Solo nos vigilamos los unos a los otros, poniendo a prueba nuestros límites, marcándonos faroles.

Ramsa había reclutado a Rin para que lo ayudase a fortificar los callejones traseros de la intersección cercana al embarcadero.

Estaban transformando poco a poco las calles de Khurdalain en líneas de defensa. Cada casa evacuada se había convertido en un fuerte. Cada intersección había pasado a contar con una trampa de alambre de espino. Habían estado toda la mañana haciendo agujeros en los muros de manera metódica para unir el laberinto de callejuelas en un sistema de transporte transitable del cual solo los nikaras tenían el mapa. Ahora estaban llenando bolsas con arena para proteger los huecos en los muros contra los bombardeos de la Federación.

—Tenía entendido que habías hecho volar por los aires el edificio de una embajada —dijo Rin.

—Eso solo fue una vez —replicó Ramsa—. Y, aun así, es más de lo que ha hecho nadie desde que llegamos aquí.

—¿Quieres decir que la Federación aún no ha atacado?

—Han enviado grupos de exploradores a husmear las fronteras. Pero aún no ha habido ningún movimiento importante de tropas.

—¿Y llevan así todo este tiempo? ¿Por qué?

—Porque Khurdalain está mejor fortificada que Sinegard. Esta ciudad resistió a las dos primeras Guerras de la Amapola, y estoy más que seguro de que resistirá a una tercera. —Se agachó—. Pásame esa bolsa.

Ella la levantó y Ramsa la colocó en lo alto de la fortificación emitiendo un gruñido.

Rin no podía evitar que le cayera bien aquel chaval flacucho, que le habría recordado a un Kitay más joven si su amigo hubiera sido un pirómano con un solo ojo y con una desafortunada pasión por los

explosivos. Se preguntaba cuánto tiempo llevaría con los Cike. Parecía increíblemente joven. ¿Cómo había acabado un niño en un frente de guerra?

—Tienes acento sinegardiano —le dijo.

Él asintió.

—Estuve viviendo allí durante un tiempo. Mi familia trabajaba para la base de la Milicia en la capital. Eran alquimistas; supervisaban la producción de la pólvora.

—¿Y entonces qué haces aquí?

—¿Con los Cike, quieres decir? —Ramsa se encogió de hombros—. Es una larga historia. Mi padre se vio envuelto en un lío político y acabó posicionándose en contra de la emperatriz. Ya sabes cómo son los extremistas. Puede que fuera cosa de los Ópera, pero nunca lo sabré a ciencia cierta. En fin, intentó detonar un proyectil en el palacio, pero terminó volando toda nuestra fábrica. —Se señaló el parche del ojo—. Me quemó el globo ocular. Los guardias de Daji le cortaron la cabeza a cualquiera que estuviera remotamente involucrado. Con ejecución pública y todo.

Rin parpadeó, estupefacta por la facilidad con la que Ramsa lo contaba.

—¿Y qué pasó contigo?

—Yo salí bien parado. Mi padre nunca me contó demasiado de sus planes, así que se dieron cuenta de que no sabía nada y me metieron en Baghra. Creo que consideraron que matar a un niño les haría quedar mal.

—¿En Baghra?

El chico asintió despreocupadamente.

—Los peores dos años de mi vida. Cuando estaba casi a punto de acabar mi condena, la emperatriz vino a verme y me dijo que me dejaría salir si me dedicaba a fabricar munición para los Cike.

—¿Y aceptaste sin más?

—¿Sabes cómo es Baghra? Por aquel entonces, habría hecho cualquier cosa —le respondió—. Baji también estuvo en Baghra. Pregúntale a él.

—¿Por qué lo metieron a él allí?

Ramsa se encogió de hombros de nuevo.

—¿Quién sabe? No lo quiere contar. Aunque solo estuvo allí un par de meses. Pero seamos sinceros…, hasta Khurdalain es mucho mejor que una celda en Baghra. Y el trabajo que hago aquí es una pasada.

Ella le dedicó una mirada de soslayo. Ramsa parecía perturbadoramente entusiasmado con su situación.

Rin decidió cambiar de tema.

—¿De qué iba todo eso que ha pasado en el comedor?

—¿A qué te refieres?

—A lo de… Mmm… —Agitó los brazos en el aire—. El hombre mono.

—¿Qué? Ah, eso es típico de Suni. Lo hace cada dos por tres. Creo que es solo porque le gusta llamar la atención. Altan es bastante bueno con él. Tyr solía encerrarlo durante horas hasta que se calmaba. —Ramsa le pasó otra bolsa—. No dejes que Suni te asuste. Es bastante majo cuando no se vuelve aterrador. Solo le pasa cuando ese dios juega con su mente.

—¿Y tú no eres chamán? —le preguntó Rin.

Él se apresuró a negar con la cabeza.

—No me gusta meterme en esas mierdas. Acaban jodiéndote vivo. Ya has visto a Suni. Mi único dios es la ciencia. Combinar seis partes de azufre con seis partes de nitrato de potasio y una parte de aristoloquia para conseguir pólvora. Predecible. Fiable. No cambia. Entiendo por qué eso otro resulta tan atrayente, de verdad, pero me gusta que mi mente solo sea mía.

Transcurrieron tres días antes de que Rin volviese a hablar con Altan. Este se había pasado gran parte del tiempo ocupado en reuniones con los jefes militares, intentando arreglar las relaciones con la cúpula militar antes de que se deteriorasen aún más. Rin lo veía corriendo de vuelta a su despacho entre una reunión y otra, ojeroso y cabreado. Al fin, Altan envió a Qara a buscarla.

—Ey, estoy a punto de convocar una reunión. Solo quería ver cómo estabas. —El comandante de los Cike no la miró mientras hablaba. Estaba ocupado garabateando algo en un mapa que cubría su mesa—. Siento mucho que no haya podido ser antes, he estado lidiando con todo este follón burocrático.

—No pasa nada. —Rin se retorció las manos. Altan parecía agotado—. ¿Cómo son los jefes militares?

—Prácticamente unos inútiles. —Profirió un ruido de desagrado—. El jefe militar del Buey es un politicucho y el del Carnero es un idiota inseguro que se inclina según la dirección en la que sopla el viento. Jun los tiene bien cogidos de las pelotas a ambos, y en lo único en lo que todos están de acuerdo es en cuánto detestan a los Cike. Por lo que no nos proporcionarán suministros, refuerzos o inteligencia. Y, si dependiese de ellos, no nos dejarían ni entrar en el comedor. Es una forma muy estúpida de librar una guerra.

—Siento que tengas que aguantar todo eso.

—No es problema tuyo. —Levantó la mirada del mapa—. Bueno, ¿qué te parece tu división?

—Son raros —respondió Rin.

—¿Ah, sí?

—Ninguno de ellos parece estar al tanto de que estamos en una zona de guerra. —Decidió reformular lo que había respondido antes. Todos los soldados de las otras divisiones con los que se había encontrado tenían el gesto sombrío y parecían agotados. Sin embargo, los Cike hablaban y se comportaban de un modo que los hacía parecer niños inquietos, más aburridos que asustados, desequilibrados y nada conscientes de la realidad.

—Son asesinos a sueldo —le dijo Altan—. Son insensibles al miedo. Todos menos Unegen, que se asusta por todo. Pero es normal que el resto de los Cike se comporten como si no entendieran por qué los demás están tan atemorizados.

—¿Por eso los odia la Milicia?

—La Milicia nos odia porque tenemos acceso ilimitado a drogas psicodélicas, podemos hacer cosas que ellos no pueden hacer y no comprenden por qué. Es muy complicado justificar el comportamiento de los Cike ante personas que no creen en los chamanes —le explicó el comandante.

Rin podía entender a la Milicia. Los ataques de ira de Suni eran frecuentes y públicos. Qara les hablaba en susurros a sus aves delante de los otros soldados. Y cuando se había corrido la voz de la auténtica colección de alucinógenos que amasaba Enki, se había armado una buena. Los soldados de las divisiones no comprendían por qué solo los Cike podían tener acceso a la morfina.

—¿Y por qué no intentas explicárselo? —preguntó—. Me refiero a cómo funciona el chamanismo.

—¿Es que acaso esa es una conversación fácil de mantener? Créeme, acabarán entendiéndolo pronto. —Altan le dio un golpecito a su mapa—. Pero ¿a ti te están tratando bien? ¿Has hecho amigos?

—Ramsa me cae bien —comentó ella.

—Es encantador. Como un cachorrito nuevo. Te parecerá adorable hasta que se te mee en los muebles.

—¿Hace eso?

—No, pero una vez se cagó en la almohada de Baji. Así que no lo cabrees. —El esperiliano hizo una mueca.

—¿Cuántos años tiene? —Rin necesitaba saberlo.

—Por lo menos doce. Probablemente no tenga más de quince. —Altan se encogió de hombros—. Baji tiene la teoría de que en realidad es un hombre de cuarenta años que no envejece, porque nunca hemos visto que crezca en altura. Pero no es tan maduro como para tener esa edad.

—¿Y lo metes en zonas de combate?

—El sólito se mete en zonas de combate —le dijo—. Si no, prueba a intentar detenerlo. ¿Has conocido al resto? ¿Algún problema?

—Ninguno —se apresuró a decir Rin—. Todo va bien, es solo que…

—No son graduados de Sinegard —terminó él por ella—. No tienen ninguna rutina. Ni disciplina. Nada de eso a lo que tú estás acostumbrada. ¿No es así?

Rin asintió.

—No puedes verlos como si fueran la Decimotercera División. No puedes dirigirlos como si fueran tropas terrestres. Son piezas de ajedrez, ¿vale? Solo que son inestables y tienen demasiado poder. Baji es el más competente y seguramente él debería ser el comandante, pero se distrae ante cualquier cosa con piernas. A Unegen se le da bien recabar información, pero teme hasta a su propia sombra. No domina el combate abierto. Aratsha es inútil a no ser que te encuentres justo al lado de una masa de agua. A Suni siempre conviene tenerlo en la batalla, pero no es nada sutil, así que no puedes asignarle ninguna otra cosa. Qara es la mejor arquera que he visto nunca y probablemente la más útil de todo el grupo, pero es mediocre en el cuerpo a cuerpo. Y Chaghan es una bomba psicoespiritual andante, pero solo cuando está aquí. —Altan alzó las manos—. Ponlos a todos juntos e intenta formular una estrategia entonces.

Rin bajó la mirada hacia las marcas que él había dibujado en el mapa.

—Pero ¿a ti se te ha ocurrido algo?

—Eso creo. —Altan esbozó una sonrisa—. ¿Por qué no llamamos al resto?

Ramsa fue el primero en llegar. Olía sospechosamente a pólvora, aunque Rin no se imaginaba de dónde podría haber sacado más. Baji y Unegen aparecieron unos minutos después, cargando entre ambos con el barril de Aratsha. Qara llegó con Enki, discutiendo acaloradamente sobre algo en el idioma de la chica. Cuando vieron a los demás, se apresuraron a guardar silencio. Suni fue el último en presentarse, y Rin se alegró de que tomara asiento en el extremo contrario de la estancia.

El despacho de Altan solo contaba con una silla, así que se sentaron formando un círculo en el suelo, como si fueran niños en el colegio. Aratsha se bamboleaba visiblemente en un rincón, cerniéndose sobre ellos como una grotesca planta acuática.

—El equipo al completo se reúne de nuevo —dijo Ramsa alegremente.

—Falta Chaghan —comentó Baji—. ¿Cuándo volverá? ¿Qara? ¿Ubicación estimada?

La joven lo miró con el ceño fruncido.

—Olvídalo —respondió Baji.

—¿Estamos todos? Bien. —Altan entró en el despacho cargando con un mapa enrollado en una mano. Lo extendió sobre su mesa y luego procedió a clavarlo en la pared más alejada. Los lugares más emblemáticos de la ciudad se encontraban marcados con tinta roja y negra, rodeados con círculos de distintos tamaños—. Esta es nuestra posición en Khurdalain —dijo. Señaló hacia los círculos negros—. Estos somos nosotros. —Y luego, a los rojos—. Esto es Mugen.

A Rin, los mapas le recordaban al wikki, un juego que era una variante del ajedrez que Irjah les había enseñado en clase de Estrategia en su tercer año. El wikki no implicaba una confrontación directa, sino que más bien consistía en conseguir el dominio mediante el cerco estratégico. De momento, tanto Nikan como la Federación habían estado evitando un enfrentamiento directo. En su lugar, se limitaban a ocupar espacios vacíos en la complicada red de canales que formaban Khurdalain para obtener una relativa ventaja. Las fuerzas enfrentadas mantenían un frágil equilibrio entre ellas, subiendo las apuestas poco a poco según iban llegando los refuerzos de ambos bandos a la ciudad.

—Ahora el muelle se ha convertido en la principal línea de defensa. Hemos aislado los barrios civiles de los campamentos que la Federación tiene en la playa. No han intentado adentrarse más hacia el interior porque las tres divisiones están concentradas justo en la desembocadura del río Sharhap. Pero ese equilibrio solo se mantendrá mientras el enemigo no sepa exactamente cuáles son nuestras cifras. No estamos seguros de la información que tienen, pero suponemos que saben que en campo abierto estaríamos bastante igualados. Después de lo de Sinegard, las fuerzas de la Federación no quieren arriesgarse a una confrontación directa. No quieren perder soldados antes de iniciar su campaña hacia el interior. Solo atacarán cuando tengan la certeza de que las cifras están de su parte.

Altan señaló un lugar en el mapa en el que había trazado un círculo sobre un área al norte de donde se encontraban.

—Dentro de tres días, la Federación traerá una flota para brindar apoyo a las tropas estacionadas en el río Sharhap. Su buque de guerra descargará doce sampanes con hombres, suministros y pólvora hasta la costa. Las aves de Qara los han visto navegando por el estrecho. A la velocidad a la que van, creemos que llegarán después del atardecer del tercer día —anunció—. Quiero hundirlos.

—Y yo quiero acostarme con la emperatriz. —Baji miró a su alrededor—. Perdonad, creía que estábamos expresando nuestras fantasías en voz alta.

A Altan no pareció hacerle gracia.

—Fíjate en tu mapa —insistió Baji—. El Sharhap está plagado de hombres de Jun. No puedes atacar a la Federación sin que se produzca una escalada. Esto los obligaría a actuar. Y los jefes militares no te apoyarán. No están listos. Quieren esperar a que llegue la Séptima División.

—No van a desembarcar en el Sharhap —respondió el esperiliano—. Van a atracar en el Murui. Muy alejados del muelle pesquero. Los civiles no se acercan al Murui; el hecho de que la orilla sea llana implica que hay una amplia zona intermareal y que la marea sube rápido. Es decir, no hay una costa fija. Tendrán dificultades a la hora de descargar. Y el terreno que hay más allá de las playas no es el ideal. Está surcado de ríos y arroyos, y apenas hay algún camino decente.

Baji parecía confuso.

—Entonces, ¿por qué diantres van a desembarcar allí?

El comandante se mostró complacido.

—Precisamente por las mismas razones por las que la Primera y la Octava están reuniendo a las tropas cerca del Sharhap: ese es el lugar de desembarco más obvio. La Federación no cree que haya nadie vigilando el Murui. Pero, claro, no han contado con las aves parlantes.

—Muy buena —dijo Unegen.

—Gracias. —Qara parecía orgullosa.

—La costa del Murui lleva hasta un denso entramado de canales de irrigación cerca de un arrozal. Atraeremos a los barcos todo lo posible hacia la tierra y Aratsha los hará encallar al invertir la dirección de las corrientes para dejarlos sin ruta de escape.

Todos miraron hacia Aratsha.

—¿Puedes hacer eso? —le preguntó Baji.

La masa acuosa que formaba la cabeza de Aratsha se balanceó de un lado a otro.

—¿Con una flota de ese tamaño? No será fácil. Puedo conseguiros media hora. Una como máximo.

—Eso es más que suficiente —dijo Altan—. Si logramos apiñarlos a todos, se incendiarán en cuestión de segundos. Pero tenemos que acorralarlos en el estrecho. Ramsa, ¿puedes crear una distracción?

Ramsa le lanzó a Altan algo redondo en el interior de una bolsa por encima de la mesa.

El comandante lo cogió, abrió la bolsa y puso una cara rara.

—¿Qué es esto?

—Es la bomba mágica quemahuesos de aceite de fuego —declaró Ramsa—. El nuevo modelo.

—Guay. —Suni se inclinó hacia la bolsa—. ¿Qué contiene?

—Aceite de tung, sal amoniacal, jugo de cebolleta y heces. —El chico recitó los ingredientes con entusiasmo.

Altan parecía ligeramente alarmado.

—¿De quién son las heces?

—Eso no es importante —se apresuró a decir Ramsa—. Esto puede dejar fuera de combate a un pájaro que vuele a quince metros de altura. Puedo plantar también algunos proyectiles de bambú, pero os costará prenderlos debido a la humedad.

Altan arqueó una ceja.

—Ah, claro. —Ramsa soltó una risita—. Me encantan los esperilianos.

—Aratsha invertirá la dirección de las corrientes para atraparlos —prosiguió Altan—. Suni, Baji, Rin y yo defenderemos desde la costa. La visibilidad del enemigo se verá reducida debido a la combinación del humo y la niebla, así que creerán que somos un escuadrón mucho más grande de lo que somos en realidad.

—¿Qué pasará si intentan asaltar la costa? —preguntó Unegen.

—No pueden hacerlo —comentó Altan—. Es una marisma. Se hundirían en la ciénaga. Por la noche les será imposible dar con tierra firme. Defenderemos los puntos clave en equipos de dos. Qara y Unegen separarán algunos barcos con suministros de la parte trasera de la vanguardia y los arrastrarán de vuelta al canal principal. Lo que no podamos llevarnos, lo quemaremos.

—Hay un problema —dijo Ramsa—. No me queda pólvora. Los jefes militares no quieren compartir.

—Yo me encargaré de los jefes militares —le aseguró Altan—. Tú sigue fabricando esas bombas de mierda.

El gran estratega militar Sun Tzu escribió que el fuego debía ser empleado en una noche seca, cuando las llamas pudieran extenderse ante la más mínima provocación. El fuego debía ser usado cuando se tenía el viento en contra para que este pudiera trasladar su elemento hermano, el humo, hacia el campamento enemigo. El fuego debía ser empleado en una noche despejada, cuando no hubiera riesgo de lluvia que pudiera apagar las llamas.

El fuego no debía emplearse en una noche como aquella, cuando los vientos húmedos de la playa podían impedir que se extendiera, cuando ser sigiloso era de máxima importancia y hasta una luz procedente de una antorcha podía delatar su presencia.

Pero aquella noche no iban a hacer uso de un fuego normal. No necesitaban algo tan rudimentario como la leña y el aceite. No necesitaban antorchas. Contaban con esperilianos.

Rin se agachó al lado de Altan entre los juncos, con los ojos fijos en el cielo del ocaso mientras aguardaba la señal de Qara. Estaban tumbados sobre sus estómagos, pegados al banco de lodo. El barro húmedo le empapaba la fina túnica, y la turba emitía un olor tan fuerte a huevos podridos que solo podía evitar las arcadas respirando por la boca.

En la orilla opuesta, Rin pudo ver a Suni y a Baji arrastrándose por el río y agachándose entre los juncos. Entre los dos estaban acaparando las únicas dos franjas de tierra firme del arrozal, dos segmentos estrechos de turba seca que se hundían en el pantano como si fueran dedos.

La densa niebla, que habría humedecido cualquier combustible corriente, les proporcionaba ventaja. Le sería de gran ayuda a la Federación durante su desembarco anfibio, pero también les servía a los Cike para ocultarse y para exagerar sus cifras.

—¿Cómo sabías que habría niebla? —le susurró Rin a Altan.

—La hay cada vez que llueve. Es la época más húmeda para los arrozales. Las aves de Qara llevan rastreando el movimiento de las nubes durante toda una semana —le explicó—. Conocemos el pantano a la perfección.

La atención al detalle de Altan era extraordinaria. Los Cike empleaban un sistema de señales y avisos que Rin jamás habría sido capaz de descifrar si no hubiera sido porque la habían formado sin tregua el día anterior. Cuando el halcón de Qara pasó volando por encima de ellos, fue la señal para que Aratsha comenzara con su sutil manipulación de las corrientes de agua. Media hora antes de aquello, un búho había volado bajo sobre el río, indicándoles a Baji y a Suni que ingirieran un puñado de setas coloridas. La droga les haría efecto justo cuando se acercara la hora estimada de la llegada de la flota.

«Los aficionados se obsesionan con la estrategia», le había dicho Irjah una vez a su clase. «Los profesionales se obsesionan con la logística».

Rin se había tragado un puñado de semillas de amapola tras ver la primera señal de Qara. Le costó que le bajaran por la garganta, pero se asentaron bien en su estómago. Notó sus efectos cuando se puso en pie. Se había colocado lo suficiente como para sentir la cabeza algo ligera, pero no estaba tan mareada como para no poder empuñar la espada.

Altan no ingirió nada. Por algún motivo, no parecía necesitar

ninguna droga para llamar al Fénix. Invocaba el fuego con la misma naturalidad con la que se pondría a silbar. Era una extensión de él mismo que podía manipular sin necesidad de concentrarse.

Se oyó un leve crujido por encima de ellos. Rin apenas pudo reconocer la silueta del halcón de Qara, que pasaba por segunda vez para alertarlos de la llegada de la Federación. Escuchó un débil chapoteo procedente del canal.

Entornó la vista y no vio ninguna flota de barcos, sino una fila de soldados de la Federación; contra todo pronóstico, iban caminando por el río, con el agua a la altura de los hombros. Cargaban con tablones de madera sobre sus cabezas.

Rin comprendió entonces que se trataba de ingenieros. Iban a usar esas planchas para crear puentes y así poder descargar los suministros de la flota en tierra firme. «Inteligente», pensó. Cada ingeniero portaba una lámpara impermeable con la que iluminaba el turbio canal, lanzando un resplandor sobrenatural sobre el mismo.

Altan les hizo una seña a Suni y a Baji para que se agacharan aún más contra el suelo, de modo que resultara imposible atisbarlos entre los juncos. Las altas hierbas rozaron los lóbulos de las orejas de Rin y le hicieron cosquillas, pero ella no se movió.

Entonces, justo en la desembocadura del canal, la chica vislumbró el débil parpadeo de una señal luminosa. Al principio, solo podía ver el barco que iba al frente.

Pero luego vio a toda la flota emerger de entre la niebla.

Se puso a contar por lo bajo. La flota estaba constituida por doce barcos: sampanes de río elegantes y de buena construcción, cada uno ocupado por ocho hombres sentados en línea recta; en el centro de cada embarcación, se erigían columnas formadas por baúles cargados de suministros apilados unos encima de otros.

La flota se detuvo en una bifurcación del río. La Federación tenía dos opciones: uno de los canales los conduciría a una amplia bahía donde podrían descargar con relativa facilidad; el otro los desviaría hacia la laberíntica marisma, donde los esperaban escondidos los Cike.

Estos necesitaban obligar a la flota a que tomara el camino de la izquierda.

Altan alzó un brazo y lo echó rápidamente hacia delante, como si quisiera hacer restallar un látigo. Unos tentáculos de llamas bañaron sus manos, extendiéndose en todas direcciones como serpientes luminosas. Rin escuchó un breve chisporroteo cuando el fuego atravesó los juncos.

Entonces, con un silbido agudo, el primer proyectil de Ramsa estalló en el cielo nocturno.

Ramsa había preparado el pantano para que cada proyectil prendido encendiera el siguiente de forma secuencial, dejando varios segundos entre cada explosión. Incendiaron el pantano con un hedor horrible y pestilente que era más fuerte incluso que el olor sulfuroso de la turba.

—Por las tetas del Tigre —murmuró Altan—. No bromeaba con lo de las heces.

Las explosiones continuaron, una reacción en cadena de pólvora que simulaba el ruido y la devastación que habría provocado un ejército que no existía en realidad. En el otro extremo del río se detonaron las bombas de bambú, produciendo un sonido similar al de los truenos. Una sucesión de proyectiles de fuego más pequeños explotaron con unos estallidos atronadores y emitieron unas enormes columnas de humo; no incendiaron nada, pero sirvieron para confundir a los soldados de la Federación y obstruirles la visión, de modo que sus barcos no pudieran ver hacia dónde se dirigían.

La conmoción condujo al enemigo directamente a la zona muerta que había creado Aratsha. Cuando estalló la primera bengala, los barcos viraron enseguida para apartarse del origen de las explosiones. Chocaron unos contra otros, amontonándose y bloqueando el estrecho arroyo a medida que la flota avanzaba torpemente hacia delante. Los altos arrozales, que llevaban sin cosecharse desde que había comenzado el asedio, obligaron a los barcos a apelotonarse.

Al darse cuenta de su error, el capitán de la Federación ordenó a sus hombres que diesen media vuelta, pero los gritos de pánico resonaron a lo largo de los barcos según iban percatándose de que no podían moverse.

La Federación estaba atrapada.

Entonces, llegó el momento del verdadero ataque.

Mientras los proyectiles de fuego seguían saliendo disparados en dirección a la flota de la Federación, una serie de flechas en llamas surcaron el cielo nocturno y se estrellaron contra los baúles de cargamento. La descarga de flechas fue tan rápida que dio la sensación de que había todo un escuadrón escondido en el pantano, disparando desde distintas direcciones. Pero Rin sabía que aquello era tan solo obra de Qara, que se había instalado de forma segura en la orilla opuesta y disparaba con la rapidez cegadora de una cazadora entrenada de las regiones interiores.

A continuación, Qara atacó a los ingenieros. Acertó en la frente a más de uno, provocando el derrumbe del puente provisional con una destreza increíble.

Al ser atacada por fuego enemigo desde todos los flancos, la flota

de la Federación comenzó a arder.

Los soldados, presa del pánico, abandonaron sus embarcaciones en llamas. Saltaron hacia la orilla, solo para acabar estancados en el pantano fangoso. Los hombres resbalaron y cayeron en el agua del arrozal, que les llegaba hasta la cintura y se colaba dentro de sus pesadas armaduras. Entonces, tras un susurro de Altan, los juncos a lo largo de la orilla también estallaron en llamas, rodeando a la Federación en una trampa mortal.

Aun así, algunos consiguieron alcanzar la ribera contraria. Un grupo de soldados, unos diez o veinte, lograron llegar a tierra firme…, solo para encontrarse allí con Suni y Baji.

Rin se había estado preguntando cómo pretendían defender ellos solos toda aquella franja de turba. Eran solo dos y, por lo que sabía sobre sus habilidades como chamanes, no podían controlar un elemento de gran alcance como lo hacían Altan o Aratsha. Además, el enemigo los superaría en número indudablemente.

No debería haberse preocupado.

Aplastaron a los soldados como si fueran rocas rodando por un trigal.

Bajo la luz mortecina del fuego de Ramsa, Suni y Baji eran un borrón en movimiento que recordaba a un frenético combate representado en un teatro de sombras.

Eran todo lo opuesto a su comandante. Altan luchaba con la elegancia adquirida de un experto en artes marciales.

Se movía como una columna de humo, como un bailarín. Por el contrario, Baji y Suni eran un ejemplo de brutalidad, parangones de fuerza pura y destemplada. No empleaban ninguna de las formas de Seejin. El único principio por el que se regían era el de destrozar todo lo que los rodeaba, algo que hacían con abandono, derribando a los hombres que llegaban a la orilla en cuanto estos ponían un pie en tierra.

Un experto en artes marciales entrenado en Sinegard valía por cuatro hombres de la Milicia. Sin embargo, Suni y Baji valían al menos por diez hombres cada uno.

Baji rebanaba cuerpos del mismo modo en que el cocinero de una cantina cortaría las verduras. Su absurdo rastrillo de nueve puntas, difícil de manejar en manos de cualquier otro soldado, se transformaba en una máquina de matar en las suyas. Atrapaba las hojas de las espadas entre las nueve puntas, y lograba hacerse con tres o cuatro armas al mismo tiempo antes de arrancárselas a sus adversarios de las manos.

Su dios no hacía que sufriera una transformación evidente, pero

luchaba con la furia de un berserker, como un verdadero jabalí salvaje sediento de sangre.

Suni peleaba sin ningún arma. Aunque ya era enorme de por sí, parecía haber crecido hasta llegar a alcanzar el tamaño de un pequeño gigante, extendiéndose hasta una altura de más de tres metros. No debería haber sido posible que desarmara a hombres que empuñaban espadas de acero del modo en el que lo hacía, pero era tan terriblemente fuerte que, en comparación, sus contrincantes parecían niños.

Rin pudo observar cómo Suni tomaba las cabezas de dos de los soldados que más cerca le quedaban y las golpeaba la una contra la otra. Explotaron como si fueran melones maduros. La sangre y la materia gris salpicaron en todas direcciones, empapando el torso del inmenso Cike por completo. Sin embargo, este apenas se detuvo a limpiarse la sangre de la cara antes de girarse para hundir el puño en la cabeza de otro soldado.

Una capa de pelaje había surgido en sus brazos y su espalda, algo que parecía funcionar como un escudo orgánico, repeliendo el metal. Un soldado clavó su lanza en la espalda de Suni, atacándolo por detrás, pero la hoja rebotó y se desvió hacia un lateral. El gigante se giró sobre sus talones y se inclinó ligeramente. Envolvió la cabeza del soldado con los brazos y se la arrancó de cuajo del cuerpo con tanta facilidad como si hubiera estado girando la tapa de un tarro.

Cuando se volvió de nuevo hacia la ciénaga, Rin pudo verle los ojos bajo la luz del fuego. Los tenía completamente negros.

La chica se estremeció. Aquellos ojos eran los de una bestia. Fuera lo que fuese lo que estaba luchando en la orilla, no era Suni. Se trataba de alguna clase de entidad ancestral, retorcida y maliciosa, extasiada por que le hubieran dado rienda suelta para destrozar cuerpos humanos como si fuesen juguetes.

—¡A la otra orilla! ¡Id hacia la otra orilla!

Un grupo de soldados se separaron de la flota encallada y, nadando con desesperación, se acercaron a la orilla donde se encontraban Altan y Rin.

—Nos toca, pequeña —le dijo Altan antes de salir de entre los juncos, haciendo girar el tridente entre sus manos.

Rin se levantó corriendo y se tambaleó cuando los efectos de la amapola la golpearon como si le hubieran dado con un garrote en un lateral de la cabeza. Se balanceó. Era consciente de que se hallaba en una situación peligrosa. A no ser que invocara a su dios, la amapola solo serviría para inutilizarla en la batalla, dejándola drogada y desorientada. Pero, cuando buscó el fuego en su interior, no encontró

nada.

Probó con un cántico en la antigua lengua de Speer que Altan le había enseñado. No entendía las palabras. Ni siquiera su comandante las comprendía del todo, pero eso no importaba. Lo importante eran los sonidos ásperos, la repetición de mantras que sonaban igual que si estuviera escupiendo. La lengua de Speer era primitiva, gutural y salvaje. Sonaba como una maldición. Sonaba como una condena.

Pese a ello, sirvió para acallar su mente, la llevó hasta el núcleo de sus turbulentos pensamientos y la ayudó a establecer contacto directo con el Panteón en el cielo.

No obstante, Rin no sintió que cayera hacia el vacío. No escuchó ningún silbido en sus oídos. No ascendía a ninguna parte. Accedió a su propio interior, buscando la conexión con el Fénix y… Nada. No sintió nada.

Algo voló por los aires y acabó incrustado en el barro ante sus pies. Lo examinó con gran dificultad, como si estuviera mirándolo a través de una densa niebla. Al fin, su mente drogada identificó lo que era: se trataba de una flecha.

La Federación les estaba devolviendo los disparos.

Fue ligeramente consciente de que Baji le estaba gritando desde el otro lado del canal. Intentó librarse de las distracciones y dirigir su mente hacia su interior, pero el pánico le bullía en el pecho. No podía concentrarse. Se fijó en todo a la vez: en las aves de Qara, en los soldados que avanzaban hacia ellos, en los cuerpos que cada vez estaban más y más cerca de la orilla.

Al otro lado de la bahía escuchó un grito sobrenatural. Suni profirió una serie de chillidos agudos, como los de un mono trastornado, se golpeó el pecho con los puños y aulló hacia el cielo nocturno.

A su lado, Baji echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada que también sonó sobrenatural. Estaba demasiado alegre, más pletórico de lo que nadie debería estar en mitad de una matanza como esa. Y Rin se dio cuenta de que aquella no era la risa de Baji, sino la del dios en su interior, que consideraba que ese derramamiento de sangre era en honor a él.

Baji levantó un pie y empujó a los soldados de vuelta al agua, haciéndolos caer como fichas de dominó. Los tiró al río, donde se agitaron y forcejearon contra el pantano húmedo.

¿Quién controlaba a quién? ¿Era el soldado el que había invocado al dios o el dios el que se apoderaba del cuerpo del soldado?

Rin no quería que la poseyeran. Quería seguir siendo libre.

Pero la disonancia cognitiva apareció de golpe en su cabeza. Tres

series de órdenes competían por imponerse en su mente: Jiang diciéndole que no pensara en nada; la insistencia de Altan por que se concentrara en su rabia y la usara como una cuchilla, y su propio miedo a dejar que el fuego volviera a atravesarla, porque una vez que hubiera comenzado, no sabría cómo detenerlo.

Pero no podía quedarse allí parada sin más.

«Venga, venga…». Buscó las llamas y no las encontró. Estaba atascada a medio camino entre el Panteón y el mundo material, incapaz de llegar completamente a ninguno de los dos. Había perdido del todo el sentido del equilibrio. Estaba desorientada, navegaba por su cuerpo como si lo hiciera de forma remota desde un lugar muy lejano.

Algo frío y viscoso se aferró a sus tobillos. Rin saltó hacia atrás justo cuando un soldado comenzaba a salir del agua. El hombre aspiraba el aire con jadeos roncos. Debía de haber estado conteniendo la respiración mientras recorría todo el canal.

Vio a Rin, gritó y cayó hacia atrás.

Lo único de lo que ella se percató fue de lo joven que parecía. No se trataba de un soldado curtido y entrenado. Era muy probable que ese fuera su primer combate; ni siquiera se le había ocurrido desenfundar su arma.

Rin se acercó a él lentamente, caminando como si estuviera dentro de un sueño. Era como si la mano con la que sostenía la espada no le perteneciera. Como si el arma la estuviera bajando el brazo de otra persona, como si fuera el pie de otro el que estuviera golpeando al soldado en el hombro…

El joven fue más rápido de lo que ella esperaba. Se arrastró por el suelo y le dio una patada en la rótula, tirándola al barro. Antes de que Rin pudiera reaccionar, el soldado se le echó encima y la inmovilizó con las rodillas.

Rin levantó la mirada. Los ojos de ambos se encontraron.

La cara del soldado, redonda y lisa como la de un niño, transmitía un miedo visceral. Apenas era un poco más alto que ella. No podía ser mayor que Ramsa.

El chico buscó a tientas su cuchillo y tuvo que pegárselo contra el estómago para poder agarrarlo mejor antes de bajarlo hasta…

Tres puntas de metal lo atravesaron por encima de la clavícula, perforándole la zona en la que la tráquea se unía a los pulmones. La sangre le salió a borbotones por la boca. Cayó de espaldas en el pantano.

—¿Estás bien? —le preguntó Altan.

Delante de ellos, el soldado se agitaba y gorgoteaba de forma

lastimera. Altan le había acertado dos centímetros y medio por encima del corazón, privándolo de la piedad que suponía una muerte inmediata y condenándolo a ahogarse en su propia sangre.

Rin asintió sin decir nada, palpando el barro en busca de su espada.

—Quédate agachada —le dijo su comandante—. Y apártate.

La empujó detrás de él con más fuerza de la necesaria. Rin se tambaleó contra los juncos y luego levantó la vista justo a tiempo para ver cómo Altan se prendía fuego como una antorcha.

El efecto fue como el de un fósforo encendido con aceite. Las llamas surgieron de su pecho, se le extendieron por los hombros desnudos y formaron riachuelos. Lo rodearon, lo protegieron. Era una antorcha humana. Su fuego adquirió la forma de un par de alas gigantescas que se desplegaron con grandiosidad a su alrededor. El agua emitía vapor en un radio de un metro y medio desde el punto en el que él se encontraba.

Rin tuvo que cubrirse los ojos.

Aquello era un esperiliano en todo su esplendor. Era un dios en el interior de un hombre.

Altan repelió a los soldados como una ola. Estos recularon. Preferían jugársela dentro de sus navíos en llamas antes que contra esa aterradora aparición.

El esperiliano avanzó hacia ellos, provocando que la carne se les desprendiera del cuerpo.

Rin no podía soportar ver eso y, aun así, tampoco podía apartar la mirada.

Se preguntó si ella habría ardido de ese modo en Sinegard.

Sin duda, en aquel momento, con las llamas saliendo por todos y cada uno de los orificios de su cuerpo, Rin no habría parecido tan maravillosamente elegante. Cuando Altan se movió, sus alas ardientes giraron y lo siguieron como si fueran un reflejo de él, barriendo indiscriminadamente por encima de la pequeña flota y prendiendo fuego a todo.

Tenía sentido que los Cike se transformaran en manifestaciones andantes de sus dioses, pensó la chica absurdamente.

Cuando Jiang le había enseñado a acceder al Panteón, tan solo le había explicado cómo arrodillarse ante las deidades.

Pero los Cike las hacían bajar consigo al mundo de los mortales y, cuando esto sucedía, eran destructivas, caóticas y terribles. Cuando los chamanes de los Cike rezaban, no les pedían a los dioses que hicieran cosas por ellos, sino que les suplicaban que actuaran a través de ellos. Cuando abrían sus mentes a los cielos, pasaban a convertirse en

receptáculos para los dioses que ellos mismos habían elegido.

Cuanto más se movía Altan, con más intensidad ardía, como si el propio Fénix estuviese quemándolo lentamente para reducir la brecha entre el mundo de los sueños y el material. Cualquier flecha que le lanzaran acababa siendo inservible al entrar en contacto con el fuego, acababa tirada a un lado chisporroteando sin más en las aguas pantanosas.

A Rin le atemorizaba un poco que Altan fuera a arder por completo, consumido por las llamas hasta que no quedara nada más que fuego.

En ese momento, la idea de que hubieran podido masacrar a los esperilianos se le antojaba imposible de creer. Qué maravilloso debía de haber sido un ejército de esperilianos. Un regimiento entero de guerreros que ardieran de la misma forma gloriosa en que lo hacía Altan… ¿Cómo habían sido capaces de erradicar a aquella raza? Un esperiliano causaba terror, pero miles de ellos habrían sido imparables. Habrían podido hacer arder el mundo entero.

Daba igual qué tipo de armamento hubieran usado en la matanza de Speer, los soldados de la Federación no parecían tan poderosos en ese instante. Su flota estaba en completa desventaja: arrinconada por todas partes, con el fuego cerniéndose sobre ella, una ciénaga fangosa a sus pies y auténticos dioses bloqueando las únicas franjas de tierra firme a la vista.

Los barcos atascados habían comenzado a arder con intensidad. Los baúles de uniformes, mantas y medicamentos humeaban y crepitaban, emitiendo espesas columnas de humo que cubrían el pantano como una mortaja impenetrable. Los soldados que aún estaban en los barcos se doblaron por la cintura, ahogándose. Y los que se hallaban hacinados en las aguas poco profundas comenzaron a gritar cuando el agua empezó a hervir a causa del calor de aquel infierno llameante.

Era una absoluta carnicería. Era hermoso.

El plan de Altan había sido brillante en su concepción. En circunstancias normales, un escuadrón de ocho personas no podría haber tenido la más mínima esperanza al enfrentarse a esas probabilidades. Pero Altan había elegido un campo de batalla en el que todas las ventajas que podía tener la Federación quedaban anuladas por su entorno y, por el contrario, las de los Cike se veían amplificadas.

Al final, todo se reducía a que la división más pequeña de la Milicia había acabado con toda una flota.

Altan no perdió el equilibrio cuando se subió al barco que se

encontraba al frente de todos los demás. Recorrió el suelo inclinado con tanta elegancia que cualquiera habría dicho que estaba caminando por tierra firme. Mientras los soldados de la Federación se tambaleaban y se alejaban, él blandía una y otra vez su tridente, haciendo correr la sangre y silenciando los gritos.

Los soldados se levantaban y caían ante él como devotos. Altan los partía por la mitad como si fuesen juncos.

Cayeron al agua, y los gritos se volvieron cada vez más fuertes. Rin los vio hervir hasta morir, vio cómo se les escaldaba la piel hasta adoptar un tono rojo burbujeante, como el caparazón de un cangrejo, para luego estallar. Acababan cocidos por dentro y por fuera, con los ojos desorbitados debido a la agonía.

Ella había combatido en Sinegard. Había incinerado a un general con sus propias llamas. Sin embargo, en ese momento, apenas podía comprender la destrucción que Altan causaba a su paso de forma tan despreocupada. Luchaba a un nivel que ningún humano debería alcanzar.

El único que no gritó fue el capitán de la flota. Tampoco saltó al agua para huir del esperiliano, sino que permaneció tan erguido y orgulloso como si estuviera en su barco un día cualquiera, y no entre los restos en llamas del mismo.

El capitán desenvainó su espada despacio y la interpuso entre ambos.

Era imposible que venciera a Altan en combate, pero a Rin le parecía curiosamente honorable que fuera a intentarlo.

El capitán movió los labios con rapidez, como si estuviera murmurando un conjuro hacia la oscuridad. Rin llegó a preguntarse si el hombre sería también un chamán, pero cuando logró descifrar lo que decía en aquel frenético mugenés, se dio cuenta de que estaba rezando.

—No soy nada en comparación con la gloria del emperador. Gracias a él, soy puro. Gracias a él, tengo un propósito. Es un honor servirle. Es un honor vivir. Es un honor morir. Por Ryohai. Por Ryohai. Por…

Altan pasó por encima del timón carbonizado. Las llamas le envolvieron las piernas, lo rodearon, pero no podían herirle.

El capitán se llevó su espada al cuello.

Altan se lanzó hacia delante en el último momento, consciente de pronto de lo que el hombre pretendía hacer. Sin embargo, estaba demasiado lejos como para alcanzarlo.

El capitán se hundió la hoja de la espada desde un lateral con un movimiento brusco y circular. Miró a Altan a los ojos y, un momento

antes de que su mirada se quedase sin vida, Rin creyó ver en ella un brillo triunfal. Entonces, su cadáver cayó al pantano.
Cuando Aratsha dejó de ejercer su poder, los restos que flotaron a la deriva en el mar Nariin fueron un revoltijo humeante de barcos carbonizados, suministros inservibles y hombres destrozados.

Altan ordenó la retirada antes de que los soldados de la Federación pudieran reagruparse. Habían escapado muchos más de los que habían muerto, pero el objetivo de los Cike nunca había sido destruir un ejército. Hundir sus suministros era suficiente.

No obstante, no los habían hundido todos. En mitad de la reyerta, Unegen y Qara habían separado dos barcos de la retaguardia y los habían escondido en un canal interior. Los Cike habían subido a bordo de esos barcos y Aratsha los había impulsado a través de los estrechos canales de Khurdalain hacia un recoveco céntrico, no muy lejos del muelle.

Cuando regresaron, Ramsa se acercó corriendo hasta ellos.

—¿Ha funcionado? —quiso saber—. ¿Han funcionado las bengalas?

—De maravilla. Buen trabajo, chaval —le dijo Altan.

Ramsa soltó un grito victorioso. Altan le dio una palmada en la espalda y el chico le sonrió de oreja a oreja. Rin pudo vérselo claramente reflejado en el rostro: Ramsa adoraba a su comandante como si fuese su hermano mayor.

Era difícil no sentirse así. Altan era tan competente, tan despreocupadamente brillante, que ella misma no quería hacer otra cosa más que complacerlo. Era estricto a la hora de dar órdenes y parco en elogios, pero, cuando los daba, era una sensación maravillosa. Rin los quería, los anhelaba como si fuesen cosas tangibles.

La próxima vez. La próxima vez no sería un lastre. Aprendería a canalizar toda su rabia a su antojo, aunque se arriesgara a perderse a sí misma en el proceso.

Esa noche lo celebraron con un saco de azúcar que habían tomado de uno de los barcos robados. El comedor estaba cerrado y no tenían nada sobre lo que espolvorear el azúcar, así que se lo comieron a cucharadas. En el pasado, a Rin aquello le habría parecido asqueroso, pero ahora se lo comía sin ningún reparo cuando llegaba su turno dentro del círculo que habían formado y le pasaban la cuchara y el saco.

Ante la insistencia de Ramsa, Altan accedió a encender una gran hoguera para ellos en ese terreno vacío.

—¿Debería preocuparnos que nos avisten? —preguntó Rin.

—Estamos detrás de las líneas de defensa nikaras. No pasa nada. Pero no lancéis nada al fuego —respondió Altan—.

No es momento de experimentar con pirotecnia estando tan cerca de los civiles.

Ramsa hinchó las mejillas y sopló.

—Lo que tú digas, Trengsin.

Altan le dedicó una mirada exasperada.

—Esta vez lo digo en serio.

—Le quitas la diversión a todo —mascculló el chico mientras su comandante se alejaba del fuego.

—¿No te quedas? —le preguntó Baji.

Altan negó con la cabeza.

—Tengo que dar parte de lo sucedido a los jefes militares. Volveré dentro de un par de horas. Vosotros seguid celebrándolo. Estoy muy satisfecho con vuestro rendimiento de hoy.

—«Estoy muy satisfecho con vuestro rendimiento de hoy» —lo imitó Baji cuando se hubo marchado—. Alguien debería decirle que se saque el palo del culo.

Ramsa se echó hacia atrás sobre los codos y le dio un golpecito a Rin con el pie.

—¿Era igual de insufrible en la academia?

—No lo sé. En Sinegard nunca llegué a conocerlo bien.

—Seguro que siempre ha sido así. Un anciano atrapado en el cuerpo de un joven. ¿Creéis que sonríe alguna vez?

—Solo una vez al año —dijo Baji—. Sin querer, mientras duerme.

—Venga ya —intervino Unegen, aunque él también sonreía—. Es buen comandante.

—Sí que es buen comandante —coincidió Suni—. Mejor que Tyr.

La voz dulce de Suni pilló a Rin por sorpresa. Cuando no se encontraba bajo las garras de su dios, el gigantón era extraordinariamente callado, casi tímido, y solo hablaba después de haber reflexionado largo y tendido.

Ella lo observó mientras permanecía sentado en calma delante del fuego. Sus robustas facciones estaban relajadas y plácidas. Parecía completamente en paz consigo mismo. Rin se preguntó cuándo volvería a perder el control y sucumbiría a la voz que le gritaba en el interior de su cabeza. Era fuerte de un modo aterrador. Había partido a hombres por la mitad con sus manos como si fueran huevos. Mataba de una forma perfecta y muy eficiente.

«Podría haber matado a Altan». Hacía tres noches, en el comedor, Suni podría haberle partido el cuello a su comandante con la misma facilidad con la que habría retorcido el cogote de un pollo. La boca de

Rin se secó a causa del terror que le produjo aquel pensamiento.

Y entonces la muchacha se preguntó cómo era posible que Altan hubiera sido consciente de ello y aun así se hubiese acercado a Suni, que hubiese puesto su vida completamente a merced de su subordinado.

De algún modo, Baji había sustraído una botella de vino de sorgo de uno de los muchos almacenes de Khurdalain. La pasaron alrededor del círculo. Acababan de conseguir una gran victoria en combate. Podían permitirse bajar la guardia solo por una noche.

—Oye, Rin. —Ramsa rodó hasta quedar sobre su estómago y apoyó la barbilla sobre las manos.

—¿Sí?

—¿Significa esto entonces que los esperilianos no se han extinguido? —inquirió—. ¿Altan y tú vais a hacer bebés y a repoblar Speer?

Qara resopló sonoramente. Unegen escupió el vino de sorgo que tenía en la boca.

Rin enrojeció.

—No lo veo probable —respondió.

—¿Por qué no? ¿No te gusta Altan?

«Menudo cabroncete».

—No. Es decir, no puedo —le explicó—. No puedo tener hijos.

—¿Por qué no? —insistió Ramsa.

—Hice que me destruyeran el útero en la academia —le dijo ella. Se abrazó las rodillas contra el pecho—. Era algo que… mmm… interfería con mi entrenamiento.

Ramsa parecía tan perplejo que Rin rompió a reír. Qara se rio por lo bajo hacia su cantimplora.

—¿Qué? —preguntó el chico, indignado.

—Ya te lo explicaré algún día —le prometió Baji. Había bebido el doble de vino que el resto y ya arrastraba las palabras al hablar—. Cuando te hayan salido pelos en los huevos.

—Ya tengo pelo en los huevos.

—Pues, entonces, cuando se te ponga voz de hombre.

Se pasaron la botella en silencio durante un momento. Ahora que la locura del pantano había terminado, los Cike parecían decaídos, como si solo estuvieran activos cuando sus dioses estaban presentes y, ante su ausencia, se sintieran vacíos, como cascarones carentes de vitalidad.

Parecían completamente humanos: vulnerables y frágiles.

—Así que sois los últimos de vuestra especie —dijo Suni tras un breve silencio—. Es triste.

—Supongo. —Rin jugueteó con un palo en el fuego. Aún no sentía que se hubiera acostumbrado del todo a su nueva identidad. No guardaba ningún recuerdo de Speer ni sentía ningún lazo especial con la isla. Los únicos ratos en los que ser esperiliana significaba algo para ella era cuando estaba con Altan—. Todo lo que rodea a Speer es triste.

—Es culpa de esa reina idiota —comentó Unegen—. No habrían muerto si Tearza no se hubiera apuñalado a sí misma.

—No se apuñaló a sí misma —lo corrigió Ramsa—. Murió calcinada. Explotó desde dentro. Bum. —Extendió los dedos en el aire.

—¿Por qué se suicidó? —preguntó Rin—. Nunca he entendido esa historia.

—En la versión que yo he escuchado, estaba enamorada del Emperador Rojo —dijo Baji—. Él acudió a su isla y la reina se quedó prendada de inmediato. El emperador se la jugó y amenazó con invadir la isla si Speer no pasaba a ser un estado tributario. Tearza se sintió tan angustiada por su traición que huyó hacia su templo y se suicidó.

Rin arrugó la nariz. Con cada nueva versión que escuchaba del mito, Tearza le iba pareciendo más y más idiota.

—No es una historia de amor. —Fue Qara la que habló desde un rincón por primera vez. Los demás fijaron la mirada en ella, ligeramente sorprendidos—. El mito no es más que propaganda nikara —continuó—. Basaron la historia de Tearza en el mito de Han Ping porque era mucho mejor que contar la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —le preguntó Rin.

—¿No lo sabes? —Qara le dedicó una mirada sombría—. Los esperilianos deberían conocerla mejor que nadie.

—Obviamente yo no la conozco. ¿Cómo la contarías tú?

—Yo no la contaría como si fuese una historia de amor, sino una historia de dioses y humanos. —Qara bajó tanto el volumen de su voz que los Cike tuvieron que inclinarse hacia delante para escucharla—. Se dice que Tearza podría haber invocado al Fénix y haber salvado la isla. Que si hubiera invocado las llamas, Nikan jamás podría haberse anexionado Speer. Que si ella hubiera querido, podría haber invocado tal poder que ni —el Emperador Rojo ni su ejército se habrían atrevido a pisar la isla en un millón de años.

Qara se detuvo sin apartar la mirada de Rin.

—¿Y entonces? —Rin la instó a continuar.

—Tearza se negó —siguió la otra chica—. Dijo que la independencia de Speer no justificaba el sacrificio que exigía el Fénix. Entonces, el dios declaró que Tearza había roto su juramento como

gobernante de Speer y la castigó por ello.

Rin guardó silencio por un momento y luego preguntó:

—¿Crees que Tearza hizo bien?

Qara se encogió de hombros.

—Creo que Tearza fue sabia. Y también creo que fue una mala gobernante. Los chamanes deben saber cuándo resistirse al poder de los dioses. En eso consiste ser sabio. Pero los gobernantes deben hacer todo lo posible por salvar a su país. Esa es su responsabilidad. Si tienes el destino de tu país en tus manos, si has aceptado tu obligación para con tu pueblo, entonces tu vida deja de ser tuya. Una vez que aceptas el título de gobernante, tus decisiones dejan de pertenecerte. En aquella época, gobernar en Speer significaba servir al Fénix. Los esperilianos eran una raza orgullosa. Un pueblo libre. Cuando Tearza se suicidó, los habitantes de Speer pasaron a ser poco más que los perros rabiosos del Emperador. Tearza tiene las manos manchadas con la sangre de su pueblo. Recibió lo que se merecía.

Cuando Altan regresó después de haber dado parte a los jefes militares, la mayoría de los Cike se habían quedado dormidos.

Rin seguía despierta, contemplando la hoguera titilante.

—Hola —le dijo el comandante, y se sentó junto a ella.

Olía a humo.

Rin se llevó las rodillas al pecho e inclinó la cabeza hacia un lado para mirarlo.

—¿Cómo se lo han tomado?

Altan sonrió. Era la primera vez que lo veía sonreír desde que habían llegado a Khurdalain.

—No daban crédito a lo sucedido. ¿Cómo estás tú?

—Avergonzada —le dijo con franqueza—. Y todavía un poco drogada.

Él se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos. Su sonrisa había desaparecido.

—¿Qué es lo que ha pasado antes?

—No podía concentrarme —respondió Rin. «Me he asustado. Me he contenido. He hecho todo lo que me dijiste que no hiciera».

Altan parecía ligeramente desconcertado y bastante decepcionado.

—Lo siento —le dijo la chica con un hilo de voz.

—No, la culpa es mía. —Empleaba un tono cuidadosamente neutral—. Te he lanzado a la batalla antes de que estuvieras lista. En el Castillo de la Noche habrías estado entrenando durante meses antes de que te pusiéramos en el terreno de combate.

Le decía aquello para hacerla sentir mejor, pero Rin tan solo se sentía abochornada.

—No he sido capaz de despejar la mente —se excusó.

—Pues no lo hagas —replicó Altan—. La meditación con la mente despejada es solo para los monjes. Así solo consigues llegar hasta el Panteón, no traerte a ningún dios contigo. No necesitas abrirle tu mente a las sesenta y cuatro deidades. Solo necesitas a nuestro dios. Al fuego.

—Pero Jiang decía que eso es peligroso.

Aunque a Rin le pareció ver un destello de impaciencia en el rostro de Altan, el tono del comandante continuó siendo neutral.

—Jiang tenía miedo, y por eso intentaba contenerte. ¿Seguiste sus órdenes cuando invocaste al Fénix en Sinegard?

—No —admitió ella—, pero…

—¿Llegaste a conseguir invocar a un dios bajo la tutela de Jiang? ¿Acaso te enseñó cómo hacerlo? Me apuesto lo que sea a que hizo todo lo contrario. Seguro que quería que les bloquearas el paso.

—Intentaba protegerme —protestó Rin, aunque no estaba segura de por qué lo hacía. Al fin y al cabo, aquello era precisamente lo que tanto la había frustrado de Jiang. Pero, de algún modo, después de todo lo que había hecho en Sinegard, la advertencia de su maestro había adquirido más sentido—. Me avisó de que quizás… De que las consecuencias…

—Un gran peligro siempre va asociado a un gran poder. La diferencia entre grande y mediocre es que los más grandes están dispuestos a asumir el riesgo. —Altan retorció el rostro en una mueca —. Jiang era un cobarde al que le asustaba lo que había destapado. Era un idiota senil que no era consciente del talento que tenía. Del talento que tú tienes.

—Aun así, era mi maestro —respondió la joven, sintiendo el repentino impulso de defenderlo.

—Ya no lo es. No tienes ningún maestro. Tienes un comandante. —Altan apoyó una mano sobre su hombro—. El atajo más sencillo para alcanzar ese estado es la rabia. Aprovéchala. No dejes escapar esa rabia. Lo que te da poder es la ira, no la cautela.

Rin quería creerlo. Le maravillaba la magnitud del poder de Altan. Y sabía que, si lo permitía, ese mismo poder podía ser suyo.

Sin embargo, las advertencias de Jiang resonaban en el fondo de su mente.

«He visto espíritus que no fueron capaces de volver a encontrar sus cuerpos. He conocido a hombres que se encontraban solo a medio camino del reino espiritual, atrapados entre nuestro mundo y el siguiente».

¿Era ese el precio del poder? ¿Que su mente acabara hecha añicos,

como le había sucedido claramente a Suni? ¿Se convertiría en una paranoica neurótica igual que Unegen?

Pero la mente de Altan seguía intacta. Entre los Cike, su comandante era el que empleaba sus habilidades de forma más temeraria. Baji y Suni requerían alucinógenos para invocar a sus dioses. Sin embargo, para Altan, invocar el fuego era algo tan sencillo como respirar. Siempre parecía encontrarse en ese estado de rabia que trataba de fomentar en Rin. Y, aun así, nunca perdía el control. Daba la increíble sensación de estar siempre cuerdo y estable, sin importar lo que estuviera pasando debajo de aquella máscara desapasionada.

—¿Quiénes están encarcelados en la Chuluu Korikh?

—Criminales antinaturales que han cometido crímenes antinaturales.

Rin sospechaba que ahora entendía lo que había querido decirle Jiang con aquella pregunta.

No quería admitir que tenía miedo. Temía acabar en un estado en el que no tuviera el control de sí misma, y mucho menos del fuego que salía de su interior. Temía acabar consumida por las llamas, convertida en un conducto que exigiera cada vez más sacrificios para su dios.

—La última vez que lo hice, no pude parar —confesó al fin—. Tuve que suplicárselo. No… No sé cómo controlarme cuando invoco al Fénix.

—Piensa en ello como si fuera una vela —le dijo Altan—. Una difícil de encender. Solo que esta es aún más difícil de extinguir y, si no tienes cuidado, acabarás quemándote.

Pero eso no la ayudó en absoluto. Ya había intentado encender la vela y, aun así, no había pasado nada. Así que ¿qué sucedería si al final lo lograba y no era capaz de extinguir luego las llamas?

—¿Y cómo lo haces? ¿Cómo logras parar?

Altan se apartó de la hoguera.

—No lo hago —respondió.

15

Los jefes militares del Carnero y el Buey no tardaron en posicionarse a favor de Altan cuando se dieron cuenta de que los Cike habían sido capaces de lograr lo que las divisiones Primera, Quinta y Octava ni siquiera habían intentado hacer. Difundieron la noticia entre las filas de tal forma que pareciera que todos eran igual de responsables de aquella hazaña.

Los ciudadanos de Khurdalain organizaron un desfile para celebrar la victoria, con el fin de levantar la moral y recaudar suministros para los soldados. Los civiles donaron comida y ropa para los barracones. Cuando los jefes militares desfilaron por las calles, fueron recibidos entre grandes aplausos que aceptaron de muy buena gana.

La población civil daba por sentado que la victoria en el pantano había sido posible gracias a un gran ataque conjunto. Altan no los corrigió.

—Comemierdas mentirosos —se quejó Ramsa—. Te están quitando todo el mérito.

—Déjalos —le dijo Altan—. Si esto significa que van a empezar a trabajar conmigo, dejemos que digan lo que quieran.

Altan necesitaba aquella victoria. Dentro de una cohorte de generales que habían sobrevivido a las Guerras de la Amapola, él era el comandante más joven desde hacía décadas. La batalla en el pantano le había otorgado la credibilidad que tanto necesitaba ante la Milicia y, lo que era más importante, ante los jefes militares. Ahora lo trataban con deferencia en lugar de con condescendencia, le pedían su opinión en los consejos de guerra, y no solo escuchaban la información que les proporcionaban los Cike, sino que también actuaban en consecuencia.

El único que no lo había felicitad había sido Jun.

—Has dejado a miles de soldados enemigos tirados en los pantanos para que se mueran de hambre, sin suministros ni comida —argumentó Jun, despacio.

—Sí —respondió Altan—. ¿Acaso eso no es algo bueno?

—Serás idiota —continuó Jun. Se paseó por el despacho, volvió sobre sus pasos y dio un golpe seco con las manos sobre la mesa de Altan—. Idiota. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Asegurarnos una victoria —respondió el esperiliano—, que ya es más de lo que ha hecho usted en las semanas que ha estado aquí. El barco de suministros de la Federación ha vuelto a la Isla del Arco para reabastecerse. Hemos retrasado sus planes al menos dos semanas.

—Los has provocado y tomarán represalias —explotó Jun—. Esos soldados tienen frío, están mojados y hambrientos. Puede que esta guerra no les importara demasiado cuando cruzaron el estrecho, pero ahora están enfadados. Están cabreados, se sienten humillados y, sobre todo, están desesperados por conseguir suministros. Has hecho que los riesgos aumenten.

—Los riesgos son los mismos que antes —dijo Altan.

—Ya, pero ahora has convertido esto en una cuestión de orgullo también. ¿Sabes lo importante que es la reputación para los comandantes de la Federación? Necesitábamos tiempo para construir fortificaciones, pero has provocado que adelanten la ofensiva. ¿Qué pasa? ¿Creías que volverían a casa con el rabo entre las piernas? ¿Quieres saber qué harán a continuación? Venir a por nosotros.

Sin embargo, cuando llegó la Federación, lo hizo ondeando una bandera blanca y solicitando un alto el fuego.

Cuando las aves de Qara avistaron a la delegación de la Federación que se acercaba, la joven le pidió a Rin que fuera a comunicárselo a Altan. Emocionada, Rin esquivó a los asistentes de Jun para poder abrirse camino a la fuerza hasta el despacho del jefe militar del Carnero.

—Tres delegados de la Federación —les informó—. Traen un carromato.

—Disparadles —sugirió Jun de inmediato.

—Ondean una bandera blanca —respondió ella.

—Es una estratagema. Disparadles —repitió el general, y sus suboficiales asintieron.

El jefe militar del Buey alzó una mano. Era un hombre tremendamente alto. Le sacaba dos cabezas a Jun y era el triple de ancho que él. Su arma predilecta era un hacha de combate de doble hoja que tenía el tamaño del torso de Rin y que en ese momento descansaba sobre la mesa del jefe mientras este la acariciaba obsesivamente.

—Puede que vengan en son de paz.

—O puede que vengan a envenenar nuestro suministro de agua o a asesinarnos a cualquiera de nosotros —soltó Jun—. ¿De verdad crees

que ganaremos esta guerra tan fácilmente?

—Ondean una bandera blanca —respondió despacio el jefe militar del Buey, como si le estuviera hablando a un niño.

El jefe militar del Carnero no dijo nada. Sus ojos bien abiertos se desplazaban con nerviosismo entre Jun y el jefe militar del Buey. Rin entendió entonces lo que había querido decir Ramsa; aquel hombre parecía un niño a la espera de instrucciones para saber qué debía hacer.

—Una bandera blanca no significa nada para ellos —insistió Jun—. Esto es un ardid. ¿Cuántos falsos tratados firmaron durante las Guerras de la Amapola?

—¿Te arriesgarías a jugarte la paz por eso? —le retó el jefe militar del Buey.

—No arriesgaría la vida de ningún ciudadano.

—No te corresponde a ti rechazar un alto el fuego —señaló el jefe militar del Carnero.

Jun y el otro jefe lo contemplaron, y el tipo tartamudeó al querer aclararse apresuradamente:

—Es decir, tenemos que dejar que lo gestione el chico. La victoria del pantano fue cosa suya. Se están rindiendo ante él.

Todas las miradas se fijaron en Altan.

A Rin le sorprendió la sutil política interdivisional que se había puesto en marcha. El jefe militar del Carnero era más astuto de lo que ella había pensado en un principio. Su sugerencia era un modo inteligente de librarse de cualquier responsabilidad. Si las negociaciones iban mal, entonces podría culpar a Altan de ello. Y si iban bien, saldría bien parado debido a su carácter magnánimo.

Altan vaciló. Era evidente que se encontraba dividido entre su sentido común y su deseo de comprobar el alcance de su victoria en Khurdalain. Rin detectó todo aquello de forma clara en la expresión de su comandante. Si la rendición de la Federación era genuina, entonces Altan sería el único responsable de haber ganado esa guerra. Sería el comandante más joven de la historia en conseguir una victoria militar a tal escala.

—Disparadles —repitió Jun—. No necesitamos negociar la paz. Ahora mismo nuestras fuerzas están en igualdad de condiciones. Si el ataque en el muelle sale bien, podremos echarlos de forma indefinida hasta que llegue la Séptima División.

Pero Altan negó con la cabeza.

—Si rechazamos su rendición, entonces esta guerra continuará hasta que un bando haya diezmado al otro. Khurdalain no podrá aguantar tanto. Si se nos presenta la posibilidad de acabar con este

conflicto ahora, tenemos que aprovecharla.
Los delegados de la Federación que se reunieron con ellos en la plaza de la ciudad no portaban armas ni llevaban armadura. Iban vestidos con uniformes azules, ligeros y ajustados, diseñados para que se viera claramente que no ocultaban nada bajo las mangas.

El delegado principal dio un paso al frente cuando los vio llegar; las líneas sobre su uniforme indicaban la superioridad de su rango con respecto al de sus acompañantes.

—¿Habláis nuestro idioma? —Se expresaba en un dialecto nikara vacilante y anticuado, rematado con una mala imitación del acento sinegardiano.

Los jefes militares titubearon, pero Altan intervino.

—Yo sí.

—Bien. —El delegado le respondió en mugenés—. En ese caso, podremos proceder sin que haya malentendidos.

Era la primera vez que Rin tenía ocasión de echarles un buen vistazo a los mugeneses fuera del caos de una reyerta, y quedó decepcionada por lo mucho que se parecían a los nikaras. La inclinación de sus ojos y la forma de sus bocas no eran ni de lejos tan pronunciadas como indicaban los libros de texto. Su cabello era del mismo tono azabache que el de Nezha, y su piel tan clara como la de cualquier norteño.

De hecho, parecían más sinegardianos que Rin y Altan.

Salvo por el idioma, que era más conciso y rápido que el nikara de Sinegard, eran prácticamente iguales a los ciudadanos de Nikan.

A la joven le inquietaba que los soldados de la Federación se parecieran tanto a su propia gente. Habría preferido a un enemigo monstruoso y sin rostro, o uno con un aspecto completamente distinto, como los hesperianos de cabello claro al otro lado del mar.

—¿Cuáles son vuestras condiciones? —preguntó Jun.

—Nuestro general solicita un alto el fuego durante las próximas cuarenta y ocho horas mientras llevamos a cabo las negociaciones de la rendición —declaró el delegado principal. Señaló hacia el carromato—. Sabemos que vuestra ciudad no ha podido importar especias desde que dio comienzo la batalla. Os traemos una ofrenda de sal y azúcar. Un gesto de nuestra buena voluntad. —Apoyó una mano sobre la tapa del baúl más cercano—. ¿Me permitís?

Altan asintió para darle permiso. Los mugeneses levantaron las tapas, dejando a la vista montoncitos de cristales blancos y de color caramelo que refulgían bajo la luz de la tarde.

—Probadlo —sugirió Jun.

El delegado principal ladeó la cabeza.

—¿Disculpa?

—Probad el azúcar —insistió—. Para que sepamos que no intentáis envenenarnos.

—Esa sería una forma terriblemente ineficaz de librar una guerra —dijo el hombre.

—Da igual.

El delegado se encogió de hombros y accedió a la petición de Jun. Su garganta se movió mientras tragaba.

—Ni rastro de veneno.

Jun se lamió el dedo, lo metió en el baúl de azúcar y se lo llevó a la boca. Lo saboreó con detenimiento y pareció decepcionado cuando no pudo detectar vestigios de ninguna otra sustancia.

—Solo es azúcar —repitió el delegado.

—Excelente —dijo el jefe militar del Buey—. Llevad los baúles al comedor.

—No —se apresuró a intervenir Altan—. Dejadlos aquí. Los distribuiremos en la plaza del pueblo. Una pequeña cantidad para cada familia.

Miró al jefe militar del Buey a los ojos, y Rin comprendió por qué había dicho aquello. Si llevaban las raciones hasta el comedor, las divisiones comenzarían a pelearse de inmediato por la distribución de los recursos. Altan acababa de dejar a los jefes militares atados de manos al haber reclamado las raciones para el pueblo.

De todas formas, unos cuantos civiles de Khurdalain habían comenzado a congregarse en torno al carromato con curiosidad. Llevaban sufriendo escasez de sal y azúcar desde que había comenzado el asedio. Rin sospechaba que si los jefes militares confiscaban esos baúles para uso militar, el pueblo acabaría rebelándose.

El jefe militar del Buey se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, chico.

Altan miró con cautela hacia la plaza. Debido a los rangos de los soldados de la Milicia que estaban allí presentes, un gran grupo de civiles se habían sentido lo bastante seguros como para rodear a los tres delegados de la Federación. La hostilidad que Rin detectó en sus miradas era tan evidente que no le cabía duda de que acabarían haciendo pedazos a los mugeneses si la Milicia no intervenía.

—Seguiremos con esta negociación en un despacho privado —sugirió Altan—. Lejos del pueblo.

El delegado le dedicó una inclinación de cabeza.

—Como queráis.

—El emperador Ryohai ha quedado impresionado por la resistencia

que nos hemos encontrado en Khurdalain —dijo el delegado, con un tono cortante y cortés, a pesar de sus palabras—. Vuestra gente ha luchado bien. Al emperador le gustaría felicitar al pueblo de Khurdalain, que ha demostrado ser más fuerte que el resto de los cobardes lloricas de estas tierras.

Jun tradujo para los jefes militares. El del Buey puso los ojos en blanco.

—Pasemos a la parte en la que os rendís —dijo Altan.

El delegado arqueó una ceja.

—Por desgracia, el emperador Ryohai no tiene ninguna intención de renunciar a sus planes para con el continente nikara. La expansión hacia el continente es el derecho divino de la gloriosa Federación de Mugen. Vuestro gobierno provincial es débil y frágil. Vuestra tecnología va siglos por detrás de la de occidente. Vuestro aislamiento ha hecho que vayáis con años de retraso mientras el resto del mundo se desarrolla. Vuestra caída era solo cuestión de tiempo. Esta extensión de tierra es para alguien que pueda impulsarla hacia el próximo siglo.

—¿Habéis venido hasta aquí solo para insultarnos? —quiso saber Jun—. No es la forma más inteligente de rendirse.

El delegado alzó las comisuras de la boca.

—Solo hemos venido hasta aquí para debatir sobre la rendición. El emperador Ryohai no desea castigar al pueblo de Khurdalain. Admira vuestro espíritu luchador. Afirma que vuestra resiliencia es digna de la Federación. También dice que los ciudadanos de Khurdalain serían unos excelentes súbditos de la Corona de la Federación.

—Ah —interrumpió Jun—. Así que se trata de ese tipo de negociación.

—No queremos destruir esta ciudad —siguió el delegado—. Es un puerto importante. Un punto neurálgico de comercio internacional. Si Khurdalain depone las armas, el emperador pasará a considerar esta ciudad un territorio de la Federación y ya no tendremos que ponerle una mano encima a ningún hombre, mujer o niño. Se perdonará a todos los ciudadanos con la condición de que juren lealtad al emperador Ryohai.

—Un momento —dijo Altan—. ¿Nos estáis pidiendo que seamos nosotros los que nos rindamos?

El delegado inclinó la cabeza.

—Son unos términos más que generosos. Sabemos lo mucho que sufre Khurdalain bajo una ocupación. Vuestro pueblo se muere de hambre. Solo os quedan suministros para un par de meses más. Cuando rompamos el asedio, llevaremos la batalla hasta las calles, y

entonces vuestra gente morirá en masa. Podéis evitar todo eso. Dejad pasar a la flota de la Federación y el emperador os recompensará. Os dejaremos vivir.

—Increíble —murmuró Jun—. Absolutamente increíble.

Altan se cruzó de brazos.

—Diles a tus generales que si vuestra flota da la vuelta y evacuáis toda la costa ahora, os dejaremos vivir.

El delegado se limitó a contemplarlo con cierta curiosidad.

—Tú debes de ser el esperiliano del pantano.

—Así es —contestó Altan—. Y seré yo quien acepte vuestra rendición.

El emisario mugenés volvió a curvar la boca hacia arriba.

—Pues claro —dijo con calma—, solo un crío daría por sentado que la guerra podría acabar de forma tan rápida o sin derramar tanta sangre.

—Ese crío habla en nombre de todos nosotros —le interrumpió Jun, con voz firme. Habló en nikara—. Vete con tus condiciones y dile al emperador Ryohai que Khurdalain jamás se arrodillará ante la Isla del Arco.

—En ese caso —dijo el delegado—, cada hombre, mujer y niño en Khurdalain morirá.

—Hablas con mucha confianza para ser un hombre que acaba de ver arder su flota —se burló Jun.

El delegado le respondió en un nikara neutro y carente de emoción:

—La derrota en el pantano nos ha retrasado varias semanas. Pero llevamos dos décadas preparándonos para esta guerra. Nuestras escuelas de formación superan con creces a vuestra patética academia en Sinegard. Hemos estudiado las técnicas de combate occidentales mientras vosotros os pasabais estos veinte años disfrutando de vuestro aislamiento. El Imperio nikara es cosa del pasado. Arrasaremos vuestro país.

El jefe militar del Buey cogió su hacha.

—O puedo arrancarte la cabeza aquí mismo.

El mugenés no parecía nada preocupado.

—Mátame ahora si lo deseas. En la Isla del Arco nos enseñan que nuestras vidas no tienen importancia. Solo soy un hombre entre millones. Moriré y me reencarnaré de nuevo para estar al servicio del emperador Ryohai. Pero para vosotros, herejes que no os arrodilláis ante el trono divino, la muerte será definitiva.

Altan se puso en pie. Le había palidecido el rostro a causa de la rabia.

—Estáis atrapados en una estrecha franja de tierra. Os superamos en número. Os hemos arrebatado vuestros suministros. Hemos quemado vuestros barcos. Hemos hundido vuestras municiones. Vuestros hombres han conocido la ira de un esperiliano y han quedado reducidos a cenizas.

—Ah, no es tan complicado matar a un esperiliano —dijo el delegado—. Ya lo hicimos una vez. Volveremos a hacerlo.

Las puertas del despacho se abrieron de golpe. Ramsa entró corriendo, con los ojos como platos.

—¡Es nitrato de potasio! —chilló—. No es sal, es nitrato de potasio.

Todo el despacho guardó silencio.

Los jefes militares miraron a Ramsa como si no pudieran entender qué les estaba diciendo. Altan abrió la boca en señal de confusión.

Entonces, el delegado echó la cabeza hacia atrás y se rio con el abandono de un hombre que sabía que estaba a punto de morir.

—Recordad —les dijo— que podríais haber salvado Khurdalain.

Rin y Altan se movieron al mismo tiempo.

La chica apenas había tenido tiempo de desenfundar su espada cuando un estallido atravesó el aire como un rayo.

Un momento estaba justo detrás de Altan y, al siguiente, se encontraba en el suelo, aturdida, con un zumbido atroz en los oídos que amortiguaba cualquier otro sonido.

Se llevó una mano a la cara y, al apartarla, vio que estaba manchada de sangre.

Como para compensar su falta de audición, su visión pasó a ser excesivamente brillante. Las figuras borrosas eran como imágenes en la pantalla de un teatro de sombras, y se sucedían tanto demasiado rápido como demasiado lento como para que pudiera comprenderlas. Percibía los movimientos como si estuviera sumida en un sueño febril inducido por las drogas. Sin embargo, eso no era ningún sueño. Sus sentidos simplemente se negaban a procesar lo que había ocurrido.

Vio cómo las paredes del despacho temblaban y luego se inclinaban hacia un lateral, tanto que estuvo segura de que el edificio se derrumbaría con ellos dentro, sepultándolos.

Vio a Ramsa tirar a Altan al suelo.

Vio a Altan ponerse en pie a duras penas e intentar coger su tridente.

Vio al jefe militar del Buey blandir su hacha en el aire.

Vio a Altan gritar: «¡No, no!», antes de que el jefe militar del Buey decapitara al delegado de la Federación.

La cabeza del delegado rodó y se detuvo al chocar con la puerta, con los ojos abiertos y vidriosos. A Rin le dio la sensación de que

sonreía.

Unos brazos fuertes la agarraron por los hombros y la pusieron en pie. Altan le dio la vuelta para que lo mirara a la cara y sus ojos la recorrieron de arriba abajo, como comprobando que no estuviera herida.

La boca del comandante se movió, pero ningún sonido llegó hasta Rin. Esta negó frenéticamente con la cabeza y se señaló los oídos.

Altan movió los labios sin hablar: «¿Estás bien?».

Rin se examinó el cuerpo. De algún modo, seguía teniendo cuatro extremidades, y ni siquiera sentía dolor en la herida de la cabeza que estaba sangrándole. Asintió.

Altan la soltó y se agachó delante de Ramsa, que se había hecho un ovillo en el suelo, estaba pálido y temblaba.

En el otro extremo de la estancia, el general Jun y el jefe militar del Carnero se pusieron en pie. Ambos estaban ilesos. La onda expansiva los había derribado, pero no los había herido. Las estancias de los jefes militares estaban lo bastante alejadas del centro de la ciudad como para que la explosión no hubiera causado más que un temblor.

Incluso parecía que Ramsa se recuperaría. Tenía los ojos desenfocados y se tambaleó cuando Altan tiró de él para levantarlo, pero asentía, hablaba y, por lo demás, no parecía estar herido.

Rin suspiró, aliviada.

Estaban bien. No había funcionado. Estaban bien.

Y entonces se acordó de los civiles.

Fue extraño sentir cómo el resto de sus sentidos se amplificaban al no poder oír.

Khurdalain tenía el mismo aspecto que la academia durante los primeros días de invierno. Rin entrecerró los ojos. Al principio, creyó que la vista se le había nublado, pero entonces se dio cuenta de que había un ligero polvo suspendido en el aire. Lo cubría todo como si fuera una peculiar combinación de niebla y nieve, un manto de inocencia que se mezclaba con la sangre y ocultaba el alcance de la explosión.

La plaza había acabado arrasada, con las fachadas de los comercios y los complejos residenciales derruidos, con escombros dispuestos en extrañas hileras simétricas alrededor del radio de la detonación, como si se encontraran en el interior de la huella de un gigante.

Más allá de la zona de la explosión, los edificios no se habían derrumbado por completo, pero sí estaban destrozados. Se inclinaban en ángulos extraños, con paredes enteras arrancadas. La forma en la que se revelaba su interior, dejando al descubierto dormitorios

privados y cuartos de baño, transmitía una insólita e íntima sensación de perversidad.

Hombres y mujeres habían sido arrojados hacia las paredes de los edificios. Permanecían inmóviles con una especie de adherencia espantosa a los muros, pegados a ellos como mariposas preservadas. La intensa presión de las bombas les había arrancado la ropa. Estaban allí colgados, desnudos, como una grotesca exhibición del cuerpo humano.

El hedor a carbón, a sangre y a carne quemada era tan intenso que Rin podía saborearlo. Y aún peor era el olor nauseabundo y dulzón del azúcar caramelizado flotando en el aire.

Rin no sabía cuánto rato llevaba allí parada contemplándolo todo. Solo sintió la necesidad de moverse cuando la empujaron un par de soldados que pasaron junto a ella con una camilla, recordándole que tenía trabajo que hacer.

«Busca a los supervivientes. Ayúdalos».

Se dirigió calle abajo, pero su sentido del equilibrio parecía haber desaparecido por completo junto con su audición. Se tambaleó de un lado a otro al intentar caminar, así que tuvo que recorrer la calle sujetándose al mobiliario esparcido como si fuera una borracha.

A su izquierda, divisó a un grupo de soldados sacando a un par de niños de una montaña de escombros. No podía creer que hubieran sobrevivido. Parecía imposible, dada su cercanía con el epicentro de la explosión. Sin embargo, el niño pequeño al que rescataron de entre los desechos se movía; gemía y se retorcía, pero se movía. Su hermana no había tenido tanta suerte. Tenía la pierna destrozada, aplastada por los cimientos de la casa. La niña se aferró a los brazos de uno de los soldados, con el rostro pálido y demasiado dolorida como para llorar.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Una voz metálica se abrió paso a través del zumbido de sus oídos, como si alguien estuviera gritando desde el otro extremo de una gran extensión de terreno. Pero era el único sonido que Rin alcanzaba a escuchar.

Miró hacia arriba y vio a un hombre agarrándose desesperadamente con una mano a lo que quedaba en pie de un muro.

El suelo del edificio había volado por los aires, justo por debajo de él. Se trataba de una posada de cinco plantas. Sin su pared frontal, parecía una de esas casas de muñecas de porcelana que Rin había visto en el mercado, de las que se abrían y revelaban todo su contenido.

Lo que quedaba de suelo se inclinaba hacia el vacío. Los muebles de la posada y el resto de sus ocupantes ya habían caído por él,

formando una grotesca pila de sillas y cuerpos destrozados.

Una pequeña multitud se había congregado bajo la tambaleante posada para observar a aquel hombre.

—Ayuda —gimió—. Que alguien me ayude…

Rin se sentía parte del público, como si aquello fuese un espectáculo, como si ese hombre fuera lo único que importara en el mundo. Sin embargo, no se le ocurría qué podía hacer. El edificio había volado por los aires. Parecía que estuviera a punto de derrumbarse, y el hombre se encontraba a demasiada altura como para que fuera posible llegar hasta él desde las azoteas de los edificios colindantes.

Lo único que podía hacer ella era quedarse ahí parada con cara de asombro y con la boca abierta, contemplando cómo aquel tipo luchaba en vano por impulsarse hacia arriba.

Rin se sintió total y completamente inútil. Aunque hubiera podido invocar al Fénix en ese momento, el fuego no salvaría a ese hombre de la muerte.

Porque todo lo que los Cike sabían hacer era destruir. A pesar de todos sus poderes, de todos sus dioses, no podían proteger a su gente. No podían retroceder en el tiempo. No podían resucitar a los muertos.

Habían ganado aquella batalla en el pantano, pero estaban indefensos a la hora de enfrentarse a las consecuencias.

Altan gritó algo. Tal vez estuviera pidiendo una sábana para amortiguar la caída del hombre, porque unos minutos después Rin vio cómo varios soldados volvían corriendo hacia la plaza con una gran tela.

Pero antes de que pudieran llegar al final de la calle, la posada se tambaleó peligrosamente. La chica pensó que se desplomaría por completo contra el suelo, sepultando al hombre, pero las planchas de madera se precipitaron hacia abajo y luego se detuvieron en seco.

El tipo se encontraba ahora a tan solo cuatro pisos de altura. Extendió la otra mano hacia arriba para intentar agarrarse mejor. Tal vez se sintiese envalentonado por su cercanía al suelo. Por un momento, Rin creyó que iba a conseguirlo… Pero entonces se le resbaló la mano al tocar un cristal roto y cayó de espaldas. El movimiento terminó por arrojarlo fuera del tejado definitivamente.

Pareció quedarse suspendido en el aire durante un instante antes de caer.

La multitud retrocedió como pudo.

Rin se giró, dando gracias por no poder escuchar cómo el cuerpo del hombre se quebraba al chocar contra el suelo.

La ciudad se sumió en un silencio tenso.

Habían enviado a todos los soldados a la línea de defensa de Khurdalain, ya que anticipaban un ataque terrestre. Rin ocupó su puesto en la muralla exterior durante horas, con la mirada fija en el perímetro. Si la Federación iba a intentar atravesar sus murallas, sin duda sería pronto.

Pero cayó la noche y no se produjo ningún ataque.

—Es imposible que tengan miedo —murmuró Rin, y a continuación se estremeció. Por fin había recuperado la audición, aunque seguía teniendo un pitido constante en los oídos.

Ramsa negó con la cabeza.

—Están pensando a largo plazo. Intentarán seguir debilitándonos. Hacer que acabemos asustados, hambrientos y cansados.

Al final, la línea de defensa acabó relajándose. Si la Federación ponía en marcha una invasión en plena noche, el sistema de alarma de la ciudad avisaría a las tropas para que regresaran a la muralla. Entretanto, tenían un trabajo más apremiante que hacer.

Parecía increíblemente irónico que los civiles hubieran estado bailando en aquella misma calle tan solo unas horas antes, celebrando lo que pensaban que iba a ser la rendición de la Federación. Khurdalain había esperado ganar esa guerra. Había creído que las cosas iban a volver a la normalidad.

Pero Khurdalain era una ciudad resiliente. Había sobrevivido a dos Guerras de la Amapola. Sabía cómo hacerle frente a la devastación.

Los civiles registraban cuidadosamente y en silencio los escombros en busca de sus seres queridos. Cuando pasaron las horas y empezaron a recuperarse únicamente cadáveres, construyeron una plataforma funeraria para los muertos, le prendieron fuego y la lanzaron al mar. Hicieron todo aquello con una eficiencia triste y experta.

Los escuadrones médicos de las tres divisiones aunaron fuerzas para crear un centro de triaje en la ciudad. Durante el resto del día, los civiles fueron presentándose allí, con torniquetes hechos por aficionados y atados torpemente alrededor de extremidades cercenadas, tobillos rotos y manos destrozadas de las que solo quedaba el muñón.

Rin se había formado durante un año en medicina de campaña con Enro, así que Enki la puso a hacer nuevos torniquetes a aquellas personas que estaban sangrando mientras esperaban en fila a que las atendiera un médico.

Su primera paciente fue una mujer joven no mucho mayor que ella. Llevaba un brazo envuelto en lo que parecía ser un vestido viejo. Lo extendió hacia Rin.

Esta le desenvolvió el tejido empapado en sangre y siseó de forma

involuntaria ante el alcance de los daños. Podía verle todo el hueso hasta el codo. Iban a tener que cercenarle toda la mano.

La chica aguardó pacientemente y con los ojos vidriosos mientras Rin evaluaba la lesión, como si ya se hubiera resignado hacía mucho tiempo a su nueva discapacidad.

Rin sacó una tira de lino de una olla con agua hirviendo y le envolvió la parte superior del brazo con ella, enrollando un extremo alrededor de un palo y retorciéndolo para tensar la venda. La chica gimió a causa del dolor, pero apretó los dientes y siguió con la mirada fija al frente.

—Seguramente tengan que cortarte esta mano. Con lo que te acabo de poner, haremos que no pierdas más sangre y que la amputación sea más sencilla. —Rin apretó el nudo y se echó hacia atrás—. Lo siento.

—Sabía que deberíamos habernos marchado —dijo la chica. Por el modo en el que hablaba, Rin no estaba segura de si se estaba dirigiendo a ella—. Sabía que deberíamos habernos marchado en cuanto atracaron esos barcos en la costa.

—¿Y por qué no lo hicisteis? —le preguntó Rin.

La chica le echó una mirada fulminante. La contempló con unos ojos vacíos y acusadores.

—¿Crees que teníamos algún lugar al que ir?

Rin fijó la vista en el suelo y pasó al siguiente paciente.

16

Horas más tarde, a Rin le concedieron al fin permiso para abandonar el centro de triaje. Regresó a trompicones a las estancias de los Cike, mareada y con la mirada vacía a causa de la falta de sueño. Después de rendirle cuentas a Altan, pensaba desplomarse sobre su catre y dormir hasta que alguien la obligara a presentarse en su puesto.

—¿Por fin Enki te ha dejado marchar?

Rin miró hacia atrás.

Unegen y Baji habían doblado la esquina. Regresaban de patrullar. Se unieron a ella mientras recorría las calles inquietantemente vacías. Los jefes militares habían impuesto la ley marcial en la ciudad. Los civiles contaban ahora con un estricto toque de queda y ya no tenían permitido aventurarse más allá de su manzana sin el permiso de la Milicia.

—Tengo que volver dentro de seis horas —les dijo Rin—. ¿Y vosotros?

—Patrulla ininterrumpida hasta que pase algo más interesante —respondió Unegen—. ¿Te ha informado Enki del recuento de víctimas?

—Seiscientos muertos. Mil heridos. Cincuenta son soldados de las divisiones y el resto, civiles.

—Mierda —murmuró Unegen.

—Pues sí —respondió ella con desgana.

—Los jefes militares se están limitando a quedarse de brazos cruzados —se quejó Baji—. Las bombas los han acojonado a base de bien. Son unos putos inútiles. ¿No os dais cuenta? No podemos asimilar el ataque sin más. Tenemos que devolvérselo.

—¿Devolvérselo? —repitió Rin. La mera idea sonaba poco original, irrespetuosa y sin sentido. Ella solo quería hacerse un ovillo, cubrirse las orejas con las manos y fingir que nada de eso había pasado. Dejar que se encargara otro de la guerra.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer si no? —siguió Unegen—. Los jefes militares no atacarán, y a nosotros nos masacrarán en campo

abierto.

—No podemos esperar a que llegue la Séptima División, tardarán semanas…

Se aproximaron a su cuartel general justo cuando Qara salía del despacho de Altan. Cerró la puerta con delicadeza tras de sí, los vio y se le heló el rostro.

Baji y Unegen se detuvieron. Se impuso un silencio pesado que parecía transmitir un mensaje tácito que todos excepto Rin comprendían.

—Conque así estamos, ¿eh? —preguntó Unegen.

—Peor —dijo Qara.

—¿Qué está pasando? —inquirió Rin—. ¿Está Altan ahí dentro?

La otra chica la miró con cautela. Por algún motivo, Qara olía muchísimo a humo. Su expresión era indescifrable. Rin creyó ver surcos de lágrimas brillando en su mejilla, pero también podría haber sido un efecto de la luz de los faroles.

—Se encuentra indispuesto —sentenció Qara.

Las represalias de la Federación no acabaron con los bombardeos.

Dos días después de las explosiones en el centro, la Federación envió a dos agentes bilingües a negociar con los pescadores hambrientos de la ciudad de Zhabei, al sur de Khurdalain. Les aseguraron que los mugeneses sacarían sus barcos del muelle si los pescadores recogían a todos los perros y gatos callejeros de la ciudad y se los entregaban.

Solo unos ciudadanos hambrientos habrían seguido unas órdenes tan estrafalarias. Los pescadores estaban desesperados, y les entregaron sin hacer preguntas hasta el último animal callejero que pudieron encontrar.

Los soldados de la Federación ataron puñados de yesca a las colas de los animales y les prendieron fuego. Luego, los soltaron por Zhabei.

Las llamas subsiguientes estuvieron ardiendo durante tres días antes de que la lluvia por fin las apagara. Cuando se disipó el humo, de Zhabei no quedaban más que cenizas.

Miles de civiles acabaron sin hogar de la noche a la mañana, y el problema de los refugiados en Khurdalain se volvió insostenible. Los hombres, mujeres y niños de Zhabei huyeron hacia las escasas zonas de la ciudad que la Federación aún no ocupaba. La mala higiene, la falta de agua limpia y un brote de cólera provocaron que los distritos civiles se convirtieran en una pesadilla.

La población se volvió en contra de la Milicia. Las divisiones Primera, Quinta y Octava intentaron mantener la ley marcial, pero se toparon con un desacato manifiesto y con disturbios.

Los jefes militares, que necesitaban desesperadamente un cabeza de turco, culparon públicamente a Altan de aquel revés de la fortuna. A favor de ellos jugaba el hecho de que los bombardeos hubieran echado por tierra su credibilidad como comandante. Altan había conseguido su primera victoria en combate solo para que acabaran arrebatándosela y transformándola en una trágica derrota, un ejemplo de las consecuencias de actuar sin pensar.

Cuando el esperiliano por fin abandonó su despacho, pareció tomárselo con calma. Nadie mencionó su ausencia. Todos los Cike parecían fingir que no había pasado nada en absoluto. Su comandante no mostraba signos de inseguridad. En todo caso, su comportamiento pasó a ser casi maníaco.

—Regresamos al punto de partida —dijo, dando enérgicas zancadas por su despacho—. Bien. Contraatacaremos. La próxima vez seremos meticulosos. La próxima vez, ganaremos.

Había planeado muchas más operaciones de las que eran factibles. Pero los Cike no eran realmente soldados, sino asesinos. La batalla en el pantano había supuesto toda una hazaña de trabajo en equipo sin precedentes para ellos. Habían sido entrenados para deshacerse de determinados objetivos, no de batallones enteros. Aun así, las guerras no se ganaban por medio de asesinatos. La Federación no era una serpiente a la que pudieran derrotar cortándole la cabeza. Si acababan con un general del campamento de la Federación, un coronel ascendería de inmediato para ocupar su lugar. Si los Cike desempeñaban su labor como de costumbre, llevando a cabo un asesinato tras otro, librarían aquella guerra de un modo lento e ineficiente.

Así que, en lugar de eso, Altan organizó a sus soldados como una unidad de asalto guerrillera. Comenzaron a robar suministros, a poner en práctica tácticas de ataque y retirada, y a causar tantos disturbios como podían en los campamentos enemigos.

—Quiero que aislemos toda esta intersección —declaró Altan, dibujando un gran círculo en el mapa—. Sacos de arena, alambre de espino. Tenemos que minimizar todos los puntos de entrada en las próximas veinticuatro horas. Quiero recuperar este almacén.

—No podemos hacer eso —dijo Baji, inquieto.

—¿Por qué no? —le espetó el comandante. Una vena le latía en el cuello y tenía unas sombras oscuras bajo los ojos. Rin no creía que hubiera dormido desde hacía días.

—Porque dentro de ese círculo hay unos mil hombres. Es imposible.

Altan examinó el mapa.

—Puede que lo sea para soldados corrientes, pero nosotros tenemos a los dioses. No pueden vencernos en campo abierto.

—Sí que pueden si tienen mil hombres. —Baji se puso en pie, empujando su silla hacia atrás con un chirrido—. Es conmovedor lo mucho que confías en nosotros, Trengsin, pero esta es una misión suicida.

—No estoy…

—Somos ocho soldados. Qara y Unegen llevan días sin dormir, Suni está a un paso de acabar en la Montaña de Piedra y Ramsa sigue tocado desde la explosión. Tal vez podríamos hacerlo si Chaghan estuviera aquí, pero supongo que adondequiera que lo hayas enviado es más importante que…

Altan partió por la mitad el lápiz que tenía en la mano.

—¿Me estás llevando la contraria?

—Solo señalo tus delirios. —Baji echó su silla a un lado y se colgó el rastrillo a la espalda—. Eres un buen comandante, Trengsin, y asumiré los riesgos que me pidas que asuma, pero solo obedeceré órdenes que tengan algún puto sentido. Esto ni se le acerca.

Y entonces abandonó el despacho, furioso.

Incluso las operaciones que sí llevaban a cabo tenían un aire fatalista y desesperado. Con cada bomba que colocaban, con cada campamento que incendiaban, Rin sospechaba que solo estaban causándole pequeñas molestias a la Federación. Aunque Qara y Unegen conseguían recabar información muy valiosa, la Quinta División se negaba a actuar al respecto. Y todo el caos que podían desatar Suni, Baji y Ramsa juntos no era más que una gota en el océano si se comparaba con aquel enorme campamento que crecía cada vez más a medida que los barcos descargaban tropas en la costa.

Los Cike estaban al límite, sobre todo Rin. Cada momento que no pasaba en una operación, le tocaba patrullar. Y cuando no estaba de servicio, tenía que entrenar con Altan.

Pero esas sesiones de entrenamiento habían llegado a un punto muerto. La chica hacía grandes progresos con su espada, desarmando a Altan casi tan a menudo como él la desarmaba a ella, pero no estaba más cerca de conseguir invocar al Fénix de lo que lo había estado en el pantano.

—No lo entiendo —le dijo Altan—. Ya has hecho esto antes. Lo hiciste en Sinegard. ¿Qué te impide hacerlo de nuevo?

Rin sabía cuál era el problema, pero no podía admitirlo.

Tenía miedo.

Temía que el poder la consumiera. Temía crear un agujero en el vacío, igual que había hecho Jiang, y desaparecer en el interior de ese

poder que ella misma había invocado. A pesar de lo que Altan le había dicho, no podía ignorar sin más los dos años de enseñanzas de Jiang.

Y, como si pudiera sentir su miedo, la Mujer esperiliana aparecía durante sus meditaciones de forma cada vez más vívida: Ahora Rin podía ver detalles de ella que antes no había podido percibir. Veía las grietas de su piel, como si la hubieran hecho pedazos y luego la hubieran vuelto a unir. Veía cicatrices de quemaduras donde cada pieza se unía.

—No te rindas —le dijo la Mujer—. Has sido tan valiente… Pero hace falta algo más que valentía para resistirse al poder. Ese chico no pudo hacerlo, y tú estás a punto de rendirte… Pero eso es lo que él quiere, eso es precisamente lo que ha previsto.

—Los dioses no quieren nada —dijo Rin—. Son solo fuerzas. Poderes a los que se puede acceder. ¿Cómo va a estar mal hacer uso de algo que existe en la naturaleza?

—Este dios no es así —continuó la Mujer—. Destruir es parte de su naturaleza. Igual que ser codicioso, no estar nunca satisfecho con lo que ha consumido. Ten cuidado…

La luz se coló por entre las grietas de la Mujer esperiliana, como si estuviera iluminándose desde dentro. El rostro se le contrajo a causa del dolor y entonces desapareció, destrozando el espacio en el vacío.

Cuando la guerra empezó a causar estragos cada vez mayores en la vida de los civiles, la ciudad se sumió en una atmósfera de intensa sospecha. Dos semanas después de la explosión de nitrato de potasio, los hombres de Jun condenaron a muerte a seis granjeros nikaras por espiar para la Federación. Seguramente les habrían prometido un salvoconducto para salir de la ciudad asediada si les proporcionaban información valiosa. Podía ser eso o que simplemente necesitaran comida. De cualquier forma, miles de pescadores, mujeres y niños observaron con una mezcla de regocijo y disgusto cómo Jun los decapitaba en público, ensartaba sus cabezas en estacas y las exhibía en la parte más alta de las murallas exteriores.

Los ciudadanos se tomaban la justicia por su mano y eran aún más despiadados que cualquier fuerza de la Milicia. Cuando se difundieron rumores que afirmaban que la Federación estaba planeando envenenar el suministro central de agua de la ciudad, bandas armadas de hombres con palos empezaron a acechar por las calles, deteniendo y registrando a individuos al azar. Cualquiera que llevase encima una sustancia en polvo recibía una buena paliza. Al final, una división de soldados tuvo que intervenir para evitar que un grupo de comerciantes que llevaban hierbas al hospital acabaran siendo despedazados a manos de una muchedumbre.

A medida que pasaban las semanas, los hombros de Altan iban encorvándose cada vez más, y su rostro se quedó demacrado y ojeroso. Ahora tenía sombras debajo de los ojos constantemente. Apenas dormía. No dejaba de trabajar hasta mucho después de que lo hiciera cualquiera de ellos y se levantaba antes que nadie. Se tomaba sus descansos en turnos breves y tensos, y eso cuando no se los saltaba.

Se pasaba las horas paseando con frenesí por la fortificación amurallada, contemplando el horizonte por si detectaba algún movimiento por parte de la Federación, como si deseara que se produjera el próximo ataque para poder enfrentarse él solo a todo el ejército enemigo.

En una ocasión, Rin entró en su despacho para entregarle un informe de inteligencia y se lo encontró dormido sobre su mesa. Tenía la mejilla manchada de tinta y apoyada sobre unos planes de guerra que le habían mantenido ocupado durante horas. Sus hombros tocaban la superficie de madera. Mientras dormía, las líneas de tensión que solían cubrirle el rostro desaparecían, quitándole al menos cinco años de encima.

Rin siempre olvidaba lo joven que era Altan.

Parecía tan vulnerable…

Olía a humo.

No pudo contenerse. Extendió una mano y le tocó tímidamente el hombro.

Altan se sentó de inmediato. Por instinto, llevó una mano hacia la daga que guardaba en la cintura y extendió la otra hacia delante, emitiendo una llamarada de forma instantánea. Rin se apresuró a dar un paso atrás.

El comandante jadeó varias veces, presa del pánico, antes de verla.

—Solo soy yo —le dijo ella.

El pecho de Altan subió y bajó repetidamente, hasta que su respiración se ralentizó. Rin creía haber visto miedo en sus ojos, pero entonces él tragó saliva y en su rostro apareció una máscara de impasibilidad.

Tenía las pupilas extrañamente contraídas.

—No sé… —dijo Altan pasado un momento—. No sé qué es lo que estoy haciendo.

«Nadie lo sabe», quiso decirle Rin, pero se vio interrumpida por el fuerte sonido de alarma de un gong.

Había alguien a las puertas de la ciudad.

Qara ya se encontraba vigilando el muro oeste cuando ambos subieron las escaleras.

—Están aquí —se limitó a decir antes de que Altan pudiera

preguntarle nada.

Rin se inclinó sobre la muralla para poder ver al ejército que cabalgaba lentamente hacia las puertas. Debía de tratarse de una unidad de no menos de dos mil hombres. Al principio la invadió la ansiedad, hasta que vio que iban protegidos con armaduras nikaras. Al frente de la columna ondeaba un estandarte de Nikan, el símbolo del Emperador Rojo por encima de los emblemas de los doce jefes militares.

Refuerzos.

Rin se negó a dejar que la esperanza aflorara en su interior. No podía ser.

—Seguramente sea una trampa —declaró Altan.

Pero ella estaba contemplando un rostro que se hallaba entre las filas, más allá de la bandera: un chico, un hermoso chico con la piel más pálida que había visto jamás y unos encantadores ojos almendrados, caminaba sobre sus dos piernas como si nunca le hubieran partido la columna vertebral. Como si nunca lo hubiera atravesado la alabarda de un general.

Como si pudiera sentir su mirada, Nezha alzó la vista.

Los ojos de ambos se encontraron bajo la luz de la luna. A Rin le dio un vuelco el corazón.

El jefe militar del Dragón había respondido a su llamada. La Séptima División ya había llegado.

—No es ninguna trampa —sentenció la muchacha.

17

—¿De verdad estás recuperado?

—Casi —le dijo Nezha—. En cuanto fui capaz de ponerme en pie, me enviaron con la siguiente partida de soldados.

La Séptima División había traído consigo tres mil tropas nuevas y carromatos con las mercancías que tanto necesitaban en el interior: vendas, medicinas, sacos de arroz y especias. Era lo mejor que había sucedido en Khurdalain desde hacía semanas.

—Tres meses —se maravilló Rin—. Y Kitay decía que no volverías a caminar nunca.

—Lo exageró —le respondió él—. Tuve suerte. La hoja me atravesó justo entre el estómago y el riñón. No perforó nada al salir. Dolía a rabiar, pero se ha curado bien. Aunque me ha quedado una cicatriz bastante fea. ¿Quieres verla?

—Mejor déjate la camisa puesta —se apresuró a decirle Rin—. Aun así; ¿solo tres meses? Es increíble.

Nezha apartó la vista y observó el trecho de ciudad en calma que quedaba por debajo de la muralla que les había tocado patrullar. Vaciló, como si estuviera intentando decidir si decir o no algo en particular, pero entonces cambió bruscamente de tema.

—Bueno, y lo de gritarles a las rocas, ¿es algo normal aquí dentro?

—Es solo cosa de Suni. —Rin partió un panecillo de trigo por la mitad y le ofreció un pedazo. Habían aumentado las raciones de pan a dos por semana, y merecía la pena saborearlo—. Ignóralo.

Nezha aceptó el pan, lo masticó e hizo una mueca. Incluso en tiempos de guerra, el joven se comportaba como si hubiera esperado más lujos.

—Es un poco difícil ignorarlo cuando se pone a gritar justo fuera de tu tienda.

—Le pediré a Suni que evite la tuya en particular.

—¿Lo harás?

Dejando a un lado el sarcasmo, Rin estaba muy agradecida de contar con la presencia de Nezha. Por mucho que se hubieran odiado el uno al otro en la academia, era reconfortante estar con alguien de su clase allí, en la otra punta del país, tan lejos de Sinegard. Le

gustaba tener a alguien que pudiera comprender, en cierto modo, por lo que estaba pasando.

También ayudaba que Nezha hubiera dejado de comportarse como si tuviera un palo metido por el culo. La guerra sacaba lo peor de algunas personas. Sin embargo, en el caso de Nezha, lo había transformado, despojándolo de sus pretensiones de superioridad. En ese momento a Rin le parecía una tontería seguir guardándole rencor. Costaba sentir animadversión por alguien que le había salvado la vida.

Y no quería admitirlo, pero Nezha le venía bien para tomarse un respiro de Altan, que últimamente se dedicaba a lanzar objetos por el aire a la más mínima señal de desobediencia.

Se encontró preguntándose por qué Nezha y ella no se habían hecho amigos antes.

—Sabes que piensan que tu contingente es un circo de bichos raros, ¿no? —le dijo el sinegardiano.

Por supuesto, tenía que seguir diciendo cosas de ese estilo. Aquello la irritó. Sí que eran bichos raros, pero eran sus bichos raros. Solo los Cike podían hablar así de otros miembros de su grupo.

—Son los mejores puñeteros soldados de este ejército.

Nezha arqueó una ceja.

—¿No fue uno de vosotros quien hizo volar por los aires la embajada extranjera?

—Eso fue un accidente.

—¿Y no fue el grandullón peludo el que estuvo a punto de asfixiar a tu comandante en el comedor?

—De acuerdo, Suni es bastante raro… Pero el resto somos completamente nor…

—¿Completamente normales? —Nezha se rio en voz alta—. ¿En serio? Consumís drogas como si nada, les habláis a los animales y gritáis por las noches.

—Son efectos secundarios de nuestra destreza en la batalla —respondió la chica, intentando sonar despreocupada.

Nezha no parecía convencido.

—Tengo la sensación de que vuestra destreza en la batalla es el efecto secundario de vuestra locura.

Rin no quería pensar en ello. Era una perspectiva horripilante, y sabía que era mucho más que un simple rumor. Pero cuanto más aterrorizada estuviera, menos probable era que pudiera invocar al Fénix y más se enfadaría Altan.

—¿Por qué tú no tienes los ojos rojos? —le preguntó Nezha repentinamente.

—¿Qué?

Su compañero extendió la mano y le tocó un punto en la sien, justo al lado del ojo izquierdo.

—El iris de Altan es rojo. Creía que los ojos de los esperilianos eran de ese color.

—No sé —respondió ella, confundida de repente. Nunca se lo había planteado, y Altan jamás había sacado el tema—. Siempre he tenido los ojos marrones.

—Tal vez no seas esperiliana.

—Tal vez.

—Pero sí que se te pusieron los ojos rojos en otra ocasión. —Nezha parecía confuso—. En Sinegard. Cuando mataste al general.

—Si ni siquiera estabas consciente —replicó Rin—. Tenías una lanza atravesándote el estómago.

El joven arqueó una ceja.

—Sé lo que vi.

Escucharon unos pasos detrás de ellos. Rin se sobresaltó, pese a que no tenía ningún motivo para sentirse culpable. Tan solo estaba haciendo guardia. No tenía prohibido charlar un poco.

—Aquí estás —dijo Enki.

Nezha se levantó con agilidad.

—Os dejo solos.

Rin lo miró desconcertada.

—No, no tienes por qué…

—Debería irse —convino Enki.

Nezha le dedicó al Cike un rígido asentimiento y se apresuró a desaparecer doblando la esquina de la muralla.

Enki aguardó a que se extinguiera el sonido de sus pasos por las escaleras. Luego bajó la mirada hacia Rin, con la boca cerrada en una línea solemne.

—No me habías dicho que el hijo mimado del jefe militar del Dragón era un chamán.

Ella frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—De la insignia. —Enki se señaló la parte superior de la espalda, donde Nezha llevaba el escudo de su familia bordado en el uniforme —. Esa es la marca del dragón.

—Tan solo es su escudo de armas —respondió Rin.

—¿No lo habían herido en Sinegard? —inquirió Enki.

—Sí. —Rin se preguntó cómo podía saber él aquello. Aunque había que tener en cuenta que Nezha era el hijo del jefe militar del Dragón. Su vida personal era de conocimiento público entre la Milicia.

—¿Cómo de graves fueron sus heridas?

—No lo sé —admitió—. Yo misma estaba medio inconsciente cuando sucedió todo. El general lo apuñaló… dos veces. En el estómago probablemente. ¿Qué más da eso? —A ella también le había chocado lo rápido que se había recuperado Nezha, pero no entendía por qué Enki la interrogaba al respecto—. No le perforó ningún órgano vital —añadió, aunque aquello le sonó improbable nada más decirlo.

—Dos heridas en el estómago —repitió Enki—. Dos heridas en el estómago infligidas por un general experimentado de la Federación, que probablemente no fallaría. ¿Y tu amigo logra volver a caminar a los pocos meses?

—Bueno, si tenemos en cuenta que uno de los nuestros vive literalmente dentro de un barril, la suerte que ha tenido Nezha no parece algo tan absurdo.

Enki seguía sin estar convencido.

—Tu amigo oculta algo.

—Pues pregúntaselo tú mismo —dijo Rin, irritada—. ¿Necesitabas algo?

Él frunció el ceño, contemplativo, pero se limitó a asentir.

—Altan quiere verte. En su despacho. Ahora.

El despacho de Altan estaba hecho un desastre.

El suelo estaba cubierto de libros y pinceles. Los mapas se hallaban desperdigados de cualquier forma por encima de la mesa, y había planos de la ciudad ocupando cada centímetro de pared. Estaban plagados de garabatos irregulares y desordenados que representaban diagramas de estrategias que no tenían sentido para nadie más que para Altan. Este había marcado algunas de las zonas críticas con un círculo; había empleado tanta fuerza para hacerlo que parecía que las hubiera grabado en la pared con la punta de un cuchillo.

El comandante se encontraba solo, sentado delante de su mesa, cuando Rin entró en el despacho. Las sombras bajo sus ojos habían adoptado un tono añil tan profundo que parecían moratones.

—¿Me has mandado llamar? —le preguntó Rin.

Él soltó la pluma.

—Estás pasando mucho tiempo con el mocoso del jefe militar del Dragón.

Rin se tensó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no voy a permitirlo —sentenció Altan—. Nezha es uno de los soldados de Jun. Sabes que no puedes confiar en él.

La chica abrió la boca y volvió a cerrarla, intentando determinar si Altan hablaba en serio o no. Al final, dijo: —Nezha no está en la

Quinta. Jun no puede darle órdenes.

—Jun era su maestro —le dijo el esperiliano—. He visto su brazalete. Se especializó en Combate. Le es leal a Jun. Se lo contará todo…

Rin se quedó contemplándolo con incredulidad.

—Nezha es solo mi amigo.

—Nadie es solo un amigo. No cuando estás en los Cike. Nos está espiando.

—¿Espiando? —repitió ella—. Altan, estamos en el mismo ejército.

Altan se puso en pie y dio un golpe seco con las manos sobre la mesa.

Rin se sobresaltó.

—No estamos en el mismo ejército. Nosotros somos los Cike. Somos los Niños Insólitos. Somos esa unidad que no debería existir, y Jun quiere que fracasemos. Quiere que yo fracase —espetó—. Es lo que quieren todos.

—El resto de las divisiones no son nuestras enemigas —dijo la joven con calma.

Altan paseó por la estancia. Contraía los brazos de forma involuntaria mientras contemplaba sus mapas, como si dirigiera a unos ejércitos inexistentes. Parecía bastante trastornado.

—Todos son nuestros enemigos —sentenció. Daba la sensación de que estaba hablando consigo mismo más que con Rin—. Todos nos quieren muertos, enterrados… Pero yo no desapareceré de esta forma…

Rin tragó saliva.

—Altan…

Este inclinó la cabeza en su dirección.

—¿Ya puedes invocar el fuego?

Ella sintió una punzada de culpa. Por mucho que lo intentara, seguía sin poder acceder al dios, no podía invocarlo como había hecho en Sinegard.

Antes de que pudiera responder, Altan emitió un sonido de disgusto.

—Olvídalo. Pues claro que no puedes. Todavía piensas que esto es un juego. Crees que sigues en la escuela.

—No es verdad.

Altan cruzó la estancia hasta aproximarse a ella, la agarró por los hombros y la sacudió con tanta fuerza que a Rin se le escapó un grito ahogado. Pero su comandante se limitó a atraerla hacia sí hasta que estuvieron cara a cara, mirándose a los ojos. Los iris de él eran de un impetuoso tono carmesí.

—¿Tan difícil es? —exigió saber. La agarró con más fuerza y le hundió los dedos dolorosamente en la clavícula—. Dime, ¿por qué te resulta tan complicado? No es que sea algo nuevo para ti. Ya lo has hecho antes. ¿Por qué no puedes hacerlo ahora?

—Altan, me estás haciendo daño.

Él se limitó a ejercer aún más fuerza.

—Al menos podrías intentarlo, joder…

—¡Lo he intentado! —explotó Rin—. No es fácil, ¿vale? No puedo… No soy tú.

—¿Es que acaso eres una niña? —le preguntó Altan, como si tuviera curiosidad. No le gritó, pero su voz se volvió monótona, cuidadosamente controlada y tranquila de un modo letal. Rin supo entonces que estaba furioso—. ¿O quizás eres una idiota que se hace pasar por soldado? Dijiste que necesitabas tiempo. Te he dado meses. En Speer, a estas alturas ya te habrían desheredado. Tu familia te habría arrojado al océano solo por la profunda vergüenza que les causarías.

—Lo siento —susurró Rin. Pero se arrepintió de inmediato. Altan no buscaba una disculpa. Quería humillarla. Quería que se sintiera mortificada por la vergüenza, que se sintiera tan miserable consigo misma que no pudiera soportarlo.

Y así fue. ¿Cómo era posible que lograra hacerla sentir tan insignificante? Se sentía más inútil que cuando Jun la había humillado delante de todos en Sinegard. Esto era peor. Era mil veces peor porque, a diferencia de Jun, Altan sí que le importaba. Era un esperiliano. Era su comandante. Necesitaba su aprobación igual que necesitaba el aire para respirar.

Altan la empujó con violencia para apartarla de su lado.

Rin contuvo el impulso de llevarse la mano a la clavícula, donde sabía que pronto le saldrían dos moratones con la forma de los pulgares del joven, dos hendiduras perfectas que parecerían lágrimas. Tragó saliva con esfuerzo, apartó la mirada y no dijo nada.

—¿Y te consideras a ti misma una soldado entrenada en Sinegard? —La voz de Altan había pasado a ser poco más que un susurro, y aquello era peor que si se hubiese puesto a gritar. A Rin le hubiera gustado que le gritase. Cualquier otra cosa en lugar de destruirla de un modo tan frío—. No eres una soldado. Eres un lastre. Hasta que no consigas invocar el fuego, no me sirves de una mierda. Estás aquí porque presuntamente eres esperiliana. Aunque, por el momento, no he visto ninguna prueba de ello. Soluciónalo. Prueba tu valía. Haz tu puto trabajo o lárgate.

Rin contuvo las lágrimas hasta que hubo salido del despacho. Para

cuando entró en el comedor, seguía teniendo los ojos rojos.

—¿Has estado llorando? —le preguntó Nezha mientras tomaba asiento frente a ella.

—Lárgate —mascullό Rin.

Pero Nezha no se movió.

—Cuéntame qué ha pasado.

Rin se mordió el labio inferior. No debía hablar con Nezha. Quejarse de Altan delante de él podría considerarse una doble traición.

—¿Es por Altan? ¿Te ha dicho algo?

Ella desvió la mirada deliberadamente.

—Espera. ¿Qué es eso? —El chico extendió una mano hacia su clavícula.

Rin se la apartó de un manotazo y se tiró del uniforme hacia arriba.

—¿Vas a quedarte aquí sentada sin hacer nada? —le preguntó Nezha sin poder creerlo—. Aún recuerdo a la chica que me pegó un puñetazo en la cara solo por hablar mal de su profesor.

—Altan es distinto —dijo Rin.

—No es tan distinto como para tener derecho a hablarte de ese modo —repuso él. Fijó la mirada en su clavícula—. Así que es verdad; eso te lo ha hecho Altan. Por las tetas del Tigre. En la Quinta corren rumores de que está perdiendo la cabeza, pero nunca pensé que acabaría haciendo algo así.

—Tú no eres quién para hablar —le espetó Rin. ¿Por qué creía Nezha que podía ser ahora su confidente?—. Te pasaste años burlándote de mí en Sinegard. No me dijiste nada agradable hasta que Mugen se nos echó encima.

Nezha pareció sentirse realmente culpable.

—Rin, lo…

Ella lo interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—Yo era la huérfana de guerra del sur y tú el niño rico de Sinegard. Y me atormentaste. Hiciste que Sinegard fuese para mí un verdadero infierno, Nezha.

Le sentó muy bien poder decir eso en voz alta. Le sentó bien ver la expresión afligida del joven. Habían estado evitando el tema desde que él había llegado, comportándose como si siempre hubieran sido mejores amigos en la academia porque sus rencillas habían parecido infantiles al compararlas con las batallas reales a las que se enfrentaban ahora. Pero si Nezha pretendía calumniar a su comandante, entonces Rin tendría que recordarle exactamente con quién estaba hablando.

El sinegardiano dio un golpe seco sobre la mesa, igual que el que había dado Altan, pero esta vez Rin no se inmutó.

—¡Tú no fuiste la única víctima! —le espetó Nezha—. El día en el que nos conocimos me pegaste un puñetazo. Más adelante, me propinaste una patada en las pelotas. Luego, me atacaste en clase. Delante de Jun. Delante de todos. ¿Cómo crees que me sentó eso? ¿No crees que fue jodidamente vergonzoso? Mira, lo siento, ¿vale? Lo siento mucho. —El remordimiento que transmitía su voz parecía genuino—. Pero te salvé la vida. ¿No hace eso que estemos un poco en paz?

¿Que estaban paz? ¿En paz? Rin tuvo que reírse.

—¡Casi logras que me expulsen!

—Y tú casi me matas —le respondió Nezha.

Eso bastó para callarla.

—Te tenía miedo —continuó él—. Y por eso arremetí contra ti. Fui un idiota. Era un mocoso consentido. Era un verdadero grano en el culo. Me creía mejor que tú y no lo soy. Lo siento.

Rin estaba demasiado apabullada como para que se le ocurriera una respuesta, así que se dio la vuelta.

—Se supone que no puedo hablar contigo —dijo, mirando fijamente a la pared.

—Pues vale —soltó Nezha—. Siento haberlo intentado. Te dejaré sola.

Cogió su plato, se levantó y se apresuró a marcharse. Rin se lo permitió.

La guardia nocturna fue solitaria y aburrida sin Nezha. Todos los Cike tenían turnos de vigilancia, pero, en aquel momento, Rin tuvo el convencimiento de que Altan le había asignado ese turno como castigo. ¿De qué servía quedarse contemplando fijamente un litoral en el que nunca sucedía nada? Si aparecía otra flota, las aves de Qara la divisarían con días de antelación.

Se retorció los dedos, irritada, mientras se pegaba más al muro para intentar entrar en calor. «Idiota», pensó al mirarse las manos. Probablemente no tendría tanto frío si pudiera invocar una mínima llama.

Se sentía fatal por todo. Se estremecía solo de pensar en Altan y en Nezha. Sabía que la había cagado, que probablemente había hecho algo que no debería haber hecho, pero no lograba encontrar una salida lógica de esa encrucijada. Ni siquiera estaba segura de cuál era exactamente el problema, solo que ambos estaban cabreados con ella.

Entonces, oyó un zumbido. Al principio era tan débil que creyó que se lo estaba imaginando. Pero no tardó en aumentar de volumen,

como si se tratara de un enjambre de abejas acercándose a toda velocidad. El sonido alcanzó su punto álgido y pasó a ser evidente que se trataba de gritos humanos. La muchacha entornó la mirada. El alboroto no procedía del litoral, sino de los distritos del centro que quedaban a su espalda. Abandonó su puesto y corrió hacia el otro extremo para mirar hacia abajo por el otro lado. Una avalancha de civiles avanzaba en tropel por los callejones, en una estampida desenfrenada de cuerpos. Rin recorrió con la mirada a la multitud y divisó a Qara y a Unegen abandonando sus barracones. Entonces, bajó de la muralla y atravesó el gentío, abriéndose paso a empujones para llegar hasta ellos.

—¿Qué sucede? —dijo, agarrando a Unegen del brazo—. ¿Por qué huyen?

—Ni idea —le respondió él—. Busca al resto.

Una civil, una mujer mayor, intentó apartar a Rin de en medio para poder pasar, pero tropezó y se cayó al suelo. Rin se agachó para ayudarla, pero la mujer ya se había puesto en pie sola, escabullándose con más rapidez que cualquier otra anciana que ella hubiera visto jamás. Hombres, mujeres y niños la rodeaban, algunos descalzos, otros a medio vestir, con idénticas expresiones de terror en su frenesí por cruzar las puertas de la ciudad.

—¿Qué demonios está pasando? —Baji, con cara de sueño y sin camisa, se abrió camino entre la gente para llegar hasta ellos—. Por la Gran Tortuga. ¿Ya estamos evacuando?

Algo le golpeó la rodilla a Rin. Bajó la vista y vio a un niño; era demasiado pequeño, tendría la mitad de la edad de Kesegi. No llevaba pantalones. Extendía los brazos a tientas hacia la espinilla de Rin a la vez que berreaba. Debía de haber perdido a sus padres en medio de la turba. La chica lo cogió del suelo igual que solía coger a Kesegi cuando lloraba.

Mientras buscaba entre la muchedumbre a alguien que pareciera haber perdido a un niño, vio aparecer tres grandes lenguas de fuego en el aire con la forma de tres pequeños dragones que volaban hacia el cielo. Debía de ser la señal de Altan.

A través del ruido, se escuchó un grito ronco:

—¡Cike, seguidme!

Rin dejó al niño en brazos del primer civil que vio y se abrió paso a través de la multitud hasta donde se encontraba Altan. Jun también estaba allí, rodeado de unos diez de sus hombres. Nezha estaba entre ellos. No la miró a los ojos.

Altan parecía más claramente enfadado de lo que ella lo había visto nunca.

—Os advertí que no evacuarais la ciudad sin previo aviso.

—Esto no es cosa mía —dijo Jun—. Están huyendo de algo.

—¿De qué?

—Que me aspen si lo sé —soltó Jun.

Altan dejó escapar un gran suspiro impaciente, se adentró en la horda de cuerpos y tiró de alguien al azar. Se trataba de una joven un poco mayor que Rin que no llevaba puesto nada más que un camisón. Chilló enérgicamente en señal de protesta y luego cerró la boca de golpe cuando vio los uniformes de la Milicia.

—¿Qué sucede? —exigió saber Altan—. ¿De qué estáis huyendo?

—De un chimei —dijo la joven, sin aliento y aterrorizada—. Hay un chimei en la ciudad, cerca de la plaza…

¿Un chimei? A Rin ese nombre le resultaba vagamente familiar. Intentó recordar dónde lo había visto antes… Quizás en la biblioteca, en uno de los absurdos tomos que Jiang le había hecho leer cuando había estado llevando a cabo esas minuciosas investigaciones sobre cada aspecto del saber arcano conocido por el hombre. Supuso que podría tratarse de una bestia, de algún tipo de criatura mitológica con extrañas habilidades.

—Ya —dijo Jun con escepticismo—. ¿Y cómo sabes que se trata de un chimei?

La chica lo miró directamente a los ojos.

—Porque está arrancándoles la cara a los cadáveres —dijo con voz temblorosa—. He visto los cuerpos, he visto… —Se le quebró la voz.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Altan.

La joven se estremeció.

—No he podido verlo de cerca, pero creo… Parecía una gran bestia de cuatro patas. Tan largo como un caballo y con los brazos como los de un mono.

—Una bestia —repitió Altan—. ¿Algo más?

—Su pelaje era negro y sus ojos… —Tragó saliva.

—¿Qué pasa con sus ojos? —insistió Jun.

La chica se encogió.

—Eran como los suyos —dijo, y señaló hacia Altan—. Rojos como la sangre. Tan brillantes como las llamas.

Altan dejó que se marchara y la joven desapareció de inmediato entre el gentío.

Los dos comandantes se miraron entre sí.

—Tenemos que enviar a alguien —dijo Altan—. Alguien debe matar a esa bestia.

—Sí —coincidió Jun de inmediato—. Mis soldados están ocupados intentando controlar a la población, pero puedo reunir a un

escuadrón.

—No necesitamos a un escuadrón. Con uno de los míos bastará. No podemos prescindir de más. Mugen podría aprovechar esta oportunidad para atacar nuestra base. Esto podría ser una distracción.

—Iré yo. —Rin se ofreció voluntaria sin pensárselo.

Altan frunció el ceño en su dirección

—¿Sabes cómo encargarte de un chimei?

No lo sabía. Tan solo recordaba lo que era un chimei…, y eso era gracias a unas lecturas que había hecho en la academia y que apenas recordaba. Pero estaba segura de que eso ya era más de lo que podía decir cualquier otro en las divisiones o en los Cike, porque nadie más se había visto obligado a leer los bestiarios arcanos de Sinegard. Además, no estaba dispuesta a admitirle a Altan su incompetencia delante de Jun. Podía encargarse de aquella tarea. Tenía que hacerlo.

—Tanto como cualquier otro, señor. He leído los bestiarios.

Su comandante se paró a considerarlo durante un breve momento y luego asintió secamente.

—Ve en dirección contraria a la multitud. Mantente en los callejones.

—Yo también iré —se ofreció Nezha.

—No es necesario —le respondió Altan de inmediato.

Pero Jun añadió:

—Debería ir acompañada de un integrante de la Milicia. Por si acaso.

Altan se quedó mirando a Jun, y Rin pudo intuir de qué iba todo aquello. Jun quería que alguien la acompañara por si acaso veía algo de lo que Altan no quisiera informarle después.

Ella no podía creer que esa política de divisiones importase ahora.

Altan parecía querer discutírselo. Pero no había tiempo. Apartó a Nezha de un empujón para acercarse a la multitud y le arrebató una antorcha a uno de los civiles.

—¡Eh! ¡Que la necesito!

—Cállate —espetó Altan, quitando al civil de en medio. Le entregó la antorcha a Rin y la condujo hacia un callejón lateral donde podría evitar todo el tráfico—. Ve.

Rin y Nezha no podían llegar hasta el centro enfrentándose a esos cuerpos en estampida. Pero los edificios de su distrito tenían los tejados bajos y planos, por lo que era fácil desplazarse por ellos. Los recorrieron a toda prisa, con la luz de las antorchas parpadeando durante su carrera. Cuando llegaron al final de la manzana, bajaron hasta un callejón y atravesaron otro bloque más en silencio.

Al fin, Nezha le preguntó:

—¿Qué es un chimei?

—Ya has oído lo que ha dicho la mujer —repuso Rin con brusquedad—. Una gran bestia. Ojos rojos.

—Nunca he oído hablar de esa bestia.

—Entonces, probablemente no debas venir. —Rin dobló una esquina.

—Yo también he leído los bestiarios —dijo Nezha cuando le dio alcance de nuevo—. Pero ahí no aparece nada sobre ningún chimei.

—No has leído los textos antiguos. Los archivos del sótano. Los de la era del Emperador Rojo. Solo se le menciona un par de veces, pero ahí está. A veces se lo describe como un niño con los ojos rojos. Otras, como una sombra negra. Les arranca la cara a sus víctimas, pero deja el resto del cuerpo intacto.

—Qué mal rollo —comentó el chico—. ¿Y por qué las caras?

—No estoy segura —admitió Rin. Intentó recordar si había algo más que supiera sobre los chimeis—. Los bestiarios no lo indicaban. Creo que las colecciona. Los libros afirman que el chimei puede adoptar la forma de cualquiera… De cualquier persona que te importe, de alguien a quien nunca harías daño.

—¿Incluso de personas a las que no ha matado?

—Probablemente —aventuró ella—. Lleva miles de años coleccionando rostros. Con tantos rasgos faciales en su haber, seguro que puede parecerse a cualquiera.

—¿Y qué? ¿Por qué lo hace eso peligroso?

Rin le lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Serías capaz de apuñalar a una cosa que tiene el rostro de tu madre?

—Sabría que no es real.

—En el fondo, sabrías que no es real. Pero ¿podrías actuar en ese mismo momento? ¿Mirar a los ojos de tu madre, escucharla suplicar y rajarle la garganta?

—Si supiera que es imposible que sea mi madre, sí —afirmó Nezha —. El chimei parece aterrador solo si te pilla por sorpresa, pero no si sabes lo que es.

—No creo que sea tan sencillo —le dijo Rin—. Esta cosa no solo ha asustado a una o dos personas. Ha atemorizado a la mitad de la ciudad. Además, los bestiarios no indican cómo matarlo. No se ha registrado la derrota de un chimei en toda la historia. Vamos a enfrentarnos a él a ciegas.

Las calles del centro de la ciudad estaban en calma. Las puertas estaban cerradas y los carromatos aparcados. Lo que debería haber sido un mercado bullicioso era ahora un espacio polvoriento y

tranquilo.

Pero no vacío.

Había cadáveres esparcidos por las calles en distintos estados.

Rin se agachó junto al que le quedaba más cerca y le dio la vuelta. Estaba intacto, salvo por la cabeza. Le habían arrebatado la cara de un bocado de la forma más grotesca posible. Tenía las cuencas de los ojos vacías, le faltaba la nariz y le habían arrancado los labios de cuajo.

—No exagerabas —comentó Nezha. Se cubrió la boca con la mano —. Por las tetas del Tigre. ¿Qué hacemos cuando demos con él?

—Yo probablemente lo mataré —respondió Rin—. Tú puedes ayudarme.

—Tienes un detestable exceso de confianza en tus habilidades de combate.

—Te di una paliza en la escuela. Solo soy sincera sobre mis habilidades de combate —replicó ella. La ayudaba hablar con esa grandilocuencia. Hacía que sintiera menos miedo.

A varios metros de distancia, Nezha se tropezó con otro cadáver. Llevaba puesto el uniforme azul oscuro de las Fuerzas Armadas de la Federación. Una estrella amarilla de cinco puntas sobre la parte derecha del pecho lo identificaba como un oficial.

—Pobre hombre —dijo el chico—. Parece que no le llegó el mensaje a tiempo.

Rin se adelantó a su compañero y sostuvo la antorcha sobre el paseo sangriento. Un escuadrón entero de la Federación había sido asesinado y se hallaba esparcido sobre los adoquines.

—No creo que lo del chimei sea cosa de la Federación —declaró, despacio.

—Puede que lo hayan mantenido encerrado todo este tiempo —sugirió Nezha—. Tal vez no sabían lo que podía hacer.

—La Federación no se la juega de esa forma —replicó Rin—. Ya viste lo precavidos que fueron con los fundíbulos de Sinegard. No soltarían a una bestia que no pudieran controlar.

—Entonces, ¿ha venido él solo? ¿Un monstruo al que nadie ha avistado desde hace siglos ha decidido volver a aparecer en la única ciudad que se encuentra bajo asedio?

Rin comenzaba a sospechar de dónde podría haber salido el chimei. Ya había visto a esa criatura antes. La había visto en las ilustraciones de la casa de fieras del Emperador Jade.

«Invocaré cosas que no deberían estar en este mundo».

Cuando Jiang había abierto el vacío en Sinegard, había hecho un agujero en el velo entre su mundo y el siguiente. Y ahora que el Guardián ya no estaba, los demonios lo estaban atravesando a sus

anchas.

«Hay un precio que pagar. Siempre lo hay».

Ahora Rin entendía qué le había querido decir.

Desterró aquellos pensamientos de su mente y se agachó para examinar de cerca los cadáveres. Ninguno de los soldados había desenvainado su arma. Eso no tenía sentido. No podía haberlos pillado con la guardia baja a todos. Si habían estado luchando contra una bestia monstruosa, deberían haber muerto con las espadas en la mano. Debería haber signos de forcejeo.

—¿Dónde crees que…? —comenzó a preguntar, pero Nezha le cubrió la boca con una mano fría.

—Escucha —susurró.

Ella no oía nada. Pero entonces, en el extremo contrario de la plaza del mercado, se escuchó un leve ruido procedente del interior de un carromato volcado. Era el sonido de algo que se estaba sacudiendo. De pronto, el movimiento se detuvo para dar paso a lo que parecía ser un sollozo agudo.

Rin se acercó más para investigar, con la antorcha en alto.

—¿Estás loca? —Nezha la agarró del brazo—. Podría tratarse de la bestia.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Huir? —Se desembarazó de él y continuó avanzando a paso ligero hacia el carromato.

Nezha vaciló, pero Rin pudo escuchar cómo la seguía un segundo después. Cuando llegaron al carromato, el sinegardiano la miró a los ojos bajo las luces de las antorchas y ella asintió. Desenvainó la espada y juntos apartaron de un tirón la lona que cubría el vehículo.

—¡Marchaos!

Lo que se encontraba bajo la lona no era una bestia. Era una niña menuda, que no le llegaba a Nezha más allá de la cintura. Estaba acurrucada en la parte trasera del carromato. Llevaba puesto un fino vestido cubierto de sangre. Soltó un chillido al verlos y enterró la cabeza entre las rodillas. Todo su cuerpo convulsionó con unos violentos sollozos de terror.

—¡Marchaos! ¡Dejadme en paz!

—Baja la espada. ¡La estás asustando! —Nezha se plantó delante de Rin, bloqueándola para que la niña no la viese. Se cambió la antorcha de mano y apoyó la otra con delicadeza sobre el hombro de la cría—. Ey, ey. No pasa nada. Hemos venido a ayudarte.

La niña se sorbió la nariz.

—Un horrible monstruo…

—Lo sé. El monstruo no está aquí. Lo hemos… mmm… asustado. No hemos venido a hacerte daño, te lo prometo. ¿Puedes mirarme?

Lentamente, la niña levantó la cabeza y le devolvió la mirada a Nezha. Sus ojos, muy abiertos y asustados, parecían enormes en aquel rostro plagado de lágrimas.

Cuando Rin miró por encima del hombro de Nezha y vio aquellos ojos, sintió una repentina y extraña sensación, un ferviente deseo de proteger a esa niña a toda costa. Era como una necesidad física, como un extraño instinto maternal. Moriría antes que dejar que le hicieran daño a aquella cría inocente.

—¿No sois monstruos? —gimoteó la niña.

Nezha extendió los brazos hacia ella.

—Somos completamente humanos —le dijo con dulzura.

La niña se lanzó hacia sus brazos y sus sollozos cesaron.

Rin contemplo a su amigo con asombro. Este parecía saber exactamente cómo comportarse con un niño, ajustando su tono de voz y su lenguaje corporal para transmitir la mayor calma posible.

Nezha le pasó a Rin su antorcha con un brazo y con la mano libre le dio una palmadita en la cabeza a la niña.

—¿Me dejas que te ayude a salir de aquí?

La pequeña asintió con vacilación y se puso en pie. Nezha la agarró por la cintura, la sacó del carromato roto y la dejó con delicadeza en el suelo.

—Listo. Estás bien. ¿Puedes caminar?

La niña volvió a asentir y extendió una mano temblorosa para coger la de él. Nezha se la tomó con firmeza y envolvió sus delgados dedos alrededor de esa mano diminuta.

—No te preocupes. No me voy a ir a ningún sitio. ¿Cómo te llamas?

—Khudali —susurró.

—Khudali, ahora estás a salvo —le prometió Nezha—. Estás con nosotros. Y somos asesinos de monstruos. Pero necesitamos tu ayuda. ¿Puedes ser valiente por mí?

Khudali tragó saliva y asintió.

—Buena chica. ¿Puedes decirme qué es lo que ha pasado? Cualquier cosa que recuerdes.

Khudali inspiró hondo y comenzó a hablar en un tono vacilante y tembloroso.

—Estaba con mis padres y mi hermana. Íbamos en el carromato de vuelta a casa. La Milicia nos ha dicho que no podíamos estar en la calle hasta muy tarde, así que queríamos volver a casa a tiempo, pero entonces… —Comenzó a llorar de nuevo.

—No pasa nada —se apresuró a decirle Nezha—. Ya sabemos que entonces ha llegado la bestia. Solo necesito que me des cualquier

detalle. Lo que se te ocurra.

Khudali asintió.

—Todos gritaban, pero ninguno de los soldados hacía nada. Y cuando se nos ha acercado, la Federación se ha limitado a quedarse mirando. Yo me he escondido dentro del carromato. No le he visto la cara a la bestia.

—¿Has visto hacia dónde se ha ido? —le preguntó Rin con brusquedad.

Khudali se sobresaltó y se escondió detrás de Nezha.

—La estás asustando —le dijo el chico a Rin en voz baja, haciéndole señas para que se mantuviera alejada. Volvió a girarse hacia Khudali—. ¿Adónde ha ido?

—No… No sé explicaros cómo llegar hasta allí, pero puedo llevaros yo misma. Recuerdo la dirección que ha tomado.

Dio un par de pasos hacia una esquina del callejón y luego se detuvo.

—Aquí es donde se ha comido a mi hermano —les explicó—. Pero después ha desaparecido.

—Espera un momento —dijo Nezha—. Nos has dicho que habías venido con tu hermana.

Khudali levantó la vista hacia él con aquellos ojos tan grandes e implorantes.

—Ah, es verdad —respondió.

Y entonces, esbozó una sonrisa.

En cuestión de un instante, pasó de ser una niña menuda a ser una bestia de largas extremidades. Salvo el rostro, estaba completamente cubierta de un grueso pelaje muy negro. Sus largos brazos llegaban hasta el suelo, igual que los de Suni. Eran brazos de mono. Tenía la cabeza muy pequeña, y seguía siendo la de Khudali, lo que hacía que fuera todo mucho más grotesco. Extendió sus gruesos dedos hacia Nezha y lo levantó en el aire agarrándolo del cuello de la camisa.

Rin alzó la espada y le asestó golpes en las piernas, los brazos y el torso. No obstante, el pelaje hirsuto del chimei era como una capa de agujas de hierro, y repelía su hoja mejor que cualquier escudo.

—¡Su cara! —gritó la chica—. ¡Apunta a su cara!

Pero Nezha no se movía. Las manos le colgaban inútilmente a los costados. Estaba contemplando el diminuto rostro del chimei, el de Khudali, embelesado.

—¿Qué estás haciendo? —le chilló Rin.

Lentamente, el chimei giró la cabeza para bajar la mirada hacia ella. Sus ojos se encontraron.

Rin retrocedió y se tambaleó hacia atrás, sin poder respirar.

Cuando se topó con esa mirada, con esos ojos cautivadores, su visión dejó de registrar el monstruoso cuerpo del chimei.

Ya no veía el pelaje negro ni el cuerpo de la bestia ni el duro torso cubierto de sangre. Solo le veía el rostro.

No era el rostro de una bestia. Era la cara de algo hermoso. Por un instante, se volvió borroso, como si no pudiera decidir qué quería ser. Pero entonces se transformó en un rostro que Rin llevaba años sin ver.

Unas mejillas suaves y del color del barro. El cabello negro despeinado. Un diente de leche ligeramente más largo que el resto y otro que le faltaba.

—¿Kesegi? —masculló Rin.

Dejó caer la antorcha y Kesegi le dedicó una sonrisa tímida.

—¿Me reconoces? —le preguntó con su vocecilla dulce—. ¿Después de todo este tiempo?

A Rin se le partió el corazón.

—Por supuesto que te reconozco.

Kesegi la contempló, esperanzado. Entonces, abrió la boca y chilló. Ese chillido no era en absoluto humano. El chimei corrió hacia ella. Rin se llevó las manos a la cara… Pero algo detuvo a la bestia.

Nezha se había liberado de su agarre y ahora se encontraba subido a su espalda, desde donde no podía verle el rostro. Lo apuñaló por detrás, pero su cuchillo repiqueteó inútilmente contra la clavícula del chimei. Volvió a intentarlo, esta vez apuntando hacia su cara. La cara de Kesegi.

—¡No! —gritó Rin—. Kesegi, no…

Nezha falló. Su cuchillo rebotó contra el pelaje de hierro. El joven alzó su arma para asestar un segundo golpe, pero Rin se precipitó hacia delante e interpuso su espada entre la hoja de Nezha y el chimei.

Tenía que proteger a Kesegi, no podía dejar que Nezha lo asesinara, a él no… Era solo un niño, tan indefenso, tan pequeño…

Habían pasado tres años desde que lo había dejado atrás. Lo había abandonado con un par de traficantes de opio, mientras que ella se había marchado a Sinegard sin ni siquiera mandarle una mísera carta en tres años, en tres larguísimos años.

Parecía haber pasado mucho más tiempo. Toda una vida.

Entonces, ¿por qué seguía Kesegi siendo tan pequeño?

Rin se tambaleó, confusa. Responder a esa pregunta era como intentar ver algo a través de una densa bruma. Sabía que existía algún motivo por el que aquello no tenía sentido, pero no era capaz de descubrir por qué… Solo que había algo raro en el Kesegi que tenía delante.

No era su Kesegi.

No era Kesegi en absoluto.

Rin se esforzó por entrar en razón. Parpadeó con rapidez como si intentara despejar la niebla que cubría su visión. «Es el chimei, idiota», se dijo a sí misma. «Está jugando con tus emociones. Es lo que hace. Es su forma de matar».

Y ahora que lo recordaba, vio que había algo más que no encajaba en el rostro de Kesegi… Sus ojos no eran dulces y marrones, sino de un rojo brillante, como dos faroles deslumbrantes que atraían su mirada…

El chimei aulló y por fin logró quitarse a Nezha de la espalda. El joven salió volando por los aires y chocó contra el muro del callejón. Se golpeó la cabeza contra la piedra. Cayó al suelo y se quedó inmóvil.

El monstruo se adentró en las sombras y desapareció.

Rin corrió hacia la forma inerte de Nezha.

—Mierda, mierda… —Llevó una mano a la nuca de su amigo. Cuando la apartó, la tenía manchada de sangre. Le palpó la zona, sintiendo los bordes del corte, y la invadió el alivio al comprobar que era bastante superficial. Hasta las heridas más leves en la cabeza sangraban profusamente. Nezha se pondría bien.

Pero ¿adónde había ido el chimei?

Rin escuchó un crujido por encima de ella. Se dio la vuelta demasiado despacio.

El chimei bajó de un salto justo sobre su espalda, aferrándola por los hombros con una fuerza horrible. Ella se retorció con furia, dando estocadas hacia atrás con la espada. Pero sus esfuerzos eran en vano. La piel del chimei seguía siendo un escudo impenetrable. La hoja de Rin tan solo la arañaba inútilmente.

Con una mano gigantesca, la bestia le arrebató la espada y la partió en dos. Profirió un sonido despectivo y lanzó los pedazos hacia la oscuridad. Luego rodeó el cuello de Rin con los brazos, agarrándose a su espalda como si fuera un niño, uno gigantesco y monstruoso. Ejerció presión sobre su tráquea. La chica sintió se le salían los ojos de las órbitas. No podía respirar. Cayó de rodillas y tanteó el suelo con desesperación en busca de la antorcha que había dejado caer.

Notó el aliento cálido del chimei contra su cuello. La criatura le arañó el rostro, le tiró de los labios y de las fosas nasales igual que haría un niño.

—Juega conmigo —insistía, usando la voz de Kesegi—. ¿Por qué no juegas conmigo?

«No puedo respirar…».

Los dedos de Rin dieron con la antorcha. La agarró y la blandió a

ciegas hacia arriba.

Le dio de lleno al chimei en la cara con el extremo ardiente y se produjo un fuerte chisporroteo. La bestia chilló y se apartó de ella. Se retorció sobre la tierra, gimiendo de dolor mientras sus extremidades se contraían en extraños ángulos.

Rin también gritó. Su pelo estaba ardiendo. Se puso la capucha y presionó el tejido contra su cabeza para sofocar las llamas.

—Por favor, hermana —jadeaba el chimei. En mitad de su agonía, de algún modo había logrado que su voz fuera todavía más parecida a la de Kesegi.

Rin se arrastró obstinadamente hacia la bestia, evitando mirarla a los ojos. Agarraba con fuerza la antorcha con la mano derecha. Tenía que volver a quemar al monstruo. Parecía que aquella era la única forma de hacerle daño.

—Rin.

Entonces habló con la voz de Altan.

Y ella no pudo evitar mirar.

Al principio, tenía tan solo el rostro de Altan, pero luego se convirtió en él por completo, tendido en el suelo y con la sangre resbalándole por las sienes. Tenía los ojos de Altan, su cicatriz.

Con la piel en carne viva y echando humo, su comandante gruñó en su dirección.

La joven eludió los intentos del chimei de arrancarle la cara y consiguió inmovilizarlo contra el suelo, bloqueándole los brazos con sus rodillas.

Tenía que quemarle la cara. Los rostros eran la fuente de su poder. El chimei había recolectado un montón de facciones de cada una de las personas a las que había asesinado, de cada rostro que había arrancado. Se mantenía vivo adoptando formas humanas, y ahora intentaba obtener la suya.

Rin le acercó la antorcha a la cara.

El chimei volvió a gritar. Altan volvió a gritar.

Ella jamás había escuchado gritar al esperiliano, no en la vida real, pero estaba segura de que sonaría exactamente así.

—Por favor —gimió Altan con la voz entrecortada—. Por favor, no.

Rin apretó los dientes y agarró con más fuerza la antorcha, presionándola contra la cabeza del chimei. El olor a carne quemada le entró por la nariz. Se ahogaba. El humo la hacía llorar, pero no se detuvo. Intentó desviar la vista, pero los ojos del chimei eran cautivadores. Le sostuvo la mirada a Rin. La obligó a observarlo.

—No puedes matarme —siseó Altan—. Me quieres.

—No te quiero —respondió ella—. Y puedo matar lo que sea.

El terrorífico poder del chimei hacía que este se pareciese más y más a Altan a medida que ardía. El corazón de Rin latía con furia contra su tórax. «Cierra la mente. Bloquea tus pensamientos. No pienses. No pienses. No pienses. No…».

Pero no podía separar a Altan del chimei. No había ninguna diferencia entre ambos. Rin quería a la bestia, quería a Altan, y este iba a matarla. A no ser que ella lo matara primero.

Pero no, no tenía sentido…

Intentó concentrarse de nuevo, acallar su miedo y recuperar la cordura, pero esta vez no se centró en separar a Altan del chimei, sino en convencerse de matarlo sin importar quién creyera que era.

Iba a matar al chimei. Iba a matar a Altan. Ambos eran reales. Ambas muertes eran necesarias.

No tenía semillas de amapola, pero en ese momento no necesitaba invocar al Fénix. Contaba con la antorcha y con su dolor, y eso era suficiente.

Estampó el extremo romo de la antorcha contra el rostro de Altan. Luego lo estampó una vez más, con más fuerza de la que ella misma creía que poseía. El hueso cedió ante el peso de la madera. Se le hundió la mejilla y apareció un agujero cavernoso allí donde debería haber habido piel y hueso.

—Me estás haciendo daño. —Altan parecía sorprendido.

«No, te estoy matando». Volvió a golpearlo repetidamente. Una vez que comenzó a bajar y subir el brazo, no pudo parar. El rostro de Altan se convirtió en un amasijo moteado de pedazos de hueso y carne. Su piel oscura adquirió un tono rojo intenso. La cara perdió su forma por completo. Rin le golpeó en aquellos ojos hasta dejarlos tan ensangrentados que ya no podía seguir viéndolos. Cuando la bestia forcejeó, ella cogió la antorcha por el otro extremo y le quemó las heridas. Entonces, el monstruo gritó.

Al fin, el chimei dejó de moverse debajo de ella. Dejó de tensar los músculos y de patalear. Rin se dobló hacia delante sobre la cabeza de la criatura, respirando con dificultad. Le había quemado toda la cara hasta solo dejarle el hueso. Debajo de la piel achicharrada y humeante se encontraba un cráneo blanco, diminuto e impoluto.

La chica se bajó de encima del cadáver e inspiró profundamente. Después, vomitó.

—Lo siento —le dijo Nezha cuando se despertó.

—No lo sientas —le respondió Rin. Estaba apoyada contra el muro a su lado. Todo lo que había tenido dentro del estómago se encontraba ahora esparcido por la acera—. No es culpa tuya.

—Sí que es culpa mía. Tú no te has quedado paralizada al verlo.

—Sí que me he quedado paralizada. Y lo mismo le ha ocurrido a todo un escuadrón. —Señaló con el pulgar hacia los cadáveres de la Federación que había en la plaza del mercado—. Y has sido tú quien me ha ayudado a salir del trance. No te fustigues.

—He sido un idiota. Debería haber sabido que esa niña…

—Ninguno de los dos nos hemos dado cuenta —dijo Rin sin más.

Nezha no respondió.

—¿Tienes una hermana? —le preguntó ella un rato después.

—Tenía un hermano —le contó el joven—. Un hermano pequeño. Murió cuando éramos niños.

—Ah. —Rin no sabía qué contestar a eso—. Lo siento. Nezha se incorporó hasta sentarse.

—Cuando el chimei estaba gritándome, he tenido la sensación de que… todo volvía a ser culpa mía.

Rin tragó saliva.

—Cuando lo he matado, me he sentido como si estuviera cometiendo un asesinato —admitió.

Nezha la contempló durante largo rato.

—¿Qué forma ha adoptado contigo?

Rin no le respondió.

Regresaron cojeando a la base, juntos y en silencio, ocultándose de vez en cuando en algún recoveco oscuro para asegurarse de que nadie los estaba siguiendo. Lo hacían más por costumbre que por necesidad. Rin supuso que no habría más soldados de la Federación por esa zona en un tiempo.

Cuando llegaron al cruce que dividía el cuartel general de los Cike y la base de la Séptima División, Nezha se detuvo y giró sobre sus talones para mirarla a la cara.

A ella se le cortó la respiración.

En ese momento, Nezha irradiaba belleza, de pie justo en el punto del camino donde un rayo de luna le caía sobre el rostro, iluminándole uno de los lados y sumiéndole el otro en sombras.

Parecía de porcelana esmaltada, de cristal. Más que un verdadero humano, parecía la representación escultórica de una persona. «No puede ser real», pensó Rin. Un chico de carne y hueso no podía llegar a ser tan dolorosamente encantador, tan carente de cualquier imperfección o defecto.

—Bueno…, en cuanto a lo de antes… —comenzó Nezha.

Rin cruzó los brazos con fuerza contra el pecho.

—No es un buen momento.

Él se rio sin ganas.

—Estamos en plena guerra. Nunca va a ser un buen momento.

—Nezha…

El muchacho apoyó una mano sobre su brazo.

—Solo quería decirte que lo siento.

—No tienes por qué…

—Sí, sí que tengo que hacerlo. He sido un verdadero capullo contigo. Y no tenía derecho a hablar sobre tu comandante de ese modo. Lo siento.

—Te perdono —le respondió Rin con recelo, para acabar dándose cuenta de que lo decía en serio.

Cuando regresó a la base, Altan la estaba esperando en su despacho. Le abrió la puerta incluso antes de que ella llamara.

—¿Solucionado?

—Solucionado —le confirmó Rin. Tragó saliva, con el corazón aún desbocado—, señor.

Altan asintió secamente.

—Bien.

Se miraron el uno al otro en silencio durante un momento. El comandante estaba oculto bajo la sombra de la puerta. Rin no podía ver la expresión de su rostro. Y se alegraba de ello. No podía mirarlo a la cara en ese instante. No podía observarlo sin recordar sus facciones ardiendo, rompiéndose bajo sus manos, deshaciéndose en un revoltijo pulposo de carne, vísceras y tendones.

Todos los pensamientos sobre Nezha que habían estado rondando por su cabeza se esfumaron de pronto. ¿Cómo iba a importar eso en aquel momento?

Acababa de asesinar a Altan.

¿Qué significado tenía aquello? ¿Qué significaba que el chimei hubiera creído que Rin no sería capaz de matar a Altan, y que ella lo hubiera asesinado igualmente?

Si era capaz de algo así, ¿habría algo que no pudiera hacer?

¿Alguien a quien no fuese capaz de matar?

Tal vez ese era el tipo de ira que necesitaba para invocar al Fénix con facilidad y de forma habitual, tal y como hacía Altan. No requería solo rabia o miedo, sino un profundo y ardiente resentimiento, avivado por un tipo de abuso particularmente cruel.

Quizás, después de todo, había acabado aprendiendo algo.

—¿Alguna cosa más? —le preguntó Altan.

El comandante dio un paso hacia ella. Rin se encogió. Él debió de percatarse de ello, pero aun así siguió avanzando.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—No, señor —susurró la joven—. Nada más.

1

—Las riberas del río están despejadas —afirmó Rin—. Hay pequeños indicios de actividad en el extremo noroeste, pero nada que no hayamos visto antes. Probablemente tan solo estén transportando más suministros hasta el otro lado del campamento. Pero dudo que vayan a intentar nada hoy.

—Bien —dijo Altan. Marcó un punto en su mapa y luego soltó la pluma. Se masajeó las sienes y de repente se detuvo como si hubiera olvidado qué iba a decir.

Rin jugueteó de manera inquieta con su manga.

Llevaban semanas sin entrenar juntos. Y era mejor así. En ese momento no había tiempo para entrenar. Después de meses bajo asedio, la posición nikara en Khurdalain era nefasta. Hasta con los refuerzos que habían recibido de la Séptima División, la ciudad portuaria corría el gran peligro de acabar siendo ocupada por la Federación. Tres días antes, la Quinta había perdido una importante aldea a las afueras de Khurdalain que había estado utilizando como centro de transporte. Como consecuencia, la mayor parte del área oriental de la ciudad había quedado expuesta a la Federación.

Además de todo eso, también habían perdido una buena parte de sus suministros importados, lo que había obligado al ejército a subsistir con unas raciones todavía más escasas. Ahora sobrevivían a base de gachas de arroz y batatas, dos cosas que Baji había jurado que no volvería a comer en su vida una vez que acabara esa guerra. Tal y como estaban las cosas, tenían más probabilidades de terminar masticando puñados de arroz crudo que de recibir comidas completamente cocinadas del comedor.

Las unidades de vanguardia de Jun retrocedían lentamente y sufrían bajas en el proceso. La Federación se hacía con el control de una fortaleza tras otra en la ribera del río. El arroyo llevaba días teñido de rojo, lo que obligó a Jun a enviar a sus hombres a por barriles de agua que no estuviera contaminada por cadáveres putrefactos.

Aparte del centro de Khurdalain, los nikaras seguían ocupando tres edificios clave en el muelle: dos almacenes y una antigua oficina de comercio hesperiana. Sin embargo, sus fuerzas se veían cada vez más reducidas, y estaban demasiado débiles como para mantener el control de los edificios de manera indefinida.

Al menos habían puesto fin a las fantasías de una victoria temprana por parte de la Federación. Por las misivas que habían interceptado, sabían que Mugen había albergado la esperanza de hacerse con Khurdalain en cuestión de una semana. Pero el asedio ya se había prolongado meses. De una forma abstracta, Rin era consciente de que cuanto más repelieran a Mugen de Khurdalain, más tiempo tendría Golyn Niis para reunir sus defensas. Ya les habían conseguido más tiempo del que podrían haber esperado.

Pero eso no quitaba que lo de Khurdalain pareciera una absoluta derrota.

—Una cosa más —añadió Rin.

Altan asintió con brusquedad para indicarle que continuara.

Ella habló con rapidez.

—La Quinta quiere celebrar una reunión para hablar sobre la ofensiva en la playa. Quieren adelantarla antes de perder más tropas en el almacén. Proponen que sea pasado mañana como muy tarde.

Altan enarcó una ceja.

—¿Por qué la Quinta me hace llegar una petición a través de ti?

Realmente, le habían transmitido esa petición a Nezha, que hablaba en nombre de su padre, el jefe militar del Dragón, a quien Jun había abordado porque no quería darle legitimidad a Altan acudiendo hasta su cuartel general. A Rin las políticas entre divisiones le parecían increíblemente irritantes, pero no podía hacer nada al respeto.

—Porque le caigo bien a al menos uno de ellos, señor.

Altan parpadeó. Rin se arrepintió de inmediato de haber dicho nada.

Antes de que su comandante pudiera responderle, un grito desgarró el aire de la mañana.

Altan fue el primero en llegar a lo alto de la atalaya, pero Rin iba justo detrás de él, con el corazón latiéndole desbocado. ¿Se habría producido un ataque? Pero no vio a ningún soldado de la Federación en los alrededores ni ninguna flecha volando sobre sus cabezas…

Qara yacía en el suelo de la atalaya. Estaba sola. Observaron cómo se retorcía sobre la piedra, emitiendo gemidos bajos y torturados desde lo más profundo de su garganta. Tenía los ojos en blanco. Sus extremidades sufrían convulsiones incontrolables.

Rin nunca había visto a nadie reaccionar a una herida de ese modo. ¿La habrían envenenado? Pero ¿por qué iba la Federación a atacar a una centinela y a nadie más? Tanto ella como Altan se agacharon instintivamente, apartándose de la posible línea de fuego. Sin embargo, no vieron caer más flechas, si es que había llegado a caer alguna antes. Además de los espasmos de Qara, no percibieron ningún otro disturbio.

Altan se puso de rodillas. Agarró a Qara por los hombros, arrastrándola hasta conseguir sentarla.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—Duele…

El comandante la zarandeó con fuerza.

—Respóndeme.

—Qara se limitó a volver a gemir. Rin se quedó atónita por la forma tan brusca en la que Altan la estaba tratando, a pesar de que la agonía de la chica era evidente. No obstante, también se percató de que Qara no tenía ninguna lesión visible. No había sangre en el suelo ni tampoco en su ropa.

Altan le dio una ligera palmada en el rostro a Qara para que le prestara atención.

—¿Ha vuelto?

Rin los miró a ambos, confundida. ¿De quién estaban hablando? ¿Del hermano de Qara?

A la Cike se le retorció el gesto a causa de la agonía, pero logró asentir con la cabeza.

Altan maldijo entre dientes.

—¿Está herido? ¿Dónde está?

Entre jadeos, Qara lo agarró de la parte delantera de su túnica. Tenía los ojos cerrados con fuerza, como si estuviera concentrada en algo.

—En la puerta este —consiguió decir—. Ya está aquí.

Para cuando Rin terminó de ayudar a Qara a bajar por las escaleras, Altan había desaparecido de su vista.

La joven echó un vistazo hacia arriba y vio a varios arqueros de la Quinta División inmóviles en lo alto de la muralla, con las flechas colocadas en sus arcos. Rin podía oír el sonido del acero entrechocando al otro lado del muro, pero ninguno de los soldados se movía para disparar.

Altan debía de encontrarse en el exterior. ¿Temían acertarle a él? ¿O simplemente no estaban dispuestos a ayudarlo?

Rin sentó a Qara en el muro más cercano y corrió a toda prisa hacia la muralla para poder echar un vistazo a la puerta este.

Al otro lado de la misma, un escuadrón entero de soldados de la Federación rodeaban a Altan. Este luchaba a lomos de un caballo, abriéndose camino a cuchilladas en un intento desesperado por volver hasta la puerta. Movía los brazos tan rápido que Rin no podía seguir sus estocadas con la mirada. Su tridente refulgió más de una vez bajo el sol del mediodía, reluciente a causa de la sangre. Cada vez que Altan tiraba del arma para atraerla hacia sí de nuevo, un soldado de la Federación se desplomaba.

El grupo de soldados se vio reducido a medida que fueron cayendo uno tras otro. Al fin, Rin vio el motivo por el que su comandante no había invocado el fuego. Un joven se encontraba sentado delante de él sobre el caballo, inerte entre sus brazos. Tenía el rostro y el pecho cubiertos de sangre. Su piel había adoptado el mismo tono blanco intenso que su pelo. Por un momento, Rin pensó esperanzada que se trataba de Jiang. No obstante, este hombre era más bajo, claramente más joven y mucho más delgado.

Altan se defendía de los soldados de la Federación lo mejor que podía, pero lo tenían acorralado contra la puerta.

Más abajo, Rin vio que los Cike se habían reunido en el lado interior de la muralla.

—¡Abrid las puertas! —gritó Baji—. ¡Dejadlos pasar!

Los soldados intercambiaron unas cuantas miradas recelosas y no hicieron nada.

—¿A qué estáis esperando? —chilló Qara.

—Tenemos órdenes de Jun —tartamudeó uno de ellos—. No podemos abrirlas bajo ningún concepto…

Rin miró hacia el exterior y vio que otro escuadrón de la Federación avanzaba rápidamente para prestar refuerzos. Se inclinó sobre el muro y agitó las manos para llamar la atención de Baji.

—¡Hay más en camino!

—A la mierda. —Baji apartó a uno de los soldados de una patada, le clavó la punta roma de su rastrillo a otro en el estómago y comenzó a abrir la puerta él mismo mientras Suni hacía retroceder a los guardias que se encontraban detrás de su compañero.

Las puertas empezaron a abrirse pesadamente.

Posicionada justo detrás de la pequeña ranura, Qara sacó una flecha tras otra de su carcaj y las disparó rápidamente hacia los soldados de la Federación. Bajo una lluvia de proyectiles de fuego, los mugeneses retrocedieron lo suficiente como para que Altan pudiera esquivar su bloqueo.

Baji empujó las puertas desde el otro lado hasta que se cerraron a cal y canto.

Altan tiró de las riendas, obligando a su caballo a detenerse bruscamente.

Qara corrió hacia él, gritando en una lengua que Rin no comprendía. Su diatriba se veía interrumpida aquí y allá por una variedad de extravagantes improperios en nikara.

Altan alzó una mano para indicarle que se callara. Se bajó del caballo con un movimiento fluido y luego ayudó al otro joven a bajarse. Este se tambaleó cuando sus piernas tocaron el suelo y se apoyó contra el caballo para poder estabilizarse. Altan le ofreció un hombro, pero él lo rechazó.

—¿Estaba allí? —quiso saber el comandante de los Cike—. ¿Llegaste a verlo?

Con el pecho agitado, el joven asintió.

—¿Tienes los planos? —le preguntó Altan.

El joven volvió a asentir.

¿De qué estaban hablando? Rin le dedicó a Unegen una mirada inquisitiva, pero su compañero estaba igual de desconcertado que ella.

—Vale —dijo Altan—. Vale. Eres un idiota.

Entonces, tanto él como Qara comenzaron a gritarle al desconocido.

—Serás imbécil…

—Podrían haberte matado…

—Maldito inconsciente…

—Me da igual lo poderoso que creas que eres, ¿cómo te atreves…?

—Escuchad —dijo el joven, que tenía las mejillas tan blancas como la nieve. Había comenzado a temblar—. Me encantaría tratar este asunto, de verdad, pero ahora mismo estoy sangrando por tres heridas distintas y creo que me voy a desmayar. ¿Me dais un momento?

Altan, Qara y el recién llegado no abandonaron el despacho del comandante durante el resto de aquella tarde. Enviaron a Rin a buscar a Enki para que proporcionara atención médica, pero una vez que hubo terminado, Altan lo mandó a paseo sin ningún miramiento. Rin merodeó por la ciudad, aburrida, intranquila y sin ninguna orden que seguir. Quería pedirle a alguno de sus compañeros una explicación sobre lo que había sucedido, pero Unegen y Baji se habían marchado a una misión de reconocimiento y no regresaron hasta la cena.

—¿Quién era ese? —les preguntó en cuanto se presentaron en el comedor.

—¿El hombre de la entrada dramática? El lugarteniente de Altan —dijo Unegen. Se sentó en el banco situado enfrente de Rin. Adoptó un tono despectivo y grandilocuente—. El único e inigualable Chaghan Suren de las regiones interiores.

—Sí que ha tardado —masculló Baji—. ¿Dónde estaba? ¿De vacaciones?

—¿Ese era el hermano de Qara? ¿Es por eso por lo que…? —Rin no sabía cómo preguntar con educación sobre las convulsiones de Qara, pero Baji vio reflejado en su rostro lo que quería decir.

—Son mellizos ancla. Comparten una especie de… esto… vínculo espiritual —le contó—. Qara nos lo explicó una vez, pero he olvidado los detalles. En resumidas cuentas, están vinculados. Si rajas a Chaghan, Qara sangra. Si matas a Qara, Chaghan muere. Algo así.

Aquel concepto no era del todo nuevo para ella. Recordaba que Jiang le había hablado alguna vez sobre ese tipo de dependencia. Rin había leído que los chamanes de las regiones interiores a veces se anclaban los unos a los otros para potenciar sus habilidades. Pero, después de ver a Qara tirada en el suelo de aquella forma, no creía que eso supusiese ninguna ventaja, sino más bien una espantosa vulnerabilidad.

—¿Y dónde ha estado?

—En todas partes. —Baji se encogió de hombros—. Altan le ordenó marcharse de Khurdalain hace meses, justo cuando nos informaron de que habían invadido Sinegard.

—Pero ¿por qué? ¿Cuál era su misión?

—No nos lo dijo. ¿Por qué no se lo preguntas tú misma? —Baji hizo un gesto con la cabeza y fijó la mirada en un punto por encima del hombro de Rin.

Esta se volvió y dio un respingo. Chaghan se encontraba justo detrás de ella. La muchacha no lo había oído acercarse.

Para ser alguien que aquella misma mañana se había estado desangrando, Chaghan tenía muy buen aspecto. Llevaba el brazo izquierdo cuidadosamente vendado contra el torso, pero, por lo demás, parecía ileso. Rin se preguntó qué era lo que había hecho Enki exactamente para sanarlo tan rápido.

De cerca, el parecido de Chaghan con Qara era obvio. Era más alto que su hermana, pero los dos poseían la misma complexión esbelta similar a la de un ave. Tenía las mejillas altas y hundidas, y los ojos incrustados en el interior de unas profundas cuencas que proyectaban sombras sobre su pálida mirada.

—¿Puedo unirme a vosotros? —preguntó. Por la forma en la que hablaba, parecía que fuera una orden en lugar de una pregunta.

Unegen se desplazó de inmediato para hacerle sitio. Chaghan rodeó la mesa y se sentó justo enfrente de Rin. Apoyó los codos con delicadeza sobre la superficie de la mesa, juntó los dedos de las manos y descansó la barbilla sobre las yemas.

—Así que tú eres la nueva esperiliana —le dijo.

A Rin le recordó mucho a Jiang. No solo por su cabello blanco o su complexión delgada, sino por el modo en el que la miraba, como si pudiera ver a través de ella. En realidad no la estaba mirando en absoluto, sino que fijaba la vista en un lugar que quedaba justo detrás de donde ella se encontraba. Cuando al fin la miró directamente, la chica tuvo la inquietante sensación de estar siendo inspeccionada, como si Chaghan pudiera ver a través de su ropa.

Rin jamás había visto unos ojos como esos. Eran anormalmente grandes y destacaban sobre aquella cara angosta. No tenían pupilas ni iris.

Se obligó a aparentar calma y cogió su cuchara.

—Así es.

Chaghan alzó una de las comisuras de la boca.

—Altan dice que tienes problemas de rendimiento.

Baji se atragantó con la comida y tosió.

Rin sintió cómo se le encendían las mejillas.

—¿Disculpa?

¿Es que Altan y Chaghan se habían pasado la tarde hablando de eso? La idea de que su comandante discutiera sus defectos con ese recién llegado le resultaba profundamente humillante.

—¿Has conseguido volver a invocar al Fénix desde Sinegard? —inquirió Chaghan.

«Seguro que puedo invocarlo ahora para darte lo tuyo, imbécil». Rin tensó los dedos alrededor de la cuchara.

—He estado trabajando en ello.

—Altan parece pensar que te has estancado.

A juzgar por su expresión, Unegen habría preferido estas sentado en cualquier otra parte.

Rin apretó los dientes.

—Pues se equivoca.

Chaghan esbozó una sonrisa condescendiente.

—Puedo ayudarte, ¿sabes? Soy su vidente. Esto es lo que se me da bien. Recorro el mundo espiritual. Hablo con los dioses. No invoco deidades, pero sé moverme por el Panteón mejor que nadie. Y si te está costando, puedo ayudarte a encontrar el camino de vuelta hacia tu dios.

—No me está costando —soltó Rin—. En el pantano tuve miedo, pero ya no lo tengo.

Y era cierto. Sospechaba que podría invocar al Fénix en ese mismo momento, en mitad del comedor, si Altan se lo pidiera. Si su comandante se dignara a hablar con ella para algo más que para darle

órdenes. Si confiara en ella lo suficiente como para asignarle otra tarea que no fuese patrullar zonas de la ciudad donde nunca pasaba nada.

Chaghan arqueó una ceja.

—Altan no está tan seguro.

—Bueno, pues tal vez Altan deba sacarse la cabeza del culo —explotó Rin, para luego arrepentirse de inmediato. Una cosa era decepcionar a Altan, y otra muy distinta quejarse de ello a su lugarteniente.

Nadie en la mesa se molestó en fingir que seguía comiendo. Baji y Unegen se movieron inquietos, como si estuviesen deseando poder marcharse. Miraban a todas partes menos a Rin y a Chaghan.

Pero el vidente parecía divertido.

—Ah, ¿crees que es un capullo?

Rin sintió cómo la rabia crecía en su interior. Cualquier vestigio de prudencia que pudiera quedarle se esfumó.

—Es impaciente, demasiado exigente, paranoico y…

—Mira, todos estamos de los nervios. —Baji se apresuró a interrumpirla—. No deberíamos estar quejándonos. Chaghan, no hay por qué contárselo… A ver, mira…

Chaghan tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Baji, Unegen, quiero hablar a solas con Rin.

Lo dijo de una forma tan imperiosa, tan arrogante, que Rin pensó que Baji no dudaría en mandarlo a la mierda, pero Unegen y él se limitaron a coger sus cuencos y a abandonar la mesa. Perpleja, contempló cómo se dirigían hacia el extremo contrario de la estancia sin decir ni una palabra. Ni siquiera Altan inspiraba ese tipo de subordinación incuestionable.

Cuando los otros estuvieron lo bastante alejados como para no poder escucharlos, Chaghan se inclinó hacia delante.

—Si alguna vez vuelves a hablar de Altan de ese modo —dijo en un tono agradable—, ordenaré que te maten.

Quizás Chaghan hubiera conseguido atemorizar a Baji y a Unegen, pero Rin estaba demasiado cabreada como para tenerle miedo.

—Adelante, inténtalo —replicó—. Tampoco es que nos sobren los soldados.

El joven le dedicó una sonrisa burlona.

—Ya me había dicho Altan que eras difícil.

Rin lo miró con cautela.

—No se equivoca.

—Así que no le tienes respeto.

—Sí que lo respeto —dijo—. Es solo que… ha estado… —«Distinto.

Paranoico. No es el comandante que creía que era».

Lo que no quería admitir era que Altan la estaba asustando.

Pero, para su sorpresa, la expresión de Chaghan se volvió empática.

—Debes entenderlo. Para Altan esto de estar al mando es nuevo. Intenta averiguar qué es lo que debe hacer, igual que tú. Tiene miedo.

¿Qué Altan tenía miedo? Rin estuvo a punto echarse a reír. Las operaciones tentativas de Altan habían aumentado de tal forma en las últimas dos semanas que parecía que estuviera intentando vencer a toda la Federación él solo.

—Altan no sabe lo que es tener miedo.

—Puede que Altan sea ahora mismo el experto en artes marciales más poderoso de Nikan. Quizás del mundo entero —dijo Chaghan—. Pero, a pesar de todo eso, durante la mayor parte de su vida simplemente se ha dedicado a seguir órdenes. La muerte de Tyr nos pilló a todos por sorpresa. Altan no estaba listo para asumir el mando. La comandancia es complicada para él. No sabe cómo ganarse a los jefes militares. Está desbordado. Intenta librar toda una guerra con un escuadrón de diez personas. Y va a perder.

—¿No crees que podamos mantener Khurdalain?

—Creo que nunca tuvimos ninguna posibilidad de mantener Khurdalain —respondió Chaghan—. Creo que esta ciudad es un sacrificio que pagamos en sangre para ganar tiempo. Altan va a perder porque esto no se puede ganar y, cuando eso suceda, acabará destrozado.

—Nada puede destrozar a Altan —dijo Rin. El esperiliano era el luchador más fuerte que jamás había visto. Nada podía destrozarlo.

—Altan es más frágil de lo que crees —siguió Chaghan—. ¿Es que no ves que el peso de la comandancia le está pasando factura? Esto es nuevo para él, y está sufriendo porque depende completamente de esa victoria.

Rin puso los ojos en blanco.

—Todo el país depende completamente de esa victoria.

Chaghan negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. Altan está acostumbrado a ganar. Lo han puesto toda su vida en un pedestal. Era el último esperiliano, una rareza nacional. El mejor estudiante de la academia. El favorito de Tyr en los Cike. No han dejado de alabarlo por su destreza a la hora de destruir cosas. Pero aquí no recibirá ningún halago, y mucho menos cuando sus propios soldados son abiertamente insubordinados.

—No soy…

—Ah, venga ya, Rin. Te estás comportando como una niñata, eso

es lo que estás haciendo. Y todo porque Altan no te da una palmadita en la espalda y no te dice que estás haciendo un buen trabajo.

Rin se puso en pie y dio un golpe seco sobre la mesa.

—Mira, imbécil, no necesito que me digas lo que tengo que hacer.

—Y sin embargo, como tu lugarteniente, ese es exactamente mi trabajo. —Chaghan la miró con pereza, y su expresión fue tan engreída que Rin tembló a causa del esfuerzo que tuvo que hacer para no estamparle la cara contra la mesa—. Tu deber es obedecer. Mi deber es asegurarme de que dejas de cagarla. Así que te sugeriría que te centrases de una puta vez, aprendieses a invocar el maldito fuego y dejaras de ser otra preocupación más para Altan. ¿He sido lo bastante claro?

19

—¿Quién es el recién llegado? —le preguntó Nezha como si nada.

Ella no estaba segura de ser capaz de hablar sobre Chaghan sin patear alguna cosa, algo que no debía hacer, sobre todo porque estaban intentando permanecer escondidos. Pero parecía que llevaran horas vigilando la barricada, y Rin comenzaba a aburrirse.

—Es el lugarteniente de Altan.

—¿Cómo es que no lo había visto antes?

—Ha estado fuera —respondió.

Una lluvia de flechas los sobrevoló. Nezha se agachó tras la barricada.

La Séptima División había lanzado un ataque conjunto con los Cike contra las embajadas que quedaban en el muelle en un intento por dividir en dos el campamento principal de la Federación. En teoría, si podían mantener el antiguo distrito hesperiano, podrían fraccionar las fuerzas enemigas y cortarles el acceso a los embarcaderos. Habían enviado dos regimientos: uno que atacaba en perpendicular al río y otro que avanzaba desde los canales serpenteando hacia el muelle.

Sin embargo, para llegar hasta allí, tenían que pasar por cinco intersecciones fuertemente defendidas que se habían acabado transformando en cinco masacres distintas. La Federación no se había enfrentado a ellos en campo abierto porque no les había hecho falta. A salvo tras los muros de los edificios que ocupaban en el muelle, respondían al ataque nikara subiéndose a los tejados y disparando desde las ventanas de las plantas superiores de las embajadas.

La única opción que tenía la Séptima División era lanzar a su infantería en masa contra la posición fortificada de la Federación. Tenían que confiar en que la presión del ejército nikara fuese suficiente para echar de allí al enemigo. Aquello se había convertido en un combate de carne contra acero, y la Milicia estaba decidida a sacrificar las vidas que hiciera falta para acabar con la Federación.

—Quieres decir que no tienes ni idea —le dijo Nezha mientras un proyectil explotaba por encima de su cabeza.

—Quiero decir que no es asunto tuyo.

Rin no sabía si Nezha estaba intentando sacarle información para

pasársela a su padre o si solo quería hablar un rato. Supuso que el motivo no importaba. La presencia de Chaghan no era ningún secreto, sobre todo después del dramático rescate de Altan al otro lado de la puerta este. Aunque tal vez debido a eso, la Milicia parecía tenerle más miedo a él que al resto de los Cike juntos.

A varios pasos de distancia, Suni activó una de las bombas especiales de Ramsa y la lanzó por encima de la barricada.

Todos se agacharon y se taparon los oídos hasta que un familiar olor acre y sulfuroso invadió sus fosas nasales.

La lluvia de flechas cesó.

—¿Eso que huelo es mierda? —quiso saber Nezha.

—No preguntes —le dijo Rin. En medio de esa tregua temporal que les había proporcionado la bomba de estiércol de Ramsa, su unidad avanzó más allá de la barricada e irrumpió en la calle para llegar hasta la siguiente de las cinco intersecciones.

—He oído que da mal rollo —comentó Nezha—. Que es de las regiones interiores.

—Qara también es de las regiones interiores. ¿Qué más da eso?

—He oído que es un ser antinatural —prosiguió él.

Rin resopló.

—Es uno de los Cike. Todos somos antinaturales.

Se produjo una explosión masiva en el aire delante de ellos, seguida de una serie de ráfagas de fuego.

Altan.

Él lideraba el ataque. Sus turbulentas llamas, combinadas con el espectáculo de pólvora de Ramsa, provocaron una serie de grandes incendios que mejoraron de forma drástica la visibilidad nocturna.

Altan había pasado a la siguiente intersección. Los nikaras continuaban con su avance.

—Pero él puede hacer cosas que los esperilianos no son capaces de hacer —insistió Nezha mientras seguían adelante—. Dicen que puede ver el futuro. Destrozar mentes. Mi padre dice que hasta los jefes militares han oído hablar de él, ¿lo sabías? Eso plantea muchas preguntas. Si Altan tiene un lugarteniente que es tan poderoso como para asustar a los jefes militares, ¿por qué le ordena que abandone Khurdalain? ¿Qué se traen entre manos?

—No voy a espiar a mi propia división para ti —le dijo Rin.

—No te he pedido que lo hagas —respondió Nezha con delicadeza —. Solo digo que tal vez deberías mantener una mentalidad abierta.

—Y tal vez tú no deberías meter las narices en los asuntos de mi división.

Pero Nezha había dejado de escucharla. Miraba por encima del

hombro de Rin a algo que se encontraba mucho más al fondo del muelle, donde la primera línea de soldados nikaras seguía ejerciendo presión.

—¿Qué es eso?

La chica giró el cuello para ver a qué se refería. Entonces, entornó los ojos a causa de la confusión.

Una extraña niebla de color amarillo verdoso había comenzado a extenderse por encima del bloqueo y hacia los dos escuadrones que la unidad de Rin tenía delante.

Como si todo fuera parte de un sueño, el combate cesó. El escuadrón que más había avanzado dejó de moverse y bajó sus armas con una fascinación casi hipnótica mientras la nube llegaba hasta el muro, se detenía y se agrupaba como si fuera una ola para luego deslizarse pesadamente hacia las trincheras.

Entonces comenzaron los gritos.

—¡Retirada! —gritó el oficial de uno de los escuadrones—. ¡Retirada!

La Milicia dio marcha atrás de inmediato, alejándose de aquel gas en una estampida desorganizada. En sus ansias por alejarse de esa sustancia, abandonaron las posiciones en el muelle que tanto les había costado asegurar.

Rin tosió y echó una ojeada hacia atrás mientras corría. La mayoría de los soldados que no habían escapado del gas yacían en el suelo, jadeando y retorciéndose, arañándose los rostros como si sus propias gargantas los estuviesen atacando. Otros permanecían completamente inertes.

La punta de una flecha le rozó la mejilla y acabó clavada en el suelo justo delante de ella. Sintió un estallido de dolor en el lateral de la boca. Se llevó una mano hacia la herida y continuó corriendo. Los soldados de la Federación les estaban disparando desde detrás de esa niebla venenosa. Iban a matarlos uno a uno…

El bosque apareció ante ella. Estaría a salvo una vez que pudiera refugiarse entre el follaje. Agachó la cabeza y corrió en dirección a los árboles. Solo le quedaban noventa metros…, cuarenta y cinco…, dieciocho…

A su espalda, escuchó un grito ahogado. Giró la cabeza para mirar y se tropezó con una roca justo cuando otra flecha pasaba junto a su cabeza. Le resbalaba la sangre desde la mejilla y se le metía en los ojos. Se la limpió con furia y rodó sobre el suelo.

Ese alarido lo había proferido Nezha. Estaba arrastrándose con fiereza hacia delante, pero el gas lo había alcanzado. La miró a los ojos a través de la niebla. Tal vez incluso levantara una mano en su

dirección.

Mientras el gas lo envolvía, Rin lo observó horrorizada, con la boca abierta en un grito silencioso.

A través de aquella sustancia, la joven vio cómo se acercaban unas siluetas. Eran soldados de la Federación. Llevaban unos artilugios voluminosos sobre sus cabezas y unas máscaras que les tapaban el cuello y el rostro. Parecía que el gas no les afectaba.

Uno de ellos alzó una mano enguantada y señaló hacia donde se encontraba Nezha.

Sin pensárselo, Rin inspiró hondo y corrió hacia la niebla.

Le quemó la piel nada más tocarla.

Apretó los dientes e intentó seguir adelante a pesar del dolor…, pero no había dado ni diez pasos cuando alguien la agarró por el hombro y tiró de ella para alejarla del gas. Rin forcejeó con furia para intentar soltarse.

Altan no se lo permitió.

—¡Suéltame! —Le dio un codazo a su comandante en la cara. Este trastabilló y se sujetó la nariz. Rin intentó esquivarlo, pero él la cogió de la muñeca y tiró hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Altan.

—¡Tienen a Nezha! —gritó ella.

—Me da igual. —La empujó en dirección a la línea de árboles—. Retirada.

—¡Vas a dejar a uno de los nuestros atrás!

—No es uno de los nuestros, es de la Séptima División. Vamos.

—¡No abandonaré a mi amigo!

—Harás lo que yo te ordene.

—Pero Nezha…

—No lamento lo que estoy a punto de hacer —dijo Altan y, a continuación, le asestó un puñetazo en el plexo solar.

Aturdida y paralizada, Rin cayó de rodillas.

Escuchó que Altan gritaba una orden, y luego alguien la levantó y se la echó sobre los hombros como si fuera una niña. Ella pataleó y chilló mientras el soldado empezaba a correr hacia los barracones. Colgada en la espalda de ese hombre, Rin creyó ver a los soldados enmascarados de la Federación llevándose a Nezha a rastras.

El gas causó el efecto deseado por la Federación. La bomba de azúcar que habían puesto la otra vez había sido devastadora, pero este ataque había sido monstruoso. Khurdalain se sumió en un estado de terror. Aunque el gas se había acabado disipando en cuestión de una hora, los rumores sobre el suceso no tardaron en correr. La niebla era un enemigo invisible, uno que mataba indiscriminadamente. No había

forma de esconderse del humo. Los civiles comenzaron a abandonar la ciudad en masa, perdiendo por completo la confianza en la capacidad de la Milicia para protegerlos. El pánico estalló en las calles.

Los soldados de Jun se desgañitaron gritando en los callejones, intentando convencer a la población civil de que sería más seguro permanecer dentro de las murallas de la ciudad. Pero la gente no los escuchaba. Se sentían atrapados. Los senderos estrechos y sinuosos de Khurdalain implicaban una muerte segura en caso de que se produjera otro ataque con gas.

Mientras la ciudad se sumía en el caos, los comandantes celebraron una reunión de emergencia en el cuartel general más cercano. Los Cike se encontraban apiñados en el despacho del jefe militar del Cordero junto con el resto de los jefes militares y sus suboficiales. Rin estaba apoyada contra un rincón de la pared, escuchando con desgana mientras los comandantes discutían sobre su estrategia inmediata.

Solo uno de los soldados de Jun en la playa había sobrevivido al ataque. Lo habían apostado en la retaguardia, así que había soltado su arma y había echado a correr nada más ver cómo sus compañeros se asfixiaban.

—Era como respirar fuego —les informó—. Como si unas agujas al rojo vivo me perforaran los pulmones. Creía que me estaba estrangulando algún demonio invisible… Se me cerró la garganta, no podía respirar… —Se estremeció.

Rin lo escuchó, resentida por que se hubiera salvado él, y no Nezha.

«Solo nos separaban cuarenta y cinco metros. Podría haberlo salvado. Podría habernos sacado a los dos de allí».

—Tenemos que evacuar el centro de la ciudad ahora mismo —declaró Jun. Estaba increíblemente tranquilo para ser un hombre que acababa de perder a más de cien soldados por culpa de una niebla venenosa—. Mis hombres…

—Tus hombres controlarán a la muchedumbre. Los civiles van a pisotearse unos a otros al intentar salir de la ciudad y, si no se los saca de un modo ordenado, para Mugen será más fácil atraparlos —dijo Altan.

Sorprendentemente, Jun no se lo discutió.

—Levantaremos nuestro cuartel general y lo instalaremos en el almacén de Sihang —continuó Altan—. Podemos encerrar al prisionero en el sótano.

Rin levantó la cabeza.

—¿Qué prisionero?

Apenas era consciente de que no debería estar hablando, de que, al

ser una soldado sin rango de los Cike, técnicamente no formaba parte de esa reunión y sin duda acababa de pasarse de la raya. Pero estaba demasiado afligida y agotada para que eso le importase.

Unegen se inclinó hacia ella y le murmuró al oído:

—Uno de los soldados de la Federación inhaló el gas. Altan le quitó la máscara y se lo trajo.

Rin parpadeó sin poder creérselo.

—¿Volviste a entrar allí? —le preguntó a su comandante. Su propia voz le retumbó en los oídos—. ¿Tenías una máscara?

Altan le dedicó una mirada irritada.

—Ahora no es el momento —le dijo.

Ella se incorporó.

—¿Dejaste morir a uno de los nuestros?

—Ya hablaremos de esto más tarde.

En un plano abstracto, Rin comprendía la ventaja estratégica que suponía tomar a un prisionero de la Federación. Los últimos soldados enemigos a los que habían pillado espiando a ese lado del río habían muerto cruelmente a manos de furiosos civiles. Pero aun así…

—Eres increíble —le dijo a Altan.

—Nosotros nos encargaremos de la evacuación del cuartel general —prosiguió este, hablando por encima de ella—. Nos reagruparemos en el almacén.

Jun asintió secamente y luego les murmuró algo a sus oficiales. Estos le dedicaron un saludo militar y abandonaron el cuartel general a toda prisa.

Al mismo tiempo, Altan les dio sus órdenes a los Cike.

—Qara, Unegen, Ramsa: conseguidnos una ruta segura hasta el almacén y conducid a los oficiales de Jun hasta allí. Baji y Suni, ayudad a Enki a recogerlo todo. El resto, volved a vuestros puestos en caso de que se produzca otro ataque con gas. —Se detuvo en la puerta —. Rin, quédate.

La joven se quedó atrás mientras los demás salían del despacho. Unegen le dedicó una mirada nerviosa al marcharse.

Altan aguardó hasta que estuvieron solos y entonces cerró la puerta. Atravesó la estancia y se detuvo cuando quedaba muy poca distancia entre ambos.

—No me vuelvas a contradecir —dijo con calma.

Rin se cruzó de brazos.

—¿Nunca más o solo delante de Jun?

Él no mordió el anzuelo.

—Respondes ante mí igual que un soldado lo hace ante su comandante.

—¿O si no qué? ¿Vas a hacer que Suni me saque a rastras de tu despacho?

—Te estás pasando de la raya. —La voz de Altan adquirió un tono peligroso.

—Y tú dejaste morir a mi amigo —respondió Rin—. Estaba allí tirado y lo dejaste atrás.

—No podrías haberlo sacado de allí.

—Sí que hubiera podido —repuso entre dientes—. E incluso aunque no hubiera podido… Tal vez tú sí. Podrías haber salvado a mi amigo, en lugar de sacar de allí a un soldado de la Federación que se merecía la muerte…

—Los prisioneros de guerra tienen mucha más importancia estratégica que un simple soldado —dijo Altan con calma.

—Menuda puta chorrada —le espetó Rin.

Altan no le respondió. Dio dos pasos más hacia delante y la abofeteó.

La pilló con la guardia baja. Recibió toda la fuerza de ese golpe sin esperárselo. Fue tan potente que le giró la cabeza hacia un lado. El impacto repentino hizo que le cedieran las rodillas y que cayera al suelo. Se llevó una mano a la mejilla, perpleja. Los dedos se le mancharon de sangre. Altan había vuelto a abrirle la herida que le había causado la flecha.

Lentamente, alzó los ojos hacia su comandante. Le pitaban los oídos.

La mirada escarlata de Altan se encontró con la suya, y la descarnada rabia que vio reflejada en el rostro del esperiliano la dejó sin habla.

—¿Cómo te atreves? —le dijo él. Su tono era exageradamente alto, y sonaba distorsionado a través del zumbido en los oídos de Rin—. Has malinterpretado la naturaleza de nuestra relación. No soy tu amigo. No soy tu hermano, aunque tal vez compartamos parentesco. Soy tu comandante. No discutes mis órdenes. Las sigues sin rechistar. Me obedeces o te largas de la Milicia.

Su voz tenía el mismo timbre doble que había poseído la voz de Jiang el día en que había abierto aquel vacío en Sinegard. Sus ojos refulgían en un tono rojo… No, no eran rojos, sino del mismo color del fuego. Las llamas ardieron detrás de él, unas llamas más nítidas y abrasadoras que cualquier fuego que Rin hubiera podido invocar. Ella era inmune a su propio fuego, pero no al de Altan. Le calentaba la cara, la asfixiaba, la obligaba a retroceder.

El pitido en sus oídos alcanzó su punto álgido.

«No puede hacerte esto», le dijo una voz en su cabeza. «No es

quién para aterrorizarte». Rin no había llegado tan lejos en la vida solo para acobardarse de esa forma. Ni ante Altan ni ante nadie.

Se puso en pie mientras buscaba algo en su interior, algo malévolo, oscuro y horrible, y le abrió camino a esa deidad que sabía que estaba esperando a ser invocada. La estancia se alargó y se estrechó como si la estuviera viendo a través de un largo prisma color escarlata. Aquella quemazón familiar volvió a sus venas, un ardor que exigía sangre y cenizas.

A través de la neblina roja le pareció ver que los ojos de Altan se abrían a causa de la sorpresa. Rin se irguió. Las llamas le salieron de los hombros y de la espalda, imitando a las de su comandante.

Dio un paso hacia él.

Un fuerte chisporroteo inundó la estancia. Rin sintió una presión inmensa. Tembló bajo el peso de todo aquello. Escuchó la risa de un ave. Escuchó el suspiro divertido de un dios.

«Niños», murmuró el Fénix. «Niños absurdos y ridículos. Mis niños».

Altan parecía perplejo.

Pero mientras sus llamas se oponían a las de él, Rin comenzó a sentir demasiado calor de nuevo, sintió que aquel fuego la estaba quemando. El suyo era un fogonazo incendiario, un estallido de ira impulsivo. El fuego de Altan surgía de un odio infinito. Era un ardor profundo y lento. Ella casi podía saborearlo, su intención ponzoñosa, su desdicha ancestral, y eso la horrorizaba.

¿Cómo podía una persona odiar tanto?

¿Qué le había pasado a Altan?

Rin no podía seguir manteniendo su fuego. Las llamas de Altan eran más potentes. Se habían enzarzado en una lucha de voluntades y ella había perdido.

Las mantuvo durante un momento más, y entonces sus llamas regresaron a su interior tan rápido como habían salido. El fuego de Altan bajó de intensidad un instante después de que lo hiciera el de ella.

«Ya está», pensó la chica. «Me he pasado de la raya. Se acabó».

Pero Altan no parecía furioso. No parecía estar a punto de ejecutarla.

No… Parecía satisfecho.

—Así que esto era lo que hacía falta —le dijo.

Rin se sentía vacía, como si el fuego hubiera quemado algo en su interior. Ni siquiera podía sentir rabia. Apenas podía mantenerse en pie.

—Que te den —le respondió—. Que te den.

—A tu puesto, soldado —le ordenó Altan.

Rin abandonó su despacho y dio un portazo al salir.

«Joder».

20

—Aquí estás.

Rin encontró a Chaghan en la muralla norte. Estaba ahí plantado con los brazos cruzados, observando cómo los civiles inundaban las atestadas calles de Khurdalain como si fueran hormigas huyendo de un hormiguero al borde del colapso. Cruzaban las puertas de la ciudad con sus posesiones guardadas en sus carromatos, atadas a los costados de los bueyes o de los caballos, echadas al hombro sobre pértigas fabricadas para transportar cubos de agua o simplemente arrastrándolas en sacos. Habían decidido jugársela en el campo abierto en lugar de quedarse otro día más en esa ciudad condenada.

La Milicia iba a permanecer en Khurdalain, dado que seguía siendo una base estratégica que había que mantener. Sin embargo, de ahora en adelante, no protegerían más que edificios vacíos.

—Khurdalain está acabada —sentenció Chaghan, apoyándose contra el muro—. Incluida la Milicia. No habrá más suministros después de esto. Ni hospitales. Ni comida. Los soldados libran las batallas, pero los civiles mantienen al ejército con vida. Si pierdes la fuente de tus recursos, has perdido la guerra.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Rin.

Chaghan se giró sobre sus talones para mirarla a la cara y ella contuvo un estremecimiento al ver esos ojos sin pupilas. El vidente pareció fijar la vista en la marca escarlata con forma de mano que Rin tenía en la mejilla; apretó los labios formando una fina línea, como si supiese exactamente cómo se la había hecho.

—¿Una riña amorosa? —dijo arrastrando las palabras.

—Diferencia de opiniones.

—No deberías haber insistido con lo de ese chico. —Chaghan chasqueó la lengua—. Altan no tolera esas mierdas. No tiene mucha paciencia.

—No es humano —dijo Rin, recordando la horrible rabia que se escondía tras el poder de Altan. En el pasado había llegado a creer que le entendía. Había creído que conocía al hombre detrás del título de

comandante. Pero ahora se daba cuenta de que no lo conocía en absoluto. El Altan al que ella había conocido, al menos en su cabeza, habría hecho lo que fuese por sus tropas. No habría dejado a nadie atrás para que muriese gaseado—. Es… No sé ni lo que es.

—A Altan nunca le han permitido ser humano —repuso Chaghan, y su tono de voz fue inusualmente amable—. Desde niño lo han considerado un recurso para la Milicia. Tus maestros en la academia le proporcionaban opio para que atacase a sus compañeros de clase y lo entrenaban como a un perro para librar esta guerra. Ahora le han encasquetado el puesto de mando más complicado que existe dentro de la Milicia. ¿Y sigues preguntándote por qué no se molestó en ayudar a tu amiguito?

Rin estuvo a punto de pegarle por decir aquello, pero se contuvo y apretó la mandíbula.

—No he venido para hablar de Altan.

—Entonces, por favor, dime para qué has venido.

—Necesito que me enseñes lo que puedes hacer —le dijo ella.

—Puedo hacer muchas cosas, bonita.

Rin se enfureció.

—Necesito que me lleves hasta los dioses.

Chaghan parecía complacido.

—Creía que habías dicho que no tenías problemas para invocar a los dioses.

—No puedo hacerlo tan fácilmente como lo hace Altan.

—Pero puedes hacerlo.

La chica cerró las manos en puños y las dejó caer a los costados.

—Quiero hacer lo que hace Altan.

Chaghan arqueó una ceja.

Rin respiró hondo. El vidente no necesitaba saber qué era lo que había sucedido en el despacho.

—Llevo meses intentándolo. Creo que lo domino, no sé, pero hay algo que… Alguien me está bloqueando.

Chaghan adoptó una expresión de ligera curiosidad, inclinando la cabeza de una forma que le recordaba dolorosamente a Jiang.

—¿Alguien te atormenta?

—Se trata de una mujer.

—¿De verdad?

—Acompáñame —le dijo Rin—. Te lo mostraré.

—¿Por qué ahora? —Chaghan cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Qué ha pasado?

Rin no le respondió a esa pregunta.

—Necesito hacer lo que hace él —dijo sin más—. Necesito invocar

el mismo poder que él.

—¿Y no te molestaste en pedirme ayuda antes porque…?

—¡No estabas aquí, joder!

—¿Y cuando regresé?

—Seguía las advertencias de mi maestro.

Parecía que Chaghan estuviera disfrutando de aquello.

—¿Y esas advertencias ya no son aplicables?

Rin apretó la mandíbula.

—Me he dado cuenta de que es inevitable que los maestros te decepcionen.

Chaghan asintió despacio, aunque su expresión era imperturbable.

—Y si no puedo deshacerme de ese… ¿fantasma?

—Entonces, al menos lo comprenderás. —Rin extendió las manos —. Por favor.

Bastó con aquella suplica. Chaghan asintió levemente y luego le hizo señas para que tomara asiento a su lado. Ella observó mientras el vidente abría su morral y lo extendía sobre el suelo de piedra. En el interior había un impresionante surtido de psicodélicos, guardados ordenadamente en más de veinte pequeños bolsillos.

—Esto no proviene de la amapola —dijo mientras mezclaba unos polvos en un frasco de vidrio—. Esta droga es mucho más potente. Si te pasas un poco con la dosis, puede causar ceguera. Si te pasas demasiado, puedes acabar muerta en cuestión de minutos. ¿Confías en mí?

—No, pero eso es ir relevante.

Riéndose por lo bajo, Chaghan agitó el frasco. Vertió la mezcla en la palma de su mano, se lamió el dedo índice y lo hundió ligeramente en la droga para que la yema acabara cubierta por una fina capa de polvo azul.

—Abre la boca —le indicó.

Rin intentó dejar atrás su indecisión y siguió sus instrucciones.

Chaghan presionó la yema de su dedo contra la lengua de la joven.

Esta cerró los ojos. Sintió cómo los psicodélicos se filtraban en su saliva.

Los síntomas fueron inmediatos y demoledores, como si una oscura ola de agua del océano hubiera caído de repente sobre ella. Su sistema nervioso colapso por completo. Perdió la capacidad de sentarse erguida y cayó a los pies de Chaghan.

Ahora se encontraba a su merced, total y absolutamente vulnerable ante él. «Podría matarme ahora mismo», pensó débilmente. No sabía por qué aquello era lo primero que se le había pasado por la cabeza. «Si quisiera, podría deshacerse de mí».

Pero Chaghan se limitó a arrodillarse a su lado, a sostenerle el rostro agarrándola por las mejillas y a presionar su frente contra la de ella. El vidente tenía los ojos muy abiertos. Rin los contempló fijamente, fascinada. Eran una extensión pálida, una ventana hacia un paisaje nevado, y ella estaba viajando a través de ellos…

Y entonces comenzaron a ascender a toda velocidad.

Rin no sabía qué esperar. Ni una vez en los dos años que había pasado entrenando con Jiang la había guiado este hasta el reino espiritual. Siempre había hecho el viaje hacia los dioses en la soledad de su mente, solo su alma había accedido al vacío.

Con Chaghan, sintió como si le hubieran arrancado una parte de ella, como si el vidente la tuviera en la palma de su mano y la estuviera llevando a algún lugar de su elección. Rin era inmaterial, sin cuerpo ni forma, pero a Chaghan no le sucedía lo mismo. Él seguía siendo tan sólido y real como antes, quizás incluso más. En el mundo material, el joven estaba demacrado y macilento, pero en el reino espiritual se lo veía firme y presente…

Ahora Rin entendía por qué Chaghan y Qara tenían que ser dos mitades de un todo. Qara tenía los pies en el suelo, era material, estaba hecha completamente de tierra. «Mellizos ancla» no era el término más adecuado para definirlos… Tan solo Qara ejercía de ancla para su etéreo hermano, que pertenecía más al reino espiritual que al mundo de carne y hueso.

Rin ya estaba familiarizada con la ruta hacia el Panteón, igual que con la entrada. De nuevo, la Mujer se materializó delante de ella. Sin embargo, esta vez había algo distinto; la Mujer parecía menos un fantasma y más un cadáver. Tenía la mitad del rostro desgarrado, de forma que el hueso que había debajo quedaba al descubierto, y su vestimenta de guerrera había ardido sobre su cuerpo.

Le tendió una mano a Rin en señal de súplica.

—Acabará contigo —le dijo—. El fuego te consumirá. Conectar con nuestro dios es llevar el infierno a la tierra, pequeña guerrera. Arderás y arderás, y nunca encontrarás la paz.

—Qué curioso —dijo Chaghan—. ¿Quién eres tú?

La Mujer se giró hacia él.

—Sabes quién soy —le respondió—. Soy la guardiana. Soy la Traidora y la Maldita. Soy la redención. Y soy la última oportunidad que tiene esta chica de salvarse.

—Ya veo —murmuró Chaghan—. Así que aquí es donde te has estado escondiendo.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Rin—. ¿Quién es?

Pero el vidente no le contestó, sino que se dirigió directamente a la

Mujer.

—Deberías estar emparedada en la Chuluu Korikh.

—La Chuluu Korikh no puede retenerme —siseó la Mujer—. Soy una esperiliana. Mis cenizas son libres. —Extendió un brazo y le acarició la mejilla herida a Rin igual que una madre acariciaría a su hija—. No quieres que desaparezca. Me necesitas.

La muchacha se estremeció ante su tacto.

—Necesito a mi dios. Necesito poder y fuego.

—Si lo invocas ahora, llevarás el infierno a la tierra —le advirtió la Mujer.

—Khurdalain ya es el infierno en la tierra —respondió Rin. Recordó a Nezha gritando sumido en la niebla, y eso hizo que le temblara la voz.

—No conoces el verdadero sufrimiento —insistió la Mujer, enfadada.

Rin cerró las manos en puños y las dejó caer a los costados, repentinamente enfurecida. ¿Verdadero sufrimiento? Había visto cómo atravesaban a sus amigos con una alabarda, cómo les disparaban flechas, los ensartaban con espadas y los quemaban vivos con una niebla venenosa. Había visto cómo se incendiaba Sinegard. Había visto cómo, casi de la noche a la mañana, Khurdalain acababa ocupada por invasores de la Federación.

—He presenciado bastante sufrimiento —siseó.

—Intento salvarte, pequeña. ¿No te das cuenta?

—¿Y qué pasa con Altan? —le espetó Rin—. ¿Por qué nunca has intentado detenerlo a él?

La Mujer ladeó la cabeza.

—¿De eso se trata? ¿Tienes celos de lo que él es capaz de hacer?

Rin abrió la boca, pero no dijo nada. No. Sí. ¿Acaso importaba? Si hubiera sido tan fuerte como Altan, su comandante no habría sido capaz de detenerla.

Si hubiera sido tan fuerte como Altan, habría podido salvar a Nezha.

—No hay redención para ese chico —dijo la Mujer—. Está tan roto como el resto. Pero tú sigues siendo pura. Aún puedes ser salvada.

—¡No quiero que me salven! —chilló Rin—. ¡Quiero poder! ¡Quiero el poder que tiene Altan! ¡Quiero ser la chamana más poderosa que haya existido jamás para que no haya nadie a quien no pueda salvar!

—Ese tipo de poder puede hacer arder el mundo —afirmó con tristeza la Mujer—. Ese poder destruirá todo aquello que has llegado a amar. Vencerás a tu enemigo y la victoria te sabrá a ceniza en la boca.

Chaghan recuperó la compostura al fin.

—No tienes derecho a seguir aquí —dijo. Le tembló ligeramente la voz al hablar, pero había levantado una delgada mano hacia la Mujer en un gesto de destierro—. Perteneces al reino de los muertos. Regresa con ellos.

—No lo intentes —le respondió con desprecio la Mujer—. No puedes desterrarme. En mi época, vencí a chamanes mucho más poderosos que tú.

—No hay ningún chamán más poderoso que yo —replicó el vidente, y entonces comenzó a recitar un cántico en su propia lengua, en aquella tan áspera y gutural que había empleado Jiang una vez, una lengua que Rin reconocía ahora como el idioma de los habitantes de las regiones interiores.

Los ojos de Chaghan adquirieron un brillo dorado.

La Mujer comenzó a temblar como si se encontrara en mitad de un terremoto y luego, de repente, estalló en llamas. El fuego le iluminó el rostro desde el interior, como un pedazo de carbón incandescente, como una brasa a punto de estallar.

Acabó hecha añicos.

Chaghan tomó a Rin de la muñeca y le dio un tirón. Ella volvió a ser inmaterial y se precipitó de cabeza hacia ese espacio donde las cosas no eran reales.

Rin no escogía la ruta. Solo podía concentrarse en permanecer de una pieza, en seguir siendo ella misma, hasta que Chaghan se detuviera y ella pudiera volver a orientarse sin perderse por completo.

Aquello no era el Panteón.

Miró a su alrededor, confundida. Se encontraban en una estancia mal iluminada del tamaño del despacho de Altan, con un techo bajo y curvo que los obligaba a agacharse ligeramente mientras estuvieran de pie. Adondequiera que mirase veía pequeños azulejos dispuestos en mosaico, representando escenas que no reconocía ni entendía. Un pescador cargando con una red llena de guerreros con armaduras. Un joven acorralado por un dragón. Una mujer con el pelo largo llorando sobre una espada rota y dos cuerpos. En el centro de la habitación había un gran altar hexagonal, grabado con sesenta y cuatro intrincados caracteres de antigua caligrafía nikara.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rin.

—En un lugar seguro que he escogido —le dijo Chaghan. Parecía visiblemente alterado—. La Mujer era mucho más fuerte de lo que esperaba. Nos he traído al primer sitio que se me ha ocurrido. Esto es un divinatorio. Aquí podemos hacer preguntas sobre ella. Acércate al altar.

La joven miró a su alrededor con asombro mientras le seguía pasando los dedos por encima de los azulejos cuidadosamente elaborados.

—¿Esto forma parte del Panteón?

—No.

—Entonces, ¿es un sitio real?

—Es real en tu mente —le dijo Chaghan—. Y eso es lo más real que puede ser.

—Jiang nunca me habló de esto.

—Eso es porque los nikaras sois muy primitivos. Seguís viendo el mundo material y el Panteón en términos estrictamente binarios. Creéis que invocar a los dioses es como llamar a un perro que está en el jardín para que entre en casa. Pero no podéis concebir el mundo de los sueños como un lugar físico. Los dioses son pintores. Vuestro mundo material es un lienzo. Y este divinatorio es un ángulo desde el que podemos ver los colores de la paleta. No es realmente un lugar, sino más bien una perspectiva. Pero lo que tú ves es una sala porque tu mente humana no es capaz de procesar otra cosa.

—¿Y qué pasa con ese altar? ¿Y los mosaicos? ¿Quién los ha fabricado?

—Nadie. Sigues sin comprenderlo. Son constructos mentales para que puedas entender conceptos que ya han sido escritos. Para Talwu, esta sala tiene un aspecto completamente distinto.

—¿Talwu?

Chaghan inclinó la barbilla hacia algo que se encontraba delante de ellos.

—No has tardado nada en volver —pronunció una voz fría y extraña.

Debido a la tenue luz, Rin no había visto a la criatura que se alzaba detrás del altar hexagonal. Caminó alrededor del círculo a un paso constante y le dedicó a Chaghan una profunda reverencia. No se parecía a nada que ella hubiera visto antes. Era similar a un tigre, pero el pelo le medía más de medio metro de largo. Tenía el rostro de una mujer, los pies de un león, los dientes de un cerdo y una cola muy larga que bien podría haber sido la de un mono.

—Es una diosa. La guardiana de los hexagramas —le explicó Chaghan mientras le devolvía la reverencia a Talwu. Tiró de Rin para que bajara al suelo con él.

Talwu inclinó la cabeza hacia el vidente.

—A ti se te ha acabado el tiempo para hacer preguntas. En cambio, tú… —Pasó a mirar a Rin—. Tú nunca me has hecho ninguna pregunta, así que puedes proceder.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó Rin a Chaghan—. ¿Qué puede decirme… ella?

—El divinatorio contiene los hexagramas —le respondió el muchacho—. Los hexagramas son sesenta y cuatro combinaciones distintas de líneas rotas e intactas. —Señaló hacia los caracteres escritos en los laterales del altar y Rin vio que, efectivamente, cada uno de ellos estaba formado por seis líneas—. Hazle tu pregunta, lanza un hexagrama y Talwu te leerá las líneas.

—¿Puede decirme el futuro?

—Nadie puede adivinar el futuro —le dijo Chaghan—. Está en constante cambio, siempre depende de las elecciones individuales. Pero Talwu puede decirte qué fuerzas están en juego. La forma subyacente de las cosas. El color de los acontecimientos que se van a producir. El futuro es un patrón que depende de los movimientos del presente, pero Talwu puede leerte las corrientes, igual que un marinero experimentado puede interpretar el océano. Solo tienes que hacerle una pregunta.

Rin comenzaba a entender el motivo por el que Chaghan inspiraba tanto miedo. Era igual que Jiang, inofensivo y excéntrico, hasta que alguien llegaba a entender el gran poder que se ocultaba detrás de aquella frágil fachada.

«¿Cómo formularía Jiang la pregunta?». Se planteó por un momento las palabras que usaría su maestro para hacerla. Entonces, dio un paso hacia Talwu.

—¿Qué es lo que quiere el Fénix que sepa?

La criatura estuvo a punto de sonreír.

—Lanza las monedas seis veces.

De pronto, aparecieron tres monedas apiladas sobre el altar hexagonal. No eran monedas del Imperio nikara. Eran demasiado grandes y tenían forma de hexágono, en lugar de ser redondas como los taeles y los lingotes que Rin conocía. Las cogió y las sopesó sobre la palma de su mano. Pesaban más de lo que parecía. En la cara de cada una de ellas se encontraba grabado el inconfundible perfil del Emperador Rojo. En la cruz aparecían escritos unos caracteres en nikara antiguo que no era capaz de descifrar.

—Cada lanzamiento determinará una línea en el hexagrama —le explicó Chaghan—. Estas líneas son los patrones escritos en el universo. Son combinaciones ancestrales, descripciones de formas que existían mucho antes de que ninguno de los dos hubiéramos nacido. Para ti no tendrán sentido, pero Talwu las leerá y yo las interpretaré.

—¿Por qué debes interpretarlas tú?

—Porque soy un vidente. Es para lo que me he preparado —le dijo

—. Los habitantes de las regiones interiores no hacemos bajar a los dioses a la tierra como hacéis vosotros. Somos nosotros los que acudimos a ellos. Nuestros chamanes se pasan horas en trance, aprendiendo los secretos del cosmos. He pasado más tiempo en el Panteón que en tu mundo. A estas alturas, he descifrado suficientes hexagramas como para saber cómo describen la forma de nuestro mundo. Y si intentaras interpretarlos tú misma, no entenderías nada. Déjame ayudarte.

—Vale. —Rin lanzó las monedas sobre el altar hexagonal.

Las tres cayeron por el lado de la cruz.

—«La primera línea, indivisa» —leyó Talwu—. «Uno está listo para avanzar, pero sus huellas se entrecruzan».

—¿Qué significa eso? —preguntó Rin.

Chaghan sacudió la cabeza.

—Puede significar muchas cosas. Cada línea adopta un significado concreto en función de lo que digan las otras. Termina el hexagrama.

Ella volvió a lanzar las monedas. Todas cayeron por el lado de la cara.

—«La segunda línea, indivisa» —leyó Talwu—. «El sujeto asciende al lugar que le corresponde en el sol. Habrá una inmensa buena fortuna».

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Rin.

—Depende de a quién pertenezca esa fortuna —dijo Chaghan—. El sujeto no tienes por qué ser necesariamente tú.

En su tercer lanzamiento, una se quedó de cara y dos de cruz.

—«Tercera línea, indivisa. Ha llegado el final del día.

Se ha lanzado la red sobre el sol poniente. Esto trae consigo infortunio».

Rin sintió un repentino escalofrío. El fin de una era, el sol poniente sobre un país… No necesitaba que Chaghan le interpretara aquella parte.

—No vamos a perder la guerra, ¿verdad? —le preguntó a Talwu.

—Yo solo leo los hexagramas —le respondió la criatura—. No puedo confirmar ni desmentir nada.

—Lo que me preocupa es lo de la red. Es una trampa —dijo Chaghan—. Hay algo que se nos escapa. Algo que se ha desplegado ante nosotros, pero que no podemos ver.

Sus palabras confundieron a Rin tanto como la propia línea, pero el vidente le indicó que volviese a lanzar las monedas. Dos cruces, una cara.

—«La cuarta línea, indivisa» —leyó Talwu—. «Llega el sujeto, lleno de fuego y de muerte, para ser repudiado por todos. Como si fuera una

salida, como si fuera una entrada. Como si ardiera, como si muriera, como si lo desecharan».

—Esta es bastante clara —dijo Chaghan, aunque Rin tenía más preguntas sobre esa línea que sobre las otras. Abrió la boca, pero el joven negó con la cabeza—. Vuelve a lanzar las monedas.

Talwu bajó la mirada.

—«Quinta línea, indivisa. El sujeto está deshecho en lágrimas, gime de dolor».

Chaghan parecía afligido.

—¿De verdad?

—Los hexagramas no mienten —dijo Talwu. Su voz carecía de emoción—. Las únicas mentiras aparecen en la interpretación.

A Chaghan le temblaron ligeramente las manos. Los abalorios de madera de su brazalete entrechocaron entre sí, reverberando por la silenciosa sala. Rin le lanzó una mirada de preocupación, pero él se limitó a sacudir la cabeza y a hacerle señas para que terminase. Con los brazos agarrotados a causa del temor, Rin lanzó las monedas una sexta y última vez.

—«Un líder abandona a su pueblo» —leyó Talwu—. «Un gobernante comienza su campaña. Uno que disfruta enormemente al decapitar a sus enemigos. Esto indica maldad».

Los pálidos ojos de Chaghan se abrieron de par en par.

—Has lanzado el hexagrama veintiséis. La Red —anunció Talwu—. Hay una unión y un conflicto. Sucederán cosas que solo pueden existir juntas. Desgracia y victoria. Liberación y muerte.

—Pero el Fénix… La Mujer… —Rin no había recibido ninguna de las respuestas que buscaba. Talwu no la había ayudado en absoluto. Tan solo le había advertido que estaban a punto de suceder cosas mucho peores y que ella no tenía el poder para detenerlas.

Talwu alzó una mano que parecía una garra.

—Se ha acabado tu tiempo de hacer preguntas. Vuelve dentro de un mes lunar y podrás lanzar otro hexagrama.

Antes de que la chica pudiera decir nada, Chaghan se apresuró a arrodillarse y la arrastró consigo.

—Gracias, Iluminada —dijo, y luego murmuró en dirección a Rin —: No digas nada.

La sala se disolvió cuando Rin se hundió de rodillas. Luego, con una sacudida helada, como si la hubieran empapado con agua fría, se encontró de vuelta en su cuerpo material.

Inspiró hondo y abrió los ojos.

A su lado, Chaghan se había sentado. Tenía aquellos ojos pálidos muy abiertos y hundidos en sus oscuras cuencas. Parecía fijar la

mirada en algo que se encontraba muy lejos, algo que no era del todo de este mundo. Poco a poco, volvió en sí y, cuando al fin fue consciente de la presencia de Rin, adoptó una expresión de profunda ansiedad.

—Debemos ir a buscar a Altan —dijo.

Si a Altan le sorprendió que Chaghan irrumpiera en el almacén de Sihang con Rin a la zaga, no lo demostró. Parecía demasiado exhausto como para que algo lo perturbara.

—Reúne a los Cike —dijo Chaghan—. Tenemos que abandonar esta ciudad.

—¿En qué información te basas? —preguntó el comandante.

—En un hexagrama.

—Creía que no podías hacer otra pregunta hasta dentro de un mes.

—No la he hecho yo —le aclaró—. Ha sido ella.

Altan ni siquiera miró a Rin.

—No podemos abandonar Khurdalain. Nos necesitan más que nunca. Estamos a punto de perder la ciudad. Si la Federación logra pasarnos por encima, tendrá acceso al interior del país. Somos la última frontera.

—Estás librando una batalla que la Federación no necesita ganar —dijo Chaghan—. Los hexagramas mencionan una gran victoria y una gran destrucción. Khurdalain solo ha supuesto una inmensa frustración para ambos bandos. Hay otra ciudad que Mugen quiere ahora mismo.

—Eso es imposible —repuso Altan—. No pueden marchar hacia Golyn Niis tan rápido desde la costa. La ruta del río Golyn es demasiado estrecha como para que las tropas avancen en columnas. Tendrían que dar con el paso de montaña.

Chaghan enarcó las cejas.

—Me apuesto lo que sea a que lo han encontrado.

—Vale, de acuerdo. —Altan se puso en pie—. Te creo. Vamos.

—¿Y ya está? —preguntó Rin—. ¿No investigamos más?

Altan salió de la estancia y se encaminó pasillo abajo a paso ligero. Rin y Chaghan se apresuraron a seguirlo. El comandante bajó las escaleras del almacén y se detuvo delante de la bodega del sótano, donde se encontraba el prisionero de la Federación.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Rin.

—Investigar —dijo Altan, y abrió la puerta de golpe.

El sótano apestaba a heces.

El prisionero estaba encadenado a un poste en un rincón de la estancia, con las manos y los pies atados y un pañuelo metido en la boca. Cuando entraron, estaba inconsciente. No se movió cuando

Altan cerró la puerta de un portazo ni cuando cruzó la estancia para agacharse delante de él.

Le habían pegado una paliza. Tenía un ojo hinchado y de un violento tono púrpura, además de sangre seca alrededor de la nariz rota. Pero el peor daño era el que le había infligido el gas: cualquier resquicio de piel que no estuviera amoratado había sido invadido por un horrible sarpullido rojo, por lo que su rostro no parecía humano, sino una aterradora amalgama de colores.

Rin sintió una intensa satisfacción al ver que las facciones del prisionero estaban tan quemadas y desfiguradas.

Con dos dedos, Altan le tocó una herida abierta que tenía en la mejilla y le dio un pequeño golpe seco.

—Despierta —le dijo en un mugenés fluido—. ¿Cómo te encuentras?

El prisionero soltó un gemido y abrió lentamente los ojos hinchados. Cuando vio a Altan, se agitó y escupió un reguero de saliva a los pies del comandante de los Cike.

—Respuesta incorrecta —le dijo este, y le hundió la uña en la herida.

El prisionero gritó escandalosamente. Altan lo soltó.

—¿Qué quieres? —quiso saber el prisionero. Su mugenés era tosco e inarticulado, muy alejado del cuidado acento que Rin había estudiado en Sinegard. Tardó un momento en descifrar su dialecto.

—Tengo la sensación de que Khurdalain nunca ha sido el principal objetivo —dijo Altan como si nada, en cuclillas—. Tal vez quieras explicárnoslo.

El prisionero esbozó una horrible sonrisa en mitad de aquel rostro sanguinolento, provocando que las cicatrices de las quemaduras se le retorcieran.

—Khurdalain —repitió, pronunciando la palabra nikara como si fuera una flema—. ¿Quién iba a querer ocupar este estercolero?

—Eso da igual —le dijo Altan—. ¿Hacia dónde se dirige la ofensiva principal?

El prisionero lo fulminó con la mirada y resopló.

Altan alzó una mano y le abofeteó en el lado del rostro que tenía cubierto de ampollas. Rin se estremeció. Al golpearle sobre las heridas abiertas e irritadas, el comandante estaba haciendo que sufriera un dolor peor y más profundo del que podría haberle causado un fuerte golpe directo.

—¿Dónde está la otra ofensiva? —insistió.

El prisionero escupió sangre a sus pies.

—¡Respóndeme! —gritó Altan.

Rin se sobresaltó.

El prisionero levantó la cabeza.

—Cerdo nikara —dijo en un tono burlón.

Altan lo agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. Luego le asestó un puñetazo en el ojo que ya tenía morado. Y otro. Y otro más. Salpicó sangre por toda la estancia, manchando el suelo de tierra.

—Para —dijo Rin con un hilo de voz.

Altan se dio la vuelta.

—Lárgate de aquí o cierra el pico —le respondió.

—A este paso, va a acabar inconsciente —dijo ella, con el corazón desbocado—. Y no tenemos tiempo para reanimarlo.

Altan se quedó mirándola por un momento con los ojos desorbitados. Entonces, asintió brevemente y volvió a centrarse en el prisionero.

—Siéntate.

El hombre murmuró algo que ninguno de ellos pudo entender.

Altan le asestó una patada en las costillas.

—¡Que te sientes!

El prisionero volvió a escupir sangre hacia las botas del comandante. Se le cayó la cabeza hacia un lado. Altan se limpió la puntera contra el suelo con una lentitud deliberada y luego se agachó delante de él. Puso dos dedos debajo de su barbilla e hizo que alzara la cabeza para mirarlo con un gesto que casi parecía íntimo.

—Oye, que te estoy hablando —le dijo—. Venga, despierta.

Abofeteó al prisionero hasta que este volvió a abrir los ojos.

—No tengo nada que decirte —espetó el hombre.

—Acabarás confesando —comentó Altan. Había bajado mucho la voz en comparación con los gritos de antes—. ¿Sabes lo que es un esperiliano?

El prisionero entornó la mirada, confundido.

—¿Qué?

—Seguro que sí que lo sabes —dijo Altan con calma. Su voz se había transformado en un ronroneo bajo y aterciopelado—. Seguro que has oído historias sobre nosotros. Seguro que la isla no ha pasado al olvido. Debías de ser un niño cuando tu pueblo masacró Speer, ¿no? ¿Sabías que lo hicieron en una sola noche? Mataron a cada hombre, mujer y niño.

El sudor se acumulaba en las sienes del prisionero y se deslizaba hacia abajo hasta mezclarse con los riachuelos de sangre fresca. Altan chasqueó los dedos delante de sus ojos.

—¿Puedes ver esto? ¿Ves mis dedos? ¿Sí o no?

—Sí —respondió el prisionero con voz ronca.

Altan ladeó la cabeza.

—Dicen que a tu pueblo le aterrorizaban los esperilianos. Que los generales dieron órdenes de que no dejaran con vida ni a un solo niño de Speer porque les aterraba en lo que podían convertirse. ¿Sabes por qué?

El prisionero tenía la vista fija al frente.

Altan volvió a chasquear los dedos. El pulgar y el índice estallaron en llamas.

—Por esto —dijo.

El prisionero abrió mucho los ojos, presa del terror.

Altan le acercó la mano al rostro para que el borde de la llama le lamiera amenazadoramente las ampollas provocadas por el gas.

—Te haré arder poco a poco —le dijo. Su tono de voz era tan suave que podría haberle estado hablando a un amante—. Comenzaré con las puntas de los dedos de los pies. Te infligiré dolor poco a poco, para que así no te desmayes nunca. Las heridas se te cauterizarán nada más salirte, así que tampoco morirás desangrado. Cuando tengas los pies achicharrados, completamente negros, pasaré a los dedos de las manos. Haré que se te caigan uno a uno. Los ensartaré en una cuerda cuando estén carbonizados para colgártelos del cuello. Cuando haya terminado con tus extremidades, pasaré a tus testículos. Te los chamuscaré lentamente para que enloquezcas a causa de la agonía. Luego, no te quedará otra que cantar.

El prisionero movió los ojos frenéticamente, pero aun así negó con la cabeza.

Altan suavizó todavía más el tono.

—Esto no tiene por qué ser así. Tu división permitió que te tomáramos prisionero. No les debes nada. —Su voz era reconfortante e hipnótica, casi amable—. Los demás querían que te matáramos, ¿sabes? Que te ejecutáramos públicamente delante de los civiles. Te habrían hecho pedazos. Ojo por ojo. —Su tono era encantador. Podía ser tan hermoso y carismático cuando quería…—. Pero yo no soy como los demás. Soy razonable. No quiero hacerte daño. Solo busco tu cooperación.

El soldado tragó saliva y le miró a la cara. Estaba increíblemente confuso e intentaba interpretar la expresión de Altan, pero no entendía nada. El esperiliano llevaba dos máscaras a la vez, fingía ser dos entidades opuestas, y el prisionero no sabía qué esperar o qué hacer.

—Dímelo y haré que te liberen —le dijo Altan con amabilidad—. Dímelo y te dejaré ir.

El prisionero se mantuvo en silencio.

—¿No? —Altan le escudriñó el rostro—. Muy bien. —Sus llamas aumentaron en intensidad, lanzando fogonazos al aire.

El otro hombre chilló.

—¡Golyn Niis!

Altan mantuvo las llamas peligrosamente cerca de los ojos del prisionero.

—Desarrolla tu respuesta.

—Nunca nos hizo falta ocupar Khurdalain —escupió el soldado—. El objetivo siempre fue Golyn Niis. En cuanto comenzó esta guerra, vuestras mejores divisiones vinieron corriendo al litoral. Idiotas. Nunca quisimos hacernos con esta ciudad costera.

—¿Y la flota? —dijo Altan—. Khurdalain siempre ha sido vuestro punto de entrada para cualquier ofensiva. No podéis llegar hasta Golyn Niis sin atravesar Khurdalain.

—Había otra flota —siseó el prisionero—. Ha habido muchas flotas navegando hacia el sur de esta patética ciudad. Encontraron el paso de montaña. Pobres idiotas, ¿creíais que podríais mantenerlo oculto? Ahora marchan directamente hacia Golyn Niis. Vuestra capital bélica arderá. Nuestro ejército está cruzando el interior y vosotros seguís aquí atrapados en esta ciudad lamentable.

Altan alzó una mano.

Rin se encogió de forma instintiva, esperando que volviera a pegar al prisionero.

Pero el comandante de los Cike se limitó a extinguir la llama y a darle una palmadita condescendiente al soldado en la cabeza.

—Buen chico —le dijo en un susurro—. Gracias.

Entonces, les hizo una seña a Rin y a Chaghan para indicarles que estaban a punto de marcharse.

—Espera —se apresuró a añadir el prisionero—, has dicho que me dejarías ir.

Altan levantó la cabeza hacia el techo y suspiró. Un fino reguero de sudor le caía desde detrás de la oreja hasta el cuello.

—Claro —respondió—. Te dejaré ir.

Agitó la mano en dirección a la garganta del prisionero.

Un chorro de sangre salió disparado hacia fuera.

El soldado adoptó una expresión de asombro. Emitió un último sonido de sorpresa y asfixia. Entonces, cerró los ojos y la cabeza se le cayó hacia delante. El hedor a carne cocinada y a sangre quemada inundó el aire.

Rin notó la bilis acumulándose en la parte posterior de su garganta. Hacía ya rato que se había olvidado de respirar.

Altan se puso en pie. Tenía las venas del cuello marcadas bajo la

luz mortecina. Inhaló hondo para luego exhalar lentamente, como si fuera un fumador de opio, como un hombre que acabara de llenarse los pulmones con aquella droga. Se volvió hacia ellos. En la oscuridad, sus ojos refulgían con un intenso tono rojo. No tenían nada de humano.

—Vale —le dijo a su lugarteniente—, tenías razón.

Chaghan no se había movido durante todo el interrogatorio.

—Rara vez me equivoco —respondió el vidente.

TERCERA PARTE

21

Baji bostezó ruidosamente y estiró el cuello todo lo que pudo hacia un lateral. Una serie de crujidos restallaron en la quietud de la mañana. No había espacio para tumbarse en el sampán que navegaba por el río, así que tenían que dormir dando cabezadas breves e intermitentes, doblados en unas posturas que luego les causaban calambres. El Ceki parpadeó débilmente durante un minuto y después estiró el pie a lo largo de la estrecha embarcación para darle un golpe a Rin en la pierna.

—Puedo seguir vigilando yo.

—No hace falta —le respondió ella.

Estaba sentada y acurrucada con las manos metidas debajo de las axilas, inclinada hacia delante para apoyar la cabeza sobre las rodillas. Miraba la corriente de agua con expresión ausente.

—Deberías dormir un poco.

—No puedo.

—Inténtalo.

—Ya lo he intentado —respondió Rin con brusquedad. No lograba silenciar la voz de Talwu en su cabeza. Solo había escuchado la lectura del hexagrama una única vez, pero le era imposible olvidar ni una sola de aquellas palabras. Se le habían quedado grabadas en la mente y, sin importar cuántas veces las rememorara, no era capaz de interpretarlas de un modo que no hiciera que se sintiera aterrorizada.

«Lleno de fuego y de muerte… Como si ardiera, como si muriera… El sujeto está deshecho en lágrimas… Uno que disfruta enormemente al decapitar a sus enemigos…».

Rin solía pensar que la adivinación era una ciencia burda, una aproximación imprecisa, en caso de tener algún valor. Pero las palabras de Talwu no eran nada imprecisas. Solo existía un posible desenlace para Golyn Niis.

«Has lanzado el hexagrama veintiséis. La Red». Chaghan le había dicho que la Red significaba que se había tendido una trampa. Pero ¿era Golyn Niis el objetivo? ¿Ya había sucedido o se dirigían de

cabeza hacia su muerte?

—Vas a acabar agotada. Que tú te preocupes no hará que estos barcos vayan más rápido. —Baji estiró la cabeza hacia un lado hasta que escuchó otro satisfactorio crujido—. Y tampoco hará que resuciten los muertos.

Navegaban a toda velocidad por el Golyn, ahorrándose una cantidad absurda de tiempo, ya que el trayecto a caballo les habría llevado un mes. Aratsha los transportaba por el río a un ritmo vertiginoso. Aun así, tardaron una semana en recorrer el Golyn hasta llegar al frondoso delta donde se había erigido la ciudad de Golyn Niis.

Rin levantó la vista para contemplar la embarcación que se encontraba al frente de las demás, donde estaba sentado Altan. Chaghan viajaba a su lado. Ambos estaban inclinados, con las cabezas juntas, hablando en un tono más bajo de lo habitual. No habían dejado de comportarse así desde que habían abandonado Khurdalain. Tal vez Chaghan y Qara estuvieran unidos por su condición de mellizos ancla, pero parecía que fuera Altan el que tenía una gran conexión con el vidente.

—¿Por qué el comandante no es Chaghan? —preguntó Rin.

Baji parecía confuso.

—¿A qué te refieres?

—No entiendo por qué Chaghan obedece a Altan —aclaró. Cuando le había plantado cara a la Mujer, el vidente se había autoproclamado el chamán más poderoso que existía. Y Rin lo creía. Chaghan había navegado por el mundo espiritual como si perteneciera a él, como si él mismo fuese un dios. Los Cike no dudaban en discutirle cualquier cosa a Altan, pero nunca había visto a ninguno atreverse ni siquiera a contradecir a Chaghan. Altan se había ganado la lealtad de los Cike, pero Chaghan había conseguido que lo temiesen.

—Estaba previsto que fuese él quien sucediese a Tyr —dijo Baji—. Sin embargo, tuvo que echarse a un lado cuando apareció Altan.

—¿Y a él le pareció bien? —Rin no podía imaginarse a alguien como Chaghan renunciando a su autoridad de forma pacífica.

—Por supuesto que no. Le faltó poco para escupir fuego por la boca cuando Tyr comenzó a mostrar predilección por el niño bonito de Sinegard y no por él.

—Entonces, ¿por qué…?

—¿Por qué no tiene problema en servir a Altan? En un principio no estaba demasiado contento al respecto. Se pasó una semana entera quejándose hasta que Altan por fin se hartó. Le pidió a Tyr permiso para que ambos se enfrentasen en duelo y el comandante se lo

concedió. Entonces, se llevó a Chaghan al valle durante tres días.

—¿Y qué sucedió?

Baji resopló.

—¿Qué es lo que sucede cuando alguien se enfrenta a Trengsin? Cuando Chaghan regresó, todo ese precioso pelo blanco estaba chamuscado y de color negro, y comenzó a obedecer a Altan como si fuera un perro apaleado. Puede que nuestro amigo de las regiones interiores destroce mentes, pero no pudo vencer a Trengsin. Nadie puede.

Rin dejó caer de nuevo la cabeza contra las rodillas y cerró los ojos para protegerse de la luz del sol naciente. No había dormido ni descansado realmente desde que habían abandonado Khurdalain. Su cuerpo no aguantaba más. Estaba tan cansada…

Su embarcación sufrió una sacudida en el agua y ella se apresuró a sentarse. Habían chocado con el barco que tenían justo delante.

—Hay algo en el agua —gritó Ramsa desde la proa.

Rin se asomó por un lado y entornó la mirada hacia el río. El agua allí era del mismo tono marrón fangoso de siempre…, hasta que dirigió la vista río arriba.

Al principio, creyó que era un efecto de la luz, una ilusión creada por los rayos del sol. Pero entonces su navío llegó a una zona donde el agua había adquirido un color extraño. Rin pasó los dedos por la superficie y los sacó enseguida, horrorizada.

Estaban navegando por un río de sangre.

Tanto Altan como Chaghan se pusieron en pie de golpe, conmocionados. Detrás de ellos, Unegen profirió un chillido prolongado e inhumano.

—Por los dioses —repetía Baji una y otra vez—. Por los dioses, por los dioses, por los dioses.

Fue entonces cuando los cuerpos comenzaron a flotar hacia ellos.

Rin estaba paralizada; la había invadido un miedo irracional a que aquellos cuerpos fueran en realidad el enemigo, a que salieran del agua y los atacaran.

Su embarcación se había detenido por completo. Estaban rodeados de cadáveres. Soldados. Civiles. Hombres. Mujeres. Niños. Todos se encontraban uniformemente hinchados y descoloridos. Algunos tenían el rostro desfigurado, lacerado. Otros simplemente tenían una expresión vacía, resignada, y flotaban lánguidamente en el agua carmesí como si nunca hubieran sido cuerpos vivos que respiraran.

Chaghan se acercó para examinar los labios azules de una joven. El vidente frunció la boca sin más, como si estuviera analizando una huella en el camino en lugar de un cadáver pútrido.

—Estos cuerpos llevan días en el río. ¿Por qué no han flotado en dirección al mar?

—Es por el dique de Golyn Niis —comentó Unegen—. Les bloquea la salida.

—Pero seguimos estando a kilómetros de la ciudad… —empezó a decir Rin.

Todos guardaron silencio.

Altan se irguió en la proa de su barco.

—Salid de aquí. Comenzad a correr.

El camino hacia Golyn Niis estaba vacío. Qara y Unegen se adelantaron para explorar, pero no vieron ni rastro de combatientes enemigos. Aun así, miraran donde mirasen, la presencia de la Federación allí era evidente: hierba pisoteada, hogueras abandonadas, marcas rectangulares en la tierra donde habían estado montadas las tiendas… Rin estaba segura de que los soldados de la Federación estarían al acecho, preparándoles una emboscada. Sin embargo, según fueron acercándose a la ciudad, se dio cuenta de que aquello no tenía sentido. La Federación no estaba al tanto de que se dirigían hacia allí, y no le habría tendido una trampa tan elaborada a un escuadrón tan pequeño.

Ella habría preferido una emboscada. El silencio era peor.

Si Golyn Niis hubiera seguido bajo asedio, la Federación habría estado en guardia. Se habría preparado para enfrentarse a posibles escaramuzas. Tendría guardias apostados para asegurarse de que ningún refuerzo pudiera llegar hasta los nikaras en el interior de la ciudad…

Habría algún tipo de resistencia.

Pero parecía que la Federación simplemente había levantado campamento y se había marchado. Ni siquiera se había molestado en dejar atrás una patrulla reducida. Lo que quería decir que a la Federación no le importaba quién entrara en Golyn Niis.

Lo que a su vez significaba que no merecía la pena custodiar lo que fuera que se encontrara tras los muros de aquella ciudad.

Cuando los Cike al fin consiguieron abrir las pesadas puertas de entrada a la ciudad, un hedor espantoso cayó sobre ellos como un jarro de agua fría. Rin reconocía ese olor. Lo había percibido en Sinegard y en Khurdalain. Sabía qué era lo que les aguardaba. Esperar otra cosa había sido pura ingenuidad. Aun así, no fue capaz de asimilar por completo el escenario que se encontraron al cruzar los muros.

Todos ellos permanecieron en la puerta, incapaces de adentrarse más en la ciudad.

Durante bastante rato, ninguno pudo decir nada.

Entonces, Ramsa cayó de rodillas y comenzó a reírse a carcajadas.

—Khurdalain —jadeó—. Estábamos todos obsesionados con proteger Khurdalain.

Se dobló sobre sí mismo, temblando de la risa mientras golpeaba el suelo con los puños.

Rin lo envidió.

Golyn Niis era una ciudad de cadáveres.

Los cuerpos estaban deliberadamente colocados, como si la Federación hubiese querido dejarles un mensaje de bienvenida a las siguientes personas que entraran en la ciudad. Esa destrucción tenía un cierto toque artístico, una simetría sádica. Los cadáveres se hallaban apilados en filas ordenadas y uniformes, creando pirámides de diez, de nueve y de ocho. Había cadáveres amontonados contra el muro. Otros los habían colocado a lo largo de la calle en pulcras hileras. Había cadáveres hasta donde llegaba la vista.

Nada que fuera humano se movía. Los únicos sonidos en la ciudad eran los del viento soplando contra los escombros, el zumbido de las moscas y el graznido de las aves carroñeras.

A Rin se le anegaron los ojos de lágrimas. El hedor era abrumador. Miró hacia Altan, pero su rostro era una máscara. El comandante los hizo bajar de manera estoica por la calle principal para llegar hasta el centro de la urbe, como si estuviera decidido a admirar toda la magnitud de la destrucción.

Caminaron en silencio.

El trabajo de la Federación era más elaborado a medida que se adentraban más en la ciudad. Cerca de la plaza principal, los cadáveres habían sido profanados de formas increíbles, colocados en posiciones grotescas que desafiaban la imaginación humana. Había cuerpos clavados en tablones. Colgados de garfios por la lengua. Desmembrados de todas las formas posibles: sin cabeza, sin extremidades, exponiendo mutilaciones que debían de haber sido efectuadas mientras la víctima seguía viva. Habían apilado un pequeño montón de dedos cortados junto a unas manos rechonchas. Había una fila entera de hombres castrados con los penes amputados introducidos cuidadosamente en sus bocas abiertas e inertes.

«Uno que disfruta enormemente al decapitar a sus enemigos».

Había muchos decapitados. Las cabezas se encontraban amontonadas en pequeñas pilas ordenadas. Todavía no estaban tan podridas como para haber pasado a ser calaveras, pero tampoco parecían ya rostros humanos. Aquellas que aún conservaban la piel suficiente como para mostrar expresiones tenían un aspecto

terriblemente apático, como si nunca hubieran estado vivas.

«Como si ardiera, como si muriera».

Quizás debido a una voluntad inicial de sanear la zona, simplemente por mera curiosidad, la Federación había intentado prender fuego a varias pirámides de cadáveres. No obstante, habían cejado en su empeño antes de haber completado el trabajo. Tal vez no querían malgastar aceite. Tal vez el hedor les había resultado insoportable. Esos cuerpos eran un espectáculo grotesco y medio chamuscado; su cabello se había convertido en ceniza, y las capas superiores de la piel habían adoptado un tono negro rugoso. Lo peor de todo, sin embargo, era que debajo de todas esas cenizas aún podían reconocerse rasgos humanos.

«El sujeto está deshecho en lágrimas, gime de dolor».

En la plaza encontraron unos esqueletos extrañamente pequeños. No eran cadáveres, sino solo huesos de un blanco reluciente. Al principio, creyeron que eran de niños, pero, al examinarlos de cerca, Enki los identificó como torsos adultos.

El médico se agachó y tocó la tierra donde uno de los esqueletos se encontraba hundido en el suelo. La carne y los órganos de la mitad superior del cuerpo habían sido arrancados de una forma tan limpia que los huesos refulgían bajo la luz del sol, mientras que la mitad inferior seguía intacta debajo de la tierra.

—Los enterraron —dijo Enki, asqueado—. Los enterraron hasta la cintura y luego lanzaron a los perros a por ellos.

Rin no podía comprender cómo la Federación había encontrado tantas formas distintas de infligir sufrimiento. Pero cada esquina que doblaban revelaba un nuevo ejemplo de esa cadena de horrores, de ese salvajismo bárbaro de gran inventiva. Toda una familia, cuyos miembros seguían rodeándose los unos a los otros con los brazos, se hallaba empalada sobre la misma lanza. Había bebés tirados dentro de cubas, con la piel de un horrible tono carmesí, flotando en el agua en la que habían muerto hervidos.

En las horas que habían pasado desde su llegada, las únicas criaturas vivas con las que se habían topado eran perros que habían engordado de un modo antinatural por haberse estado alimentando de los cadáveres. Perros y buitres.

—¿Cuáles son las órdenes? —le preguntó por fin Unegen a Altan.

Todos miraron hacia su comandante.

Este no había abierto la boca desde que habían cruzado la entrada de la ciudad. Su piel había adquirido un tono gris fantasmal. Bien podría haber estado enfermo. Estaba sudando profusamente y le temblaba el brazo izquierdo. Cuando llegaron hasta otra pila de

cadáveres calcinados, sufrió una convulsión, cayó de rodillas y no pudo seguir caminando.

Ese no era el primer genocidio que Altan presenciaba.

«Es lo mismo que sucedió en Speer», pensó Rin. El esperiliano debía de estar imaginándose la matanza de su isla, el modo en el que su pueblo había sido masacrado de la noche a la mañana como si fuera ganado.

Pasado un buen rato, Chaghan le tendió una mano a Altan.

El comandante se la tomó y se puso en pie. Tragó saliva y cerró los ojos. Una máscara de desapego volvió a extenderse sobre su expresión con una especie de ondulación, como si su rostro hubiera quedado sellado tras una fachada de indiferencia que encerrara todas sus vulnerabilidades en el interior.

—Desplegaos —ordenó. Su tono era increíblemente neutral—. Buscad supervivientes.

Dado que se encontraban rodeados de muerte, lo último que les apetecía era separarse.

Suni abrió la boca para protestar.

—Pero la Federación…

—La Federación no está aquí. Llevan toda una semana avanzando hacia el interior. Nuestra gente está muerta. Encontrad supervivientes.

Hallaron indicios de una última y desesperada batalla cerca de la entrada sur. Era evidente quiénes habían salido victoriosos. Los cadáveres de la Milicia habían recibido el mismo trato que los de los civiles. Los cuerpos habían sido apilados en mitad de la plaza en ordenadas filas.

Rin divisó la bandera destrozada de la Milicia tirada en el suelo, quemada y manchada de sangre. La mano del hombre que la portaba estaba separada de su muñeca. El resto del cuerpo se encontraba a unos metros, con la mirada vacía.

La bandera exhibía el escudo del dragón del Emperador Rojo, el símbolo del Imperio nikara. En la esquina inferior izquierda estaba bordado el número dos en nikara antiguo. Se trataba de la insignia de la Segunda División.

A Rin le dio un vuelco el corazón.

Era la división de Kitay.

La joven cayó de rodillas y tocó la bandera. Le llegó el sonido de un ladrido desde detrás de una pila de cadáveres. Levantó la vista justo cuando un perro mestizo, oscuro y lleno de pulgas se acercaba corriendo hacia ella. Era del tamaño de un pequeño lobo. Tenía la barriga grotescamente redonda, como si llevara días atiborrándose.

Pasó corriendo junto a Rin para acercarse al cadáver del

abanderado, olisqueando esperanzado.

Ella contempló cómo rebuscaba, cómo salivaba con ansia, y algo en su interior se quebró.

—¡Lárgate! —chilló, propinándole una patada al perro.

Cualquier animal sinegardiano habría huido despavorido. Pero ese perro les había perdido completamente el miedo a los seres humanos. Ese perro había vivido demasiado tiempo en mitad de aquel jugoso festín de carne. Tal vez diera por hecho que Rin también estaba a punto de morir. Tal vez pensara que la carne fresca sabría mejor que la podrida.

Gruñó y se abalanzó sobre ella.

El enorme peso del perro la pilló desprevenida. La tiró al suelo. Regueros de babas gotearon de sus fauces abiertas cuando se lanzó a por su arteria, pero Rin levantó los brazos para defenderse y el animal le clavó los dientes en el antebrazo izquierdo. Ella gritó con todas sus fuerzas, pero el perro no la soltó. Con el brazo derecho, consiguió sacar su espada, la desenvainó y apuntó hacia arriba.

La hoja atravesó las costillas del perro. Sus fauces se aflojaron.

Rin volvió a apuñalarlo. El perro cayó hacia un lado.

Entonces, ella se puso en pie y le clavó la espada desde arriba, atravesándolo por un costado. El animal agonizaba. Rin volvió a apuñalarlo, esta vez en el cuello. Un chorro de sangre salió disparado hacia fuera, cubriendo la cara de la chica con una calidez húmeda. Rin había pasado a usar su espada como si fuera una daga, bajando el brazo una y otra vez solo para sentir cómo los huesos y los músculos cedían ante el metal, solo para infligir daño y romper algo…

—¡Rin!

Alguien la agarró del brazo con el que empuñaba la espada. Ella giró sobre sus talones, pero Suni le inmovilizó los brazos detrás de la espalda y la sujetó con fuerza para que no pudiera moverse hasta que sus sollozos hubieran cesado.

—Tienes suerte de que no te mordiera el brazo con el que empuñas la espada —le dijo Enki—. Déjate esto durante una semana. Ven a verme si empieza a oler.

Rin flexionó el brazo, Enki le había vendado con firmeza el mordisco del perro con una cataplasma que le escocía como si hubiera metido el brazo en un avispero.

—Es bueno para ti —le dijo cuando ella hizo una mueca—. Evitará que se te infecte. No queremos que se te vaya la chaveta y empieces a echar espuma por la boca.

—Creo que prefiero echar espuma por la boca —repuso Rin—. Me gustaría perder la cabeza. Así sería más feliz.

—No digas esas cosas —replicó Enki de forma severa—. Tienes trabajo que hacer.

Pero ¿realmente era trabajo lo que estaban haciendo? ¿O simplemente se estaban engañando a sí mismos creyendo que si encontraban supervivientes podían redimirse por haber llegado demasiado tarde?

Rin continuó con su miserable tarea de peinar las calles vacías, levantando escombros y registrando hogares cuyas puertas habían tirado abajo. Después de haberse pasado horas buscando, dejó de tener la esperanza de encontrar a Kitay con vida y comenzó a rezar por no encontrarse su cadáver durante sus patrullas, ya que verlo desollado, desmembrado y tirado en una carretilla medio quemado junto con muchos otros cadáveres habría sido peor que no encontrarlo jamás.

Recorrió Golyn Niis sola y aturdida, intentando ver y no ver al mismo tiempo. Al final, acabó acostumbrándose al olor, y la visión de los cuerpos dejó de suponer una conmoción; no eran más que otro montón de rostros que tenía que examinar para ver si reconocía a alguno.

Mientras hacía aquello, gritaba el nombre de Kitay. Lo gritó cada vez que percibió un mínimo movimiento, cualquier cosa que pareciera estar viva: un gato que desaparecía por un callejón o un montón de cuervos que alzaban el vuelo repentinamente, asustados ante el regreso de seres humanos que no estaban muertos ni moribundos. Rin estuvo gritando durante días.

Y entonces, de entre las ruinas, tan débil que pensó que se trataba de un eco, escuchó que alguien la llamaba por su nombre.

—¿Recuerdas cuando dije que lo de las pruebas era tan malo como lo de Speer? —le preguntó Kitay—. Pues me equivocaba. Esto sí que es tan malo como lo de Speer. Esto es peor que lo de Speer.

No era ni por asomo gracioso, y ninguno de ellos se rio.

Rin sentía los ojos y la garganta irritados a causa de los sollozos. Llevaba horas agarrándole la mano a Kitay, con los dedos enroscados con fuerza alrededor de los de su amigo. Y no quería soltarlo nunca. Estaban sentados uno al lado del otro en un refugio montado a toda prisa a casi un kilómetro y medio de la ciudad. Era el único lugar en el que podían escapar del hedor de la muerte que impregnaba Golyn Niis. La supervivencia de Kitay había sido poco menos que un milagro. Un pequeño grupo de soldados de la Segunda División y él se habían escondido durante días debajo de los cadáveres de sus camaradas asesinados, demasiado aterrorizados para salir, ya que temían que las patrullas de la Federación regresasen.

Cuando habían considerado que era seguro huir del campo de exterminio, se habían escondido en las barriadas demolidas de la zona este de la ciudad. Habían arrancado la puerta de un sótano y habían llenado el hueco abierto con ladrillos para que desde el exterior pareciese un muro. Por eso los Cike no los habían visto en su primer barrido de la urbe.

Solo un puñado de hombres del escuadrón de Kitay seguían con vida. El chico no sabía si habría más supervivientes en la ciudad.

—¿Has visto a Nezha? —le preguntó al fin Kitay—. Había oído que iban a mandarlo a Khurdalain.

Rin abrió la boca para responderle, pero un horrible escozor se le extendió desde el puente de la nariz hasta los ojos e hizo que acabase ahogándose entre sollozos salvajes y agitados y no pudiese decir ni una palabra.

Kitay tampoco dijo nada, solo extendió los brazos hacia ella en un gesto de empatía sin palabras. Rin se hundió en ellos. Era absurdo que fuera él quien la estuviera consolando a ella, que fuera ella la que estuviera llorando, después de todo lo que había pasado Kitay. Pero su amigo estaba bloqueado. Kitay había normalizado el sufrimiento y no podía experimentar más dolor del que ya había experimentado. Seguía abrazando a Rin cuando Qara se asomó a la tienda en la que ambos se encontraban.

—¿Eres Chen Kitay? —Realmente no era una pregunta, simplemente parecía que necesitara decir algo para romper el silencio.

—Sí.

—¿Estabas con la Segunda División cuando…? —Qara se fue quedando sin voz.

Kitay asintió.

—Necesitamos que nos hagas un informe. ¿Puedes caminar?

Bajo el cielo abierto, delante de un público silencioso formado por Altan y los mellizos, Kitay relató con la voz entrecortada la masacre de Golyn Niis.

—La defensa de la ciudad estaba condenada desde el principio —les dijo—. Creíamos que aún nos quedaban semanas por delante. Sin embargo, podríais habernos conseguido meses y habría acabado sucediendo lo mismo.

Golyn Niis había sido defendida por una mezcla de las divisiones Segunda, Novena y Undécima. En ese caso, tener más soldados no había significado tener una fuerza mayor. La situación allí había sido tal vez incluso peor que en Khurdalain: los soldados de las distintas provincias sentían poca cohesión o apego entre sí. Los comandantes eran rivales, y la desconfianza los había vuelto paranoicos y reacios a

compartir información.

—Irjah les suplicó a los jefes militares una y otra vez que dejaran a un lado sus diferencias. Pero no logró hacerlos entrar en razón. —Kitay tragó saliva—. Las dos primeras escaramuzas fueron muy mal. Nos cogieron por sorpresa. Rodearon la ciudad desde el sudeste. No los esperábamos aquí tan pronto. No creíamos que fueran a encontrar el paso de montaña. Pero llegaron por la noche y… capturaron a Irjah. Lo desollaron vivo sobre la muralla de la ciudad para que todos pudiéramos verlo. Aquello hundió a nuestra resistencia. La mayoría de los soldados quisieron huir después de eso.

»Tras la muerte de Irjah, la Novena y la Undécima se rindieron en masa. No los culpo. Los superaban en número y creyeron que saldrían mejor parados si no oponían resistencia. Pensaron que sería mejor convertirse en prisioneros que morir. —Kitay se estremeció con violencia—. Estaban tan equivocados… El general de la Federación aceptó su rendición siguiendo el protocolo habitual. Les confiscaron sus armas y los encerraron en campos de prisioneros. A la mañana siguiente, los llevaron hasta lo alto de la montaña y allí los decapitaron. Después de eso, hubo muchas deserciones en la Segunda División. Unos cuantos nos quedamos para luchar. Era inútil, pero… era mejor que rendirse. No podíamos deshonrar la memoria de Irjah de ese modo.

—Espera —le interrumpió Chaghan—. ¿Capturaron a la emperatriz?

—La emperatriz huyó —dijo Kitay—. Se llevó a veinte de sus hombres y abandonó sigilosamente la ciudad la noche después de la muerte de Irjah.

Qara y Chaghan emitieron un sonido de incredulidad al unísono, pero Kitay negó con la cabeza cautelosamente.

—¿Quién puede culparla? Era eso o dejar que esos monstruos le pusieran las manos encima, y quién sabe qué le habrían acabado haciendo…

Chaghan no parecía convencido.

—Patético —espetó, y Rin estuvo de acuerdo con él. La idea de que la emperatriz hubiera huido de una ciudad en la que estaban quemando, asesinando, masacrando y violando a su gente iba en contra de todo lo que le habían enseñado sobre la guerra. Un general no abandonaba a sus soldados. Una emperatriz no abandonaba a su pueblo.

Y una vez más, las palabras de Talwu demostraron ser acertadas.

«Un líder abandona a su pueblo. Un gobernante comienza su campaña… Uno que disfruta enormemente al decapitar a sus

enemigos. Esto indica maldad».

¿Había alguna otra forma de interpretar el hexagrama, después de la evidencia de destrucción que tenían delante? Rin se había estado martirizando con las palabras de Talwu, intentando darles un sentido de forma que no apuntaran a una masacre en Golyn Niis, pero solo se había estado engañando a sí misma. Talwu le había dicho exactamente qué era lo que debía esperar.

Debería haber sabido que, una vez que la emperatriz abandonara a los nikaras, todo estaría perdido.

Pero la emperatriz no era la única que se había marchado de Golyn Niis. Todo un ejército había cedido la ciudad. En cuestión de una semana, Golyn Niis se había entregado prácticamente en bandeja de plata a la Federación, y su medio millón de habitantes se habían visto sometidos a los caprichos de las fuerzas invasoras.

Esos caprichos habían resultado tener muy poco que ver con la ciudad en sí. En cambio, la Federación solo quería exprimir cualquier recurso que pudiera encontrar en Golyn Niis con el fin de prepararse para seguir avanzando hacia el interior. Habían saqueado el mercado, habían reunido todo el ganado y les habían exigido a las familias que les entregaran sus provisiones de arroz y grano. Todo aquello que no habían podido cargar en su carromato de suministros, lo habían quemado o lo habían dejado tirado para que se echase a perder.

Luego, se habían deshecho de la gente.

—Decidieron que las decapitaciones llevaban mucho tiempo, así que comenzaron a hacer las cosas de un modo más eficiente —dijo Kitay—. Empezaron a utilizar el gas. Seguramente ya lo sepáis. Tienen una cosa, un arma, que emite una niebla de color amarillo verdoso.

—Estoy al tanto —dijo Altan—. Vimos cómo usaban esa misma arma en Khurdalain.

—Liquidaron prácticamente a toda la Segunda División en una noche —siguió Kitay—. Algunos de nosotros conformamos la última resistencia cerca de la entrada sur. Cuando el gas se disipó, no quedaba nada vivo. Fui en busca de supervivientes. Al principio, no sabía qué era lo que estaba viendo. Había animales tirados por todas partes. Ratones, ratas, roedores de todo tipo. Había muchísimos. Se habían arrastrado fuera de sus madrigueras para morir. Y una vez que la Milicia desapareció, ya nada se interpuso entre los soldados y nuestro pueblo. La Federación se lo pasó en grande. Hizo de ello un juego. Lanzaban a los bebés por el aire para ver si podían partirlos por la mitad antes de que tocaran el suelo. Celebraron concursos para comprobar a cuántos civiles podían reunir y decapitar en una hora. Compitieron para ver quién podía apilar más cadáveres en menos

tiempo. —Se le quebró la voz—. ¿Puedo beber un poco de agua?

Sin decir nada, Qara le pasó su cantimplora.

—¿Cómo ha acabado Mugen convirtiéndose en esto? —preguntó Chaghan, perplejo—. ¿Qué es lo que habéis hecho para que os odien tanto?

—No se trata de nada que hayamos hecho —dijo Altan. Rin se fijó en que volvía a temblarle la mano izquierda—. Se trata de cómo entrenan a sus soldados. Cuando crees que tu vida no tiene significado más allá de tu utilidad para con tu emperador, las vidas de tus enemigos pasan a tener todavía menos valor.

—Los soldados de la Federación no sienten nada —coincidió Kitay —. No se consideran personas a sí mismos. Son partes de una maquinaria. Hacen lo que se les ordena y solo son felices deleitándose en el sufrimiento ajeno. No se puede razonar con ellos. No se puede intentar comprenderlos. Están acostumbrados a propagar un mal tan grotesco que no puede decirse que sean humanos. —Le tembló la voz.

»Cuando estaban acabando con mi escuadrón, mis ojos se cruzaron con los de uno de ellos. Creía que podía conseguir que me reconociera como a un igual. Como a una persona, y no solo como a un contrincante. Pero entonces el soldado me devolvió la mirada, y me di cuenta de que no podía conectar con él en absoluto. No había nada humano en esos ojos.

Una vez que los supervivientes comenzaron a ser conscientes de que había llegado la Milicia, salieron de sus escondites en grupos desdichados y dispersos.

Las pocas personas que habían sobrevivido a la masacre de Golyn Niis se habían adentrado mucho en la ciudad, ya fuera para ocultarse en refugios camuflados como había hecho Kitay, o porque habían acabado encerrados en prisiones improvisadas por los soldados de la Federación, quienes se habían olvidado de ellos cuando habían decidido continuar su marcha hacia el interior. Tras descubrir dos o tres salas de retención de ese estilo, Altan les ordenó tanto a los Cike como a los civiles que registraran la ciudad meticulosamente.

Nadie se opuso a aquella orden. Rin sospechaba que todos sabían lo horrible que debía de ser morir solo, encadenado a una pared después de que tus captores se hubieran marchado hacía mucho.

—Supongo que, por primera vez, vamos a salvar a la gente —dijo Baji—. Sienta bien.

El propio Altan lideraba un equipo para encargarse de la imposible tarea de recoger todos los cadáveres. Afirmó que lo hacía para evitar la putrefacción y las enfermedades, pero Rin supuso que era porque quería darles un funeral apropiado… Y también porque no había

mucho más que pudiera hacer por la ciudad.

No había tiempo para cavar tantas fosas comunes como necesitaban antes de que el hedor de los cuerpos en descomposición terminara siendo insoportable. Así que apilaron los cadáveres formando grandes piras, y las enormes hogueras de cuerpos ardieron sin descanso. Golyn Niis había pasado de ser una ciudad de cadáveres a ser una ciudad de cenizas.

Pero el número de muertos era abrumador. Los cuerpos que Altan quemaba apenas eran una pequeña fracción de todas las montañas de cadáveres putrefactos que se encontraban dentro de la ciudad. Rin no creía que fuera posible limpiar Golyn Niis por completo, a menos que la quemaran hasta sus cimientos.

Llegado el momento, probablemente tendrían que hacerlo. Pero no mientras aún existiera la posibilidad de encontrar supervivientes.

Rin se hallaba al otro lado de las murallas de la ciudad, intentando dar con una fuente de agua fresca que no estuviera contaminada por la sangre, cuando Kitay se la llevó a un lado y la informó de que habían encontrado a Venka. La habían tenido encerrada en una «casa de relajación», y probablemente ese había sido el único motivo por el que la Federación había mantenido con vida a una soldado del Imperio. Kitay no se detuvo a explicarle qué era una «casa de relajación», pero tampoco hizo falta.

Rin apenas pudo reconocer a Venka cuando fue a verla esa noche. Llevaba su preciosa melena casi a ras del cuero cabelludo, como si alguien se la hubiera cortado de cualquier manera con un cuchillo. Su mirada vivaz estaba ahora apagada y vidriosa. Le habían roto los dos brazos a la altura de las muñecas. Llevaba un cabestrillo en cada uno. Viendo el ángulo en el que se los habían retorcido, Rin supo que solo había una forma en la que le podrían haber hecho aquello.

Venka casi ni se movió cuando ella entró en la estancia. Solo dio un respingo cuando oyó que cerraba la puerta.

—Hola —le dijo Rin con un hilo de voz.

La otra chica levantó la vista con desgana y no dijo nada.

—Pensé que igual querrías tener a alguien con quien hablar —siguió, aunque sus palabras sonaron vacías e insuficientes nada más salir por su boca.

Venka se quedó contemplándola.

A Rin no se le ocurría qué más decir. No sabía qué preguntarle que no fuera una estupidez. «¿Estás bien?». Pues claro que no estaba bien. «¿Cómo es que sobreviviste?». Porque tenía cuerpo de mujer. «¿Qué te sucedió?». Eso era algo que ya sabía.

—¿Sabes que nos llamaban «baños públicos»? —le preguntó Venka

de repente.

Rin se detuvo a dos pasos de la puerta. Comenzó a asimilar sus palabras y se le heló la sangre.

—¿Qué?

—Creyeron que no hablaba mugenés —dijo Venka, seguido de un terrible intento de risa—. Así me llamaban cuando estaban dentro de mí.

—Venka…

—¿Sabes lo mucho que dolía? Estaban en mi interior, dentro de mí, durante horas, y no se detenían. Me desmayaba constantemente, pero cada vez que recobraba el conocimiento, seguían haciéndolo, tenía a un hombre distinto encima, o tal vez era el mismo… Pasado un tiempo, todos me parecían iguales. Fue una pesadilla de la que no podía despertar.

Rin sintió el sabor de la bilis acumulándose en su boca.

—Lo siento mucho… —intentó decir, pero Venka no parecía escucharla.

—No soy la que salió peor parada —continuó—. Me resistí. Fui problemática. Así que me dejaron para el final. Antes querían quebrantar mi voluntad. Me obligaron a mirar. Vi cómo destripaban a otras mujeres. Vi cómo les cortaban los pechos. Vi cómo las clavaban a la pared mientras seguían con vida. Vi cómo mutilaban a las niñas cuando se habían hartado de sus madres. Si sus vaginas eran demasiado pequeñas, se las abrían con un corte para que fuera más fácil violarlas. —La voz de Venka se volvió más aguda—. Había una embarazada con nosotras en la casa. Estaba de siete meses. Ocho. Al principio, los soldados la dejaron vivir para que pudiera cuidarnos al resto. Nos lavaba. Nos daba de comer. Era el único rostro amable en esa casa. No la tocaban porque estaba embarazada, pero eso fue solo al inicio. Entonces, un día el general decidió que se había aburrido del resto de las chicas y fue a por ella. Cualquiera hubiera dicho que la mujer habría aprendido la lección a esas alturas, después de haber visto lo que los soldados nos hacían al resto, que sabría que resistirse no serviría de nada.

Rin no quería seguir escuchándola. Quería enterrar la cabeza bajo los brazos y bloquearlo todo. Pero Venka continuó hablando, como si, una vez que había comenzado con su testimonio, no pudiera dejarlo a medias.

—Pataleó y se arrastró por el suelo. Y entonces abofeteó al general. El hombre aulló y la agarró del estómago. No le clavó el cuchillo, sino los dedos. Las uñas. La tiró al suelo y la arañó sin parar. —Venka giró la cabeza hacia un lado—. Y entonces le sacó el estómago y los

intestinos y, por último, al bebé…, que seguía moviéndose. Lo vimos todo desde el pasillo.

A Rin se le cortó la respiración.

—Me alegré —dijo la otra muchacha—. Me alegré de que estuviera muerta antes de que el general partiera al bebé en dos como si abriera una naranja. —Por debajo del cabestrillo, Venka abría y cerraba los dedos—. Me obligó a limpiarlo todo.

—Por los dioses. Venka. —Rin no podía mirarla a los ojos—. Lo siento muchísimo.

—¡No me tengas lástima! —chilló de repente. Hizo un movimiento como si intentara agarrar a Rin del brazo, como si hubiera olvidado que tenía los suyos rotos. Se puso en pie y se acercó a ella para que estuvieran cara a cara, nariz contra nariz.

Tenía una expresión tan desencajada como el día en el que ambas se habían enfrentado en el cuadrilátero.

—No necesito tu lástima. Necesito que los mates por mí. Tienes que matarlos por mí —siseó—. Júralo. Júrame por tu sangre que los harás arder.

—Venka, no puedo…

—Sé que puedes. —Alzó la voz—. He oído lo que dicen sobre ti. Tienes que hacerlos arder. Cueste lo que cueste. Júramelo por tu vida. Júralo. Júramelo.

Venka tenía los ojos vidriosos.

Rin tuvo que hacer acopio de valor para devolverle la mirada.

—Lo juro.

Rin abandonó la habitación de Venka y echó a correr.

No podía respirar. No podía hablar.

Necesitaba a Altan.

No sabía por qué creía que él le ofrecería el consuelo que buscaba, pero, de entre todos ellos, Altan era el único que ya había pasado por aquello antes. Había estado en Speer cuando habían hecho arder la isla, había presenciado cómo mataban a su pueblo… Sin duda, él era quien podría decirle que la tierra seguiría girando, que el sol continuaría saliendo y poniéndose, que la existencia de un mal tan abominable, de semejante desprecio por la vida humana, no significaba que todo el mundo estuviera sumido en la oscuridad. Sin duda, Altan podría decirle que aún había algo por lo que merecía la pena luchar.

—Está en la biblioteca —le dijo Suni, señalando hacia una torre de aspecto antiguo a dos manzanas de la entrada a la ciudad.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada, y nadie respondió cuando Rin llamó.

Giró el pomo lentamente y echó un vistazo dentro.

La gran cámara interior estaba llena de faroles. No obstante, ninguno estaba encendido. La única luz procedía de los rayos de la luna que se colaban a través de las altas ventanas. Un enfermizo humo dulzón inundaba la estancia, uno que despertó un recuerdo en ella, tan denso y empalagoso que estuvo a punto de asfixiarla.

En un rincón, entre pilas de libros, Altan se encontraba tirado, con las piernas estiradas y la cabeza ladeada lánguidamente. No llevaba camisa.

Rin se quedó sin respiración.

El esperiliano tenía el pecho cubierto de cicatrices. Muchas eran heridas dentadas producto de la batalla. Otras eran sorprendentemente claras, simétricas y limpias, como si se las hubieran grabado en la piel de forma deliberada.

En la mano tenía una pipa. Mientras ella lo observaba, Altan se la llevó a los labios e inhaló profundamente. Sus ojos carmesíes se pusieron en blanco mientras lo hacía. Dejó que el humo le inundase los pulmones y luego exhaló con un suspiro bajo y satisfactorio.

—¿Altan? —dijo Rin en voz baja.

Al principio, no pareció oírla. La chica cruzó la estancia y, despacio, se agachó a su lado. El olor le resultaba asquerosamente familiar: piedras de opio, igual de dulces que la fruta podrida. Le trajo recuerdos de Tikany, de los muertos vivientes que desperdiciaban su vida en los fumaderos.

Al fin, el comandante miró en su dirección. Tenía el rostro retorcido en una sonrisa divertida y desinteresada. Incluso entre las ruinas de Golyn Niis, incluso en esa ciudad de cadáveres, Rin pensó que la imagen de Altan en esas condiciones era lo más terrible que había visto nunca.

22

—Lo sabías? —preguntó Rin.

—Todos estábamos al corriente —murmuró Ramsa. Le tocó el hombro con vacilación; intentaba que fuera un gesto reconfortante, pero no sirvió de nada—. Trata de ocultarlo. Pero no lo hace muy bien.

Rin gimió y apoyó la frente sobre las rodillas. Apenas era capaz de reprimir las lágrimas. Sentía dolor al tomar aire. Sentía como si algo le estuviera presionando la caja torácica, como si la desesperación le estuviese apretando el pecho, con tanta fuerza que casi no podía respirar.

Ese debía de ser el final. Su capital en tiempos de guerra había caído, sus amigos estaban muertos o gravemente heridos, y Altan…

—¿Por qué? —se lamentó—. ¿Es que no sabe lo que le pasa a la gente que lo consume?

—Sí que lo sabe. —Ramsa dejó caer la mano. Se retorció los dedos sobre el regazo—. Creo que no lo puede evitar.

Rin sabía que aquello era cierto, pero no podía aceptarlo.

Ella conocía bien los horrores que traía consigo la adicción al opio. Había visto a los clientes de los Fang (jóvenes académicos prometedores, comerciantes de buena posición económica, hombres con talento), cuyas vidas habían acabado arruinadas a causa de las piedras de opio. Había visto cómo orgullosos funcionarios del Gobierno se veían reducidos a poco más que hombres consumidos y sin dinero en cuestión de meses, mendigando por las calles para poder pagarse su próxima dosis.

No obstante, no era capaz de asociar a su comandante con esas imágenes.

Altan era invencible. Era el mejor experto en artes marciales del país. No era… No podía ser…

—Se supone que es nuestro comandante —dijo casi sin voz—. ¿Cómo puede luchar cuando… está así?

—Nosotros lo cubrimos —dijo Ramsa en voz baja—. No suele

hacerlo más de una vez al mes.

Todas esas veces que Altan había olido a humo. Todas esas veces que había desaparecido cuando Rin había estado intentando dar con él.

Simplemente había estado tirado en su despacho, consumiendo y espirando, con los ojos vidriosos, vacíos, idos.

—Es asqueroso —declaró Rin—. Es… Es patético.

—No digas eso —replicó Ramsa con dureza. Cerró los dedos formando un puño—. Retíralo.

—¡Es nuestro comandante! ¡Tiene un deber para con nosotros! ¿Cómo puede…?

Pero Ramsa la interrumpió.

—No sé cómo sobrevivió Altan a esa isla. Pero lo que sí sé es que fuera lo que fuese lo que le sucedió, fue algo inimaginable. Tú no sabías que eras esperiliana hasta hace unos meses, pero Altan perdió a toda su gente de la noche a la mañana. Ese tipo de dolor no se supera. Así que hace lo que tiene que hacer. Es una vulnerabilidad. Y no le juzgaré. No oso hacerlo, porque no tengo derecho. Y tú tampoco.

Tras dos semanas rebuscando entre los escombros, colándose en sótanos cerrados y moviendo cadáveres, los Cike encontraron menos de mil supervivientes en la ciudad que antes había dado cobijo a medio millón de personas. Habían pasado ya demasiados días. Perdieron la esperanza de encontrar a más gente.

Por primera vez desde que había comenzado la guerra, los Cike no tenían ninguna operación en marcha.

—¿Y a qué estamos esperando? —preguntaba Baji varias veces al día.

—A recibir órdenes —le respondía siempre Qara.

Pero no recibieron ninguna. Altan solía ausentarse, y llegaba en ocasiones a desaparecer durante días. Y, cuando estaba presente, no estaba en condiciones de dar órdenes. Chaghan asumió el mando, y les asignó mientras tanto tareas rutinarias. A la mayoría les ordenó que hicieran guardia. Todos sabían que el enemigo ya estaba avanzando hacia el interior para acabar con lo que había empezado y que en Golyn Niis no había más que ruinas, pero aun así obedecieron.

Rin se sentó en lo alto de la puerta amurallada, apoyándose en una lanza para mantenerse erguida mientras vigilaba el camino que conducía hacia la ciudad. Le había tocado hacer guardia durante el crepúsculo, algo que no le importaba demasiado, dado que no era capaz de dormir, por mucho que lo intentara. Cada vez que cerraba los ojos veía sangre. Sangre seca en las calles. Sangre en el río Golyn. Cuerpos colgando de garfios. Niños en barriles.

Tampoco podía comer. Las comidas más insípidas le sabían a cadáver. Solo comieron carne una vez. Baji había cazado dos conejos en el bosque, los había desollado y los había clavado en un fino trozo de madera para poder asarlos. Cuando Rin percibió su olor, tuvo arcadas durante varios minutos. No era capaz de ver la piel de los conejos y no pensar en la carne quemada de los cuerpos en la plaza. No podía recorrer Golyn Niis sin imaginarse cómo había sido la ejecución de esas personas. No podía ver los cientos de cabezas decapitadas en las estacas sin imaginarse al soldado que habría pasado junto a la fila de prisioneros arrodillados, bajando su espada una y otra vez como si estuviera cosechando maíz. No podía pasar cerca de los barriles que habían servido de tumba para los bebés sin escuchar sus incomprensibles gritos.

Durante todo ese tiempo, su mente le gritaba una pregunta sin respuesta: «¿Por qué?».

No asimilaba esa crueldad. La sed de sangre era algo que sí entendía. Ella misma la había sentido. También se había perdido a sí misma dentro de una batalla, había ido más allá de lo que era necesario, había herido a otros cuando debería haberse detenido.

Pero aquella… maldad a esa escala, una matanza gratuita de esa magnitud, contra inocentes que ni siquiera habían movido un dedo para defenderse… No podía imaginarse hacer algo así.

«Se habían rendido», quiso gritarle a su enemigo desaparecido. «Habían entregado las armas. No suponían ninguna amenaza para vosotros. ¿Por qué tuvisteis que hacer esto?».

No concebía ninguna explicación racional.

Porque la respuesta no podía ser racional. Aquello no se había basado en ninguna estrategia militar. No se había producido porque hubiera escasez de alimentos o porque corrieran el riesgo de una insurgencia o reacción violenta. Simplemente había ocurrido lo que siempre sucedía cuando una raza decidía que otra era insignificante.

La Federación había masacrado Golyn Niis por el simple hecho de que no consideraban que los nikaras fuesen seres humanos. Y si tu enemigo no era humano, si tu oponente era una cucaracha, ¿qué más daba a cuántos mataras? ¿Qué diferencia había entre aplastar a una hormiga y prenderle fuego a un hormiguero? ¿Por qué no ibas a arrancarles las alas a los insectos para tu propio disfrute? Tal vez el bicho sintiera dolor, pero ¿acaso importaba eso?

Si uno se ponía en el lugar de la víctima, ¿qué podría decir para hacer que su torturador la considerase humana? ¿Cómo podría conseguir que su enemigo la reconociera en absoluto?

¿Y por qué iba a importarle eso a un opresor?

La guerra giraba en torno a los absolutos. Nosotros o ellos. Victoria o derrota. No había término medio. No había piedad. No había rendición posible.

Rin se percató de que la Federación había seguido la misma lógica que había justificado la destrucción de Speer. Para ellos, eliminar a toda una raza de la noche a la mañana no era una atrocidad en absoluto. Solo una necesidad.

—Estás mal de la cabeza.

Rin estiró el cuello. Había vuelto a dar otra cabezada a causa del agotamiento. Parpadeó dos veces y entornó la mirada para poder ver en la oscuridad, hasta que los propietarios de esas voces pasaron de ser dos sombras informes a dos formas reconocibles.

Altan y Chaghan estaban situados bajo la puerta de entrada. El vidente tenía los brazos cruzados con fuerza y el comandante estaba apoyado contra el muro. Con el corazón desbocado, Rin se agachó tras la muralla para que no pudieran verla si levantaban la vista.

—¿Y si no fuésemos los únicos? —preguntó Altan en un tono bajo y ansioso. Rin se quedó atónita. Parecía estar alerta, vivo, a diferencia de como había estado los últimos días—. ¿Y si hubiera más como nosotros?

—No empieces otra vez con eso —respondió Chaghan.

—¿Y si hubiera miles de Cike, soldados tan poderosos como tú y como yo, que pudiesen invocar a los dioses?

—Altan…

—¿Y si pudiera reunir a todo un ejército de chamanes?

Rin abrió los ojos de par en par. ¿Un ejército?

Chaghan profirió un ruido ahogado que bien podría haber sido una risa.

—¿Y cómo propones hacerlo?

—Sabes muy bien cómo puede hacerse —respondió Altan—. Sabes el motivo por el que te envié a la montaña.

—Dijiste que solo querías al Guardián. —Chaghan sonaba cada vez más alterado—. No que quisieras liberar a todos los chiflados que hay allí dentro.

—No son chiflados…

—¡No son hombres en absoluto! ¡A estas alturas ya son semidioses! Son como rayos, como huracanes de poder espiritual. Si hubiera sabido lo que estabas planeando, no habría…

—Déjate de rollos, Chaghan. Sabías exactamente lo que estaba planeando.

—Se suponía que íbamos a liberar juntos al Guardián. —Por su tono de voz, parecía que el vidente se sintiera herido.

—Y lo haremos. Igual que liberaremos a todos los demás. A Feylen, a Huleinin… A todos ellos.

—¿Feylen? ¿Después de lo que intentó hacer? No sabes lo que estás diciendo. Solo sueltas atrocidades.

—¿Atrocidades? —le preguntó Altan con frialdad—. ¿Has visto los cadáveres que han dejado aquí y me acusas a mí de soltar atrocidades?

Chaghan pasó a elevar la voz.

—Lo que ha hecho Mugen es una crueldad humana. Pero, por su cuenta, los humanos son solo capaces de alcanzar un nivel de destrucción determinado. Los seres encerrados en el interior de la Chuluu Korikh pueden causar devastación a una escala muy distinta.

Altan soltó una carcajada sonora.

—¿Es que no tienes ojos? ¿No has visto lo que le han hecho a Golyn Niis? Un gobernante debería hacer todo lo que fuera necesario para proteger a su pueblo. No seré como Tearza, Chaghan. No dejaré que nos maten como perros.

Rin escuchó unos crujidos. Eran pisadas sobre hojas secas. Extremidades que se rozaban. ¿Se estarían enfrentando cuerpo a cuerpo? Casi sin atreverse a respirar, echó un vistazo por encima de la muralla.

Chaghan agarraba a Altan por el cuello de la camisa con ambas manos, tirando hacia abajo de forma que quedaran cara a cara. El comandante era quince centímetros más alto que él. Podría haberlo partido en dos sin problema y, sin embargo, no hizo nada para defenderse.

Rin los observó sin dar crédito. Nadie le ponía la mano encima a Altan de ese modo.

—Esto no es como lo de Speer —siseó Chaghan. Tenía el rostro tan cerca del de Altan que sus narices se rozaban—. Ni siquiera Tearza liberó a su dios para salvar una isla. Pero tú quieres condenar a muerte a miles de personas.

—Intento ganar esta guerra…

—¿Para qué? ¡Mira a tu alrededor, Trengsin! Nadie va a darte una palmadita en la espalda y a felicitarte por un trabajo bien hecho. No queda nadie. Este país se va a la mierda y a nadie le importa…

—A la emperatriz sí que le importa —dijo Altan—. Le he enviado un halcón y ha aprobado mi plan…

—¿A quién le importa lo que diga tu emperatriz? —le gritó Chaghan. Le temblaban las manos con violencia—. ¡Que le den a tu emperatriz! ¡Huyó a la primera de cambio!

—Es una de los nuestros —declaró Altan—. Lo sabes. Si contamos

con ella y con el Guardián, entonces podremos liderar a este ejército…

—Nadie podría liderar a un ejército así. —Chaghan le soltó por fin—. Esas personas que hay en el interior de la montaña no son como tú. No son como Suni. No puedes controlarlos, y no vas a intentarlo porque no te dejaré.

Levantó las manos para volver a empujar a su comandante, pero esta vez, Altan se las agarró, lo sujetó por las muñecas y se las bajó con facilidad. No lo liberó.

—¿De verdad crees que puedes detenerme?

—Tú no eres así —le dijo Chaghan—. Lo haces por Speer. Lo haces por venganza. Es lo único que sabéis hacer los esperilianos. Odiar, quemar y destruir sin pensar en las consecuencias. Tearza fue la única entre vosotros con amplitud de miras. Quizás la Federación no estuviese equivocada con respecto a vosotros. Tal vez lo mejor que podían hacer era quemar vuestra isla…

—Cómo te atreves —dijo Altan en un tono de voz tan bajo que Rin tuvo que pegarse más contra el muro, como si así pudiera acercarse más a ellos y asegurarse de que lo estaba escuchando bien. El esperiliano agarró con más fuerza a Chaghan por las muñecas—. Te estás pasando de la raya.

—Soy tu vidente —respondió—. Te daré consejo, tanto si quieres oírlo como si no.

—El vidente no está al mando —sentenció Altan—. El vidente no desobedece. No puedo permitirme tener un lugarteniente desleal. Si no vas a ayudarme, entonces te enviaré lejos. Vete al norte. Vete al dique. Llévate a tu hermana y sigue nuestro plan.

—Altan, sé razonable —le suplicó Chaghan—. No tienes por qué hacer esto.

—Haz lo que te ordeno —repuso Altan con brusquedad—. Ve o abandona los Cike.

Rin se sentó detrás del muro, con el corazón desbocado.

Rin abandonó su puesto en cuanto escuchó cómo los pasos de Altan se perdían en la distancia. Tan pronto como dejó de ver su silueta desde lo alto de la puerta, bajó por las escaleras y corrió hacia el camino abierto. Alcanzó a Chaghan y a Qara justo cuando estaban montándose sobre un caballo que había sobrevivido a la masacre.

—Vamos —le dijo el vidente a su hermana cuando vio que Rin se les acercaba, pero esta sujetó las riendas antes de que Qara pudiera darle ninguna indicación al caballo.

—¿Adónde vais? —quiso saber.

—Nos largamos —dijo Chaghan sin dar más explicaciones—. Por favor, suéltalo.

—Tengo que hablar contigo.

—Se nos ha dado la orden de que nos vayamos.

—Te he escuchado hablar con Altan.

Qara murmuró algo en su lengua.

Chaghan frunció el ceño.

—¿Por qué tienes que meterte donde no te llaman?

Rin agarró las riendas con más fuerza.

—¿A qué ejército se refería Altan? ¿Por qué no quieres ayudarlo?

Chaghan entrecerró los ojos.

—No tienes ni idea de en qué te estás metiendo.

—Pues cuéntamelo. ¿Quién es Feylen? —prosiguió ella, hablando cada vez más alto—. ¿Quién es Huleinin? ¿Qué ha querido decir Altan con eso de que liberará al Guardián?

—Altan va a hacer arder Nikan. No pienso ser responsable de ello.

—¿Que va a hacer arder Nikan? —repitió Rin—. ¿Cómo…?

—Tu comandante se ha vuelto loco —dijo Chaghan sin paños calientes—. Eso es todo lo que necesitas saber. ¿Y sabes lo peor? Creo que siempre ha tenido la intención de hacer esto. He estado ciego. Lleva queriendo hacerlo desde que la Federación entró en Sinegard.

—¿Y vas a permitírselo?

Chaghan retrocedió de forma violenta, como si le hubieran abofeteado. Rin temía que le arrancara las riendas de la mano y se alejara cabalgando, pero el vidente se limitó a permanecer ahí sentado, con la boca ligeramente abierta.

Nunca había visto a Chaghan quedarse sin palabras. Aquello la asustó.

No esperaba que él fuera de los que rehuían la crueldad. Era el único entre los Cike que nunca había parecido temer sus propios poderes, ni la posibilidad de perder el control. Chaghan presumía de sus habilidades. Disfrutaba de ellas.

¿Qué podía ser tan inconcebible como para horrorizarlo?

Sin apartar la mirada de los ojos de Rin, el vidente se agachó, tomó las riendas y descabalgó. Ella dio dos pasos hacia atrás cuando Chaghan comenzó a avanzar en su dirección. Se detuvo más cerca de lo que a Rin le hubiese gustado. La examinó en silencio durante un largo momento.

—¿Sabes cuál es la fuente del poder de Altan? —le preguntó al fin.

La chica frunció el ceño.

—Es esperiliano, así que es obvio.

—Un esperiliano corriente no era ni la mitad de poderoso que Altan —le respondió—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué entre todos los esperilianos fue él el único que sobrevivió? ¿Por qué le

permitieron seguir con vida cuando el resto de su raza fue quemada y desmembrada?

Rin negó con la cabeza.

—Después de la Primera Guerra de la Amapola, la Federación se obsesionó con vuestro pueblo —le explicó Chaghan—. No podían creer que sus Fuerzas Armadas se hubieran visto superadas por aquella isla diminuta. Eso fue lo que despertó su interés por el chamanismo. Nunca habían tenido un chamán en la Federación. Necesitaban saber cómo obtenían sus poderes los esperilianos. Cuando ocuparon la Provincia de la Serpiente, construyeron una base de investigación enfrente de la isla y, durante las décadas que transcurrieron entre las distintas Guerras de la Amapola, se dedicaron a secuestrar esperilianos, a experimentar con ellos, con el fin de averiguar qué era lo que los hacía especiales. Altan fue uno de esos experimentos.

Rin sintió una opresión en el pecho. Temía lo que fuera a escuchar a continuación, pero Chaghan prosiguió, con un tono de voz tan neutral y carente de emoción como si estuviera recitando una lección histórica.

—Para cuando los hesperianos lo liberaron, Altan se había pasado media vida dentro de un laboratorio. Los científicos de la Federación habían estado drogándolo a diario para mantenerlo sedado. Lo habían matado de hambre. Lo habían torturado para hacer que colaborase con ellos. No era el único esperiliano al que habían atrapado, pero sí que fue el único que sobrevivió. ¿Sabes cómo?

Rin negó con la cabeza.

—No sabía…

Chaghan, implacable, continuó hablando:

—¿Sabías que lo tuvieron atado a una camilla y lo obligaron a mirar mientras desmembraban al resto para descubrir cómo funcionaban, de qué estaban hechos los esperilianos? La Federación estaba decidida a averiguarlo. ¿Sabías que los mantuvieron vivos todo el tiempo posible, incluso después de arrancarles la piel de las costillas, para ver cómo se les movían los músculos mientras los exhibían extendidos como conejos?

—Nunca me ha contado nada de eso —susurró Rin.

—Y nunca lo hará —respondió Chaghan—. A Altan le gusta sufrir en silencio. Le gusta dejar que su odio se encone, le gusta incubarlo todo el tiempo posible. ¿Entiendes ahora la fuente de su poder? No se debe a que sea esperiliano. No es nada genético. Es tan poderoso porque su odio es tan profundo y minucioso que invade cada parte de su ser. Vuestro Fénix es el dios del fuego, pero también el de la rabia. El de la venganza. Altan no necesita ingerir opio para invocar al Fénix

porque el dios siempre está vivo en su interior. Me has preguntado por qué no se lo impido. Ahora lo entiendes. No se puede detener a un justiciero. No puedes razonar con un chiflado. Crees que estoy huyendo, y admito que tengo miedo. Tengo miedo de lo que pueda hacer Altan para obtener su venganza, y también de que esté haciendo lo correcto.

Cuando encontró a Altan tirado en el mismo rincón de la vieja biblioteca en el que lo había visto la otra vez, Rin no le dijo nada. Cruzó la estancia iluminada por la luz de la luna y le quitó la pipa de entre sus lánguidos dedos. Se sentó con las piernas cruzadas y con la espalda apoyada contra las estanterías plagadas de pergaminos antiguos. Luego le dio una larga calada a la pipa. Tardó un rato en hacerle efecto, pero, cuando lo hizo, se preguntó por qué había perdido tanto tiempo con la meditación.

Ahora entendía por qué Altan necesitaba el opio.

No le extrañaba que se hubiese hecho adicto. Cuando fumaba debía de ser el único momento en el que no se sentía desbordado por su miseria, por esas cicatrices que jamás sanarían. Cuando estaba entre la neblina provocada por el humo era el único momento en el que no sentía nada, el único momento en el que podía olvidar.

—¿Cómo estás? —mascullló Altan.

—Los odio —respondió Rin—. Los odio muchísimo. Los odio tanto que duele. Los odio con cada gota de mi sangre, con cada hueso de mi cuerpo.

Altan dejó escapar una gran bocanada de humo. No parecía humano, sino más bien un Simple conducto para expulsar los vapores, una extensión inanimada de la pipa.

—Nunca deja de doler —dijo.

Rin volvió a inhalar aquel maravilloso dulzor.

—Ahora lo entiendo —le respondió ella.

—¿Ah, sí?

—Siento lo de antes.

Sus palabras eran imprecisas, pero Altan pareció comprender a qué se refería. Le quitó la pipa y le dio otra calada, y eso bastó para darle a entender que aceptaba su disculpa.

Pasó un buen rato antes de que el comandante volviera a hablar.

—Voy a hacer algo terrible —dijo—. Y tendrás que tomar una decisión. Puedes elegir acompañarme a la prisión de piedra. Creo que sabes qué pretendo hacer allí.

—Sí. —Rin sabía, sin tener que preguntárselo, qué era lo que estaba encerrado en la Chuluu Korikh.

«Criminales antinaturales que han cometido crímenes

antinaturales».

Si lo acompañaba, lo ayudaría a liberar a los monstruos. Monstruos peores que el chimei. Peores que cualquier otra cosa en la casa de fieras del emperador. Porque esos monstruos no eran bestias, cosas sin cerebro que podían ser atadas y controladas, sino guerreros. Chamanes. Dioses en el interior de cuerpos humanos que no sentían ningún tipo de consideración por el mundo de los mortales.

—O puedes quedarte en Golyn Niis. Puedes luchar con lo que queda del ejército nikara e intentar ganar esta guerra sin la ayuda de los dioses. Puedes seguir siendo la buena chica de Jiang, puedes seguir sus advertencias y rehuir el poder que sabes que tienes. —Le tendió una mano—. Pero necesito tu ayuda. Necesito a otra esperiliana.

Rin bajó la vista hacia los dedos delgados y oscuros de Altan.

Si lo ayudaba a liberar a ese ejército, ¿la convertiría eso en un monstruo? ¿Serían ambos culpables de todo lo que les había acusado Chaghan?

Quizás. Pero ¿qué más tenían que perder? Los mismos invasores que en el pasado habían inundado su país de opio para luego abandonarlo a su suerte habían vuelto para terminar el trabajo.

Rin le tomó la mano a su comandante y cerró los dedos alrededor de los de él. La sensación de la piel de Altan bajo la suya era algo que nunca se había atrevido a imaginarse. Solos en la biblioteca y con viejos pergaminos de la antigua Nikan como únicos testigos, Rin le juró lealtad.

—Estoy contigo —le dijo.

23

LA CHULUU KORIKH

DE *LA CLASIFICACIÓN SEEJIN DE LAS DEIDADES*, RECOPILADA EN LOS ANALES DEL EMPERADOR ROJO, REGISTRADA POR VACHIR MOGOI, ALTO HISTORIADOR DE SINEGARD.

Mucho antes de la era del Emperador Rojo, este país no era aún un gran imperio, sino una zona de escasez poblada por pequeñas tribus dispersas. Los hombres de las tribus eran jinetes nómadas del norte que habían sido expulsados de las regiones interiores por las hordas del gran kan. En aquel momento, sobrevivían a duras penas en esta tierra extraña y cálida.

Ignoraban muchas cosas; los ciclos de la lluvia, las mareas del río Murui, las variaciones del suelo. No sabían cómo arar la tierra o sembrar semillas para cultivar alimentos en lugar de cazarlos. Necesitaban que alguien los orientase. Necesitaban a los dioses.

Pero las deidades del Panteón aún se resistían a conceder su ayuda a la humanidad.

—Los hombres son egoístas y mezquinos —argumentó Erlang Shen, gran mariscal de las Fuerzas Celestiales—. Su esperanza de vida es tan corta que no se preocupan por el futuro de sus tierras. Si les prestamos nuestra ayuda, drenarán ese mundo y tendrán disputas entre ellos. No habrá paz.

—Pero ahora están sufriendo. —La hermana melliza de Erlang Shen, la preciosa Sanshengmu, lideraba la postura contraria—.

Tenemos el poder de ayudarlos. ¿Por qué se lo negamos?

—Estás ciega, hermana —le respondió él—. Tienes un concepto demasiado elevado de los mortales. No le aportan nada al universo, por lo que el universo no les debe nada. Si no pueden sobrevivir, entonces dejémoslos morir.

Erlang Shen emitió una orden celestial por la que prohibía que cualquier entidad del Panteón interfiriera en asuntos mortales. Sin embargo, Sanshengmu, que siempre había sido la más amable de los dos, estaba convencida de que su hermano se había apresurado a la hora de juzgar a la humanidad. Ideó un plan para descender a la tierra en secreto, con la esperanza de demostrarle al Panteón que los hombres merecían la ayuda de los dioses. No obstante, en el último momento, Erlang Shen fue alertado de los planes de su melliza y se lanzó en su persecución. Al apresurarse para escapar de él, Sanshengmu aterrizó de mala manera en el mundo humano.

Permaneció tirada en un camino durante tres días. Su apariencia mortal era la de una mujer de una belleza sin igual. En aquella época, eso podía llegar a ser peligroso.

El primer hombre que la encontró, un soldado, la violó y la dio por muerta.

El segundo hombre, un comerciante, le arrebató sus ropajes y la dejó allí tirada, ya que habría supuesto una carga pesada si la hubiera montado en su carreta.

El tercer hombre era un cazador. Cuando vio a Sanshengmu, se quitó su capa y la envolvió con ella. Luego, la llevó en brazos hasta su tienda.

—¿Por qué me ayudas? —le preguntó Sanshengmu—. Eres un humano. Vosotros vivís solo para abusar los unos de los otros. No tenéis compasión. Lo único que sabéis hacer es satisfacer vuestra propia codicia.

—No todos los humanos somos así —dijo el cazador—. Yo no soy así.

Para cuando llegaron a su tienda, Sanshengmu se había enamorado.

Se casó con el cazador. A los hombres de la tribu de su esposo les enseñó muchas cosas; cómo cantarle al cielo para que lloviera; cómo leer los patrones del tiempo en el caparazón agrietado de una tortuga; cómo quemar incienso para complacer a las deidades de la agricultura y que estas les proporcionaran una cosecha abundante a cambio.

La tribu del cazador prosperó y se esparció por la tierra fértil

de Nikan. Corrió la voz de que una diosa había llegado hasta allí. Los devotos de Sanshengmu aumentaron en número por todo el país. Los hombres de Nikan encendían incienso y erigían estatuas en su honor, ya que era la primera entidad divina a la que habían conocido.

Y, con el tiempo, la diosa le dio un hijo al cazador.

Desde su trono en los cielos, Erlang Shen lo observó todo y se puso furioso.

Cuando llegó el primer cumpleaños del hijo de Sanshengmu, el gran mariscal bajó hasta el mundo de los hombres. Prendió fuego a la tienda en la que se celebraba el banquete e hizo que los invitados salieran de allí despavoridos. Empaló al cazador con su gran lanza de tres puntas y lo asesinó. Tomó al hijo de Sanshengmu y lo arrojó por la ladera de una montaña. Luego agarró a su aterrorizada hermana por el cuello y la levantó en el aire.

—No puedes matarme —jadeó ella—. Estás vinculado a mí. Somos dos mitades de un todo. No puedes sobrevivir a mi muerte.

—No —reconoció Erlang Shen—. Pero puedo encarcelarte. Ya que amas tanto el mundo de los hombres, construiré para ti una prisión terrenal donde pasarás la eternidad. Ese será tu castigo por atreverte a amar a un mortal.

Mientras hablaba, una gran montaña se formó en el aire. Erlang Shen lanzó a su hermana melliza tan lejos como pudo y le tiró la montaña encima, construyendo así una prisión de piedra inquebrantable. Sanshengmu intentó escapar por todos los medios, pero dentro de aquel lugar no tenía acceso a su magia.

Languideció en esa prisión de piedra durante años. Cada momento fue una tortura para la diosa, que antes había volado libre por los cielos.

Existen muchas historias sobre Sanshengmu. También existen historias sobre su hijo, el Guerrero del Loto, y sobre cómo se convirtió en el primer chamán que caminó por Nikan, un enlace entre los dioses y los hombres. Existen historias sobre la guerra que el guerrero libró contra su tío, Erlang Shen, para poder liberar a su madre.

También existen historias sobre la Chuluu Korikh. Sobre el rey mono, un arrogante chamán al que el Emperador Jade encerró allí durante cinco mil años como castigo por su insolencia. Podría decirse que ese fue el principio de la era de las leyendas, porque también fue el principio de la era de los chamanes.

Una parte es verdad. Gran parte no lo es.

Pero sí que hay algo que puede darse por cierto. Hasta el día de hoy, de todos los lugares que existen en el mundo, solo la Chuluu Korikh puede contener a un dios.

—¿Por fin vas a contarme adonde os dirigís? —le preguntó Kitay—. ¿O me has llamado solo para despedirte?

Rin estaba guardando su equipaje en bolsas, evitando de forma deliberada mirar a los ojos de su amigo. Había estado esquivándolo durante toda la semana mientras organizaba su viaje con Altan.

Este le había prohibido hablar de ello con nadie que no fuera de los Cike. Rin y él irían solos hasta la Chuluu Korikh. Pero si tenían éxito, la chica quería que Kitay supiera lo que se avecinaba. Quería que supiera cuándo tenía que huir.

—Nos marcharemos en cuanto el caballo esté listo —le dijo. Chaghan y Qara habían abandonado Golyn Niis en el único caballo medio decente que la Federación no se había llevado consigo. Habían tardado días en dar con otro que no estuviera enfermo o moribundo, y luego unos cuantos más en alimentarlo como era debido y que se encontrara en buen estado para viajar.

—¿Puedo preguntarte adónde vas? —inquirió Kitay. Intentaba que su enfado no fuera evidente, pero ella lo conocía demasiado bien como para no darse cuenta. En su rostro podía verse lo irritado que se sentía. Le fastidiaba no estar al tanto de todo. Rin sabía que le guardaba rencor por ello.

Vaciló, pero acabó confesándole:

—A la cordillera de Kukhonin.

—¿Kukhonin? —repitió Kitay.

—A dos días a caballo de aquí. —Rebuscó en una de sus bolsas para evitar tener que mirarlo. Había guardado una gran cantidad de semillas de amapola, todo lo que había podido coger de las reservas de Enki. Por supuesto, nada de aquello serviría en el interior de la Chuluu Korikh, pero una vez que abandonasen la montaña, una vez que hubiesen liberado a todos los chamanes que se encontraban allí…

—Sé dónde está la cordillera de Kukhonin —dijo Kitay con impaciencia—. Lo que quiero saber es por qué vais a cabalgar en dirección contraria a la columna principal de Mugen.

«Tienes que decírselo». Rin no encontraba el modo de advertirle sin divulgar parte del plan de Altan. Pero si no lo hacía, Kitay insistiría en descubrirlo por sí mismo, y su curiosidad podría acabar siendo su fin.

La muchacha dejó la bolsa, se enderezó y le miró a los ojos.

—Altan quiere reunir a un ejército.

Su amigo emitió un sonido de incredulidad.

—¿Cómo dices?

—Es… Están… No lo entenderías aunque te lo contase. —¿Cómo iba a explicarle todo aquello? Kitay nunca había estudiado Folclore. Nunca había creído realmente en los dioses, ni siquiera después de la batalla de Sinegard. Él creía que el chamanismo era una metáfora para las artes marciales arcanas, que las habilidades de Rin y Altan eran juegos de manos y trucos de salón. No sabía lo que había en el Panteón. No entendía el peligro que estaban a punto de desatar—. A ver… Mira, intento advertirte…

—No, intentas engañarme. Y a mí no me engañas —dijo Kitay en voz muy alta—. He visto arder ciudades. Te he visto hacer lo que ningún mortal debería ser capaz de hacer. Te he visto crear fuego. Me parece que tengo derecho a saberlo. Ponme a prueba.

—Está bien.

Y procedió a contárselo.

Sorprendentemente, Kitay la creyó.

—Parece un plan en el que muchas cosas podrían salir mal —le dijo cuando ella terminó de contárselo—. ¿Cómo sabe Altan que ese ejército luchará para él?

—Son nikaras —afirmó Rin—. Tienen que hacerlo. Ya han luchado antes al servicio del Imperio.

—¿El mismo Imperio que los enterró vivos?

—No los enterró vivos —aclaró—. Los emparedó.

—Ah, lo siento —se corrigió Kitay—. «Los emparedó». Los encerraron entre piedras en una montaña mágica porque se volvieron tan poderosos que una puta montaña era lo único que podía evitar que arrasaran con pueblos enteros. Ese es el ejército al que estáis a punto de soltar por el país. Eso es lo que creéis que salvará Nikan. ¿A quién se le ha ocurrido esa idea, a ti o a tu comandante adicto al opio? Porque estoy muy seguro de que ese no es el tipo de plan que a uno se le ocurre estando sobrio.

Rin cruzó los brazos con fuerza contra el pecho. Kitay no estaba diciéndole nada que no hubiese considerado ella antes. ¿Qué se podía esperar de unas almas enloquecidas que llevaban años sepultadas? Tal vez los chamanes de la Chuluu Korikh no hicieran nada. O tal vez destruyeran la mitad del país por despecho.

Pero Altan estaba seguro de que lucharían a su lado.

«No tienen ningún derecho a guardarle rencor a la emperatriz», le había dicho a Rin. «Todos los chamanes conocen los riesgos cuando acceden al poder de los dioses. Todos los Cike saben que, al final, están destinados a acabar en la Montaña de Piedra».

Y la alternativa era el exterminio de todos y cada uno de los nikaras que aún siguieran con vida. La masacre de Golyn Niis había dejado claro que la Federación no quería tomar prisioneros. Quería hacerse con la gran extensión de tierra que ocupaba el Imperio nikara. No estaban interesados en cohabitar con sus actuales ocupantes. Rin conocía los riesgos, los había sopesado y había llegado a la conclusión de que le daban igual. Para bien o para mal, iba a seguir a Altan.

—No puedes hacerme cambiar de opinión —dijo—. Solo te lo cuento para hacerte un favor. Cuando salgamos de esa montaña, no sé cuánto control tendremos, solo que seremos poderosos. No intentes detenernos. No intentes unirte a nosotros. Cuando regresemos, huye.

—El punto de encuentro será la base de las montañas de Kukhonin —les dijo Altan a los Cike reunidos—. Si no estamos allí dentro de siete días, podéis dar por sentado que hemos muerto. No entréis vosotros a la montaña. Aguardad a que llegue una de las aves de Qara y seguid las instrucciones que os traiga. Chaghan será el comandante que me suceda.

—¿Dónde está Chaghan? —se atrevió a preguntar Unegen.

—Con Qara. —La expresión de Altan no dejó entrever nada—. Han partido hacia el norte siguiendo mis órdenes. Cuando regresen, lo sabréis.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando hayan hecho su trabajo.

Rin aguardó junto al caballo, viendo cómo Altan hablaba con una seguridad en sí mismo que no había vuelto a mostrar desde Sinegard. El comandante que estaba allí ahora no era ese chico destrozado con su pipa de opio. No era el esperiliano desesperado que revivía el genocidio de su pueblo. No era una víctima. Era alguien distinto de quien había sido en Khurdalain. Ya no estaba frustrado, no caminaba de un lado para otro por su despacho como un animal enjaulado, no se encontraba bajo el control de Jun. Altan tenía ahora órdenes que dar, una misión, un único propósito. No tenía que seguir conteniéndose. Le habían quitado la correa. Iba a desatar su rabia hasta alcanzar una conclusión definitiva y terrible.

A Rin no le cabía ninguna duda de que tendrían éxito en su misión. Lo que no sabía era si el país podría sobrevivir a ese plan.

—Buena suerte —les dijo Enki—. Saludad a Feylen de nuestra parte.

—Un gran tipo —dijo Unegen con nostalgia—. Bueno, hasta que intentó arrasar con todo lo que había en un radio de treinta y dos kilómetros.

—No exageres —comentó Ramsa—. El radio era solo de dieciséis

kilómetros.
Cabalgaron lo más rápido que les permitió el caballo. A mediodía, pasaron junto a una roca con dos líneas grabadas en un lateral. Rin no se habría percatado de no haber sido porque Altan la señaló.

—Eso es cosa de Chaghan —le dijo—. Para que sepamos que el camino es seguro.

—¿Enviaste a Chaghan hasta aquí?

—Sí. Antes de que abandonáramos el Castillo de la Noche para acudir a Khurdalain.

—¿Por qué?

—Chaghan y yo… Chaghan tenía una teoría —dijo Altan—. Sobre la Tríada. Antes de lo de Sinegard, cuando supo que Tyr había muerto, vio algo en el horizonte espiritual. Creyó ver al Guardián. Detectó la misma alteración una semana después, y luego esta desapareció. Supuso que el Guardián debía de haberse encerrado a sí mismo intencionadamente en la Chuluu Korikh. Pensamos que tal vez podríamos sacarlo de allí, descubrir la verdad… Que quizás así averiguaríamos lo que se esconde detrás de la Tríada y veríamos lo que les sucedió al Guardián y al Emperador, lo que les hizo la emperatriz. Chaghan no sabía que yo quería liberar a todos los demás.

—Le mentiste.

Altan se encogió de hombros.

—Chaghan cree lo que quiere creer.

—Chaghan también… me dijo… —Rin guardó silencio; no estaba segura de cómo formular su pregunta.

—¿Qué? —quiso saber su comandante.

—Dijo que habías sido entrenado igual que un perro. En Sinegard.

Altan se rio socarronamente.

—Lo expresó de ese modo, ¿verdad?

—Dijo que te daban opio.

Altan se puso rígido.

—En Sinegard entrenan a soldados —respondió—. Conmigo hicieron su trabajo.

«Puede que hicieran su trabajo demasiado bien», pensó Rin. Al igual que los Cike, los maestros de Sinegard habían tenido entre sus manos un poder aterrador y habían carecido de las herramientas necesarias para manejarlo. Habían hecho algo más que entrenar a un esperiliano. Habían creado a un justiciero.

Altan era un comandante que estaba dispuesto a hacer arder el mundo entero solo para destruir a su enemigo.

Eso debería haberla inquietado. Hacía tres años, si hubiera sabido lo que sabía ahora sobre Altan, habría salido corriendo en la dirección

contraria.

Pero a esas alturas ya había visto y sufrido demasiado. El Imperio no necesitaba a alguien razonable. Necesitaba a una persona lo suficientemente trastornada como para intentar salvarlo.

Dejaron de cabalgar cuando oscureció demasiado como para ver la ruta que tenían delante. Se habían aventurado por un sendero tan poco transitado que apenas podían considerarlo un camino, y su montura podría haberse cortado los cascos fácilmente con una roca dentada o haberlos hecho caer por un barranco. El animal se tambaleó cuando lo desmontaron. Altan vertió agua en una olla para él, pero el caballo solo comenzó a beber con desgana tras un poco de insistencia por parte de Rin.

—Morirá si seguimos montándolo tanto —dijo la chica. No sabía mucho sobre caballos, pero sí podía detectar cuando un animal estaba al borde del colapso. Tal vez uno de los corceles militares de Khurdalain podría haber hecho aquel viaje con más facilidad, pero ese caballo era un miserable animal de carga, una vieja bestia tan delgada que se le veían las costillas a través del pelaje enmarañado.

—Solo lo necesitamos un día más —declaró Altan—. Después de eso, puede morirse.

Con las manos, Rin le dio de comer al caballo un puñado de avena que habían llevado consigo. Mientras tanto, Altan montó su campamento con una eficiencia austera y metódica. Recogió pinocha y hojas secas para aislarlos contra el frío. Formó una estructura con ramas de árboles partidas y la cubrió con una capa que tenía de repuesto para protegerlos contra la nieve de la noche. Sacó paja seca y aceite de su bolsa, excavó rápidamente un hoyo e introdujo aquellos materiales inflamables dentro. Extendió una mano. Enseguida apareció una llama. Como si nada, como si estuviera haciendo algo tan sencillo como agitar un abanico, Altan hizo que la llama se volviera más intensa, hasta que estuvieron sentados delante de una hoguera crepitante.

Rin estiró las manos, dejando que el calor le penetrara en los huesos. No se había percatado del frío que había pasado ese día. Se dio cuenta de que no había sido capaz de sentir los dedos de los pies hasta ese momento.

—¿Estás entrando en calor? —le preguntó Altan.

Rin se apresuró a asentir.

—Gracias.

Él la contempló durante un momento en silencio. La joven sintió la calidez de su mirada sobre ella e intentó no sonrojarse. No estaba acostumbrada a recibir toda la atención de Altan. Este había estado

distraído con Chaghan desde Khurdalain, desde que Rin y él se habían distanciado. Pero las tornas habían cambiado. Ahora Chaghan había abandonado a Altan, y ella se encontraba a su lado. Al pensarlo, experimentó un estremecimiento de gozo vengativo, pero se apresuró a sofocarlo cuando la culpa la invadió de repente.

—¿Has estado antes en la montaña?

—Solo una vez —dijo Altan—. Hace un año. Ayudé a Tyr a llevar a Feylen.

—¿Feylen es el que enloqueció?

—Todos enloquecen al final —le explicó—. Los Cike, o bien mueren en batalla, o bien acaban emparedados. La mayoría de los comandantes pasan a ocupar su puesto cuando se han deshecho de su antiguo maestro. Si Tyr no hubiera muerto, seguramente lo habría tenido que encerrar allí yo mismo. Siempre es un mal trago cuando eso sucede.

—¿Y por qué no se los mata sin más? —preguntó Rin.

—No puedes matar a un chamán que ha sido poseído por completo —dijo Altan—. Cuando eso ocurre, el chamán deja de ser humano. No es mortal. Pasa a ser un recipiente para lo divino. Puedes decapitarlo, apuñalarlo, colgarlo, pero el cuerpo seguirá moviéndose. Puedes descuartizarlo y, aun así, los pedazos acabarán uniéndose entre sí. Lo mejor que puedes hacer es inmovilizarlo, incapacitarlo y dominarlo hasta que lo metas en la montaña.

Rin se imaginó a sí misma maniatada y con los ojos vendados, siendo arrastrada involuntariamente por ese mismo camino de montaña hacia una eterna prisión de piedra. Se estremeció. Podía esperar aquel tipo de crueldad por parte de la Federación, pero ¿de su propio comandante?

—¿Y eso te parece bien?

—Por supuesto que no me parece bien —repuso él secamente—. Pero viene con el puesto. Es mi trabajo. Se supone que tengo que llevar a los Cike a la montaña cuando dejen de ser aptos para servir. Los Cike se controlan a sí mismos. Los Cike son el método que tiene el Imperio para evitar la amenaza que implican los chamanes descontrolados.

Altan se retorció los dedos.

—Cada comandante de los Cike tiene dos obligaciones: la de obedecer a la emperatriz y la de sacrificar a sus soldados cuando llegue el momento. Jun estaba en lo cierto. No hay lugar para los Cike en las guerras modernas. Somos demasiado pocos. No podemos conseguir nada que no pueda lograr una tropa bien entrenada por la Milicia. Pólvora, cañones y acero; esas son las cosas que ganan las

guerras, y no un puñado de chamanes. El único papel excepcional que tienen los Cike es hacer lo que ninguna otra fuerza militar puede hacer. Podemos someternos entre nosotros, y ese es el único motivo por el que se nos permite seguir existiendo.

Rin pensó en Suni, en el pobre, amable y terroríficamente fuerte Suni, que era tan claramente inestable. ¿Cuánto tiempo le quedaría antes de correr la misma suerte que Feylen? ¿Cuándo se vería superada su utilidad dentro del Imperio por su locura?

—Pero yo no seré como los comandantes de antaño —declaró Altan. Cerró los dedos de las manos hasta formar dos puños—. No les daré la espalda a los míos solo porque hayan conseguido obtener más poder del que deberían. ¿Acaso es eso justo? A Suni y a Baji los enviaron al desierto de Baghra solo porque Jiang les tenía miedo. Eso es lo que hace él…; borra sus errores, huye de ellos. En cambio, Tyr los entrenó, les devolvió un atisbo de racionalidad. Así que debe de existir un modo de domesticar a los dioses. El Feylen que yo conocía no hubiera matado a su propia gente. Tiene que haber una forma de traerlo de vuelta de esa locura. Tiene que haberla.

Hablaba con mucha convicción. Parecía muy seguro, increíblemente seguro de que podría controlar a ese ejército durmiente del mismo modo en el que había calmado a Suni en el comedor y lo había traído de vuelta al mundo de los mortales con solo susurros y palabras.

Rin se obligó a creer en él, porque la alternativa era demasiado terrible como para contemplarla siquiera.

Llegaron a la Chuluu Korikh por la tarde de su segundo día de viaje, horas antes de lo que habían anticipado. Altan estaba encantado. Todo le parecía fantástico, y no dejaba de avanzar con una energía extasiada y vertiginosa. Se comportaba como si llevara años esperando ese día. Y, por lo que Rin sabía, tal vez fuera así.

Cuando el terreno comenzó a ser demasiado irregular como para seguir cabalgando por él, desmontaron del caballo y lo dejaron marcharse. El animal se alejó con aire afligido para encontrar un lugar en el que morir.

Durante la mayor parte de la tarde estuvieron caminando. Cuanto más ascendían, más densos eran el hielo y la nieve. Rin se acordó de las traicioneras escaleras heladas de Sinegard, donde no podías dar un paso en falso si no querías acabar con la columna vertebral rota. Pero allí no había ningún novato que esparciera sal por encima del hielo para que el terreno fuese más seguro. Si se resbalaban en ese momento, tenían garantizada una muerte rápida y gélida.

Altan empleaba su tridente como si fuera una vara, clavándolo en

el suelo antes de dar un paso. La joven lo seguía con cautela por el camino que él iba marcando como seguro. Rin sugirió que derritieran el hielo con fuego esperiliano. Altan lo intentó, pero les llevaba demasiado tiempo.

El cielo acababa de comenzar a oscurecerse cuando el comandante se detuvo ante un tramo de pared.

—Espera. Es aquí.

Rin frenó de golpe. Los dientes le castañeteaban de forma exagerada. Miró a su alrededor. No veía ninguna marca ni ningún indicio de que aquella fuese la entrada especial, pero él parecía muy convencido.

Altan retrocedió varios pasos y luego comenzó a frotar la ladera de la montaña, quitándole la nieve para conseguir llegar a la piedra lisa que había debajo. Gruñó exasperado y presionó una palma llameante contra la roca. El fuego fue derritiendo la nieve poco a poco hasta formar un círculo limpio en el hielo, con la mano de Altan en su centro.

Rin pudo ver entonces una hendidura grabada en la roca. Apenas había sido visible bajo la gruesa capa de nieve y hielo.

Un viajero cualquiera podría haber pasado por delante de ella veinte veces y no haberla visto nunca.

—Tyr dijo que nos detuviéramos cuando llegáramos al peñasco que parecía un pico de águila —dijo Altan. Señaló hacia lo alto del precipicio que tenían encima. En efecto, parecía el perfil de una de las aves de Qara—. Casi lo había olvidado.

Rin sacó dos tiras de tela seca de su bolsa de viaje, las empapó con un frasco de aceite y empezó a envolverlas en torno a las puntas de un par de varas de madera.

—¿Nunca has estado en el interior?

—Tyr me hizo esperarlo fuera —repuso él. Se apartó de la entrada. Había derretido limpiamente el hielo de la superficie de la piedra y había dejado al descubierto una puerta circular grabada en la ladera de la montaña—. La única persona que sigue viva y que ha estado en el interior es Chaghan. No tengo ni idea de cómo consiguió abrir esta puerta. ¿Estás lista?

Rin hizo un nudo con el último retal, apretándolo con los dientes, y asintió.

Altan se dio la vuelta, apoyó la espalda contra la puerta de piedra, flexionó las piernas y empujó. Su rostro se tensó a causa del esfuerzo.

Durante un segundo, no pasó nada. Luego, con un pesado chirrido, la roca comenzó a deslizarse en diagonal hacia el interior de su lecho de piedra.

Cuando se detuvo en seco, Rin y Altan se quedaron parados delante de aquellas inmensas fauces tenebrosas. El túnel era tan oscuro que parecía tragarse toda la luz del sol. Al echarle un vistazo al sombrío interior, Rin sintió un pavor que nada tenía que ver con la oscuridad. Dentro de esa montaña no podrían invocar al Fénix. No tendrían acceso al Panteón. No tendrían ningún modo de conseguir poder.

—Última oportunidad para darte la vuelta —le dijo Altan.

Ella resopló, le entregó una antorcha y caminó hacia delante.

Rin apenas había avanzado tres metros cuando dio un paso demasiado largo. El oscuro pasadizo resultó ser peligrosamente angosto. Sintió que algo se desmoronaba bajo su pie y se pegó contra la pared. Asomó la antorcha por el precipicio y enseguida sintió una horrible sensación de vértigo. No se veía el fondo del abismo, descendía directamente hacia la nada.

—Es completamente hueco —dijo Altan, manteniéndose pegado a la espalda de Rin. Apoyó una mano en su hombro—. Pégate a mí. Mira dónde pisas. Chaghan dijo que llegaríamos a un espacio más amplio a unos veinte pasos de aquí.

Ella se pegó contra la pared del precipicio y dejó que Altan pasara delante para luego seguirlo con cautela al bajar los escalones.

—¿Qué más te dijo Chaghan?

—Que encontraríamos esto. —Altan alzó su antorcha.

Una pequeña plataforma se encontraba suspendida de una polea en mitad de la montaña. Rin levantó su antorcha todo lo que pudo y la luz iluminó algo negro y brillante sobre su superficie.

—Eso de ahí es aceite. Es una lámpara. —Echó el brazo hacia atrás.

—Ten cuidado —siseó Altan justo cuando Rin lanzaba su antorcha hacia la plataforma.

El viejo aceite ardió de inmediato. El fuego se propagó a través de la oscuridad, siguiendo un camino predeterminado de un modo hipnótico y dejando al descubierto varias lámparas de polea similares suspendidas a distintas alturas. Pasados varios minutos, toda la montaña se iluminó, revelando una intrincada arquitectura en el interior de la prisión de piedra. Debajo del pasadizo en el que se encontraban, Rin pudo ver círculos y más círculos con pedestales, que se extendían hasta donde llegaba la luz. Recorriendo todo el interior de la montaña había un camino en espiral que conducía a infinidad de tumbas de piedra.

El patrón que seguía le resultaba extrañamente familiar.

Ya lo había visto antes.

Se trataba de una versión pétrea del Panteón en miniatura, que se multiplicaba siguiendo un esquema helicoidal. Era un Panteón perverso, ya que allí los dioses no estaban vivos, sino atrapados en una animación suspendida.

Rin sintió una repentina oleada de pánico. Respiró hondo, intentando disipar esa sensación, pero aquel agobio no hizo más que aumentar.

—Yo también lo siento —dijo Altan en voz baja—. Es la montaña. Nos ha sellado dentro.

Cuando estaba en Tikany, Rin se había caído una vez de un árbol y se había golpeado tan fuerte la cabeza contra el suelo que había perdido temporalmente la audición. Había visto cómo Kesegi le gritaba y se señalaba su propia garganta, pero no había logrado escuchar nada. Le estaba pasando lo mismo en ese momento. Le faltaba algo. Le habían negado el acceso a alguna cosa.

No podía imaginarse lo que debía de ser estar atrapada allí durante años, década tras década, incapaz de morir, pero también incapaz de abandonar el mundo material. Ese era un lugar en el que soñar no estaba permitido. Era un lugar de pesadillas infinitas.

Qué destino tan horrible acabar sepultado ahí.

La joven rozó algo redondo con los dedos. Bajo la presión que ejerció con su tacto, el objeto se movió y comenzó a girar. Se detuvo para observarlo y llamó a Altan.

—Mira esto.

Era un cilindro de piedra. Le recordó a las ruedas de plegaria que había frente a la pagoda de la academia. Sin embargo, este cilindro era mucho más grande y le llegaba a la altura del hombro. Cogió la antorcha de Altan y examinó la piedra de cerca. Habían grabado unos surcos profundos en su superficie. Apoyó una mano en un lateral, enterró los talones en la tierra y empujó con fuerza.

Con un chirrido que pareció un grito, la rueda comenzó a girar.

Los surcos eran palabras. No…, eran nombres. Un nombre tras otro, cada uno seguido de una serie de números. Era un historial. Un registro de cada alma que había sido sellada en el interior de la Chuluu Korikh.

Debía de haber cientos de nombres grabados en esa rueda.

Altan recuperó la antorcha y la desplazó hacia la derecha de Rin.

—Esta no es la única.

Ella alzó la mirada y vio que el fuego iluminaba otra rueda con registros.

Y otra. Y otra más.

Se extendían por todo el primer nivel de la Montaña de Piedra.

Miles y miles de nombres. Algunos se remontaban al reinado del Emperador Dragón. Otros eran incluso más antiguos.

Rin estuvo a punto de tambalearse ante el significado de aquello.

Había gente allí dentro que llevaba inconsciente desde el nacimiento del Imperio nikara.

—La investidura de los dioses —dijo Altan. Estaba temblando—. El increíble poder que hay en esta montaña… Nadie podría detenerlos, ni siquiera la Federación…

«Ni tampoco nosotros», pensó Rin.

Si despertaban a toda la Chuluu Korikh, contarían con un ejército de hombres trastornados, con una fuente primigenia de energía psíquica. Aquel era un ejército que no podrían controlar. Un ejército que podría asolar el mundo.

Rin deslizó los dedos sobre la primera rueda con registros, la que quedaba más cerca de la entrada.

En la parte más alta, con una caligrafía cuidadosa y medida, se encontraba la inscripción más reciente.

Reconoció esa letra.

—Lo he encontrado —declaró.

—¿A quién? ¿Al Guardián? —Altan parecía confuso.

—Es él —dijo Rin—. Pues claro que es él.

Recorrió con los dedos la piedra grabada y un profundo alivio se apoderó de ella.

Jiang Ziya.

Lo había encontrado. Por fin había dado con él. Su maestro estaba encerrado en el interior de uno de esos pedestales. Tomó la antorcha que sostenía Altan y comenzó a correr escaleras abajo. Unos susurros resonaban a medida que descendía a toda velocidad. Rin creyó sentir cosas que procedían del otro lado, las mismas que habían estado susurrando a través del vacío que Jiang había creado en Sinegard.

Sintió un deseo abrumador en el ambiente.

Debían de haber empezado a emparedar a los chamanes desde la parte baja de la prisión para luego ir subiendo. Jiang no podía estar demasiado alejado de donde se encontraban. Rin corrió más deprisa, sintió el roce de la piedra bajo sus pies. Delante de ella, la antorcha iluminó un pedestal esculpido con la imagen de un guardián encorvado. Se detuvo de golpe.

Ese debía de ser Jiang.

Altan le dio alcance.

—No salgas corriendo de ese modo.

—Está aquí —dijo Rin, acercando la antorcha al pedestal—. Está aquí dentro.

—Aparta —le indicó Altan.

Ella apenas se había quitado de en medio cuando el esperiliano golpeó el pedestal con un extremo de su tridente.

Cuando retiraron los escombros, la forma serena de Jiang apareció debajo de una capa de polvo. Se encontraba completamente inmóvil dentro de la roca, con las comisuras de la boca curvadas ligeramente hacia arriba, como si algo le hiciera gracia. Parecía que estuviera dormido.

El maestro abrió los ojos, los miró de arriba abajo y parpadeó.

—Deberíais haber llamado antes.

Rin dio un paso hacia él.

—¿Maestro?

Jiang ladeó la cabeza.

—¿Estás más alta?

—Hemos venido a rescatarle —dijo Rin, aunque sus palabras le parecieron una estupidez nada más pronunciarlas. Nadie podría haber obligado a Jiang a entrar en la montaña. Su maestro debía de querer estar allí.

Pero a ella le daba igual por qué había acudido a aquel lugar. Lo había encontrado, lo había liberado, y ahora tenía su atención.

—Necesitamos su ayuda. Por favor.

Jiang salió del interior de la piedra y se sacudió las extremidades como si estuviera estirándose. Se limpió meticulosamente el polvo de la ropa. Luego dijo con calma:

—No deberías estar aquí. Todavía no ha llegado tu momento.

—No lo entiende…

—Y tú no escuchas. —Había dejado de sonreír—. El Sello se está rompiendo. Puedo sentirlo… Casi ha desaparecido. Si abandono esta montaña, todo tipo de cosas terribles entrarán en vuestro mundo.

—Entonces, es cierto —dijo Altan—. Usted es el Guardián.

Jiang parecía molesto.

—¿Qué acabo de decir sobre no escuchar?

Pero Altan se sonrojó a causa de la emoción.

—¡Es el chamán más poderoso de la historia de Nikan! ¡Puede liberar a toda esta montaña! ¡Puede liderar este ejército!

—¿Ese es vuestro plan? —Jiang se quedó mirándolo como si no diera crédito, como si no pudiera creer que hubiera alguien tan estúpido—. ¿Estáis locos?

—Nos… —Altan no sabía qué decir, pero entonces recobró la compostura—. No estamos…

Jiang se llevó la palma de la mano a la cara, como si fuera un profesor exasperado.

—El chico quiere liberar a todos los que se encuentran en esta montaña. El chico quiere desatar sobre el mundo a los habitantes de la Chuluu Korikh.

—Es eso o dejar que Nikan perezca —espetó Altan.

—Pues deja que perezca.

—¿Cómo?

—No sabe de lo que es capaz la Federación —intervino Rin—. No ha visto lo que han hecho en Golyn Niis.

—He visto más de lo que crees —dijo Jiang—. Pero este no es el camino. Esta senda solo conduce a la oscuridad.

—¿Cómo puede haber más oscuridad de la que ya hay? —gritó ella, frustrada. Su voz retumbó contra los muros cavernosos—. ¿Cómo van empeorar más las cosas? Incluso usted se arriesgó, abrió el vacío…

—Fue un error por mi parte —la interrumpió Jiang con aspecto arrepentido, como un niño al que hubieran reprendido—. Nunca debería haberlo hecho. Debería haber dejado que se quedaran con Sinegard.

—No se atreva a decir eso —siseó Rin—. Abrió el vacío, permitió que las bestias pasaran y luego huyó y se ocultó aquí, y dejó que nosotros lidiáramos con las consecuencias. ¿Cuándo va a dejar de esconderse? ¿Cuándo va a dejar de ser un maldito cobarde? ¿De qué está huyendo?

Jiang parecía dolido.

—Ser valiente es fácil. Lo difícil es saber cuándo no se debe luchar. Yo ya he aprendido esa lección.

—Por favor, maestro…

—Si soltáis todo esto sobre Mugen, estaréis garantizando que esta guerra continúe durante generaciones —afirmó el Guardián—. Haréis algo más que quemar provincias enteras hasta los cimientos. Desgarraréis el tejido del universo. En esta montaña no hay hombres encerrados, sino dioses. Tratarán el mundo material como su patio de recreo. Manipularán la naturaleza a su voluntad. Dejarán todas las montañas al mismo nivel y redibujarán los ríos. Convertirán el mundo mortal en el mismo flujo caótico de fuerzas primordiales que constituye el Panteón. Sin embargo, en el Panteón los dioses están equilibrados. Vida y muerte, luz y oscuridad… Cada una de las sesenta y cuatro entidades cuenta con su contrario. Si traéis a los dioses a vuestro mundo, ese equilibrio se resquebrajará. Reduciréis esta tierra a cenizas y, entre los escombros, solo vivirán demonios.

Cuando Jiang terminó de hablar, el silencio cayó como una pesada losa.

—Puedo controlarlos —dijo Altan, aunque hasta a Rin le pareció que titubeaba, como un niño diciéndose a sí mismo que era capaz de volar—. Dentro de esos cuerpos hay hombres. Los dioses no pueden ir por libre. Ya lo he hecho con mi gente. Suni debería estar aquí encerrado desde hace años, pero he logrado domarlo. Puedo traerlo de vuelta cuando enloquece…

—El que está loco eres tú. —La voz del Guardián era casi un susurro, y expresaba tanto asombro como incredulidad—. Estás cegado por tus propias ansias de venganza. ¿Por qué haces esto? —Extendió un brazo y agarró a Altan por el hombro—. ¿Por el Imperio? ¿Por el amor que sientes hacia este país? ¿Por qué, Trengsin? ¿Qué historia es la que te cuentas a ti mismo?

—Quiero salvar Nikan —insistió Altan, y a continuación lo repitió con un tono tenso, como si hablara para sí, queriendo convencerse—: Quiero salvar Nikan.

—No, no es eso lo que quieres —dijo Jiang—. Lo que quieres es destruir Mugen.

—¡Ambas cosas son lo mismo!

—Existen grandes diferencias entre ambas, y el hecho de que no seas capaz de verlo es la razón por la que no puedes hacer esto. Tu patriotismo es una farsa. Adornas tu cruzada con argumentos morales, cuando la verdad es que dejarías morir a millones de personas para obtener tu presunta justicia. Eso es lo que sucederá cuando abras la Chuluu Korikh —prosiguió Jiang—. No solo será Mugen quien pague para saciar tu sed de justicia, sino cualquiera que tenga la mala suerte de verse atrapado en medio de esta tempestad demencial. El caos no discrimina, Trengsin, y por eso esta prisión fue diseñada para permanecer cerrada. —Suspiró—. Pero, por supuesto, a ti eso te da igual.

Altan no podría haberse quedado más estupefacto ni aunque Jiang le hubiese cruzado la cara de un bofetón.

—Hace mucho tiempo que no te importa nada —continuó el maestro, mirándole con lástima—. Estás roto. Apenas eres ya tú mismo.

—Intento salvar a mi país —repitió Altan en voz baja—. Y usted es un cobarde.

—Estoy aterrorizado —reconoció Jiang—. Pero solo porque comienzo a recordar quién llegué a ser una vez. No vayas por ese camino. Tu país ya ha sido reducido a cenizas. No puedes recuperarlo derramando sangre.

El joven se quedó mirándolo boquiabierto, incapaz de responder.

Jiang ladeó la cabeza.

—Irjah lo sabía, ¿verdad?

Altan parpadeó rápidamente. Parecía aterrado.

—¿Qué? Irjah no… El nunca…

—Ah, sí que lo sabía. —Jiang suspiró—. Tenía que saberlo. Daji se lo habría dicho… Daji vio lo que yo no pude ver. Ella se habría asegurado de que Irjah supiera cómo mantenerte controlado.

Rin alternó la vista entre uno y otro, confundida. Altan se había quedado pálido y tenía las facciones retorcidas a causa de la rabia.

—¿Cómo se atreve… a insinuar…?

—Es culpa mía —dijo Jiang—. Debería haberme esforzado más en intentar ayudarte.

A Altan se le quebró la voz.

—No necesitaba que nadie me ayudase.

—Lo necesitabas más que nada en el mundo —repuso el maestro con tristeza—. Lo siento mucho. Debería haber luchado para salvarte. Eras un niño asustado y te transformaron en un arma. Y ahora… ahora estás perdido. Pero ella no. Ella aún puede ser salvada. No la hagas arder contigo.

Tanto Altan como Jiang dirigieron la mirada hacia Rin.

La chica miró a uno y luego al otro. Tenía que tomar una decisión. Los caminos que tenía ante sí eran claros. Altan o Jiang. Comandante o maestro. Victoria y venganza o… o lo que fuera que le prometiera Jiang.

Pero ¿qué era lo que le había prometido siempre su maestro? Tan solo conocimientos. Solo comprensión. Esclarecimiento. Pero eso solo traía consigo más advertencias, excusas nimias para evitar que ejerciera un poder al que ella sabía que podía acceder…

—Te he enseñado a ser mejor que esto. —El Guardián apoyó una mano sobre el hombro de Rin. Parecía que se lo estuviera suplicando —. ¿No es verdad? ¿Rin?

Jiang podría haberlos salvado. Podría haber detenido la masacre en Golyn Niis. Podría haber salvado a Nezha.

Sin embargo, se había escondido. Cuando su país lo había necesitado, había huido para recluirse en aquel lugar, sin pensar en aquellos a los que dejaba atrás.

Su maestro la había abandonado.

Ni siquiera se había despedido de ella.

Pero Altan… Él no la había dejado tirada.

Altan había abusado de ella verbalmente y la había agredido, pero tenía fe en el poder de Rin. Solo quería hacerla más fuerte.

—Lo siento —respondió la muchacha—, pero estoy siguiendo órdenes.

Jiang suspiró y dejó caer la mano de su hombro. Como le sucedía siempre que estaba bajo la mirada de su maestro, Rin sintió como si se estuviera asfixiando, como si Jiang pudiera ver todas las partes que la conformaban. La examinó con esos ojos pálidos y ella supo que lo había decepcionado.

Y aunque había tomado su decisión, no podía soportar aquella decepción, así que apartó la mirada.

—No, el que lo siente soy yo —dijo Jiang—. Lo lamento mucho. Intenté advertírtelo.

Dio un paso atrás, hacia las ruinas de su pedestal. Cerró los ojos.

—Maestro, por favor…

Jiang comenzó a recitar un cántico. A sus pies, las piedras rotas empezaron a moverse como si fueran líquidas, volviendo a adoptar la forma de un pedestal liso e intacto, y reconstruyéndose lentamente de abajo arriba.

Rin corrió hacia delante.

—¡Maestro!

Pero Jiang permaneció quieto y en silencio. Entonces, la piedra le cubrió el rostro por completo.

—Se equivoca.

A Altan le tembló la voz. Aunque Rin no sabía si se debía al miedo o a la rabia que sentía.

—Eso no es lo que… No… No lo necesitamos. Despertaremos al resto. Ellos lucharán para mí. Y tú… Tú lucharás conmigo, ¿verdad? ¿Rin?

—Por supuesto que sí —susurró ella, pero Altan ya estaba destrozando el siguiente pedestal con su tridente, golpeando con el metal una y otra vez, claramente desesperado.

—Despierta —gritó con la voz entrecortada—. Venga, despierta…

El chamán de ese pedestal tenía que ser Feylen, el asesino loco. Aquello debería haber tenido un efecto disuasorio, pero a Altan no parecía importarle nada de eso mientras estampaba el tridente una y otra vez contra el fino revestimiento de piedra que le cubría el rostro a Feylen.

Las rocas se desmoronaron y el segundo chamán se despertó.

Rin sostuvo la antorcha con vacilación. Cuando vio la figura que se encontraba ahí dentro, se encogió asqueada.

Feylen apenas parecía humano. Jiang llevaba poco tiempo emparedado. Su cuerpo seguía pareciendo el de un hombre y no mostraba ningún signo de deterioro. Pero el de Feylen… estaba muerto, sin color y endurecido después de haber pasado meses sepultado sin alimento ni oxígeno. No se había descompuesto, pero sí

se había quedado petrificado.

Unas venas azules le sobresalían contra la piel grisácea. Rin dudaba que siguiera corriéndole sangre por ellas.

La complexión de Feylen era esbelta, delgada y encorvada, y parecía que su rostro podría haber sido hermoso en el pasado. Pero ahora tenía la piel demasiado tensa sobre los pómulos y los ojos hundidos en dos profundos cráteres en su cráneo.

Entonces, abrió los párpados y Rin se quedó sin aliento.

Los ojos de Feylen brillaban en la oscuridad con un tono azul inquietante, como dos pedazos de cielo.

—Soy yo —le dijo Altan—. Trengsin. —Rin notaba lo mucho que se estaba esforzando por mantener un tono de voz neutro—. ¿Te acuerdas de mí?

—Recordamos voces —respondió Feylen, despacio. Tenía la voz áspera por haberse pasado meses sin usarla. Sonaba como si una hoja de acero arañara la piedra ancestral de la montaña. Ladeó la cabeza en un ángulo antinatural, como si intentara sacarse gusanos del oído —. Recordamos el fuego. Y te recordamos a ti, Trengsin. Recordamos cómo nos tapaste la boca con la mano mientras con la otra nos rajabas la garganta.

El modo en el que hablaba hizo que Rin agarrara con fuerza la empuñadura de su espada, aterrorizada. El chamán no se expresaba como un hombre que hubiera luchado junto a Altan.

Y hablaba en plural.

Su comandante también parecía haberse percatado de eso.

—¿Recuerdas quién eres?

Feylen frunció el ceño al oír la pregunta, como si lo hubiera olvidado. Reflexionó durante un rato antes de decir:

—Somos el espíritu del viento. Podemos adoptar la forma de un dragón o la forma de un hombre. Gobernamos sobre los cielos de este mundo. Llevamos los cuatro vientos con nosotros y volamos a nuestro antojo.

—Eres Feylen, de los Cike. Sirves a la emperatriz y estuviste bajo el mando de Tyr. Necesito tu ayuda —dijo Altan—. Necesito que vuelvas a luchar a mi lado.

—¿Luchar…?

—Hay una guerra —le explicó— y necesitamos el poder de los dioses.

—El poder de los dioses —dijo Feylen, arrastrando las palabras. Después se rio.

No era una risa humana. Era un eco agudo que rebotó sobre las paredes de la montaña como el chillido de unos murciélagos.

—Luchamos para vosotros la primera vez —continuó—. Luchamos para el Imperio. Por tu maldita emperatriz. ¿Y qué conseguimos con eso? Una palmadita en la espalda y un viaje hasta esta montaña.

—Intentaste tirar el Castillo de la Noche por un acantilado —señaló Altan.

—Estábamos confusos. No sabíamos dónde nos encontrábamos. —Feylen sonaba apenado—. Pero nadie nos ayudó… Nadie nos tranquilizó. No, en lugar de eso, ayudaste cuando nos metieron aquí. Cuando Tyr nos sometió, tú sujetaste la cuerda. Nos arrastrasteis hasta aquí como si fuésemos ganado. Y Tyr se quedó ahí y contempló cómo la piedra se cerraba alrededor de nuestro rostro.

—Esa no fue mi decisión —dijo el esperiliano—. Tyr creyó que…

—Tyr se asustó. Nos pidió que exhibiésemos nuestro poder y luego se acobardó cuando vio que era demasiado.

Altan tragó saliva.

—Yo no quería que te pasara esto.

—Prometisteis que no nos haríais daño. Creíamos que os importábamos. Teníamos miedo. Eramos vulnerables. Y nos amordazasteis durante la noche, nos sometisteis con tus llamas… ¿Te imaginas el dolor? ¿El terror? Lo único que hicimos fue luchar para vosotros, y nos lo pagasteis con una tortura eterna.

—Te dejamos dormir —dijo Altan—. Te proporcionamos descanso.

—¿Descanso? ¿Crees que esto es descansar? —siseó Feylen—. ¿Tienes idea de cómo es la montaña? Métete en esa piedra y veremos si duras más de una hora. Los dioses no fueron concebidos para estar contenidos, y mucho menos nosotros. Somos el viento. Soplamos en todas direcciones. No obedecemos a ningún amo. ¿Sabes el tormento que supone esto? ¿Sabes lo que es el aburrimiento?

Dio un paso hacia delante y extendió las manos hacia Altan.

Rin se tensó, pero no sucedió nada.

Quizás el dios que Feylen había invocado era capaz de exhibir un gran poder. Tal vez podría haber arrasado pueblos enteros, podría haber hecho trizas a Altan en circunstancias normales. Pero se hallaban en el interior de la montaña. Daba igual de lo que Feylen fuese capaz o lo que podría haber hecho, los dioses no tenían poder allí.

—Sé lo terrible que debe ser que te nieguen el acceso al Panteón —comentó Altan—. Pero si luchas para mí, si me prometes controlarte, nunca más tendrás que volver a pasar por esto.

—Nos hemos convertido en divinidades —dijo Feylen—. ¿Acaso crees que nos importa lo que les suceda a los mortales?

—No necesito que te importen los mortales —afirmó Altan—.

Necesito que te acuerdes de mí. Necesito el poder de tu dios, pero sobre todo al hombre que hay en tu interior. Necesito que esa persona tome el control. Sé que estás ahí dentro, Feylen.

—¿Qué tome el control? ¿Quieres hablar de control? —Le crujían los dientes al hablar, como si cada palabra que pronunciaba fuese una maldición—. No puedes controlarnos como si fuésemos una manada de animales a tu disposición. Esto te supera, pequeño esperiliano. Has permitido que fuerzas que no entiendes entren a tu insignificante y patético mundo material, y ese mundo sería un poco más interesante si alguien lo destrozara un poco.

Altan se quedó lívido.

—Rin, retrocede —le ordenó con calma.

Jiang tenía razón. Chaghan había estado en lo cierto. Todo un ejército de esas criaturas habría significado el fin del mundo.

Rin sentía que jamás se había equivocado tanto.

«No podemos dejar que esta cosa salga de la montaña».

Parecía que esa misma idea se le había pasado a Feylen por la cabeza en ese preciso momento. Los miró a ambos y luego se fijó en el haz de luz que se alcanzaba a ver dos niveles más arriba, desde donde les llegaba el sonido del viento aullando en el exterior. El chamán esbozó una sonrisa torcida.

—Ah —dijo—. La habéis dejado abierta de par en par, ¿eh?

Sus brillantes ojos reflejaron un regocijo malicioso y se quedó contemplando la salida con el ansia de un hombre que se ahogaba y que estaba desesperado por salir a tomar aire.

—Por favor, Feylen. —Altan le tendió una mano y le habló con calma, como si pudiese tranquilizarlo del mismo modo que había hecho con Suni.

—No puedes amenazarnos. Te destrozaremos —le espetó Feylen.

—Sé que podrías hacerlo —respondió el comandante—. Pero confío en que no lo harás. Pongo mi confianza en la persona que se encuentra ahí dentro.

—Eres un necio por considerarme humano.

—«Considerarme» —dijo Altan—. Has hablado en singular.

Feylen retorció el rostro. Aquella luz azul se atenuó en su mirada. Sus facciones se transformaron levemente. La sonrisa burlona desapareció y movió la boca como si estuviera intentando decidir qué órdenes seguir.

Altan apartó su tridente hacia un lado, alejándolo de su antiguo compañero. Entonces, con una lenta deliberación, lanzó el arma lejos de él. El tridente chocó contra la pared, reverberando en el silencio de la montaña. Feylen se quedó mirando el tridente con los ojos muy

abiertos, sin poder creérselo.

—Te estoy confiando mi vida —dijo Altan—. Sé que estás ahí dentro, Feylen.

Despacio, volvió a tenderle la mano al otro chamán.

Y este se la tomó.

El contacto hizo que el cuerpo de Feylen se estremeciera. Cuando levantó la vista, exhibía la misma expresión aterrorizada que Rin le había visto poner a Suni. Tenía los ojos muy abiertos, oscuros e implorantes, como un niño que buscase a un protector, como un alma perdida que buscase desesperadamente algo a lo que aferrarse en el mundo mortal.

—¿Altan? —susurró.

—Estoy aquí. —El esperiliano se acercó a él. Igual que había sucedido antes, se aproximó al dios sin ningún temor, a pesar de saber perfectamente lo que podía llegar a hacerle.

—No puedo morir —susurró Feylen. Su voz había perdido aquel tono metálico. Ahora era trémula, tan vulnerable que no cabía duda de que ese Feylen era humano—. Es horrible, Trengsin. ¿Por qué no puedo morir? Nunca debería haber invocado a ese dios… Nuestras mentes deberían ser solo nuestras, no algo que compartir con esas cosas… En esta montaña no vivo…, pero tampoco puedo morir.

Rin sintió náuseas.

Jiang tenía razón. Los dioses no tenían cabida en su mundo. Siendo así, no le extrañaba que los esperilianos hubieran acabado enloqueciendo. No le extrañaba que Jiang se hubiera mostrado tan aterrado ante la idea de hacer bajar a los dioses al reino mortal.

Su lugar era el Panteón, y allí era donde debían permanecer. Aquel era un poder con el que la humanidad nunca debería haber experimentado.

¿En qué estaban pensando? Deberían marcharse en ese mismo momento, ahora que Feylen estaba aún bajo control. Deberían cerrar la puerta de piedra para que no pudiera escapar nunca.

Pero Altan no parecía sentir el mismo temor que Rin. Había recuperado a su soldado.

—No puedo dejarte morir todavía —le dijo—. Necesito que luches para mí. ¿Puedes hacerlo?

Feylen no le había soltado el brazo. Tiró del comandante para atraerlo más hacia sí, como si fuese a abrazarlo. Se inclinó y le rozó la oreja con los labios para susurrarle algo que Rin casi no alcanzó a escuchar:

—Suicídate, Trengsin. Muere mientras puedas.

Por encima del hombro de Altan, su mirada encontró la de Rin. Los

ojos de Feylen volvían a ser de un azul intenso.

—¡Altan! —gritó la chica.

Y entonces, Feylen lo empujó de golpe más allá del pedestal y lo lanzó al abismo.

No lo hizo con demasiada fuerza; tenía los músculos atrofiados tras haberse pasado tantos meses sin moverlos. Se desplazaba de un modo torpe, como un cervatillo recién nacido, como un dios tambaleándose en el interior de un cuerpo mortal.

Pero Altan acabó peligrosamente inclinado sobre el borde, agitando los brazos en el aire para equilibrarse. Feylen aprovechó ese momento para pasar por su lado y empujarlo de nuevo antes de subir los escalones de piedra hacia la salida. Tenía una expresión salvaje de maliciosa alegría. Estaba extasiado.

Rin se lanzó al suelo de piedra. Aterrizó sobre el estómago con los brazos extendidos. Lo siguiente que sintió fue un dolor horrible cuando los dedos de Altan se le cerraron alrededor de la muñeca justo antes de que este cayera al vacío.

El peso del comandante hizo que su brazo se doblara hacia abajo. Rin gritó agónicamente cuando se golpeó el codo contra la piedra.

Pero entonces, el otro brazo de Altan salió de la oscuridad. Rin se estiró para atraparlo. Se agarraron con fiereza el uno al otro.

Las piedras se deslizaban por el precipicio, cayendo hacia el abismo, pero Altan se sujetaba con fuerza a los brazos de la chica. Se resbalaron hacia delante y, por un terrible momento, Rin temió que el peso de él fuera a tirarlos a ambos por el borde, pero entonces logró clavar el pie en la grava y detuvo su avance.

—Te tengo —jadeó.

—Suéltame —le dijo Altan.

—¿Cómo?

—Voy a impulsarme hacia arriba —le explicó—. Suéltame el brazo.

Rin obedeció.

Altan se balanceó hacia un lado para conseguir impulso y luego lanzó el otro brazo hacia arriba para sujetarse al borde. Mientras subía por el precipicio, Rin seguía tirada en el suelo en tensión, con las piernas bien clavadas en la piedra para evitar resbalarse hacia delante. El comandante plantó un brazo sobre el suelo y hundió el codo en la grava. Gruñendo, subió las piernas desde el borde con un único movimiento fluido.

Entre sollozos de alivio, ella lo ayudó a ponerse en pie, pero Altan la apartó.

—Feylen —siseó, y echó a correr por el camino de piedra.

Rin lo siguió, pero era inútil. Mientras corrían, los únicos pasos

que podían escuchar eran los suyos, ya que Feylen había desaparecido hacía rato de la entrada de la Chuluu Korikh.

Lo habían dejado suelto por el mundo.

Pero Altan ya lo había vencido una vez. Seguro que podía volver a hacerlo. No les quedaba otra.

Salieron a trompicones por la puerta de piedra y se detuvieron de golpe ante un muro de acero.

Los soldados de la Federación se agolpaban en la ladera de la montaña.

El general de la Federación dio una orden y los soldados avanzaron con los escudos pegados entre sí para crear una barrera, acorralando a Rin y a Altan en el interior de la montaña de piedra.

Rin contempló la expresión de asombro de su comandante apenas un momento antes de que lo rodearan un montón de armaduras y espadas.

No le dio tiempo a preguntarse por qué estaban allí los soldados de la Federación o cómo habían sabido llegar a ese lugar. Todas las preguntas desaparecieron de su mente ante la inmediatez del combate. Se impuso su instinto de lucha… El mundo se redujo a las espadas y los movimientos defensivos, otra batalla cuerpo a cuerpo…

Aun así, incluso mientras desenvainaba su hoja, Rin supo que era inútil.

La Federación había escogido el emplazamiento perfecto para matar a un esperiliano.

Altan y ella no tenían ninguna ventaja en ese lugar. El Fénix no podía acudir a su llamada a través de las gruesas paredes de piedra. Ingerir semillas de amapola habría sido inútil. Podían rezarle a su dios, pero nadie les respondería.

Un par de manos con guanteletes la agarraron por detrás, inmovilizándole los brazos contra los costados. Por el rabillo del ojo, vio cómo acorralaban a Altan contra el muro, apuntándole al cuello con al menos cinco espadas.

Daba igual que él fuera el mejor experto en artes marciales de Nikan. Sin su fuego, sin su tridente, seguía siendo solo un hombre.

Rin le asestó un codazo a su captor en el estómago, logró liberarse y blandió su espada hacia el soldado que tenía más cerca. Sus hojas colisionaron. Ella acertó un golpe por pura suerte. El soldado se tambaleó y gritó mientras caía hacia el abismo con la espada de Rin clavada en la rodilla. La chica intentó recuperar su arma, pero era demasiado tarde.

Otro soldado lanzó un amplio golpe por encima de su cabeza. Rin se agachó a poca distancia y desenfundó el cuchillo que llevaba en el

cinturón.

El hombre le acertó con la empuñadura de su espada en el hombro y la hizo caer al suelo. Ella tanteó a ciegas el terreno.

Entonces, alguien la golpeó en la nuca con un escudo.

24

Rin se despertó envuelta por la oscuridad. Yacía sobre una superficie lisa y que se balanceaba… ¿Un carromato? ¿Un barco? Aunque estaba segura de que tenía los ojos abiertos, no veía nada. ¿La habían encerrado en el interior de alguna cosa o simplemente era de noche? No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Trató de moverse y se percató de que estaba atada: tenía las manos bien inmovilizadas detrás de la espalda y las piernas amarradas entre sí. Intentó sentarse y los músculos de su hombro izquierdo aullaron de dolor. Reprimió un gemido y se volvió a tumbar hasta que aquella sensación palpitante se detuvo.

Entonces, intentó moverse horizontalmente. Tenía las piernas rígidas. Una de ellas había estado soportando todo su peso y se le había quedado dormida por la falta de circulación; cuando se movió para poder sentirla de nuevo, le dolió como si le estuvieran clavando miles de agujas lentamente en el pie.

Al no poder mover las piernas de forma separada, se retorció como un gusano, avanzando poco a poco hasta que sus pies chocaron contra el lateral de algo. Se impulsó contra esa superficie y se retorció hacia el otro lado.

Ya estaba segura de que se encontraba en un carromato.

Con mucho esfuerzo, logró sentarse. Se golpeó la coronilla contra algo áspero. Una lona. ¿O un toldo? Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, podía ver que en el exterior no era de noche. Simplemente esa tela bloqueaba la luz.

Se estiró contra la lona hasta que consiguió que se abriera lo justo para dejar pasar un rayo de sol por un lateral. Temblando a causa del esfuerzo, asomó un ojo por el hueco.

Tardó un poco en comprender qué era lo que estaba viendo.

El camino parecía sacado de un sueño. Era como si una gran ráfaga de viento hubiera soplado sobre una pequeña ciudad, poniendo los hogares del revés, lanzando sus contenidos de cualquier manera sobre la hierba junto al sendero. Un par de sillas ornamentadas de madera

yacían volcadas al lado de un par de calcetines de lana. Una mesa de comedor se hallaba tirada junto a un juego de ajedrez tallado, con las piezas de jade esparcidas por la tierra. Cuadros. Juguetes. Un montón de baúles de ropa abiertos a ambos lados del camino. Rin divisó un vestido de novia. Y también un conjunto de ropa de dormir de seda.

Era un rastro que habían dejado los aldeanos al huir. Los nikaras que vivían en esa región se habían marchado hacía ya mucho y habían tirado sus cosas junto al camino cuando les habían resultado demasiado pesadas como para cargar con ellas. A medida que la desesperación por sobrevivir había ido superando al sentimiento de apego por sus posesiones, los nikaras se habían ido deshaciendo de sus pertenencias una a una.

¿Era obra de Feylen o de la Federación? A Rin se le revolvió el estómago al pensar que, tal vez, ella fuera responsable de todo aquello. Pero si el dios del viento de verdad había causado esa destrucción, hacía tiempo que había seguido su camino. El aire estaba en calma mientras avanzaban, y ningún viento fuerte ni tornado se materializó para despedazarlos.

Tal vez estuviera causando estragos en otra parte. Tal vez hubiera huido al norte para ganar tiempo, para sanar y acostumbrarse a su ansiada libertad. ¿Quién podía predecir la voluntad de un dios?

¿La Federación habría arrasado ya Tikany? ¿Habrían escuchado los Fang los rumores sobre el ejército que se aproximaba con suficiente margen como para huir antes de que destrozaran su pueblo? ¿Y qué habría pasado con Kesegi?

Rin había supuesto que los soldados de la Federación saquearían lo que se encontraran a su paso. Pero avanzaban a toda velocidad, y los oficiales les gritaban a sus tropas cuando se detenían a recoger algo. Adondequiera que se dirigieran, tenían prisa por llegar.

Entre los baúles y los muebles abandonados, vislumbró a un hombre sentado junto a la carretera. Estaba encorvado sobre un palo de bambú, del tipo que usaban los granjeros para equilibrar los cubos de agua sobre sus hombros mientras regaban. Había utilizado el reverso de un cuadro para hacer un gran cartel en el que había escrito con una terrible caligrafía: CINCO LINGOTES.

—Dos chicas —repetía lentamente—. Dos chicas sanas a la venta.

Dos niñas, casi bebés, asomaban la cabeza por encima de unos cubos de madera. Miraban asombradas a los soldados que pasaban. Una de ellas divisó a Rin espiando tras la lona, y sus brillantes ojos parpadearon con curiosidad. Levantó sus diminutos dedos y saludó al grupo justo al mismo tiempo que un soldado gritaba entusiasmado.

Rin se encogió de nuevo en el interior del carromato. Las lágrimas

le corrían por las mejillas. No podía respirar. Cerró los ojos con fuerza. No quería ver lo que les ocurriría a esas niñas.

—¿Rin?

Por primera vez, se dio cuenta de que Altan estaba acurrucado en el otro extremo del carromato. Apenas alcanzaba a verlo en la oscuridad del interior. Se acercó torpemente hacia él como si fuera una oruga.

—¿Dónde estamos? —le preguntó el comandante.

—No sé decirte —respondió—. Pero no estamos cerca de la cordillera de Kukhonin. Viajamos por caminos llanos.

—¿Estamos en un carromato?

—Eso creo. No sé cuántos soldados hay ahí fuera.

—Eso no importa. Nos sacaré de aquí. Quemaré estas cuerdas —le anunció él—. Apártate.

Rin se arrastró hasta el otro lado del cubículo justo cuando Altan prendía una pequeña llama desde sus brazos. Sus ataduras se quemaron por los bordes y comenzaron a ennegrecerse lentamente.

El carromato se llenó de humo. A Rin le lloraban los ojos. No pudo evitar toser. Pasaron varios minutos.

—Solo un poco más —le dijo Altan.

El humo hacía que la cuerda se desprendiera en gruesos zarcillos. La chica echó un vistazo hacia la lona, y entró en pánico. Si el humo no salía por los laterales, podían acabar asfixiados antes de que Altan consiguiera librarse de sus ataduras. Pero si se escapaban unas volutas y alguien las veía…

Escuchó gritos por encima de su cabeza. Hablaban en mugenés, pero las órdenes eran demasiado rápidas y bruscas como para que pudiera traducirlas.

Alguien levantó la lona de un tirón.

Las llamas de Altan estallaron con intensidad en el mismo momento en el que un soldado le tiraba por encima un cubo lleno de agua. Un chisporroteo se extendió por el aire.

Altan gritó.

Alguien le tapó la boca a Rin con un paño húmedo. Ella dio patadas y forcejeó, conteniendo la respiración, pero le clavaron algo afilado en el hombro herido y no pudo evitar inspirar profundamente a causa del dolor. Entonces, el dulce olor a gas inundó sus fosas nasales.

Luces. Luces tan brillantes que parecía que le estuvieran clavando cuchillos en los ojos. Rin intentó alejarse de la fuente de aquella luz, pero no sucedió nada. Durante un momento, se revolvió en vano y le aterrorizó estar paralizada, hasta que se dio cuenta de que la habían

inmovilizado con unas correas. La habían atado a una especie de cama plana. Con su visión periférica solo podía ver la mitad superior de la estancia. Si se esforzaba, lograba divisar la cabeza de Altan pegada a la suya.

Recorrió el lugar con la mirada, aterrada. Los laterales de la habitación estaban cubiertos por estanterías a rebosar de tarros que contenían pies, cabezas, órganos y dedos meticulosamente etiquetados. En un rincón había una gran cámara de cristal. En su interior se encontraba el cuerpo de un humano adulto. La joven lo contempló durante un minuto antes de darse cuenta de que el hombre llevaba ya mucho tiempo muerto. Era solo un cadáver que había sido preservado en sustancias químicas, como si se tratara de unas verduras encurtidas. Tenía la mirada congelada en una expresión de horror, con la boca bien abierta en un grito bajo el agua. La etiqueta que había en la parte superior de la cámara decía en una letra bonita y clara: HOMBRE NIKARA, 32.

Los tarros de las estanterías estaban etiquetados de un modo similar. HÍGADO, NIÑO NIKARA, 12. PULMONES, MUJER NIKARA, 51. Rin se preguntó con tristeza si era así como acabaría ella, pulcramente diseccionada en esa sala de operaciones. MUJER NIKARA, 19.

—He vuelto. —A su lado, Altan se había despertado. Su voz era un susurro áspero—. Jamás pensé que volvería a este lugar.

A Rin se le encogió el estómago a causa del miedo.

—¿Dónde estamos?

—Por favor —le dijo el comandante—, no quiero tener que explicártelo.

Entonces, ella supo dónde estaban exactamente.

Las palabras de Chaghan resonaron en su cabeza.

«Después de la Primera Guerra de la Amapola, la Federación se obsesionó con vuestro pueblo… Durante las décadas que transcurrieron entre las distintas Guerras de la Amapola, se dedicaron a secuestrar esperilianos, a experimentar con ellos, con el fin de averiguar qué era lo que los hacía especiales».

Los soldados de la Federación los habían llevado a las mismas instalaciones de investigación en las que había estado Altan de niño. El lugar del que había salido con una devastadora adicción al opio. El lugar del que lo habían sacado los hesperianos. El lugar que debería haber sido destruido tras la Segunda Guerra de la Amapola.

«La Provincia de la Serpiente debe de haber caído», comprendió con desazón. La Federación había ocupado más territorio del que ella temía.

Los hesperianos se habían marchado hacía mucho. La Federación

había regresado. Los monstruos habían vuelto a su guarida.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Altan—. Estamos muy cerca de casa. De Speer. Estamos justo en el litoral. Al lado del mar. Cuando nos trajeron por primera vez aquí, no había tantas celdas… Nos metieron en una sala con una ventana que daba al mar. Podía ver las constelaciones. Todas las noches. Miraba la estrella del Fénix y pensaba que, si lograba escabullirme, podría nadar sin parar hasta encontrar mi camino a casa.

Rin se lo imaginó con cuatro años, encerrado en ese lugar, contemplando el cielo nocturno mientras a su alrededor inmovilizaban y desmembraban a sus amigos. Quería extender el brazo y acariciarlo, pero, por mucho que forcejeara contra aquellas ataduras, no lograba moverse.

—Altan…

—Creía que alguien vendría a sacarnos de aquí —continuó, y no parecía que siguiese hablando con ella. Era como si le estuviese relatando esa pesadilla al vacío—. Incluso cuando mataron a los demás, pensé que quizás… Que quizás mis padres vendrían a por mí. Pero cuando las tropas hesperianas me liberaron, me dijeron que no podría volver nunca. Me dijeron que no quedaba nada en la isla más que huesos y cenizas.

Y entonces, el comandante guardó silencio.

Rin se había quedado sin palabras. Sentía que tenía que decir algo, lo que fuera para animarlo, para conseguir que se centrara en buscar una forma de salir de ese sitio, pero todo lo que le venía a la mente era ridículamente inadecuado. ¿Qué tipo de consuelo podía aportarle?

—¡Bien! Estáis despiertos.

Una voz aguda y trémula interrumpió sus pensamientos. Quienquiera que hubiese hablado lo había hecho justo detrás de ella, fuera de su campo visual. Rin abrió mucho los ojos y forcejeó contra sus ataduras.

—Ah, perdona… Que no puedes verme.

El propietario de aquella voz se movió para cernirse justo por encima de ella. Era un hombre muy delgado de pelo canoso con un uniforme de médico. Tenía la barba meticulosamente recortada para que acabara en una punta afilada justo unos centímetros por debajo de su barbilla. Sus ojos oscuros reflejaban un brillante intelecto.

—¿Mejor así? —Sonrió benévolamente, como si saludara a una vieja amiga—. Soy Eyimchi Shiro, jefe médico de este campamento. Puedes llamarme doctor Shiro.

Hablaba en nikara, no en mugenés. Tenía un acento sinegardiano muy remilgado, como si hubiera aprendido el idioma hacía cincuenta

años. Su tono era forzado y artificialmente alegre.

Al no obtener respuesta de Rin, el doctor se encogió de hombros y se dirigió hacia la otra mesa.

—Ah, Altan —dijo—. No sabía que volverías. ¡Qué sorpresa tan maravillosa! Casi no me lo creí cuando me informaron. Me dijeron: «Doctor Shiro, ¡tenemos a un esperiliano!». Y yo dije: «¡Tiene que ser una broma! ¡No existen más esperilianos!». —Se rio ligeramente.

Rin intentó estirarse para verle el rostro a Altan. Estaba, despierto. Tenía los ojos abiertos, pero miraba hacia el techo sin fijarse en Shiro.

—Te tenían mucho miedo, ¿sabes? —prosiguió el doctor en tono jovial—. ¿Cómo te llamaban? ¿El monstruo de Nikan? ¿El Fénix reencarnado? A mis compatriotas les gusta mucho exagerar, pero vosotros, los chamanes nikaras, les gustáis aún más. ¡Sois un mito, una leyenda! ¡Sois tan especiales…! ¿Por qué estáis tan gruñones?

Altan no dijo nada.

Shiro pareció venirse un poco abajo, pero entonces esbozó una sonrisa y le dio una palmadita al comandante en la mejilla.

—Pues claro, debes de estar cansado. No te preocupes. Lo solucionaremos en un minuto. Tengo algo perfecto…

Tarareó alegremente mientras se dirigía a un rincón de la sala de operaciones. Echó un vistazo por las estanterías, sacando varios frascos y artilugios. Rin escuchó un chasquido y luego el sonido de una vela encendiéndose. No consiguió ver qué estaba haciendo Shiro con las manos hasta que este volvió a cernirse sobre Altan.

—¿Me echabas de menos? —le volvió a preguntar.

Altan siguió sin responder.

—Mmm. —Shiro levantó una jeringuilla sobre el rostro del joven y le dio un golpecito con el dedo al vidrio para que ambos pudieran ver el líquido que había dentro—. ¿Y echabas de menos esto?

Altan abrió mucho los ojos.

El doctor le sostuvo la muñeca con un gesto delicado, casi como si fuera una madre acariciando a su hijo. Con aquellos dedos expertos le buscó la vena y con la otra mano bajó la jeringuilla hasta su brazo y le clavó la aguja.

Y entonces Altan gritó.

—¡Para! —chilló Rin. La saliva le salió disparada desde las comisuras de la boca—. ¡Para!

—¡Querida! —Shiro dejó la jeringuilla y corrió al lado de Rin—. ¡Tranquila! ¡Cálmate! No le pasará nada.

—¡Lo estás matando! —Se retorció con furia contra las cuerdas que la inmovilizaban, pero estas no cedieron.

Se le escaparon unas cuantas lágrimas. Shiro se las secó

meticulosamente, manteniendo los dedos fuera del alcance de sus dientes apretados.

—¿Que lo estoy matando? No seas dramática. Solo le estoy dando un poco de su medicina favorita. —El hombre se llevó un dedo a la sien para darse un golpecito y le guiñó un ojo a Rin—. Sabes lo mucho que le gusta. Al fin y al cabo, habéis viajado juntos, ¿no? Esta droga no es nada nuevo para él. Se pondrá bien en un par de minutos.

Ambos se quedaron mirando a Altan. Su respiración se había estabilizado, pero no parecía estar bien en absoluto.

—¿Por qué estáis haciendo esto? —le preguntó Rin con voz ahogada. Creía que a esas alturas ya comprendía la crueldad de la Federación. Había visto lo sucedido en Golyn Niis. Había visto muestras del trabajo de los científicos de Mugen. Pero mirar a los ojos de aquel mal, ver cómo Shiro infligía tanto dolor a Altan y sonreía mientras lo hacía… Eso no podía comprenderlo—. ¿Qué queréis de nosotros?

El doctor soltó un suspiro.

—¿Acaso no es obvio? —Le dio una suave palmadita en la mejilla —. Queremos conocimiento. El trabajo que llevemos a cabo aquí hará que avancemos décadas en la tecnología médica. ¿Cuándo se nos va a presentar una ocasión tan buena como esta para investigar? ¡Tenemos un suministro infinito de cadáveres! ¡Oportunidades ilimitadas para poder experimentar! ¡Podré responder a cada pregunta que me he hecho sobre el cuerpo humano! ¡Podré idear formas de prevenir la muerte!

Rin lo contempló boquiabierta, sin poder creérselo.

—Estáis abriendo en canal a mi gente.

—¿A tu gente? —resopló Shiro—. No te menosprecies de ese modo. No te pareces en nada a esos patéticos nikaras. Los esperilianos sois fascinantes. Estáis compuestos de un material maravilloso. —Retiró con delicadeza el pelo de la frente sudorosa de Altan—. Una piel tan hermosa… Unos ojos tan interesantes… La emperatriz no sabe valorar lo que tiene.

Apoyó dos dedos sobre cuello de Rin y presionó para tomarle el pulso. Ella se tragó la bilis que le subió por la garganta al sentir su tacto.

—Me pregunto si podrías darme el gusto —dijo Shiro amablemente —. Si podrías mostrarme el fuego. Sé que puedes hacerlo.

—¿Qué?

—Los esperilianos sois muy especiales —le confesó. Su voz había adquirido un tono grave y ronco. Le hablaba como si se estuviera dirigiendo a una niña o a una amante—. Tan fuertes, tan únicos…

Dicen que sois los elegidos de un dios. ¿Qué os hace ser así?

«El odio», pensó Rin. «El odio y una vida de sufrimiento, infligido por gente como tú».

—Mi país nunca ha conseguido acercarse al chamanismo —dijo Shiro—. ¿Tienes idea de a qué se debe?

—Se debe a que los dioses no se molestarían con escoria como vosotros —espetó Rin.

El doctor agitó las manos en el aire, como si estuviera alejando aquel insulto. Debía de haber escuchado tantos improperios por parte de los nikaras que ya no significaban nada para él.

—Haremos lo siguiente —prosiguió—. Te pediré que me muestres el camino hacia los dioses. Cada vez que te niegues, le inyectare de nuevo la droga a Altan. Sabes muy bien qué es lo que sentirá.

El esperiliano profirió un sonido grave y gutural desde su camilla. Todo su cuerpo se tensó y sufrió un espasmo.

Shiro le murmuró algo al oído y le acarició la frente, con la misma ternura con la que una madre reconfortaría a un hijo enfermo.

Pasaron horas. Shiro le hizo una pregunta tras otra a Rin sobre el chamanismo, pero ella se mantuvo firme. No iba a revelarle los secretos del Panteón. No iba a poner otra arma en manos de Mugen.

En cambio, lo que hizo fue maldecir y escupir, llamarlo monstruo y cada cosa terrible que se le ocurrió. Jima no les había enseñado a insultar en mugenés, pero Shiro entendió lo esencial.

—Venga, vamos —le dijo el doctor, quitándole hierro al asunto—. Tampoco es que no hayas visto esto antes.

Rin se detuvo, con la saliva colgándole de la boca.

—No sé a qué te refieres.

Shiro puso los dedos sobre el cuello de Altan para buscarle el pulso, le levantó los párpados y apretó los labios como si acabara de confirmar algo.

—Su tolerancia es impresionante. Inhumana. Lleva años fumando opio.

—Eso es por lo que tú le hiciste —le chilló Rin.

—¿Y después? ¿Tras haber sido liberado? —Parecía un profesor decepcionado—. ¿Tenían al último esperiliano entre sus manos y nunca intentaron desengancharlo de la droga? Es obvio…; alguien lleva años proporcionándosela. Ha sido muy inteligente por su parte. Ay, no me mires así. La Federación no fue la primera en usar el opio para controlar a la población. Fueron los nikaras los que concibieron esta técnica.

—¿De qué estás hablando?

—¿Eso no te lo enseñaron? —Shiro parecía divertido—. Pues claro,

claro que no. A Nikan le gusta borrar de su pasado todo aquello que le avergüenza.

El doctor cruzó la estancia para cernirse sobre Rin y, por el camino, pasó los dedos por las estanterías.

—¿Cómo crees que mantuvo el Emperador Rojo a los esperilianos bajo control? Usa la cabeza, querida. Cuando Speer perdió su independencia, el Emperador Rojo envió cajas y más cajas de opio a los esperilianos a modo de ofrenda. Un regalo, de un Estado colonizador a uno de sus tributarios. Aquello fue un acto deliberado. Antes de eso, los esperilianos solo ingerían una corteza autóctona para sus ceremonias. Estaban acostumbrados a unos alucinógenos tan suaves que fumar opio fue para ellos como beber metanol. Cuando lo probaron, se hicieron adictos de inmediato. Hacían lo que fuera para conseguir más. Eran esclavos del opio en la misma medida en que lo eran del Imperio.

Rin se quedó en blanco. No sabía qué podía responderle.

Quería llamarlo mentiroso. Quería gritarle que se callara. Pero lo que le estaba diciendo tenía sentido.

Tenía mucho sentido.

—Así que, como podrás ver, nuestros países no son tan distintos al fin y al cabo —dijo Shiro socarronamente—. La única diferencia es que nosotros veneramos a los chamanes, deseamos aprender de ellos, mientras que a vuestro imperio le aterroriza y le inquieta el poder que tenéis. Vuestro imperio os ha sacrificado, os ha explotado y ha hecho que os eliminéis los unos a los otros. Yo os liberaré. Os proporcionaré una libertad para invocar a vuestro dios que nunca antes habéis tenido.

—Si me dejas libre —gruñó Rin—, lo primero que haré será quemarte vivo.

Su conexión con el Fénix era la última ventaja que le quedaba. La Federación había violado y quemado su país. Había destruido su escuela y asesinado a sus amigos. Seguramente a esas alturas ya habrían arrasado con su pueblo natal. El Panteón era lo único que continuaba siendo sagrado, lo único en el universo a lo que Mugen aún no tenía acceso.

A Rin la había torturado, maniatado, agredido y matado de hambre, pero su mente seguía siendo solo suya. Su dios era solo suyo. Moriría antes que renunciar a eso.

Llegado el momento, Shiro acabó aburriéndose de ella. Llamó a los guardias para que se llevaran a los prisioneros a una celda.

—Os veré a los dos mañana —les dijo alegremente—. Y volveremos a intentarlo.

Rin le escupió en el abrigo mientras los guardias la sacaban de allí. Otro guardia los seguía con la forma inerte de Altan echada sobre el hombro como si fuera el cadáver de un animal.

Uno de los hombres encadenó la pierna de Rin a la pared y cerró de un portazo la celda. A su lado, Altan se retorcía y gemía, murmurando incoherencias entre dientes. Ella le levantó la cabeza para apoyarla sobre su regazo y veló miserablemente a su comandante caído.

Altan no volvió en sí hasta que pasaron horas. Gritó muchas veces, pronunciando palabras en esperiliano que Rin no comprendió.

Entonces, gimió su nombre:

—Rin…

—Estoy aquí —le respondió, acariciándole la frente.

—¿Te ha hecho daño? —quiso saber su comandante.

Ella reprimió un sollozo.

—No. No… Quería que hablara, que le enseñara en qué consistía el Panteón. No lo he hecho, pero me ha dicho que entonces seguiría haciéndote daño a ti…

—Lo que me hace daño no es la droga —dijo Altan—, sino cuando se pasa el efecto.

Entonces, tras sentir una punzada de repugnancia en el estómago, la chica lo comprendió.

Altan no recaía cada vez que fumaba opio. No… Cuando fumaba opio era el único momento en el que no sentía dolor. Había pasado toda su vida en un dolor perpetuo, anhelando siempre la llegada de otra dosis.

Rin nunca había llegado a entender lo horrorosamente complicado que era ser Altan Trengsin, lo que era vivir bajo la presión de un dios furioso que gritaba pidiendo destrucción de forma constante desde el fondo de su mente mientras una impasible deidad narcótica le susurraba promesas desde su sangre.

«Por eso los esperilianos se engancharon tan rápido al opio», pensó. No era porque lo necesitaran para producir fuego, sino porque, para algunos de ellos, ese era el único momento en el que podía alejarse de su horrible dios.

En el fondo, Rin había sido consciente de todo esto, había tenido sus sospechas desde que había descubierto que Altan no necesitaba drogarse como el resto de los Cike, que sus ojos siempre eran tan brillantes como las flores de las amapolas.

Altan debería haber sido encerrado en la Chuluu Korikh hacía mucho tiempo.

Pero Rin no había querido creerlo porque necesitaba pensar que su

comandante estaba en sus cabales.

Porque sin Altan, ¿qué era ella?

En las siguientes horas, cuando la droga comenzó a abandonar su flujo sanguíneo, el joven sufrió. Sudó. Se retorció. Experimentó unos espasmos tan violentos que Rin tuvo que sujetarlo para evitar que se hiciera daño. Gritó. Le suplicó a Shiro que regresara. Le suplicó a Rin que lo ayudara a morir.

—No puedes —le respondió ella, entrando en pánico—. Tenemos que escapar de aquí. Tenemos que huir.

Altan tenía la mirada vacía, derrotada.

—Resistirse aquí dentro significa sufrir, Rin. No hay salida. No hay futuro. Lo mejor que puede pasar es que Shiro se aburra de nosotros y nos conceda una muerte indolora.

En ese momento, Rin estuvo a punto de hacerlo.

Quiso acabar con la agonía de su comandante. No podía seguir viéndole así de torturado, no podía presenciar cómo ese hombre al que había admirado desde el primer momento en el que lo había visto acababa siendo reducido a eso.

Se arrodilló sobre el torso inerte de Altan, con las manos alrededor de su cuello. Lo único que tenía que hacer era ejercer presión con los brazos. Dejarlo sin aire en la garganta. Asfixiarlo hasta la muerte.

Altan apenas sentiría nada. Ya casi no podía sentir nada.

Ni siquiera se resistió cuando los dedos de Rin le arañaron la piel. Él quería que todo eso terminara.

La chica ya había hecho aquello una vez antes. Había asesinado al chimei cuando había adoptado el aspecto de Altan.

Pero entonces, el esperiliano se había resistido. Había supuesto una amenaza. Ahora no era ninguna amenaza, solo una prueba trágica y flagrante de que, inevitablemente, sus héroes acababan decepcionándola.

Después de todo, Altan Trengsin no era invencible.

Era un hombre al que se le daba muy bien seguir órdenes. Le decían que saltara, y él volaba. Le decían que luchara, y él destruía.

No obstante, en ese lugar, sin propósito y sin ningún superior, Altan Trengsin estaba roto.

Rin tensó los dedos, pero luego empezó a temblar y, con un empujón, apartó de su lado la forma inerte de su comandante.

—¿Cómo están hoy mis queridos esperilianos? ¿Listos para otra ronda?

Shiro se acercó a su celda, sonriente. Venía del laboratorio que se encontraba en el extremo opuesto del pasillo. En los brazos llevaba varios recipientes metálicos redondos.

Ninguno de los dos prisioneros respondió.

—¿Queréis saber para qué son estos botes? —les preguntó el doctor. Su voz seguía siendo artificialmente vivaracha—. ¿No lo adivináis? Os doy una pista. Es un arma.

Rin lo observó con desprecio. Altan se quedó con la mirada fija en el suelo.

Impasible, Shiro continuó:

—Es la peste, chicos. Seguro que sabéis lo que hace la peste. Primero te empieza a moquear la nariz, y luego te salen grandes ronchas en los brazos, las piernas, la entrepierna… Mueres a causa de la conmoción cuando tus heridas empiezan a abrirse, o también a causa de tu propia sangre contaminada. Tarda bastante en desaparecer, una vez que se ha propagado. Pero puede que todo esto fuera antes de que vosotros nacierais siquiera. Nikan lleva mucho tiempo libre de peste, ¿no?

El hombre dio unos golpecitos contra los barrotes de hierro.

—Hemos tardado mucho en averiguar cómo se propaga. Es por medio de las pulgas, ¿os lo podéis creer? Las pulgas se agarran a las ratas y luego transmiten las pequeñas partículas de peste a todo lo que tocan. Por supuesto, ahora que sabemos cómo se extiende, solo estamos a un paso de convertirlo en un arma. Es obvio que no nos servirá de nada soltar esa arma sin ningún tipo de control, ya que tenemos la intención de ocupar vuestro país algún día. Pero cuando la soltemos en algunas zonas densamente pobladas, con la masa crítica adecuada… Bueno, entonces esta guerra se habrá acabado mucho antes de lo que habíamos anticipado, ¿no?

Shiro se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza contra los barrotes.

—Ya no os queda nada por lo que luchar —dijo en voz baja—. Vuestro país está perdido. ¿Por qué seguís guardando silencio? Podríais salir fácilmente de este lugar. Cooperad conmigo. Decidme cómo conseguís invocar el fuego.

—Antes prefiero la muerte —espetó Rin.

—¿Qué estáis defendiendo? —preguntó el doctor—. No le debéis nada a Nikan. ¿Qué erais para ellos? ¿Qué han sido nunca los esperilianos para ellos? ¡Bichos raros! ¡Marginados!

Rin se puso en pie.

—Luchamos por la emperatriz —respondió—. Seré una soldado de la Milicia hasta el día de mi muerte.

—¿Por la emperatriz? —Shiro parecía ligeramente desconcertado —. ¿Es que aún no os habéis dado cuenta?

—¿De qué tenemos que darnos cuenta? —espetó Rin, aunque Altan

movió los labios para formular un «no» silencioso.

Pero ella ya había mordido el anzuelo, había cedido ante las provocaciones del doctor, y en el brillo de sus ojos pudo ver que él había estado esperando ese momento.

—¿No os habéis preguntado cómo sabíamos que estabais en la Chuluu Korikh? —preguntó Shiro—. ¿Quién tuvo que pasarnos esa información? ¿Quién era la única otra persona que conocía la existencia de esa maravillosa montaña?

Rin lo miró boquiabierta mientras comenzaba a vislumbrar la verdad. Pudo ver cómo Altan también empezaba a entenderlo. Su comandante abrió mucho los ojos cuando llegó a la misma conclusión que ella.

—No —dijo Altan—. Mientes.

—Vuestra adorada emperatriz os ha traicionado —declaró Shiro con entusiasmo—. Fuisteis parte de un trato.

—Eso es imposible —dijo el esperiliano—. Nosotros la servimos a ella. Matamos por ella.

—Vuestra emperatriz os entregó, a vosotros y a vuestro preciado grupo de chamanes. Os han vendido, mis queridos esperilianos, igual que vendieron Speer. Igual que han vendido vuestro Imperio.

—¡Mientes!

Altan se lanzó hacia los barrotes. El fuego se le extendió por todo el cuerpo, brotando en forma de tentáculos que estuvieron a punto de alcanzar a los guardias. Él siguió gritando, y las llamas fueron volviéndose más y más intensas. Aunque el metal no se derritió, Rin creyó ver que los barrotes comenzaban a doblarse.

Shiro gritó una orden en mugenés.

Tres guardias corrieron hacia la celda. Mientras uno intentaba abrir el cerrojo, otro le tiró un cubo de agua a Altan. Una vez que lo hubieron empapado, el tercer guardia le agarró los brazos y se los inmovilizó a la espalda mientras el primero le clavaba una aguja en el cuello. Altan se retorció y cayó al suelo.

Los guardias se giraron hacia Rin.

Le pareció ver que Shiro movía la boca y gritaba: «No, a ella no», unos instantes antes de sentir que una aguja se hundía en su propio cuello.

El subidón que sintió no tenía nada que ver con el de las semillas de amapola.

Con las semillas, aún tenía que concentrarse en despejar la mente. Con las semillas, tenía que hacer un esfuerzo consciente para ascender al Panteón.

La heroína no era para nada tan sutil. La heroína la hacía salir de

su propio cuerpo para que no tuviera otra opción más que buscar refugio en el reino espiritual.

Y Rin se percató, con un regocijo feroz, de que al intentar sedarla, los guardias de Shiro la habían liberado.

Encontró a Altan en el otro reino. Lo sintió. Conocía la forma de su comandante tan bien como se conocía a sí misma.

No siempre lo había hecho. Había llegado a adorar la versión de él que ella misma había concebido. Lo había admirado. Lo había idealizado. Había amado la idea que tenía de él, un arquetipo, una versión de su persona que era invulnerable.

Sin embargo, ahora conocía la verdad, conocía realmente cómo era Altan, sus debilidades, gran parte de su dolor…, y aun así lo amaba.

Rin era un reflejo de él, había moldeado su imagen basándose en la de Altan; una esperiliana a semejanza de otro. Había emulado su crueldad, su odio y su vulnerabilidad. Lo conocía, por fin lo conocía por completo, y por eso lo había encontrado.

«¿Altan?».

«Rin».

La joven podía sentirlo a su alrededor. Un borde afilado, un aura profundamente herida y, sin embargo, una presencia de lo más reconfortante.

La forma de Altan apareció delante de ella como si se encontrara en una pradera muy extensa. Caminaba, o flotaba, en su dirección. El espacio y la distancia no existían en ese reino, no realmente, pero la mente de Rin intentaba interpretar todo aquello de un modo en el que ella pudiera orientarse.

No le hacía falta leer la angustia en la mirada de su comandante. La sentía. Altan no mantenía su espíritu cerrado igual que había hecho Chaghan. Él era un libro abierto, puesto a su disposición para que Rin pudiera echar un vistazo, como si se estuviera exponiendo para que ella pudiera intentar entenderlo.

Y lo entendió. Entendió su dolor y su miseria, y por qué lo único que deseaba ahora era morir.

Pero Rin había perdido la paciencia.

Hacía mucho que había renunciado al lujo de tener miedo. Habían sido tantas las veces en las que había querido rendirse… Eso habría sido lo más fácil. Habría sido indoloro.

Pero, durante todo lo sucedido, a lo único a lo que se había aferrado era a su rabia, y había una cosa que tenía clara: no iba a morir de ese modo. No iba a morir sin haberse vengado antes.

—Asesinaron a nuestro pueblo —dijo—. Nos han vendido. Desde lo de Tearza, Speer ha sido un peón en la partida de ajedrez geopolítica

del Imperio. Éramos prescindibles. Éramos herramientas. Dime que eso no te cabrea.

Altan parecía agotado.

—La rabia me corroe por dentro —respondió—. Y estoy harto de saber que no puedo hacer nada.

—Abre los ojos. Eres un esperiliano. Tienes poder —siguió Rin—. Llevas en tu interior la rabia de todo Speer. Muéstrame cómo usarla. Pásamela a mí.

—Morirás.

—Pero moriré de pie —declaró—. Moriré con llamas en las manos y furia en el corazón. Moriré luchando por el legado de mi pueblo en lugar de en la mesa de operaciones de Shiro, drogada y consumida. No moriré como una cobarde. Y tú tampoco. Altan, mírame. No somos como Jiang. No somos como Tearza.

En ese momento, él levantó la cabeza.

—Mai'rinnen Tearza —susurró—. La reina que abandonó a su pueblo.

—¿Y tú vas a abandonarlos? —insistió Rin—. Ya has oído lo que ha dicho Shiro. La emperatriz no solo nos ha vendido a nosotros. Ha vendido a todos los Cike. Shiro no se detendrá hasta que tenga a todos los chamanes nikaras encerrados en este agujero. Cuando tú ya no estés, ¿quién va a protegerlos? ¿Quién protegerá a Ramsa? ¿A Suni? ¿A Chaghan?

Entonces, la chica percibió algo que provenía de Altan…: una punzada de rebeldía. Un destello de determinación.

Eso era todo lo que ella necesitaba.

—El Fénix no es solo el dios del fuego —comentó Altan—. Es el dios de la venganza. Y existe un poder, nacido tras décadas de odio enconado, al que solo puede acceder un esperiliano. Yo he hecho uso de él muchas veces, pero nunca lo he aprovechado por completo. Te consume. Te hace arder hasta que ya no queda nada de ti.

—Dámelo —le pidió Rin de inmediato, hambrienta.

—No puedo —le respondió él—. No me corresponde a mí dártelo. Ese poder solo les pertenece a los esperilianos.

—Entonces, llévame con ellos —exigió.

Y de ese modo, Altan la llevó con su pueblo.

En el reino de los sueños, el tiempo dejaba de tener sentido. Altan la hizo viajar siglos atrás. La llevó de vuelta a los únicos espacios en los que sus ancestros aún existían, en los recuerdos de antaño.

Altan no la conducía igual que lo había hecho Chaghan. El vidente era un guía seguro, más acostumbrado al mundo espiritual que al de los vivos. Con él, Rin había sentido que la arrastraban de un lado a

otro y que, si no obedecía, Chaghan le destrozaría la mente. Pero con Altan… Él no parecía ni siquiera ser otra presencia distinta a la suya. Por el contrario, ambos formaban dos partes de un todo mucho mayor. Eran dos pequeñas muestras de esa inmensa y ancestral entidad del todo que era Speer, precipitándose a través del mundo espiritual para reunirse con los suyos.

Cuando el espacio y el tiempo volvieron a ser conceptos tangibles para Rin, percibió que se encontraban en una hoguera. Vio tambores, escuchó a gente cantando. Y ella conocía esa canción, se la habían enseñado cuando era pequeña. No podía creer que la hubiera olvidado… Todos lo esperilianos podían cantarla antes de cumplir los cinco años.

No… No era su caso. Rin nunca había aprendido esa canción. Ese recuerdo no era suyo. Estaba en el interior de la memoria de un esperiliano que había estado vivo hacía muchos muchos años. Se trataba de un recuerdo compartido. De una ilusión.

Lo mismo sucedía con ese baile. Y también con el hombre que la agarraba cerca del fuego. Estaba bailando con ella, haciéndola girar en grandes círculos. De pronto, la acercó hacia su cálido pecho. No podía tratarse de Altan y, sin embargo, tenía su rostro. Rin estaba segura de que lo conocía desde siempre.

Nunca le habían enseñado a bailar, pero de alguna forma conocía los pasos.

El cielo nocturno estaba plagado de estrellas que parecían pequeñas antorchas. Un millón de hogueras diminutas esparcidas por la oscuridad. Miles de islas de Speer, miles de bailes junto al fuego.

Hacía años, Jiang le había contado que los espíritus de los muertos se disolvían de nuevo en el vacío. Pero ese no era el caso de los espíritus de Speer. Los esperilianos se negaban a dejar atrás sus ilusiones, a olvidar el mundo material, porque los chamanes de Speer no podían estar en paz hasta que obtuvieran su venganza.

Rin vio rostros en las sombras. Vio a una mujer con aspecto triste que se parecía a ella, sentada al lado de un anciano que llevaba un colgante de medialuna alrededor del cuello. Intentó mirarlos más detenidamente, pero los rostros estaban difuminados, pertenecían a personas que tan solo recordaba a medias.

—¿Así era todo? —preguntó Rin en voz alta.

Las voces de los fantasmas respondieron al unísono:

—Esta era la época dorada de Speer. Así era Speer antes de Tearza. Antes de la masacre.

La muchacha podría haber llorado a causa de la belleza de todo aquello.

Allí no había locura. Solo fuegos y danzas.

—Podríamos quedarnos aquí —le dijo Altan—. Podríamos permanecer aquí para siempre. No tendríamos que regresar.

En ese momento, eso era lo único que ella quería.

Sus cuerpos se consumirían y se convertirían en nada. Shiro dejaría que sus cadáveres se pudrieran en una cámara y los incineraría. Después, cuando lo último que quedara de ellos fuera entregado al Fénix, una vez que sus cenizas fueran esparcidas por el viento, serían libres.

—Sí que podríamos —coincidió Rin—. Podríamos perdernos en la historia. Pero no serías capaz de hacer eso, ¿verdad?

—Ahora no nos aceptarían —dijo Altan—. ¿Los sientes? ¿Puedes sentir su rabia?

Sí que podía. Los fantasmas de Speer estaban muy tristes, pero también furiosos.

—Por eso somos tan fuertes. Obtenemos nuestra fuerza de siglos y siglos de injusticias olvidadas. Nuestra labor, nuestra razón de ser, es hacer que esas muertes adquieran significado. Después de nosotros, no quedará nada de Speer. Solo será un recuerdo.

Rin había llegado a pensar que entendía el poder de Altan, pero era ahora cuando comprendía su verdadera profundidad. El peso que conllevaba. Altan cargaba con el legado de millones de almas olvidadas por la historia, almas vengativas que pedían justicia a gritos.

Ahora los fantasmas de Speer estaban cantando una canción profunda y triste en una lengua que Rin, al haber nacido demasiado tarde, no podía comprender, pero que le caló hasta los huesos. Los fantasmas les hablaron durante una eternidad. Pasaron años. No pasó nada de tiempo. Sus ancestros les contaron todo lo que sabían sobre Speer, todo lo que recordaban sobre su pueblo. Le inculcaron a Rin siglos de historia, cultura y religión.

Le dijeron qué era lo que tenía que hacer.

—Nuestro dios es un dios enfurecido —dijo la mujer que se parecía a ella—. No dejará pasar esta injusticia. Exige venganza.

—Debes ir a la isla —declaró el anciano con el colgante de medialuna—. Debes acudir al templo. Encuentra el Panteón. Invoca al Fénix y despierta las antiguas fallas geológicas sobre las que se encuentra Speer. El Fénix solo responderá ante ti. Debe hacerlo.

El hombre y la mujer se perdieron de nuevo entre los borrones de rostros oscuros.

Los fantasmas de Speer comenzaron a cantar como si fueran uno, moviendo las bocas al unísono.

Rin no podía determinar el significado de la canción a través de las

palabras, pero la sentía. Era una canción de venganza. Era una canción terrible. Era una canción maravillosa.
Los fantasmas le dieron a Rin su bendición, y eso hizo que, en comparación, el subidón de la heroína pareciera un mero cosquilleo.

Le habían otorgado un poder inimaginable.

Tenía la fuerza de sus ancestros. En su interior habitaba cada esperiliano que había muerto aquel terrible día y cada esperiliano que había llegado a vivir en la Isla Muerta.

Eran los elegidos del Fénix. El dios se alimentaba de la ira, y Rin tenía mucha.

Buscó a Altan. Compartían el mismo pensamiento y el mismo objetivo.

Irrumpieron de nuevo en el mundo de los vivos.

Abrieron los ojos de golpe al mismo tiempo.

Uno de los asistentes de Shiro se encontraba encorvado sobre ellos; volvían a estar tendidos sobre la camilla del laboratorio del doctor. Las llamas que surgieron de sus cuerpos lo calcinaron de inmediato, prendiéndoles fuego a su cabello y a su ropa de tal forma que, cuando se alejó de ambos entre gritos, cada parte de él estaba ardiendo.

Las llamas se extendían en todas direcciones. Alcanzaron las sustancias químicas del laboratorio y las hicieron entrar en combustión, reventando los frascos de cristal. Alcanzaron el alcohol que se empleaba para desinfectar las heridas y se propagaron rápidamente a través de los gases. El contenedor del rincón que contenía a aquel hombre encurtido vibró a causa del calor y acabó explotando, vertiendo su terrible contenido por el suelo. Los gases del líquido de embalsamar también se prendieron fuego e iluminaron la estancia con un furioso resplandor.

El asistente del laboratorio corrió hacia el pasillo, pidiéndole a gritos a Shiro que lo salvase.

Rin se retorció donde se encontraba tumbada. Las correas que la mantenían atada no pudieron soportar el calor de las llamas a tan poca distancia. Se rompieron y ella cayó de la mesa, se levantó del suelo y se dio la vuelta justo cuando Shiro entraba corriendo en la estancia empuñando una ballesta cargada.

Apuntó con ella primero a Altan, luego a Rin, y después a Altan otra vez.

Rin se tensó, pero Shiro no disparó. La chica no sabía si era por inexperiencia o por renuencia.

—Hermoso —dijo el doctor en voz baja, maravillado. El fuego se le reflejó en sus ojos ávidos y, por un momento, hizo que pareciera que él también poseía la mirada escarlata de los esperilianos.

—¡Shiro! —rugió Altan.

El hombre no se movió mientras Altan avanzaba hacia él. Por el contrario, bajó la ballesta y extendió los brazos hacia el esperiliano, como si estuviera invitando a un hijo a que le diera un abrazo.

Altan agarró a su torturador por la cara. Y apretó. Las llamas emergieron de sus manos al rojo vivo y envolvieron la cabeza del doctor como si fueran una corona. Primero aparecieron las marcas negras de sus dedos en las sienes de Shiro, y luego el calor comenzó a atravesarle el hueso, haciendo que las yemas de Altan crearan agujeros en su cráneo. Shiro tenía los ojos desorbitados. Retorció los brazos enloquecidamente y dejó caer la ballesta.

El comandante le presionó la cabeza entre sus manos y esta se partió en dos con un crujido húmedo.

Entonces, paró de retorcerse.

Altan dejó caer el cuerpo y se apartó de él. Se giró hacia Rin. Tenía los ojos de un rojo más intenso que nunca.

—Vale —dijo—. Ahora huyamos.

Rin recogió la ballesta del suelo y siguió a Altan fuera de la sala de operaciones.

—¿Dónde está la salida?

—Ni idea —le dijo él—. Busca alguna luz.

Corrieron con desesperación para salvarse, doblando esquinas al azar. Las instalaciones de investigación eran un complejo enorme, mucho más grande de lo que Rin había imaginado. Mientras corrían, pudo ver que la zona donde se encontraban sus celdas constituía tan solo un pasillo en ese interior laberíntico. Pasaron junto a barracones vacíos, muchas mesas de operaciones y salas de almacenaje abarrotadas con botes de gas.

Las alarmas comenzaron a sonar por todo el complejo, alertando a los soldados de la fuga.

Al fin encontraron una salida: una puerta lateral en un pasillo vacío. Estaba cerrada con tablones, pero, tras apartar a Rin, Altan la tiró abajo de una patada. La chica saltó al otro lado y luego ayudó a su comandante a pasar.

—¡Por aquí!

Una patrulla de la Federación los había divisado y corría hacia ellos.

Altan le arrebató la ballesta a Rin y apuntó hacia el grupo. Tres soldados cayeron al suelo, pero los demás siguieron avanzando por encima de los cadáveres de sus camaradas.

La ballesta emitió entonces un chasquido hueco.

—Mierda —maldijo Altan.

La patrulla estaba cada vez más cerca.

Los dos esperilianos estaban hambrientos, débiles y medio drogados. Y aun así seguían luchando, espalda contra espalda. Sus movimientos se complementaban a la perfección. Alcanzaron una sincronización mejor que la que habían tenido Rin y Nezha, ya que su amigo solo sabía cómo se movía ella debido a que la había observado con anterioridad. A Altan no le hacía falta observarla, sabía por instinto quién era ella y cómo lucharía porque eran iguales. Eran dos partes de un todo. Eran esperilianos.

Eliminaron a aquella patrulla de cinco personas solo para ver cómo otra de veinte soldados se acercaba a ellos desde un lateral del edificio.

—No podemos matarlos a todos —declaró Altan.

Rin no estaba tan segura. De todas formas, siguieron corriendo.

La muchacha sentía el suelo empedrado arañándole los pies. Altan la agarró por el brazo mientras corrían, arrastrándola hacia delante.

El empedrado pasó a ser arena, y luego planchas de madera. Se encontraban en un muelle. Estaban junto al mar.

Necesitaban lanzarse al agua. Tenían que cruzar a nado el angosto estrecho. Speer estaba tan cerca…

«Debes ir a la isla. Debes acudir al templo».

Llegaron hasta el final del muelle y se detuvieron.

La noche estaba iluminada por antorchas.
Parecía que todo el ejército de la Federación se hubiese reunido en el muelle. Había soldados mugeneses detrás del embarcadero y a bordo de los barcos que flotaban en el agua. Eran cientos de ellos. Eran cientos contra dos. Sus posibilidades de vencer no eran mínimas, sino inexistentes.

Rin sintió una aplastante desesperación. No podía respirar debido a la magnitud de todo aquello. Allí terminaba todo. Esa era la última batalla de Speer.

Altan no le había soltado el brazo. Le goteaba sangre de los ojos, de la boca.

—Fíjate. —Señaló con el dedo—. ¿Ves esa estrella? Esa es la constelación del Fénix.

Rin levantó la cabeza.

—Úsala para guiarte —le dijo el comandante—. Speer, se encuentra al sudeste de aquí. Tendrás que nadar un largo trecho.

—¿Qué estás diciendo? —exigió saber ella—. Nadaremos juntos. Me guiarás tú.

Altan cerró la mano alrededor de los dedos de Rin. Se los apretó con fuerza durante un momento y luego la soltó.

—No —le dijo—. Yo terminaré mi trabajo.

Rin sintió que el pánico le retorcía las tripas.

—No, Altan.

No podía detener la avalancha de lágrimas, pero él no la estaba mirando. Contemplaba al ejército que se reunía a su alrededor.

—Tearza no salvó a nuestro pueblo —declaró—. Yo no pude salvar a nuestra gente. Pero esto se le acerca mucho.

—Altan, por favor…

—Para ti será más duro —prosiguió—. Tendrás que lidiar con las consecuencias. Pero eres valiente… Eres la persona más valiente que he conocido nunca.

—No me dejes —le suplicó Rin.

Altan se inclinó hacia delante y le tomó el rostro entre las manos.

Por un extraño momento, Rin creyó que iba a besarla.

Pero no lo hizo. Apoyó su frente contra la de ella y permaneció así un rato.

La chica cerró los ojos. Saboreó la sensación de la piel de Altan contra la suya. La grabó en su memoria.

—Eres mucho más fuerte que yo —le dijo él. Y entonces la soltó.

Rin negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no lo soy. Eres tú. Te necesito a ti…

—Alguien debe destruir las instalaciones de investigación, Rin.

El comandante se apartó de su lado. Extendió los brazos hacia delante mientras se encaminaba hacia la flota.

—No —le suplicó Rin—. ¡No!

Altan echó a correr.

La Federación le disparó una lluvia de flechas.

En ese mismo momento, él se prendió fuego como si fuera una antorcha.

Invocó al Fénix y este acudió a su encuentro, envolviéndolo, abrazándolo, amándolo, llevándoselo de vuelta al redil.

Altan era una silueta bajo la luz, la sombra de un hombre. A Rin le pareció que miraba hacia atrás, en su dirección. Creyó verlo sonreír.

Creyó escuchar el graznido de un ave.

Entre las llamas vislumbró la imagen de Mai'rinnen Tearza. La mujer estaba llorando.

«El fuego no otorga, sino que arrebata y arrebata y arrebata».

Rin profirió un grito sordo. Su voz se perdió en el fuego.

Una gran columna de llamas estalló en el lugar en el que se había inmolado Altan.

Una oleada de calor salió disparada en todas direcciones, derribando a los soldados de la Federación como si estuviesen hechos

de paja. Golpeó a Rin como un puñetazo en las tripas y la lanzó de espaldas al agua negra como la tinta.

25

Estuvo nadando durante horas. Días. Una eternidad. Tan solo recordaba el principio, la conmoción inicial al caer al mar, cómo había creído que acababa de morir porque no lograba hacer que su cuerpo la obedeciera y porque la piel le picaba allí donde se había golpeado con el agua como si la hubieran desollado viva. Si levantaba la cabeza, podía ver las instalaciones de investigación ardiendo. Era un fuego precioso, unos tonos carmesíes y dorados que ascendían en forma de tentáculos hacia el cielo ligeramente oscuro.

Al principio, Rin nadó como le habían enseñado a hacerlo en la academia. Una brazada lateral mínima para que sus brazos no salieran del agua. Los arqueros de la Federación la matarían allí mismo si la veían, si es que quedaba alguno vivo… Entonces, comenzó a sentir fatiga y se limitó a mover sus extremidades para mantenerse a flote, para seguir a la deriva, sin tener en cuenta la técnica. Sus brazadas pasaron a ser mecánicas, instintivas y desordenadas.

Hasta el agua se había templado debido al calor del incendio provocado por Altan. Se sentía como si se estuviera dando un baño, como si estuviera en una cama mullida. Siguió a la deriva y llegó a pensar que estaría bien ahogarse. El fondo del océano estaría tranquilo. Allí nada dolería. No habría ningún fénix ni guerra ni nada en absoluto. Solo silencio… En esas profundidades cálidas y oscuras no sentiría ninguna pérdida…

Sin embargo, la imagen de Altan dirigiéndose hacia su muerte se le había grabado en la memoria. Aparecía ardiente en el primer plano de sus pensamientos, más cruda y dolorosa que el agua salada que se le filtraba en las heridas abiertas. Su comandante le daba órdenes desde su tumba, se las susurraba incluso ahora… Rin no sabía si simplemente se estaba imaginando su voz o si de verdad seguía con ella, guiándola.

«Continúa nadando, sigue las alas, no te detengas, no te rindas, sigue moviéndote…».

La joven fijó la vista en la constelación del Fénix. «Al sudeste.

Debes nadar hacia el sudeste».

Las estrellas se convirtieron en antorchas, y estas se transformaron en fuego. Entonces, Rin creyó ver a su dios.

—Te siento —le dijo el Fénix, ondulante delante de ella—. Siento tu sacrificio, tu dolor, y lo quiero, entrégamelo… Estás cerca, muy cerca.

Rin extendió una mano temblorosa hacia el dios, pero entonces algo se agitó en su mente, algo primitivo y aterrorizado.

«Aléjate», gritó la Mujer. «Aléjate de aquí».

«No», pensó Rin. «No puedes mantenerme alejada. Voy a ir hasta allí».

Flotó sin más en las aguas negras, con los brazos y las piernas extendidos para no hundirse. Entraba y salía de un estado de consciencia. Su espíritu volaba. Perdió todo el sentido de la orientación, no tenía ningún destino en mente. Iba a dondequiera que la arrastrara la corriente, como si tirara de ella un poder magnético, una entidad que se escapaba de su control.

Tuvo visiones.

Vio una nube de tormenta que parecía un hombre cerniéndose sobre las montañas, con cuatro ciclones que se ramificaban a modo de extremidades. Cuando fijó la vista en el origen, dos puntos inteligentes de color cerúleo le devolvieron la mirada, demasiado brillantes para ser naturales y demasiado maliciosos como para pertenecer a nada que no fuera un dios.

Vislumbró una gran presa con cuatro desfiladeros, la estructura más grande que había visto jamás. Vio el agua corriendo en todas direcciones, inundando las llanuras. Vio a Chaghan y a Qara en una zona alta, observando cómo los fragmentos de la presa rota fluían hacia la cambiante desembocadura del río.

Rin los rozó al pasar por su lado, perpleja, y Chaghan levantó la cabeza.

—¿Altan? —preguntó el vidente, esperanzado.

Qara miró a su hermano.

—¿Qué sucede?

Chaghan la ignoró, mirando a su alrededor como si pudiese ver a Rin. Pero sus ojos pálidos otearon más allá de ella. Estaba buscando algo que ya no existía.

—Altan, ¿estás ahí?

Rin intentó decir algo, pero no pudo emitir ningún sonido. No tenía boca. No tenía cuerpo. Asustada, huyó volando, y luego el vacío volvió a tirar de ella de tal modo que no podría haber regresado ni aunque lo hubiese intentado.

Voló desde el presente hacia el pasado.

Vio un gran templo, uno construido con piedras y sangre.

Vio a una mujer que le resultaba familiar, alta y gloriosa, con la piel oscura y las extremidades largas. Llevaba una corona hecha con plumas escarlatas y cuentas de color ceniza. Estaba llorando.

—No lo haré —dijo la mujer—. No sacrificaré al mundo por el bien de esta isla.

El Fénix chilló con una furia tal que Rin tembló ante aquella rabia tan pura.

—No dejaré que me desafíes. Castigaré a aquellos que han roto sus promesas. Y tú… has roto el mayor juramento que existe —siseó el dios—. Te condeno. Nunca volverás a estar en paz.

La mujer gritó, cayó de rodillas y se aferró a algo en su interior, como si estuviera intentando sacarse el corazón con sus propias manos. Refulgía desde dentro como un carbón ardiente. La luz salió por sus ojos, su boca, hasta que le aparecieron grietas en la piel y se resquebrajó como una roca.

Rin también habría gritado si hubiese tenido una boca.

El Fénix centró su atención en la muchacha justo cuando el vacío volvía a tirar de ella.

Se precipitó a través del tiempo y del espacio.

Vio un mechón de pelo blanco y entonces todo se detuvo.

El Guardián se hallaba flotando en el vacío, inmóvil en un estado de animación suspendida, en un lugar junto a la nada y de camino al todo.

—¿Por qué nos abandonó? —gritó Rin—. Podría habernos ayudado. Podría habernos salvado.

El Guardián abrió los ojos de golpe y la miró.

Rin no supo cuánto rato permaneció contemplándola. Sintió la mirada del maestro clavada en el fondo de su alma, buscando en su interior. Y ella se la devolvió. Lo miró, y lo que vio estuvo a punto de destruirla.

Jiang no era mortal. Era algo antiguo, algo ancestral, algo muy muy poderoso. Y aun así, al mismo tiempo, era su profesor, era aquel hombre frágil y sin edad determinada al que había conocido en su forma humana.

El Guardián le tendió una mano y Rin estuvo a punto de tomársela, pero sus dedos lo atravesaron y no tocó nada. Aterrorizada, pensó que comenzaba a alejarse de nuevo a la deriva. Pero Jiang pronunció una palabra y ella permaneció allí, suspendida.

Entonces, los dedos de ambos se encontraron y Rin volvió a tener cuerpo, volvió a sentir. Sintió que el maestro apoyaba las manos sobre

sus mejillas y presionaba la frente contra la suya. Sintió vivamente cuando la agarró por los hombros y la sacudió con dureza.

—Despierta —le dijo—. Vas a ahogarte.

Rin se arrastró fuera del agua hacia la arena caliente.

Inspiró hondo y la garganta le ardió como si se hubiera bebido tres litros de salsa de pimienta. Gimoteó y tragó saliva. Sentía como si tuviera un montón de piedras intentando abrirse camino a través de su esófago. Se hizo un ovillo, rodó sobre sí misma y se levantó. Luego intentó dar un paso.

Algo crujió bajo su pie. Rin se tambaleó hacia delante y se cayó al suelo. Aturdida, miró a su alrededor. El tobillo se le había quedado encajado dentro de algo. Sacudió el pie y lo levantó.

Sacó un cráneo de la arena.

Había pisado la mandíbula de un hombre muerto.

Soltó un chillido y cayó de espaldas. Se le ennegreció la visión. Tenía los ojos abiertos, pero se negaban a recibir estímulos sensoriales; no veía nada. Unos brillantes destellos de luz danzaron delante de ella. Arrastró los dedos por la arena. Estaba llena de pequeños objetos duros. Sacó algunos de ellos y se los acercó al rostro, entrecerrando los ojos hasta que pudo ver de nuevo.

No eran guijarros.

Pequeños pedazos blancos sobresalían por todas partes en la arena. Huesos. Huesos por doquier.

Rin estaba arrodillada sobre un enorme cementerio.

Temblaba tanto que la arena bajo sus pies vibraba. Se dobló sobre las rodillas y sintió náuseas. El estómago se le encogió de tal modo que, con cada arcada, sentía como si la estuvieran apuñalando con un cuchillo.

«Aléjate de la línea de tiro». ¿Aquello era la voz de Altan resonando en su mente o eran sus propios pensamientos? La voz era dura, autoritaria. Rin obedeció. «Eres muy visible contra la arena blanca. Escóndete entre los árboles».

Ella se arrastró por la arena, sintiendo arcadas cada vez que tocaba con los dedos algún cráneo. Se sacudió entre violentos sollozos sin lágrimas, demasiado deshidratada como para llorar.

«Ve al templo. Encontrarás el camino. Todos los caminos llevan hasta el templo».

¿Caminos? ¿Qué caminos? Si en el pasado habían existido caminos, hacía mucho que la isla los había sepultado. Rin permaneció allí agachada, contemplando embobada el follaje.

«No te esfuerzas lo suficiente en buscarlo».

La chica se arrastró a lo largo de la línea de árboles a cuatro patas,

intentando encontrar algún indicio de algo que pudiera haber sido un camino. Con los dedos tocó una roca plana, del tamaño de su cabeza, que era visible bajo una capa de hierba. Y luego otra. Y otra más.

Se puso en pie y recorrió a trompicones el sendero, apoyándose en los árboles. Las rocas eran duras e irregulares, y le hicieron cortes en los pies con los que fue dejando huellas de sangre a medida que avanzaba.

Tenía la cabeza embotada. Llevaba mucho tiempo sin comer ni beber nada, tanto que ya casi ni recordaba que tenía un cuerpo. Vio, o se imaginó, animales grotescos, animales que no deberían existir. Aves con dos cabezas. Roedores con varias colas. Arañas con miles de ojos.

Siguió el camino hasta que sintió que había atravesado toda la isla. «Todos los caminos llevan al templo», le habían dicho los ancestros. Pero, cuando llegó a un claro en el centro, allí solo encontró ruinas entre la arena. Vio fragmentos de rocas grabadas con una caligrafía que no podía leer, una entrada de piedra que no llevaba a ningún sitio.

La Federación debía de haber derruido el templo hacía veinte años. Probablemente había sido lo primero que habían hecho tras masacrar a los esperilianos. La Federación tenía que destruir el lugar de culto de ese pueblo. Tenía que eliminar su fuente de poder, arruinarla y destrozarla por completo, para que nadie en Speer pudiera acudir a pedirle ayuda al Fénix.

Rin corrió por entre las ruinas en busca de una puerta, de algún remanente de un lugar sagrado, pero no encontró nada. Allí no había nada.

Se hundió en el suelo, demasiado paralizada como para moverse. No. No podía ser así. No después de todo lo que había sufrido. Casi había empezado a llorar cuando sintió que la arena cedía bajo sus manos. Se deslizaba. Caía hacia algún sitio.

De pronto, Rin se echó a reír. Se rio con tantas ganas que jadeó de dolor. Se cayó hacia un lado y se llevó las manos al estómago, chillando de alivio.

El templo estaba bajo tierra.

Improvisó una antorcha con un palo de madera seca y la sostuvo ante sí mientras descendía por las escaleras del templo. Estuvo bajando durante mucho rato. El aire se volvió frío y seco. Dobló una esquina y dejó de ver la luz del sol. Le costaba respirar.

Se acordó de la Chuluu Korikh y la cabeza le dio vueltas. Tuvo que apoyarse contra la piedra y respirar agitadamente varias veces antes de que el pánico que sentía disminuyese. Ese lugar no era la prisión de piedra. No se estaba alejando de su dios. Al contrario, se estaba

acercando más a él.

La cámara interior estaba completamente aislada de cualquier ruido. No podía escuchar el océano en absoluto, ni tampoco el susurro del viento o los sonidos de la naturaleza que había en el exterior. Pero, por muy silencioso que estuviese, el templo no tenía nada que ver con la Chuluu Korikh. El silencio allí era lúcido, enriquecedor. La ayudaba a concentrarse. Casi podía ver el camino hacia los cielos, como si el sendero hasta los dioses fuese tan mundano como la tierra que pisaba.

Las paredes formaban un círculo, igual que en el Panteón. Sin embargo, allí solo vio un pedestal.

Los esperilianos solo necesitaban uno.

Toda la estancia era un santuario en honor al Fénix. Su efigie había sido tallada en la piedra de la pared del fondo, un bajorrelieve que triplicaba el tamaño de Rin. La cabeza del ave estaba girada hacia un lado, con el perfil grabado en la cámara. Su ojo era enorme, salvaje y rabioso. La joven sintió miedo al mirar ese ojo. Parecía furioso. Parecía estar vivo.

Se llevó las manos por instinto a su cinturón, pero no llevaba semillas de amapola encima. Se dio cuenta de que no las necesitaba, igual que Altan jamás las había necesitado. Simplemente con estar en el interior del templo ya se encontraba a medio camino de los dioses. Entró en trance solo con mirar a los ojos enfurecidos del Fénix.

Su espíritu voló hasta que algo lo detuvo.

Cuando se encontró con la Mujer, esa vez fue Rin la que habló primero.

—Otra vez con lo mismo no —dijo—. No puedes detenerme. Sabes cuál es mi postura.

—Te lo advertiré una vez más —le dijo el fantasma de Mai'rinnen Tearza—. No te entregues al Fénix.

—Cierra el pico y déjame pasar —respondió Rin. Hambrienta y deshidratada como estaba, ya no le quedaba paciencia para escuchar más advertencias.

Tearza le tocó la mejilla. Tenía un semblante desesperado.

—Entregar tu alma al Fénix es como entrar en el infierno. Te consumirá. Arderás eternamente.

—Ya estoy en el infierno —dijo ella con la voz ronca—. Y me da igual.

Tearza retorció el rostro, afligida.

—Sangre de mi sangre. Hija mía. No vayas por ese camino.

—Lo que no voy a hacer es seguir tu camino. Tú no hiciste nada —replicó Rin—. Estabas demasiado asustada como para hacer lo que

había que hacer. Vendiste a tu pueblo. Actuaste desde la cobardía.

—No, no fue desde la cobardía —aseveró Tearza—. Actué siguiendo un principio superior.

—¡Actuaste desde el egoísmo! —gritó Rin—. ¡Si no hubieras entregado Speer, nuestro pueblo seguiría vivo!

—Si no hubiera entregado Speer, el mundo habría acabado reducido a cenizas —dijo Tearza—. Cuando era joven, me creía capaz de hacerlo. Estaba en tu misma posición. Vine hasta este templo y le recé a nuestro dios. Y el Fénix también acudió a mi llamada, ya que era la soberana elegida por él. Pero cuando fui consciente de lo que estaba a punto de hacer, volví el fuego contra mí. Le entregué mi país al Emperador Rojo. Y mantuve la paz.

—¿Cómo puedes llamar paz a la muerte y a la esclavitud? —le espetó Rin—. He perdido a mis amigos y a mi país. He perdido todo lo que me importaba. No quiero paz, quiero venganza.

—La venganza solo te traerá dolor.

—¿Y tú qué sabes? —repuso con desprecio—. ¿Crees que conseguiste la paz? Dejaste que tus súbditos acabaran convertidos en esclavos. Dejaste que el Emperador Rojo los explotara, abusara de ellos y los maltratara durante un milenio. Hiciste que Speer emprendiera un camino que trajo consigo siglos de inevitable sufrimiento. Si no hubieras sido una puta cobarde, yo no tendría que estar haciendo esto ahora. Y Altan seguiría vivo.

Los ojos de Mai'rinnen Tearza adquirieron un tono rojo intenso, pero fue Rin la que se movió primero. Un muro de llamas se interpuso entre ambas. El espíritu de Tearza se disolvió en el fuego.

Y entonces, Rin estuvo ante su dios.

El Fénix era mucho más hermoso de cerca, y mucho más terrible. Mientras lo contemplaba, él desplegó las grandes alas a su espalda y las extendió. Ocuparon toda la estancia. El dios ladeó la cabeza y fijó sus ojos rojos en ella. En esos ojos, Rin vio el ascenso y la caída de civilizaciones enteras. Vio ciudades construidas de cero que luego ardían y se convertían en cenizas.

—Llevo mucho tiempo esperándote —le dijo el Fénix.

—Habría venido antes —respondió ella—, pero me advirtieron que tuviera cuidado contigo. Mi maestro…

—Tu maestro era un cobarde. A diferencia de tu comandante.

—Estás al tanto de lo que ha hecho Altan —dijo Rin en un susurro —. Ahora estará contigo para siempre.

—Ese chico jamás habría sido capaz de hacer lo que tú puedes hacer —dijo el Fénix—. Su cuerpo y su alma estaban destrozados. Era un cobarde.

—Pero te invocó…

—Y yo respondí. Le otorgué lo que quería.

Altan había ganado. Había conseguido con su muerte lo que no había podido conseguir en vida porque, según las sospechas de Rin, estaba cansado de seguir viviendo. El joven esperiliano no podía librar esa prolongada guerra vengativa que el Fénix le exigía, así que había buscado morir como un mártir y lo había logrado.

«Es más duro seguir viviendo».

—¿Y qué es lo que quieres tú de mí? —inquirió el Fénix.

—Quiero acabar con la Federación.

—¿Cómo pretendes hacer eso?

Rin miró al dios con frialdad. Estaba jugando con ella, la estaba obligando a decir claramente qué era lo que le pedía. La obligaba a especificar exactamente qué abominación ansiaba cometer.

La muchacha dejó atrás los últimos resquicios de humanidad que quedaban en su alma para darle paso a su odio. Odiar era tan fácil… Ese sentimiento llenaba un vacío en su interior. Le permitía volver a sentir algo. Era una sensación agradable.

—Una victoria absoluta —declaró—. Eso es lo que quieres tú también, ¿no?

—¿Lo que yo quiero? —El Fénix parecía divertido—. Los dioses no queremos nada. Los dioses simplemente existimos. No podemos evitar ser lo que somos. Somos esencia pura, elementos puros. Los humanos os infligís todo tipo de daños a vosotros mismos y luego nos echáis la culpa a nosotros. Toda calamidad que se ha producido ha sido de la mano de los hombres. No os obligamos a hacer nada. Lo único que hacemos es ayudaros.

—Este es mi destino —dijo Rin con convicción—. Soy la última esperiliana. Tengo que hacer esto. Está escrito.

—No hay nada escrito —replicó el Fénix—. Los humanos siempre creéis que estáis destinados a cosas, ya sea a la tragedia o a la grandeza. El destino es un mito. Es el único mito. Los dioses no eligen nada. Eres tú quien elige. Decidiste hacer un examen. Decidiste acudir a Sinegard. Decidiste especializarte en Folclore, estudiar el camino hacia los dioses y seguir las exigencias de tu comandante ignorando las advertencias de tu maestro. En cada momento crítico, se te ha dado una oportunidad, una salida. Y pese a todo, has acabado tomando precisamente los caminos que te han conducido hasta aquí. Estás en este templo, arrodillada ante mí, solo porque tú lo has querido así. Y sabes que si das la orden, haré algo terrible. Provocaré un desastre que destruirá Mugen por completo, tan minuciosamente como ellos destruyeron Speer. Si lo decides, muchos morirán.

—Muchos más vivirán —dijo Rin, y estaba casi segura de que eso era cierto. Y, aunque no lo fuese, estaba dispuesta a jugársela. Sabía que cargaría con toda la responsabilidad de los asesinatos que iba a cometer, que cargaría con el peso de ese acto durante toda su vida.

Pero merecía la pena.

Si obtenía su venganza, merecía la pena. Era un justo castigo divino por lo que la Federación le había hecho a su gente. Esa era su justicia.

—No son mi pueblo —susurró—. Son animales. Quiero que los hagas arder. A todos y cada uno de ellos.

—¿Y qué me darás a cambio? —inquirió el Fénix—. Alterar el tejido del mundo conlleva un alto precio.

¿Qué podría querer un dios, especialmente el Fénix? ¿Qué quería cualquier dios?

—Puedo rendirte culto —le prometió—. Puedo proporcionarte un flujo incesante de sangre.

El Fénix inclinó la cabeza. Su deseo era tangible, tan grande como el odio de Rin. El dios no podía evitar tener ese anhelo. Era un agente de destrucción y necesitaba un avatar. Ella podía darle uno.

«No», lloró el fantasma de Mai'rinnen Tearza.

—Hazlo —susurró Rin.

—Tu voluntad es la mía —respondió el Fénix.

Por un momento, una gloriosa brisa se coló en la cámara. Un dulce viento que llenó los pulmones de la chica.

Y después, Rin comenzó a arder. El dolor fue inmediato e intenso. No tuvo ni tiempo para jadear. Fue como si un abrasador muro de llamas atacara cada parte de su ser, obligándola a caer de rodillas y luego, cuando estas cedieron, contra el suelo.

Se retorció y se contorsionó ante la base del grabado, arañando el suelo con las uñas, intentando encontrar algo a lo que aferrarse para dejar atrás el dolor. Sin embargo, la agonía fue implacable, y la consumió en oleadas cada vez más intensas. Rin habría gritado, pero no lograba que el aire le llegara a la garganta.

Pareció durar una eternidad. Lloró y gimoteó, suplicándole en silencio a la figura impasible que se cernía sobre ella… Cualquier cosa, incluso la muerte, habría sido mejor que aquello. Rin tan solo quería que se detuviese.

Pero la muerte no le llegaba. No se estaba muriendo, ni siquiera estaba herida. No veía ningún cambio en su cuerpo, pese a que sentía como si el fuego la estuviese consumiendo… No, estaba entera, pero algo en su interior ardía. Algo estaba desapareciendo.

Entonces, Rin sintió que una fuerza infinitamente más grande que su

ser tiraba de ella. Se le cayó la cabeza hacia atrás y extendió los brazos a los lados. Se había convertido en un conducto. Era una puerta abierta sin un guardián. El poder no procedía de ella, sino de una terrible fuente al otro lado. Rin simplemente era el portal que lo dejaba pasar hasta este mundo. Estalló en una columna de llamas. El fuego inundó el templo, salió a borbotones por las puertas y hacia la noche donde, a muchos kilómetros de allí, los niños de la Federación dormían en sus camas.

El mundo entero ardió en llamas.

Rin no solo había alterado el tejido del universo, no solo había reescrito el guion. Lo había desgarrado, había abierto un gran agujero en la realidad y le había prendido fuego con la ira voraz de un dios incontrolable.

Antes de que eso sucediera, el tejido había encerrado las historias de millones de vidas, las de cada hombre, mujer y niño en la Isla del Arco. Los civiles se habían ido a la cama tranquilos, con la certeza de que lo que sus soldados hacían al otro lado del estrecho mar era un sueño lejano, uno que cumplía la promesa de su emperador, esa que les habían hecho creer desde su nacimiento y que decía que les aguardaba un gran destino.

En un instante, el giro de guion les había puesto fin a sus vidas.

Esas personas existían.

Y al momento, dejaron de hacerlo.

Porque no había nada escrito. El Fénix se lo había dicho a Rin, se lo había mostrado.

Y ahora los futuros sin cumplir de millones de personas fueron calcinados hasta desaparecer, como un cielo lleno de estrellas que, de repente, pasaba a oscurecerse.

Rin no podía soportar la terrible culpa que todo ello conllevaba, así que cerró su mente a la realidad. Quemó aquella parte de su ser que habría sentido remordimiento por esas muertes, porque, si se permitía sentirlas, si sentía cada una de ellas, acabaría destrozada. Habían sido tantas vidas que dejó de reconocerlas por lo que eran.

No eran vidas.

Las equiparó al patético ruidito que hacía la mecha de una vela cuando ella se lamía los dedos y la apagaba. A las varas de incienso consumiéndose cuando habían ardido hasta el final. A las moscas que había aplastado con un dedo.

No eran vidas.

La muerte de un soldado era una tragedia, porque Rin era capaz de imaginarse el dolor que esa persona podría haber experimentado al final, las esperanzas que habría tenido, detalles tan nimios como el

modo en el que llevaba puesto el uniforme, si tenía familia, si tenía hijos a quienes les habría dicho que los vería en cuanto regresase de la guerra… La vida de ese soldado contaba con un mundo entero construido a su alrededor, y la pérdida de todo eso era una tragedia.

Pero Rin no podía multiplicar esa sensación por mil. No podía procesar ese tipo de pensamiento. La escala era inimaginable. Así que no se molestó ni en intentarlo.

La parte de ella que era capaz de considerar todo aquello dejó de funcionar.

No eran vidas.

Eran cifras.

Eran una resta necesaria.

Horas más tarde, parecía que el dolor comenzaba a remitir. Rin tomó aire en jadeos profundos y roncos. Respirar nunca le había resultado tan dulce. Se liberó de la posición fetal que había adquirido y se levantó lentamente, sujetándose al grabado en busca de apoyo.

Intentó ponerse en pie. Le temblaban las piernas. Le salían llamas de las manos cuando tocaba la piedra. Soltaba chispas cada vez que se movía. Cualquiera que fuese el don que le había otorgado el Fénix, Rin no podía controlarlo, no podía contenerlo ni emplearlo de forma discreta. Era un flujo de fuego divino que le llegaba directamente de los cielos, y ella apenas servía de conducto. Apenas era capaz de evitar que las llamas la consumieran.

El fuego estaba en todas partes: en sus ojos, saliéndole por la nariz y a través de los labios. Una sensación abrasadora le consumía la garganta, y Rin abrió la boca para gritar. El fuego salió disparado de su interior, como una bola llameante que ardiera sin cesar en el aire delante de ella.

De algún modo, consiguió salir arrastrándose del templo. Y entonces se derrumbó en la arena.

26

Cuando Rin se despertó en el interior de otra sala que no reconocía, sintió un pánico tan abrumador que no pudo ni respirar. Otra vez no. No. Habían vuelto a atraparla, volvía a estar bajo las garras de Mugen e iban a cortarla en pedazos y a exhibirla extendida como si fuese un conejo…

Sin embargo, cuando agitó los brazos hacia delante se dio cuenta de que no estaba inmovilizada. Y cuando intentó sentarse, nada se lo impidió. No estaba encadenada. El peso que había sentido sobre el pecho era una manta fina, no una atadura.

Estaba tumbada en una cama. Y no amarrada a una mesa de operaciones ni encadenada al suelo.

Solo era una cama.

Se hizo un ovillo, se llevó las rodillas al pecho y se meció hacia delante y hacia atrás hasta que la respiración se le ralentizó y estuvo lo suficientemente calmada como para evaluar su entorno.

La estancia era pequeña, oscura y sin ventanas. Los suelos eran de madera. Igual que el techo y las paredes. El suelo se movía bajo sus pies, meciéndose con calma a un lado y a otro, igual que una madre mecería a un niño. Al principio, pensó que habían vuelto a drogarla. ¿Cómo iba a explicar si no el modo en el que la habitación se movía rítmicamente incluso cuando ella permanecía quieta?

Tardó un rato en llegar a la conclusión de que quizás se encontrara en el mar.

Flexionó sus extremidades con cautela y la atravesó una nueva oleada de dolor. Volvió a intentarlo, y esta vez le dolió menos. Sorprendentemente, no tenía nada roto. Era ella misma. Estaba entera, intacta.

Rodó hacia un lado y, con cuidado, apoyó los pies desnudos contra el suelo frío. Inspiró hondo e intentó levantarse, pero sus piernas cedieron y de inmediato se desplomó sobre la pequeña cama. Nunca antes había estado en mar abierto. De pronto, sintió náuseas y se inclinó sobre un lado de la cama mientras sufría arcadas durante

varios minutos, hasta que al final logró controlarse.

Ya no llevaba su camisa manchada y andrajosa. Alguien le había puesto una túnica negra limpia. El tejido le resultó vagamente familiar, hasta que lo examinó y cayó en la cuenta de que había llevado una túnica como esa antes. Era la vestimenta de los Cike.

Por primera vez, consideró la posibilidad de que tal vez no estuviera en territorio enemigo.

Deseando con todo su ser que fuera cierto pero sin atreverse a tener esperanzas, Rin se levantó de la cama y sacó fuerzas para mantenerse en pie. Se acercó a la puerta. Le tembló el brazo cuando agarró el pomo.

La puerta se abrió sin problemas.

Subió por la primera escalera que vio y llegó a una cubierta de madera. Cuando vio el cielo abierto por encima de ella, de color violeta a causa de la luz vespertina, creyó que iba a echarse a llorar.

—¡Se ha despertado!

Rin giró la cabeza, mareada. Conocía esa voz.

Ramsa la saludaba desde el otro extremo de la cubierta. En una mano llevaba una fregona y, en la otra, un cubo. Le dedicó una amplia sonrisa, soltó la fregona y echó a correr en su dirección.

Verle fue tan inesperado que, durante un largo rato, Rin se quedó inmóvil, contemplándolo confusa. Luego, se acercó con cautela hacia él con una mano extendida. Había pasado tanto tiempo desde que había visto a ninguno de los Cike que se había medio convencido de que Ramsa era una ilusión, un terrible truco de Shiro para torturarla.

Aunque hubieran sido imaginaciones suyas, lo habría agradecido con tal de poder aferrarse a algo.

Pero Ramsa era real. En cuanto llegó hasta ella, el joven echó la mano de Rin a un lado y la envolvió con sus delgados brazos. Y mientras Rin apoyaba la cara en su huesudo hombro, sentía y veía que cada parte de él era real: su complexión esbelta, la calidez de su piel, las cicatrices alrededor de su parche del ojo. Era sólido. Estaba allí.

No estaba soñando.

Ramsa se separó de ella y la miró a los ojos con el ceño fruncido.

—Mierda —dijo—. Joder.

—¿Qué?

—Tus ojos —respondió.

—¿Qué pasa con ellos?

—Se parecen a los de Altan.

Al escuchar su nombre, Rin comenzó a llorar desconsoladamente.

—Ey. Oye —le dijo el chico, dándole unas palmaditas incómodas en la cabeza—. No pasa nada. Estás a salvo.

—¿Cómo habéis…? ¿Dónde…? —No dejaba de hacer preguntas incoherentes entre sollozos.

—Pues nos encontrábamos todos a varios kilómetros de la costa sur —dijo Ramsa—. Aratsha nos había estado dirigiendo por el agua. Nos pareció que lo mejor era mantenernos alejados de la costa durante un tiempo. Las cosas se están complicando en el continente.

—¿«Todos»? —repitió Rin, conteniendo la respiración. «¿Es posible?».

Ramsa asintió y esbozó una gran sonrisa.

—Estamos todos aquí. Los demás están bajo cubierta. Bueno…, salvo los mellizos, que se unirán a nosotros dentro de unos días.

—¿Cómo es posible? —inquirió Rin. Los Cike no podían estar al corriente de lo que había sucedido en la Chuluu Korikh.

No podían saber lo que había pasado en las instalaciones de investigación. ¿Cómo habían sabido que tenían que ir a Speer?

—Esperamos en el punto de encuentro que nos indicó Altan —le explicó Ramsa—. Como no os presentasteis allí, supimos que algo había pasado. Unegen rastreó a los soldados de la Federación hasta… ese sitio. Estuvimos todo el tiempo vigilando. Enviamos a Unegen para que intentara averiguar cómo sacaros de allí, pero entonces… —Se interrumpió—. Bueno, ya sabes.

—Eso fue cosa de Altan —dijo Rin. Sintió una nueva punzada de dolor nada más decirlo y arrugó el rostro.

—Lo vimos —respondió Ramsa en voz baja—. Supusimos que se trataba de él.

—Me salvó.

—Sí.

El chico titubeó.

—Así que es seguro que está…

Rin comenzó a llorar.

—Joder —dijo Ramsa con un hilo de voz—. Chaghan… Alguien va a tener que decírselo.

—¿Dónde está?

—Cerca. Qara nos envió un mensaje con un cuervo, pero no nos dijo mucho, solo que estaban de camino. Nos encontraremos con ellos pronto. Ella sabrá cómo dar con nosotros.

Rin lo miró.

—¿Cómo me encontrasteis a mí?

—Después de buscar entre muchos cadáveres. —Ramsa le dedicó una débil sonrisa—. Estuvimos dos días buscando supervivientes entre los escombros. Nada. Luego, tu amigo tuvo la idea de navegar hacia la isla y allí fue donde nos topamos contigo. Estabas tirada sobre una

lámina de cristal, Rin. Todo a tu alrededor era arena, pero tú estabas sobre una lámina de cristal transparente. Parecía algo salido de una leyenda. De un cuento de hadas.

«No fue un cuento de hadas», pensó Rin. Había ardido con tanta intensidad que había derretido la arena a su alrededor. Aquello no era ningún cuento. Era una pesadilla.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unos tres días. Te hemos puesto en el camarote del capitán.

¿Tres días? ¿Cuánto tiempo llevaba sin comer? Sus piernas casi no aguantaban su peso, y Rin se apresuró a moverse para apoyarse contra la barandilla. Estaba muy muy mareada. Giró la cabeza para mirar el mar. La bruma marina le sentaba de maravilla contra el rostro. Se dejó ir durante un minuto, disfrutando de los últimos rayos de sol hasta que volvió al presente.

Con un hilo de voz, preguntó:

—¿Qué es lo que he hecho?

La sonrisa de Ramsa se desvaneció.

Parecía incómodo, como si estuviera intentando decidir cómo decírselo, pero entonces, otra voz que le era familiar habló a sus espaldas.

—Esperábamos que fueras tú la que nos lo dijeses.

Y allí estaba Kitay.

El encantador y maravilloso Kitay. El sorprendentemente ileso Kitay.

Había una dureza en su mirada que Rin no había visto nunca. Daba la sensación de que hubiera envejecido cinco años. Se parecía a su padre. Era como una espada que hubiera sido afilada, un metal que alguien hubiera templado.

—Estás bien —susurró Rin.

—Después de que te marcharas con Altan, hice que me llevaran con ellos —dijo Kitay con una sonrisa irónica—. Me costó convencerlos.

—Y menos mal que lo hizo —declaró Ramsa—. Fue idea suya buscar en la isla.

—Y tenía razón —comentó Kitay—. Nunca me he alegrado tanto de tener razón. —Avanzó hacia delante y la abrazó con fuerza—. Tú no me diste por perdido en Golyn Niis. No podía abandonarte.

Rin solo quería prolongar aquel abrazo y que fuese eterno. Quería olvidarlo todo. Olvidar la guerra, olvidar a sus dioses. Para ella era suficiente existir, saber que sus amigos estaban vivos y que, después de todo, el resto del mundo no era tan oscuro.

Pero no podía seguir viviendo ese feliz engaño.

Su ansia por saber qué había sucedido era más poderosa que su deseo de olvidar. ¿Qué había hecho el Fénix? ¿Qué había conseguido exactamente en el templo?

—Necesito saber qué es lo que he hecho —dijo—. Ahora mismo.

Ramsa parecía incómodo. Había algo que no le estaba contando.

—¿Por qué no vienes bajo cubierta? —sugirió, lanzándole una mirada a Kitay—. Todos los demás están en el comedor. Probablemente sea mejor que tratemos este asunto juntos.

Rin comenzó a seguirlo, pero Kitay la agarró por la muñeca. Miró sombríamente a Ramsa.

—En realidad —dijo—, prefiero hablar con ella a solas.

El Cike le dedicó una mirada confusa a Rin, pero ella asintió con vacilación.

—Claro. —Ramsa se alejó—. Os esperamos abajo para cuando estéis listos.

Kitay permaneció callado hasta que Ramsa estuvo lo suficientemente lejos como para no poder oírlos. Rin contempló su expresión, pero no supo interpretar qué estaba pensando. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no parecía alegrarse más de verla? Si no le decía algo, iba a volverse loca debido a los nervios.

—Así que es cierto —dijo al fin su amigo—. Sí que puedes invocar a los dioses.

No le quitaba la vista de encima a Rin. Ella deseó tener un espejo a mano para poder verse los ojos carmesíes.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no me estás contando?

—¿De verdad no tienes ni idea? —susurró Kitay.

Rin se apartó de su lado y, de pronto, sintió miedo. Se hacía una idea. Algo más que una idea. Pero necesitaba que se lo confirmaran.

—No sé de qué me estás hablando —respondió.

—Acompáñame —le indicó el chico. Rin lo siguió por la cubierta hasta que llegaron al otro extremo del barco.

Luego, Kitay señaló hacia el horizonte.

—Allí.

A lo lejos, sobre el agua, se extendía la nube más antinatural que ella hubiera visto nunca. Era una enorme y densa columna de ceniza que cubría toda la tierra como si fuese una inundación. Parecía una nube de tormenta, pero surgía de una masa de tierra oscura, no se formaba desde el cielo. Grandes cúmulos de humo gris y negro salían hacia fuera, como si fueran hongos de crecimiento lento. Por detrás los iluminaban los rayos rojos del sol poniente, haciendo que pareciera que de ellos brotaban brillantes riachuelos de sangre hacia el océano.

Parecía algo vivo, como un gigante hecho de humo vengativo que

surgía de las profundidades del mar. En cierto modo, era hermoso. Igual de hermoso que la emperatriz: encantador y, terrible al mismo tiempo. Rin no podía apartar la vista.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado?

—No vi cómo sucedió —dijo Kitay—. Tan solo lo sentí. Incluso estando a kilómetros de la costa, pude sentirlo. Un gran temblor bajo mis pies. Se produjo una sacudida repentina y luego todo se quedó en calma. Cuando salimos al exterior, el cielo estaba completamente oscuro. Las cenizas taparon el sol durante días. Este es la primera puesta de sol que veo desde que te encontramos.

A Rin se le revolvieron las tripas. Esa masa de tierra pequeña y oscura en la distancia… ¿era Mugen?

—¿Qué es? —preguntó con un hilo de voz—. Esa nube.

—Flujos piroclásticos. Nubes de ceniza. ¿Recuerdas las antiguas erupciones de fuego en las montañas que estudiamos en clase de Yim? —inquirió su amigo.

Ella asintió.

—Eso es lo mismo que ha pasado allí. La masa de tierra que hay bajo la isla se encontraba estable desde hacía milenios y, de repente, erupcionó sin previo aviso. Llevo días intentando pensar cómo ha podido pasar, Rin. Intentando imaginarme lo que debieron de sentir las personas en esa isla. Me apuesto lo que sea a que la mayor parte de la población acabó incinerada en sus hogares. Los supervivientes no habrán vivido mucho más. Toda la isla está atrapada en una tormenta de fuego de vapores tóxicos y escombros fundidos. —La voz de Kitay era extrañamente monótona—. No podríamos acercarnos más ni aunque quisiéramos. Nos asfixiaríamos. A tan solo un kilómetro y medio de distancia, el barco ardería a causa del calor.

—Entonces. ¿Mugen ha desaparecido? —jadeó Rin—. ¿Están todos muertos?

—Si no lo están aún, lo estarán pronto —declaró él—. Me lo he imaginado muchas veces. He unido las piezas basándome en lo que hemos estudiado. El fuego de la montaña debió de emitir una avalancha de cenizas calientes y gas volcánico. Se tragaría por completo el país. Si sus ciudadanos no murieron quemados, se asfixiaron. Si no se asfixiaron, acabaron enterrados bajo los escombros. Y si todo eso no ha conseguido acabar con ellos, entonces terminarán muriéndose de hambre, porque estoy seguro de que ya nada va a crecer jamás en esa isla. Las cenizas habrán diezmado su agricultura. Cuando la lava se seque, la isla será una tumba maciza.

Rin se quedó mirando la columna de cenizas, contempló cómo el humo seguía desplegándose poco a poco, como un horno eternamente

encendido.

La Federación de Mugen se había convertido, de un modo perverso, en algo como la Chuluu Korikh. La isla al otro lado del estrecho se había transformado en una montaña de piedra por derecho propio. Sus ciudadanos eran prisioneros detenidos en una animación suspendida de la que nunca despertarían.

¿De verdad había sido ella quien había destruido la isla? Sintió una oleada de pánico en mitad de la confusión. Era imposible. No podía ser. Un desastre natural así no podía ser cosa suya. Aquello era una extraña coincidencia. Un accidente.

¿Realmente había hecho eso?

Pero lo había sentido, precisamente en el momento de la erupción. Lo había desencadenado ella. Había querido que sucediera. Había sentido cómo cada una de esas vidas se extinguía. Había sentido la euforia del Fénix, había experimentado su frenética sed de sangre.

Había destruido un país entero con el poder de su ira. Había hecho con Mugen lo mismo que la Federación había hecho con Speer.

—La Isla Muerta estaba peligrosamente cerca de esa nube de cenizas —dijo al fin Kitay—. Es un milagro que sigas viva.

—No, no lo es —afirmó Rin—. Ha sido la voluntad de los dioses.

Parecía que a Kitay le estuviese costando encontrar las palabras para expresar lo que quería decir. La chica lo contempló, confusa. ¿Por qué no estaba aliviado de verla viva? ¿Por qué ponía cara de que hubiera pasado algo terrible? ¡Rin había sobrevivido! ¡Estaba bien! ¡Había salido del templo con vida!

—Necesito saber qué fue lo que hiciste —le dijo al fin Kitay—. ¿Fue tu voluntad la que provocó eso?

Rin tembló sin saber por qué y, a continuación, asintió. ¿De qué servía mentirle a su amigo a esas alturas? ¿De qué servía mentirle a nadie? Todos sabían de lo que era capaz. Y, además, en ese momento comprendió que ella misma quería que lo supieran.

—¿Fue cosa tuya? —insistió Kitay.

—Ya te lo he dicho —susurró en respuesta—. Acudí a mi dios. Le dije qué era lo que quería.

Él parecía horrorizado.

—¿Estás diciendo que… fue tu dios… el que te obligó a hacer esto?

—Mi dios no me obligó a hacer nada —le espetó Rin—. Los dioses no deciden por nosotros. Solo pueden ofrecernos su poder y nosotros podemos blandirlo. Y eso fue lo que hice. Esto fue lo que decidí. —Tragó saliva—. Y no me arrepiento.

Pero Kitay se había quedado lívido.

—Acabas de matar a miles de personas inocentes.

—¡Me torturaron! ¡Mataron a Altan!

—Le has hecho a Mugen lo mismo que ellos le hicieron a Speer.

—¡Se lo merecían!

—¿Cómo puede alguien merecerse eso? —gritó Kitay—. Explícamelo, Rin.

La joven se quedó perpleja. ¿Cómo podía estar enfadado con ella? ¿No se hacía una idea de todo lo que había sufrido?

—No sabes lo que hicieron —dijo en un susurro—. Lo que estaban planeando. Iban a matarnos a todos. No les importaban las vidas humanas. Eran…

—¡Eran monstruos! ¡Lo sé! ¡Estuve en Golyn Niis! ¡Me pasé días tirado entre los cadáveres! Pero tú… —Kitay tragó saliva, atragantándose con sus palabras—. Tú has hecho exactamente lo mismo que ellos. Civiles. Inocentes. Niños, Rin. Has matado a todo un país y no sientes absolutamente nada.

—¡Eran monstruos! —chilló ella—. ¡No eran humanos!

Kitay abrió la boca, pero no dijo nada. Volvió a cerrarla.

Cuando al fin volvió a hablar, parecía estar al borde de las lágrimas.

—¿Alguna vez te has parado a pensar —dijo lentamente— que eso es exactamente lo que pensaban ellos de nosotros?

Se quedaron mirándose el uno al otro, respirando aguadamente. Rin sentía que la sangre le palpitaba en los oídos.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a plantarse allí delante y acusarla de atrocidades? No había estado en el interior de aquel laboratorio, no sabía lo que Shiro tenía planeado para acabar con todas las vidas nikaras… No había visto a Altan recorrer ese muelle y prenderse fuego como una antorcha humana.

Rin había conseguido venganza para su pueblo. Había salvado al Imperio. Kitay no era quién para juzgarla por ello. No iba a permitírselo.

—Quítate de en medio —le espetó—. Tengo que ir a hablar con los míos.

Kitay parecía agotado.

—¿Para qué, Rin?

—Tenemos trabajo por delante —dijo con firmeza—. Esto no se ha acabado.

—¿Hablas en serio? ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? ¡Mugen está acabado! —gritó él.

—No hablo de Mugen —le respondió Rin—. Mugen no es nuestro último enemigo.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero ir a por la emperatriz.

—¿La emperatriz? —Kitay parecía estupefacto.

—Su Daji le reveló nuestra ubicación a la Federación —le explicó—. Así fue como nos encontraron. Sabían que estaríamos en la Chuluu Korikh…

—Eso es de locos —dijo su amigo.

—¡Me lo dijeron ellos mismos! Los mugeneses afirmaron que…

Kitay clavó la mirada en ella.

—¿Y no te has planteado que tenían un buen motivo para mentir?

—No sobre eso. Sabían quiénes éramos. Dónde estaríamos. Solo la emperatriz estaba al corriente. —Se le aceleró la respiración. La rabia había vuelto a ella—. Necesito saber por qué lo hizo. Y luego tendré que castigarla. Tengo que hacer que sufra.

—¿Te estás escuchando? ¿Acaso importa quién vendió a quién? —Kitay la agarró por los hombros y la sacudió con fuerza—. Mira a tu alrededor. Mira lo que ha pasado en este mundo. Todos nuestros amigos están muertos. Nezha. Raban. Irjah. Altan. —Rin se encogió al escuchar cada uno de los nombres, pero Kitay continuó hablando, implacable—. Todo nuestro mundo está hecho pedazos, ¿y aun así quieres iniciar una guerra?

—La guerra ya está en marcha. Una traidora ocupa el trono del Imperio —dijo ella con cabezonería—. Pretendo verla arder.

Kitay la soltó del brazo y la expresión de su rostro sorprendió a Rin.

Parecía que estuviese contemplando a una desconocida. Parecía tenerle miedo.

—No sé qué fue lo que te sucedió en ese templo —le dijo—, pero ya no eres Fang Runin.

Kitay la dejó sola ahí arriba. No volvió a buscarla.

Rin vio a los Cike en la cocina bajo cubierta, pero no se unió a ellos. Estaba demasiado agotada, exhausta. Regresó a su camarote y se encerró en el interior.

Pensó que Kitay iría a buscarla, esperó que lo hiciera, pero no fue así. Cuando lloró, no hubo nadie allí para consolarla. Se ahogó en sus lágrimas y enterró el rostro en el colchón. Amortiguó sus gritos contra el duro acolchado de paja. Luego decidió que no le importaba quién la escuchara y gritó en voz alta hacia la oscuridad.

Baji fue hasta su puerta y llevó consigo una bandeja con comida. Rin la rechazó.

Una hora más tarde, Enki entró por la fuerza en su camarote. Le ordenó que comiera y, de nuevo, Rin se negó. Discutió con ella y le dijo que no les haría ningún favor a ninguno si acababa muriendo de

inanición.

La chica accedió a comer si le proporcionaba opio.

—No creo que sea una buena idea —dijo Enki, examinando su rostro demacrado y su cabello enredado y apelmazado.

—No es para eso —respondió—. No necesito las semillas. Solo para fumar.

—Puedo darte algo para dormir.

—No necesito dormir —insistió Rin—. Lo que necesito es no sentir nada.

El Fénix no la había abandonado cuando había salido de aquel templo. Su dios le hablaba incluso en ese momento, era una presencia constante en su mente, hambrienta y delirante. Al estar en cubierta, el dios se había sentido eufórico. Había visto la nube de cenizas y la había considerado una ofrenda.

Rin no lograba separar sus pensamientos del deseo del Fénix. Podía resistirse, pero, si lo hacía, creía que acabaría enloqueciendo. O podía aceptarlo y amarlo.

«Si Jiang pudiera verme ahora me encerraría en la Chuluu Korikh», comprendió.

Al fin y al cabo, ese era el lugar al que pertenecía.

Jiang le habría dicho que emparedarse a sí misma era lo más noble que podía hacer.

«Ni de coña», pensó Rin.

Jamás se encerraría voluntariamente en la Chuluu Korikh. No mientras la emperatriz Su Daji siguiera viva. No mientras Feylen estuviera libre.

Rin era la única lo suficientemente poderosa como para detenerlos, porque ahora contaba con un poder con el que ni siquiera Altan había llegado a soñar.

Ahora se daba cuenta de que el Fénix tenía razón: Altan había sido débil. A pesar de sus muchos esfuerzos, no había podido evitar serlo. Todos esos años que había vivido en cautividad le habían pasado factura. Su rabia no era algo que hubiera escogido él. Se la habían inculcado, golpe tras golpe, tortura tras tortura, hasta que había reaccionado exactamente igual que haría un lobo herido, mordiendo la mano que lo había golpeado.

La rabia de Altan era salvaje y carecía de rumbo. Había sido un recipiente andante para el Fénix. Nunca había tenido elección en su búsqueda de venganza. No había podido negociar con el dios como lo había hecho Rin.

Y si de algo estaba convencida ella era de que estaba cuerda. Estaba entera. Había perdido mucho, sí, pero seguía conservando su

mente. Había tomado sus decisiones. Había escogido aceptar al Fénix. Había elegido dejarle invadir su cabeza.

Pero si quería mantener sus pensamientos para sí misma, entonces tenía que dejar de pensar del todo. Si quería tomarse un descanso de la sed de sangre del Fénix, necesitaba fumar.

Musitó en voz alta hacia la oscuridad mientras aspiraba aquella enfermiza droga dulce.

Dentro, fuera. Dentro, fuera.

«Me he convertido en algo maravilloso», pensó. «Me he transformado en algo terrible».

¿Ahora era una diosa o un monstruo?

Quizás ninguna de las dos cosas. Quizás ambas.

Rin se encontraba acurrucada en su cama cuando los mellizos por fin subieron a bordo del barco. No supo que habían llegado hasta que se presentaron en la puerta de su camarote sin avisar.

—Así que has sobrevivido —dijo Chaghan.

Rin se sentó. La habían sorprendido en un estado extraño, sobria. Llevaba horas sin tocar la pipa, pero solo porque había estado durmiendo.

Qara corrió hacia el interior y la abrazó.

Ella aceptó su abrazo, con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa. Qara siempre había sido muy reservada. Muy distante. Rin levantó un brazo de forma incómoda, como si estuviera intentando decidir si darle una palmadita en la espalda.

Pero la melliza se apartó de un modo igual de brusco.

—Estás ardiendo —le dijo.

—No puedo evitarlo —respondió Rin—. Está conmigo. Está siempre conmigo.

Qara apoyó las manos con cautela sobre sus hombros. Le dedicó una mirada de comprensión, de lástima.

—Acudiste al templo.

—Lo hice —le confirmó ella—. Esa nube de cenizas ha sido cosa mía.

—Lo sé —respondió Qara—. Lo sentimos.

—Feylen —soltó Rin de golpe—. Feylen está ahí fuera. Se ha escapado. Intentamos detenerlo, pero…

—Lo sabemos —dijo Chaghan—. Eso también lo sentimos.

El vidente estaba de pie en la entrada, rígido. Tenía aspecto de estar ahogándose con algo.

—¿Dónde está Altan? —preguntó al fin.

Rin no dijo nada. Se limitó a quedarse allí sentada, devolviéndole la mirada.

Chaghan parpadeó y profirió un sonido que habría podido esperarse de un animal al que le hubieran dado una patada.

—No es posible —dijo en voz muy baja.

—Está muerto, Chaghan —le confesó Rin. Se sentía muy cansada —. Déjalo estar. Se ha ido.

—Pero lo habría sentido. Habría sentido cómo se marchaba — insistió el vidente.

—Eso es lo que todos creemos —dijo ella sin más.

—Mientes.

—¿Por qué iba a mentir? Estuve allí. Vi cómo sucedió todo.

Chaghan salió de repente de la estancia y cerró de un portazo tras de sí.

Qara bajó la mirada hacia Rin. No exhibía aquella expresión irascible tan característica en ella. Simplemente parecía triste.

—Compréndelo —le dijo a Rin.

Esta lo comprendía de sobra.

—¿Qué fuisteis a hacer? ¿Qué sucedió? —le preguntó al fin Rin a Qara.

—Ganamos la guerra en el norte —le contó la otra chica, retorciéndose las manos sobre su regazo—. Seguimos órdenes.

La última misión desesperada de Altan había contado no con uno, sino con dos frentes. Al sur había llevado a Rin a abrir la Chuluu Korikh. Al norte había enviado a los mellizos.

Habían provocado que el Murui se desbordase. El delta del río que Rin había visto desde el reino espiritual era la presa de las Cuatro Gargantas, el mayor conjunto de diques que impedían que el Murui inundara las cuatro provincias que se hallaban rodeadas por sus aguas. Altan les había ordenado destruir los diques para desviar el río hacia el sur por un antiguo canal y cortar así la ruta de suministros de la Federación en esa dirección.

Había sido casi exactamente igual que el plan de batalla que Rin había propuesto en su clase de Estrategia durante su primer año. Recordaba las objeciones que había puesto Venka. «No puedes destrozar una presa de esa forma. Llevaría años reconstruirla. Todo el delta del río se inundaría, no solo ese valle. Causarías hambruna. Disentería».

Rin se llevó las rodillas al pecho.

—Supongo que no tiene sentido que te pregunte si evacuasteis antes la ciudad.

Qara se rio sin ganas.

—¿Evacuaste tú Mugen?

Rin sintió aquellas palabras como un golpe bajo. No podía

justificar lo que había hecho. Había sucedido. Era una decisión que se había visto obligada a tomar. Y la había tomado… La había tomado…

Comenzó a temblar.

—¿Qué he hecho, Qara?

Hasta ese momento, no había asimilado la gran escala de la atrocidad que había cometido. El número de vidas que se habían perdido, la enormidad de lo que había provocado… Lo había estado tratando como un concepto abstracto, una imposibilidad irreal.

¿Había merecido la pena? ¿Había bastado para compensar lo sucedido en Golyn Niis? ¿En Speer?

¿Cómo podía comparar las vidas que se habían perdido? Un genocidio por otro… ¿Cómo se equilibraba eso en la balanza de la justicia? ¿Y quién era ella para creer que podía hacer esa comparación?

Tomó a Qara de la muñeca.

—¿Qué he hecho?

—Lo mismo que hicimos nosotros —le respondió la melliza—. Ganamos una guerra.

—No, he asesinado… —Se le entrecortó la voz. No podía terminar de hablar.

De repente, Qara pareció enfadada.

—¿Qué quieres de mí? ¿Buscas perdón? Eso no puedo dártelo.

—Solo quiero…

—¿Quieres que comparemos el número de víctimas? —le preguntó con crueldad—. ¿Quieres que hablemos de quién siente una mayor culpa? Provocaste una erupción y nosotros causamos una inundación. Pueblos enteros se ahogaron en un instante. Fueron aplastados. Tú destruiste al enemigo. Nosotros asesinamos a nikaras.

Lo único que Rin pudo hacer fue contemplarla.

Qara se desembarazó de su agarre.

—Quita esa cara. Hemos tomado nuestras decisiones y hemos sobrevivido con nuestro país intacto. Ha merecido la pena.

—Pero hemos asesinado…

—¡Hemos ganado una guerra! —gritó Qara—. Lo hemos vengado, Rin. Se ha ido, pero lo hemos vengado.

Al no recibir respuesta de Rin, la otra chica la agarró por los hombros. Le clavó los dedos dolorosamente en la carne.

—Esto es lo que debes decirte a ti misma —declaró con fiereza—. Debes creer que era algo necesario. Que evitó que sucediera algo peor. Y aunque ese no sea el caso, es la mentira que nos contaremos a nosotras mismas, a partir de hoy y para siempre. Tomaste una decisión. Ya no puedes hacer nada al respecto. Se ha acabado.

Eso era lo que Rin se había dicho a sí misma en la isla. Era lo que se había dicho a sí misma cuando había hablado con Kitay.

Y luego, más tarde, en mitad de la noche, cuando no pudiera dormir a causa de las pesadillas y tuviera que coger la pipa, haría lo que le había dicho Qara y se convencería a sí misma de que lo hecho hecho estaba. Pero Qara se equivocaba con respecto a una cosa.

No se había acabado. No podía acabarse porque las tropas de la Federación seguían en el continente, repartidas por todo el sur. Porque ni siquiera Chaghan y ella habían logrado ahogarlas. Y ahora que no contaban con un líder al que seguir ni un hogar al que regresar, estarían desesperados, se volverían impredecibles… y peligrosos.

Y en algún lugar del continente también se encontraba la emperatriz en su trono temporal, refugiándose en una nueva capital bélica porque Sinegard había sido destruida a causa de un conflicto que ella misma había ocasionado. Tal vez a esas alturas ya se hubiese enterado de que la Isla del Arco había desaparecido. ¿Le preocupaba haber perdido a un aliado? ¿Se sentía aliviada por haberse librado de un enemigo? Quizás ya se hubiese atribuido el mérito de una victoria que no había planeado. Quizás la estuviese usando para consolidar su poder.

Mugen había desaparecido, pero los enemigos de los Cike se habían multiplicado. Y ahora ellos eran rebeldes. No le eran leales a la Corona que los había vendido.

No se había acabado nada.

Los Cike nunca habían rendido homenaje a un comandante tras su fallecimiento. Debido a la naturaleza de aquel puesto, un cambio de liderazgo era un asunto inevitablemente complicado. Los anteriores comandantes de los Cike o bien se habían vuelto locos de atar y habían tenido que ser arrastrados hasta la Chuluu Korikh contra su voluntad, o bien habían sido asesinados en una misión y no habían regresado jamás.

Pero muy pocos habían muerto con tanto honor como Altan Trengsin.

Se despidieron de él al amanecer. Todo el contingente se reunió en la cubierta, con aspecto solemne, vestidos con sus túnicas negras. El ritual no era ninguna ceremonia nikara. Era una ceremonia esperiliana.

Qara habló en nombre de todos. Dirigió la ceremonia porque Chaghan se negó a hacerlo. No era capaz.

—Los esperilianos solían quemar a los muertos —declaró la joven —. Creían que sus cuerpos eran algo temporal. «Venimos de las cenizas y en cenizas nos convertiremos». Para ellos, la muerte no era

el final, sino un gran reencuentro. Altan nos ha dejado para irse a casa. Ha vuelto a Speer.

Qara extendió los brazos hacia el agua. Comenzó a recitar un cántico, pero no en la lengua de Speer, sino en el idioma rítmico de las regiones interiores. En lo alto, sus aves volaban en círculos en un silencioso homenaje. El propio viento pareció detenerse, igual que el balanceo de las olas, como si el universo se hubiese quedado paralizado tras la pérdida de Altan.

Los Cike formaban una fila, todos con sus idénticos uniformes negros, mientras contemplaban a Qara sin decir ni una palabra. Ramsa tenía los brazos cruzados con fuerza sobre su escuálido pecho y se encorvaba como si pudiera replegarse sobre sí mismo. En silencio, Baji le puso una mano sobre un hombro.

Rin y Chaghan se encontraban al final de la cubierta, apartados del resto de su división.

Kitay no estaba a la vista.

—Deberíamos tener sus cenizas —dijo el vidente amargamente.

—Sus cenizas ya están en el mar —le respondió Rin.

Chaghan se quedó mirándola. Sus ojos estaban rojos a causa del dolor, inyectados en sangre. Su piel pálida se estiraba por encima de sus altos pómulos, tan tensa que le daba un aspecto más esquelético de lo normal. Parecía que llevara días sin comer. Parecía que podía salir volando si soplaba el viento.

Rin se preguntó cuánto tardaría en comenzar a culparla por la muerte de Altan.

—Supongo que consiguió lo que quería —dijo Chaghan, señalando con la cabeza hacia el caos de cenizas en el que se había convertido la Federación de Mugen—. Al final, Trengsin ha obtenido su venganza.

—No, no la ha obtenido.

El muchacho se tensó.

—Explícate.

—Mugen no lo traicionó —dijo—. Mugen no lo llevó hasta esa montaña. Mugen no vendió Speer. Fue la emperatriz.

—¿Su Daji? —preguntó Chaghan, incrédulo—. ¿Por qué? ¿En qué le beneficiaba todo eso?

—No lo sé, pero pretendo averiguarlo.

—*Tenega* —maldijo él. Parecía que acababa de darse cuenta de algo. Cruzó sus delgados brazos contra el pecho, murmurando algo en su idioma—. Pues claro.

—¿Qué?

—Te salió el hexagrama de la Red —dijo—. La Red significa trampas, traiciones. Debieron de tender la trampa para vuestra

captura incluso antes de que llegarais allí. La emperatriz debió de enviar una misiva a la Federación en el mismo momento en el que a Altan se le ocurrió ir a esa maldita montaña. «Uno está listo para avanzar, pero sus huellas se entrecruzan». Durante todo este tiempo, ambos habéis sido peones en el juego de otra persona.

—No hemos sido peones —espetó Rin—. Y ahora no hagas como si hubieras sabido que esto pasaría. —Entonces, sintió una repentina oleada de rabia: por el tono aleccionador de Chaghan, por sus reflexiones en retrospectiva, como si él lo hubiese visto todo, como si hubiera esperado que eso pasase, como si hubiera sabido mucho más que Altan desde el principio—. Tus hexagramas solo tienen sentido a posteriori y no sirven para guiarte en absoluto. Tus hexagramas no sirven para una mierda.

Chaghan se tensó.

—Mis hexagramas sí que sirven para algo. Veo la forma del mundo. Entiendo la naturaleza cambiante de la realidad. He leído infinidad de hexagramas para los comandantes de los Cike…

Rin resopló.

—¿Y en todos los hexagramas que leíste para Altan, nunca predijiste que podría morir?

Para su sorpresa, el vidente se encogió.

Rin sabía que eso no era justo, lanzar acusaciones cuando la muerte de su comandante no había sido culpa de Chaghan. Pero necesitaba arremeter contra alguien, culpar a otra persona que no fuese ella misma.

No aguantaba esa actitud de superioridad de Chaghan, como si hubiera previsto aquella tragedia, cuando no había sido así. Altan y ella habían acudido a esa montaña a ciegas, y él les había dejado hacerlo.

—Ya te lo he dicho —insistió el joven—. Los hexagramas no predicen el futuro. Son retratos del mundo tal y como es, descripciones de las fuerzas que están en juego. Los dioses del Panteón representan sesenta y cuatro fuerzas fundamentales, y los hexagramas, sus variaciones.

—¿Y ninguna de esas variaciones decía: «No vayáis a esa montaña o acabaréis muertos»?

—Os lo advertí —dijo Chaghan con calma.

—Podrías haberte esforzado un poco más —respondió Rin amargamente, pese a que sabía que esa también era una acusación injusta y que solo lo decía para hacerle daño—. Podrías haberle dicho que iba a morir.

—Todos los hexagramas de Altan hablaban de muerte —confesó

Chaghan—. No esperaba que esta vez se refirieran a la suya.

Rin se rio en voz alta.

—¿No se supone que eres vidente? ¿Ves alguna vez algo que sea de utilidad?

—Vi lo de Golyn Niis, ¿no es verdad? —espetó él.

Sin embargo, en cuanto esas palabras salieron por su boca, profirió un ruido ahogado y sus facciones se retorcieron de dolor.

Rin no dijo en alto lo que ambos estaban pensando: que tal vez, si no hubiesen ido a Golyn Niis, Altan no habría acabado muerto.

La chica deseó que se hubieran retirado tras librar aquella guerra en Khurdalain. Deseó que hubieran abandonado por completo al Imperio para escapar de vuelta al Castillo de la Noche, que hubieran dejado que la Federación asolara la campiña mientras ellos esperaban a que pasara la tempestad a salvo en las montañas, aislados y vivos.

Chaghan parecía sentirse tan miserable que la rabia de Rin se disipó. Después de todo, el vidente había intentado detener a Altan. Había fracasado. Ninguno de los dos podría haberle convencido de que dejara atrás su frenética carrera hacia la muerte.

Chaghan no podría haber predicho el futuro de Altan, porque el futuro no estaba escrito. Altan había tomado sus decisiones. En Khurdalain, en Golyn Niis y, por último, en aquel muelle. Y ninguno de ellos podría haberlo detenido.

—Debería haberlo sabido —dijo el mellizo al fin—. «Tenemos un enemigo al que amamos».

—¿Cómo?

—Lo leí en uno de los hexagramas de Altan. Hace meses.

—Tenía que hacer referencia a la emperatriz.

—Quizás —respondió, y clavó la mirada en el mar.

Contemplaron en silencio a los halcones de Qara. Las aves volaban en círculos por encima de sus cabezas, como si ejercieran de guías, como si pudieran conducir a un espíritu hacia los cielos.

A Rin le recordó al desfile que había visto hacía ya mucho tiempo, a los títeres de animales de la casa de fieras del Emperador. Al majestuoso qilin, a la noble bestia con cabeza de león que aparecía en los cielos tras la muerte de un gran líder.

¿Aparecería un qilin en honor a Altan?

¿Se merecía uno el esperiliano?

Rin no supo cuál era la respuesta.

—La emperatriz debería ser la menor de tus preocupaciones —dijo Chaghan pasado un rato—. Feylen se está haciendo más fuerte. Y siempre ha sido poderoso. Casi más que Altan.

Ella recordó la nube de tormenta que había visto sobre las

montañas y aquellos viles ojos azules.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Quién sabe? El Dios de los Cuatro Vientos es una de las entidades más volátiles del Panteón. Su estado de ánimo es completamente impredecible. Un día puede ser una brisa agradable y al siguiente, asolar pueblos enteros. Hundirá barcos y derribará ciudades. Puede que suponga el fin de este país.

Chaghan hablaba con ligereza, despreocupadamente, como si le diera igual que Nikan acabara destruida al día siguiente. Rin había esperado que la culpara y la acusara, pero no escuchó nada parecido. Tan solo percibió desapego, como si a ese chico de las regiones interiores no le importara lo que sucediera en Nikan ahora que Altan se había ido. Tal vez fuera así.

—Lo detendremos —declaró Rin.

El vidente se encogió de hombros con indiferencia.

—Buena suerte. Tendréis que hacerlo entre todos.

—Entonces, ¿nos liderarás tú?

Chaghan negó con la cabeza.

—No puedo ser yo. Incluso cuando era lugarteniente de Tyr, sabía que jamás podría ser yo. Era el vidente de Altan, pero nunca he estado destinado a ser comandante.

—¿Por qué no?

—¿Un extranjero al mando de la división más letal de la emperatriz? Es algo improbable. —Chaghan cruzó los brazos sobre el pecho—. No, Altan nombró a la persona que debía sucederle antes de marcharnos de Golyn Niis.

Rin levantó la cabeza de golpe. Eso era una novedad para ella.

—¿Y quién es?

Parecía que el mellizo no pudiera creer que le estuviera haciendo esa pregunta.

—Tú —dijo, como si fuera obvio.

Rin se sintió como si le hubieran asestado un puñetazo en el plexo solar.

Altan la había nombrado su sucesora. Le había confiado su legado. Había escrito y firmado la orden con sangre antes de abandonar Khurdalain.

—Soy la comandante de los Cike —dijo, y luego tuvo que repetirse las palabras a sí misma antes de que su significado calara en ella. Había adquirido un estatus equivalente al de los generales de los jefes militares. Tenía el poder de dar las órdenes que quisiera a los Cike—. Dirijo a los Cike.

El vidente la miró de soslayo. Su gesto era sombrío.

—Vas a hacer que el mundo se ahogue en la sangre de Altan, ¿verdad?

—Voy a encontrar y asesinar a todos los responsables —declaró—. Y no podrás detenerme.

Chaghan emitió una risa seca y cortante.

—Ah, no. No pienso detenerte.

Le tendió una mano.

Rin se la tomó, y la tierra hundida bajo el agua y el cielo inundado de cenizas fueron testigos del pacto entre el vidente y la esperiliana.

Chaghan y ella habían llegado a un entendimiento. Ya no se oponían el uno al otro, ya no competían por el favor de Altan. Ahora eran aliados, unidos por las atrocidades que cada uno había cometido.

Tenían que matar a un dios. Darle una nueva forma al mundo. Derrocar a una emperatriz.

Los unía la sangre que habían derramado. Los unía su sufrimiento. Los unía lo que les había sucedido a ambos.

No.

Aquello no le había sucedido a Rin sin más.

«No os obligamos a hacer nada», le había susurrado el Fénix, y era cierto. El Fénix, a pesar de todo su poder, no había podido obligar a Tearza a que lo obedeciese. Y no podría haber obligado a Rin, porque había sido ella la que había aceptado sin reservas aquel trato.

Jiang estaba equivocado. Rin no estaba jugando con fuerzas que no podía controlar, porque los dioses no eran peligrosos. Los dioses no tenían ningún poder más allá del que ella les proporcionaba. Los dioses solo podían influir en el universo a través de humanos como ella. Su destino no estaba escrito en las estrellas o en los registros del Panteón. Rin había tomado sus decisiones de forma completamente autónoma. Y aunque invocaba a los dioses para que la ayudasen en la batalla, estos eran sus herramientas de principio a fin.

Rin no era una víctima del destino. Era la última esperiliana, la comandante de los Cike y una chamana que invocaba a los dioses para que llevaran a cabo su voluntad.

Y pensaba invocar a los dioses para que hicieran cosas terribles.

AGRADECIMIENTOS

Hannah Bowman es una agente, una editora y un apoyo increíble. Si no fuera por ella, habrían vivido más personajes. El equipo de Liza Dawson Associates se ha portado maravillosamente bien conmigo. David Pomerico y Natasha Bardon son unos editores agudos y perspicaces que han hecho que este manuscrito sea infinitamente mejor. Laura Cherkas es una correctora con vista de lince que ha dado con muchos de mis errores de continuidad. Gracias a todos vosotros por darme una oportunidad.

Jeanne Cavelos, mi Gandalf particular, me has hecho pasar de ser una persona a la que le gustaba escribir a ser una escritora. Espero que Elijahcorn te esté tratando bien. Kij Johnson es un genio y, cuando sea mayor, quiero ser como ella. Barbara Webb es ridículamente guay. (Espero que Ethan y Nick acaben siendo felices). Nuestras charlas durante las tutorías con el Dr. John Glavin siempre me han inspirado y motivado. Gracias a todos por animarme a esforzarme más y a escribir mejor.

Mi clase Odyssey de 2016 me hizo sufrir un dolor real y físico. ¡Os echo de menos a todos! Es muy difícil hablar contigo desde que te has hecho omnipotente, Bob. Para los Binobos: Huw, Jae, Jake, Marlee, Greg, Becca, Caitlin, gracias por las risas, las barras libres de margaritas y las múltiples visualizaciones de *Pacific Rim*. Bennett: ¡Fíjate! La palabra *scargon* por fin aparece en un libro. Algún día, su historia será contada. P. D.: Te quiero. A los Tomates: Farah Naz, Linden, Pablo, Richard, Jeremy, Josh, sois mis estrellas fugaces, mis salvavidas y mis mejores amigos. Gracias a todos por estar ahí para mí.

Y por último, a mamá y a papá: os quiero muchísimo. Jamás podré pagaros los sacrificios que habéis hecho para darme la vida que tengo, pero puedo intentar hacer que os sintáis orgullosos. Inmigrantes, sacamos el trabajo adelante.



REBECCA F. KUANG es la autora superventas número 1 del *New York Times* de *Babel*, y ha sido nominada a los premios Hugo, Nebula, Locus y World Fantasy por la trilogy *The Poppy War*.

Ha obtenido una beca en el prestigioso programa Marshall, es traductora y ha cursado másteres de Estudios de Chino en Cambridge y Estudios de Chino Contemporáneo en Oxford. Actualmente continúa sus estudios en Yale.